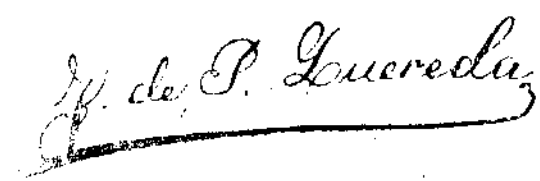
OBRAS DE D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.



OBRAS

DE

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

TOMO I.

BIOGRAFÍA

PENSAMIENTOS Y POESÍAS.

CON APROBACION ECLESIÁSTICA.

MADRID:—1873.

IMP. DE LA REGENERACION, Á CARGO DE R. RAMIREZ,

Calle de los Caños, núm. 4.

Esta obra es propiedad de la familia del autor, y no podrá ser reproducida ni en todo, ni en parte, sin su consentimiento.

APUNTES PARA ESCRIBIR LA VIDA DE D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Harto indica el título que no es mi ánimo dar á la estampa una biografía completa: fáltame tiempo para verificar sucesos que conozco superficialmente, ó para inquirir los que desconozco por completo: placíale á Aparisi ocultar á los ojos del mundo los que cedian en su buen nombre, siéndole penosa sobre todo encarecimiento la publicidad y la alabanza; pero obligacion tendría el biógrafo de que no quedáran en olvido, por falta de diligencia, para ejemplo de todos.

Otra razon me asiste: la historia de los cuatro años últimos de su vida se halla íntimamente ligada con la historia del partido carlista: principióla él y no la dejó acabada, ó, por mejor decir, principió á apuntar para escribir más adelante, lo que en sazon habia de publicarse: hacerlo hoy, fuera en mí imprudencia; que cosas, y no pocas hay vedadas á los contemporáneos, que serán abiertas para los venideros.

Habia, por lo tanto, de suprimir el alma del negocio y no narrar las cosas íntegras, y creílo mayor inconveniente que omitirlas: esto, pudiera no satisfacer al curioso; pero aquello, dar ocasion á errados juicios.

Es posible que en algunos de los hechos fiados únicamente á mi memoria, ya harto débil, haya sufrido alguna equivocacion de fechas, ó de palabras, ó de nombres; mas en lo esencial, están completamente ajustados á la verdad, segun se me han comunicado.

De otros que me constaban he suprimido parte: al sujetar mi trabajo á la censura de mis buenos é inteligentes amigos, trás maduro exámen, convinimos en que relatos que pueden mortificar á alguno, si no exije la justicia que se divulguen, deben omitirse; que su verdad no disculpa lo innecesario de la herida.

Tambien borré muchos nombres: confieso que en esto he sacrificado la propia á la opinion ajena; parecíame que dar á conocer á los que han recibido favores de Aparisi, léjos de ser causa de rubor para los favorecidos, era interpretar sus deseos: creía yo, que si posible fuese reunirlos á todos, todos glorificarían á aquel varon caritativo diciendo: «tambien á nosotros nos socorrió;» y con esto, léjos de humillarse se ensalzaban; pagando en alabanzas al bienhechor, su deuda de agradecimiento.

Y si por peregrino acaso, alguno se doliera de que se diese á luz su pasada estrechez, no yo, sino él erraria, al olvidar, que confesarla humildemente es honrarse de elegido por Cristo, que ama á los pobres, y reconocerse socorrido es participar en cierta manera de la gloria del que socorre; que en verdad, por muy estrechos lazos se unen favorecedores y favorecidos, y son estos, espejos que reflejan la luz que de aquellos reciben; brillando todos con el comun esplendor.

Fáltame ahora disculpar el haber curado ménos de los hechos famosos que de los obscuros y pequeños, quizá á juicio de los lectores no tan dignos de historia. El hombre público, con sus grandes conceptos y con sus palabras

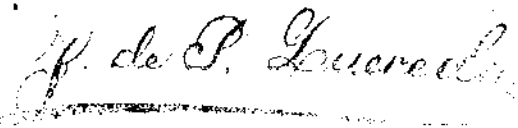
semi-proféticas, es conocido en el mundo: el hombre privado, que pasó haciendo bien sobre la tierra, amor y caridad para propios y extraños; no más que por los que le trataban, y áun no por todos, ni en todo. En la vida pública la razon de Estado puede obligar á la indulgencia ó al silencio, y quien sólo vea al varon insigne en la tribuna ó en el foro, y áun en el trato social, nunca puede decir con verdad: «conozco á ese hombre:» el exterior aparece, ó puede aparecer, ataviado; mas se ignora lo que debajo se esconde.

Por eso arrancando el atavío, preferí mostrar al hombre interior: por eso presento á Aparisi en la intimidad del hogar, sencillo en su vida, muerto al interés, niño con los niños, humilde con los pequeños, llano con los iguales, cristianamente altivo con los mayores, consuelo de los que bien queria, amoroso para sus adversarios, suave para las personas, terrible para el error, sacrificando salud, reposo y bienes en defensa de la bandera de la antigua España: Dios, Patria y Rey, que son justicia y libertad.

Y como todo esto se ve en Aparisi en aquellos actos mínimos, en aquellas naderías que ni el cuidado rebusca, ni el interés aconseja, ni la flaca naturaleza consiente al perpétuo disimulo; sino que brotan espontáneas de un corazon lleno de bondad, cuando descuidado y sin premia alguna se abandona á sus instintos; pláceme mostrarlo á todos para que, admirándole conmigo, digan en concertado aplauso: Aparisi era un hombre bueno.

No sé si lo habré conseguido. Deseos de la amistad echaron sobre mí carga harto ruda, desempeñada lo mejor que supe.

Tambien tuve en cuenta para no rehuir, la consideracion de que habia de serme la tarea ménos laboriosa:



compañero, amigo, hermano, érame perspícuo á veces el por qué de ciertas acciones de Aparisi, incomprensibles para muchos y, salvas algunas de caridad, quizá no habia secreto en su vida, desde que nos conocimos, que me fuese completamente extraño; y por esta nuestra amistad, y por este mí íntimo saber de las cosas, dar testimonio de sus virtudes, si en otros voluntario obsequio, mirábalo yo como obligacion precisa.

Ruégote ahora, lector, que te fijes más en lo que digo que en la manera con que lo digo: de humilde flor extrae dúlce miel la industriosa abeja, y el sábio, larga enseñanza hasta de las palabras del necio.

Y pues que sabes que el escribir fué obediencia, excusa con el mérito de obedecer el corto acierto en el ejecutar: podrá ser el engaste de este trabajo, vil metal, mas no por ello el carbúnculo que encierra esparcirá en la obscuridad ménos resplandores. Y con esto, lector amigo, VALE.

Leon Galindo y de Vera.

MADRID 5 de Abril de 1878.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Debia de ser el año 55 á la caida de una tarde de verano, cuando yo volvia de Játiva: el wagon iba lleno, y como no conocia á nadie, distraido admiraba el sol poniente que, ocultándose trás de una barra de espesas nubes, guarnecia sus bordes con vivísima franja de oro: de cuando en cuando se abría paso trabajosamente, y un océano de luz inundaba los picos de las montañas, se derramaba por la extensa campiña, se quebraba en el ramaje de la arboleda colorándose sus hojas con tintas más suaves: poco á poco la luz se amortiguaba, el sol desaparecia y el crepúsculo, llevando de la mano á la noche, su compañera, lo invadia todo.

Paró el tren un momento en Silla y oia conversar animadamente en el wagon inmediato, sobre la escelencia de la agricultura. La voz del que peroraba era ardiente y robusta, su entusiasmo comunicativo, su elocuencia viril. Escuchó breves instantes y cambié de carruaje, ansioso de seguir oyendo y más ansioso de conocer al que hablaba.

Era el orador un hombre medianamente grueso, de unos cuarenta años, barbicerrado, bigote corto, imperceptible perilla debajo del labio inferior (1), trigueño, calvo, con anteojos, de barba cuadrada, boca algo grande y nariz no pequeña.

Cuando yo entré describia el placer del labrador ante un monton de abonos. Imposible disertar sobre objeto más humilde, y sin embargo, tales eran la viveza de imágenes, lo escogido de la frase, los tesoros de imaginacion que desple-

(1) Principió Aparisi á dejarse la barba entera por el año 1865. Encontróle entónces un amigo y le dijo:
—¡Hola, D. Antonio; á lo Garibaldi, á lo Garibaldi!
A lo que contestó Aparisi:—Es necesario, amigo mio, quitarles el privilegio.

V. de P. Lucero L.

gaba; la rubia espiga, la delicada fruta, el vino espumoso, que pintaba encerrados allí en gérmen, que admiré la inteligencia superior de aquel hombre. Largo rato duró la conversacion, en que terciaron otros: al bajar pregunté á uno de los compañeros de viaje quién era el que así hablaba, y me contestó mirándome con extrañeza: ¿No le conoce V....? Es Aparisi.

Su reputacion habia llegado á mis oidos; pero era la primer vez que le veia.

Pasaron algunos meses: murió mi tio D. Antonio Figuerola, dejando un mayorazgo, que de antiguo me habian dicho pertenecer á mi madre: al gestionar para obtenerlo opúsose otro sobrino: materia de interés no era, no debía serlo de disidencias de familia. Convinimos en consultar á un letrado, que amigablemente nos diera su parecer, y á los dos nos ocurrió el nombre de D. Antonio Aparisi, hombre de ciencia y conciencia, y además de espíritu conciliador.

Encargóse mi primo de someterle la cuestion en nombre de ambos, y enterado Aparisi, la resolvió contra mí; diciéndonos al mismo tiempo, que el derecho más probable era el de un tercero en discordia, con quien no habiamos contado; su tia doña Antonia Aparisi y Figuerola, prima-hermana de mi difunto tio.

No hubo pleito: la opinion de Aparisi fué para mí sentencia ejecutoria; para mi primo causa de que transigiese con la nueva opositora.

Desde entónces principiamos á tratarnos: Aparisi, quizá por compensar en cierta manera el disgusto que creería haberme causado con su resolucion; yo, porque no creyese que abrigaba el más leve resentimiento, extremábamos las demostraciones de amistad.

Este fué el orígen de la íntima que nos ha unido, y la primer noticia que tuve de nuestras relaciones de parentesco.

Nació D. Antonio Aparisi y Guijarro en la ciudad de Valencia el dia 29 de Marzo de 1815, en la casa última de la calle del Horno del Vidrio (1), esquina á la del Gobernador

(1) *Partida de bautismo.*—En San Estéban de Valencia, á los 31 dias del mes de Marzo, año 1815: Yo el infraescrito,

Viejo, especie de replazuela formada por un ángulo entrante de las mismas.

Su padre gozaba de una posicion desahogada; su destino y algunos bienes bastábanle para una manutencion decente: caritativo hasta la prodigalidad, si en ello puede haberla, no habia miseria que no socorriese, ni persona que le pidiera que volviese con las manos vacías. Resentíase su patrimonio de estos gastos; porque los de la familia iban en alza y sus recursos en diaria baja.

Pensativo marchaba un dia, meditando en que áun á principios de mes y los fondos se le habian concluido, cuando un pobre le pidió limosna: instintivamente acudió á su bolsillo, pero estaba agotado, completamente agotado. Afligido más que por la suya, por la necesidad ajena, trás corta meditacion entró en una lonja.

—¿V. no me conoce?

—No, señor, si no es para servirlo.

—Soy D. Francisco Aparisi; vivo en esta calle: hágame usted el favor de entregarle á este pobre un duro: no llevo, no tengo en este momento, pero yo respondo.

El tendero socorrió al pobre, y D. Francisco Aparisi, con el corazon aliviado del peso que le oprimia, continuó en sus meditaciones filosóficas y en sus cálculos algebráicos en busca de la siguiente incógnita: donde encontraria recurso, para el siguiente dia.

Vicario castrense de la misma, bauticé solemnemente á un hijo legítimo de D. Francisco de Paula Aparisi, oficial mayor de la Contaduría de este ejército y Comisario de guerra honorario, natural de San Estévan, y de doña Francisca Guijarro, natural de Alicante, y casados en Villafranqueza, diócesis de Orihuela. Abuelos paternos: D. Blas Aparisi, natural de esta ciudad, y doña Antonia Satorre, natural de Muro, desposados en esta villa por procurador, renovado el consentimiento en esta parroquia. Maternos: D. Antonio Guijarro, natural de Villafranqueza, y doña María Tomás de Ripoll, natural de Alicante, y desposados en la misma. *Hubo nombres Antonio de Pádua, Eustasio y Vicente.* Nació anteayer 29, á las diez y media de la noche: fué su padrino D. Antonio Guijarro, su abuelo materno, á quien advertí el parentesco espiritual y obligacion de enterarle en la doctrina cristiana, de que certifico.—Doctor Domingo Surela (parece que diga), Vicario Castrense.

D. de P. Surela

Apenas tuvo edad Tonico (1), pusiéronle á estudiar latin en el colegio andresiano de las Escuelas Pias: no se estrelló el escolar en el *quis vel qui*; pero no muy léjos tropezó con las columnas de Hércules, trás las que los primeros navegantes solo creian encontrar obscuridad, tinieblas, el cáos: las columnas de Hércules fueron la pasiva del verbo *amo*. Estudiaba *amor, amaris*, sin poder pasar del indicativo: una espesa nube velaba aquel talento privilegiado: en vano sus afanes, en vano las reprensiones; el fatal verbo permanecia inaccesible á su entendimiento, hasta el punto de que los profesores encargados de su educacion convinieron por unanimidad, en que Tonico era completamente inepto para las ciencias. Tonico, sin embargo, tenía una compensacion: el concepto que entre sus maestros perdia, cobrábalo entre sus condiscípulos. Todas las tardes, cuando desesperanzado de aprender el *amor, amaris* se retiraba mústio y cabizbajo de la escuela, zumbándole aún en los oidos las filípicas y en las palmas los correazos, reunía á los traviesos compañeros, subíase á un poyo de una de las callejuelas laterales del edificio y les predicaba improvisados sermones. A veces los juegos bulliciosos del salta-cabrilla ó de las cuatro esquinas llamaban á los oyentes con más fuerza que la oratoria del predicador; pero entónces apelaba al supremo recurso de repartirles las pasas de su merienda y conseguía formal auditorio: que siempre y en todos tiempos convence al entendimiento, quien gana la voluntad.

No sabian sus padres los triunfos oratorios de Tonico, pero sí las ácres censuras de los Escolapios, y creyendo sin porvenir á su hijo, determinaron sacarle de la Escuela; porque la paciencia de aquellos pacientísimos Religiosos se habia agotado, procurando inútilmente hacer entrar en la cabeza obtusa del niño el latin de la gramática. Mas de repente, me contaba Aparisi, se rasgó aquel velo que ofuscaba su entendimiento: un dia, sin saber cómo, decoró el verbo *amor*: por encanto desaparecieron las dificultades y se colocó á la cabeza de sus condiscípulos.

Tambien enseñaban en la escuela á versificar; en latin por supuesto; pero sin que desdeñasen las musas de Castilla, ni á los poetas en ciernes de quienes el P. Jaime Vicente recibía las confidencias, contenía las rivalidades, corregía las

(1) En valenciano, diminutivo de Antonio.

composiciones, juzgaba del mérito respectivo, y vez hubo en que, para animarlos, les leia versos suyos, no siempre superiores á los de sus discípulos (1).

---

(1) A la muerte de su sencillo y bondadoso maestro, quien á imitacion de los Árcades de Roma habia cambiado su nombre en el de Victoriso, dedicó una poesía Aparisi impregnada de cariño y ternura, de la que copiamos las siguientes estrofas:

¡Oh, genio del dolor! Cubre de luto
Mi laud y su trémulo gemido.
¡Ay, Victoriso, Victoriso amado!
Consagraré en tu honor... dulce y debide
Tributo á la amistad... *Tú me enseñaste*
La cítara á pulsar, y si algun dia
Ciñera lauro vivídor mi frente,
A tí te lo debo solo, gloria mia.
. . . . . .
Tu lira entusiasmaba á los zagales,
Tu lira enternecia á las pastoras,
Y tal vez por oilla,
Dejó su gruta de cristal movible
El padre Túria, y se asomó á la orilla.
. . . . . .
Mas ora, ¿dónde suena, Victoriso,
Tu lira?... ¡Ay, Dios!... Las musas de la Iberia
Desordenados los cabellos de oro
Y marchitada la color de rosa
Contemplan ¡ay! en abundante lloro
Tu cítara armoniosa
Muda pender del triste monumento,
En cuyas cuerdas se percibe apénas
El fugitivo suspirar del viento.
. . . . . .
La muerte de los justos, ¿no es preciosa
Delante del Señor? Su dulce nido
¿No hizo en tí la virtud? Se acercó el dia:
Su corazon ferviente
Un fuego celestial enardecía;
Sus labios pronunciaban tiernamente
El nombre de Dios: tu hermoso nombre,
Madre de la Piedad... Así decía,
Cuando el Dios de clemencia
Le miró con su amor, y blandamente
El ángel de la muerte, el cetro de oro
Tocó á sus ojos, y sus ojos puros
Su amable luz perdieron dulcemente.
. . . . . .

Eran los predilectos del Escolapio, entre los que sentian bullir dentro de sí el *quid divinum*, Tonico, que á los siete años ya componia alguna cuarteta, y D. Francisco Garcés de Marcilla (1), de vivo y chispeante ingenio: reuniólos un dia el P. Jaime en su celda, y juntando sus manos, les dijo: «Pues que sois amigos de las musas, sedlo tambien vosotros.» Y lo fueron, y mucho. ¡Cuán lejos estaría de entrambos niños la idea de que una de aquellas manos que se estrechaban cantaria *dos veces* en sentidos versos la muerte del segundo (2).

Desde entónces se desarrolló en Aparisi el sentimiento poético y artístico que nunca le ha abandonado, que ha sido la esencia de su vida, la atmósfera en que ha vivido constantemente y donde sólo á sus anchas respiraba: sentimiento que animaba todos sus versos, todas sus obras, todos sus actos. Aun en los discursos forenses, *ruin prosa* como los llamaba, descuellan la viveza de imaginacion, la galanura de lenguaje, las frases gráficas, las pinturas felicísimas de los hechos y de los lugares.

Un suceso honroso principió á labrar su reputacion: tendria sobre doce años y en público certámen se le adjudicó

No sé cuál de los maestros de Aparisi fué el que dió ocasion, corriendo los tiempos, á su trato con D. Fermin de la Puente de Apecechea, que á su talento insigne reune nativa bondad de corazon. Ensoñóle á aquel unos versos de éste, y tanto le complacieron, que exclamó: «la primer vez que escriba, he de ocuparme de D. Fermin de la Puente Apecechea;» compromiso espontáneo, cumplido de allí á poco en un prólogo que escribió para un libro de poesías: desde entónces una sincera y probada amistad les unió siempre.

(1) El actual Baron de Andilla, cuyas fábulas, cuentos y consejos andan en manos de todos.

(2) Habiendo corrido la falsa voz de su muerte, dedicó el Baron de Andilla una elegía al eminente poeta valenciano, célebre orador, distinguido abogado y erudito escritor Don Antonio Aparisi y Guijarro. Bromeando después sobre este suceso, le entregó Andilla la composicion prematura, y al acabar de leerla Aparisi, le dijo: «contraigo el compromiso de escribirte otra cuando te mueras.» La Providencia dispuso que la deuda, léjos de pagarse, se doblase escribiendo Andilla segunda elegía á la verdadera muerte de Aparisi. El ejemplar de la primera, entregado á éste por el autor, lo tenemos en nuestro poder. Al final, de letra de Aparisi, está escrito: «Los compuso hará unos quince años, cuando me morí.—Hoy 5 Abril 1872.—APARISI.»

uno de los premios de no sé qué sociedad: paréceme que era la de Amigos del País (1). Sus padres concibieron entónces esperanzas que largamente realizó el niño. «Creyendo voy, decia D. Francisco Aparisi á su esposa, que este chico vale algo.»

En esperanzas aumentaba D. Francisco Aparisi, pero en materia de negocios cada dia iba de mal en peor. Aquejóle la gota, lo jubilaron reduciéndole á un pequeño sueldo, y para colmo de desdichas, la Hacienda le reclamó tres ó cuatro mil duros, de que era responsable, por haber salido su abuelo materno fiador de un Tesorero, que miró como propios los bienes del Estado.

Así le sorprendió la muerte, dejando á su viuda diez reales de viudedad, corta hacienda, largas deudas, la responsabilidad de la fianza y siete hijos por añadidura.

Esta mujer heróica no se desanimó; consiguió espera y se

---

(1) Quiza á este suceso aludia en una composicion infantil, sin fecha ni firma, que he encontrado entre sus papeles: tiene por título *Versos*, y escepto las redondillas de que he hecho mencion anteriormente, me atreveria á designarla como la más antigua de las que se conservan de Aparisi. Debia tener de nueve á diez años, pues aún vivia el padre de Aparisi, que murió el año 29. Sus primeras estrofas dicen así:

VERSOS.

Como rocío en el campo,
Como lucero en el cielo,
Tan hermoso y más hermoso
Lució á mis ojos el premio.
El corazon de mi padre
Latió en júbilo secreto,
Me abrazó mi madre tierna
Y Lesóme sonriendo.
Yo le dije: Madre mia,
¿Qué siento arderme en el pecho,
Que infunde valor y empuja
Del saber al sacro templo?
Ella respondió: hijo mio,
Al alma jóven el premio
Es lo que á la planta el sol,
Lo que el agua al mústio suelo, etc.

J. de P. Lucrecio.

propuso salvar el corto patrimonio que le quedaba, á fuerza de economía y de privaciones.

La lucha que con inquebrantable constancia sostuvo aquella víctima de la caridad, coronóla Dios con el éxito. Las deudas de su marido fueron religiosamente pagadas, y á los pocos años pudo la amorosa madre reunir en torno de sí á sus hijos, y estrechándolos contra su corazon, decirles: «Hijos mios, he rescatado vuestro patrimonio: esta heredad es ya vuestra (1).»

Uno de los hermanos descollaba en virtud, Cárlos: de él decia Aparisi; mi hermano era un Santo (2): otro descollaba en ternura, Antonio: á este le escribió su madre en todas las cartas (3) hasta el dia de su muerte: «el Señor te bendiga, el Señor te dé acierto para todo, por lo feliz que me has hecho.»

Un deseo vehementísimo le aquejaba: tener un *libro de versos*; los fondos de su madre no eran para tanto; prometiósele al fin como premio, si adelantaba en sus estudios, y llegó, que todo llega, el dia en que le acompañase á casa de Salvá, librero y literato de gran reputacion en Valencia, con quien entablaron este singular triálogo:

—Aquí vengo con mi hijo, que quiere un libro.

—¿Qué libro quieres, niño?

—Uno de versos.

—¿Pero de qué autor?

—¡No lo sé! uno que tenga versos.

---

(1) La heredad ó *Musta de Teulada*, en el término de Villamarchante, á unas seis horas de Valencia.

(2) En opinion de tal lo tiene la familia: predijo que él moriria el primero, el segundo su hermano Blas, el tercero Antonio, el cuarto Dolores, y el último Francisco; los otros dos, José y Antonia, ya habian fallecido. Hasta ahora cumplióse exactamente la prediccion, los tres hermanos han muerto por el órden indicado: el tiempo se encargará de justificar si fué casualidad ó inspiracion.

(3) Al marchar á Francia me las confió como su tesoro: todas ellas, salvo algun incidente doméstico, se reducian á bendecirlo y á desear que Dios le auxiliase en todas sus empresas. Aparisi que no hubo papel que no perdiese ó que no rompiese, las conservó todas religiosamente.

—Mire V., Sr. Salvá, uno que no pase de seis reales; que no puedo gastar más.

El librero registró por los anaqueles, y tomando un volúmen de escaso tamaño:

—Toma este, le dijo, que es bueno y de ese precio.

No le permitió la impaciencia esperar la llegada á su casa: febril y nervioso como lo fué hasta el fin de su vida, abrió vivamente el libro. Decir la fruicion que experimentó al leer:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso;

es imposible: cuarenta años habian pasado y aun lo recordaba conmovido. Eran los inmortales versos del suavísimo Garcilaso, el poeta del sentimiento, el poeta que, juntamente con fray Luis de Leon y Herrera, habian de ser su dechado; aquel, en sus albores; este, en su robusta virilidad.

Garcilaso fué su ocupacion contínua: aprendióle de memoria y le imitó en cuanto le fué dable: las composiciones de su niñez, con sus fuentecillas y sus chozas, cautivan á menudo por sus discretos conceptos. (1)

No tardó mucho en realizar sus ilusiones infantiles: sobre catorce años tenia, y su físico... Opto por trascribir sus mismas palabras: «era yo, me decia burlándose de sí mismo,

---

(1) En mi chocilla pobre
Viviremos contentos,
De pesares exentos;
Gozando dulce paz.
Miéntras del mar airado
Suene el ronco bramido,
Y tiemble estremecido
El marinero audaz;
Mientras la fiera trompa
Los oidos atruene,
Y al combatiente llene
De bélico pavor;
Nosotros, prenda mia,
Sin tales amarguras,
Gocemos las dulzuras
De un dulce y tierno amor.

»pequeñito, negrillo y feo; (1) sólo mi madre me encontraba »hermoso, el más hermoso de todos los niños de mi edad, y »aún se admiraba de que hubiera quien disintiese: á pesar de »sus esfuerzos, quedóse única en su opinion, más arraigada, »cuanto más sola.»

Con estas prendas personales, una gorrilla con visera y una chaqueta de uno de sus hermanos mayores, harto crecedera para su diminuta persona y que ostentaba buenos y dilatades servicios, se enamoró de la que fué despues su esposa, hermosura del Norte, más que del ardiente Mediodía.

A su Delia cantó entonces, con sus cabellos de oro y albo cuello, y megillas de nieve y grana, convirtiéndola en pastora, segun el uso de la época, y á él en Tirse, zagal sobre toda ponderacion quejumbroso y enamorado. Ya ensalza su ventura al verse correspondido (2); ya llorando tristemente

---

(1) En algunas de sus poesías alude Aparisi á su exterior, que en verdad, si no era hermoso, nada tenía de desagradable. Entre otras, en la composicion titulada *El Angel de mis sueños*, inserta en la coleccion página 223 dice exagerando como poeta:

. . . . . .
Su ambicion era sólo una mirada
Y esa mirada conseguir no pudo;
Que Dios tiene su alma aprisionada
Bajo humilde exterior, mísero y rudo.
. . . . . .

(2)
Del Guadalaviar florido
Por la márgen deliciosa,
El cabello entretegido
De jazmin, azahar y rosa,
Vagaba Delia graciosa.
. . . . . .
. . . . . .
Desciende: allí floreciente
Y adornada de azucenas
Bulle cristalina fuente
Murmurando dulcemente
Por las doradas arenas.
. . . . . .
. . . . . .

La pastora se sienta descuidada en la selva y no sabiendo que su Tirse la escuchaba, canta:

. . . . . .
. . . . . .

su ausencia lamenta su desgracia (1); ya amorosamente la invoca y le insta por su pronto regreso con la amenaza re-

---

Mucho te quiero,
Mucho, pastor;
Si no lo sabes,
Llórolo yo.

. . . . . .
. . . . . .

Y en tanto la fuentecilla
Entre guijas de oro suena,
Y en murmulloso susurro
Que el corazon enagena,
Verdes copas blandamente
El céfiro manso orea.
Y al son del viento y del agua
Dormia la hermosa Delia.

El pastorcillo, que la escuchó escondido, se cerciora de su amor al oirla cancion, forma mil castillos en el aire, y se determina á pedirla por esposa.

Así dice enternecido
El pastor y la contempla;
Mas con planta vacilante
Ya se aparta, ya se acerca,
Ya quiere ornarla de flores,
Ya trémulo titubea;
Teme el pastor, porque mira
Un ángel del cielo en ella...
Al fin silenciosamente
Se inclina, y de flores bellas
Su frente ciñe temblando...
Mas ¡ay! súbito despierta
Delia y se turba y su amante
Cae á los piés de su Delia.

(1) LA AUSENCIA.

Mira, Silvio, la lira con que un dia
Canté tierno las gracias virginales
De la dulce mitad del alma mia.
La relacion de mis buscados males
A piedad tierna el corazon movido
Escucharon zagalas y zagales.
Dulces recuerdos del Abril florido,
¿Por qué volásteis como sombra vana

J. de P. Lavorde

tórica de que si tardaba, sólo encontraria una tumba fria y desierta. (1).

Dejándome en tristeza sumergido?
Cuál fresco lirio nace á la mañana,
Mas de Aquilon el abrasado vuelo
Cruel marchita su beldad temprana;
Así pluguiera al soberano cielo
Se disipara la ventura mia,
Dejándome sin luz y sin consuelo.
Cuando recuerdo el venturoso dia,
En el que amarme, Délia encantadora,
Amarme hasta la muerte prometia,
Del dolor la inquietud amargadora
Mi pecho oprime, y en contínuo lloro
Alivio al cielo el corazon implora.
¡Oh, mi Delia! Oh, mi bien! Oh, mi tesoro!
¿Dónde está ahora tu celeste agrado,
El blanco cuello y el cabello de oro?
¿Porqué me la robó el adverso hado,
Y al gaditano suelo crüelmente
A mi dulce esperanza ha trasladado?
Un abril hace que de mí está ausente...
Y por su ausencia mi oprimido pecho
¡Cuántos dolores de contínuo siente!
Y de gemir y suspirar deshecho
Mil veces, mil, exclamo enternecido:
«Dueño del alma mia, ¿qué te has hecho?
¡Ay! tú me lo dirás, prado florido,
Que ves trocada en lloro mi ventura,
¿Mi amor, mi tierno amor dónde se ha ido?
Tú clara fuente, cuya linfa pura
Me vió mil veces á mi dueño amado
Ponderarle mis penas con ternura.
¿Mi esperanza y mi bien dónde ha volado?

. . . . . .

(1) CANCION PASTORIL. (1)

La dulce Primavera
Madre de la esperanza y los amores,
El valle y la ribera
Con variados colores

---

(1) Este juguete fué compuesto hace muchos años cuando eran todavía de moda las flautas y caramillos pastoriles, que ahora tan mal suenan. (NOTA DEL AUTOR.)

Cuando no la dedicaba versos, entreteníase en rondarle la calle, atreviéndose apenas á lanzar una furtiva mirada al balcon, donde Delia embebida en sus labores permanecia indiferente. Porque es de advertir, que la Delia de sus suspiros, aun casi niña, le habia manifestado en la forma mas significativa posible, que el colegial negrillo, á pesar de su gorra y de su abundante chaqueta; no era el tipo ideal que acariciaba en sus ensueños.

Tal era su honrada formalidad en materia de amores, que los que en Delia tenia puestos; si bien solo mentales, pues no se los habia declarado; juzgábalos compromiso perfecto é irrevocable: para él, dar á entender á una mujer que le gustaba, equivalía á brindársele por esposo.

Embellece y alienta á hermosas flores.
Cubre el sereno cielo
Pura luz y dorada y deliciosa;
Oloroso está el suelo
Y el aura sonorosa
Ondea suave la arboleda umbrosa.
Y al plácido sonido
De sauces armoniosos, cristalina
Fuente en lecho florido
Con murmurio camina
Mojando la azucena y clavellina.
Y el leve caramillo
Bajo hayas frescas templan los pastores;
Y con tono sencillo
Dicen: «Cantar de amores
Es dulce en la estacion de auras y flores.»
Dulce será, lo creo,
¡Pastores! mas no es dulce al alma mia.
Ya es vano mi deseo...
Ya es sombra mi alegría...
Miradme: estoy llorando noche y dia,
Mis ojos desfallecen
De la luz y de lágrimas cansados,
Y campos que florecen,
Y valles encantados,
Mústios ¡ay! me parecen y enlutados.
O Dios! de do ha nacido,
Se ausentó quien me hechiza en sus amores.
¡Ved que pago he tenido!..
Amad, amad, Pastores,
Que bien os pagarán vuestros dolores.
Ni apacible tonada,

M. de P. Lucrecia

Es costumbre en Valencia, mas antes que ahora, á la caida de las apacibles tardes del estío, coronarse las azoteas de muchachos que elevan pintadas cómetas: la gala, elevarlas á competencia; el extremo, apoderarse de las que descuellan, sin mas ley que la del mas fuerte ó la del mas astuto.

Sirven de espectadores las jóvenes valencianas, que con sus aplausos animan á los combatientes y aplauden á los vencedores; que siempre el triunfo deslumbra, y encuentra quien lo ensalce, sin curarse de si atropella la justicia.

Sabrosas y tiernas conversaciones suelen cruzarse de terrado á terrado: las manos ligeras atienden al recobrar ó al

---

Ni deliciosa flor, ni verde selva...
A mí no place nada!
Decí á mi bien que vuelva,
Y amaré la tonada y flor y selva.
¡Mi bien! si tiernamente
Me vieses pronunciar tu nombre amado.....
Romper en lloro ardiente...
¡Piedad á un desdichado!
Tuyo es mi corazon y está llagado.
En la noche serena
A veces vago por la selva escura,
Y ¡ay! de la luna llena
A la luz mal segura
Diviso tu nevada vestidura,
Ya en el monte sombrío,
Ya en el hondo de un valle, y corro luego,
Y búscote, bien mio,
Desatinado y ciego;
Y vuela la ilusion, y crece el fuego.
Ven, Delia, ven, hermosa,
Esta fuente, este pino susurrante,
Do en siesta sudorosa
Volabas anhelante,
Te llaman, y te llamo yo tu amante.
Ven antes que furioso
El aquilon con áspero bramido
Desnude el bosque hojoso;
Que al invierno aterido
Ya no seré tu amante cual he sido.
Y entonces con ternura
Dirás: ¿dónde está, donde?... ¡Ah Delia mia!
Amarás sin ventura;
Que en la selva sombría
Una tumba verás desierta y fria.

aflojar del bramante, á cuyo compás elevan ó descienden las cometas en el azul espacio; pero las lenguas y el corazon se mantienen en más baja esfera.

No sé qué hubo de decirle Tonico á una vecina de ojos negros, que la vecina no pareció llevar á mal, replicando con la viveza del país: el enamorado se vuelve á su compañero y le entrega la cometa y se va, rota la conversacion repentinamente.

«Si hubiera seguido y esa mujer concibiera esperanzas, le »decia, ya ves, hubiera tenido que casarme con ella, y como eso no puede ser, me retiro.»

Fiel siempre á sus amores hasta de pensamiento, inútil es encarecer su inquebrantable tenacidad. La familia de Delia aburrida de tener un centinela perpétuo determinó cerrarle la puerta á toda esperanza, cerrándole las de su casa: el fiel enamorado cansóse por fin de rondar inútilmente, mas trató de conseguir por astucia lo que se le prohibia en guerra abierta.

No lejos alzábase el convento del Cármen, y palpitándole el corazon subió la escalera que daba al claustro: tenia su plan. En el largo corredor estaban las celdas de los Padres y un cuartucho abandonado con algunos muebles rotos, trebejos que se arrinconan por inútiles; amen de las telarañas, polvo ó insectos que en tales puntos se dan cita, como en sitio que por juro de heredad les pertenece.

Levantó el picaporte y en un tragaluz que daba vista á la casa estableció su observatorio. Horas tras horas entrando á hurto, encaramado sobre aquellos montones de deshechos espiaba impaciente el punto en que una ráfaga de viento, levantando la cortina, le permitiese ver el borde del pañuelo ó la fimbria del vestido de su ingrata, que cosia en el balcon tranquilamente. Dias y dias, á pesar de las imprecaciones del escolar, que en su ciencia mitológica es de creer invocase en su ayuda al mofletudo Éolo, Éolo no venia y las cortinas, ni siquiera ondulaban, ó irritábanse sus deseos, pero no se cansaba su paciencia.

Una tarde al salir del escondrijo, súcio y polvoriento, acertó á verlo un Fraile que le interrogó ásperamente: cogido *in fraganti*, ruboroso y turbado contóle con infantil candor su situacion aflictiva. ¡Cuán apasionadas serian sus palabras y

M. de P. Lucena

cuán inocentes sus pensamientos, que el austero Monje le ofreció su celda para que desde las ventanas pudiera con comodidad seguir el curso de sus amorosas observaciones! Desde allí y con un catalejo tuerto de un vidrio, que por nada hubiera cedido, sino por otro sano, registraba la casa de Delia y por lo que alcanzaba á entrever, como experto General, prevenia los intentos de sus padres.

Por la mañana, por la tarde, á cualquier hora que Delia saliese, á pié ó en coche, con propios ó con extraños, á la Iglesia ó al paseo, el primer objeto que la perseguida hermosura veia era á su apasionado, con su gorrilla y su infeliz chaqueta, siguiéndola de lejos, mudo siempre de lengua, mas no de ojos; que son los ojos, lenguas parleras de los que bien aman.

Era un dia de poniente (1), la familia pensó encontrar en el campo aire que templara el insufrible bochorno de la ciudad y esparcimiento y holgura.

Delia mira en derredor y no vé á su sombra, y alegremente sube al carruaje; pero al volver de un esquinazo advierte que la gorrilla y la chaqueta iban pegadas al estribo: dos ojos pardos fijos en ella y que sentia que pesaban sobre ella, la angustiaban. Determinó entonces no volver la cabeza hasta que hubiesen salido de la poblacion, donde sin duda se quedaria el porfiado niño.

¡Vanos pensamientos! El niño seguia: con súbito despecho alza la persiana, manifestándole su disgusto. Advertidos los padres mandaron aguijonear el caballo, y el infatigable amante, sufriendo el sol y entre una nube de polvo, aunque algo patiestevado, corria segun lo que adelantaba el carruaje. Sofocados los viajeros bajan la persiana: la chaqueta y la gorrita en el mismo sitio. A donde fueron, llegó á pié Tonico; si mal trecho, piénselo el que conozca lo que es correr al sol de Julio en Valencia y con el polvo de sus triturados caminos.

Algo debió labrar en el pecho de la niña esta prueba de amor; porque desde entonces dejó de ser desdeñado; y si no se le correspondia, se le toleraba: los padres temiendo por la salud del escolar avisaron á doña Francisca Guijarro; prohibiéronle formalmente aquellos excesos y el pobrecillo hubo

(1) Cuando sopla el poniente es irresistible el calor en Valencia: generalmente dura tres dias.

de limitarse á ver sin ser visto desde la celda del Fraile, entonces ya su favorecedor y confidente.

Un dia levanta el picaporte, la celda parecia solitaria, la ventana herméticamente cerrada le causó extrañeza; porque no era la costumbre. Ábrela temeroso y un profundo gemido le sobresalta: en la pobre cama yacía el Sacerdote sin conocimiento: se acerca y queda inmóvil de espanto. Era un mónstruo sin figura humana: unas viruelas malignas le habian hinchado la cabeza y el rostro, hasta el punto de haber desaparecido las facciones: los Frailes encargados de la asistencia entraban á darle las medicinas, pero sin permanecer en el cuarto; porque el Superior habia dado órdenes severas de aislamiento, á fin de evitar un contagio en la Comunidad.

El chico constituyóse en enfermero: ocho dias permaneció á su lado, cuidándole como un hijo á su padre, sin abrir la ventana, sin ver á Delia, consagrado por completo al moribundo, hasta que le vió convaleciente.

Por fortuna, su generosa imprudencia no tuvo resultas: perdonóle la enfermedad, y pudo pagar al cariñoso Fraile el favor recibido, si es que, como decia Aparisi, el primer favor puede pagarse nunca.

Grave inquietud aquejó poco despues á la familia: padecia Tonico una tos pertinaz con vómitos de sangre. Habian muerto dos de sus hermanos de tísis pulmonar y lo delgado y lo pálido de su rostro y sus inclinaciones y juegos, engendraron gran temor en los que le conocian, y sobre todo en su ternísima madre, de una nueva desgracia para un tiempo no muy lejano.

Devoraba libros de historia y literatura al vacar de sus amores; entregábase á los arrebatos de su constitucion nerviosa en vehementes poesías, y por descanso, corria al juego de pelota que llegó en él á pasion irresistible. Vano el consejo de que ni estudiara ni jugara; inútil el encierro: descolgábase por los balcones á hurto de su madre, y cuando le creian dormido, estaba en el trinquete de la Encarnacion, no muy distante de su casa.

«Cuando veia desde lejos, contaba él, las puertas del » trinquete, me latia el corazon como si allí hubiera de en» contrar un objeto querido, y no podia contenerme, y em» prendia la carrera, y jadeante y sudoroso, me despojaba de

J. de P. Lucrecio

» la ropa fuese invierno ó verano y jugaba, jugaba hasta que » concluia la tarde ó los partidos. Al juego de pelota creo que » le debo la vida.»

En esto último no estaban acordes los Médicos ni él mismo, que otras veces atribuia su curacion á la leche de burra. Tal menudeó el esputar sangre, que pronosticaron los hombres de la ciencia que un libro ó una partida de pelota era la muerte segura de jóven de salud tan delicada.

Entonces D. Francisco Belda que queria y era querido del niño con apasionada ternura, determinó llevárselo á Mogente. Fue D. Francisco Belda quien formó el corazon y dirijió el espíritu de Aparisi, y pues que tanta influencia tuvo en su vida intelectual y moral, no será fuera de propósito que algo digamos acerca del orígen de la amistad que hasta su muerte le unió á la familia del amigo que todos lloramos.

Allá por el año 14 se presentó en casa de D. Francisco Aparisi con la boleta de alojado, un Teniente de voluntarios de Valencia, que prisionero de los Franceses en Zaragoza y puesto en libertad, acababa de llegar del depósito. Concluidos los tres dias de ordenanza, fué á despedirse de los patrones con sentimiento: con sentimiento tambien le veia marchar Aparisi, que en tan breve tiempo, habíale cobrado aficion.

—Podría V. estarse otros tres dias: en mí este deseo es egoista; los alojamientos se suceden, me molesta ver caras nuevas, y más, que se vayan cuando el trato principia á engendrar cariño.

El Teniente contestó á estas afectuosas con palabras agradecidas, y tras de algunas excusas, dictadas por la cortesía; cedió. Cada tríduo se repetía la escena y por fin determinaron que el Teniente quedase en la casa, mientras permaneciese en la ciudad.

Era D. Francisco Belda, que así se llamaba el Teniente, persona de vasta instruccion, de profunda piedad y á quien la estancia en el extranjero sirvió para aprender á no despreciar su patria y para afirmarle más en sus creencias religiosas.

Cansado de la guerra, y por dar gusto á su anciano padre, aunque repugnaba el jóven Oficial encerrarse en Mogente,

donde casi nunca habia estado, pidió el retiro: en ello andaba cuando falleció su padre, y libre de la voluntaria violencia que se imponia, determinó quedarse en la capital.

Hondas raices habia echado ya su amistad con D. Francisco Aparisi, propúsole éste el vivir juntos, aceptó reconocido y ya no se separaron, excepto la temporada del calor, que pasaba en el pueblo con su familia.

Apasionado por los niños, fijóse primero en Blas, el primogénito de los de su amigo; mas á poco las infantiles gracias de Antonio, la predileccion que el pequeñuelo le manifestaba, su precoz y clara inteligencia, le cautivaron de suerte, que se dedicó por completo á su educacion y á su cuidado.

Austero y religioso, reprimia con mano dura los arranques juveniles de su protegido: hacíale frecuentar los sermones más que los teatros, y muchas veces, diciéndole que iban á admirar alguna comedia famosa, salian de casa y hablando, hablando, paraban en la Iglesia.

Mucho deseó por entonces el adolescente aprender á montar á caballo y con gran instancia le suplicaba le comprase uno: «te lo compraré cuando no me lo pidas,» le contestaba Belda, y como si no se lo pedia, se le olvidaba á Belda comprárselo, y si se lo pedía se faltaba á la condicion de no pedirlo, jamás tuvo caballo, ni aprendió á montar, á pesar de lo que lo deseaba.

Pero si no aprendió á montar, en cambio aprendió á moderar sus deseos, á quebrantar su voluntad, á domar lo obstinado é impetuoso de su carácter, que unido á sus grandes fuerzas, hubiéranle convertido quizá en un hombre violento y en una inteligencia desenfrenada. Porque si de ruin apariencia, jactábase y con razon, de que pocos le habian vencido á pulsear, y ninguno al torcer del dedo (1) y aun en los

---

(1) De familia era esto: igual vanidad tenía su tio don Francisco Guijarro. No há muchos años recordaba con su buen amigo el difunto Marqués de Pidal las fuerzas que habian tenido en su juventud.

—Es que yo áun las tengo,—le dijo vivamente éste.

—Es que yo tambien,—le replicó Guijarro.

—¿Se atrevería V. conmigo?

—Y á ganarle á V. tambien.

—Veamos.

—Veamos.

Incontinenti ambos enlazan sus dedos, y animados con la memoria de sus antiguos triunfos, sostienen valientemente la

últimos años de su vida, en momentos de ócio y expansion en que la decorosa y permitida familiaridad da treguas al respeto, pudo hacer alarde de sus fuerzas en competencia de augustas personas, cuyo menor dote es la robustez de las corporales.

Con su marcha á Mogente, varió de sitios el niño; pero el propósito de la familia no se consiguió: estudiaba más y jugaba más á la pelota que en Valencia, y á pesar del pronóstico de los Médicos, el niño semi-tísico, no murió.

Los estudios eran furtivos y se refugiaba en una habitacion donde solo habia una arca y una silla: servíale aquella de mesa, y como era mas baja que la silla, escribia cargando todo el cuerpo sobre los brazos, y esta posicion violenta se los cansaba y dolorla y se le quedaban dormidos, teniendo que sacudirlos con frecuencia y extenderlos bruscamente para restablecer la circulacion de la sangre y los tendones á su posicion ordinaria.

Así escribió su drama *Doña Inés de Castro* y algunas composiciones en que se revelaban la melancolía y el fondo filosófico de su carácter. (1)

---

lucha. Declarósc la victoria por Guijarro, que al apretar con un supremo esfuerzo, casi desconcertó el dedo al Marqués de Pidal, á quien costó un par de semanas el curarse.

—¿Qué le parece á V. de D. Francisco Guijarro? le preguntaron.

—Que aprieta bien, más me parece que le hubiera agradecido que no apretára tanto, contestó el Marqués enseñando su dedo entrapajado.

(1) Entre otras varias composiciones de sus primeros años, prueba nuestro aserto la siguiente filosófica, con la única filosofía verdadera, la que nace de la consideracion de lo breve de la vida y de la certeza de la muerte:

No envidio tu tesoro
¡Soberbio! no, tu alcázar esplendente
Con las perlas y el oro:
En vano tú, insolente,
Alzas triunfando la orgullosa frente,
Bajo el manto dorado
Amarga cuita con furor te acosa;
Y el sueño despiadado
A tu alma pavorosa
Aterra con imágen espantosa.
¿Acaso envanecido

Recordaba con especial placer hasta en sus últimos tiempos, los que pasó en Mogente y más aquellos en que libre ya para dedicarse al estudio, agotó la copiosa librería del Cura D. José Parra, una de las glorias científicas de Valencia. Allí se acendró, con la contínua compañía, el entrañable cariño que profesaba á D. Francisco Belda y de que es testimonio imperecedero el prólogo de su poema *La batalla de Bailén*, donde afirma, y era lo cierto: «que despues de aquella madre » virtuosa y tiernísima, á quien amaba con toda el alma, á » nadie en el mundo habia querido y respetado más.»

Muchos años despues, en 1855, veíase arrodillado junto al lecho mortuorio á un hombre lleno de aflicción y de pena, sosteniendo en sus brazos á un anciano casi exánime que le miraba con inefable ternura: á poco el hombre, tranquilo y resignado, levantó la vista al cielo y besó la frente de un cadáver.

De mí te burlas en tu pompa vana?
Mi alma... no ha nacido
Para morir mañana...
¡Ciego!... ¿Y envidiarás sombra liviana?
Alzóse el orgulloso
Cedro del fuerte Líbano en la alteza
Ufano en su pomposo
Verdor y gentileza,
Soberbio en su invencible fortaleza...
Por luengo espacio el suelo,
Gozándose en su pompa, sombreaba;
Sus ramas hasta el cielo
Altivo remontaba
Y el Señor sonriendo le miraba.
Y hé que aquí de repente
Retumba con horrísono estampido
El trueno... el rayo ardiente
Lánzase embravecido
Y en ceniza su orgullo es convertido.
¡Ah! tu grandeza es breve
¡Mortal!... en blanda arena has fabricado...
Es cual arista leve
Ante cierzo ensañado...
Un dia y otro dia y se ha agotado.
Ay! revuelve esa tierra
Hijo de la ignorancia laureada,
Y mira lo que encierra...
Ahí está tu pompa hinchada...
¡Qué horror! gusanos solo y polvo y nada.

V. de P. Lucro C.

Era aquel, D. Antonio Aparisi; era éste, el de su segundo padre D. Francisco Belda y Perales.

El amor al saber que embargó á Aparisi cuando niño, fué creciendo en él á compás de los años y á medida que se fortificaba su cuerpo y su inteligencia. Al que en su infancia le era imposible pasar del *amor amaris*, en breve tiempo abarcó legislacion, historia, filosofía, literatura y moral; extractaba los autores selectos, añadíales comentarios, escribió en jurisprudencia (1), empezó la traduccion en verso de Virgilio, de Camoens y de Milton (2): en tiernos idilios hacia resaltar las bellezas de la Biblia; componia dramas, tragedias (3), novelas (4), estudios históricos y aun la condicion estudiantil de suyo picaresca y desenfadada le hizo caer en la tentacion de burlarse é increpar como Marcial y Juvenal las ridiculeces y los vicios sociales: que ni su carácter, ni la especialidad de su talento le llamaban á corregir al hombre con el rudo látigo de la sátira y el acerbo estilo; sino con blanda mano y con suavísima frase: de estas composiciones sólo hemos encontrado dos: una de ellas era un epigrama (5)

---

(1) La obra quedó inédita: eran unas Instituciones de derecho romano, en que le auxilió D. Joaquin Quibus.

(2) No hemos podido encontrar mas que algunos fragmentos de borradores; sin ilacion, con versos á medio concluir, y á menudo en letra ininteligible.

(3) Se nos asegura que compuso cuatro; pero solo hemos encontrado el borrador de dos composiciones dramáticas: el drama de *Doña Inés de Castro*, escrita en sus años juveniles y la tragedia de *D. Fadrique*, que concluyó el 29 de Agosto de 1839.

(4) Entre los papeles olvidados en la heredad de Teulada existe una novela sin título, puesta en limpio y segun se deduce de la primera hoja, destinada á imprimirse. Si es de Aparisi; por su estilo candoroso y sus cavernas, castillos y caballeros, la juzgo escrita á los 15 ó 16 años: huele á estudiante de filosofía que trasciende. Ana Radcliffe y Arlincourt debieron ser los modelos, como eran las delicias de todos nosotros en aquella feliz edad.

(5) El epigrama es á un *Cura liberal* y dice así:

> Un cura liberal, breviario en mano,
> fuese al infierno alborotando el mundo.
> No te asombres, oh pueblo soberano!
> que en esa desdichada criatura
> ó sobra el liberal ó sobra el Cura.

intencionado contra los eclesiásticos amigos del espíritu del siglo y partidarios de la nueva civilizacion, especie de consorcio semejante al del órden y la libertad, que hace cuarenta años que se busca y no se encuentra; la otra una sátira (1)

---

(1) Hé aquí algunos tercetos como muestra de la flexibilidad del estro poético de Aparisi:

A CLARA.

Tú quieres flauta suave y blandos sones,
Pues bien; ya que agradarte es mi cuidado,
Te habré yo de cantar dulces canciones.
Ora suena el relój, las diez han dado
Y ya tal vez...; evita el frio viento;
Te despegas del lecho regalado.
Ya escucharme podrás: no, que al momento
Corres á los espejos guarnecidos
Para el debido culto y ornamento.
¡Oh momentos de afan, mas bien, perdidos!
Aquel es el altar, allí está el ara,
Pues allí se embelesen tus sentidos.
En tres horas te peinas, linda Clara,
Mas; ¡poder de la gran naturaleza!
¿Quién de rosa y jazmin te dió una cara?

Despues de oir que Paris, el poeta vó á Clara vieja y pintándose el arrugado rostro; pero conviene en que es vision y que no haga caso y siga.

A maravilla estas, con dulce anhelo
Saldrás al gran salon, dó tus iguales
Te esperan y allí tiende el corvo anzuelo.
Te esperan tres de aquesos animales
Cuya casta Aristóteles no apura,
Quizá porque su siglo no vió iguales.
De hombre es el sexo, de hembra la figura
O no tienen razon ó no usan de ella:
¿Será raza de micos por ventura?
. . . . . .
Y comienzan á tajos y á reveses:
Todo lo afirman ¡cualidad de sábios!
En lengua, ni Españoles, ni Franceses.
Habrá quien diga, mas tendránlo á agravios;
Quien diga que durmiendo el buen juicio,
No es muy difícil menear los lábios.
. . . . . .

Pinta aquí el torpe murmurar de esos jóvenes ociosos y afeminados. Dan las tres, ha de comer Clara y su madre es la que incita su gula.

J. de P. Lucena

acerva sobre manera contra las ridiculeces de las damiselas y contra los vicios de esa juventud dorada, ignorante, mal

---

Y si Clarita en irritada priesa
El torpe paladar, viciando, adula
Por luengo espacio en olorosa mesa;
Gracias darán tal vez á quien regula
Próvido á cielo y tierra y les da el oro...
¿Mas lo dá porque halaguen la vil gula?

. . . . . .

¡Ay Clara! ¡Ay infeliz! Mira el gran lloro
De esos desnudos niños, el quebranto
De esa mujer, que de su helada boca
Se arranca el pan y se lo da con llanto.

. . . . . .

Aquí el poeta se irrita contra los que no socorren la miseria y alaba á la mujer virtuosa é increpando á Clara la dice:

No hay medio, no: corrígete, ó responde
Que esa es moral de feas infelices;
Que á tí baile, á tí seda, á tí ócio blando
Y palomas á tí y á tí perdices.

Asegura que no hallará contradiccion en los que le enseñaron el deshonesto baile y la moral del teatro: traslada á Clara al salon de recibo, increpa el lujo, la desigualdad de las riquezas, la ociosidad de los nobles, bendiciendo, sin embargo, al rico bienhechor.

. . . . . .

Pero al fin nécio soy pues me acaloro
Y ¡oh Juvenal! tu maza sacudiendo
Dejo de Horacio el látigo sonoro.
Aunque es verdad, Clarita, lo estoy viendo
Que no sé, como el vate venusino
A los viciosos lastimar riendo,
Pues si rio una vez, ciento me indigno:
¡Ojalá! que un instante rebullera
En mi pecho su númen peregrino.
Te pintaria ¡oh Clara! allí altanera
Con tonta vanidad, que el lujo iguala
Estando en la tertulia vocinglera.
Entras tú, Clara; y tu brillante gala
Todas se inclinan á mirar y suena
Largo murmullo en la espaciosa sala.
Y de celosas inquietudes llena
Mira y remira Inés; mas desdeñosa
Al contemplar tu cara se serena,
Tal vez porque te vé no muy hermosa.
Mas, ¿yo qué dije? ¡Apolo fulminante!

entretenida, y contra la criminal indiferencia ó connivencia de ciertos padres y de ciertas madres.

D. Francisco Belda, escritor místico (1), le sometia las cuestiones mas sutiles de teología. D. Rafael José de Crespo encanecido en los altos puestos de la magistratura oíalo con profundo respeto; (2) y el P. Maestro Fray Vicente Miguel

---

Yo soy merecedor de cualquier cosa.
Clara, Clarita, callaré al instante,
O diré que eres pulcra, eres divina;
Fuera sea del alma y el semblante.
. . . . . .

Búrlase de las jóvenes que creen que cuando se les acerca un jóven de alta alcurnia va al punto á demandarlas en matrimonio, pinta sus malas artes, truena contra la danza y mas contra los padres que ven y callan, les augura afrentas conyugales, la perversion de Clarita y concluye:

Así de vicios el tropel inmundo
Triunfa: así mancha las paternas casas,
Llega hasta el templo y se corrompe el mundo
Y vienes ¡ira del Señor! y abrasas.

Los tercetos copiados no son los mejores; pero son los que pueden imprimirse sin peligro: los otros más enérgicos, combaten inmoralidades y defectos cuya correccion no tienen su lugar conveniente en estas obras, ni quizá seria oportuna en los tiempos actuales, en que las invectivas contra el mal uso de las riquezas podrian traducirse como llamamiento á las desenfrenadas pasiones del populacho.

(1) Sobre la Concepcion Inmaculada de María, si mal no recuerdo, escribió una obra, fuente de largos disgustos para el escritor.

(2) En su elogio compuso una oda que á juzgar por el carácter de la letra ha de ser de su adolescencia: de ella copiamos la parte en que refiere las obras escritas por D. Rafael José de Crespo y las notas:

Ora so el ingenioso
Util velo de apólogo inocente (1)
El lobo sanguinoso
Y la oveja paciente
Altas lecciones den á humana gente:
Ora gracia y decoro
Cantes de Cloe y la color rosada
Y los cabellos de oro
Y la frente nevada
Y los ojos de mágica mirada. (2)
. . . . . .

---

(1) Coleccion de fábulas.
(2) Cantata á Cloe y otras poesías.

M. de P. Lucero L.

y Florez, lumbrera esplendente de la órden de Santo Domingo, á quien Aparisi llamaba *su conciencia*, tenia en cuenta el dictámen del jovenzuelo, que con pasmosa seguridad resolvia los problemas mas árduos, y sustentaba á menudo opiniones contrarias á las de aquellos sapientísimos varones, que al fin se rendian á su vigorosa dialéctica.

Así le sorprendió una gravísima enfermedad cerebral: las pulsaciones en las sienes crecian por momentos; la calentura, como el plomo que se va fundiendo y llena el crisol y rebosa y abrasa cuanto va tocando, subia y subia y se iba apoderando de su inteligencia.

Aun le quedaba fuerza de voluntad para pensar y ocurriósele un capricho. Como toda persona sensible y nerviosa, gustaba apasionadamente de la música.

Cantas (1) y con bramido
Suena el ronco aquilon en mar turbada
Y el cielo ennegrecido
Y la tierra asombrada
Y del mortal la frente está enlutada.
. . . . . .
Del Dios de cielo y tierra
A cuyo revolver del brazo airado
Tiembla cuanto en sí encierra
Natura y el turbado
Semblante vela Serafin postrado;
De este Dios poderoso
Manifiestas la historia y su dulzura (2)
Y en Gólgota lloroso
Muestras la sangre pura
Que el amor sacrifica á mi ventura.
Y la hermosa y sagrada (3)
Bandera del Señor en santo celo
Tremola contra osada
Generacion, del cielo
Aborrecida y pestilente al suelo.

---

(1) Oda á la tempestad.
(2) Vida de Nuestro Señor conforme á los Evangelios y puesta en castellano y órden cronológico... Obra inédita de gran talento y trabajo.
(3) D. Papia de Bobadilla.
Tambien tradujo la epístola de Horacio á los Pisones en menos versos que tiene el original: Aparisi repetia á menudo las primeras estrofas; pero no me acuerdo de ellas.

«Si oyera tocar alguna obra maestra, y lograra distraer»me; hombre salvo.» Esta aspiracion confundida entre los delirios de la fiebre, era incesante y tenaz: por fin decidióse á manifestar á su madre el deseo que le aquejaba de oir una pieza concertante.

Ocho pesetas era el caudal de la casa: por seis, precipitadamente se buscaron algunos músicos. La enfermedad, en tanto, aumentaba: los acordes de la *Casta Diva*, mezclábanse con el anheloso respirar del moribundo y con el llanto de la madre y de los parientes: hízoles seña con la mano para que se acercasen y les suplicó que cesara la música: «madre, le dijo con apagado acento, Bellini no me ha distraido, no hay »remedio, me muero.»

Equivocóse: convaleció trabajosamente; pero la conmocion cerebral fué tan intensa, que habia olvidado todo lo aprendido. «Desde entonces», me repetia muchas veces, « na»da sé, ni me hallo con ánimo para emprender de nuevo el »estudio: sólo de la moral conservo algo; mi cerebro está »ahora como una tabla en la que se hubiera borrado la »pintura.»

Mucho sin duda exajeraba en su modestia Aparisi, y sus obras posteriores dan de ello claro testimonio; pero ciertamente mucho olvidó de detalles, y desde entonces ó por esta causa ó porque su temperamento nervioso se iba desarrollando con la edad, lo cierto es, que jamás se dedicó á estudios continuados. Para enterarse de un libro, lo abria, leia dos renglones, pasaba á otra página, lo cerraba, lo abria otra vez, continuaba su lectura, volvíalo á dejar, y lo tomaba de nuevo.

Pero tal era el poder de su inteligencia; pero tal era la profundidad de su criterio, que aquella ojeada, aquellas frases apenas miradas, aquellas lecturas ligerísimas, bastábanle para formular un juicio acabado y exacto de la obra.

Imposible para él ocuparse en trabajos minuciosos: dominando la materia, siempre sintetizaba, siempre reducia á principios fundamentales las largas demostraciones de un libro.

Repugnaba entretenerse en buscar datos, en inquirir puntos de apoyo, mas encontrados, con la palanca de su superior entendimiento atrevíase á solevantar el mundo de la ciencia.

Tenia Aparisi diez y seis ó diez y siete años cuando se le consideraba ya como una esperanza de la literatura: sus odas sagradas insertas en el *Diario Mercantil*, habian hecho que se fijase en él la atencion pública, y más aun, cuando publicó la de la *Amnistía* en que se equivocó su ánimo generoso, creyendo motivo de paz, lo que fué causa de guerras sangrientas, y cantando arrepentidos, á los que volvian impenitentes. (1)

En 3 de Julio de 1839, recibió la investidura de Abogado en Valencia. Sus hermanos Blas y Francisco eran empleados; él y Dolores vivian con su madre: la corta renta, la viudedad y lo no mucho que ganaba Aparisi, á cargo todo de la económica administracion doméstica de Doña Francisca Guijarro y de la rural de D. Francisco Belda, subvenian modestísimamente á las necesidades comunes.

La casa, que no era grande, quedó más reducida por el enlace de Francisco que con su esposa ocupó una parte: en estas circunstancias, Blas se presentó con toda su familia: los Carlistas habian entrado en Burriana á viva fuerza, su casa habia sido saqueada y él pudo escaparse buscando refugio en la materna. No habia suficiente habitacion, ni doña Francisca Guijarro podia pagar mayor alquiler, ni gastar en obras de albañileria, ni Blas habia de quedarse en la calle: entónces discurrió aquella dividir su pequeño do-

---

(1) Tenia á la sazon diez y siete años. Esta poesía no fué ciertamente publicada por él, que su ambicion no llegaba á tanto, sino por sus mismos Maestros. Como algunos pueden creer que el asunto de esta oda respondia á un sentimiento político, juzgamos necesario decir cuáles eran los suyos á la sazon. Algunos de sus hermanos se inclinaban al liberalismo; la mayor parte de sus más allegados parientes del lado materno, eran liberales. Entonces el liberalismo no era conocido mas que de nombre y se le confundia fácilmente con la libertad: Antonio Aparisi amaba apasionadamente la libertad, como que comprendia la dignidad del hombre, y sin embargo, instintivamente le repugnaba el liberalismo y decia siempre: «yo no soy liberal.»

Pero Aparisi era ya lo que ha sido toda la vida: un corazon lleno de misericordia, y en la amnistía solo consideraba una puerta que generosamente se abria á desgraciados, para que pudiesen entrar de nuevo en la querida patria y estrechar entre sus brazos á madres, esposas é hijos que lloraban en la desolacion ó perecian en la miseria; el corazon de Aparisi era un tesoro de amor para todos, y lo ha sido, muchos lo saben, hasta el fin de sus dias.—Almela. *D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Apuntes biográficos.*

micilio con un biombo de carton hecho con periódicos y engrudo; quedando una de las separaciones para ella y otra para sus hijos: los materiales habian sido baratos, y el arquitecto no caro; la obra, sinó de Romanos, ingeniosa, económica; y demostrativa además, de que los periódicos pueden en ocasiones servir de algo bueno en una sociedad ordenada. De este modo las dificultades quedaron resueltas, hasta que ambos matrimonios pusieron casa á parte.

Un suceso tristísimo, vino á complicar la situacion. Tras largos años, los silenciosos y despreciados amores del mancebo, habíanse convertido en autorizada correspondencia; pero la falta de fortuna de los novios les hacia dilatar su enlace (1), y en tal estado murió D. Francisco Adell. Sus negocios, por incidentes imprevistos, habian sufrido largas quiebras: la familia que fundadamente esperaba una decorosa medianía, se encontró completamente arruinada.

La tristeza de Aparisi no podia escaparse á su madre, que se miraba en sus ojos.

Adivinó lo que sufria y

—¿Por qué no te casas con Cármen? le dijo.

Alegó la falta de medios, las privaciones de que no escaseaban entonces, y que habian de crecer con el aumento de familia, recayendo principalmente sobre ella, madre cariñosa, siempre pronta al sacrificio por sus hijos.

No hubo dificultad para la que no encontrase solucion, ni obstáculo que no allanara aquella mujer incomparable.

---

(1) A este tiempo pertenecen los siguientes versos, en ue resalta su amor purísimo á la que fué despues su esposa:

Vamos, Delia querida, al bosque umbrío,
Ven: de tu madre en el sepulcro caro
¡Ay! corona, corona mi ventura:
Alcemos un altar, dulce amor mio,
Y yo seré tu esposo, yo tu amparo
Tú mi esposa serás, tú mi dulzura...
Y tú Vírgen muy pura
Cuya serena frente
Con luz resplandeciente
Brilla sin mancha... cuyo nombre santo
Es de la tierra y cielo amable encanto
Dígnate de cubrir á dos esposos
Con tu apacible manto
Y mirarles con ojos amorosos.

M. de P. Lucero

—Mientras haya cuartel general, (así llamaba á su casa) hay alojamiento para todos los soldados.

Su capital disponible eran 500 rs.: con ellos y lo mejorcito que tenian arregló un cuarto: el 24 de Diciembre de 1842, la huérfana fué esposa de D. Antonio Aparisi, que además llevó consigo á su cuñado D. Francisco Adell, y á una antigua criada.

Dedicóse entonces exclusivamente al ejercicio de la abogacía que llegó á absorverle por completo: temporada hubo en que, yo testigo, llegó á informar siete veces en una mañana: no hubo causa criminal de importancia en que no se le nombrase defensor, ni cuestion grave en que no se le consultara, ni preso pobre que á él no recurriese.

Tal era su desinterés que repetia á menudo: «la única »parte dolorosa en la profesion es la necesidad de cobrar »para vivir,» y á este nobilísimo sentimiento arregló siempre su conducta.

Tratábase de la defensa de un pobre jardinero que pleiteaba contra el que habia sido su amo, persona de alta categoría, y que tomó aquel pleito, por circunstancias especiales, con un empeño que el negocio no merecia: creyó ofensa personal, lo que solo era defensa legítima de un derecho desconocido.

Solicitaba el jardinero que lo patrocinase Aparisi, súpolo el adversario, y para impedirlo, hizo á éste ofrecimientos deslumbradores brindándosele como cliente: creyó Aparisi que la justicia estaba de parte del inferior y eligió su defensa. Redobláronse los ofrecimientos si lo abandonaba y rechazólos con indignacion contestando: «difícilmente me »aparto de una defensa aceptada; pero si es la de un pobre, »nunca: mal me conoce quien imagine que tal pudiera yo »hacer, por congraciarme con un rico ó por el lucro que el »pleito pudiera reportarme.»

Animosidades de pueblo habian levantado gran polvareda contra el virtuoso Cura de Quintanar D. Bernardino García: formáronle causa, pidiéndose contra él, penas graves. El Letrado que habia de patrocinarle ante la Rota, le exigia una crecida cantidad que no le era dable satisfacer: en tal conflicto se presentó á Aparisi acompañado del amigo de ambos

D. Lope Gisbert, para suplicarle que se encargara de la defensa. Excusóse Aparisi con lo quebrantado de su salud que no le permitia tomar sobre sí nuevos empeños.

Quedó descorazonado el Cura, y Gisbert al despedirse de Aparisi, le dijo: «siento en el alma que V. no pueda defen» der al señor de García, mucho más, cuando es tan pobre » que no tiene con qué pagar al Letrado.» Entónces Aparisi le contestó:—«¿Es pobre? pues yo le defenderé: haré un es» fuerzo... no podia V. haber dicho otra cosa que más me » obligase: sí, le defenderé.» El Cura quedó absuelto y la bondad de Aparisi hondamente grabada en su corazon.

Cosa semejante le sucedió en la célebre causa del asesinato de la calle de la Justa: se recordará la atmósfera contraria al procesado que se respiraba aquellos dias: en público y en secreto se le tenia por autor de la muerte de su esposa. El Fiscal en elocuente acusacion interpretó el sentimiento público, al pedir que se confirmase la pena de argolla á que venia condenado; la defensa parecia imposible. Emprendióla sin embargo, el eminente jurisconsulto D. Joaquin Francisco Pacheco, el orador correcto, metódico, frio, de claro entendimiento y dilucidador habilísimo: por dos ó tres dias cautivó la atencion de los que le oyeron, tratando con indecible maestria la cuestion legal; el debate creianlo todos agotado. Persona muy perita fué la que se acercó á Aparisi, ó ignorando que éste habia convenido con Pacheco en que discurriera con libertad sobre todos los puntos de la acusacion, le dijo: «Paréceme que D. Joaquin ha abusado un tanto de su »posicion: debió dejar algo para V. y no ponerle en ridículo, »ya que á V. le tocaba hablar el segundo.»

Como la defensa oral, para fortuna del foro y gloria de Aparisi existe y se publicará entre sus obras, omito describirla. Baste decir, que en campo espigado encontró mies copiosa, fundando precisamente la defensa en el documento apoyo de la acusacion: que con él en la mano, analizando cada frase, buscando su inteligencia en lo íntimo de la naturaleza humana, escalpelando fibra por fibra, idea por idea, afecto por afecto, lo que debió sentir Gener al noticiarle la muerte de su esposa, en la doble suposicion de su inocencia y de su culpabilidad; demostró el imposibe moral de que fuera el matador de doña Carlota Pereira.

M. de P. Lucero

Los que le oyeron quedaron convencidos; pero la opinion de la muchedumbre continuó firme en su creencia.

El Tribunal, subyugado á su pesar por la lógica implacable del Orador, arrostró imparcial y sereno esa opinion pública, con riesgo propio, segun se dijo, y proclamó la inocencia de Gener, ó al menos la falta de pruebas legales del delito, que todos veian demostrado palpablemente en los autos.

Por ello no recibió un maravedí: el procesado carecia de recursos ó tal dijo: mostróse, sin embargo, agradecido; suficiente paga para quien jamás negó á un pobre su auxilio, ni reclamó crédito de cliente que le alegase su escasez de recursos, ni citó á nadie ante los Tribunales; porque decia: «me »repugna tomar dinero del que paga sin voluntad.»

A consecuencia de esta defensa gratuita, sufrió el primer amago del padecimiento asmático, que se le desarrolló despues con motivo del proceso contra D. José Nolla (1), que en Valencia le nombró su Abogado. La causa era grave, el informe largo; cuando concluyó, el sudor bañaba hasta la toga. Sin mudarse siquiera marchó á la estacion para aprovechar el tren de aquel dia. ¡Tal le aguijoneaba el deseo de verse entre los suyos! La ropa de paño, aún estaba húmeda cuando llegó á Madrid, y sintiéndose enfermo hubo de guardar cama; pero nunca recobró desde entónces íntegramente la perdida salud.

No hubo pleito que se le encargase en que antes de todo no procurara avenir á los litigantes: muchas defensas hizo, pero en mayor número transacciones. El único pleito que no pudo transigir fué uno propio ó casi propio. Reclamaba un vecino, como suyos, cierto árbol y una pequeña porcion de terreno de la hacienda de *Teulada*, que estaba acordado se adjudicaria á D. Francisco Aparisi en la division futura.

El adversario, aunque terco de carácter, era carlista de opinion, y por esta circunstancia, por la de deber algunos favores á los Aparisis, y por lo insignificante del asunto, creyóse fácil el arreglo.

Para D. Francisco, aquel árbol, por no se qué recuerdo de familia, tenia gran precio de afeccion. Nombró en arbitrador á su hermano Antonio; el hombre de las transacciones. Enten-

(1) El inventor del pavimento que lleva su nombre.

dióse este con otro hermano del litigante, Sacerdote dignísimo, en quien delegó; tal era la confianza que tenia en la justicia de su causa y en la integridad del delegado; ámplias facultades para que resolviera en conciencia. El Sacerdote, aunque lisonjeado de la confianza, repugnaba admitir el encargo: aceptólo por fin, pero á poco declinó la honra; porque su hermano se negaba á toda avenencia, ni á pasar por lo que él resolviese.

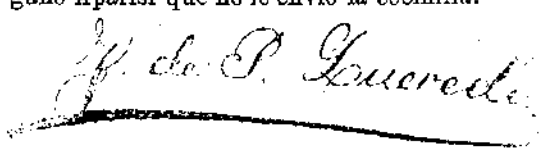
No hubo más remedio que seguir el pleito que, como era de esperar, perdió el obstinado litigante con las costas. (1)

Mas le acudió la fortuna en lance que ofrecia mayores dificultades. Indispusiéronse dos Profesores: la cuestion habia ido creciendo como la bola de nieve: chispa pequeña, el soplo de vanas palabras la convirtió en hoguera. A las razones habian seguido las injurias; á las injurias las amenazas, y personas caritativas que nunca faltan, se habian encargado, solo por aficion, de trasmitir cuanto decian el uno del otro en el seno de la confianza, ó en momentos en que la lengua, á impulsos del enojo, anda mas suelta de lo conveniente: lo que principió disputa, concluyó en profunda enemistad y ódio irreconciliable.

Ocurrió que Aparisi fué á pasar unos dias con su buen amigo D. Francisco Poveda y los dos contrarios acudieron separadamente á consultar su razon y los medios del triunfo.

Aparisi citó á entrambos. ¿Qué les diria? Grande debió ser su mansedumbre y su bondad, porque de la conferencia, el que parecia tener mas de su parte la justicia salió tan con-

(1) No quiso él encargarse de la defensa ni le era fácil por hallarse en Madrid, y se la confió á su íntimo amigo don Francisco Quereda y Ripoll, padre de D. Francisco de Paula Quereda. «Trata al contrario con caridad, le escribia, aunque »no se haya mostrado muy agradecido.» Cuestion fue muy empeñada entre los dos amigos, si Aparisi habia de cumplir la promesa de una magnífica cocinilla económica que le habia ofrecido á Quereda si ganaba el pleito. «Lúcete, ¡oh teólo»go! (este era el nombre que familiarmente dábamos á Quere»da y á D. Vicente Linares, por haber estudiado algunos años »de teología), que despues me luciré contigo: véndense aquí »unas cocinillas que ahorran mucho carbon..... cuenta con »una... Ya que no quieres que te pague, no has de ganarme á »rumboso.» Esto le habia escrito; pero como el pleito se habia ganado con costas y Quereda las habia cobrado del vencido, Aparisi resistia el pago como usurario; mientras aquel se atenia á lo estricto de la palabra empeñada. Graciosísimas cartas se cruzaron con este motivo y la cuestion no se falló, pero la ganó Aparisi que no le envió la cocinilla.



movido, que encontrándole en la calle persona amiga, asustóse al verlo y le preguntó qué le pasaba.

—¿Qué me pasa? ¿Lo sé yo? Hé hablado con un hombre que no sé explicar lo que tiene de bueno; pero sí que es un ángel: es lo único que puedo decirte. Con tanta razon como tengo contra Fulano y tan hablador como soy, (es Andaluz) no he podido pronunciar una palabra y aun estuve á punto de pedirle perdon, y lo hubiese hecho á no habérmelo él pedido antes. Puedo decir que he estado una hora en el cielo. (1)

Inútil seria que encareciésemos sus ruidosos triunfos. Valencia guardará perpétua memoria del Orador ilustre que arrancó innumerables víctimas á la muerte. Llamábanle el *Abogado de las causas perdidas*: donde para todos era la culpabilidad manifiesta, el crímen notorio, la condena sin remedio; allí encontraba culpabilidad dudosa, crímen improbado, inocencia probable; y es que su elevado espíritu le hacia comprender que la mayor parte de los delitos no son hijos de la perversidad, sino de los arrebatos momentáneos de las pasiones exaltadas, ó de la ciega ignorancia. Es que él, profundo conocedor del hombre, penetraba en su pensamiento, se apoderaba de su alma, desentrañaba los móviles de su confesion, debida á coacciones morales, á consejos desesperados, á estímulos de la venganza, á engaños reprobables; é invalidaba ante el Tribunal, lo que inválido era ante la conciencia: es que, Jurisconsulto eminente, pulverizaba las pruebas, elevábase á las razones de la ley, y desde altos puntos de vista, de la letra que mataba, extraia triunfante el espíritu que habia de salvar al reo.

¡Ah! nosotros recordamos aun la vista del proceso en que se acusaba como cómplice en la muerte del guerrillero don Vicente Puchades, á su misma hija.

La víspera discurríamos por el Paseo de los Tristes, sobre los medios de defensa.

Estaba persuadido de la inculpabilidad de la niña que patrocinaba, más los indicios eran terribles: no lo recuerdo bien... me parece que condenada á muerte en primera instancia se habia pedido la confirmacion: «la he de salvar, »murmuraba, aunque tuviese que hacerme pedazos.»

---

(1) Nuestros lectores me permitirán que haya trasladado este relato literalmente cual se me ha comunicado.

Al otro dia la espaciosa sala de la antigua Diputacion foral, la adyacente, los pasillos, todo estaba lleno. La indignacion pública era grande, la palabra parricida corria de boca en boca, el Fiscal, grave y severo, llevó la conviccion á todos los ánimos: la muerte se cernia sobre la cabeza de la víctima, y sin embargo, al poco tiempo el defensor era rey del auditorio conmovido: alguna lágrima se resbalaba por la austera mejilla de los Magistrados; un silencio solemne dejaba oir en toda su plenitud la palabra ardiente, patética, desgarradora del Abogado que al pintar el horrendo espectáculo del padre que besa á su hija al acostarse y la despide amorosamente, y á cortos momentos se ve rodeado de asesinos y en lucha inútil cae traspasado por cien heridas; exclamaba: «no, no puede ser, que ella, la hija querida, la que acaba de recibir el ósculo de su padre, haya dado paso franco á los asesinos: no; ese mónstruo no existe.» La acusada fué absuelta y los testigos de la defensa se daban la enhorabuena, como de un triunfo comun. Lo era en verdad, que crímenes semejantes, no solo degradan al que los comete, sino deshonran á la especie humana; la culpa es del reo, pero la ignominia alcanza á todos los hombres.

En sus brazos hubieron de recibirle los amigos; la tension nerviosa de sus fibras fué tal, que no podia sostenerse: ocho dias despues, aun subia las escaleras como un convaleciente, apoyándose en el pasamano y en el brazo de su compañero.

Recordamos tambien que teniendo que defender á un ébrio, reo de graves delitos, parecióle necesario para la defensa, experimentar en sí los síntomas de la embriaguez, y con este objeto, el hombre sóbrio bebió lo bastante para exaltarse, sin perder el conocimiento de lo que experimentaba, y fué analizando aquellas sensaciones desconocidas, aquel batir del pulso frecuente y precipitado, aquel aumento de vida que del corazon se derrama, invade el pecho y sube á la garganta y la inflama y se agolpa á la cabeza y bajo la superabundancia de la sangre, enciéndese la vista, hínchanse las venas, laten las sienes, súfrense alucinaciones terribles y obra el hombre obedeciendo á una fuerza superior de la que no es mas que fatal instrumento.

El dia de la vista, describia á los Jueces las fases por las que habia pasado el reo; disecaba una por una las transfor-

maciones succesivas de las ideas, bajo el martilleo contínuo de las emociones de la embriaguez: los que le escuchaban, escuchaban atónitos aquella anatomía de las facultades mentales del hombre embriagado, la responsabilidad que puede por ello caberle, la libertad moral perdida, la inteligencia trastornada, la voluntad sin fuerza... conforme hablaba, la culpa se iba desvaneciendo, una sombra, nada.

Ruidosa fué la causa contra el médico de Villamarchante; se le procesó como reo de un horroroso fratricidio y pedíase contra él la pena de muerte. Mucho desconfiaba Aparisi del éxito, pero interesado vivamente por el reo, acudió á buscar inspiracion divina, pues la humana era inútil. La vista habia de comenzar á las diez: á las nueve y media, una Señora le encontró en la Iglesia del Salvador ante la devotísima imágen que en ella se venera, y admirada le dijo:

—*D. Antoni, ¿vosté así? ¿Sap vosté la hora qu'es?*

—*Calle, Siñora, vinch per llum.* (1)

Y se fué á la Audiencia á poco y salvo la vida de aquel infeliz: no en valde habia buscado en la oracion, luz para la defensa.

Era célebre Mariano Seguí, conocido por el *Gatet* (2), tipo del bandido español, arrojado, inaccesible al miedo, generoso con los débiles y cortés á menudo con las mujeres.

No sé si una riña ó una venganza le condujeron á guarecerse en lo más escabroso de la sierra: preso en las Torres de Serranos, el Ministerio público pedia contra él la pena capital en tres causas distintas: llamó á Aparisi.

Tras larga conferencia, declaró al reo que creia imposible su salvacion, y que más necesitaba del Sacerdote, que del Abogado. Con la mayor calma y sangre fria le oyó el Gatet: «nada, si V. cree que no puede salvarme, ¡cómo ha de ser! »con una vida pago: podrán imponerme tres penas de muer»te, pero de seguro no sufriré más que la primera.»

---

(1) —D. Antonio, ¿V. por áquí? ¿Sabe V. la hora que és? —Calle V., señora, *vengo por luz.*

(2) El Gatito.

—Alguna confianza tienes, Mariano, le decia Aparisi, y haces mal: no confies, Mariano. Sólo un milagro puede salvarte.

Confiára ó no el reo, el milagro se hizo, y de las tres condenas de muerte le absolvieron.

¿De qué artes se valió Aparisi? Con elocuente sencillez puso de relieve al hombre tal cual era, y logró conmover el corazon de sus Jueces. No podia negarse que habia robado los caudales públicos, entrando en un pueblo á la mitad del dia con increible audacia; pero tampoco que entre la confusion del saqueo y al oir que la mujer del Recaudador yacia en el suelo abandonada, con un accidente ocasionado por el susto; tira el dinero, corre presuroso, levanta á la Señora, busca vinagre, le frota las sienes, y cuando vuelve en sí, la tranquiliza, le da seguridades de que no se haria ofensa á nadie y se marcha á su guarida.

Cierto que habia asesinado á un labrador sobre seguro, pero al escuchar de los labios de Aparisi la historia con todos sus detalles, desaparecia lo repugnante del asesinato.

Porque ¿cómo librarse del encanto de aquella potente imaginacion que con vivísimos colores retrataba la escena en que el antiguo compañero convidaba á una *paella* al malhechor, que la aceptó sin recelo; el parte sigiloso á la Autoridad, el paso furtivo con que mientras dormia tranquilo, fiado en el Júdas que le entregaba, rodeó la alquería la fuerza pública; el despertar azorado del Gatet al parecerle oir murmullo de mucha gente; el saltar por una ventana, arrojarse en medio de los *Miñones* (1) y disparando su trabuco, salir ileso, sin alcanzarlo ni las balas, ni la ligereza de los que le perseguian?

Y luego el acechar al delator como el tígre, siempre escondido al derredor de la casa un dia y otro dia, una noche y otra noche, hasta sorprenderlo en el monte cercano.

Al verle el desleal cayó de rodillas exclamando:

—No me mates, por la Virgen Santísima.

Acercóse el Gatet, lívido, con el trabuco montado.

—¡Traidor! no hay perdon para tí, le dijo con voz sorda.

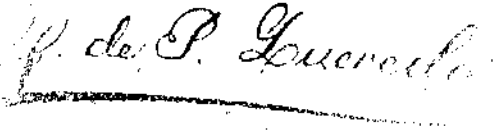
—Mariano, ¡por la pasion de Cristo!

—Reza.

—¡Mariano!

---

(1) Mozos de las escuadras de Valencia, cuyo instituto era la persecucion de los criminales, encomendada hoy á la Guardia Civil.



—Me vendiste.

—Mariano, tienes razon; pero mira que tengo mujer, acuérdate de mis hijos, de mis hijos pequeños, que te quieren y que has acariciado en tus rodillas.

Aquel bandido feroz, ansioso de venganza, al oir hablar de los niños, dejó caer el trabuco.

—Vete, le dijo; vete pronto, antes que me arrepienta: tus hijos te salvan... pero ¡cuidado!...

Y á pesar del perdon, aquel hombre, temiendo que algun dia Seguí recordase al delator y se arrepintiera de su generosidad, volvió otra vez á maquinar su muerte.

Una noche no volvió á su casa; buscáronle afanosamente y apareció fusilado con un cartel en el pecho en el que se leia: «*por traidor.*»

¿Cómo resistir á los enérgicos acentos conque desplegaba el cuadro de la existencia azarosa del reo, su furor al verse entregado por el hombre con quien partia su pan y su sal, lo indispensable, dada su posicion, y no por ferocidad de ánimo, si no como natural defensa; de contener con el castigo la codicia del espionaje, y aun así, en medio de su rabiosa ira, entregado á sus salvajes pasiones, creyendo que obraba justamente, enternecerse al pedirle piedad en nombre de la mujer desvalida y de los inocentes hijuelos? El Tribunal encontró atenuantes, y en vez de la de muerte, impuso al reo la inmediata. Aun muchos de los que incapaces de derramar la sangre de un hombre, se horrorizaban al pensar en la muerte de lá indefensa víctima, tenian á pesar suyo la excusa del Gatet en sus labios y el perdon en sus corazones; que hay algo de tan vil y repugnante en la traicion del amigo, que con facilidad induce á los ánimos de suyo impresionables, á olvidar el abuso de la fuerza y la ilegitimidad del que se erige en Juez de la propia injuria, y á que por justicia reputen la venganza del traicionado.

Motivo era de admiracion de muchos el que, á pesar de sus opiniones francamente monárquicas, fuese Aparisi el defensor nato de los republicanos. No hubo proceso de rebelion en que los más comprometidos no le nombrasen, proporcionándole con ello largo trabajo, honra abundante; pero provecho... verdad que honra y provecho no caben en un saco.

Como la causa de ello enaltece á todos, no queremos omitirla. He olvidado la fecha; era una de aquellas en que Va-

lencia gemia bajo la amenaza y el puñal de las turbas, siempre sangrientas en los países meridionales.

Tratabáse de un reo carlista ó progresista (1) cuya condena pretendia la fraccion que subyugaba á la capital. El dia en que habia de verse la causa, grupos amenazadores cercaban el edificio de la Audiencia. Era Aparisi el letrado defensor: empezó con blandura, con aquel decir suave, aquel herir profundo con guante blanco que tanto le distinguia; cuando de improviso invaden la sala los más férvidos patriotas, torva la frente, amenazadora la mirada, interrumpiendo el discurso con temerosos murmullos y acariciando feroces el puño de la daga.

Irguióse el Orador al verlos, y dejando á un lado suavidades y blanduras y volviéndose contra el auditorio, increpólo rudamente, tronó contra la fuerza bruta, y altivo, mostróles su desprecio á la violencia y á la amenaza: «ved, les » decia, qué rápido se acerca el momento de la expiacion; » ved que si matais á hierro, morireis á hierro; que el ojo por » ojo y diente por diente es ley ineludible del mundo: ved » que si por los ímpetus de la voluntad quereis que se juz- » gue, por los ímpetus de la voluntad sereis juzgados.» Y luego invocando sus buenos instintos, haciendo vibrar en sus almas salvajes todas las fibras de los generosos sentimientos, realzando los deberes del fuerte para con el débil, la cobardía que encierra la conjuracion de muchos contra él solo, del armado contra el inerme; proclamó con arrogancia la inocencia del acusado, víctima de los ódios antiguos é implacables de aquella turba.

Temblaban todos por el defensor; pero ¡oh noble carácter español! al bajar de la banqueta, los patriotas confusos le cercan, se quejan de que les haya tratado tan duramente, le felicitan, sin embargo, porque habia cumplido con su deber; se le ofrecen: en cuantas causas con el rodar de los tiempos

---

(1) Este partido se hallaba dividido en Valencia y sus fracciones se odiaban de muerte: llamábase la más moderada del *Morter* (del mortero) aludiendo á que sus jefes eran dos Boticarios el uno D. Domingo Capafons y el otro D. N. Villalobos si no recuerdo mal; y la mas exaltada, de republicanos en ciernes, de la *Barraca*, porque organizados en sociedad secreta, una de sus secciones tenia este nombre: los de los asociados eran Temístocles, Epaminondas, Bruto y otros por el estilo. Algunos papeles de esta asociacion masónica ví por casualidad.

M. de P. Luero

se les formaron, siempre eligieron por su defensor á Aparisi de quien les constaba que era incorruptible al interés ó inaccesible al miedo.

Tal fué el orígen de su popularidad entre los republicanos.

El más elocuente de todos ellos (1) al rendir justo tributo á la memoria de Aparisi como Abogado, dice:

«Donde sus facultades encontraban más grato empleo y » adquirian toda su intensidad, era en la tribuna del foro, » ejerciendo el sublime ministerio de la defensa. Quinientos » reos de muerte ha disputado al patíbulo. Cuatro ó cinco » solamente ha podido arrebatarle el verdugo. Desde el punto » en que la vida del reo dependia del poder de su palabra, » no sosegaba Aparisi. Pasaba los dias absorto en la meditacion de su asunto y las noches inquieto en la fiebre, en el » delirio de su caridad abrasadora. Convertíanse todas sus » facultades al estudio de la causa, contemplábala bajo todos » los aspectos y concluia por conocerla en su conjunto y en » sus minuciosidades. Seguidamente iba á ver al reo, no como » Abogado, sino como padre. Le reconvenia unas veces dulcemente, le despertaba otras con afan la conciencia reveladora de su estado moral, le pedia noticias de toda su vida, » le estudiaba como un moralista, como un fisiólogo y concluia por encontrar algo bueno, algo redentor en el fondo de » aquel corazon perdido, de aquella alma sombría.

» Y desde el punto en que encontraba la estrella de aquella noche, casi, casi, le parecia el criminal inocente y se » empeñaba en redimirle ante la justicia legal y ante la conciencia pública. Disponia prolijamente las pruebas morales » y materiales que pudieran disculpar el crímen, no con la » frialdad del sábio que analiza, sino con el calor del artista » que redime y purifica. Llena de ideas la mente y de afectos el corazon, interesado ya como en causa propia, emprendia aquellas defensas, modelo de elocuencia, donde con » aparente desórden y verdadero arte pasaba de las pruebas » reales á las pruebas legales, de las morales á las reflexiones filosóficas, de las reflexiones filosóficas á la contempla-

(1) D. Emilio Castelar. *Ilustracion Española*, de 16 de Noviembre de 1872.

¡Cuánta compasion le causaba á Aparisi el considerar el torcido camino que en materias religiosas seguia este su primo!—«eixe chiquet, eixe chiquet, no sen recorda de sa mare... si ella alsara el cap!»—solia decir á menudo.

»cion de la naturaleza humana en los extravíos de su volun-
» tad, en los desmayos de su conciencia; y cuando todo es-
» taba agotado, insinuábase en el corazon de sus Jueces, lla-
» maba á sus sentimientos, ponia lágrimas en la voz, patético
» arrebato en su elocuencia, transfigurábase, hasta tocar en
» los límites donde le es dado alcanzar á la palabra humana;
» envolvia al Tribunal y al público entre las ráfagas abrasa-
» doras de sus ideas enrojecidas en la más pura caridad y
» acababa por arrancar su víctima al verdugo, su triste presa
» á la muerte.»

El orador republicano ha juzgado á Aparisi y le ha juzgado bien: los hechos referidos, confirman la exactitud de su juicio.

La relacion de sus triunfos en el foro nos ha separado de la historia de su vida: no nos hemos propuesto sólo alabar su inteligencia, sino que se conozcan algunos rasgos del hombre virtuoso; que el talento, admira; pero el ejemplo de la virtud, mejora.

Habia formado sociedad Aparisi con su íntimo amigo don Joaquin Quibus y los intereses comunes prosperaban bajo la cuidadosa administracion de persona tan buena y tan entendida: encargóse éste de la parte escrita de los pleitos, Aparisi desempeñaba informes y consultas.

Con el trabajo asiduo de algunos años, los sócios reunieron un capital de seis mil duros: motivo de grandes cavilaciones y de no pequeños proyectos, por que no sabian qué hacer de ellos.

Resolvieron por fin emplearlos en la compra de un molino en el lugarejo de Ana, situado en los montes cercanos á Valencia. Poco más de un año disfrutaban de su propiedad, cuando un dia se presenta el arrendatario con la noticia de que el molino habia desaparecido.

Una espantosa avenida del torrente á cuya orilla estaba, lo habia arrancado de raíz.

Recibieron la noticia con calma estoica: «alabado sea
» Dios, contestaron, está visto que no nos quiere propie-
» tarios.»

Acababan de perder con el molino todos sus ahorros; casi todo lo que poseian.

—¿Y no tuvistes por ello algun momento de desánimo, de pena?—le pregunté en ocasion que me contaba su ruina.

M. de P. Lucrecia

—No: me contestó; me quedé tan sereno, como si tal cosa no hubiera pasado, y si alguna nubecilla pudiera empañar la tranquilidad de mi espíritu en los primeros momentos, considerando la suma de trabajo que representaba para mí aquella pérdida; motivo tuve para consolarme.

Estaba en mi despacho cuando se me presentó un viejecito de unos setenta años, al que conocia por uno de los molineros más ricos de Ana, y casi vecino nuestro. En su cara estaba pintado el alelamiento más completo. Preguntéle y por sus vagas contestaciones y por los detalles del que le acompañaba supe su horrible desgracía.

Con motivo de ciertas diligencias que mucho le interesaban, habia salido de Ana unos dias ántes. Dejaba pingües cosechas: los corrales del molino abastados de volatería; las cuadras, de animales de labranza y de acarreo. Delante del molino, en un extenso huerto, jugueteaban sus nietecillos con la abuela: de seis hijos, unos trabajaban en él, otros atendian á la molienda, la nuera cuidaba de los criados y del avío de todos.

Principió á lloviznar en Valencia; el agua venía de la parte de las montañas: la lluvia arreció, poco despues era un diluvio: el viejo receloso emprendió el camino de su casa, las acequias se habian desbordado; los arroyuelos, hilos de plata que se desprendian de la sierra, eran entonces torrentes atronadores.

A lo lejos oia el viajero un ruido temeroso, como de murmullo de muchas aguas; avivaba el paso, el ruido crecia, era una especie de trueno continuado, como el de una catarata que se hundiese en el abismo.

Y andaba, andaba, y llegó: el infeliz tapóse el rostro con las manos, cayendo de rodillas.

El arroyo se habia convertido en impetuoso rio que anchísimo circundaba la casa, y chocando contra los muros levantábase con furia, se retorcia y rugiendo se despeñaba terrible por el barranco. Sus hijos, su mujer, sus nietos en el tejado del molino, con gritos desgarradores, pedian socorro... y el agua subia, subia. En medio de la huerta, lecho entonces del rio, estaba su hijo mayor con dos niños, uno sobre la espalda, colgando del cuello; otro en el hombro, con la cabeza inclinada sobre la de su padre... y el agua subia, subia.

Apénas lograba ¡mísero! sostenerse contra el ímpetu de la avenida: el niño abrazado de su cuello, no pudo resistir más; se le aflojaron las manecitas y las aguas se lo llevaron.

La casa crugía: algunas pedrezuelas se desprendian y la inundacion rebasaba el piso alto: veíase desde la orilla agrupado el resto de la familia: su levantar las manos al cielo, sus lamentos rompían el alma y los gemidos del viejecito que inútil pugnaba por esguazar el torrente, respondía á los gemidos de aquellos infelices... y el agua subia, subia.

Y hé aquí que súbito un grito desesperado de agonía llena el espacio, y con el fragor de un trueno se derrumba el edificio y una columna de agua salta, y al caer en vertiginoso remolino cubre el paraje que aquel ocupaba: algunos maderos huyen arrastrados por la fuerza del rio: pequeñas burbujas remontan á la superficie formando copos de rojiza espuma y bullen y se quiebran... despues, nada.

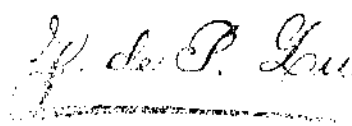
Al hundirse el caserío, el esposo, el padre dobló la cabeza y agotadas sus fuerzas, se abandonó á la corriente: dos veces ¡ay! en vano intentó mantener á su último hijo á flor de agua; á poco dos cadáveres flotaban en un remanso de la orilla.

Ya lo ve V., me decia sin lágrimas y sin manifestar emocion ninguna el anciano: ayer rico, con mujer, con hijos, con nietos, con hacienda... Hoy sin fortuna, sin mujer, sin los nietos de mi corazon... solo en la tierra, esperando que me llame el Señor.

¿Te parece que oido esto podiamos sentir la pérdida de cuatro paredes?... Consoló á aquel pobre, pobre como Job, y de lo íntimo de mi corazon dí humildes gracias á Dios porque sólo me habia quitado los bienes.

El cólera que afligió á Valencia en el año 1834, tras veinte de intervalo, volvia á visitarla. Trasladóse la madre de Aparisi á la heredad, y él, que no podia abandonar por completo su bufete, al Grao, con gran disgusto; porque la peste trabajaba rudamente á la ciudad, y en ella quedaban Cárlos, por intereses de familia, y parientes queridísimos.

Ocurrió entonces un suceso que sólo me atrevo á referir, porque lo supe de los mismos interesados y me lo confirman ahora los que á raíz de los acontecimientos lo oyeron de ellos: suceso, prueba inequívoca de las misteriosas relaciones que existen entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu; y de la presciencia y claridad con que el alma présaga entrevé en ocasiones lo futuro.



Una mañana, doña Francisca Guijarro se levantó conmovida y contó que en sueños se le habia aparecido su hijo Cárlos, pálido y triste, diciéndole: «madre, vístase V. de luto, »busque V., busque V. los pañuelos negros.»

La misma noche, Aparisi era presa de una pesadilla: soñaba que oia el rodar de un carruaje; que se paraba á la puerta; que llamaban y que le entregaban una carta con la noticia de la muerte de su hermano.

Despavorido se incorpora procurando desechar las quimeras del sueño; á poco rato parécele oir el ruido sordo de un carruaje, cuyo rechinar apagaba la arena, escucha ansioso; no hay duda, un carruaje ha parado cerca de su casa.

Tán, tán, tán: tres aldabonazos que resuenan en su corazon y el ladrar del perro denuncian la llegada de un desconocido. Repítense los golpes, levántase sobresaltado y recibe dos cartas. Una en que le decian: Cárlos está algo indispuesto: otra de su primo D. Juan Almela: Cárlos está muy grave; vente al momento.

Marchó sin detenerse: cuando llegó, Cárlos acababa de espirar: habia muerto en el punto y hora en que en sueños leia su hermano la carta y se aparecia á su madre.

Queríalo Aparisi mucho, no tuvo, sin embargo, lágrimas para él; que no las derramó por la muerte de nadie, ni aun por la de su madre. *¡Dichoso, dichoso!* era la frase que se escapaba de sus lábios. Tanto como le condolian las penas y sufrimientos de los vivos, envidiaba á los que morian en el Señor, término de todo padecer, comienzo inacabable de todo gozo.

Pero cada vez que perdia á uno de los que amaba, arrancábasele un pedazo del corazon, quedando en él un vacío que nada llenaba: sus aspiraciones místicas subian entónces de punto exclamando repetidamente:

«¡Oh, quién pudiera irse á la Trapa y vivir y morir, olvi»dando y olvidado!»

Cuántas veces sentándose en la Glorieta (1) decia á sus amigos: «este sitio, en otro tiempo motivo de alegrías para »mí, lo es hoy de profunda tristeza. Aquí nos reuníamos,

(1) Llámase así un paseo en lo interior de Valencia, junto á la antigua plaza de Santo Domingo: por alusion sin duda, llamaba la familia de Aparisi la Glorieta á un grupo de altos pinos que cerca de las casas y junto al pantano del riego, existe en la *Masía* de Teulada.

» aquí nos regocijábamos todos, aquí á la sombra de estos » pinos que tanto amamos, éramos felices. Ahora vuelvo los » ojos en torno, y del fondo del corazon exhalo un doloroso » gemido. ¿Dónde están mi padre y Blas, y Toneta, y Cárlos » y Belda?... ¡Todos han muerto!... ¡Dichosos, dichosos!» (1)

En esta sazon era Aparisi conocido ya, no solo como Abogado; sino como literato.

El Liceo valenciano (2) habia aplaudido sus robustos versos. *La Restauracion* (3) revista que redactaba con el P. M. F.

---

(1) A la muerte del P. Miguel y Florez, escribía Aparisi. «¡Oh amigo mio! ¡Amigo queridísimo de mi alma! Yo no » tengo el consuelo de llorar; *porque no quedan lágrimas en mi » corazon... hace tiempo se agotaron!*, pero á la inesperada, » á la desastrada nueva de tu muerte; aunque me han » quedado amigos muy caros, háme parecido que la amis- » tad moría para mí sobre la tierra.»

(2) Para su nombramiento de sócio, armóse una pequeña conjuracion entre sus amigos. A pesar de las instancias encarecidas de todos ellos, que pertenecian á la Corporacion literaria, negábase á solicitar su ingreso. Presentáronle sin su conocimiento, se le admitió y resignado, aceptó, por no parecer descortés con quien le favorecia. Publicábase por todos los sócios: *El Liceo Valenciano, periódico mensual de literatura, ciencias y bellas artes.* Imprimióse el primer número el sábado 2 de Enero de 1841; y el último, en Diciembre de 1842: en él hay varios artículos de Aparisi, y sus poesías *Al Sol, Máscaras y Ceniza*, aunque sin título; *Napoleon Emperador*, *A D. Jaime el Conquistador*, *A Delia* y *A la victoria de las Navas.* Y ya que la ocasion se brinda, no queremos omitir lo que le sucedió al componer la primera: estaba Aparisi á la orilla del mar en una apacible noche de verano, y seducido por el espectáculo de aquella naturaleza tranquila, quiso cantar á la luna que con tibio rayo alumbraba las ondas que inmoble espejo retrataban su gentileza: tomó la pluma, escribió y salió una *Oda al Sol*, que publicó á poco. Entre ella y la que hoy se dá coleccionada existen algunas diferencias ó por mejor decir supresiones, inteligentemente hechas.

(3) *La Restauracion; revista católica consagrada á los intereses de la Religion, á la política, ciencias, literatura y artes en sus relaciones con ella.* Publicóse desde el 2 de Abril de 1843, hasta el 31 de Marzo de 1844. La ley de imprenta que exigia un depósito considerable para la publicacion de periódicos, mató á *La Restauracion*: ni Aparisi ni el P. Miguel tenian la cantidad exigida, y se negaron á aceptar las generosas ofertas de sus amigos: carecían de capital y no quisieron exponer el ajeno á pérdida casi segura, atendiendo á lo rigoroso

Vicente Miguel y Florez, ostentaba en sus artículos su carácter indomable y su fervoroso entusiasmo por la Religion y por los principios que elaborados por el lento trabajo de los siglos, eran firmes cimientos de la sociedad española: esta fué su primer campaña política.

Dios, patria, religion, justicia y libertad, fueron su bandera y como medio de defenderlos, la union de todos los Españoles, que despues por desgracia de la nacion, tuvo que restringir, añadiendo: *de todos los Españoles que oyen misa.*

A esta union consagró sus fuerzas: no estábamos identificados en política: profesábamos los mismos principios teóricos; pero las corrientes de la vida, nos habian echado á riveras opuestas: nos dábamos la mano; pero sin militar en el mismo campo. Propúsome un dia la fundacion de un periódico cuya idea cardinal fuese la de la union española: acepté y conformes todos los amigos, se publicó el *Pensamiento de Valencia.* (1) En él escribian carlistas ó isabelinos, absolutis-

---

de las prescripciones penales, y á la libertad con que, para no renegar de sus antecedentes, debian seguir escribiendo: como el General de los Jesuitas, contestaban á los que les aconsejaron que modificasen el estilo, y velasen lo acerbo de su oposicion: *aut sint ut sunt; aut non sint.*

(1) Eran sus habituales Redactores, quedando la Direccion para Aparisi, D. Miguel Vicente y Almazan, D. Juan Antonio Almela, D. Luis Miquel y Roca, D. Vicente Linares, don Francisco Quereda y D. Leon Galindo y de Vera. Cooperaban con sus artículos el P. M. F. Vicente Miguel y Florez, don Benito Altet y Ruato, D. José Beltran y Perez, D. Manuel Benedicto, D. Domingo Roncal, Fernan Caballero, don Fermin de la Puente Apecechea, D. Dionisio Codina, don Gregorio Gisbert, D. Cárlos Caro, el Conde de Fabraquer, don Antonio María de Zappino, la inspirada poetisa granadina doña Enriqueta Lozano de Vilches, D. Tomás Mateo, don Francisco Rovira, D. Tomás Guijarro, el inolvidable D. Antonio Cabanilles, D. José Royo y Salvador, D. José Ortiz Maiquez, D. Teodoro Llorente, D. Vicente W. Querol, don Eduardo Legido y otros. D. Juan Reig y García, á quien Aparisi dirigió aquella dulcísima frase: ¡cuánto has tardado hijo mio! sólo al fin dió la traduccion de un salmo: vedábale prestar al periódico el apoyo de su elevado talento, el disentir de opiniones, y el creer, quizá con razon, irrealizable nuestro propósito.

Favorecieron la publicacion con su autoridad y sus amistosos servicios, los Marqueses de Vivel y de Cáceres, el ilustre patricio que acaba de arrebatarnos la muerte, el Excmo Sr. D. José Vallterra, y los Sres. D. Luis Valier y D. José Rafael de Oloriz, todos queridísimos amigos nuestros.

tas, moderados, algun progresista y republicanos incipientes: aunque los últimos rehuian las cuestiones políticas. Derribar el sistema parlamentario cual se ha venido practicando y como preliminar, su base, las elecciones; fué el constante propósito de la Revista.

Andábamos á vueltas con el Gobernador D. Joaquin Escario, que nos imponia tantas multas, cuantos números, por más que procurábamos atenernos escrupulosamente á las prescripciones legales. Verdad que el Gobierno á quien se acudió, revocó los acuerdos del Gobernador, mandando que se devolvieran las multas; pero el Gobernador se negó á cumplirlo, cesó *La Revista* al corto tiempo y las multas no se nos devolvieron. Hé aquí cómo la Hacienda pública resultó deudora de los humildes Redactores de *El Pensamiento de Valencia*.

Obedeciendo á la idea de la union de los Españoles, muchos años despues la suscitó en Madrid: D. Fermin de la Puente Apecechea fué el infatigable apóstol y logró que se fundase *La Concordia*, periódico en que escribian los hombres políticos más eminentes, y algunos antiguos periodistas: tambien figuró entre los colaboradores de la revista, *La Defensa de la sociedad* que se publicapara resistir los embates de la desenfrenada demagógia, aunando los esfuerzos de los hombres de bien, sin distincion de parcialidades. (1)

Publicóse el primer número en 1.° de Junio de 1857 y el último en 31 de Mayo de 1858.

En su prospecto se decia: «ya es tiempo de sacudir caducas » preocupaciones y bastardas vergüenzas: ya es tiempo de que » los hombres que amen á su patria vengan de donde vinie- » ren, se acerquen, se conozcan y trabajen en comun como » buenos hermanos en favor de una madre desgraciada. *Ya* » *es tiempo de que se proclame; no la union liberal; sino la union de* » *los Españoles.* ¡Pues qué! Todos los hombres de buena vo- » luntad guiados por la conciencia ¿no queremos lo mismo, » esto es, la gloria y el bien de la patria? ¿No pensamos casi » lo mismo todos los hombres de buena voluntad, enseñados » por esa maestra dolorosa que tiene por nombre *la expe-* » *riencia?*»

(1) Escribió tambien varios artículos en *La Esperanza* y en *La Estrella*, y muy especialmente en *La Regeneracion*, de la que llegó en temporadas á ser Director, y de hecho siempre que estaba en Madrid, por la íntima amistad y por la profunda deferencia con que oia su parecer en toda cuestion grave, el Conde de Canga Argüelles, Director y propietario del periódico.

Vivísimo deseo tenian los íntimos amigos de Aparisi de que fuese elegido Diputado: repugnólo en gran manera; por

---

De *La Concordia*, Revista moral, política y literaria fué Director D. Fermin de la Puente Apecechea y Colaboradores D. Nicomedes Pastor Diaz, Fernan Caballero (seudónimo como es sabido de la eminente y católica escritora doña Cecilia Bohl de Arrom), D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Antonio de los Rios y Rosas, señor Marqués de Molins, *D. Antonio Aparisi y Guijarro*, D. Lorenzo Nicolás Quintana, el Presbítero don Miguel Sanchez, D. Severo Catalina, D. Leon Galindo y de Vera, D. José Emilio de Santos, D. Pedro de la Puente y Apecechea y D. Salvador Lopez Guijarro.

Auxiliaban con frecuentes artículos, la poetisa doña Angela Grasi, el Cardenal Puente, Fernandez Guerra, Garcia Barzanallana, Hartzenbusch, Toruos, Rada, Bermejo, Ibañez Zulueta, Ferrer del Rio, Alcalá Galiano, D. Sinibaldo de Mas, Bordiu, Selgas, Gonzalez Nandin, Quiroga, Ahumada, Laverde, Blanch é Illa, Diaz Benjumea, Jimenez Agius, Pascual, Grilo, Sawa, Florez, Campoamor, Conde de Premio Real, Marqués de la Pezuela, y los ilustradísimos militares, Gimenez Palacios, Manso de Zúñiga, Lopez de Letona, Lobo y Zea.

El primer número se publicó el domingo 10 de Mayo de 1863 y el último que correspondia al 3 de Enero de 1864, el 12 del mismo.

Confiósele á Aparisi el dar á conocer el pensamiento cardinal de la Revista y recordando su incesante deseo de allegar á todos los hombres honrados, recuerda lo que defendió *El Pensamiento de Valencia* y añade: «creo que la union de los » seis humildes Valencianos, produjo algun bien y eso que » hablaban desde el rincon de una provincia; creo que la » union de Españoles ilustres... puede producir gran bien, » hablando á España desde la capital de la monarquía. *No* » *digo que esto sea la union española, digo solo que puede ser princi-* » *pio de ella.* Dios prospere el pensamiento de Vd. y colme su » deseo. La semilla cuando se confia á la tierra es grano » apenas perceptible; mas con el calor del sol y con la fres- » cura del rocío, se hace planta fructífera y hermosa.»

D. Cárlos María Perier, antiguo amigo de Aparisi, persona de gran fé y de inquebrantable laboriosidad y constancia, fué el encargado de ejecutar el pensamiento concebido por el Excmo. Sr. D. Juan Bravo Murillo, uno de los hombres públicos más probos y de más talento práctico que ha tenido España. A su iniciativa se debe la publicacion de la Revista cuyo solo título es un programa completo: *La Defensa de la Sociedad, Revista de intereses permanentes y fundamentales, contra las doctrinas y tendencias de la Internacional, ajena por completo á todo partido político.—Religion—Familia—Patria—Trabajo y propiedad.*

Es su Director D. Cárlos María Perier, y sus primitivos Colaboradores D. Manuel y D. Patricio Aguirre de Tejada, D. Manuel Alonso Martinez, *D. Antonio Aparisi y Guijarro,*

fin en las elecciones de 1857 ofreció no oponerse, bajo condicion de que no se le obligaria á escribir una sola carta, ni á pedir un solo voto.

Mayor fué aún el empeño del Ministro en derrotar al candidato y lo consiguió (1). No es creible que en materias electorales, cimiento en que estriba toda la máquina parlamentaria, ni aquel Gobierno, ni ninguno de los posteriores haya jamás faltado á la legalidad y por ello débese creer firmemente que Aparisi fué en aquel entónces, rechazado por la voluntad nacional; mas como esta dama es de suyo

---

D. Lorenzo Arrazola, D. Francisco Barca, D. Antonio Benavides, D. Juan Bravo Murillo, D. Fermin Caballero, D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Francisco y D. Juan Cárdenas, D. Juan Martin Carramolino, D. Diego Coello y Quesada, D. Manuel Colmeiro, D. Fernando Corradi, D. Justo Pelayo Cuesta, D. Francisco Cutanda, D. Ignacio José Escobar, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Leon Galindo y de Vera, D. José García Barzanallana, D. José Godoy Alcántara, el P. Ceferino Gonzalez, D. Antonio Gucrola, D. Nicolás Hurtado, D. Plácido Jove y Hóvia, D. Alejandro Llorente, D. Miguel Lopez Martinez, D. Joaquin Maldonado y Macanaz, D. Juan Mañé y Flaquer, D. Juan Cancio Mena, D. José Moreno Nieto, D. Segismundo Moret y Prendergast, D. Cándido Nocedal, D. Alejandro Olivan, D. Francisco Paez de la Cadena, D. Enrique Perez Hernandez, D. Alejandro Pidal, D. Antonio Rios Rosas, D. Florencio Rodriguez Bahamonde, D. Gabriel Rodriguez, D. Emilio Ruiz de Salazar, D. Eduardo Saavedra, D. Miguel Sanz, D. Juan Valera, Vizconde del Ponton, Condes del Llobregat y de Toreno, y Marqueses de Barzanallana, de Bedmar, de Molins, Pidal y Vega de Armijo.

El primer número se publicó en 1.° de Abril de 1872: el 10 de Enero de 1873, entre once y doce de la mañana, murió su fundador D. Juan Bravo Murillo.

(1) En 10 de Abril de 1858 decia á los Electores del distrito de Morella:

«Hombres hay que solo pueden contar victorias en su » vida; el que esto escribe, no puede contar sino derrotas.

»Candidato por San Vicente, por Serranos, por Alcoy, » por Morella, siempre ha sido vencido. Si nadie se escanda- » lizara podria decir con verdad que en el fondo del corazon » se habia casi alegrado del vencimiento; mas esa alegría » egoista estuvo templada con la natural pesadumbre de que » saliesen vanos los hidalgos esfuerzos de hombres indepen- » dientes y leales que arrostraban fatigas y aun compromisos » por sacar triunfante su candidatura, ó por mejor decir, » triunfantes los principios únicos que en su entender podian » dar á la patria, paz, justicia y verdadera libertad.

»No ingrato á tanto favor, estaba resuelto á pagarlo, » aceptando, si era elegido, el cargo de Diputado.»

J. de P. Lucrecia

tan versátil, que muda de opinion á compás que mudan los ministerios, le favoreció al poco tiempo, saliendo Diputado en 1858.

Aquella tarde los dos solos íbamos de paseo, segun costumbre, á los más retirados y solitarios: rodaba la conversacion sobre cosas indiferentes y de vuelta, al entrar en la ciudad tropezamos con un grupo de Electores que alborozados le dieron la enhorabuena, y tantas y tan repetidas fueron las que recibió hasta llegar á su casa, que al despedirnos me dijo: «¡cuando yo te aseguraba que la diputacion es un »huésped ilustre, pero molesto!...»

Sabido es que empezó sus tareas parlamentarias con la prevencion desfavorable de la Cámara y concluyó aplaudido y admirado. La influencia de sus discursos fué tal, que los Monárquicos principiaron á tener un pensamiento comun en política, á aunar sus esfuerzos, á contarse. Sin prévio acuerdo se le reconoció como Jefe y sus palabras, fueron la regla de conducta de cuantos se preciaban con el nombre de defensores de la antigua monarquía tradicional española.

No es mi ánimo enumerar sus triunfos en las Córtes, que fueron tantos como sus discursos; pero triunfos morales tan solo, que los políticos están vedados á los oposicionistas. Es cosa averiguada por una experiencia constante, que estos nunca tienen razon, y que es mas fácil convencer y conmover á diez empedernidos Fiscales, que á un solo Diputado de la mayoría, si quier sea su entendimiento de cera y su corazon de mazapan: la austeridad de su cargo les hace inaccesibles al interés y al miedo, y aún hay quien asegura que tambien á la razon y á la justicia: más habilillas deberá ser lo último; por que lo ordenado y tranquilo de España y lo florido de su Hacienda, envidia de propios y extraños, como objeto casi exclusivo de la solicitud de las mayorías, lo desmiente, sin necesidad de otras consideraciones.

Pero he dicho que no es mi ánimo ocuparme en ello: Aparisi, como hombre público, ha sido retratado de mano maestra por un insigne escritor, legítima gloria del parlamento, del foro y de la literatura, (1) y esto nos excusaría el

---

(1) El Excmo Sr. D. Cándido Nocedal, en su folleto: *Don Antonio Aparisi y Guijarro, Discurso necrológico*, leido en la Real

trabajo, á no habernos impuesto distinta, si mas humilde tarea.

Queremos, no obstante, recordar algunas frases suyas: «estoy sin cuidado, decia, miçntras tenga dos Napoleones; »uno en Francia y otro en el bolsillo.» Cierto que si el del bolsillo no defraudó sus esperanzas, en algo quedóse corto el de Francia, que pudo llamarse Carlo-Magno y se contentó con ser Napoleon el chico: pero aun así, al echar una mirada retrospectiva sobre el estado de Europa y de Roma mientras imperó y compararle con el en que hoy se hallan, no puede menos de convenirse en lo mucho de fundado que tenia la frase.

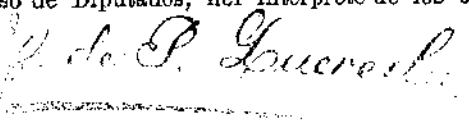
En el año 64 éramos Diputados: ocurrió el destronamiento de Francisco II y quise protestar contra aquella infamia del Rey, contra el Rey, del pariente contra el pariente, del caballero contra el caballero: dolíame sobre todo el que á los patriotas napolitanos que defendian á su Monarca y su independencia se los llamase de continuo *brigantes*, y al que habia quebrantado todas las leyes de la buena fé y del honor; *el Rey caballero*. Al hablar del desdichado Víctor Manuel apostrofé con el nombre de *brigante coronado*, frase que aplaudieron muchos, criticaron no pocos, y excitó grandemente la bilis del Presidente de la Cámara, dando lugar á que la sesion no siguiera con la tranquilidad deseable.

Aparisi calificó la frase de verdadera, pero de imprudente dadas las condiciones hostiles de la mayoría, añadiendo: «to»do puede decirse en este mundo, con tal que se cuide del »modo de decirlo.» En efecto, reparando poco despues en el discurso suyo en que vituperaba la conducta del Rey sacrílego, aprendí la verdad de su enseñanza. En él se encuentra una de las invectivas más valientes que conozco, y que se oyó sin embargo con profundo silencio, y sin levantar una sola protesta: «en los siglos bárbaros no se hizo mas: Atila »no hizo tanto. Cierto que Atila llevaba en una mano la es»pada y en la otra la tea; pero Atila habia declarado antes »la guerra al mundo; pero Atila se detuvo ante el Papa San »Leon. Ah! Señores Diputados! *no deshonraré yo la memoria del »Rey bárbaro comparándole con el Rey caballero* (1).»

Academia Española, que en nuestro concepto es uno de los escritos más castizos que se han publicado modernamente en el habla castellana.

(1) Sesion de 25 de Octubre de 1860, defendiendo la proposicion siguiente:

«El Congreso de Diputados, fiel intérprete de los senti-



De ayer es aquel discurso que como profético resonó en toda España, cuando indignado por la política acomodaticia de los hechos consumados, y anteviendo la lucha jigantesca y definitiva del bien con el mal, desapareciendo toda otra cuestion y borrándose toda otra diferencia; decia con voz inspirada: «*los partidos medios se van, todo esto se va,*» y luego en la sesion del 4 de Junio de 1865, recordándolo y protestando contra la gran iniquidad llamada reconocimiento del Reino de Italia, pronunció aquella tristísima despedida que se negaba á toda esperanza: «señor Duque de »Tetuan, *esto se va*... Me temo mucho que alguno esté espe»rando que se haga ese infausto reconocimiento, para decir »en alta voz aquellas palabras dolorosas de Shakspeare: »*¡á Dios, mujer de York, Reina de los tristes destinos!*»

El reino de Italia se reconoció por la Reina Isabel: tres años despues sola y derramando amargas lágrimas, atravesaba el Bidasoa, caida de su cabeza la corona y roto el cetro... el á Dios de Aparisi llevaríale clavado en su corazon la mujer de York, la Reina de los tristes destinos.

Pasada la legislatura del 58 volvió á Valencia: ponderábame un dia lo mal que lo habia pasado en Madrid: «sin mi »familia, sin mi casa, sin amigos... á no ser por un diaman»te que he encontrado, un D. José Alcrany, persona á quien »querrás; porque si bien en las formas revela ser tu compa»triota, es inmejorable en el fondo; me hubiera muerto de »tristeza.... ¿Por qué no te vienes conmigo?»

—Iré, le dije, y en los primeros dias del 60 trasladamos nuestro domicilio á Madrid, á poco vino mi familia, y la suya adelantado el año.

El tiempo era crudo: durante el camino y por entretener su pesadumbre formamos el plan del folleto *El Papa y Napoleon* que escribimos en ocho dias, y que entre otras ventajas nos proporcionó la de conocer á D. Gabino Tejado, persona

---

»mientos católicos del pueblo español, ofrece su más decidido »apoyo al Gobierno de su Majestad á fin de que respondiendo »al llamamiento hecho por Su Santidad en su alocucion de »28 de Septiembre, defienda y proteja por cuantos medios es»tén á su alcance al Vicario de Jesucristo en la tierra, Padre »comun de todos los fieles.»

A pesar de la justicia de la peticion y de lo moderado de la forma, fué desechada por el Congreso de Diputados.

de tanto ingenio como bondad, á quien cupo el triste privilegio de recibir el último suspiro de Aparisi.

En Madrid vivimos juntos larga temporada, hasta que se trasladó á su habitacion de la calle del Caballero de Gracia. Como la mia no estaba lejos, venia todas las noches á jugar al tresillo ó al ajedréz, sin cuidarse del traje; y ocasiones hubo en que, sintiéndose no muy bien de salud, ó temeroso del frio; sobre la bata y el gorro, se echaba la capa y calaba el sombrero.

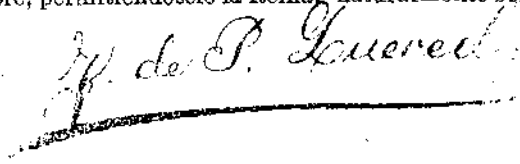
Y con ello excuso ponderar que en materia de engalanarse no era modelo de aliño y atildamiento.

Solo era pulcro en la camisa, que gustaba llevar siempre limpia: la corbata causaba su desgracia: jamás pudo hacerse un lazo y apénas si su impaciencia le permitia estarse quieto mientras se la arreglaban: con un doble nudo, á guisa de ligadura de fardo, despachaba: «¡mujer, si está bien!» murmuraba inquieto, y mientras su esposa ó sus hijas se entretenian en darle formas elegantes se escapaba á menudo burlando su solicitud en acicalarlo.

Y ya que de su traje decimos, no estará fuera de propósito el referir algo de sus ingeniosos esfuerzos para presentarse decentemente en las primeras entrevistas con Doña Isabel. Empeñada en verlo, excusóse Aparisi; pero al fin le fué imposible en los límites de la cortesía y del respeto debido á la Señora y á la Reina, negarse; mas ¡aquí de los apuros! en los momentos de ponerse en marcha notaron con dolor, que el frac estaba asáz deteriorado, que no tenía corbata blanca y que al sombrero le sucedia lo que á los soldados cumplidos al declararse una nueva guerra: que siguen sirviendo, cuando debieran estar con la absoluta.

Campoamor le prestó la corbata: á lo nuevo suplió lo cepillado; pero como á los viejos que se pintan, á lo mejor les denuncia un mechon insolente, que la inadvertencia dejó blanco; las coderas del frac y las calvicies del sombrero quedaron impenitentes á los frotes de la escobilla.

Aun cuando nunca habia pisado régias cámaras y sabia que á Doña Isabel le constaba que no era partidario suyo; ningun embarazo le causó la entrevista. A vueltas de alguna Majestad, pidiendo perdon por su inadvertencia, habló le casi siempre de V., y aun á veces en valenciano, segun su costumbre, permitiéndoselo la Reina, naturalmente bondado-



sa. Al irse le exigió palabra formal, que eludió Aparisi, de que la visitaria frecuentemente, no sin sazonar la despedida con alguna jocosa indirecta sobre los buenos y dilatados servicios del frac y del sombrero, que no habian escapado á su escudriñadora mirada.

Algun tiempo pasó: la Reina, que aun más que Reina era mujer, y sobre mujer, mujer de gran ingenio, en otra ocasion le decia:

—Y qué ¿te has hecho ya frac? Porque me parece que no te hallabas muy provisto.

—Señora, lo estreno hoy: realmente el que tenía y con el que me presenté, se hallaba en un estado lamentable. Pero hacerme un frac es una cosa grave para mí, que soy bastante pobre para tener que pensarlo, y bastante rico para no pedir nada..... excepto una corbata á Campoamor.

En armonía con la ostentacion en el vestir estaba su servicio. El lujo era antipático á su naturaleza despreciadora de goces materiales: humildes muebles, frugal comida, sencillo lecho.

A menudo rehuia hasta las comodidades ordinarias: en sus últimos dias quejábase del gasto de las esteras con que había abrigado parte de la habitacion, y cavilaba sériamente sobre lo ménos costoso para alfombrar su despacho.

Con verdadera satisfaccion me contaba, aconsejándome el método, que por 50 reales habia salido del apuro: el alfombrado se redujo á un trozo de estera de abacá debajo de las mesas, quedando el resto del piso completamente desnudo.

No era ménos modesto en sus aspiraciones: reducíanse á dejar medio duro de renta á cada uno de sus hijos, «y entre »gran fortuna, decía, y lo estrictamente necesario para vi»vir, opto por que sólo tengan lo último: feliz yo si en»cuentro para mis hijas, hombres honrados; aunque sean de »chaqueta.» Aquello, no pudo conseguirlo, de esto, probablemente logrará más de lo á que aspiraba. (1).

Recordamos unas frases de Aparisi y una anécdota que

(1) Siempre despreció las riquezas, el fausto, los honores, hasta la gloria .. de un nombre ilustre. Desde niño acarició

pintan al hombre. Con el objeto de poder dejar á cada uno de sus hijos el anhelado medio duro, cosa que desesperaba conseguir por las ganancias de la profesion, jugaba de cuando en cuando cantidades insignificantes *al loto*: que así llamaba familiarmente á la lotería.

—Si te cae el premio, ¡qué vida vas á darte! le deciamos.

—Aunque llegase á rico, como estudiante he vivido, como estudiante viviría, y como estudiante moriré: todos mueren como han vivido.

A esto aludía cierta tarde que nos encontró en el Paseo de Recoletos, una de las personas de más talento y energía que ha producido la revolucion.

Nos vió de lejos y nos hizo seña de que le esperásemos: con placer lo hicimos, que mucho lo estimaba Aparisi.

—Tono... mal estais, dijo al acercarse.

—Estamos, porque ya sabes que somos correligionarios.

—No lo digas en broma.... No me canso de repetir lo que sobre ello siento: yo soy aristócrata por naturaleza y demócrata por política; tú defiendes la aristocracia por política y eres el demócrata más grande que he conocido... A mí me gusta comer bien, vestir bien, y tener buena cama y buena casa; tú comes mal, vistes mal, estás mal alojado y duermes

---

estas ideas fortificadas después en la edad de la razon. En su poesía *La Despedida* pág. 207 de este tomo, escrita en su niñez decía:

A mí, nacido en choza, no me agrada
La riqueza... ¡pastor soy desgraciado!...
Pero yo sólo quiero mi cayado
Mi chocita, y pacer en la olvidada
Soledad mi ganado

Y en la que titula *El Angel mio*, pág. 226:

¡El oro!... Mas el oro ¿da alegria?
¡La gloria! ¿Y qué me importa á mí la gloria?
¿Y qué me importa ante el imbécil mundo,
Todo entero morir en sólo un dia
O por siglos vivir en su memoria?
Humo, fantasmas, nada.....

Entre sus *Pensamientos* hay uno que dice: «fantasée si »gusta de ello el hombre, que vivirá eternamente, merced á »sus obras... ¿Eternamente he dicho? ¡Ah, que el mundo ha »de acabar, y al fin la Iliada no tendrá lectores... ¿Qué vale »la gloria de unos cuantos siglos, para un alma que es in»mortal?»

M. de P. Guerra

peor... te estaba mirando de léjos: hasta en el modo de andar eres pueblo.

Giró despues la plática sobre cosas indiferentes y se separó de nosotros: paréceme que el que despues fué llamado *Rey Pelhion*, juzgó exactamente las austeras costumbres de Aparisi.

No fué en el ánimo menos humilde. (1)

Acatábase á menudo su parecer, y mal fueron los que de él en ocasiones se apartaron; pero rehuia todas las desuperioridad. Fundóse en Diciembre de 1869 la Asociacion de Católicos: la reunion tuvo lugar en casa del Marqués de Viluma, una de las personas mas respetables y mas respetadas por su claro talento, por sus virtudes, por lo inmaculado de su nombre.

Pensamiento fué de muchos nombrar Presidentes á Aparisi y á D. Cándido Nocedal; el uno para el consejo, el otro para la accion: obstinóse Aparisi en la negativa, obstinóse Nocedal en no serlo sin Aparisi y en tan empeñada lucha, á pesar de que la opinion estaba casi unánime en contra de la de Aparisi, arrastró por fin á su parecer á todos: «no, no »conviene que una Asociacion católica sea presidida por »nosotros: lo que es pensamiento religioso, tendriase por in»tencion política: no tardaria mucho en decirse: la fraccion »Nocedal Aparisi; y en la Asociacion Católica, han de caber »todos los que oyen misa.»

---

(1) En una de sus poesías inéditas expresa sencillamente sus deseos: sin tener gran mérito, creémosla dato interesante para comprender la filosofía cristiana que abrigaba el carácter de Aparisi: concluye así:

Yo riquezas no codicio,
Yo no sueño en glorias vanas,
Mis temores, mis deseos
(Sábelo Dios que ve el alma)
Son *que nadie me aborrezca*,
Pues mi pecho á todos ama;
Vivir ignorado y pobre,
Pero vivir en mi patria.

Sobre su humildad son dignas de leerse y meditarse las cartas de los Ilmos. Sres. Arzobispo de Valencia y Obispo de Avila, que se insertan más adelante.

Y tan arraigada estaba en él esta idea, que en la carta que dictó la tarde del 5 de Noviembre de 1872, última de su vida, refiriéndose á la oposicion que habia manifestado de ser Presidente de la Asociacion de Católicos, decía: «creí entónces, y creo hoy, y creeré mañana probablemente» (no llegó para él, ese mañana) «que cuando se trata de una »Asociacion puramente católica, todos debemos ser soldados »y no jefes. ¿Aparece jefe Nocedal? Pues bien, todo Madrid: »fraccion Nocedal, y política que se vale de la Religion para »no sé qué fines; y otras cosas por ese estilo y fuera de ese »estilo.»

Los que estuvieron en París recordarán que por la iniciativa de Aparisi se formó un Consejo central para la direccion de los negocios del partido carlista, confiándole la designacion de las personas que habian de componerlo: hízolo en eminentes y se excluyó á sí mismo... con un jocoso pretexto que aducia para huir de puestos ambicionados.

Gran empeño tenia la Juventud Católica de Toledo en que, como su Presidente honorario, asistiera á la sesion del 8 de Diciembre de 1871: negóse obstinadamente.

—¿Por qué no va V.? le preguntaban.

—Porque si voy, habré de pronunciar un discurso: los oyentes creerán que; aunque sea solo por cortesía, han de aplaudirme... ¡Teatro, teatro!... y yo ya no estoy mas que para esconderme. ¡Oh Cartuja, Cartuja!

Y tan profunda humildad abrigaba en su pecho, que si alguna cosa ponia á prueba su paciencia, era que lo ensalzaran por sus exquisitas virtudes, como á menudo lo hacian no pocas personas vaciadas en distinto molde del de Salomon, creyendo con ello captarse su agrado.

Y en tanta estima tenia á los humildes, que le eran instintivamente repulsivos, aquellos á quienes la propia alabanza no se les cae de los lábios, y más aun, si la realzaban,

como de ordinario sucede, con la humillacion ajena, con la aspereza para el flaco y la dureza para el caido.

—Es muy justo, solia decir, D. Fulano de Tal, pero..... pero.....

—¿Pero qué?

—Pero es demasiado justo.

Y aplicando este modo suyo de ver las cosas, exclamaba á su vuelta de Francia doliéndose de la muerte de Gonzalez Brabo: «ese hombre con sus grandes é innegables defectos »valia más, mucho mas, que la mayor parte de los que se »tienen por impecables.»

Recordamos á este propósito lo que le pasó en los baños de Santa Filomena de Gomillaz, donde fué en busca de alivio á sus dolencias. El deseo de conocer á Aparisi llevó á muchos y entre ellos á uno que, pretendiendo á todo trance intimar con él, creyó que el medio mas á propósito para conseguirlo era, tras gran nube de incienso al oyente, presentarse como el varon justo de la escritura, salvo que este caia siete veces al dia y él no caia una, ni en siete dias, ni en siete dias siete. A creerle, los vicios eran en él desconocidos, modelo de hombres de bien, religioso, cumplidor de sus palabras, ajeno á la ira, extraño á la codicia, rezumando virtud por todos sus poros: en cambio los demás... ¡oh! los demás eran negra pez que solo con acercarse, con tocarla para apartarla de sí, mancha los dedos.

Con calma le oyó Aparisi y mirándole fijamente le dijo:

—V. es muy bueno, yo muy mediano: V. se ha equivocado al juzgarme de manera que no merezco: el conocimiento que tengo de mi ruindad y flaqueza, me arrastra invenciblemente hácia los pecadores como yo: V. me perdone, si por ello, agradeciéndoselo, me considero indigno de la amistad de persona tan eminente.

El varon virtuosísimo calló, teniendo el buen juicio de no insistir en su propósito.

Y sin embargo, los que van á caza de bastardías en las buenas acciones, los que en todas buscan razon oculta é interesable que las determine, tahures de vicios y apadrinadores del «piensa mal y acertarás,» pretendian á veces que Aparisi bajo modesta apariencia ocultaba la vana estimacion de sí mismo, achacando á gigante orgullo, su desden por las

honras y distinciones que tanto anhelan las vanidades vulgares. Si mas que los actos de toda su vida que lo desmienten, hubiera de creerse al testimonio de los que íntimamente le conocieron y trataron, puedo darle «de que jamás sor»prendí en él pequeños sentimientos. Los que en verdad abri»gaba se traducian fielmente cuando decia: *pisamos lodo*; de» bemos recoger nuestra cándida veste, para que no se »manche (1).»

Tenia nuestro amigo originalidades inofensivas; muchas, hijas de su temperamento.

Era entre ellas la de no gastar relój: uno que le regalaron lo traspasó en el acto á su hijo, porque su pulso temblon no le permitia darle cuerda de prisa, ni su impaciencia dársela despacio.

Le disgustaban los perros especialmente los falderos; ¡cosa incomprensible en quien todo era afecto! Esplicábalo sin embargo, porque flaqueaba su ánimo al pensar que alguno de sus hijos pudiera ser mordido y padecer el mal de rabia, y por la piadosa consideracion de que el pan que se daba á un perro se robaba á un pobre.

No presenciaba sin pena el encender de una bugía: aquellos momentos en que la parte superior del pabilo se consume y la llama va achicándose hasta reducirse á un punto imperceptible y desfallecida por falta de alimento, parece que está agonizando; eran para él insoportables. Siempre cogía el candelero y diciendo: «¡qué angustia, qué angustia!» lo levantaba y bajaba con rapidez para que la luz cobrase pronto vigor y se ostentara con todo su brillo.

Si le convidaban á comer y alguno le servía, antes de que le pusiesen, pugnaba por recobrar el plato diciendo vivamente:

---

(1) Reig y García: *Carta necrológica*, inserta en el periódico valenciano *Las Provincias*.

—La cuarta parte, la cuarta parte.

—¿La cuarta parte de qué, le contestaba yo á veces, si aun no te han puesto nada?

Era tan poderosa en él la aficion al idioma natal, que á menudo á personas completamente ignorantes del dialecto, les hablaba en valenciano, y rara era la conversacion que no salpicase con algunas palabras lemosinas.

—Pero, Aparisi, ¡si no lo entendemos!...

—*Vostes perdonen*, les decia, y á pocos momentos repetia su pecado.

Y á pesar de ello jamás incidió en un provincialismo, ni en sus discursos, ni en sus escritos, modelos de pureza en el habla de Castilla.

Una de las palabras que más le repugnaban era la de *carnes*: decir él de una Señora que tenia *buenas carnes*, le era más penoso que á un discípulo de Pitágoras pasear por un campo sembrado de habas. Y eran de ver los rodeos y las perífrasis que gastaba para evitar la voz fatal, cuando fingíamos no comprenderlo.

—Una Señora que tiene buenas... aquello que suele decirse. Buenas... ¡uf!... ya me entiendes.

¿Por qué tanta adversion?... Nunca pudimos averiguarlo; pero lo cierto es que decía: «sólo al oir esa frase se me ponen »los pelos de punta.»

Quizá á la idea que representa asociaria las de miserias y torpezas y materialismo sin cuento, tan antitéticas á su exquisita sensibilidad moral y á su elevada inteligencia que volaba reina y señora por las serenas regiones del espíritu.

Cómico era su modo de dictar á los amigos que suplian á menudo su imposibilidad material de escribir largo: primeramente señalaba con el dedo, que dejaba fijo sobre el papel, el punto donde queria que comenzase el escrito: luego decía *posa, posa* (1): coma.

---

(1) Palabras valencianas que significan: *pon, pon*.

—¡Qué coma he de poner, sino hemos principiado!

—No seas tonto: *posa, posa:* punto. Mi querido amigo, coma, punto, dos puntos.

Y así seguía hasta que dominada la emocion nerviosa, y entrando en materia, dictaba á veces pliegos enteros sin corregir, ni tener que enmendar cosa alguna.

Para firmar, tomaba la pluma, la mojaba repetidamente, la sacudía con movimientos convulsivos, la limpiaba y volvia á mojarla de nuevo; acercábala al papel tres ó cuatro veces, la levantaba otras tantas y con el meñique barria, como si tuviera polvo, el sitio donde había de firmar, y por fin, como si desapareciese algun obstáculo que hasta entónces se lo hubiese impedido, firmaba arrebatadamente.

Sus cartas, si el correo era mucho, las reducía á la treinta y dosava parte de un pliego; así es que á veces bajo un sobre iban seis ú ocho, cuyo reparto encargaba al que dirigía la principal. Claro es que no siempre el asunto permitía tal brevedad, ni la usaba en toda ocasion; que si la falta de tiempo ó la sobra de ocupaciones no le apremiaban, gusto tenía en *pensar en alta voz* con sus amigos por medio de cartas discretas y sabrosas, que si algun dia se publicasen, no desmerecerían de las mejores que haya en el epistolario español.

Entre sus originalidades contamos la de no haber admitido jamás cruces ni condecoraciones, con que le brindaron nacionales y extranjeros: verdad que si distincion, no la necesitaba; si premio, bastábale con merecerlo.

«Yo no recibiria gracia ninguna, como no fuese de una Ma»gestad caida,» dijo en alguna ocasion, y poco tiempo despues, creyendo acaso que en esa frase pudiese presumirse, si no apetito de medro, orgulloso deseo de distinciones, la corrijió diciendo: «yo no recibiria gracia, *ni aun* de una Mages»tad caida; nada quiero de nadie, ni Rey ni pueblo, fuera de »la justicia que se nos debe á todos, de la libertad de un

» honrado trabajo y de ocho palmos de tierra que necesita » cualquier muerto.»

Menos quiso oir hablar de altos empleos que miraba como incompatibles con sus hábitos é inclinaciones; por mas que encareciéndole la obligacion en que estaba de pensar en el porvenir de su familia, le propusiesen varias veces y en especial D. Lorenzo Arrazola y D. Joaquin Francisco Pacheco (1) las plazas de Fiscal del Supremo ó la de Consejero de Estado. Agradeciendo de corazon el afecto que le demostraban, seguia inquebrantable en su negativa.

Su propósito de no deber nada á nadie tomólo tan á pechos, que cuando su emigracion consumió sus ahorros, desechando pensiones, remuneraciones y hasta indemnizaciones reiteradamente ofrecidas por los gastos de viajes patrióticos que se habia costeado (2). Celoso de su libertad y de su independencia, algun tanto áspera y bravía, huyó siempre el favor; que sujeta su libertad al ageno albedrío, quien recibe dádiva, y no hay cadena más fuerte para las almas nobles y agradecidas, que la que se labra en el yunque del beneficio. (3)

---

(1) Decia frecuentemente Pacheco: á tres adversarios políticos emplearia de buena gana: á Viluma de Virey de Cuba, á Pezuela de Generalísimo de los ejércitos, á Aparisi de Fiscal del Tribunal Supremo.

(2) De esto existe un testimonio irrecusable, la carta de D. Cárlos á Aparisi: «nunca hubo en tus palabras ni actos, » sombra de adulacion ó lisonja y con noble libertad, con » completo desinterés trabajaste siempre en bien de mi justa » causa, *negándole una y otra vez respetuosa; pero invencible*mente » *á recibir gracias, honores ó otra recompensa.* Séalo esta carta, » como muestra del afecto que hay para tí en mi corazon.»

(3) Si bien no desempeñó nunca cargos retribuidos, no por eso se libró de los honrosos gratuitos, ni de las distinciones que le prodigaron las Corporaciones científicas y literarias. Hé aquí las fechas de los que hemos podido averiguar:

3 de Marzo de 1847, sócio numerario de la de Amigos del País de Valencia.

1850, premiado con el *accesit* por la R. Academia Española por su óda *A Bailén.*

1858, Diputado á Córtes por el distrito de Serranos en Valencia.

Rectifico: ahora recuerdo una recompensa que obtuvo, y á solicitud suya; de la Reina Cristina. Volvia esta augusta Señora del destierro, y con gran júbilo popular hizo su entrada en Valencia.

El 15 de Marzo de 1844 una Comision de jóvenes valencianos presidida por D. Pedro Sabater, se presentó á la Reina con objeto de poner en sus manos un magnífico álbum de poesías, consagradas á celebrar su feliz regreso. Al mismo tiempo Aparisi en nombre de *La Restauracion*, le entregó una composicion en estilo bíblico con elegantes cubiertas (1) y en

---

30 de Agosto de 1859, Vicepresidente honorario del Instituto de África *para la abolicion de la trata y de la esclavitud*.

26 de Mayo de 1860, premiado con mencion honorífica por su oda *España en Africa*: por la R. Academia Española.

1863, Diputado á Córtes por el distrito de Serranos en Valencia.

1864, Individuo del Congreso de Jurisconsultos convocado en Valencia.

Sócio de la católica La Armonía.

1865, Diputado á Córtes por Valencia y por Pamplona.

9 de Marzo de 1866, Académico de la Real Española, en la que no llegó á tomar asiento por su muerte, ocurrida antes de haber presentado el discurso que previenen los Estatutos.

16 de Mayo de 1866, Académico de la de ciencias morales: no llegó á tomar asiento por haber fallecido antes de presentar el discurso que previenen los Estatutos.

Noviembre de 1867, individuo del Tribunal para la adjudicacion de premios concedidos por la Biblioteca nacional.

1871, Senador por la provincia de Guipúzcoa.

15 de Setiembre de 1871, Presidente honorario de la Juventud Católica de Toledo.

1872, Senador por las provincias de Valencia y Guipúzcoa.

(1) Así decia: «noble Señora, cuando resplandeciendo de »alegría la hija del Cid hàga desaparecer bajo flores el suelo »y temblar el aire con hirvientes aclamaciones; acuérdate, »noble Señora, que de esta misma ciudad saliste ayer ajada y »escarnecida y no lanzaron ni un grito los corazones de sus »hijos y no tuvo esta tierra, la mas hermosa del mundo, ni »una flor que ofrecerte.»

. . . . . .

«En el dia de la adversidad mezclábamos, noble Señora, á »tus lágrimas, las nuestras; hoy en el dia del triunfo nos pos»tramos contigo á los piés de aquel, ante quien sois nada los »Reyes de la tierra.

»Tú no olvidarás que Dios abrevándote de amargura, te »purificó y dióte mision grande y sublime.

»Diez años han corrido ¡oh Reina! las furias visitaron hasta »la aldea mas humilde de la gran nacion y derribaron frenéti-

un breve discurso, manifestóle que de ella esperaba la reconciliacion de España con la Santa Sede, y la de todos los Españoles leales, entre sí.

Púsose á examinar las cubiertas Su Majestad, y manifestando Aparisi que en aquel escrito estaba su corazon y sus deseos y *sobre todo la verdad*; eso es lo que más aprecio, le contestó la Reina; con lo que se dió por terminada la audiencia.

Uno ó dos años despues, apurada toda defensa forense y convencido Aparisi de la absoluta imposibilidad de salvar á un reo de la pena capital, resolvió pedir el indulto.

Determinóse á escribir á la Reina Cristina, y; aunque no la conocia; á la Condesa de Torrefiel, Señora de levantado corazon y que gozaba entonces de gran privanza. Las cartas eran tan singulares como atrevidas. Poco más ó ménos la de la primera comenzaba diciendo: «Señora: toda dádiva merece recompensa, todo obsequio agradecimiento. Unas hojas »entregué á Vuestra Majestad á su paso por Valencia y en »ellas encerrados saludables consejos; Vuestra Magestad me »debe por tanto recompensa: ocasion le proporciono ahora »de demostrar lo piadoso de su real ánimo; deudora me es »Vuestra Majestad de agradecimiento.» Y luego, como satisfaccion de la deuda y como muestra del agradecimiento, la suplicaba intercediese con el Ministro para lograr el perdon del sentenciado.

»cas los santuarios del Dios por quien reinais los Reyes, ó co»diciosos los dejaron en tristísima desnudez.»

. . . . . .

«Tus palabras, ilustre desterrada, las hará dulces el acen»to de la madre y venerables la autoridad del infortunio. Lle»garán á su corazon y mandarán su voluntad.»

»No en la córte brillante donde ciega el incienso y el es»truendo aturde: sino en el silencio elocuente de la soledad, »al lado del sepulcro de nuestros padres, le darás altas lec»ciones:

»A vista del polvo de esos Señores del mundo, que no sa»brian ojos humanos distinguir del polvo de los mendigos:

»A vista de vuestra nada, Príncipes; y de la eternidad que »os espera, cristianos:

»Tú le enseñarás como un reino dividido perece, y *como se »alzan los tronos con potente majestad apoyándose en el altar; y hun»dido éste se hunden aquellos.*

»Tú le harás fijar los ojos en el cielo; y con una mano se»ñalarás esa ciudad eterna donde reina un Sacerdote por la »palabra de Dios y con la otra esa tierra inhospitalaria *que »menosprecia á ilustres guerreros y aprisiona á Príncipes augustos.*»

Lo extraño de la carta cautivó á aquellas Señoras: casi á vuelta de correo contestó la de Torrefiel en su nombre y en el de la Reina, manifestándole sus deseos de complacerlo y de salvar, decia, á *nuestro* recomendado.

El indulto se consiguió y la amistad de la Condesa hasta la muerte de Aparisi ha seguido sin quiebra ni entibiamiento. (1)

De las obras de caridad hechas por Aparisi, solo narraré algunas por lo singulares, ó por lo delicadas, ó por lo discretas.

Pero antes voy á trascribir palabras suyas que por sí solas, aun ignorando sus obras, revelarian el amor al prójimo que en su corazon tenia ordinario y natural asiento; así como sin necesidad de examinar los cuadros bastó á Prothógenes ver una línea trazada por Zeuxis, para adivinar el valiente pincel del gran maestro.

Preparábase para emigrar, y reunió todos sus fondos: fué á casa del Conde de Canga Argüelles y cerró el despacho donde éste se encontraba.

—Pepe, le dijo, tengo que hacerte un encargo.

—Pues dílo.

—Pepe, ¿me das palabra de callar? Has de callar: mira que eres muy hablador. ¿Callarás?

—Habla: no seas pesado; callaré.

—Mira... ¿pero callarás? Si no callas me pierdes. Toma; guárdame eso...

Y sacando algunos billetes de banco empezó á contar..... mil... dos mil...

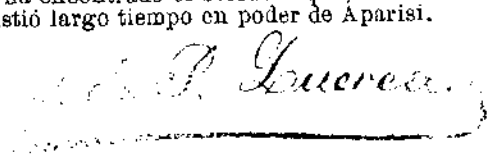
—¡Tono, le dijo el Conde bromeando, no te creia tan rico!...

—¿Lo ves? Eres un hablador... Calla: *si llegan á saber que tengo este dinero, me lo pedirán; y si me lo piden no tengo mas remedio que darlo... y me pierdes.*

No concebia que le pidiesen y pudiera negarse á dar, por más necesario que le fuese el dinero.

La caridad de Aparisi, sin embargo, no se limitaba al so-

(1) No he podido proporcionarme el original de ambas cartas; ni se ha encontrado el borrador que, al menos de una de ellas, existió largo tiempo en poder de Aparisi.



corro material, digno en verdad de alabanza, pero en el que si es solo, no se cifra la caridad cristiana; porque «si dis»tribuyese todos sus bienes en dar de comer á los pobres, y » no tuviera caridad, de nada le aprovecharia.» Por ello su amor al prójimo se manifestaba, no sólo en la materialidad de la limosna; sino en darla con cariñoso afan, en realzarla con sus atenciones exquisitas, en ingeniar peregrinas invenciones para eximirse del agradecimiento que se le debiera, en sufrir con ánimo igual las impertinencias y aun las injurias de los favorecidos.

Y con este espíritu de verdadera caridad que le animaba en todo, siempre tenia en sus lábios aquellas máximas de inefable consuelo: hay que dar la mano al caido para que se levante:—en el mundo hay mas ignorantes que malvados:—el que quiera ofenderme pierde su tiempo en vano:—quizá porque esté lleno de otras miserias, no hay lugar en mi corazon para el ódio.

Cuando oia hablar mal del ausente, era en él costumbre tomar su defensa, y si nada podia alegar en su favor, exclamaba: «no; no lo crean VV. la mayor parte de las veces las »apariencias son engañosas. ¡Hay en el mundo tantas casua »lidades! ¡Hay ceguedades tan inconcebibles!»

Y juntando á la palabra la obra, aconteció que su familia que tanto le amaba, llegó á saber que habian murmurado de él, personas que conocia; pero que no trataban, o trataban tan solo de ceremonia.

Las hijas, heridas en medio del corazon, exhalaban amargas quejas. Aparisi, que supo el motivo de su disgusto, trató de desvanecerlo amorosamente; y para que en su ánimo no quedáse raiz de enemistad y malquerencia, hizo de modo que trabasen conocimiento con sus detractores, y llevólas á su casa y procuró que intimasen; que el mútuo conocimiento desvanece errados juicios, vence infundadas antipatías, rectifica errores aprendidos, y concluye amistad lo que tuvo orígen acaso en la simple cortesanía.

Verdad que en cristiana escuela se doctrinó y sobre tierra bien aparejada cayó la semilla de los virtuosos ejemplos.

Residia en Valencia una Señora extranjera; en familia, ilustre y en virtudes, extremada. Manteníase de una corta pension y de la limosna de un convento, mas aquella y esta ce-

saron á la vez y la anciana y la que la servia, tan anciana como ella, se hallaban en ármines de perecer de necesidad.

Todas las noches Doña Francisca Guijarro con sus hijos Antonio y Cárlos de diez á doce años, iban á socorrerlas. Una noche la lluvia caia á torrentes, y la criada, no esperando ya por lo avanzado de la hora, se empeñó en cerrar la puerta: su ama se lo prohibió, porque los niños vendrian.

Con tono entre de reconvencion y de moña, privilegio incontestable de los criados antiguos, decia aquella:

—Señora, V. se empeña en que todo lo ha de adivinar..... ¿Cómo es posible que vengan con esta lluvia? No vendrán.

—No cierres; vendrán, vendrán.

Al corto rato unas voces infantiles resuenan en la escalera; llaman: los niños y la madre calados hasta los huesos les traian la comida.

La pobre anciana levantando los ojos al cielo, y dirigiéndose despues á su incrédula compañera:

—¿No te dije que no me abandonarian *los Agentes de la caridad*?

Así fue educado Aparisi y así educaba á sus hijos: no salia con ellos, sin que llevasen algun dinero para repartirlo entre los pobres. Una vez acercósele un pordiosero y le pidió limosna; sacó del bolsillo unas monedas y no habia ninguna de cobre.

—Cambiaremos y le daremos al volver, le dijo su hija.

Aparisi puso en la mano del mendigo una moneda de plata.

—Hija mia, cuando he sacado el dinero, ese pobre consintió en que le daria limosna: no dársela seria causarle una doble pena, la de nó recibir y la de ver burlada su esperanza: eso, no puede hacerse. (1)

Mis lectores todos, ó muchos al menos, tendrán noticia de aquel rasgo sublime de caridad de un pobre Cura á quien los ladrones soltaron despues de robarle el balandran con que se

(1) Análogos y repetidos casos han pasado, yendo conmigo y con D. Federico Salido, á quien mucho estimaba.

P. Lucrecia

abrigaba en un invierno crudísimo. Doliéndose el santo varon de aquellas pobrecitas almas y ansioso de que no pesase sobre sus conciencias la infraccion del séptimo; no vaciló en ponerse de nuevo en sus manos, sin otro objeto que manifestarles que les daba voluntariamente la prenda de que le habian despojado.

Pagaron los malhechores la bondad del Sacerdote robándole el resto del traje, bufonada cruel y que sin embargo aplauden como chistosa algunos. Pues si no en su última parte, en la primera, siguió Aparisi el ejemplo del pobre Cura. Habia prestado diez mil reales á un amigo y el amigo no le volvia el dinero: á todas las reclamaciones más ó ménos directas se hizo el sordo; pero sordo de una sordera que resiste á toda medicina, la sordera del que no quiere oir.

Cuando se convenció Aparisi de que era voluntad resuelta é irrevocable del deudor quedarse con su dinero, hizo lo que el Cura; le escribió diciéndole: que si su ánimo era de no pagarle, le perdonaba la deuda.

Con menos ingenio ó de mas piadosas entrañas que los ladrones del cuento; el deudor se quedó con los diez mil reales; pero no le exijió el resto de su fortuna.

Estando en Francia un emigrado, tracista y pobre, que hombre pobre todo es trazas; fundaba su suerte en tener 100 francos para establecer una industria con la que se prometia labrar su fortuna: «¡oh, si tuviese yo 100 francos!... ¡seria fe«liz!» repetia á menudo. Súpolo Aparisi, no andaba por entonces muy sobrado; pero le dió los 100 francos.

Reconveníale alguno de sus amigos; porque se habia desprendido de una suma para él considerable y le contestó sonriendo:

—¡Ahí es nada lo que he conseguido! ¡Hacer feliz á un hombre; por miserables 100 francos!

Quizá no la tenga, pero el siguiente suceso siempre me ha hecho gracia, dudando á veces qué era mas de admirar; si la atrevida inconsideracion del uno ó la pasmosa longanimidad del otro.

Hallábase Aparisi, como de costumbre, en una crísis eco-

nómica, reducido su caudal á unos diez ó doce duros, item más, con algunos gastillos imprescindibles á la vista.

Uno que le conocia, aunque no le trataba, fué á verle contándole que no habia podido pagar el alquiler, y lo echaban de la casa, sin saber dónde guarecerse con su mujer y sus hijos.

Apurada era la situacion... hubo un momento de perplejidad: Aparisi se levantó y bajó rápidamente los anteojos y tirando del cajon de la mesa; sacó su capital:

—Esto tengo; lo partiremos como hermanos; y contando, le entregó la mitad que próximamente importaba el mes debido. Las demostraciones de gratitud fueron tantas, que Aparisi hubo de hacerlas cesar; que siempre le parecia de poco momento el favor y de gran precio las demostraciones de la gratitud.

Al siguiente dia se le presenta de nuevo el favorecido y con mal talante le dirije estas palabras:

—D. Antonio, vengo á decirle que ayer me encajó usted esta peseta falsa.

Miróle Aparisi: un súbito relámpago de cólera iluminó su fisonomía y se levantó del asiento...

Contaba este caso á algunos amigos y uno le interrumpió:

—Si á mí me sucede, de un silletazo le rompo la crisma y le hago tragar la peseta.

—Pues yo, contestó Aparisi, no le rompí la crisma; pero le cambié la peseta.

A mediados del 43, principió á publicar, con el P. Miguel y Florez, el periódico *La Restauracion*, cuando se le presentó un desconocido; por lo que despues se supo, persona de decente cuna y de mérito no vulgar: pidióle ocupacion en el periódico, no la habia y tuvo Aparisi que desesperanzarlo con disgusto suyo y grave pesadumbre del que solicitaba que carecía de todo recurso; porque tal era, materialmente entendida la frase, la situacion en que se encontraba.

A los pocos dias vuelve afligidísimo: su mujer en aquel momento acababa de dar á luz una niña: no tenía ni cama ni ropa, ni quien cuidase de la enferma, ni alimento que darla. Acongojado Aparisi fué volando á la casa: ¡qué espectáculo! Una mujer sobre un jergon sin sábanas, una niña

P. Lucrecia

recien nacida envuelta en unos harapos; una capa agujereada por todo abrigo; el fuego sin encender; ni siquiera un cubo para sacar agua: hacía sus veces un puchero desportillado pendiente de una soga. El padre, cubierto el rostro con las manos, sollozaba; la niña de cuando en cuando hacía sentir el tierno vagido que penetra en el corazon del que lo oye, como afilado puñal; la madre, perdido el conocimiento, era víctima de convulsiones nerviosas. La miseria absoluta, en toda su desnudez nauseabunda y repugnante.

En el acto Aparisi proveyó á aquella infelicidad tan extremada: buscó mujer que asistiera á la enferma: de su casa, no muy provista, se llevaron colchones, ropa, envolturas y alimento.

Inútil sería decir que desde entónces, veló constantemente por aquella familia: le desempeñó todo su ajuar, le pagó las deudas, tiempo después el viaje á Madrid, donde llamaban á su protegido esperanzas ilusorias de medro, y en Madrid siguió socorriéndola.

Hace muy pocos años la viuda suplicaba á Aparisi que fuera á verla, ya que á ella su enfermedad se lo impedia. A su ruego fué: una tísis consumia lentamente á la pobre mujer: sus horas estaban contadas y no lo ignoraba: en sentida plática encargóle á la hija de su corazon.

La infeliz murió tranquila: Aparisi pagó gastos de enfermedad y entierro, y continuó con la hija, lo que habia hecho por los padres. El Señor que cuida de los pajarillos del cielo, no abandonó á la pobre huérfana que en la familia de su bienhechor encontró padre, madre y hermanos.

Tengo yo opinion, no sé si acertada, pero antigua; de que el amor se prueba más por las cosas pequeñas, que por las grandes. Y revolviendo á veces conmigo mismo sobre estas imaginaciones, parécome que lejos de ser sin motivo, puede servir de piedra de toque para distinguir del aparente talco, la plata cendrada.

Porque un sacrificio grande á veces se inspira en el deber ó en el cálculo, aun cuando no nazca del corazon; mientras las pequeñeces, las delicadezas, las atenciones constantes, imperceptibles, digámoslo así; no se preven, no se calculan, no se imponen por la resuelta voluntad: ó se sienten, ó no se hacen.

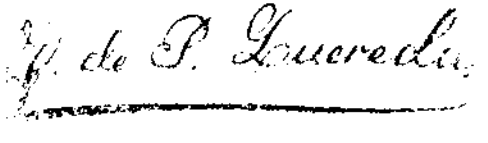
Vemos una absoluta miseria: apenas habrá quien, á no te-

ner el corazon completamente petrificado, no abra su mano y la socorra, aún á costa de algun sacrificio: pero en unos puede ser la emocion del momento; en otros, el compromiso, la vanidad, ó ulteriores miras; en otros, el deber del católico de dar limosna. Una mujer, si su marido corre grave riesgo, podrá, por salvarlo, aventurar hasta su vida; mas quizá se encuentre el motivo de su conducta en la idea estricta de la obligacion, sacrificándose sin átomo de cariño: no niego ni disputo lo heróico del acto; dudo de la causa impulsiva y determinante; dudo del amor.

Pero el que con el corazon alerta, al dar limosna estudia el modo de darla, y se ocupa de lo que puede ser más útil al pobre, y se entera de su situacion de cuando en cuando, y sufre sus importunidades y si tiene niños les lleva algun juguete que los alegre y entretenga; y la mujer que en su modesta medianía piensa en el regreso del esposo y le prepara el abrigo, y se priva de un bocado apetitoso, y le mulle el lecho, y vela por que él duerma, y guarda para sí leves disgustos que podrían causárselo á su esposo; digo y sostengo, que aquel es caritativo por naturaleza y con cristiana caridad; y que esta, no sólo es buena esposa; sino esposa amantísima.

Y estas reflexiones me han ocurrido á propósito del caso antedicho; porque el rasgo de caridad de Aparisi es heróico por sí, y más por lo perseverante; que no es lo mismo dar una limosna para remediar una necesidad que angustia al mismo que la ve; que socorrer veinticinco años á una familia, á la que ningunos lazos unen, excepto los de la caridad, y hacerla partícipe de todo regocijo doméstico y tenerla presente en todas las alegrías.

No encuentro bondad comparable con la de Aparisi, cuando, ausente su familia, se quedó con su protegida, que entonces estaba gravemente enferma de mal de amores. Privarla del rato de ansiada, amante conversacion, fuera causar pena á los enamorados; permitírsela, sin persona de respeto delante que vigilase; contrario á la ley del decoro. Aparisi se constituyó en testigo y guarda, y por largo tiempo sufrió por la noche dos horas de amantes, tormento del que sólo tienen idea las madres de hijas casaderas; tormento aumentado por aquella su natural impaciencia, que no le permitia estarse quieto un instante; y porque acostumbrado á salir por la noche en busca de distraccion del trabajo diurno, érale doble penoso permanecer clavado en su silla, ajeno á sus distracciones y



al sabroso entretenimiento de la compañía de sus amigos íntimos.

¿Y qué diremos de aquel súbito levantarse dejando el tresillo ó la conversacion, sin despedirse casi de la sociedad; de aquel encasquetarse con presura el sombrero; de aquel correr, como si fuera perseguido?

—¿Pero qué te sucede? le decíamos á veces.

—Que han dado las once.

—¿Y qué?

—Que la familia se acuesta á esta hora, y si yo tardo, se *han de incomodar los criados* en esperarme.

Víle en cierta ocasion melancólico más de lo que habia por costumbre, y aun cuando la tengo de no preguntar lo que espontáneamente no me dicen, parecióme que deseaba contarme algo, y así era. Despues de varias precauciones y de cerrar la puerta, y de principiar con la frase: «cuidado, que »esto no lo digas,» me refirió las cuitas que le apenaban.

Era el caso que, á pesar de su descuido, habia notado ya en tres ocasiones que del bolsillo del chaleco le faltaba cada vez medio duro, y sospechó de la fidelidad de una criada recientemente admitida.

Para cerciorarse, por otras tres veces, temiendo equivocaciones, habia anotado el dinero que se dejaba en el chaleco, procurando que la criada se encontrase sola en el cuarto, y por otras tres veces le habia faltado el consabido medio duro.

—¿Qué te parece? ¿Puedo sin incurrir en un juicio temerario despedirla?

Contestéle, como es natural, afirmativamente.

Al otro dia llamó á la criada y con pretexto de no sé qué ligera desazon que habia ocurrido, la despidió diciéndole:

—Aquí tienes tu salario hasta fin de mes; y por si acaso has caido en alguna mala tentacion y te vieras precisada á restituir, toma estos tres duros.

—¿Y qué hizo la criada? le pregunté yo admirado de aquella exquisita caridad que no solo perdonaba, que no solo excusaba la vergüenza, sino que proporcionaba medios de borrar el pecado:

—¿Qué hizo? Llenarme de injurias por lo que le decia y guardarse los tres duros, amen de su salario.

Desgracias contínuas habian reducido á una situacion angustiosa á un su amigo, del cual, con sobrado fundamento sospechaba que no acudiria á él; porque además de llevar con noble orgullo su pobreza imponiéndose multiplicados sacrificios, por no ser molesto á otros; sabia que la posicion de Aparisi no era muy envidiable. Con gran recato fué á verlo: «guárdame, le dijo, esos mil reales: he cobrado un » buen negocio y tengo miedo de gastarme el dinero si lo » conservo en mi poder: lo he repartido entre algunos amigos » para que lo emplen como quieran hasta que yo se lo pida (1).»

Y su temor de herir la susceptibilidad de los que recibian sus beneficios era tan extremado, que si les remitia algun socorro por terceras personas, solia escribir: «Ahí va eso á » cuenta de aquel piquillo que te adeudo.» Preferia pasar por deudor, á que el favorecido pudiese avergonzarse de que otra persona supiera su estrechez.

Estaba en Francia y temiendo infundadamente que Don Francisco Belda y Belda, (2) con quien Aparisi se habia criado y al que queria entrañablemente, se hallase escaso de recursos, le envió por mi conducto autorizacion para vender una finca suya y socorrerse con su importe. Por mas que persistimos en que no lo necesitaba, no quiso retirar la autorizacion; contestándonos:

—»Si no necesita ahora, que la conserve para cuando ne»cesite.»

Tengo yo un amigo, que lo era aun más de Aparisi; per-

---

(1) Mas de una vez ejercitó actos semejantes: el que trascribo se me ha comunicado por una persona íntima de Aparisi; pero soy testigo de otro en que fuí yo el comisionado para que un amigo no pudiese negarse á tomar el socorro: necesité servirme de toda la firmeza de un encargado que quiere cumplir exactamente su comision, para que, á pretexto de depósito, consintiera en recibirlo. No todos rinden culto al becerro de oro.

(2) Sobrino de D. Francisco Belda y Perales.

sona sumamente buena, y cuya bondad solo puede compararse con su pobreza.

A los sesenta y pico de años, trabajando de contínuo ha llegado á adquirir un solar de 35 piés, fruto de sus economías y en verdad que, como él dice, aun le sobran 27 para una sepultura.

Un dia tiene un pedazo de pan que dar á sus siete hijos; otro, y aun otros, á fin de mes carece absolutamente de recursos. Pero posee un tesoro que no cambiaria por cosa alguna; fe tan ilimitada en la Providencia divina, que encanta: es un verdadero hijo de San Cayetano, un trasunto fiel y segunda edicion exactísima de Doña Liberata (1).

Pues este amigo mio llegó á reunir, amen del solar antedicho, la friolera de diez ó doce duros, y pensando en qué emplearlos, le ocurrió que lo más productivo para él y para el prójimo seria la impresion de una obrita piadosa, de gran provecho espiritual y cuyo coste solo ascendia á diez mil reales.

Y hablando con unos y con otros, que oian pasmados su atrevido pensamiento, sobre los beneficios que reportaria á los que leyeran su traduccion y de lo importante que era en época en que tantos desfallecen, inspirarles confianza en Dios, ocurrió que una Señora tiró de la gabeta y diciéndole: «ahí tiene V. todos mis ahorros;» le entregó dos mil reales.

En el acto, prévia la adicion de sus doscientos, los invirtió en papel, y lleno de ilusiones, y formando castillos en el aire le contó á Aparisi lo hecho, y que ya no le faltaban para dar cima á la empresa mas que 7,800 reales.

—Tiene V. un pecho de Alejandro, le contestó Aparisi.

—Pero la imprimiré, sí, señor, la imprimiré; y venderé la tirada, y podré mantener á mis hijos, y hacer un gran bien. La óbra es buena y Dios proveerá.

Y Dios proveyó, porque Aparisi, sin decirle una palabra, se puso el sombrero, vino á mi casa, fué á la de Bertran de Lis y á la de sus mejores amigos, y hasta logró interesar á Palacio en la empresa y á los pocos dias le entregó los siete mil ochocientos reales y se imprimió la obra.

—¿Ve V., le decia el traductor frotándose las manos ale-

---

(1) Personaje de la preciosísima novela de Fernan Caballero, titulada: *Un servilon y un liberalito.*

gremente, cómo Dios siempre acude? No hay mas que á Dios rogando y con el mazo dando.

—Pero ¿y dónde tenia V. el mazo?...

—Ya estaba seguro yo de que mazo no faltaria: en esta ocasion yo era el que á Dios rogaba y V. el mazo que daba.

No fué menos exquisita su caridad en el lance siguiente. Casábase la mayor de las hijas de su primo el Excmo. Señor D. Fernando Alvarez: segun costumbre, los parientes y amigos le regalaban algun objeto como recuerdo de su cariño.

—Quisiera yo regalarte tambien, sobrina, le decia Aparisi, pero están malos los tiempos para gastos: te daré una escribanía de plata, muestra de agradecimiento de un cliente á quien no cobré los honorarios: quizá no sea de tu gusto; porque no es cosa propia para una muchacha; pero, sobrina, no me cuesta el dinero.

A los pocos dias volvió alborozado y le dijo: Natalia, ahora sí que encontré un regalo digno de tí.

—¿La escribanía?

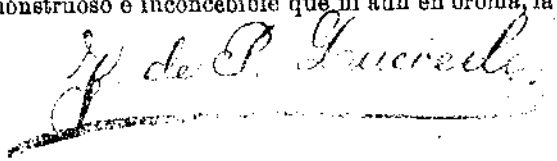
—No: mejor, mucho mejor.

Picada la curiosidad de Natalia, instóle para que se lo manifestase.

—Un pobre me ha pedido con necesidad urgente, no tenia dinero; y le he dado la escribanía; pero destinada para tí le he exigido que todos los dias rece un Padre Nuestro, á fin de que Dios te haga dichosa en tu nuevo estado. ¿Te parece si ganaste poco en el cambio?

Agradecióselo su sobrina y el propósito de Aparisi y el Padre Nuestro del pobre ha sido oido benignamente por el Señor; porque es esposa felicísima.

Contóme en cierta ocasion el chasco que habia dado á uno de sus amigos de la infancia. Habíale defendido en varios negocios gratuitamente, aunque los honorarios importaban sobre 30.000 rs. Fáma tenia el cliente de ser económico, un tanto más de lo que la comun prevision aconseja: la mujer instaba á Aparisi, para que no le perdonase ni un maravedí, tésis que al deudor no le parecia bien; porque encontraba monstruoso é inconcebible que ni aun en broma, la sos-



tuviese persona á él tan conjunta. En fin, por vía de transaccion, exigió la mujer y convino Aparisi en que todos los años le enviara un jamon y arroz: «no hay escape, le decia »á su amigo, del medio por ciento no te libras.»

Aquel año se habia librado á pesar de lo convenido, y al recordárselo se sonreia y callaba.

Una noche discurrian amigablemente al amor de la lumbre, y, así al descuido, Aparisi dejó caer la especie, de que sabia él de cierto negocio en que podia ganarse el ciento por uno. El amigo hizo como que no habia oido; pero en su interior labraba aquella idea. De allí á poco, lo repitió Aparisi ponderando lo crecido y seguro de la ganancia.

Levantó la cabeza el cliente y apretándose el estómago, del que padecia mucho, preguntó con aire de indiferencia, qué negocio era aquel.

—Es mi secreto.

—¿Necesitarias mucho dinero?

—No; y menos ahora que solo pienso hacer un ensayo en cortísima escala.

—¿Sobre cuánto?

—No puedo disponer mas que de 100 rs. ¿Quieres ir á la parte? Dame otros 100: si despues te acomoda seguir, continuaremos.

El amigo dió sus 100 rs.

Al dia siguiente, le dijo: el negocio está hecho.

—¿Y qué?...

—Lo dicho... el ciento por uno de ganancia y algo más.

Alargó la mano el sócio y Aparisi abriendo la Biblia leyóle lo siguiente:

«En verdad os digo: que ninguno hay que deje casa... ó »heredad por amor de mí... que no reciba ahora en este tiem»po presente, *cien tantos por uno* de lo que dejó y despues, en »el siglo venidero, la vida eterna.»

Inútil es decir que habia entregado los doscientos reales á los pobres.

El sócio, que celebrando mucho lo hecho se unió de corazon á la buena obra, murió dos años antes que Aparisi: en sus postrimerías llamó á uno de sus parientes y sacando la mano cerrada le suplicó que se la abriese: lo resistia aquel creyéndolo delirios de la calentura; pero á la repetida insistencia del enfermo, obedeció.

—¿Qué has encontrado en mi mano?

—Nada: no tenías nada.

—Pues mira, eso es lo que me llevo de este mundo.

¡Ah! no recordaba entonces aquellas consoladoras palabras:

«Mejor será, segun el consejo del Salvador distribuir los »bienes á los pobres, que te los lleven delante; como hacen »los grandes señores cuando caminan, que envian delante »sus tesoros... ¿tienes bastante hacienda? dá limosna á los »pobres; porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por »cierto que en el Cielo donde ha de ser perpétua tu morada »te está guardado lo que agora les dieres (1).»

La limosna que en union de Aparisi dió á los pobres, no quedaba en el mundo: Cristo en el Cielo, se la tenia guardada.

Desde jóven dió Aparisi muestras patentes de su fortaleza de alma: él, que temblaba por un riesgo imaginario de sus amigos, afrontaba tranquilamente los más graves que le amenazasen. Corria el año 1834 y frisaba Aparisi en los diez y nueve. En la *masía* de Teulada, de tan gratos recuerdos para él, se habian reunido algunos amigos y su numerosa parentela.

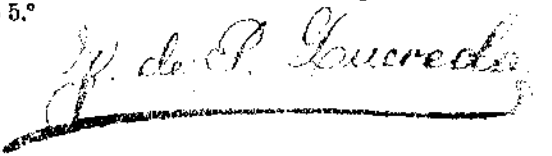
Tomaba ya cuerpo la guerra civil: una mañana al romper del alba discurrian por aquellos alcores, unos de paseo, otros cogiendo la rosa ó flor del azafran, otros disparando á algun pajarillo. De lejos vieron algunos el grupo, creyéronle partida carlista, dieron parte y se armaron los Milicianos de Pedralva; pero cuando llegaron al punto ya no los encontraron. Emboscáronse entre unos pinares y se pusieron al acecho, que no era cosa de desperdiciar la ocasion que se les presentaba de acreditar su patriotismo.

Ocurrió la desgraciada casualidad de que los cazadores notaran á la vuelta de la expedicion, que habian perdido el frasco de la pólvora y Antonio, Cárlos y D. José Aparisi fueron á buscarlo. Volvian contentos con su hallazgo, cuando de improviso una partida de Nacionales los rodea, y sin más preámbulos, les anuncian que se arrodillen y recen el Credo; pues iban á fusilarlos incontinenti. En todos tiempos y ocasiones la justicia de los patriotas ha sido expedita.

Pudo evadirse D. José Aparisi, medio arrastrándose por una frondosa viña: en vano Cárlos y Antonio gritaban y pro-

---

(1) F. Luis de Granada.—*Guia de pecadores.* Lib. 2.°, capítulo 5.°



testaban: rugian los Milicianos ébrios de entusiasmo, porque habian preso á dos facciosos. Arrodilláronse, pues, y principiaron á rezar el Credo; un momento más, la muerte. En aquel crítico instante, al Jefe de la partida le ocurrió suspender la ejecucion é interrogar á los presos. Al enterarse de que eran los Señoritos de la *masía* de Teulada, á los improperios sucedieron las disculpas, y á las amenazas los rendimientos y la admiracion hácia aquellos jóvenes, que habian arrostrado la muerte, sin mínima señal de miedo.

Un artículo valiente de *La Restauracion* fué causa de que algunos años despues se encarcelase al P. Florez: hervian las pasiones populares y la fuerza ciudadana atemorizaba con sus amenazas á los hombres honrados. En tan críticos momentos el Redactor de *La Restauracion* fué á la cárcel, y allí estuvo templando su firmeza en la firmeza de la víctima, que creia no salir del calabozo, sino para ser fusilado por las turbas, de lo que habia tristísimos y recientes ejemplos. Movió cielo y tierra, presentóse á todos los progresistas influyentes y logró por fin, que se convirtiese en destierro la prision de su amigo. (1)

Lo mismo le sucedió cuando en el año 72 encarcelaron á las Juntas Carlistas, y á algunos que no pertenecian á ellas. Entre los últimos se contaba D. Gabino Tejado.

Habiéndole dicho á Aparisi que contra él tambien habia

---

(1) El R. P. M. F. Vicente Miguel y Florez murió el 20 de Noviembre de 1857. Aparisi al escribir un artículo necrológico en su alabanza decía: «Nadie le ha querido más que yo en el » mundo y acaso nadie más que yo ha sido querido por él. » Yo era casi un niño, cuando por los años de 1828 ó 29 tuve » la dicha de conocerlo; y él la bondad de llamarme su ami» go. Desde entónces hasta el 48 en que fué desterrado de » Valencia, pasó apenas un dia en que dejáramos de vernos... » Yo le asistí en gravísimas enfermedades, yo le acompañé á » la cárcel pública donde fué llevado el Sacerdote; yo le ví » partir para el destierro á que fué condenado el inocente: » otros en estos trances angustiosos le vieron conmigo; ¿pero » quién notó en su sereno semblante asomo de ira ó de furor, » ó quién oyó de sus lábios un sólo quejido?... Tú por la cau» sa de la verdad hubieras subido con pié firme las gradas de » un cadalso: nada existia debajo del cielo que pudiera po» ner miedo en tu corazon. Nosotros pedimos á Dios que nos » dé tu santa fortaleza.»

auto de prision, lejos de esconderse, se vistió, tomó el dinero de que podia disponer y fuese directamente á las cárceles militares de San Francisco á ver al preso y á ofrecerle lo que tenia. Afortunadamente la prision de Tejado era motivada por una equivocacion, y deshecha, se le puso en libertad.

Ciertamente eran sus amigos y tal título obliga á auxiliarlos y consolarlos, aun con grave riesgo; que si esto no, poca cosa seria la amistad.

Célebres fueron los sucesos de San Daniel; pequeña causa para grandes pretextos. Debatíanse en las Córtes con mucho calor, y Aparisi, aunque estimaba infundado el ataque al Gobierno, considerándolo más bien cuestion de partido que de interés público, pensaba abstenerse de votar. Encontróse con Prim que le profesaba especial afecto, y á quien trató Aparisi con íntima familiaridad.

—Tono, le dijo, no votes con el Gobierno: te quiero bien y te doy este consejo.

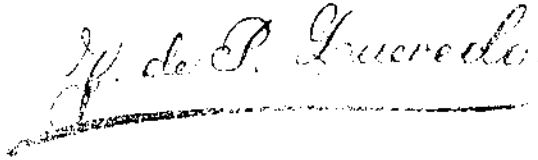
—Me has perdido, Juanito, (así llamaba él á Prim) estaba resuelto á no votar; pero en lo que me dices, entrevco una amenaza ó un peligro y no tengo mas remedio que votar con los amenazados.

El 29 de Setiembre de 1868 tenia señalado un informe. A las once de la mañana, poco más ó menos, principió el movimiento revolucionario, cuyo foco era la Puerta del Sol. En ella estaba D. Francisco Poveda, uno de los amigos más queridos de Aparisi y que á la sazon vivia con él. Al momento fué á prevenirle que no saliera y le encontró vestido esperando al Procurador: enterado de los sucesos, se encogió de hombros diciendo:

—¿Qué remedio tiene? Debo cumplir con mi deber, suceda lo que suceda.

Esto mismo contestó al Procurador que entraba en aquel momento dándole iguales noticias.

El Procurador no se atrevió á insistir, y atravesando la Puerta del Sol, llegaron á la Audiencia. Todo era allí confusion y tumulto, y miedo. Esperó largo rato; pero viendo que no le llamaban, por medio de un Portero avisó á la Sala



que el Letrado defensor estaba allí. Informó y al volver á su casa por el mismo punto, la revolucion era ya séria y formidable.

—Mal rato, decía, he pasado y he hecho pasar al Procurador; pero el deber está sobre todo, y en esta ocasion con doble motivo: se trataba de un acusado esposo, padre y *pobre*; le defendía gratuitamente: ¿cómo habia de dejarlo indefenso? (1)

Llegó la noche: algunos asesinatos se habian cometido, más se temian; que siempre el temor, como la esperanza, traspasa la realidad de los hechos, y la prevision de lo que no puede evitarse angustia doblemente el ánimo: las calles de Madrid, invadidas por grupos de patriotas, gritaban libertad, y golpeando de puerta en puerta prevenian á los tímidos vecinos que festejasen la caida de los Borbones con iluminacion y colgaduras espontáneas.

El saqueo del Parque habia dado armas á la multitud tiros aislados retumbaban por todo, banderas rojas ondeaban por las calles, y la sangrienta Marsellesa y el infausto himno de Riego resonaban entre los roncos vivas á la soberanía nacional. El Portero subió para avisar que el pueblo pedia colgaduras y luces: Aparisi se negó á que se pusiesen en sus balcones: aborrecía todas las tiranías, lo mismo las de los Reyes, que las del populacho (2), aun más degradantes. Recon-

---

(1) La causa era contra José Roman (si mal no recuerdo) sobre expendicion de sellos falsos: fué este informe el último que pronunció, encargándome yo desde entonces de sus negocios por completo.

(2) Jóven era cuando escribió los siguientes versos:

¿Y al régio alcázar que relumbra en oro
Iré yo en vil sonido,
A embelesar los sueños del tirano
Que se levanta á fatigar la tierra,
Ya con cetro de hierro, ya en cien pueblos
Lanzando los espantos de la guerra?
¿O ensalzaré á malvados que en tumultos
A luz de teas, con horribles voces
Aman la santa ley romper atroces?
¡Y así lo imaginais!... Tened insanos...
Si aborrezco á un tirano que me oprime
¿Acaso adoraría á cien tiranos?

En una de sus meditaciones escrita en 1843 concluye de

vinole Poveda con el ejemplo general y con el de las casas de muchos Grandes...

—Que iluminen, le contestó Aparisi, sin dejarle concluir la frase: yo no he sido empleado de Doña Isabel, ni la he adulado, ni soy siquiera su primo... pero no seré yo quien la insulte ahora, alegrándome ó aparentándome alegrar por su desgracia.

Obligóle entonces Poveda á salir de su casa, y la sediciosa obscuridad de sus balcones fué acusacion muda, pero la más fuerte que se lanzó en aquellos dias contra los favoritos, los obligados, los primos de los Reyes, que engalanaron las fachadas de sus casas, alumbrando con triple línea de hachones su ingratitud, ó su cobardía.

En la calle una turba les cierra el paso: uno de ellos, capricho del momento, baja el trabuco y apunta á los dos amigos: con la mayor serenidad, real ó aparente, le miran; y sin decirle una palabra continúan su camino: el paisano levanta el arma y sigue con los suyos, mientras se pierden entre las oleadas de la multitud que acompañaban á los armados, y se refugian en casa de un fiel amigo.

Allí estrechó contra su corazon á Poveda diciéndole afectado: «solo hubiera sentido sobrevivirte.»

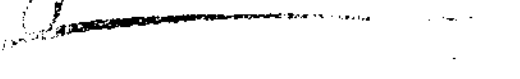
Hasta este punto Aparisi habia defendido siempre los principios monárquicos, y aunque sin mezclarse en la política activa, sus afectos, sus inclinaciones, sus antiguos compañeros estaban en el bando de D. Cárlos; con él contaban siempre para todo, á él acudian; pero acudian, como se acude al hombre de consejo, no al partidario.

La cuestion dinástica pesaba sobre él de una manera indecible: convencido del derecho palmario de D. Cárlos

---

esta manera: «instantáneamente vi toda mi miseria, toda mi » corrupcion y espantado de mí mismo y avergonzado de mi» rar al cielo, caí de rodillas y me cubrí la cara con las ma» nos... Y no podia consolarme la persuasion, de no haber » corrompido jamás á la inocencia, de no haber vendido jamás » á mis amigos, *de no haber jamás adulado á ningun tirano.*»

«Yo no soy hombre de partido, decia con frecuencia: » soy hombre de opiniones. Profeso las mias tal como me las » dicta mi conciencia. No me afilio en ningun partido porque » soy hombre libre y no acepto tiranías. Yo no sirvo más que » á Dios y á la Patria.»—ALMELA.—*D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Apuntes biográficos.*



tenía escrúpulo de abrigar esta conviccion sin fundamento sólido.

«No he estudiado la cuestion, decía, veo un gran pleito, y »quisiera asegurarme de que es legal lo que creo justo. ¿Si »me buscases los antecedentes... yo estudiaría.»

Proporcionéle los que pude: algun tiempo despues me dijo: «indudablemente, el derecho, segun las leyes del Reino, »es de D. Cárlos: ya tengo tranquila mi conciencia.»

Vacilaba, sin embargo, en engolfarse en los tempestuosos mares de la política: su salud, muy quebrantada, se lo impedía, y sus inclinaciones no estaban en contradiccion con el apartamiento por aquella exigido: la lucha de ideas placíale por gran manera, mas la de intereses, que siempre asoma al rededor de los poderes, la aborrecía de muerte.

Pero las instancias para que fuera á París menudeaban; y á veces mezcladas con ruegos, que si son de quien mandar puede, obligan más que el precepto absoluto.

A mediados de Enero de 1869 recibió un aviso semi-oficial, semi-amistoso en que á tercera persona se le decía: «las dos »ramas de la familia Real se acercan: es posible que hayan »de discutirse los derechos respectivos, que venga, que »venga.»

Y entonces no pudiendo resistir sin cierta especie de ingratitud, ni permitiéndole su conciencia apartarse de un negocio en que iba envuelto el porvenir de España, salió de Madrid el 20 de Enero de 1869, enfermo y á la verdad sin grandes esperanzas de conseguir la fusion de las dos familias; que si los intereses son fáciles de concordar en ánimos generosos; duro es el transigir sobre derechos absolutos, y más duro, cuanto mayor es la fé de los contendientes en la justicia de su causa.

Acompañóle el Conde de Orgaz, amigo de no largo tiempo; pero que tanto adelantó en su cariño, que blandamente se dolia el nuestro: cierto que lo merecia; doble motivo de envidiarlo, porque ni nos dejaba el triste lenitivo de la queja. Fué su amistad bálsamo de consuelo; fueron sus cuidados fuente de agradecimiento, para Aparisi y para nosotros. Lo que por él hizo Orgaz, por nosotros lo hizo, que guía y luz y consejo era de todos.

Emprendió el viaje sumido en grave meditacion: «dejaba »su casa y sus negocios y se ausentaba de su familia y corría

» de Madrid á París en busca de un Rey. Pasó el Vidasoa y » se dejó la mitad del alma, toda su alma en España. Llegó » á París con el corazon apretado y temeroso... ¡Si será don » Cárlos el Rey que necesita España! Habia dicho en las Cór- » tes: se espera al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si an- » tes ó despues de la revolucion; pero se sabe que vendrá... » ¡Si será D. Cárlos!»

Y llegó por fin á la Babilonia moderna, y echó pié á tierra siempre pensando: «¿Si será D. Cárlos el hombre?»

D. Manuel Bertran de Lis, el repúblico íntegro, el fiel partidario de doña Isabel, á quien él nunca hubiera dejado aunque todo el mundo la abandonára, habia escrito á Madrid: «que no conocia *al jóven*; pero, segun sus noticias, valía » como particular, mucho más de lo que podría valer como » Rey.»

Era Bertran de Lis una de las personas de cuyo carácter tenia mayor concepto Aparisi: «apenas llegó, fué á bus- » carle y él, al punto en que le vió le abrió los brazos; mas » sin antes pronunciar una palabra de cumplido ó afecto, » prorrumpió en las siguientes: tengo que rectificar, amigo » mio, conozco *al jóven* y le conozco bien y *vale mucho*.

» Como una madre siente alegría secreta en el corazon al » oir las alabanzas de su hijo; así Aparisi, al saber la opinion » de persona tan leal y desinteresada, tan recta y entendida. » Y era natural su gozo, puesto que en el obscuro horizonte de » su patria, vislumbraba una esperanza.»

No se satisfizo todavía: presentóse á D. Cárlos y tras el homenaje de lealtad debida, sostuvo con él animada conversacion y procuró estudiarlo y usando de todas sus artes; que dirigidas para el bien, tambien las tenia; lo estudió, y el concepto formado por D. Manuel Bertran de Lis, robustecióse con su propio concepto.

Ello y la pobreza del partido y el modestísimo trato de los Reyes que no permitian soñar siquiera en recompensas, le decidieron por completo á sacrificarse en su servicio.

Aparisi y Bertran de Lis trataron largamente y vieron en ocasiones á doña Isabel, sin que lograsen cumplido éxito las tentativas de la fusion. Partia Aparisi del principio: D. Cárlos, Rey. Motivos tengo para creer que Bertran de Lis no lo repugnaba en absoluto. Doña Isabel... más lo que sobre ello pensaba doña Isabel, no me creo autorizado para revelarlo, aunque no lo ignore; que si bien no se me encargó el secreto, presumo que se supuso que lo guardaría, y bástame tal presuncion, para que deje á los historiadores; que lo

J. de P. Lucerda.

habrá; el cuidado de descorrer el velo que cubre este y otros puntos, que hoy no puede sin peligro, ó sin cierta especie de abuso ó sin imprudencia al menos; descorrerse.

Personas de gran valía afectas á doña Isabel, han asegurado que Aparisi rechazó la fusion: dudar de su veracidad, ofensa grave é inmerecida sería; asentir, sin embargo á lo que afirman, no me es posible; puesto que en Aparisi tal conducta estaría en oposicion abierta con las aspiraciones de toda su vida, con sus gestiones cuando llegó á París, con sus propósitos prévios manifestados á sus más íntimos amigos y con las confianzas posteriores. Por fuerza ha de haber en ello equivocacion: lo que no admitió Aparisi, ó al ménos á lo que se manifestó poco inclinado, fué á las condiciones de la fusion propuestas por algunos. No creía que el compromiso de un lejano y eventual enlace é ínterin una doble regencia, dejando vivas las dos banderas, con cabezas distintas, con intereses opuestos, con recelos encubiertos, con desconfianzas contínuas; pudieran producir la accion eficaz y el gobierno robusto que se necesitaba para reprimir el desbordamiento de la revolucion.

Quince dias se emplearon en estas negociaciones: el rato que de ellas vacaba Aparisi, pasábalo en compañía de sus Reyes.

El tierno cariño engendrado por el conocimiento de sus relevantes prendas, creció con la intimidad que le permitieron D. Cárlos y doña Margarita. Tratáronle como padre, y aun este nombre le daban y con razon, que no era el afecto del súbdito á su Rey el que les tenía, sino el amor de un padre á los hijos de sus entrañas. *Filla mehua* (1) llamaba á doña Margarita, y doña Margarita con donaire femenil le contestaba en valenciano apellidándole *son pare*. (2) Negocios de Estado, negocios de familia, pesares del hombre público, dolores domésticos, todo se lo consultaban ambos esposos; unos en los sentimientos, unos en las esperanzas, unos en las penas; si bien doña Margarita ansiando solo los goces del hogar, lloraba á menudo la reconocida necesidad de inmolarlos al bien público; mientras que D. Cárlos, puestos ante todo los ojos

(1) Hija mia.
(2) Su padre.

en sus deberes de Rey, con resuelto ánimo les sacrificaba la felicidad doméstica.

Para todo quebranto encontraba Aparisi lenitivo, para toda pena, consuelo, para toda incertidumbre, resolucion acertadísima.

Intereses políticos requerian la presencia de Aparisi en Lóndres y marchó con Orgáz y Diaz Lavandero. Dada cuenta á D. Cárlos del resultado de su comision, dejó con aquel á París por Bayona á principios de Febrero. Intencion tuvieron de volver á España; pero secretos avisos de riesgos probables les decidieron á establecerse con sus familias en Biarritz, donde la colonia española era crecida. A fines de mes regresaron á París.

Pocos dias despues de su llegada, en un gabinete de una casa de la calle de Chaveau Lagarde, alrededor de encendida chimenea se hallaban reunidas las personas más caracterizadas del partido. El silencio era profundo: solo se oia la voz de Aparisi leyendo su folleto titulado *El Rey de España*. (1)

---

(1) Otros compuso además del folleto *El Rey de España*. Emigrado ya, se publicó en 1869, aunque se escribió antes, el de *Los tres Orleans* (que quizá hubiera sido mejor titular: «Los tres Orleanes,» segun la observacion de un insigne literato) bajo el anónimo de *por dos Españoles*, cuya tercer parte concerniente al Duque de Montpensier se debe íntegra á su pluma, fiándome las dos primeras.

En el extranjero escribió: *La cuestion dinástica*, en que proclamó el derecho de D. Cárlos á la corona en virtud del Auto acordado de Felipe V; no revocado legalmente. Y á proposito de este folleto: los que trataron de impugnarlo basaron sus principales argumentos, en una evidente errata de imprenta de la obra del Marqués de San Felipe *Comentarios de la guerra de España*, y en la noticia, que con pasmosa seguridad estampa, de que «indignado el Rey de la obscuridad del voto ó de » la oposicion de los Consejeros de Castilla, con parecer de » los de Estado, *mandó se quemase el original de la consulta del* » *Consejo Real* porque en tiempo alguno no se hallase princi- » pio de duda y fomento á una guerra.» Ignoro en qué pudo fundar el Marqués de San Felipe tan estupenda noticia, de que es único narrador; pero atestiguo su falsedad. *He visto copia exacta sacada no há muchos años, inmediatamente del original que existe, ó existia entonces*, y en dicha consulta los Consejeros de Castilla, lejos de oponerse al establecimiento de la ley Sálica, decian en 20 de Noviembre de 1812 oido el Fiscal: «y » reconociendo la solidez y peso de los fundamentos con qué

Concluyóse la lectura entre plácemes y enhorabuenas: los principios en él sentados, las aspiraciones políticas allí manifiestas, obtuvieron cumplido y unánime asentimiento.

Aparisi había escrito lo que sentia y lo que creia: «yo no » conozco corazon mas noble y mas sano que el de D. Cárlos: » en largas horas de conversacion pacífica ó arrebatada he » procurado muchas veces herir sus fibras: siempre despiden » grandes sonidos... ¿qué pasion ó qué pensamiento domina » á ese jóven? Le domina el pensamiento de España y le agi- » ta algun sueño de gloria... Consiste el principal atractivo » del Príncipe en que une al candor de la juventud, cierta » reserva mas propia de los años maduros y parece hermana » la docilidad que pide consejo, con la entereza que afirma » resoluciones inquebrantables. Cuando se inclina, digámoslo » así, y habla en la expansion de su alma, el jóven bueno y » candoroso se hace querer; cuando yergue la frente y agita » la cabeza, resulta el Rey ó infunde respeto.»

Quizá este retrato esté pintado con algo amor, como dicen los Italianos, y escrupulizaba Aparisi, por el afecto grandísimo que había cobrado á los esposos; pero es preciso convenir en que para que Aparisi, tan conocedor del corazon humano, les cobrase ese afecto, era preciso, como él dice,

---

» el Consejo de Estado manifiesta la justicia y equidad de la » nueva ley que propone... *es de sentir, de conformidad entera- »mente con su parecer... como lo propone el Consejo de Estado* con » el concurso simultáneo de los Reinos en Córtes que hoy es- » tan subsistentes, para mayor validacion, firmeza y solem- » nidad de este acto.»

Queda, pues, destruido el argumento moral, pues legal no lo era, que contra la opinion y dictámen de Aparisi, oponian sus adversarios.

En Febrero de 1872 se imprimió el folleto *La Restauracion*, que por razones políticas no se publicó hasta Agosto del mismo año; folleto que no debia caerse de las manos del partido carlista. En algo de lo que allí hay tuvieron parte el Conde de Canga Argüelles y D. Gabino Tejado, y aun yo no fuí completamente extraño á este opúsculo, ni al anterior.

Es coincidencia singular que *La Restauracion*, periódico, fuese el primer trabajo de Aparisi y *La Restauracion*, folleto, el último.

Otro titulado *El libro del pueblo* escribimos por el año de 1865 y deberá estar inédito entre sus papeles: quedé encargado de corregirlo, pero ocupaciones enojosas y contínuas me lo impidieron, y lo olvidamos, hasta que revolviendo papeles encontré la mitad, que aun no había correjido, y la entregué á la familia.

»que debiese ver y admirar en los Príncipes prendas esclarecidas.» (1)

Y ya que se brinda la ocasion, paréceme que cumple á su memoria el que yo, si humilde y antiguo defensor de la bandera Dios, Patria, Rey, Justicia y Libertad; imparcial por no estar hoy ligado con lazos de partido á ninguno de los militantes, deshaga una absurda apreciacion que los interesados han querido robustecer con la autoridad de Aparisi: refiéromo á las dotes intelectuales de D. Cárlos, á quien el vulgo liberal creyéndolo ó no creyéndolo, pinta como de escaso seso; que irresistible arma es el ridículo, y todas son buenas para daño de la agena bandería.

—Aparisi mismo; y V. sabe que era incapaz de mentir..... lo confiesa.

Esto me decia cierto moderado, persona bonísima y tan veraz como buena.

—¡Imposible! le contestaba yo. ¡¡Aparisi decir eso de Don Cárlos!! Repito á V. que es imposible.

—¿Imposible? Vea V. la página 44 de su folleto *El Rey de España*. En él, refiriéndose á D. Cárlos, se lee textualmente: «si dijera que es un sábio, mentiría.» ¿Qué quiere decir esto traducido á la lengua vulgar, sino que es tonto? Y lo siento; porque España necesita un hombre, y un tonto no es el hombre que España necesita.

Al oirlo tan convencido llevóme las manos á la cabeza, y más al notar en ocasiones distintas que este concepto, nacido en los periódicos, y propagado por los enemigos de Don Cárlos, tenia cabida en hombres de sano corazon, mas dañosos si apadrinan errores; porque no puede dudarse de su buena fé, y la buena fé predispone á creer lo que afirman.

Y digo que Aparisi al escribir que D. Cárlos no era un sabio; no quiso negarle «entendimiento claro y criterio seguro,» que ambos le concede á continuacion: nególe solo conocimientos profundos en ciencias, vasta instruccion adquirida en algun ramo especial; y esto es cierto, y sobre cierto, quizá conveniente en el Príncipe; que ni el católico Fernando, ni el magnánimo Cárlos, ni el prudente Felipe; los tres Reyes más Reyes de España, y aun de la época, fueron Reyes sábios en este concepto, y larga cosecha de desdichas trajo á España el único que *Sábio* llaman nuestros anales: los go-

(2) No es necesario advertir que en esta relacion casi copio lo que dice Aparisi en el folleto.

J. de P. Lucrecio.

ces de las ciencias hacen descuidar á menudo las ásperas obligaciones que impone el cetro.

Preguntábale yo un dia sobre esta opinion, y me contestó: «es de tan excelente entendimiento, que nada se le escapa: »memorias escribe, si bien en desigual estilo; en las que hay »trozos que envidiarían nuestros mejores hablistas, y sobre »todo en el calar de las personas no desmiente su raza: en »cierta ocasion dábale yo consejos generales de prudencia, y preveníale contra la lisonja, ópio de los Reyes, y me »contestó vivamente: ¿crees tú que yo no conozco á cuantos »me rodean? ¿Quieres que te diga quiénes son todos ellos?.... »Y me hizo un retrato tan parecido, y manifestó penetracion »tal del carácter, cualidades y defectos de los más asíduos, »que me dejó asombrado. En esto, Borbon.»

Sin límites era su cariño á Doña Margarita. «Es un encan»tó: la he contemplado junto á la cuna de su hija, ocupada »en domésticas labores, como Isabel la Católica. En aquella »cuna y en su marido tiene todo su mundo. ¡Qué sencilla en »su trato! ¡Cuán buena para los pobres! ¡Qué Hermana de ca»ridad para los enfermos!... Cuando habla esa mujer se la ve »el corazon, y nada hay más hermoso en el mundo: cuando »habla, no quisiéramos que acabase de hablar, porque hay »en esa mujer una cosa rara, muy rara... y es que tiene un »ingenio peregrino; pero ella no lo sabe. ¡Dichoso el hombre »que la llama su esposa! ¡Dichoso el pueblo que la salude su »Reina!»

Si posible hubiera sido que se aumentase la agradecida aficion de D. Cárlos y de Doña Margarita, aumentóla el folleto *El Rey de España*. ¡Cuántas veces en el abandono de la íntima confianza y con aquella bondad que era en ambos propia naturaleza, proponiéndose incitar las agudas réplicas, ó las sentenciosas palabras de Aparisi, que ávidos recogian como preciado tesoro, decíale D. Cárlos!

—Pero, Aparisi, ¿y si yo no fuese el que tú dices?

—Si no he conocido á Vuestra Majestad, estoy perdido en la opinion pública.

—No lo creas: ya he imaginado por dónde puedes librarte sin compromiso.

—¿Por dónde? Yo no sé mentir.

—Sin mentir: tú dices: «si el noble natural de D. Cárlos

»*no se tuerce*; segun confesion de un ilustre moderado, será el »Rey más popular y más amado que haya tenido España.» Si no se tuerce... Con decir: *se torció*, quedas salvo.

—Otro consuelo me quedaría; que ese no lo fuera para mí ni para España: Señor, si yo me hubiera equivocado, si Vuestra Majestad no fuese lo que yo digo, Vuestra Majestad debería acordarse siempre *de que ese debe ser*, y Vuestra Majestad lo sería.

Y con estas y otras frases de decoroso gracejo y permitida franqueza, pasaba las veladas con los augustos Príncipes, y escogidos é íntimos compañeros.

Nuevas complicaciones políticas lo llamaron á Báden, regresando por París á Dax, donde se habia establecido su familia; y desde cuya ciudad, instado repetidamente, escribió la Carta-Manifiesto de D. Cárlos á D. Alfonso, que aceptada por aquel con algunas correcciones hechas de su mano, se publicó en 30 de Junio.

Despues de su viaje á Báden, Aparisi, que no se hallaba muy bueno, empeoró notablemente. Gravísimo era su estado; nunca tal, sino cuando corregia su famoso dictámen sobre la reeleccion de D. Pedro Egaña para Diputado general de Alava (1), y luego en 1872, á poco de su regreso á Francia.

En Dax permaneció Aparisi durante el invierno de 1869 al 70, sin mezclarse en el movimiento político, solicitado sin embargo de cuando en cuando para el consejo que nunca negó si se lo pedian. Parécome que era por Febrero del 70 cuando fuí á Dax con D. Rafael Ravena y el Conde de Canga Argüelles, que ya no nos sufria el corazon la larga ausencia. Juntos pasamos unos dias, deplorando con Alcrany y Poveda, sus compañeros de emigracion, el estado en que lo veíamos. Apenas podia dar cortísimos paseos por las orillas del Adour,

(1) Corrigiólo en la cama: tal era la enfermedad que le agobiaba que apénas podia hablar: para entender las enmiendas que le ocurrian tuve que sentarme á la cabecera y adivinar lo que pensaba, pues la fatiga apenas le permitia indicarme ligeramente las correcciones, que habian de hacerse.

y á cada cincuenta pasos se sentaba, mientras nosotros, con la curiosidad propia del extranjero, examinábamos los alrededores de la ciudad.

A fines de Febrero ó principios de Marzo de 1870, marchó á Roma, deseo que acariciaba largo tiempo allá en su corazon. Roma y Jerusalem eran sus dos codiciados viajes: solo pudo realizar el primero con su fidelísimo amigo D. José Alerany; su *Achates* como le llamaba.

Se habia propuesto componer un libro que describiera la grandeza de la ciudad de los Pontífices; pidióme algunas obras, y cuando fuí á verle, llevéle las que pude proporcionarme, que le sirvieron de penosa carga durante el camino (1).

---

(1) «Al bajar del coche en la estacion de Susa, que era la » última de los ferro-carriles de Italia, antes de que se con» cluyese la perforacion del Mont-Cenis, Aparisi iba cargado » con un bulto de consideracion envuelto en su capa de ca» mino. El peso y el mal acondicionamiento, hicieron saltar » un libro. Era aquella una verdadera carga de libros muy » gravosa para aquel viajero, que siempre padecia de asma. » Preguntándole yo por qué llevaba consigo tantos libros, » me contestó: porque he proyectado escribir un libro sobre » Roma, no por añadir uno más á los que ya existen, *sino* » *por ver si acaso con mi libro logro que uno solo se convierta: si* » *logro salvar una sola alma, he salvado la mia.*»

Así lo dice el Presbítero D. José Antonio Ortiz Urruela que por casualidad hizo el viaje en su compañía, segun cuenta en su carta, inserta en *La Regeneracion* de 21 de Noviembre de 1872.

Cuando Urruela escribia su encuentro y conversacion con Aparisi, lejos estaria de pensar que lo que relataba habria de confirmarse al poco tiempo con un testimonio irrefragable.

Entre los papeles de Aparisi, he encontrado copiosos apuntes que tomó en Roma para su proyectada obra. Un cuaderno cuyo epígrafe es: *Ideas para un libro*, principia con este prólogo:

«Nunca sentí eso que se llama instinto viajero. Hay quie» nes no pueden calmar su agitacion interior, sino cambian» do de lugares y de objetos: pasarian gratamente la vida, » recorriendo el mundo.»

«A pesar de las tempestades de mi alma, he amado siem» pre la casa donde nací, la heredad de mis padres, la fuente » conocida, los antiguos amigos y apegado el corazon á estos » objetos, no los dejára nunca; feliz si moría en el lugar ó » cerca del lugar donde habia nacido.»

En ánimo tenia dedicar su obra futura, *Roma:* al Marqués de Vallejo como pequeña muestra de su mucho agradecimiento: callo el motivo por no ofender la modestia de éste, ya

---

«Oí decir que habia en el mundo magníficas cosas, mas » yo creia que tenía visto lo bastante: porque tenia visto el » cielo y el mar, y como dice Milton, el divino semblante » del hombre. Confieso, sin embargo, que en mis primeros » años, si bien con pena de dejar los objetos conocidos y por » consiguiente amados, hubiese visto de buen grado á Roma, » cuyo San Pedro se levanta entre las grandes ruinas del pa- » ganismo y hubiera tambien subido al Calvario, para ver al » mundo antiguo de una parte y de otra al mundo nuevo.»

»Pasaron años y ya estaba resignado sin gran trabajo á » dejar este mundo sin haber visto á Roma ni á Jerusalem. » ¡Quién me dijera que en los ya cansados de mi vida, habia » yo de dejar no solo la tierra donde nací, sino tambien á » España y visitar el Rhin, el Sena y el Támesis! Tales son » los juegos de la suerte ó por hablar cristianamente, los » designios de la Providencia.

»Voy á Roma, amigo mio, y *comienzo á cumplir lo que te* » *ofrecí*, puesto que he de consignar cuanto vea ú oiga de » notable, y tambien lo que estudie ó medite de prove- » choso.»

«Voy, antes que por espontánea voluntad, por otras » amistosas instancias. Sin ellas, no hubiera visitado la Ciu- » dad Eterna; tú lo sabes y yo tambien que guardo en mi » corazon la grata memoria. ¡Oh si Dios me hubiese conce- » dido el don que enriqueció la mente de otros, esclarecida y » alentada con la vista y la meditacion de lo que fué y de lo » que es y descubriendo misterios del porvenir, acertara á » componer un libro de esos que no mueren!... ¿Lo deseo » acaso por esa vanidad que se llama gloria humana? Pare- » ceme que no. Lo que yo quisiera es, considerando mis pa- » sadas miserias, hacer algo bueno, que en el dia de la cuen- » ta, pudiera ponerse en la balanza.

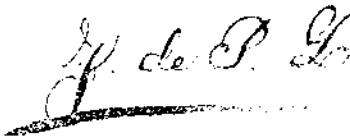
»Flacas son las fuerzas; pero firme la voluntad.

»No hay ingenio que derramar en un libro; pero hay co- » razon que se pueda echar en sus páginas.

»Y si yo escribo con el corazon, y *si las palabras brotadas* » *del mio van á herir el corazon de otros y le comunican respeto ó ad-* » *miracion ó amor á la santa fé de nuestros padres, que es luz y* » *gloria y libertad del mundo; si aunque miserable criatura, expo-* » *niendo lo que es verdad, ganara un entendimiento para esa verdad* » *y un alma para el Autor de ella; ¿no podria repularlo por felici-* » *dad suma y esperar que la obra buena debida á Dios, atrajese su* » *misericordia sobre el pobre instrumento de que se habia servido?*

»En tal caso y tanta fortuna, habriamos, amigo mio, tra- » bajado á medias, porque este libro, yo soy quien lo escri- » bo; pero lo hacemos entre los dos.»

Envidiamos al Sr. Marqués de Vallejo, haber merecido estas palabras: que á él iban dirigidas.



que supo unir al beneficio, la delicadeza exquisita en la forma. Temiendo Aparisi despues no poder cumplir su propósito por falta de salud, le consagró la ternísima dedicatoria conque encabeza el folleto de *La Restauracion*, aunque sin nombrarle, por si pudiera interpretarse aquel recuerdo al amigo, aquel desahogo de su corazon afectuoso; obsequio al correligionario, que no lo era suyo, en verdad, el Marqués de Vallejo (1).

En Roma conferenció largamente con todos los Obispos españoles sobre asuntos de gran interés político y religioso. Su parecer fué escuchado con gusto y túvose muy en cuenta para las graves decisiones que adoptaron. Acogióle afectuosísimo el Pontífice que le concedió una audiencia privada.

A la presencia del Varon Justo, él y Alerany que lo acompañaba, cayeron de rodillas.

—Tengo gran satisfaccion, les dijo, en saluderos; tengo gran satisfaccion en conoceros; tengo gran satisfaccion en trataros: *surgite*.

Y se adelantó hacia ellos y se levantaron, y estrechando con bondad sin igual una mano á cada uno, añadió:

—Ya sé quién sois; ya sé lo que habeis hecho; ya sé cuánto habeis trabajado: bien, bien, bien.

—Santísimo Padre, somos unos pobres soldados.

—Lo que sois lo sé; lo sé todo, todo, basta.

Es posible que alguno haya recibido iguales muestras de

---

(1) DEDICATORIA.

A...

Has sido buen amigo mio en tiempos serenos y ¡cosa rara! lo has sido aun mejor en tiempos para mí nublados.

Te estoy agradecido y quiero comenzar á pagarte el cariño que te debo, pensando en tí al escribir estas páginas.

Por razones buenas ó malas, no vá á su frente tu nombre; mas lo diré á mis hijos, para que lo guarden en su corazon.

Tuyo

El Solitario.

Tambien yo sabia ese nombre que queria que sus hijos guardasen en su corazon. Al despedirme de Aparisi en Dax, me dijo: «tres personas tendré siempre grabadas en el alma...» una de las tres era el Marqués de Vallejo.

consideracion, de confianza, de afecto que las que recibió Aparisi en la media hora que duró la audiencia; mayores, créolo imposible.

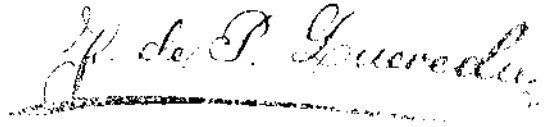
Y grandísimas las recibió tambien de los altos dignatarios: baste con decir que uno de ellos, el mas inteligente quizás entre tantas privilegiadas inteligencias, al saludarlo por primera vez, no le llamó Aparisi; sino que dándole cordial testimonio de su estima y de en cuanto tenia sus producciones, le saludó con el nombre de: *amigo Rústico*; aludiendo al seudónimo con que firmaba varios artículos en *La Regeneracion* (1).

Y pues que dejó Aparisi á Roma, dejémosla tambien y acompañémosle en su viaje: de seguro no os pesará, porque vamos á Suiza, á las Vascongadas de Europa, y en ella al pintoresco Vevey, hermosa aldea esparcida en un humilde vallecito que ostenta verdes matices por todas partes, desde el momento en que el mes de Abril principia á quitarle de los hombros su manto de nieve y lo cuelga en las montañas vecinas.

No os parcis: entremos en aquella casa de campo; es de un amigo, es la casa del Conde de Orgáz. Un jardincito la circuye; las flores galanas alzan su cabeza para recibir los rayos del sol que apenas entibian sus perfumadas corolas: un vientecillo trémulo las cimbrea suavemente y sus pétalos dejan caer gotitas de rocío que seca con su beso la tierra, como seca las lágrimas del ternezuelo infante el beso de la amorosa madre.

---

(1) Aunque sus artículos generalmente iban bajo el anónimo, firmólos á veces con los nombres *Un español*, *Un valenciano*, *El Solitario*, *El Rústico*, *El Incógnito*, *El de la guardilla*. El anónimo, como el seudónimo eran completamente inútiles: su estilo, tan propio suyo, que apenas habia lector, que al primer párrafo no dijera: *esto es de Aparisi*. De mí puedo decir que en cierta ocasion en que trató de publicar un artículo que ocultó á todo el mundo, y en el que agotó su ingenio para fingir su estilo con el objeto de que passse como de persona desconocida; me lo entregó á fin de que le aconsejase si seria oportuna su publicacion: á la primera línea le dije riyéndome: *esto lo has escrito tú*. Incapaz de mentira me lo confesó, encargándome profundo secreto: *te lo guardaré*, le dije, *pero si repugnas que se sepa que eres tú el autor, nolimes mas que un remedio: no publicarlo*. En sus últimos artículos en lugar de seudónimo, ponia una cruz.



Una niña y un niño encantadores; el, de cinco años; ella, de apenas ocho, corretean por el jardin. Aparisi los contempla embelesado en sus infantiles travesuras. La niña, como mujer, manda; el niño, como hombre, obedece; que ley es en almas bien nacidas, que la debilidad impere sobre la fuerza y que el poder se incline ante la hermosura.

Apasionadamente quieren á Aparisi, y apasionadamente los quiere Aparisi; y como la niña lo sabe, y es innato en las mujeres el deseo de ostentar su imperio, le muestra indiferencia y le finge desdenes.

—Dame un beso, Margarita, decia aquel, y la niña con deliciosa coquetería mostrábase un tanto rehacia, y al llegar algun desconocido prestábase ligera á besarlo, mirando de reojo á Aparisi que se sonreia al ver lo malicioso de aquella pequeñuela que con su hermano volaba de arriate en arriate.

—Venid....—y los niños se acercaban.—Margarita, ¿me quieres?...

—No lo sé; contestaba con gracioso gestillo: se lo preguntaré á las flores... Estéban, preguntémoselo á aquellas rosas: dime, rosa bonita, ¿quieres que quiera á D. Antonio?... Estéban, escucha, escucha á ver qué responde la flor.

Y ambos se inclinaban con el oido atento.

—Dí, que te ha contestado qué no.

Y el obediente Estéban gritaba:

—D. Antonio, D. Antonio, la rosa dice que no.

Y D. Antonio apresuraba el paso para castigar á los embusterillos y la niña aparentando esperarlo, huia del alcance y se paraba y le incitaba de nuevo á cogerla y se le escabullia de entre los brazos. Mas cuando Aparisi se cansaba ó cuando juzgaba la retrecherilla que le habian disgustado con la contestacion de la calumniada rosa, le decia:

—Espero V. D. Antonio, se lo preguntaremos á otra flor.

Y corrian á otra flor:

—Dime, violeta, ¿quieres que quiera á D. Antonio?

Estéban, de nuevo aleccionado, afirmaba en nombre de la inocente violeta, y abusando escandalosamente de sus poderes, que la violeta habia dicho que sí. Entonces era el correr de la niña á los brazos de Aparisi, y el darle mil tiernos bésos, compensándole del anterior desvío y del desabrimiento de la rosa, con el púdico amor de la violeta.

Orgáz y su esposa dulcísima, contemplaban enagenados á sus hijos, y el creciente mútuo amor que ellos y Aparisi se profesaban.

Poco mas de un año habia trascurrido y en Madrid ya todos, cuando Aparisi entregaba á sus amigos, que desgarrado el corazon gemian dolorosamente junto á un lecho vacio, una dulcísima balada llena de religiosos consuelos. Margarita, la niña que consultaba con las flores su amor á Aparisi, acababa de exhalar en brazos de sus padres el último suspiro, y aquella pérdida renovó la llaga de las pérdidas pasadas ¡Ay que al llorar á Margarita, lloraban tambien á sus otros tres hijos (1), pedazos de sus entrañas, que Dios habia llamado á sí como padre amoroso!

Mientras permaneció en Vevey Aparisi, que fué desde

---

(1) María Josefa, Agustin y María de la Concepcion, fallecidos en 16 de Julio de 1865, 20 de Enero de 1867 y 9 de Octubre de 1859. María Margarita falleció el 12 de Noviembre de 1871. Cada dos años se ha reunido al Señor uno de los hijos de nuestro buen amigo y *felicísimo* padre.

BALADA.

¡EN EL CIELO!

Y ella dijo: «padres, mi hermana se apareció esta noche, »é iba coronada de flores, como yo no he visto en el mundo.

» Y con voz tan dulce que me encantaba el alma, me dijo: «ven, hermana mia; ven.»

«Madre, vísteme de ángel, que me voy al Cielo.»

«Pero antes besadme los dos y bendecidme.»

Y el padre y la madre levantaron los ojos al Cielo llenos de lágrimas, y dijeron: «tuya es, Dios mio.» Y la bendijeron y la besaron.

Y entonces un Angel se inclinó sobre la niña y sopló en su rostro hermoso, y durmióse la niña en la tierra y despertó en el Cielo.

Y en las puertas del Cielo esperaban tres Angeles más, que fueron sus hermanos en la tierra, y lleváronsela con gran alborozo á presentársela á la Vírgen María.

Y ella dijo: «Madre, nosotros estamos aquí y te estamos »mirando; pero nuestros padres se quedaron en el mundo, »que es un país muy obscuro y muy triste, y como se ven »sin nosotros llorarán. Envíales un Angel que los consuele.»

Y respondió sonriendo la Vírgen María: «aun haré más, »pues os pondré á vosotros en las puertas del Cielo y desde »allí vereis la tierra y acompañareis con la mirada á vuestros »padres, mientras peregrinen por ella.»

Y los cuatro Angeles de Dios están en las puertas del Cielo, desde allí mirando á sus padres... y allí los esperan...»

†

J. de P. Pascual

Abril á Diciembre del 70, los ratos en que le permitia la política empleábalos en recorrer los campos, enterarse de los métodos agrícolas, adquirir instrumentos, semillas de maiz que enviaba á España, y á veces sentado al aire libre, con algunos compañeros de emigracion discurría acerca de los sucesos del mundo, y más aun de los de su nunca olvidada patria.

De cuando en cuando recitaba poesías, ajenas ó propias, versos de Virgilio, pasajes de Homero, su preferido poeta, rasgos de Racine, suavísimas cántigas valencianas (1). A ve-

---

(1) Dos eran principalmente las que de contínuo recitaba: una, en catalan, de Camprodon; composicion bellísima que siento no recordar: otra del poeta valenciano D. Tomás Villarroya, cuyas primeras estrofas aprendí de oírselas, y que supe despues que se hallaba inserta en la Revista *Liceo de Valencia*:

CANZÓ.

Angel que Deu per mon conhort envia
Celest visió de mes ensomits d'or,
Image d'ilusions y poesia,
Delisia del meu cor:

Ab ta laor desplegaré yo els labis
Y una canzó diré filla del Cel
En la olvidada llengua de mons abis;
Mes dolsa que la mel.

Acás lo meu trovar ya t'importuna;
Cent voltes ta alabanza m'has ohuit
Y cent també la misteriosa lluna
En la callada nit.

Cubert lo front de puritat y gloria
Lo meu sperit et mira ab tot instant
Ompli ton nom a soles ma memoria
Ta inspiració mon cant.

2.ª

Jiqueta delicada
Recorde yo que t'viu
Allá en ta etat dorada,
Com tortola en lo niu,
Com rosa no esclatada.

Plaer tan pur tinguí
Mirante verge mehua
Que sens voler plorí;

ces abandonando el grupo de sus compañeros, que respetaban su preocupacion, ó sus reconcentrados dolores, alejábase meditabundo, hablando consigo, recordando á su familia, á los amigos que en España ansiosos le esperaban, su humilde masía, hácia la cual vueltos amorosamente los ojos del alma le dirigía á menudo aquel sentido verso del poeta latino:

O rus, quando ego te aspiciam!

¡Cuántas veces olvidándolo todo, persiguiendo alguna idea que vislumbraba sin bastante claridad; hervía su pensamiento, centuplicaba sus facultades mentales hasta que encontraba la expresion exacta de su propósito. Así, al recibirse la noticia de la votacion en favor de D. Amadeo de Saboya, despues de una terrible lucha consigo mismo, en que repetía: «no, no acierto, no es eso; no es eso:» exclamó, repentinamente: «ya la tengo, ya la tengo;» y dictó con nerviosa rapidez la magnífica protesta de D. Cárlos, que aceptada, llevó á todos los ángulos de la Europa la expresion genuina del sentimiento nacional contra la vergonzosa dominacion piamontesa.

Sucesos ocurrieron despues dolorosos para Aparisi: el dia en que se publiquen, resplandecerá en todo su brillo la magnanimidad de su corazon, superior á toda flaqueza.

Despues de tres años de emigracion voluntaria, y habien-

Y m'anima ab la tehua
Per sempre es confundí.

CANCION.

Angel que Dios envía para mi consuelo; celeste vision de mis ensueños de oro, imágen de ilusion y de poesía, delicia de mi corazon.

En loor tuyo desplegaré mis labios, diciéndote una cancion hija del cielo, en la olvidada lengua de nuestros abuelos, más dulce que la miel.

Quizá mis trovas te importunen ya; pues cien veces me has oido tus alabanzas, y cien veces las ha oido tambien en la callada noche la misteriosa luna.

Cubierta la frente de pureza y gloria, mi espíritu te contempla á cada instante; tu nombre solo llena mi memoria, y tu inspiracion mi canto.

Niña delicada, me acuerdo que te ví, allá en tu edad dorada, como tórtola en el nido y rosa no abierta todavía.

Y placer tan puro tuve, al verte, vírgen mia, que sin querer lloré, confundiéndose para siempre mi alma con la tuya.

F. de P. Lucrecia

do sido nombrado Senador, regresó Aparisi á España en Octubre de 1871. Antes de abandonar á la hospitalaria Francia escribió á Doña Margarita una carta de despedida, sencilla y tierna, en la que pronosticaba su próximo fin(1). «Seño»ra, le decía, salgo hoy para Madrid. El lunes próximo »saldra mi familia.»

«*Me parece que me despido de Vuestra Majestad para mucho* »*tiempo: quizá para siempre. Esto nace de que tengo la extraña ó no* »*extraña aprension de que he de vivir poco.*»

«Mi familia saluda respetuosa y afectuosamente á Vuestra »Majestad, y pide conmigo á Dios que conceda sus dones »y dé todo linajo de bienes á Vuestra Majestad y á su Augus»to esposo y á sus hijos muy amados.»

«Si Dios concede á Vuestra Majestad felicidades, goce de »ellas, como si hubieran de durar muy poco: si Dios le envía »amarguras, Vuestra Majestad sabe que toda la filosofía del »mundo no vale una estampa de la Vírgen de los Dolores.»

«A quien tanto ha querido y quiere á Vuestra Majestad »permítale que siquiera, *por última vez*, escriba estas palabras: »¡Hija mia! ¡Hija de mi corazon!»

Los presentimientos de Aparisi se realizaron por desgracia: ya no volvió á ver á su Reina, á la hija de su corazon.

Su salud quebrantada se empeoró notablemente en el verano del 72. En el mes de Julio se le recrudeció el asma, hasta el punto de no haberse podido acostar en veintisiete noches que pasó sentado: ó la fuerza del mal ó la posicion igual en tanto tiempo, fueron motivo de que las piernas se le hinchasen.

Las horas de la madrugada eran para él de verdadera angustia; tenía que abrir los balcones faltándole aire que respirar, y á medida que se le disminuía la tos, fué agravándose hasta inspirar sérios temores á sus amigos: menos los abrigó la familia, á la que, en cuanto le era dable, celaba sus dolencias ó exajeraba su mejoría.

Un extremado abatimiento y decadencia de fuerzas le invadió por entonces, y hasta el andar por la sala le fatigaba: hostigado por sus amigos decidióse una noche á bajar al jardin; pero la prueba no dió buenos resultados: á las dos vuel-

(1) La fecha de la carta es de 10 de Octubre de 1871.

tas tuvo que sentarse; á poco, subir, operacion que le fatigó en extremo, á pesar de que descansaba cerca de un minuto en cada peldaño, y que se apoyaba en un baston y en el pasamano de la escalera.

No fué posible ya paliar la gravedad de sus males: el Médico le recetó baños de salvado, tomó algunos, cansóse pronto y se negó á continuar, y á ir á Alhamá, sordo á las instancias del Marqués de Baamonde que á la sazon marchó con su esposa, brindándose á acompañarlo durante la temporada.

Tenía Aparisi la conviccion, abonada por la experiencia, de que el agravarse sus achaques, antes era cosa transitoria, que definitiva, y esto le hacia confiar más en el curso del tiempo que en la eficacia de las medicinas. Por eso cuando alguno insistia en que probase aguas termales, contestaba:

—Esto no es nada, y pasará... hasta la otra... Con cincuenta y seis años en el siglo diez y nueve, y con lo que sucede ¿no he vivido bastante? ¿Qué más podia esperar?

Añadíase á ello su falta de fe en la ciencia; mayor, desde que la perturbadora homeopatía comenzó á introducir la duda hasta en los aforismos que se habian respetado desde Hipócrates como axiomáticos.

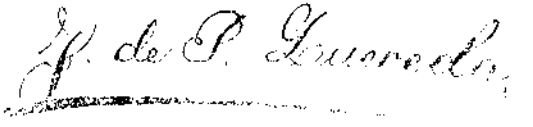
Mas al fin, por tentarlo todo y porque «no costaba más que un par de pesetas,» se prestó á los glóbulos y á las cucharaditas, y era de ver cómo cogía con sus manos temblorosas la copa del agua globulizada y levantándola á la altura de los ojos, la miraba fijamente y se sonreía y bebía.

Alivióse de aquel ataque y paulatinamente fué desapareciendo la hinchazon y cesó la fatiga del pecho, y á estímulos de las personas que le rodeaban salia de casa con más frecuencia, para la mia, ó la de Orgáz, ó Canga; y de vez en cuando al Teatro *Nacional* de la ópera *italiana*.

Por entónces hablábamos un dia de sus viajes; y ocurrióme preguntarle, qué cosas le habian admirado más en los puntos en dónde habia estado. Después de un rato de meditacion dijo:

—¿Quieres saber lo que más he admirado? En Dax, el cuarto de Pepe Alerany; en Pau, la inscripcion de la estátua de Enrique IV (1). ¡Qué inscripcion!

(1) Al pié de la estátua se lee: *Lou nouste Henric. Henrico nostro.*



—¿Y en París?

—Poco.

—¿Y en Lóndres?

—Algo.

—¿Y en Suiza?

—Mucho.

—¿Y en Roma?

—En Roma, todo; pero sobre todo, tres cosas: el coliseo á la luz de la luna, la cúpula de San Pedro iluminada, y sobre el coliseo y la cúpula á Pio IX, que es lo más admirable de cuanto encierra la ciudad eterna (1).

Motivo habia sido entre nosotros de frecuentes discusiones,

Pia nepotis augusti munificentia redivivo.

Aquellas palabras *Lou nouste Henric*, nuestro Enrique; eran en concepto de Aparisi el elogio más grande que se hubiese hecho de un Rey.

(1) En las *Ideas para un libro* de que hablamos en la página 98 se lee:

«Un gran libro, la Biblia.

»Un gran hombre, el Papa.

»Una gran ciudad, Roma.

»Esta, muestra las ruinas del que fué el más grande imperio del mundo; las grandezas del que es hoy el primer imperio del mundo.

»Aquel dominaba, digámoslo así, los cuerpos, y este las almas. Se pasó de Augusto á Jesucristo. Uno trás otro fué conquistando los pueblos, y todos los pueblos tienen sus representantes en Roma.

»El representante de cada pueblo es un templo y un hospital.

»Los soberbios de la tierra levantaron la torre de Babel: Dios confundió sus lenguas: los hombres se separaron.

»La Religion ha reunido todas las lenguas en una institucion que se llama la Propaganda.

»Obra ha sido esta de la humildad y del amor.

»Roma es el centro del mundo:

. . . . . .

»San Pedro en pié reconstruyó la ciudad.

»Todos los pueblos del mundo han puesto en ella su mano.

»Todas las artes le han dado su luz y su belleza.

»Es la patria comun, es la heredad de todos los católicos del mundo.

»Allí está su pastor y su padre.

»Desde el Montorio que guardan los hijos de San Francisco, se ve extendida la magnífica ciudad.

. . . . . .

su empeño, que resistí con heroismo, de que tomara rapé, á cuyo uso atribuía el no haber sufrido nunca un dolor de cabeza; pero á fines de Octubre, empezó á quejarse de flojedad en ella, que se atribuyó á la excitacion nerviosa en que hacía tiempo le tenían las cuestiones políticas y religiosas que eran su constante pesadilla.

Por uno de aquellos dias, vino á casa de mal humor y cariacontecido.

—¿Qué tienes?

—Fastidio; inapetencia del alma (cosa que repetía á menudo), quisiera morir en un hospital.

—Que V. *muera* en un hospital, no lo extrañaría, le contestó mi mujer; pero que V. *quiera* morir en un hospital, no lo comprendo.

Y sobre ello suscitóse viva discusion en que ninguna de las partes, como de ordinario acontece, se dió por vencida; mucho más cuando si es fácil argüir sobre lo que debe quererse; no tanto lo es disputarlo á uno que no quiere lo que quiere.

El resultado de aquella polémica fué:

—Aparisi, lo que V. dice me hace daño, y permítame V. que le diga que es.....

»Allí se divisa el Capitolio, el alcázar del mundo; junto á » él, el Palatino, la ciudad de los Patricios, en que descuella » el palacio de los Césares... en frente, el Aventino, refugio » y amenaza de la plebe.

»Pasó el mundo antiguo: la Madre de Dios y los Santos » del Cielo habitan ahora en todas las colinas de la antigua » Roma.»

»Roma es un templo inmenso, donde se adora el Dios ver- » dadero...

»Roma es de Jesucristo: la conquistó con la sangre de mi- »llones de mártires.»

En otro cuaderno de apuntes para la obra de Roma, que lleva el título de *Ideas sacadas ó sugeridas*, se lee:

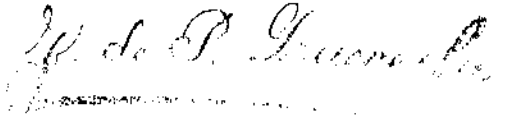
«Grandes voces y grandes imágenes: recuerdos pasados » y cosas presentes: el Papa lo domina todo: las otras figuras » pasan ó se trasforman; aquella permanece la misma.

»Reyes y pueblos caen en ruina; aquel en pié, la mano » sobre las cosas que no deben morir. Le he visto en las ti- » nieblas llevando la única antorcha que no se habia extin- » guido.

»La historia está llena de un solo hombre... pero es el » hombre de Dios.»

Y en el tercer cuaderno titulado *Pensamientos y meditaciones* se encuentra este ligerísimo apunte:

«Por la noche, luz de luna. Sueños. Circo y conciertos.»



—Señora, será lo que V. quiera; pero es la pura verdad.

El 3 de Noviembre de 1872, un fuerte campanillazo me anunciaba una visita matutina. Momentos después, el alegre gritar de cinco de mis hijos resonaba por la casa. ¡Luis! aquí está Aparisi. ¡María Luisa, Antoñito, Manolo, Amparo! Aparisi, Aparisi! venid, venid.

Entró en mi despacho, sentóse en el sofá, y trás él los niños en monton se arrodillaron en derredor, ménos Amparito, que apénas si derecha alcanzaba; y puestas sus rubias cabecitas sobre las rodillas, y todos en coro no muy acorde entonaron:

—Aparisi, sácame un caramelo de la oreja.

—Y á mí, y á mí.

Aparisi, con aquella desmaña con que Dios le habia favorecido, sacaba del gaban con mil trabajos y procurando ocultarlo un puñado de caramelos.

—No mireis: Luis, tú eres demasiado grande; no mireis... ¡Qué miraís! y les daba un tiron de orejas, y á compás un caramelo.

Como movidas por un resorte, las cinco cabezas que descansaban sobre el lado derecho, se volvieron del otro, y un nuevo tiron de la oreja izquierda, produjo otro caramelo.

—A ver si tenemos en la nariz.

—No hay más, no hay más; de la nariz no salen caramelos.

Y los cinco saltando, salieron del despacho á sus acostumbrados juegos.

—¿Qué te parece de la revolucion?

—Que aun estamos en el prólogo.

Seguimos hablando algo de política, algo de negocios, invitéle á almorzar y no aceptó porque tenía compromiso con Orgáz.

—¿Y tu mujer?

—Vistiéndose para ir á Misa.

—Pues la veré otro dia... expresiones.

Acompañéle hasta la puerta, todos los chiquillos se agolparon á su alrededor; uno mas audaz le metió la mano en el bolsillo, sacó un caramelo y escaparon todos gritando, gozosos con el hurto.

—A Dios.

—A Dios...

Nos despedimos... fué la última vez que estreché la mano del amigo de mi corazon.

No sé qué idea le embargaría la mañana del 4: dos veces estuvo en casa de Campoamor al que no encontró y bromeando con su familia, le dejó recado de que queria verle, puesto que habiendo escrito su poemita *El Cura del Pilar de la Horadada*, que en cada confesion tropezaba con un problema y él los habia resuelto; queria consultarle un caso de conciencia, por si era tan feliz como en los tres problemas del Cura.

Por la noche en casa de Orgáz, formando su auditorio la familia del Conde, Tejado, Salido y D. Ciriaco Villoslada, leyóles con sin igual calor, el sermon de San Vicente Ferrer sobre el juicio final, lectura que en aquellos dias repetía y le preocupaba.

De cuando en cuando, al llegar á los trozos más vehementes en que declara los tres estados que han de pasar por el mundo antes de que llegue el momento en que se convierta en cenizas y en que dice: «todos son pomposos é ufa» nos, é mentirosos, é luxuriosos, é cobdiciosos, é avarien» tos, robadores é engañadores, renegadores é jugadores, é » non guardadores de los mandamientos de la ley;» se interrumpia y dando una palmada sobre la mesa, exclamaba:

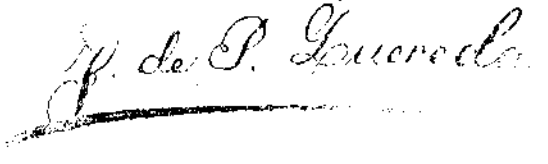
—¡El Tribuno, el Tribuno! ¡Él podía decir la verdad y nosotros hemos de callarla!...

Y seguia: «primeramente digo que serán sotidos é quita» dos los corazones de las gentes *de la obediencia del verdadero* » *cristiano* por temor é miedo; lo segundo, los cuerpos por te» mor y espanto; lo tercero, las cosas temporales por falagos » é amorios. Empero non gozarán luengo tiempo de las cosas » temporales: estos son los varones eclesiásticos, los *cuales* » *en la postrimería serán robados*... E este vano é pestífero ídolo, » é Anticristo que ha de ser introducido é fecho por aquel » Príncipe mayor, segun dije, será de una voluntad *con él, é* » *así ambos tomarán é robarán los bienes temporales de la Iglesia,* » *por manera que non quedará Beneficiado que non sea privado é* » *despojado de su beneficio.*»

—Señores el tiempo llega, el tiempo ha llegado.

Y volvia á leer:

«Pero Dios no desamparará la Iglesia... ca la navecilla de » Sant Pedro pudo peligrar é peligró, mas non pereció.»



¡Gran esperanza, amigos mios!

Y luego con voz potente recitaba algunos de los versos de su magnífica oda.

¡Ah padre! ¡oh gloria nuestra! ¡oh gran Vicente!
¡Cuanto has tardado, padre! Al fin te vemos...
Aun nos amas... tus hijos
Te aman tambien... enjuga pues su llanto
Y á sus males prolijos
Pon ya fin, nuestro héroe, nuestro Santo.

La inflexion de voz al pronunciar las palabras, ¡cuánto has tardado, padre!... tus hijos te aman tambien;... es imposible concebirla, al que no las haya oido de su boca.

—Miren Vds., señores ¡que fué Santo, este Santo!

Y con esta y otras exclamaciones, y con estos y otros trozos del sermon, que ya leia, ya ponderaba, y ensalzando la ardiente fé y el carácter inquebrantable del *Apóstol valenciano*: enorgullecíase de su patria.

Y llevado de su amor á la gloria de Valencia, hizo el panegírico del Beato Juan de Rivera, insigne varon, coronado con la triple aureola de sábio, político y Santo, gloria imperecedera de España y á quien extraordinariamente admiraba Aparisi; y al considerar la expulsion de los Moriscos, siempre rebeldes, siempre conjurados, siempre en tratos con Turcos y Berberiscos para vender á su patria, doliéndose del castigo, reconocia su necesidad y la energía del Virey; y al recordar que Francia en ódio á la estirpe austriaca fomentaba con sus alianzas aquellas rebeliones y conjuras con los enemigos del nombre cristiano:

—¡Oh Francia, oh Francia, decia: tambien tu bandera blanca ha cobijado muchas maldades: castigo merecias!... ¡castigo sufres!

Y luego referia conmovido como tan grande Prelado, Virey de Valencia, poderoso por el caudal, Príncipe por la sangre, tras largas amonestaciones y paternales consejos á un Clérigo indigno, le llamó ante él, y para que Dios se apiadase de sus culpas y derramase sobre él sus tesoros de misericordia, oró fervientemente y se despojó de sus ropas infligiéndose cruel disciplina hasta que la sangre brotó de sus espaldas.

Y pintaba conmovido el endurecimiento de aquel mal Sacerdote que no teniendo en cuenta la caridad de su Arzobispo que por sus culpas sufria, ni sus blandas exhortaciones, ni sus lágrimas, rogándole que mudase de vida, por amor de

Jesucristo; continuaba encenagado en sus vicios, desoyendo al padre, burlándose del Sacerdote, despreciando al Juez; hasta que inútiles las vias de la bondad, levantóse tremendo el Virey y le impuso justo y cumplido castigo por todos sus desafueros.

Y discurriendo de uno en otro punto y entusiasmados todos propusiéronle y casi se comprometió á escribir con el auxilio de Tejado, la vida de estos y otros Santos ilustres que, preclaros patricios, influyeron en los sucesos del mundo, enfrenando depravadas costumbres; dando paz á las familias con la extirpacion de odios envejecidos; devolviendo la tranquilidad á los pueblos con evitar guerras sangrientas, y todo únicamente por la fuerza incontrastable de su ferviente palabra y por la omnipotencia de su veneranda autoridad religiosa (1).

La mañana del 5 de Noviembre se paseaba inquieto Aparisi por los corredores de su casa: de cuando en cuando se apretaba la cabeza con las manos, estaba triste y abatido; mas nadie lo extrañó; que en él era ordinario. Pasó la tarde en dictar una carta, contestacion á otra que le habia causado algun desabrimiento.

Para distraerlo, D. Francisco de Paula Quereda le envió dos butacas del Teatro Real: la música era para Aparisi, no solo placer, sino alivio de la fatiga y á veces hasta remedio de sus males, tal era la sensibilidad de su temperamento nervioso.

---

(1) La idea de escribir la vida de San Vicente Ferrer no era en él nueva: en el cuaderno titulado: *Pensamientos y meditaciones* de que hemos hablado en la página 109, se encuentra un extracto de la vida de San Vicente Ferrer.

«San Vicente.—Gloria de España.—Nació en Valencia » á 23 de Enero de 1357.—Prodigios.—Toda la ciudad fué á » verle.—Tomó el hábito en el convento de Santo Domingo » en 5 de Febrero de 1374.—Le nombró confesor Pedro de Lu- » na.—Dormia cinco horas.—Comia poco y solo pescado.—Un » solo plato generalmente.—Ayunó todos los dias fuera de » los domingos.—Dormia sobre paja.—Caminaba a pie...—Se » le llamó el Angel del Apocalipsis.—*Timete Deum*...—Se le lla- » mó gloria de España, Taumaturgo de su siglo y restaura- » dor de las costumbres cristianas en Occidente.....—Murió » en 1419.—Los Españoles trataron sin fruto de que se le tras- » ladase á Valencia, y en 1599 de hurtar secretamente el cuer- » po como un tesoro que les pertenecia, etc., etc.»

No gustándole ir solo, tomó la pluma y escribió á Tejado:

«Gabinito: esta noche ¡gran opera! y te aseguro que la » cantan bien; en trozos, magníficamente.

» ¿Vienes conmigo?

» ¿Te espero?

Tuyo

Tono.»

Sentados estaban aun á la mesa cuando llegó Tejado.

—No voy al teatro, no tengo gana.

—Sí que tienes gana, ¡si te conoceré yo! es ópera que cantan muy bien, acompáñame, no faltaba más, tienes ganas de ir. *Ya verás, ya verás lo que te diviertes esta noche.*

Y el bondadoso carácter de Tejado se doblegó ante el empeño de Aparisi de que habia de divertirse.

—Ven, Gabinito, entra aquí en el despacho, que quiero leerte una carta algo áspera, pero que la escribo con el corazon... y me duele lo que digo... pero es preciso... es preciso.

Entraron en el despacho y leyósela.

—Ya ves lo que escribo: *«estoy ya al otro mundo de partida,* » como dice el poeta y no he faltado á ninguna palabra que » me haya dado solemnemente á mí mismo: quiero morir » como he vivido.»

El tiempo apremiaba y cediendo á las instancias de Quereda que le aguijaba para que no se entretuviese, pues de otro modo llegaría tarde, marcháronse juntos.

Acababa de escribir: «estoy ya de partida al otro mundo,» lejos sin embargo de su pensamiento que realmente al salir de su casa partia para el otro mundo; que aquella afirmacion vaga y filosófica, era presentimiento de realizacion inmediata y profecía exactísima y literal de lo que le sucedía

A los pocos pasos tomaron un coche de plaza y principiaron á conversar sobre lo necesaria que era la organizacion de las fuerzas católicas para defender á la Iglesia, tema que con la del sermon de San Vicente Ferrer, le preocupaba á todas horas en sus últimos dias.

Cinco minutos habian trascurrido cuando en seco interrumpe la conversacion frente del palacio del Marqués de Portugalete, junto á la antigua puerta de Alcalá, y con voz ahogada,

—Gabino, le dice, ¿llevas cortaplumas?

—No: ¿para qué lo quieres? preguntóle aquel con extrañeza.

—Tengo congoja: me ahoga, me ahoga; le contestó Aparisi; asiendo la corbata como para arrancársela.

Un pequeño ronquido... extiende los brazos y cae como herido por un rayo sobre el hombro de D. Gabino Tejado.

Aturdido éste, grita al cochero, vuelven al Barrio de Salamanca, pára delante de la botica, propínanle remedios, acuden algunos, lo reconoce el Farmacéutico y baja del coche diciendo:

—Es ya cadáver.

Y los circunstantes atemorizados repiten:

—Es ya cadáver: es ya cadáver. (1)

Mientras esto sucedía en la calle de Serrano, la familia de Aparisi y la de Quereda, estaban formando planes de futura felicidad, cruzándose entre los interlocutores alegres ó inocentes chanzas.

Llaman á Quereda diciéndole que un Caballero le esperaba: subió á su habitacion sin sospechar la menor cosa. Era el Portero que le dijo:

—D. Antonio se ha indispuesto... un pequeño accidente... D. Gabino, que vaya Vd. corriendo.

Así lo hizo hasta que en medio de la calle encontró el coche con la portezuela abierta, y dentro á Tejado que sostenía el cuerpo exánime de su amigo.

---

(1) Puede decirse que profetizó su muerte: su incomparable *Discurso del Sr. Rústico* (que era uno de sus seudónimos), concluye de esta manera:

«Oh Señores que me escuchais por última vez: tiemblo por » vosotros; perdonad si os ofendí: tiemblo por vosotros, ami» gos y hermanos mios... ¡Amigos y hermanos mios, salváos » si podeis! ¡Ay de España! ¡Ay de vosotros! ¡Ay de mí!»

«Al llegar á este punto, palidece el Orador como si la mano » de la muerte le hubiese tocado: *vacila un instante, extiende* » *ambos brazos como en busca de apoyo... y cae desplomado.* Pónense » en pié todos los Diputados, lánzanse algunos á socorrerlo, » yo sobresaltado y trémulo dejo la tribuna, me precipito » por la escalera, diviso en el largo corredor un grupo que » se dirige al salon de la Presidencia.

»Penetro en él y oigo que algunos dicen: *es ya cadáver.* Me » acerco, me inclino, miro, *¡era cadáver!*»

Esa misma fué la muerte del verdadero Rústico, y esa mismas las palabras que en ella se pronunciaron.

J. de P. Quereda.

—¿Qué ha sido esto, qué ha sido esto?

Querada subió al coche, tomóle el pulso... inmóvil: puso la mano sobre aquel noble corazon... no latía: abrióle los ojos... fijos y cristalizados.

Enviaron por los Médicos del barrio; por el de la casa, que vivia en Madrid... por los amigos de Aparisi que fueron llegando succesivamente, y lloraban al rededor del cadáver.

A poco, nuevas tribulaciones: la Justicia que con sus austeros deberes siempre agrava los dolores de las familias, intervino: el Alcalde de barrio, prohibió que el coche se moviese hasta la llegada del Juez, y trascurrieron una, dos horas y el Juez no llegaba y el cadáver permanecia sentado en el coche.

A las diez se constituyó el Tribunal: el Médico forense examinó á Aparisi, confirmando su muerte; se recogieron los efectos que llevaba encima, y una cruz de bronce que sujeta de un cordon pendia de su cuello. Recibiósele declaracion á Tejado, que apénas podia sostenerse, y encargóse al conde de Canga Argüelles, poner en noticia de la familia el tristísimo suceso.

Miéntras el cadáver esperaba en el coche, la reunion seguia plácidamente en casa de Aparisi entretenida en sabrosa plática.

Al entrar el Conde á aquella hora desacostumbrada, todos clavaron en él los ojos.

Componiendo su semblante contestó á su muda interrogacion:

—Pues nada..... venia á decirles á Vds..... que Antonio..... se ha indispuesto algo..... un pequeño accideute..... pero está en casa del Médico Serrano, que ha querido que le trasladasen allí..... y para que Vds. no se asustaran por la tardanza, vengo.....

Sin dejarle concluir se levantaron, la esposa, las hijas, la hermana, y con voz desgarradora gritaron: ¡muerto, muerto, muerto!

Los amigos en tanto discutian sobre la manera de conducir el cadáver á la casa, evitando en lo posible á la familia

aquel dolorosísimo espectáculo. ¡Tal es lo miserable de la condicion humana, que á menudo se recibe como insigne beneficio, lo que antes se consideraba como desgracia intolerable! Aún no habian resuelto, cuando distinguen la camilla del hospital. Un súbito temor les hiela la sangre en las venas. ¿Qué significa aquella camilla? ¿Quién la ha mandado venir? ¿Para qué?

El Juez los saca de dudas: para trasladar el cadáver al Hospital, á fin de reconocerlo formalmente.

Inútiles las súplicas al Juez para que revocase aquel acuerdo.

Pintáronle la angustia de la familia, lo innecesario de aquella medida, la persona de quien se trataba, que tenia casa, que se pondria á su disposicion la del Conde de Parsent, en habitacion aislada; que se pagaría los Agentes y guardas de vista que el Juzgado determinara para evitar que nadie se acercase al cadáver..... Inflexible: al Hospital: todos son iguales.

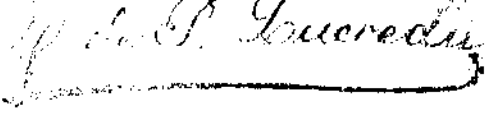
¡Estúpida igualdad!

Orgáz y Vinader volaron á la Presidencia, de allí á la casa del Ministro de Gracia y Justicia, con el objeto de conseguir que el cadáver pudiera depositarse en su casa: prometió el Juez esperar la contestacion; pero á la media hora, no pudiendo detenerse más, reiteró la órden de que fuera llevado al Hospital, aunque permitiendo que se excusase la camilla y se marchó.

Eran las doce: el Alguacil subió en el pescante del coche, D. Francisco de Paula Quereda, D. Ciriaco Villoslada y D. Felipe Canga Argüelles, lo seguian: la noche era desapacible, el piso húmedo; por las calles del barrio apénas de tarde en tarde transitaba alguno, que quizá al cruzar resguardado cuidadosamente del frio, miraría de reojo y envidiándolo diría: ¡qué feliz es el que va en coche!

Llegaron al Hospital: un dependiente salló con un farolillo: á poco el Médico forense y el Escribano, con la órden para que se diese entrada al cadáver, pero aún esperaban todos la del Ministro para trasladarlo á su casa.

La una: Orgáz y Vinader no volvian: oyen á lo léjos el ruido de un carruaje..... después el de otro..... Ahí están con la órden..... El ruido se iba desvaneciendo, ó el coche pasaba



á lo largo, y los tres con el oido atento y palpitándoles el corazon esperaban de nuevo.

Mas el Escribano y el Médico reclamaban la entrada del cadáver en el Hospital: se les habia agotado la paciencia, y con razon: cumplian con un acto de justicia, y la justicia tiene por distintivo la celeridad: los primeros momentos, sabido es, son los más preciosos para el descubrimiento de los crímenes.

El Director del Establecimiento por otra parte, decía: «advierto á Vds. que si entra el cadáver en el Hospital, se »necesitarán nuevas diligencias para la salida.»

En tal angustia, trás larga discusion, pudieron recabar que el reconocimiento se hiciese en la misma berlina: imposible en tal estrechura desnudar un cadáver: bajóselo, y en medio de la calle se procedió al repugnante acto que causaba una extraña mezcla de horror, de lástima y de indignacion, al considerar que aquellos restos que yacian en la húmeda acera, alumbrados por mísera linterna, semi-desnudos y manoseados con la indiferencia que da el oficio, eran los del hombre, respeto de toda España.

Concluyóse el exámen, y satisfechas ciencia y ley, el cuerpo inerte, fué otra vez sentado en el carruaje.

A lo lejos se distingue un coche, y á la luz de los faroles las escarapelas que denuncian su carácter oficial. Pára: es el Gobernador de Madrid, D. Pedro Mata, buscado por Don Emilio Castelar al saber el suceso; D. Pedro Mata, autoridad política y autoridad médica. Enteróse y dió permiso para la traslacion del cadáver; pero advirtiósele de la órden del Juez, y revocólo; que no se creyó autorizado para contrariarla. Enterados de la pretension de Orgáz y Vinader, fuéronse á la casa del Ministro de Gracia y Justicia, para unir á las súplicas de aquellos, su influencia personal; quedando todos llenos de confianza en que obtendrían el deseado permiso.

A las dos y cuarto volvieron Orgáz y Vinader.

—La órden... ¿traen Vds. la órden?

—No traemos nada.

El desaliento fué tan grande, como habia sido la seguridad concebida de obtenerla.

Cortésmente los recibió el Ministro, D. Eugenio Montero de los Rios, y con verdadero interés los habia escuchado,

accediendo á cuanto se le propuso, en lo que no creia que hubiera inconveniente.

Con recado verbal suyo habian ido á ver al Juez, que estaba en Gobernacion, á decirle que S. E. recibiría gran favor en que se complaciese á los Sres. Orgáz y Vinader.

El Juez se negó.

Llamólo el Ministro.

Y éste, y aquellos, y Mata y Castelar; que ya estaban allí; le rogaron encarecidamente que revocase su providencia.

Exigió una órden escrita y firmada por el Ministro.

Era esto pedir un imposible legal; así lo reconocieron todos, y nada pudo adelantarse.

A las dos y media, despues de haber permanecido más de seis horas en el coche, entraba el cadáver de Aparisi en el Hospital; en el Hospital donde habia querido morir.

Por un estrecho corredor marcha un hombre con un farol, que á compás de las oscilaciones que le imprime el movimiento, acorta ó alarga las sombras, ilumina por completo, ó deja en una medrosa penumbra á un cadáver que conducen dos dependientes en una camilla, seguida por un grupo silencioso.

Atraviesan una corraliza, luego un patio, suben una escalera, recorren una galería, cruzan otro corral, y por fin llegan á un edificio que se destaca aislado. Era el depósito particular del Hospital, pedido para el cuerpo de Aparisi, y que desgraciadamente aquella noche no estaba desocupado; otro huésped lo disfrutaba: en el centro, sobre una camilla, habia un cadáver que impedia la entrada: hubo que trasladarlo á un rincon para que cupiese el nuevo compañero. Pequeñísimo era el lugar, y las paredes desnudas; un Crucifijo en el fondo dominaba dolorosamente aquel angustioso cuadro.

En frente se alza otro edificio: por las ventanas se derrama una luz rogiza, llegando revueltas en confuso y discordante maridaje; voces imperativas, quejidos lastimeros, ruidos indefinibles, gritos furiosos y estúpidas carcajadas. Es el departamento de los locos, entregados á los accesos de su salvaje alegría ó de su impotente desesperacion.

Allá á lo lejos respondia al infernal concierto el golpear

de algunos ventanas, y más cerca el ahullido de unos perros, ahullido doloroso y prolongado que hiela el corazon. El viento chocaba con violencia en remolinos contra las negras paredes, azotaba el rostro de los circunstantes, y se rompia despues contra los escombros y la apilada podredumbre que cubria el suelo.

La luna en tanto, vencedora de las tinieblas, se ostentaba purísima en su sereno curso, y las estrellas, sonriendo, fulguraban trémulos destellos al alumbrar la tranquilidad inefable de las celestes regiones, que no turban ¡ay! los dolores de la tierra.

Los amigos de Aparisi, transidos de frio, crispados los nervios con tantas emociones, exhaustas sus fuerzas, quebrantados sus ánimos por el dolor, por el terror creciente, por las cadavéricas emanaciones que les circundaban, apenas podian resistir la pesadumbre de sus cuerpos. Dispuesta la oportuna custodia del cadáver, con triple guardia, encendida una hoguera y proporcionado abrigo, para soportar lo crudo de la estacion, sufrida al descubierto, encomendando á la misericordia divina el alma de su amigo; marcharon á consolar á la familia con el único consuelo posible: la comunion de los dolores y la participacion de las penas.

Indecible era la desolacion que reinaba en la casa: tras un dolor, otro dolor; tras un grito de agonía, otro grito; tras de un accidente, otro más prolongado. Cesaba súbito el lloro, y se levantaba de su asiento la hija y corria á la puerta, y con un alarido desesperado llamaba á su padre, y brotaba de su pecho una carcajada histórica, y caia al suelo con horribles convulsiones.

Allí nos reunimos todas las personas más íntimas. Acordes en lo que habia de hacer cada uno, se retiraron todos á la madrugada, excepto Quereda y yo, encargados de la revision de papeles y busca del testamento.

A la mañana siguiente D. Emilio Castelar y D. Ramon Vinader activaron las diligencias para verificar la traslacion del cadáver á la propia casa: el Juez á quien el de guardia habia remitido el proceso, el Sr. Gomez Acebo, creyó, contra

la opinion de su predecesor, de cuyo nombre no quiero acordarme, que no eran incompatibles los austeros deberes de la justicia con los miramientos debidos á la desgracia, y atento y cortés accedió á la traslacion solicitada.

No se llevó al fin á cabo, porque habiendo de retornarse el cadáver á las pocas horas para proceder á la autópsia, creyóse mejor esperar y llevarlo ya directa y definitivamente al depósito de la Iglesia de San José.

Mientras permaneció el cadáver en el Hospital, difundida ya la noticia de su muerte por la Córte, gran número de personas entraba, se arrodillaba ante el cadáver, le besaban las manos ó los piés y lloraban y rezaban. En la capilla de San José, no creyéndose observado un Título, cuyo antecesor fué la gloria política más encumbrada de los modernos tiempos, y cuyas obras hirieron de muerte la corrupcion del parlamentarismo, entró azorado, se acercó al féretro, besó la mano del difunto, estrechóla fuertemente y sollozando corrió á la Iglesia donde cayó de rodillas ante la imágen de Jesucristo.

Los Sres. Castelar y Sorní tambien lloraron, que mucho lo querian y con cariñosa violencia fueron separados del atahud por los circunstantes.

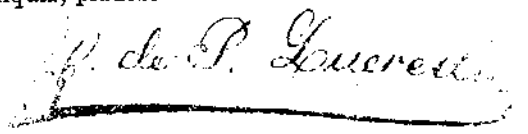
El cochero á quien cupo la suerte desgraciada de conducir el cadáver, pagósele, como era razon, suma proporcionada á la molestia que se le habia causado.

—Amigo, le decia uno de los del oficio, no te quejarás de la noche.

—De corazon te aseguro, replicóle conmovido el cochero, que prefiriera cien veces no haber enganchado hoy.

A las cinco de la tarde del 6 de Noviembre se depositaba en la Capilla de la parroquia de San José y en un modesto atahud, el cadáver de D. Antonio Aparisi con el hábito del Cármen á cuya órden pertenecia. Veláronle aquella noche los que en vida fueron sus amigos. A la madrugada se procedió al embalsamamiento.

Señoras que admiraban al insigne Orador, acudieron á verle por última vez: algunas con mano trémula guardaron como reliquia, piadosos hurtos hechos al cadáver.



A las diez del dia 7 se celebró en San José la misa de cuerpo presente puesto el atahud en tierra. (1)

Concluidos los oficios, un gentío innumerable de todas las clases sociales acompañó los restos del insigne patricio á pié hasta el cementerio de la Sacramental de San Martin. (2) En la Capilla colocóse la caja mortuoria sobre un modesto túmulo y responsaron los tres Obispos, surcando las lágrimas el venerable rostro de alguno de ellos al pronunciar el nombre de *Antonius*.

En su testamento, Aparisi (3), entre otras cosas, disponia que se le dijeran siete misas rezadas de cuerpo presente, si

---

(1) Presidian el duelo los Ilmos. Obispos de la Habana, de Daulia y el de Archis auxiliar de Madrid; los primos del difunto, el Excmo. Sr. D. Fernando Alvarez y D. Emilio Castelar; su cuñado D. Francisco Adell, recien llegado de Valencia, y por encargo de la familia, D. Francisco de Paula Quereda y los Sres. Condes de Orgáz y de Canga Argüelles.

(2) El acompañamiento llenaba toda la calle del Caballero de Gracia; á pesar de que no se habia invitado á nadie. El Clero de San José y Comisiones de todas las parroquias de Madrid, precedian con la Cruz; detrás los Celebrantes; seguian el coche fúnebre de la Sacramental con el féretro, y á continuacion la Presidencia del duelo, y los demás asistentes á los oficios. Cerraban la marcha los coches vacios y entre ellos el de la Presidencia del Congreso enviado por D. Nicolás Rivero.

Entre aquella nunca vista multitud pudimos distinguir además de los que antes hemos enumerado, á los Sres. Nocedal, D. Valentin Gomez, Antuñano, La Hoz, Vildósola, Godró, Cánovas del Castillo, Perier, Sorní, D. José Mur, Don Ricardo y D. Tomás Guijarro, el Conde de Parsent, el Marqués de Bárboles, el Conde del Villar; Campoamor, D. Cárlos Galindo y Alcedo, y otros muchos que ó no recuerdo ó que me eran desconocidos.

(3) Unico que hizo, lo insertamos como muestra de humildad cristiana, y mas aun, como modelo de laconismo: no hay en él una palabra inútil:

«En la Ciudad de Valencia, á 7 de Diciembre de 1858.

» Yo D. Antonio Aparisi y Guijarro, Abogado del Ilustre » Colegio de esta Ciudad, natural y vecino de la misma, ca» sado con Doña María del Cármen Adell y Zanon, y de » cuarenta y dos años de edad, hallándome en completa sa» lud y cabal uso de mis potencias y sentidos y habla expe» dita, como consta á los testigos y certifica el infrascrito Es» cribano, prèvia declaracion de profesar la Religion Católi-

era posible: para cumplirlos, logró que quedase el cadáver en la Iglesia del cementerio en vez de ser trasladado á la

---

» lica, Apostólica Romana, como fiel cristiano, otorgo mi tes-» tamento en la forma siguiente:

» Primero: Mi cadáver será vestido con la peor ropa que » yo tuviese y con escapulario de la Vírgen del Cármen. Se » dirán siete misas rezadas por el descanso de mi alma. Se » venderá toda mi ropa de uso y su valor se distribuirá en li-» mosnas. Esto en cuanto á entierro y bien de mi alma. En-» cargo á mis Albaceas, y nombro por tales á mi hermano » D. Francisco Aparisi, á mi cuñado D. Francisco Adell, y á » mi amigo D. Joaquin Quibus, que hagan cumplir inviola-» blemente esta mi voluntad. Las siete misas, se dirán, si es » posible, estando yo de cuerpo presente, y solo alumbrarán » mi cadáver doce cirios pequeños.

» *Otrosí*: Mi cadáver será depositado en un nicho en el » cementerio, y encargo á mis hijos, si viven en el punto » donde yo esté enterrado, que una vez al año visiten mi se-» pultura, acordándose de que muero deseando que sean » buenos cristianos.

» *Otrosí*: Lego á mi amada esposa Doña Cármen Adell, » el quinto de mis bienes, que disfrutará mientras viva y » conserve mi nombre.

» *Otrosí*: La nombro tutora y curadora de mis hijos, con » relevacion de fianza y asignacion de frutos por alimentos: » si muriese ó cesase en estos cargos, nombro para que los » desempeñen á mi cuñado D. Francisco Adell; faltando este, » á mi amigo D. Joaquin Quibus; y si este falleco tambien á » mi primo D. Juan Antonio Almela, á todos los cuales relevo » de dar fianza.

» *Otrosí*: Quiero que se practique extrajudicialmente el » inventario y division de mis bienes; y encargo que haga » esta division D. Joaquin Quibus y en su defecto D. Francis-» co Quereda y en el de este D. Leon Galindo.

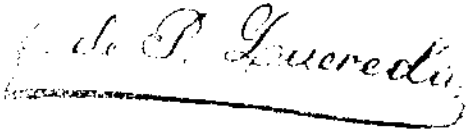
» *Otrosí*: Lego á cada uno de mis amigos, cuyo nombre » se encontrará escrito por mi mano en nota separada, un » ejemplar de mi oda *A Bailen*, escaso don, pero que les re-» cordará mi afecto, rogándoles que, si llega la ocasion, den » buenos consejos y protejan á mis hijos.

» *Otrosí*: Recomiendo estos al amor de mi queridísima ma-» dre y de mis buenos hermanos.

» *Otrosí*: Y á los mismos que son Doña María de la Puri-» ficacion, D. Antonio, Doña Bienvenida y Doña María del » Cármen Aparisi y Adell, les instituyo mis universales he-» rederos por partes iguales, para que cada cual disponga » de la que le pertenezca con la bendicion de Dios y la que » les da su padre que tanto los ama.

» *Otrosí*: Si se encontrase alguna nota escrita de mi puño » en la que yo expresase mi voluntad de que se tenga por » parte de este testamento, se cumplirá lo que en ella se dis-» pusiere.

» Este es mi único testamento, y mi única voluntad.



Capilla del depósito, distincion insólita con que quiso honrarse la memoria del difunto.

Al dia siguiente acudimos de nuevo al cementerio: algunas Señoras se nos habian anticipado. Dichas las misas se llevó el atahud en hombros de sus amigos al nicho de la galeria de Nuestra Señora de la Paz. El que habia adoptado por lema: *io vo gridando pace, pace, pace*, (1) duerme el sueño eterno protegido por la Virgen Santísima de la Paz.

Poco tiempo antes de morir, manifestando Aparisi lo aparejado que estaba, mostrábale, persona á quien mucho queria, temor grande; sino á la muerte, al rigoroso juicio:—«Procede siempre con buena intencion, le contestó Aparisi, no »obres nunca mal deliberadamente... y ten plena confianza »en la misericordia de Dios.»

Y consolando al mismo por la muerte de su padre (2) le escribia: «La resignacion es una necesidad y además una »virtud. Es cuestion de tiempo y quizá de poco tiempo..... »Mudóse de casa y se fué á la de nuestro Padre que está en el »Cielo.»

Aun resuenan en nuestros oidos aquellas sentidas frases escritas por él tres dias antes de morir, al conmemorar el dia de difuntos, pintando la fraternidad universal que establece nuestra divina Religion entre todos los Católicos, vivos y muertos.

«Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias »gran Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus »dias sobre la tierra: postrados sólo en tu presencia, te da»mos gracias..... La muerte es libertad..... Morir para quien »muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las »playas eternas: es dormirse entre los hombres y despertar »entre los Angeles.»

En los momentos en que se confiaba el cadáver de Apari-

»En cuyo testimonio así lo dice y otorga el testador, á »quien doy fé conozco, á presencia de mí el infrascrito Es»cribano de Su Magestad y de los testigos rogados D. Joaquin »Quibus, Abogado del Ilustre Colegio de esta Ciudad; Tomás »Colubi y Roda, empleado en la Secretaría del Gobierno »civil y Vicente Torres y Sever, Maestro carpintero, vecinos »de esta ciudad y firman el testador y los testigos. Antonio »Aparisi y Guijarro.—Joaquin Quibus.—Vicente Torres.—To»más Colubi.—Ante mí: Francisco Ponce.»

(1) Con este título que es un verso del Dante, publicó Aparisi un artículo en el número 8 de *La Concordia*.

(2) D. Francisco Quereda y Ripoll.

si a la tierra de donde habia salido, rezaba la Iglesia en el ofertorio de la Misa: *Justorum anima in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum malitiae. Visi sunt oculi insipientium mori, illi autem sunt in pace.*

Mudóse de casa, y fué á habitar la de nuestro Padre que está en los Cielos: durmióse entre los hombres y despertó con los Angeles: su alma está en los brazos de Dios, y descansa en paz.

No es posible reducir á número los sufragios aplicados por su alma espontáneamente, donde lo conocian y donde no lo conocian, lo mismo en Roma que en Madrid, que en Valencia, que en los pueblecillos más insignificantes (1).

---

(1) Sólo de los que recuerdo, y tengo seguridad de que he olvidado muchos; y que de otros no he tenido noticia, resulta que se han celebrado sufragios por el alma de D. Antonio Aparisi y Guijarro, en los pueblos siguientes:

Almería, Alboraya, Alcoy, Almohadín, Armuña, Altura, Arganda, Alagon, Arahal, Ares del Maestre, Alcollarin, Aravalo, Alcora, Astorga, Auñon, Alba de Tormes, Astudillo, Briviesca, Búrgos, Brozas, Bilgida, Benisa, Barcelona, Baza, Burguillo, Balbases (Los), Cádiz, Consuegra, Cuart de Sagunto, Coria, Canalejas, Castellanos de Moriscos, Cáceres, (á ruego de la Junta católico-monárquica, se celebraron Misas en toda la provincia) Córdoba, Cambados, Celanova, Castrojeriz, Cabanillas de Navarra, Concejo de Tiberga, Calera, Carrion, Castillo de Bayuela, Elda, Elche, Fuente de la Higuera, Fromista, Guadalajara, Giman, Gérica, Granada, Gandía, Guijo de Santa Bárbara, Grañon, Hinojosa, Chercos, Chera, Jerez, Játiva, Jaldero, Lugo, Léon, Lucena, Madrid, Muros, Mas de Barberans, Mijaraluenga, Mogente, Manises, Malva, Murcia, Meijid, Málaga, Montilla de los Caños, Monte Aralar, Náquera, Novelda, Navas de la Asuncion, Oliva, Onil, Puente Genil, Palma de Mallorca, Pau de Rubias, Pastrana, Potes, Pinoso, Pradillo, Palma, Paterna, Priego, Roses, Salamanca, Sevilla, Santander, Soria, Santiago, Santuario de las Hermitas, Sueca, San Salvador de Teis-Santotis, San Vicente, Santa María de Benconraño, Soto de Cameros, San Vicente de Alcántara, Sonsillo, Santa Eulalia de Rivadeneira, Sampayo de Araujo, Talavera de la Reina, Trajinera, Torrecilla, Tarrasa, Trayguera, Tivisa, Torrente, Tabernes de Valldigna, Torre den Gimeno, Timar, Toledo, Valencia, Villanueva de Alcoran, Villorella, Valle de Almes, Vinalesa, Villavieja, Villoruebo de Lara, Villar de Sobrepeña, Villafamés, Villareal, Villanueva, Valle de Camargo, Valverde del Camino, Umbrete.

Extranjero.—Burdeos, Oran, Roma, San Juan de Luz, Dax.

¿De dónde este homenage? Aparisi sin poder y sin riquezas, representó una idea magnánima y salvadora: la union de los Españoles y la restauracion de la Monarquía tradicional, *como medios para defender la divina Religion de nuestros padres*, que ponía sobre todas las cosas. Al sustentador infatigable y elocuente de esta doctrina le ha rendido piadoso tributo el mundo católico.

Sentidísimas cartas escribieron los Prelados españoles. El Arzobispo de Valencia alaba su humildad, por la que todos le admiraban (1). Quizá en ella consistia el secreto de Aparisi para ser querido de todos. Es tan inconmensurable el orgullo humano, que aun en las superioridades incontestables nos place reconocerlas, no que se nos obligue á reconocerlas; nos gusta dar testimonio del mérito, no de que ostentándolo se nos exija el testimonio.

Ensalzóle el Obispo de Badajoz por «sus elevados pensamientos, que giraban en la elevada esfera á donde las humanas miserias no alcanzan, y porque superiores sus sentimientos á las pasiones del hombre, pensaba segun Dios,

---

(1) CARTA DEL ARZOBISPO DE VALENCIA.

«Valencia 8 *de Noviembre de* 1872.

»Mi respetable y querido amigo: Ha fallecido nuestro entrañable y comun amigo D. Antonio Aparisi, y este suceso »me ha afectado muy hondamente. Quisiera consolar á V., y »por su conducto á la afligida y virtuosa viuda y familia; »pero le aseguro á V. que tambien necesito de consuelo. »Quiera V., bondadoso, asegurarlas, bien lo sabe V., que yo »amaba muy cordialmente al Sr. D. Antonio.

»Muy sensible es su pérdida para la Iglesia, para las »ciencias, para las letras y para nuestra España. Católico »ante todo, sábio, literato y erudito sin presuncion la más »pequeña, aparecia ante todos, grande desde el pedestal de »su humildad, en la que todos le admirábamos, y de todos »se hacia amar. *Dilectus Deo, et hominibus*. Hoy todos lloramos »su muerte, y su memoria será muy duradera: *cujus memoria »in benedictione est*.

»Mi queridísima Valencia ha perdido ese distinguido hijo »que tanto la enaltecía, y es muy justo que yo me una á su »afligida familia, y á V., para tributar á D. Antonio la últi»ma, pero más eficaz prueba del amor, que son las oraciones »y sufragios.

»A Dios, mi buen amigo; sabe V. que es su afectísimo, »que le bendice cariñoso,

»MARIANO, Arzobispo de Valencia.»

»queria segun Dios, procurando en todo la mayor gloria de »Dios y el bien de sus hermanos (1).» ¿Qué mayor elogio?

---

(1) Hé aquí las notables y sentidas palabras que el señor Obispo de Badajoz dedicó á su memoria en una carta que dirigió á uno de sus respetuosos amigos:

«Permítame V. le exprese mi pesar por la sensible prema»tura pérdida del hombre extraordinario que Dios ha llama»do á Sí, arrebatándole instantáneamente de nuestro lado; ya »comprenderá que me refiero al inolvidable Sr. Aparisi.

»Solo una vez tuve el gusto de saludarle, y ésta en leja»nas tierras; sin embargo, entre los rasgos de una modestia »no comun, dejábase ver allí el brillo del sábio, virtuoso se»gun el espíritu de Dios. Como sus pensamientos giraban en »la elevada esfera á donde las humanas miserias no alcan»zan, y superiores sus sentimientos á las pasiones del hom»bre, pensaba segun Dios, queria segun Dios, procurando en »todo la mayor gloria de Dios y el bien de sus hermanos; hé »aquí por qué á todos habló el lenguaje de la verdad, por su »clara inteligencia contemplada, y su corazon bueno, solo »sintió los movimientos del amor: allí no habia hiel; por eso »jamás experimentó los innobles síntomas del ódio ni del »rencor; por eso fué amado y respetado de todos; por eso »tenemos fundados motivos para asegurar que Dios le tiene »en su soberana presencia, desde donde no deja de tomar »grande interés en beneficio de la Religion que profesó, de la »patria que defendió y de la familia á quien amó.

»No lo dude V., amigo mio; considérole como uno de los »hombres extraordinarios enviados por Dios en nuestros dias »á fin de que los ciegos vean, los sordos oigan y la sociedad »no perezca en el funesto camino de perdicion que ha em»prendido. A la manera que en los primitivos tiempos no »faltaron Videntes al pueblo escogido, cariñosos ecos de la »misericordia del Señor; como hiciéralo así comprender me»diante un Isaías, Jeremías y otros; del propio modo parece »que nuestra sociedad ha tenido tambien sus Videntes, re»presentados en un Balmes, un Donoso Cortés y un Aparisi. »Fijémonos bien. ¿Qué nos ocurre hoy? Lo que aquellos va»rones eminentes habian predicho: sus discursos, sus senten»cias, sus libros, ¿qué son? Los principales pasajes de nues»tra reciente historia. ¡Oh! No quisimos escucharlos; fueron »reputados como visionarios; despreciamos como anti-patrió»ticos así su lenguaje como su doctrina, á la manera que en »su tiempo ocurria á Jeremías, y hé aquí que hoy tememos lo »mismo que á aquel desdichado pueblo sucediera cuando di»ce: *Domum regis et domum vulgi succumberunt Chaldæi igni, et do»mum Jerusalem subverterunt*, 39, 8.

»Aun cuando no tengo la honra de conocer á esa pacien»te familia, como V. sabe; sírvase V., sin embargo, hacerla »presente el pesar que oprime á un Sacerdote extremeño por »pérdida tan sensible á todos, pero que entre tanto eleva sú»plicas al Altísimo, á fin de que derrame el bálsamo de la

M. de P. Lucero

Del don de consejo, que en nuestra opinion era el que más resplandecia en Aparisi, da testimonio el Obispo de Jaen (1), y este y el de Badajoz de la admirable claridad con que preveia los sucesos futuros. Los que le han creido poeta más bien que hombre práctico, se desengañarán dolorosamente cuando los acontecimientos que vienen, que están vi-

---

» conformidad sobre la triste viuda y huérfanos de tan ilus-» tre personaje, y la gracia necesaria para que todos escuche-» mos la voz de Dios en medio de los pavorosos sucesos que » nos oprimen. ¡El Señor nos atienda en su bondad soberana!

» EL OBISPO DE BADAJOZ.»

(1) «Sr. Director de *La Regeneracion*.

» Muy señor mio: Añadir elogios á elogios, tratándose de » nuestro queridísimo amigo el Sr. D. Antonio Aparisi y » Guijarro (q. e. p. d.), más bien es obra del afecto que de la » necesidad. ¿Quién no conocia sus dotes de carácter, de ama-» bilidad y de templanza en juicio seguro? Era hombre de » alta penetracion. Sus previsiones rayaban en lo profético, y » todo lo barnizaba de una melancolía dulcísima que dejaba » traslucir sus delicados presentimientos.

» Sabia insinuarse y callar. Entiendo que enseñaba con » mayor provecho cuando mirando de frente hacia un paréntesis ó declinaba el asunto, que al tomarle en cuenta para » darle solucion.

» Conversando con él en Roma sobre negocios graves, algunos de ellos que tenian relacion con su persona, le encontró asido á la razon y aun á la general conveniencia, de » modo que se olvidaba de sí propio.

» ¡Varon prudente y sagaz consejero! Sonreia con el candor de un niño, dejando caer palabras sentenciosas encendidas en amor á los hombres, sin ocultar sus propios dictámenes; y si bien es verdad que no trataba de imponerlos, » sostenia con dignidad la razon en que apoyaba sus consejos.

» Dios le habrá premiado ya tanto bien como hizo á las » buenas causas de la Religion y de la Patria. Gran crédito » era para una empresa tener por adicto al Sr. Aparisi y Guijarro. Su desolada familia llora, como todos lloramos, pérdida tan costosa.

» Mas en buen sentido, hay lágrimas que acompañadas de » glorioso recuerdo, compensan amargos dolores.

» Hemos hecho sufragios por el alma del finado. El luto » es general. Séanlo tambien la oracion y la plegaria, tributo » de la piedad cristiana rendido á los que vivieron y trabajaron con esperanza de gozar dichas eternas.

» JAEN 21 *de Noviembre de* 1872.

»EL OBISPO DE JAEN.»

niendo, que ya casi tocamos con la mano, nos hagan juzgar suaves y tranquilos y felices para España los tiempos presentes. Para algunos era Aparisi, Casandra prediciendo siempre males; pero ¡ay! Casandra acertó y como Casandra, acertó Aparisi.

Gran consuelo para su familia, para sus amigos, para todos los católicos encierra la carta del Obispo de Avila (1), que entrañablemente lo amaba. Cuantas veces, hom-

---

(1) «Ávila 8 *de Noviembre de* 1872.

»Mi estimado amigo: Contemplo á V. quebrantado por »el dolor; yo lo estoy tambien. La inesperada noticia del fa»llecimiento de nuestro comun amigo Aparisi, recibida ayer, »me ha impresionado más profunda y dolorosamente de lo que »yo podia creer. Parécome que le amaba mucho, pero no »creia que le amaba tanto. He necesitado llorar, y he llorado »gracias á Dios; si es debilidad, yo no lo sé; pero he llorado, »aunque creo, no como aquellos de quienes dice el Apóstol: »*qui spem non habent*. Lloré, oré y apliqué por el alma preciosa »y querida del difunto el sacrosanto sacrificio del altar, apli»cándole la indulgencia plenaria que por concesion de la »Santa Sede podia aplicarle. Sirva esto á V. de consuelo y á »la virtuosa familia del finado.

»Circunstancias que no son del caso, me habian puesto »hace ya años en cariñosa relacion con el que yo no titubeo »en llamar «grande hombre,» y cuanto mas le he tratado, »mas le he amado, admirando el conjunto de sus preciosas cua»lidades. Era uno de esos hombres que solo se forman en el se»no de la Iglesia católica, grandes, admirables á la vista de »todos, y sólo pequeños é insignificantes á sus propios ojos. »¿No es verdad, amigo mio, que una de las cualidades que le »hacian mas admirable, entre las muchas que en él admirá»bamos, era su humildad, su candor como de párvulo, que »hacia resaltar más y más la energía y elevacion de su ca»rácter y el vuelo remontado de sus concepciones? Acaso en »esto consiste el secreto de ese amor universal que, sin él »pretenderlo, llegó á granjearse de los hombres de todas opi»niones en una época que tan poco se presta por sus condi»ciones á las espansiones del amor desinteresado. Acaso »haya tenido émulos, pero no creo que haya tenido enemigos, »mientras que seria difícil reducir á número sus apasio»nados.

»En la edad en que se hallaba (entre los 50 ó 60 años se»gun creo) grandes servicios parecia poder esperar de él la »Santa Madre Iglesia, á la que con ardiente amor y decision »inquebrantable consagraba su vida y superiores talentos. »Dios, sin embargo, cuyos juicios se sobreponen inmensa»mente á los juicios de los hijos de los hombres, ha llamado á »sí al ilustre y denodado atleta, dejándonos sin su poderoso »auxilio en medio de los rigores del combate...

bres de poca fe, queriendo sondear los insondables designios de la Providencia, nos ocurre inquirir allá dentro de nuestro corazon la causa de ciertos sucesos, y como dudando de la sabiduría de Dios, preguntamos: ¿por qué mueren las

---

»No, no he dicho bien: he usado del lenguaje ordinario: »pues, ¿por qué no hemos de creer que desde la region de »la luz y del amor nos auxiliará en las santas batallas de la »fé, el que de la fé vivió, el que fé y amor á la Iglesia respira»ba siempre en medio de esta atmósfera fria de descreimiento »y de egoismo?

»La muerte que le arrebató de nuestra vista, ha dejado li»bre su espíritu inmortal. «Morir para quien muere en Jesu»cristo, escribia pocos dias há nuestro llorado amigo, es sal»tar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse »entre los hombres y despertar entre los Angeles.» Esperemos, »pues, que purificada su alma de las imperfecciones y man»chas que en su paso por este mundo haya podido contraer, »á lo cual ayudarán en gran manera las muchas oraciones y »sacrificios de sus numerosos amigos, no nos olvidará ante »el trono del Omnipotente. La Iglesia, cuyas doctrinas y de»rechos con tanto ardor defendió; la patria, cuyos quebrantos »tan triste y sinceramente lloró; su familia, sus amigos... na»da de esto olvidará.

»Por otra parte, amigo mio, ¿quién sabe? Quizá la pala»bra de nuestro amigo, siempre llena de persuasiva energía, »siempre bella, no pocas veces sublime, y á veces como inspi»rada, quizá encuentre más eco ahora que ántes, quizá haga »mas fruto muerto Aparisi que viviendo Aparisi. Creo que »Vd. me comprende. Con igual reflexion recuerdo que procu»raba consolarme á mí mismo en el dolor profundo que »sentí en la muerte del insigne Balmes. Ni sé si esto será una »de esas ilusiones con que, sin advertirlo, procuramos aliviar »las grandes pesadumbres. *De todos modos, creo que convendria »hacer una edicion completa de todas las obras de nuestro querido »amigo.*

»Me he alargado demasiado, deseando consolarme y con»solar á V. en lo posible. Pasados los primeros y mas angus»tiosos momentos, quizá sea para V. tolerable la lectura de »esta carta; y si hoy no, podrá serlo otro dia. Cuando yo es»cribo á los amigos, suelo recordar lo que muy jóven leí, me »parece en Ciceron: *Summi amoris est negare veniam brevibus epis»tolis amicorum.*

»Con ser tan amigo del finado, no conozco personalmente »á su familia. Sé que es muy religiosa, y á las de esta clase »hay mas y mejores recursos para consolarlas. Ruego á V. me »haga el obsequio de añadir mi nombre al de los muchos que »participan de su justo dolor.

»Y V., mi querido y buen amigo, aquí me tiene siempre »deseoso de complacerle, y de ser S. S. S. Q. B. S. M.

»EL OBISPO DE ÁVILA.»

lumbreras del mundo prematuramente, cuando muchos inútiles vegetan sobre la haz de la tierra largos años? ¿Por qué se apagan en el cenít de su vida los soles de la inteligencia Donoso, Balmes, Aparisi, cuando sus luces parecian más necesarias; cuando la obscuridad y el cáos, en álas del aquilon, se acercan y amenazan cubrir con su sombra la redondez del universo?

Quizá las palabras sublimes y enérgicas de los que pasaron encuentren más eco ahora que antes: «quizá produzca más »fruto Aparisi muerto, que Aparisi viviendo.» Un puñado de grano sirve de escaso alimento, mas se confia á la tierra y muere y al corto tiempo brota, y crece, y llena los campos con abundantes espigas ó hinche los graneros y mantiene familia numerosa.

La prensa, sin distincion de opiniones, ¡admirable cosa en tiempos de tanta division y de tantos ódios! hizo justicia cumplida á la memoria de Aparisi (1). *La Regeneracion*, cuyas

---

(1) En el extranjero dedicaron un recuerdo á la memoria de Aparisi: *La Voce de la Verità*, de Roma, *La Correspondencia*, de Ginebra, *L' Univers*, de París y *La Naçao*, de Lisboa. En Madrid decian los periódicos:

«Hemos sabido con profunda pena el fallecimiento del se»ñor D. Antonio Aparisi y Guijarro, uno de nuestros más »distinguidos Abogados, uno de nuestros más ilustres escri»tores, y lo que quizá vale más que todo esto, uno de nues»tros más grandes caractéres. Donde quiera que podamos ad»mirar condiciones relevantes de capacidad, de instruccion y »de carácter, prescindiendo de la diversidad de opiniones po»líticas; nosotros sentimos la pérdida de los hombres eminen»tes de la índole del Sr. Aparisi, como si fuese de nuestro »propio partido.»—*Imparcial.*

«Con el más profundo sentimiento tenemos que anunciar »la muerte repentina del eminente jurisconsulto y hombre »público distinguido Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro..... »Las diferencias políticas que nos separaban del Sr. Aparisi, »jamás nos hicieron desconocer las prendas de carácter que »adornaban su acrisolada honradez y su consecuencia políti»ca dentro de la causa que abrazó con fé y de la que sólo re»cibiera amargos desengaños. El partido carlista pierde con »el Sr. Aparisi, cuya alma Dios habrá recibido en su seno, »una de las más poderosas inteligencias.»—*El Tiempo.*

«Aunque adversarios del Sr. Aparisi, sentimos la pérdida »del notabilísimo orador y eminente jurisconsulto.»—*El Diario Español.*

J. de P. Guerrero

columnas honró desde su venida á Madrid, y á la que dedicó sus últimos trabajos políticos, orló de luto el número por

---

«Anteanoche á las once falleció repentinamente en un co»che de plaza el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro..... uno de »nuestros más distinguidos abogados, uno de nuestros más »ilustres escritores, y lo que vale más que todo esto, uno de »nuestros más grandes caractéres.»—*La Política.*

«No tenemos que hacer elogio de las prendas de tan hon»rado caballero, porque eran conocidas de todos. La causa »carlista pierde uno de sus mejores ornamentos, y tambien »uno de los pocos que no rendían culto á las opiniones exage»radas, y que siempre aconsejó á sus amigos con lealtad y »patriotismo.»—*La Epoca.*

«Poseidos del más profundo dolor, anunciamos á nuestros »lectores la pérdida del elocuente orador, del escritor distin»guidísimo, del hombre insigne por tantos títulos, y tan uni»versalmente apreciado por sus relevantes cualidades... todo »el mundo conocia al Sr. Aparisi y Guijarro: todos hacian á »su mérito la indisputable, la justicia que le era debida; y no há »menester de nuestros elogios, aquel cuyo nombre corria de »boca en boca con aplauso de cuantos lo pronunciaban, y »cuya dulzura de carácter y bondad de corazon le aseguraban »las simpatías de todos.»—*El Eco de España.*

«Con verdadero sentimiento anunciamos la muerte del »distinguido orador y hombre político D. Antonio Aparisi y »Guijarro, cuyo triste suceso ha causado profunda sensacion »en los hombres de todos los partidos, que admiraban como »debian el talento, la honradez y las virtudes de tan respeta»ble persona.»—*El Puente de Alcolea.*

«Tres dias hace que un escritor insigne, un hombre para »cuyo elogio baste decir que en este tiempo en que todo pare»ce caido no habia tacha que poner á su honradez ni á su ta»lento, conmemoraba en el periódico *La Regeneracion* la fúne»bre festividad de los difuntos... El amigo cariñoso, el padre »amantísimo, el ciudadano honrado y probo, ha muerto en »brazos de uno de sus más queridos amigos, sin los consuelos »de la Religion que tanto amaba, y los auxilios de su familia »que eran su encanto sobre la tierra. Pocas glorias puede »ostentar el partido carlista; pero no hay duda que la más »legítima, la más pura, la más inmarcesible de ellas, es el »haber contado en su seno al peregrino ingénio, al escritor »inimitable, al ilustrado jurisconsulto que con su palabra »enalteció el foro y la tribuna española, y con sus armonio»sos cantos honró el Parnaso de nuestro país. España entera »sin distincion de colores políticos, tributará un recuerdo de »cariño y admiracion al virtuoso y elocuente político, que en »medio de la perversion de todas las ideas y sentimientos supo »conservar la consecuencia de sus doctrinas y la fé inmacu»lada en sus ideas religiosas..... Aparisi y Guijarro es una »gloria nacional: el autor de la *Oda á la batalla de Bailen* y *A*

tres dias, abriendo una seccion especial para reproducir cuanto se escribiera con motivo de la muerte del ilustre patricio, como debido *Tributo á la virtud y al saber*.

»*la guerra de Africa*, no pertenece á partido alguno: su gloria »es la de la Nacion entera.»—*La Nacion*.

«Adversarios políticos hemos sido del Sr. Aparisi; si hoy »viviera seguiríamos siéndolo; pero sin desconocer que á sus »no comunes dotes de eminente jurisconsulto unía la cir»cunstancia de ser uno de nuestros primeros oradores parla»mentarios y un gran carácter. Páginas de gloria ha dado al »foro y á la tribuna política el Sr. Aparisi, al propio tiempo »que realzaba la literatura patria con la correccion y elegan»cia de su bien cortada pluma. Nosotros, pues, al despedirle »de esta sociedad, testigo de sus virtudes, acompañamos en »su justo dolor á su respetable familia y al partido carlista »que tenia la satisfaccion de contarle entre sus filas, y de re»cibir sus consejos. Sea la tierra ligera á aquel en cuya »muerte reconocen amigos y adversarios una irreparable pér»dida.»—*La Iberia*.

«Enemigos francos y declarados de las ideas que en po» lítica sustentaba el ilustre finado, no nos ciega la pasion » hasta el extremo de negar el justo tributo que el talento y » virtudes que adornaban al Sr. Aparisi, merece.»—*La Tribuna*.

«Era el Sr. Aparisi y Guijarro uno de los hombres que » más han honrado el foro, la tribuna y las letras de nues» tra patria, y nosotros olvidamos hoy al adversario político » para expresar nuestro dolor por la muerte de escritor tan » insigne como orador elocuente y notable jurisconsulto.»—*La Discusion*.

« Tres dias hace que un escritor insigne, un hombre para » cuyo elogio basta decir que en estos tiempos, en que todo » parece caido, no habia tacha que poner ni á su honradez » ni á su talento, conmemoraba en el periódico *La Regenera»cion* la fúnebre festividad de los difuntos.

. . . . . .

» Murió anoche en los brazos de un amigo, sin los auxi» lios de la Religion ni los auxilios de su familia.

» Honroso ha de ser para el gran partido carlista ver aso» ciados á su dolor las letras, que han perdido un ingénio » peregrino y una pluma inimitable; el foro, donde tanto » brilló Aparisi; la tribuna, que él enalteció con su palabra; » la España toda, á quien, no obstante su extravío político, » ofreció el ejemplo de una virtud inmaculada, una conse» cuencia inquebrantable y un carácter entero.»—*El Universal*.

«Segun leemos en un diario de la mañana, ha fallecido » el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro, uno de los hombres » que honraban á España por su saber y por la dignidad de

M. de P. Lucrecia

El golpe recibido en Madrid se esparció en las provincias: los periódicos de todas ellas, carlistas, conservadores, radicales y republicanos proclamaron unísonos las alabanzas del que acababa de morir (1). Las Asociaciones católicas y literarias celebraron sesiones especiales para conmemorar y

---

» su carácter. Al acompañar en su dolor á su desconsolada » familia, no podemos menos de rendir un tributo de consi- » deracion al hombre que tuvo el aprecio de cuantos le cono- » cieron, aún de sus adversarios políticos.»—*El Eco del Progreso.*

«Anteanoche á las once falleció repentinamente en un co- » che de plaza, D. Antonio Aparisi y Guijarro, distinguido » Abogado, ilustre escritor y orador eminente, que inspira » el respeto que merecen siempre los hombres que se dedican » con constancia y fé al servicio de una causa.»

«El partido carlista ha perdido con esta muerte uno de » sus hombres más notables.»

Y en otro lugar escribe un artículo que empieza así:

«Un grande orador tradicionalista, Aparisi y Guijarro, » cuya repentina muerte lamentan hoy cuantos, sin tener en » cuenta las diferencias políticas, rinden tributo al talento y » á la virtud, repetia constantemente en el Congreso en las » postrimerías de la disnastía borbónica: «esto se va.»—*La Igualdad.*

El Cascabel y *Cosas del Año*, le dedicaron un recuerdo, y en *La Ilustracion Española y Americana*, se publicó la sentida biografía escrita por D. Emilio Castelar, de que ya dimos cuenta.

Esto dijeron de Aparisi sus adversarios: inútil es que encarezcamos los dolorosos artículos que estamparon en sus columnas, *La Esperanza*, *La Regeneracion*, *El Pensamiento Español*, *La Reconquista*, *La Verdad*, *El Trueno Gordo*, *El Apagador*, *La Pitita*, *El Papelito*, *La Cruz* y *La Defensa de la Sociedad*; periódicos tradicionalistas.

(1) Tengo noticia, y naturalmente, la tengo de muy pocos, de haber escrito sentidamente por la muerte de Aparisi, los periódicos:

Las Provincias, *El Católico*, *El Boletin del Colegio de Notarios*, *el de la Asociacion de Católicos*, *La Organizacion Federal*, *El Diario Mercantil* y *El Ateneo*, de Valencia.—*El Hermitaño*.—*El Noticiero*, de Múrcia.—*La Juventud Católica*, de la Habana.—*El Observador*, de Almería.—*La Verdad*, de Puerto-Rico.—*El Parte*, de Alcoy.—*La Atalaya*, de Ciudad-Real.—*El Porvenir*, de Córdoba.—*El Euscalduna* y *El Irurac-bat*, de Bilbao.—*El Diario* y *El Porvenir Republicano*, de Málaga.—*La Monarquía Tradicional*, de Cádiz.—*El Oriente*, de Sevilla.—*La Paz*, de Lugo.—*Las Veladas*, de Leon.—El *Diario*, *La Conviccion*, *El Zuavo del Papa* y *La Lealtad*, de Barcelona.—*La Unidad*, de Oviedo.—*La Honda Carlista*, de Palma de Mallorca.

glorificar la muerte de Aparisi (1). España vistió de luto: duelo fué universal.

Y el luto de España y el duelo de todos sus hijos resonó dolorosamente en el corazon de D. Cárlos, en cuyo servicio habia Aparisi sacrificado bienes, salud y quizá la vida. Don Cárlos honrándolo y honrándose á sí mismo, escribió á la viuda y al hijo único, recien llegado de Francia, estas afectuosísimas palabras:

«A LA VIUDA DE APARISI Y GUIJARRO.

»Con dolor profundo y amargura indecible tuve ayer noticia del fallecimiento de tu marido.

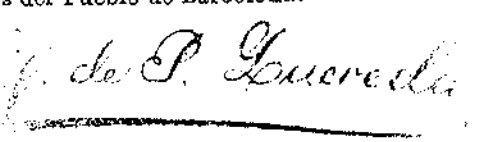
»Tan buen esposo como buen servidor de la santa causa, deja con su muerte un vacío inmenso en tu corazon y en el mio.

»Antes que el Rey haya podido premiar sus excelentes y extraordinarios servicios, antes que la Patria haya recogido el fruto de sus importantes trabajos, Dios le ha llamado á su seno. La muerte nos lo ha arrebatado, privándonos de su colosal inteligencia y de su corazon admirable. ¡Hay pérdidas que no se reparan jamás!

»Pero no hablemos de pérdidas en este mundo los que creemos en un mundo mejor. Somos ante todo cristianos, y debemos acatar los designios de la adorable Providencia de Dios.

»Digna esposa del adalid católico, que con inimitable elocuencia defendió siempre los intereses de su Dios y de su Iglesia, hallarás en la Religion santa, tesoros de inagotable consuelo que mitiguen tu amargo dolor. Pero si en estos terribles momentos puede tu justa pena soportar algun lenitivo, te diré que mi buen amigo D. Antonio Aparisi y Guijarro vivirá siempre en mi memoria y en la memoria de mis hijos, y procuraré hacer que nunca muera en la memoria de los Españoles.

(1) Entre otras Corporaciones celebraron sesiones extraordinarias la Real Academia de la Lengua, el Ateneo de Valencia, las Juventudes Católicas de Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Toledo, Salamanca, Granada, Murcia, Lugo, Lérida, Ibros, Leon, y la Habana, y la Sociedad Católica de Amigos del Pueblo de Barcelona.



»¡Dios te guarde y te consuele, segun los deseos de tu »afectísimo,

»CÁRLOS.

»9 *de Noviembre de* 1872.

»Mi querido Aparisi: Te escribo bajo una impresion dolo»rosísima. Ayer supe el fallecimiento de tu buen padre.

»Era mi amigo, y amigo muy querido.

»Era fiel servidor de mi causa.

»Era el tipo de la honradez y de la lealtad.

»¡Qué triste es decir que *era!*

»Sé que con estas palabras renuevo tu dolor; pero es una »necesidad de mi corazon hablarte del amado difunto, y »participar de toda tu pena; de lo más acerbo de tu justo »dolor.

»Debemos pensar que Dios ha premiado los méritos de tu »padre; y este pensamiento ofrece consuelos muy grandes »para el corazon cristiano.

»La memoria de tu padre será por todos bendecida en Es»paña y en el extranjero, y tu más cumplido elogio podrá »encerrarse en esta fórmula: «hé ahí un digno hijo de Don »Antonio Aparisi y Guijarro.»

»Espera tener la satisfaccion de poderlo decir en España, »apretando con efusion tu mano,

»Tu afectísimo,

»CÁRLOS.

»9 *de Noviembre de* 1872.»

¡Ah! consuelo fué para la familia de Aparisi, esta prueba de reconocimiento, virtud no muy comun en los Príncipes dispuestos siempre á considerar los servicios prestados, como tributo debido, que harto pagan, con aceptarlos benignamente.

Muchas fueron las cartas particulares de pésame: entre ellas no pude leer sin lágrimas la de un artesano, que sin conocer á Aparisi mas que de nombre, escribia á la familia atribulada:

«Yo habia oido algunas veces, hablando del Sr. Aparisi, »que vivia pobremente; y sufria por no tener fortuna para »volar á Madrid y ofrecerle cuanto tuviera; pero ¿qué podria »ofrecer un artesano como yo? Nada, absolutamente nada, »mas que corazon, puramente corazon: *hoy, si soy rico, muy »rico; porque le ofrezco á nuestro buen Jesús, por su eterno descanso,*

» *mis plegarias, que valen más que todos los millones; hoy, si soy* » *muy rico; porque puedo ofrecer una Confesion y una Comunion* » *por el sufragio de su alma.*»

Podrá haber en cuanto se ha dicho de Aparisi algo más elocuente en la forma que la carta del artesano; pero más alto pensamiento, no lo conozco.

Tambien Valencia quiso cumplir el más ardiente deseo de Aparisi: que en su amado suelo descansasen sus cenizas. (1) Reuniéronse en el Palacio Arzobispal respetabilísimas personas, representantes de todos los partidos y de todas las clases sociales y convinieron en dirigirse á la familia pidiéndole permiso para la realizacion del general deseo de trasladar el cadáver del ilustre patricio, levantándole un sepulcro

---

(1) ¿Nací en tí? *Pues morir quiero*
Do mi madre desvelada
Suspirando dulces cantos
Me adormia y me encantaba.
¿Nací en tí? Pues triste anciano
Iré con trémula planta
A los dulces sitios donde
Niño, con niños jugaba.
. . . . . .
Mis temores, mis deseos
(Sábelo, Dios que ve el alma)
Son que nadie me aborrezca,
Pues mi pecho á todos ama;
. . . . . .
Morir cuando quiera el Cielo;
Mas descansar do descansan
Las cenizas de mis padres,
Junto á mi Delia adorada.

(Romance inédito.)

En la composicion que titula *la Despedida*, página 207 de la coleccion, despues de manifestar sus pesares á Delia, exclama:

¡Delia, mi dulce Delia, noche y dia
Llorando estoy, llorando sin consuelo!
¡Y he de morir en apartado suelo!
¡Muriera yo, más en la pátria mia!
Pideselo tú al Cielo.

que guardase sus restos y atestiguase á las generaciones venideras, el cariño que le profesaban sus conciudadanos. (1)

---

(1) La hermosa Valencia, como llamaba Aparisi á la ciudad que le vió nacer, dió un brillante testimonio de aprecio á la memoria de su malogrado hijo y amigo nuestro queridísimo.

Es muy notable, y parece casi providencial: Aparisi que predicó la union toda su vida y escribia contínuamente «sin »la union de muchos, no hay salvacion para España,» ve realizado en parte su deseo desde el sepulcro, y todos sin distincion de clases ni colores políticos se arrodillan alrededor de su tumba.

Hé aquí lo que decia el periódico de Valencia *Las Provincias* en su número del 26 de Noviembre de 1872:

«Ayer se verificó en el Palacio Arzobispal, y bajo la pre»sidencia del Excmo. ó Ilmo. Prelado de la diócesis, una »reunion, que si bien era triste por su objeto, ofrecia el con»solador espectáculo de ver unidas á muchas personas res»petables de distinta significacion, para prestar un último »tributo de simpatía y admiracion á un hijo ilustre de Va»lencia.

»A la hora designada se hallaban reunidos el Sr. Carca»villa, Dean del Cabildo eclesiástico; el Sr. Perez Pujol, que »además de figurar entre los iniciadores del proyecto, repre»sentaba como Rector á la Universidad; el Sr. Boix, Direc»tor del Instituto; el Sr. Gomez Salazar, Rector del Semina»rio; el Sr. Lassala y Palomares, Presidente de la sociedad »de Agricultura; el Sr. Gomez, representando la Academia »de Medicina y Cirujía, el Sr. Dorda, Vicepresidente de la »Academia de San Cárlos; el Sr. Pesset, del Instituto Médi»co Valenciano; el Sr. Cirujeda, Decano del colegio de Abo»gados; el Sr. Assenjo, Director de la escuela de Bellas Ar»tes; el Sr. Aguilar, Secretario de la sociedad de Amigos del »País; el Sr. Nuñez, Vicepresidente de la Juventud Católica: »el Sr. Serrano y Cañete, Director del Ateneo; el Sr. Errando, »de la Asociacion de Católicos; el Sr. Domenech, Presidente »de la junta de Artesanos; el Sr. Font de Mora, por la redac»cion de *El Católico*; el Sr. Miquel, por la de *La Organizacion* »*Federal*; el Sr. Jimenez, por la de *El Mercantil Valenciano*, y »el Sr. Llorente (D. Teodoro), por la de *Las Provincias*. El Rec»tor de las Escuelas Pias, que no pudo asistir, manifestó su »aquiescencia al pensamiento.

»El Sr. Arzobispo, con la dulce amabilidad que le caracteriza, anunció el objeto que habia congregado á su palacio »á los asistentes á la reunion, usando despues de la palabra »el Sr. Perez Pujol, para explanar la idea que encerraba la »convocatoria, dirigida á realizar, como dijimos, el general »deseo de traer á Valencia los restos del Sr. Aparisi y Gui»jarro, para que descansen en la tierra donde nacieron, y »que tanto amó su corazon.

»Aceptado con entusiasmo el pensamiento por la reu-

En ejecucion de su acuerdo la Comision dirigió á la viuda de Aparisi una sencilla y sentida carta poniéndolo en su noticia y solicitando el permiso para la traslacion del cadáver á Valencia, á lo que aquella aceptando, contestó agradecida. (1)

»nion en masa, se convino en dirigirse á la familia del Señor »Aparisi y Guijarro, pidiéndole permiso para trasladar su »cadáver á nuestra ciudad, y verificar esto por medio de »una pública suscripcion, levantándole Valencia entera un »sepulcro que guarde sus restos y demuestre el cariño que »le profesaban sus paisanos.

»Para ello constituyéronse los allí reunidos en junta para »realizar el pensamiento, nombrando Presidente al Señor »Arzobispo y Secretario á D. Vicente Boix, y dividiéndose »en dos secciones organizadas en esta forma: una para pro»mover y realizar la suscripcion pública que ha de propor»cionar los fondos necesarios, compuesta del Sr. Lassala, »Presidente; los Sres. Oloriz, Miquel, Errando y Roncal, Vo»cales; y el Sr. Llorente y Olivares Secretario. La otra co»mision, encargada de la construccion del sepulcro, la com»ponen el Sr. Dorda, como Presidente; los Vocales, Sres. Reig »y García, Perez Pujol, Asenjo, Bretons, y como Secretario »el Sr. Serrano y Cañete.

»Las personas de encontradas ideas que con este honroso »fin se reunieron y con igual entusiasmo aceptaron el pen»samiento, son una garantía de que no preside en él mira »alguna política ni otro propósito que el de honrar á un es»clarecido patricio que ilustró á su patria.

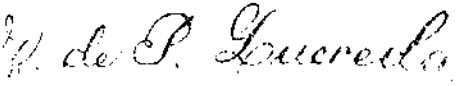
»Seguro es, pues, que todas las clases y todas las perso»nas coadyuvarán á realizarlo, y que al ver la tumba del »Sr. Aparisi y Guijarro no podrá decirse que la labró otra »mano que la de su patria, Valencia.»

(1) *«Señora doña Cármen Adell, viuda de Aparisi.*

»MADRID.

»Respetable señora: Al recibirse en Valencia la infausta »noticia del sentido fallecimiento de su ilustre esposo, que »privaba á su desconsolada familia de un padre solícito y »cariñoso y á la patria de un sábio y distinguido hijo, Va»lencia se apresuró á acudir á Dios, rogando desde el fondo »del corazon por el eterno descanso de aquella alma elevada »y virtuosa. Valencia entera se asoció á esta demostracion »religiosa tan digna de su piedad, como de la consideracion »que debia á uno de sus más preclaros hijos.

»Cumplido el primero de sus deberes, ha surgido espon»táneamente el pensamiento de perpetuar la memoria del »finado, erigiendo en honra suya un monumento que levan»tado en nuestro Campo Santo, encierre los restos mortales »del Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro. A este pensamiento



Para que la gloria y el mérito de la obra fuese de todos, determinóse que el sepulcro que habia de levantarse en el

---

» se han asociado personas respetables de todas las escuelas » políticas, porque todas rinden un merecido tributo de ad- » miracion al ejemplar padre de familia, al ciudadano hon- » rado, y al profundo cuanto modesto pensador.

»La Comision que tiene la honra de suscribir, haciéndose » intérprete de los sentimientos de Valencia y antes de pro- » ceder á la realizacion del proyecto que se trata de llevar á » cabo, acude á la Señora, á la desconsolada viuda, y madre » de familia, para ofrecerla primero el respetuoso homenaje » de su simpatía en la terrible desgracia que la aqueja, é » impetrar despues de la esposa la autorizacion competente, » para trasladar en su dia á Valencia los queridos restos del » esposo. Respetando, ante todo, la voluntad de la familia, » cree la Comision que Valencia tiene derecho á guardar en » su seno las cenizas del hijo benemérito, que amó con deli- » rio este cielo y esta luz, y esa historia religiosa y política, » que desde hoy reserva una página de honor para el Señor » Aparisi.

»Si Vd., apreciable Señora, se digna acceder á los senti- » mientos de esta Comision, Valencia dejará á la posteridad » un testimonio solemne de la alta estima en que los con- » temporáneos tuvieron los merecimientos de su muy querido » esposo.

»Con este motivo ofrece á Vd. la Comision la seguridad de » su mas profunda simpatía.

»Valencia *26 de Noviembre de* 1872.—Mariano, Arzobispo » de Valencia, *Presidente*.—El Dean, Lorenzo Carcavilla.—El » Presidente de la Academia de San Cárlos, Juan Dorda.—El » Director de la Escuela de Bellas Artes, Salustiano Asenjo.— » El Presidente del Ateneo de Valencia, Joaquin Serrano Ca- » ñete.—El Secretario de la Sociedad «Amigos del País,» En- » rique de Aguilar.—El Decano del Colegio de Abogados, » Simon Cirujeda.—El Vicepresidente de la Academia de » Medicina y Cirujía, José María Gomez.—El Presidente de » la Sociedad valenciana de Agricultura, Vicente Lasala.— » El Presidente del Instituto Médico valenciano, Juan Bau- » tista Peset.—El Rector del Seminario, Manuel Gomez Sala- » zar.—El Vicepresidente de la Academia de la Juventud Ca- » tólica, Fernando Nuñez Robres y Salvador.—El Director » del periódico *Las Provincias*, Teodoro Llorente.—El Vice- » director primero de la Sociedad económica de «Amigos del » País,» Juan Reig y García.—El Vicerector del Colegio de » las Escuelas Pias, Cárlos García.—El Presidente de la Aso- » ciacion de Católicos, Manuel María Errando.—El Rector de » la Universidad, Eduardo Perez Pujol.—En representacion » de *El Católico*, Ricardo Font de Mora.—El Presidente de la » Junta de las Escuelas de Artesanos, José Domenech.—Como » individuos de la Comision iniciadora, Pedro Y. Miquel.— » Miguel Domingo Roncal.—Francisco Brotons.—José R. de » Oloriz.—Vicente Boix.»

cementerio general fuese por suscripcion pública, para que cada uno pudiera decir con orgullo: yo he levantado ese monumento, hemos honrado todos al hombre justo, al hombre sabio, y para que la posteridad comprendiese que en medio de tantas calamidades y de tantas lágrimas, se habian asociado todos con el loable fin de consagrar un público y perpétuo testimonio de admiracion, de respeto y de cariño á la virtud y al mérito. (1)

La Señora viuda de nuestro Aparisi ha contestado á tan respetable é ilustre Comision en los siguientes términos:

«*Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valencia y demás señores firmantes* » *de la carta-peticion que tuve la honra de recibir*:

»No hay palabras, mis buenos y bondadosísimos Señores: » no hay palabras que demostrar puedan cuánto quedo agra- » decida: el corazon oprimido lo siente, y por esto sin duda » calla la lengua y no puede la mano escribir.

»Gracias á esa respetable é ilustre Comision: gracias á » Valencia entera y á los Valencianos todos; que á todos los » amó mi marido, y en España y fuera de España, en todas » partes y siempre, dijo con orgullo que era... un católico » valenciano.

»Es, pues, muy justo que su patria pida su cadáver » cuando Dios dispuso de su alma; y la viuda é hijos del » mejor de los esposos y de los padres dan su vénia para la » traslacion de esos mortales, queridos restos, cuyo espíritu » voló al cielo, dejándoles una vida de dolor en el mundo.

»Dios pague, respetados Señores, sus consuelos y sus lá- » grimas, y V. E. Ilustrísima, Presidente dignísimo, tenga á » bien enviar á esta desconsolada y agradecida familia su » Santa bendicion.

CARMEN ADELL, VIUDA DE APARISI.

» MADRID 11 *de Diciembre de* 1872.»

En Madrid se pensó en erigirle un panteon, de cuya idea, á pesar de que D. Luis Page se habia brindado á costearlo, se desistió en vista de la resolucion de la familia de trasladar sus restos mortales á Valencia.

Varios vecinos del barrio de Salamanca elevaron una exposicion al Ayuntamiento, solicitando que á una de las calles se le pusiera el nombre de Aparisi: entre otros firmaban la solicitud el Duque de la Torre, D. Emilio Castelar, y Don Cristino Martos, á la sazon Ministro. No sabemos que haya recaido resolucion.

(1) En *Las Provincias*, periódico *liberal conservador*, que tomó la vigorosa iniciativa de la eleccion de un monumento fúnebre en honra de la memoria de Aparisi, y á quien por ello débenle los amigos de éste profundo reconocimiento, se publicó la invitacion á los Valencianos para suscribirse.

Pleguc al Cielo que los sucesos que se dibujan en el negro horizonte de lo porvenir, no demoren la realizacion de

---

Este notable documento dice así:

« COMISION VALENCIANA PARA HONRAR LA MEMORIA DEL SEÑOR » DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

» Apenas circuló por nuestra capital la triste noticia del » fallecimiento de su ilustre hijo D. Antonio Aparisi y Gui» jarro, todas las clases sociales, sin distincion de escuelas » políticas, acudieron al templo para tributar como el primero » de sus deberres, un testimonio solemne de afecto y admira»cion al hombre religioso, que pensador y poeta á la vez, » venia á ocupar un sitio de honra en la historia patria. Las » pasiones políticas, ante los restos frios del que dejaba de » existir, cedian el paso para dar lugar á la estimacion pro» funda que se debe á la fé, al génio y á la virtud.

» Inspirada solo en estos sentimientos de piedad y de amor » patrio, surgió la idea de conducir y depositar en la hermo» sa Valencia los restos mortales de aquel hijo querido que, » nacido bajo este cielo pasó entre nosotros casi toda su vida, » amando á su patria como amaba la fe que era su guia, como » amaba este cielo, que fue su inspiracion, y como amaba » su historia, cuyo estudio le elevó al rango de un católico » profundo pensador.

» Aceptada la idea, esta Comision que tiene la honra de » representar todas las corporaciones eclesiásticas, científi» cas, literarias, artísticas y de caridad, así como la pren» sa de esta capital, cumple hoy su distinguida mision de » realizar el noble proyecto de perpetuar la memoria del Se» ñor Aparisi.

» Antes empero de hacer público su pensamiento, esta Co» mision se dirigió respetuosamente á la Señora Doña Cármen » Adell ó hijos, solicitando el competente permiso, si á ello no » se oponian otras consideraciones de familia, para trasladar » en su dia á esta capital los queridos mortales restos del señor » Aparisi. La afligida viuda, agradeciendo con infinita ter» nura los deseos de Valencia, expresados por esta Comision, » tuvo á bien conceder su vénia interpretando los sentimien» tos patrios de su llorado esposo.

» Para recibir, pues, aquellos apreciables despojos, se ha » creido digno de Valencia depositarles en un monumento fú» nebre levantado en nuestro Cementerio general, tan seve» ro como propio del pueblo que lo dedica y del hombre á » quien se dedica.

» El Sr. Aparisi pertonece ya á la historia; y se halla ya » lejos, muy lejos del campo ardiente de las contiendas hu» manas: Valencia se honra con su nombre; y para grabar ese » nombre en un monumento la Comision invita, sin distincion » de escuelas, a los Valencianos todos y á los que de fuera co» nocen lo que representa Valencia, á contribuir á la realiza-

tan espontáneo tributo á la ciencia, á la virtud y al patriotismo.

»cion de una obra, que haga ver á la posteridad el alto aprecio que sus contemporáneos hicieron de la religiosidad, de »la virtud y del genio del Sr. Aparisi, para que cada uno »pueda decir con orgullo: «yo he levantado ese monumento; hemos honrado todos al hombre justo, al hombre sábio,» »y para que la posteridad comprenda que en medio de tantas calamidades y de tantas lágrimas, nos hemos asociado »todos con el loable fin de consagrar un público y perpétuo »testimonio de admiracion, de respeto y de cariño á las virtud y al mérito.»

BASES DE LA SUSCRICION.

»1.ª Se abre una suscripcion para honrar la memoria de »D. Antonio Aparisi y Guijarro.

»2.ª Se fija en cinco reales la cuota mínima: todas se cobrarán, mediante recibo talonario, suscrito por el Recaudador general é intervenido por la Comision.

»3.ª Los fondos serán depositados, á medida que se recauden, en la Sucursal del Banco de España en Valencia, á disposicion del Presidente de la Comision, á quien se da el carácter de Ordenador de pagos.

»4.ª Las cantidades que produzca la suscripcion se destinan exclusivamente á la construccion del monumento y á los gastos necesarios de traslacion ó inhumacion del cadáver. Si cualquier acontecimiento imprevisto impidiera la realizacion del pensamiento, será reintegrable la suscripcion, mediante la presentacion de los recibos talonarios y su completa comprobacion.

»5.° La recaudacion general estará á cargo del Sr. D. José »Rafael de Oloriz, sin otra recompensa que la de prestar ese »servicio á la memoria del hombre ilustre, gloria de Valencia.

»6.° La intervencion se confia al Señor Secretario de la »Comision.

»7.° Mensualmente ó en plazos más cortos la recaudacion »pasará á los periódicos de esta capital una relacion nominal »de los suscriptores, expresiva de las cuotas respectivas.

Puntos de suscripcion en Valencia.

»Farmacia de D. Miguel Domingo y Roncal, plaza de la »Catedral.

»Idem de D. Mariano Ramo, Tros-alt.

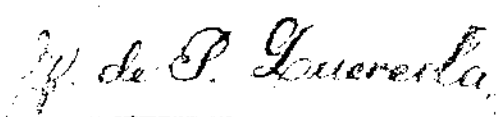
»Idem de D. Vicente Marin, plaza de la Congregacion.

»Idem de D. Francisco Lúcia, en la Morera.

»Comercio de D. Manuel M. Errando, Abadía de San »Martin.

»Litografía de D. Pedro Martí, calle de San Fernando.

»La suscripcion queda igualmente abierta en los pueblos



Succediéronse los ofrecimientos generosos á la familia, hiciéronse y hubo instancias numerosas y hasta exigencias para que se abriese una suscripcion nacional que la librase de la escasez, intento que rechazó aquella de una manera irrevocable, orgullosa con la honrada pobreza en que la había dejado su jefe (1).

Algo quedaba que hacer: era necesario que Aparisi sobreviviera á la destruccion de su cuerpo perecedero; que, como habia dicho profundamente el Obispo de Avila: «Aparisi muerto produjera más fruto que Aparisi vivo;» que su generoso espíritu velara aún por su patria y sirviera de enseñanza y de ejemplo; que así como el agradecimiento de sus conciudadanos le levantaba monumento de piedra que conservase sus restos mortales; el cariño de sus amigos y sus admiradores, le levantase monumento más duradero que el mármol, mostrando á las generaciones presentes y á las generaciones venideras las ideas y sentimientos del perínclito patricio; difundiendo y manteniendo los grandes principios sin los que toda sociedad cae corrompida á pedazos, como los miembros descompuestos de un cadáver van separándose del tronco que los enlaza. Y todo esto hicieron al acordar la impresion de sus obras (2).

»más importantes de la provincia y de las limítrofes, á cargo »de las personas que se indicarán con oportunidad.

»VALENCIA *Diciembre de* 1872.—Mariano, Arzobispo de »Valencia.—El Dean, Lorenzo Carcavilla.—Manuel María »Errando.—José R. de Oloriz.—Miguel Domingo Roncal.—»Juan Reig y García.—Francisco Brotons.—José María Go»mez.—Ricardo Front de Mora.—Vicente Lassala.—Cárlos »García.—Salustiano Asenjo.—Juan Bautista Peset.—Teodo»ro Llorente.—Pedro Y Miquel.—Juan Dorda.—José Dome»nech.—Manuel Gomez Salazar.—Eduardo Perez Pujol.—Si»mon Cirujeda.—Joaquin Serrano Cañete.—Enrique de »Aguilar.—Fernando Nuñez Robres y Salvador.—Francisco »Gimenez.—Francisco Vives.—Vicente Boix, secretario.»

(1) Unicamente se pudo recabar, ó por mejor decir, se resolvió por los amigos sin consultar á la familia, costear los gastos funerarios. D. Luis Page, se encargó de los del embalsamamiento; de los otros los Condes de Canga Argüelles y Orgáz, y el Marqués de Vallejo.

(2) Merecen especial recuerdo por sus trabajos y servicios los Señores Vallejo, Page, Orgáz, Canga Argüelles y Alva-

Con unánimes aplausos fué recibida esta noticia, y de todos los ámbitos de España escribieron apoyando la idea, asociándose á ella, ofreciendo muchos, los auxilios que la empresa necesitara. Distinguióse especialmente, el Episcopado español, cuyas cartas guarda la familia de Aparisi como preciada herencia (1), y á quien yo en nombre de las glorias de la patria, tributole merecida alabanza.

He concluido mi triste tarea: que la pérdida sufrida por

---

rez; y en provincias D. José García Gutierrez, cuyo celo por la publicacion de las obras de Aparisi ha sido indecible.

Para organizar los trabajos, cuidar de la impresion y buscar medios de que se propagasen las obras, se nombró una Comision compuesta de los Marqueses de Vallejo, *Presidente*; Manzanedo y Baamonde; de los Condes de Orgáz, Canga Argüelles, D. José Campo, D. Fernando Alvarez, Don Juan Alberto Casares, D. Luis Page, D. Gabino Tejado, Don Vicente de la Hoz y de Liniers, D. Francisco y D. Ciriaco Navarro Villoslada, D. Leon Galindo y de Vera, Don Rafael Ravena, D. Ramon Vinader, D. Luis Echevarria, Don Federico Salido, D. José Mur, D. Juan Antonio Almela, nombrando Secretario á D. Francisco de Paula Quereda.

Aun cuando la publicacion de las obras de Aparisi estaba en el ánimo de todos, la gloria de haber sido el primero en proponerla, se debe al R. Obispo de Avila, como puede verse en su carta inserta en la página 129.

(1) Además de haber publicado con no pequeñas alabanzas el Prospecto en los *Boletines Eclesiásticos*, hé aquí algunos párrafos de las cartas de los Sres. Obispos en contestacion á la que les fué dirigida por los Comisionados, pidiéndoles aprobasen y protegiesen la publicacion de las *Obras de Don Antonio Aparisi y Guijarro*:

«Me congratulo por tan feliz, religioso y patriótico sentimiento. Deseo que tengan Vds. suerte en su laudable empresa.

»Siempre ha sido vivísimo el interés que me ha inspirado cuanto se relaciona con mi inolvidable amigo.»

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

«Felicito á la Comision por el nobilísimo pensamiento que la ha movido á empeñarse en esta empresa, y no dudo que el Señor se valdrá de su medio para regenerar con las obras de D. Antonio las inteligencias y corazones de muchos.»

MARIANO, ARZOBISPO DE VALENCIA.

«Tengo el mayor placer en manifestar á Vds. que aprue-

España ha de considerarse, más que una pérdida nacional; lo dice Roma al enlutar sus templos: por Aparisi ha llorado

---

»bo y aplaudo el noble pensamiento de publicar y propagar »las producciones literarias de tan sábio escritor, de tan in»signe patricio y de tan ferviente católico; y lo aprueho y »aplaudo, no solo como Prelado español, amante de las glo»rías de la Religion y de mi Patria; sino tambien como ami»go del ilustre finado.»

BIENVENIDO, Arzobispo de Granada.

«No sé si habré sido el primero, pero sí de los primeros «en pedir se publicasen dichas obras, atendiendo al bien que »en mi concepto podian producir, pues creo que á la Reli»gion, á la Sociedad y á la patria será provechosa la publi»cacion y propagacion de las obras de nuestro ilustre buen »amigo.

»Era un tesoro de luz y de bondad. ¡Oh! y que bien, esta»rá en el Cielo aquella alma hermosa y elevada.»

EL OBISPO DE ÁVILA.

«Tengo el gusto de asegurar á Vds. que por mi parte no »omitiré medio alguno para recomendar con la mayor efi»cacia y dar toda la publicidad posible á la obra proyectada »queriendo de este modo significar mi respeto y considera»cion á la memoria de un patricio cuya pérdida lloran y la»mentarán constantemente todos los que se precien de ser »hijos fieles de la Iglesia y ciudadanos honrados.»

SEBASTIAN, Obispo de Calahorra y La Calzada.

«Deseo como el que más contribuir á perpetuar la me»moria del ilustre patricio y escritor católico, D. Antonio »Aparisi y Guijarro.

»Conocedor de las distinguidas prendas del Sr. Aparisi y »admirador de sus virtudes, nada más grato para mí que el »poder conservar reciente su memoria, teniendo siempre á »la vista sus escritos admirables, producciones sublimes de »su arrogante ingénio.»

EL OBISPO DE BADAJÓZ.

«No puedo menos de manifestar cuán grato me ha sido »este pensamiento, pues conozco lo importante que es en una »época como la presente, cuando tanto malo se escribe, que »se conozcan y propaguen las excelentes doctrinas de ese »hombre verdaderamente admirable, que reunió á su gran »talento y vastos conocimientos, un espíritu profundamente »religioso, que ha sido como el alma de todas sus produc»ciones y discursos.»

EL OBISPO DE CANARIAS.

la Iglesia Católica. Su muerte es grave castigo de la Providencia; «porque la muerte de los buenos es el gran castigo » que Dios envia á los malos.»

« Despues de aplaudir con toda mi alma el gran pensa» miento de publicar coleccionadas las obras clásicas de mi » inolvidable condiscípulo, amigo de la infancia y paisano, » D. Antonio Aparisi y Guijarro, ofrezco mi cooperacion, » aunque en estos tiempos, no tan eficaz como yo quisiera, » para que la empresa tenga el éxito más completo.»

EL OBISPO DE CUENCA.

« Me congratulo porque Vds. constituyan la Comision pa» ra publicar y propagar las obras del esclarecido patricio, » sábio escritor católico, el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijar» ro (q. e. p. d.), y deseo, que ya que no vive entre nosotros, » continúe instruyéndonos por medio de sus trabajos litera» rios, que tan justas y generales simpatías y alabanzas le » han merecido.»

CONSTANTINO, Obispo de Gerona.

«¡Excelente espíritu el que exhalan las obras de nues» tro llorado amigo el Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro!»

ANTOLIN, Obispo de Jaen.

« He recibido el prospecto para la publicacion de las obras » del eminente D. Antonio Aparisi y Guijarro, cuya muerte » lloran todos los amantes de las letras y de las virtudes.

» Tan justo y patriótico pensamiento merece mi más com» pleta aprobacion, y mi más sincera felicitacion sus au» tores.»

ESTÉBAN JOSÉ, Obispo de Málaga.

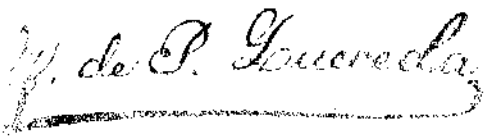
« Atendiendo al grande mérito de las mismas, á los estre» chos lazos de la más sincera amistad que me unian con el » Sr. Aparisi, y á las respetables personas que firman, no » puedo menos de cooperar en cuanto me sea posible á la » realizacion de su proyecto. Es bastante recomendacion el » nombre solo de su autor.»

EL OBISPO DE ORIHUELA.

«Muy plausible es el pensamiento de la Comision y nada » más oportuno que tributar á la memoria del insigne patri» cio, cuya muerte he sentido vivamente, como la han senti» do todos los amantes de las glorias de la Patria, ese home» naje debido á su ciencia, virtud y acendrado catolicismo.»

EL OBISPO DE PALENCIA.

« Esa empresa es digna de tan buenos Españoles como ca» tólicos; y con esto respondo al honor que me dispensan » con justicia, considerándome dispuesto á comunicar ánimo



Acusado de absolutista, aun cuando querido por todos; porque á todos queria, porque jamás cupo en su pecho odio

---

» y calor á todo proyecto patriótico y religioso á la vez, que » el curso de los sucesos de la vida lo ponga á nuestro al- » cance.»

EL OBISPO DE ZAMORA.

«Mi voluntad es eficaz y constante para favorecer en esta » pobre Diócesis la suscripcion que se recomienda á las obras » del preclaro por tantos títulos D. Antonio Aparisi y Gui- » jarro.»

FRANCISCO DE P., Obispo de Sigüenza.

«Los móviles que impulsan la empresa no pueden ser me- » jores, ni más nobles; por lo que deseo vivamente que cor- » responda á ella el resultado, para que de este modo se eter- » nice, como se merece, el esclarecido nombre del insigne pa- » tricio y eminente escritor católico D. Antonio Aparisi y » Guijarro, cuya irreparable pérdida llora España toda.»

EL OBISPO DE TARAZONA.

« Paisano del ilustre patricio D. Antonio Aparisi y Gui- » jarro, fuí siempre el admirador de las envidiables cualida- » des que distinguian á aquel varon esclarecido y hasta la » época en que mi carrera y ulteriores destinos me alejaron » del pais que nos vió nacer á ambos, le merecí algunas en- » trevistas y conferencias bastantes para convencerme de su » vasta erudicion, de la rectitud de sus intenciones y de la » pureza de su noble alma, que Dios, á no dudar, se habrá dig- » nado recoger en su amoroso seno. Este solo recuerdo bastará » para hacer comprender el legítimo interés que me inspira » la publicacion de sus obras.

» Bendiga Dios los nobles y elevados propósitos de esa be- » nemérita y distinguida reunion de amigos, y tenga yo el » consuelo de coadyuvar á su buen éxito.»

RAMON, Obispo de Tuy.

«Aplaudo la publicacion de las obras del insigne patricio » Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro (q. e. p. d.), y espero que » su lectura producirá grandes resultados.»

JOSÉ, Obispo de Urgel.

«El nombre de aquel Diputado ilustre, que en los Parla- » mentos libraba siempre batallas decisivas en defensa de la » Religion y de la Patria; de aquel escritor incansable que en » periódicos y folletos trabajaba con celo admirable en favor » de la sana moral y de los verdaderos intereses sociales, es » bastante para recomendar la publicacion de sus obras.

» Considero de utilísima enseñanza la doctrina del pere- » grino ingénio á quien la Patria no olvidará nunca.

»Bendiga el Señor tan buena obra y propague su inmenso

para los adversarios (1), es dudoso que haya habido hombre mas amante de la libertad hija de Cristo, arraigada en el espíritu, sin trabas para el bien, negada para el

---

» desarrollo para bien de la Religion, de la Patria y gloria » del ínclito patricio que así mostró virtud y talento para ser » tan universalmente honrado.»

El Vicario Capitular de Almería,

(Sede vacante)

RAFAEL HERNANDEZ CAMIN.

« Deseando secundar por mi parte los nobles y laudables » fines de la Comision, procuraré dar toda la publicidad po- » sible al anuncio de la Comision constituida para publicar » y propagar las obras del esclarecido escritor D. Antonio » Aparisi y Guijarro.»

El Gobernador eclesiástico de Astorga,

(Sede vacante)

PELAYO GONZALEZ.

« Doy el más cumplido parabien á esa respetable Comision » por el recomendable pensamiento que concibiera de publi- » car y propagar las obras de tan eminente Español y fervoro- » so católico.»

El Gobernador eclesiástico de Lérida,

(Sede vacante)

JOSÉ BISART Y SANZ.

« Prestaré todo mi apoyo á tan alto y noble pensamiento.»

El Gobernador eclesiástico de Mondoñedo,

(Sede vacante)

JUAN MANUEL DE PIÑERA.

«Recomendaré las obras de tan insigne y esforzado cam- » peon de la causa católica, á pesar de ser suficiente garan- » tía solo el nombre de su autor.»

El Gobernador eclesiástico de Toledo,

(Sede vacante)

SANTOS DE ARCINIEGA.

(1) «Los otros por fin y estos son, á juicio mio, los me- » jores, hallándose dotados de blando y suave carácter ha- » cen veces de Apóstoles de sus ideas, aumentando el número » de los prosélitos; y atentos á los preceptos de la caridad » cristiana, si bien jamás transigen con el error, tienden su » mano generosa al enemigo para que del todo no caiga; hu- » yen de irritarle; muéstranle siempre abierta la puerta del » arrepentimiento y de la vida, y dulcifican el combate, tra-

mal, humilde á la autoridad, viviendo de la justicia, igual para grandes y pequeños, que da al hombre tranquila y perfecta posesion de sí mismo: dudoso es que haya habido quien más profundamente despreciase y quien más cordialmente aborreciese esa libertad, hija del liberalismo, proclamada por los Tribunos, perturbadora, hipócrita, turbulenta y desenfrenada, con que se cubren las tiranías esenciales de los Príncipes, ó el desbordamiento insolente de los súbditos.

No era de aquellos «hombres que se creen libres porque » han escrito en una hoja de papel la palabra libertad:... la » libertad no era para Aparisi un cartel que se lee en una » esquina; sino un poder vivo que uno siente en sí y alrede-

---

» tando con singular templanza á propios y extraños. De » estos era el insigne Aparisi: nació para Apóstol y desem- » peñó su papel á maravilla. *Por esta razon no dejó enemigos en* » *la tierra*; por esto resuenan en su pró unánimes aclamacio- » nes y por nadie contradichas alabanzas; por eso todas las » almas cristianas elevan á Dios preces por su eterno des- » canso.»—NOCEDAL.—*D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Discurso necrológico.*

Rechazaba siempre el dictado de absolutista. En un bellísimo artículo, que con el epígrafe de *Nuestras ideas* escribió en *El Pensamiento de Valencia*, haciéndose cargo de esta inculpacion, decia: «Parecía que estas razones hacian alguna » mella en el espíritu de mi amigo, por lo que ya sin su » aplomo imponente y con voz un tanto vacilante, repuso: » convengo en que todo hombre de bien ama la justicia, y » no niego que sin justicia no hay libertad y aun te conce- » deré que la libertad se entraña en la justicia... pero vos- » otros los hombres de *El Pensamiento* al fin y al cabo sois » *absolutistas*»... Si lo fuésemos, le interrumpí, sería por creer » que bajo un sistema absoluto cabe mas justicia y por con- » siguiente mas libertad que bajo un sistema parlamentario, » de forma que habria en nosotros bondad de intencion, aun- » que hubiese error de entendimiento. Así es verdad, confesó » mi amigo, y entonces yo levantando la mano con solem- » nidad un poco afectada, lo confieso, y extendiéndola pau- » sadamente y poniéndola sobre su hombro y clavando en » sus ojos los mios, le dije estas ó semejantes palabras: «lo » dicho, dicho se está en punto á que un sistema parlamen- » tario es menos amigo de la justicia y de la libertad que un » Gobierno absoluto. Mas por lo que hace al dictado de *abso-* » *lutistas*, que nos regalas..... si á hombres que quieren Ayun- » tamientos por insaculacion, empleos por oposicion, Dipu- » tacion Provincial que no sea una sombra y representacion » nacional que sea una verdad; *si á estos hombres apellidas ab-* » *solutistas*, te digo en caridad y te amonesto que busques » hasta encontrarla una yerba que llamaban *heléboro* los an- » tiguos..... es probada para *el mal de la cabeza.*»

» dor de sí, el génio protector del hogar doméstico, la ga-» rantía de los derechos sociales y el primero de estos de-» rechos.» (1)

»Era monárquico, porque esa fué siempre la forma de Go-» bierno en España, y porque veía en la monarquía mayores » garantías de órden y de justicia; y por consiguiente mas » ancho y mas llano campo para extenderse la Religion Ca-» tólica.

»No era absolutista porque en calidad de católico, amaba » la libertad: que es la justicia.

»No era liberal, porque tenía al liberalismo por farsa, » desórden y corrupcion.

»Fué siempre católico y monárquico; aunque recordaba » con amor los fueros de Aragon, Cataluña y Valencia y con » respeto las Córtes de Castilla.» (2)

Católico ante todo, subordinaba sus opiniones á la fé y á la moral cristiana y en este punto jamás transigia. La fórmula por él usada y repetida á menudo era: *y en todo y antes de todo y sobre todo, Religion.* Sin ella no concebía sociedad civilizada.

Despues de la Religion y de la verdad, su inseparable compañera, el amor de la patria es el que llenaba todo su

---

(1) *Restauracion*, núm. 5.°

Al anunciar *El Pensamiento de Valencia* exclamaba elocuentemente: «¿amais la libertad?..... pero entendámonos, ¿la li-» bertad verdadera?..... ¿Hay quien se asuste á su nombre? » ¡Fuera ese temor pusilánime! Si alguien lo abriga, venga » con nosotros á ese antiguo edificio, donde hoy se administra » justicia..... y tiemble su corazon como el nuestro de entu-» siasmo y de orgullo al recuerdo de los *Fueros de Valencia.*

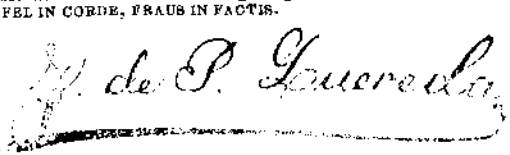
» Nosotros amamos con todo el vigor de nuestra alma la » libertad verdadera, no á la que es monopolio, á la que es » tiranía, á la que es corrupcion, á la que es farsa.

» Amamos á la que es hija del Cristianismo, fiadora de » todos los derechos, corona de todos los hombres. No quere-» mos la libertad que nació entre el cieno sangriento de las » calles de París y anda disfrazada de hipócrita (1) cuando no » corre furiosa como una Bacante; queremos la libertad de » raza española y hasta vestida gustamos verla con los ga-» llardos atavios de nuestra tierra.»

(2) ALMELA.—*D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Apuntes biográficos.*

---

(1) Este pensamiento es el del antiguo proverbio latino: MEL IN ORE, VERBA LACTIS; FEL IN CORDE, FRAUS IN FACTIS.



sér: en sus discursos, en sus poesías, en sus conversaciones, Valencia era su alegría, objeto de su entusiasmo, noble fin de todas sus aspiraciones. (1)

Si la consideraba alguna vez con ojos desencantados, era solo cuando como católico desaparecia para él el tiempo y se abismaba en la eternidad: cuando huia su vista de la tierra y la fijaba arrobado en la patria comun del cristiano: en la patria celestial. (2)

---

(1) En sus discursos parlamentarios repite á menudo las alabanzas de su patria, lo mismo en sus artículos, y en todas sus obras.

En un romance inédito, en que se despide de Valencia, dice:

«Patria mia, patria mia,
Mi dulce patria adorada,
En lo mas hondo del pecho
Llevo yo tu imágen santa,
Y solo tu hermoso nombre
Dulcemente me embriaga.
En tí ví la luz primera
Pues ¿cómo olvidarte, patria?

. . . . . .

Patria de héroes y virtudes
Mi corazon, ¡cuál te ama!
El aire tuyo, es más puro
Y tu luz es luz más clara
No alabeis, por Dios, los climas
Voluptuosos de la Italia,
Ni de Aranjuez los jardines
Ni las vegas de Granada:
No hay beldad sino en Valencia
Y fuera de allí, no hay nada.

. . . . . .

Y yo seré ¡oh cuán dichoso!
Si Valencia es bien hadada:
Sea su gloria, mi gloria;
Su esperanza, mi esperanza.»

(2) Es tan bella la poesía que dedica á sus dos patrias, la terrenal y la celeste, y de tal modo pinta los vivísimos afectos de su corazon, que la trascribimos íntegra:

LA PATRIA Y EL CIELO.

IMITACION BÍBLICA.

«¡Mirad! ¡Ya lo diviso! mirad ese Cielo tan puro, tan gra» cioso, tan ámplia y vivamente desplegado...

Y libre por naturaleza y ajeno á la ambicion y muerto á la codicia, todo lo sacrificó á su patria y á su Rey, todo

---

» Ese Cielo es el Cielo de mi patria: manto hermosísimo de » azul, que embellece una luz florida.

» ¡Patria mia! eres muy bella: Dios sonrió al formar tu » suelo... vistiólo de flores, y mandó á los céfiros más hermo- » sos que lo perfumasen.

» Fresca y gentil te reclinas en ese jardin deleitoso, como » vírgen graciosa y pura, que fija por vez primera en su » amante una tímida mirada.

» Eres grande, patria mia, esas torres que tocan las nubes » lo proclaman. Tus brazos son que levantas orando á los » Cielos.

» Envuelta en los grandes sonidos de las campanas des- » ciende á conmover los corazones, la voz de la religion música » sublime en la region de los aires.

» ¡Pátria mia, pátria mia! yo te amo, cual se ama á esposa » gentil: donde vaya te llevo en mi corazon y al pensar en tí » me saltan las lágrimas.

» En tí por vez primera vi esa luz que nos envia el Cielo » para que miremos su hermosura; en tí comencé á murmurar » tiernas expresiones que me enseñaba mi madre: en tí habló » mi alma á otras almas en un lenguaje misterioso y divino; » en tí besé por última vez la mano de mi padre y la casta » frente de mi hermana.

» En tí, ¡oh patria mia! tengo lo que hay de mas puro en » la vida y de mas sagrado en la muerte: la cuna de mi niñez » y el sepulcro de mi padre.

» Por eso lejos de tí me sentia triste; pero habia en aquella » tristeza encanto secreto: era como recuerdo vago y confuso » de alegrías y dolores que pasaron.

» Me sentia triste y me decia: ¿cuándo volveré á ver aque- » llos campos tan hermosos, aquella luz tan suave y recor- » reré las calles conocidas, y encontraré á mis amigos y los » estrecharé sobre el corazon?

» Ya estoy en tí, patria mia, ya estoy en tí: hijo humilde, » quisiera tener mucha gloria para añadir á tu corona una » flor; pero tengo al menos un alma sensible, y te doy el » amor de ella. Ya estoy en tí, patria mia; ya estoy en tí, y » respiro tu aire y miro tu cielo y soy feliz...

—

» ¡Feliz! ¿Qué palabra se escapó de mis lábios? ¿Hemos » conocido por ventura nosotros lo que es felicidad?

» Fantasma que al abrazarle se disipa, flor que se marchi- » ta al tocarla, sombra que huye al perseguirla. ¿Qué sabe- » mos nosotros lo que es felicidad?

» Venid, amigos mios, rodeadme todos, contémonos los » secretos del corazon. ¿Os sentís felices por ventura?

» Lejos de nuestra patria suspiramos por tornar á su seno » y al tornar á ella suspiramos tambien, porque nos aqueja

ménos la Religion y la verdad, que en todas ocasiones dijo, áspera á veces á los Grandes de la tierra, siempre amorosa á los pequeños. Habló á su Rey á quien amaba como un padre puede amar al hijo primogénito en quien funda todas sus altivas esperanzas, con cristiano desembarazo, con viriles acentos: jamás le dió con máscara de advertencia, lisonjas á la voluntad; jamás entendió de averiguar lo que apetecia, para aconsejarle el propio gusto; sino que puestos los ojos en Dios, le señaló el camino recto, mostrándole sus altos destinos y sus pesadas obligaciones; jamás transigió con lo que creia pernicioso para el bien público, aun cuando tuviera que luchar con los arranques generosos del Caballero, y con el impetuoso valor del jóven que siento hervir su sangre al grito de Dios y patria que le llaman á la pelea.

» en el fondo del alma un instinto viajador. ¿Tendremos por » dicha otra patria?

» ¡Hombre! tu patria es el lugar donde naciste: Cristiano, » mira al Cielo; esa es tu patria.

» ¿Qué es el mundo, sino lugar de tránsito que echó Dios » entre la nada y la eternidad?

» ¿Qué somos nosotros, sino pobres desterrados que anda- » mos gimiendo por entre sombras, en busca de esa patria de » luz y de armonía?

» No me digais que esto es hermoso; todo lo sombrea la » muerte.

» Ese arroyo bulle, sonrie esa flor; pero dad un paso y el » arroyo se ha secado y la flor marchitóse.

» ¡Mirad atrás... ruinas! Mirad adelante... ¡todo está ca- » yendo!

» La muerte es la ruina del mundo; nuestro espíritu no » puede vivir en esta region de la muerte.

» ¡Aire! ¡aire! que se ahoga el alma: dadle paz, que está » cansada de gemir y reluchar.

» Reyes son los hombres y se arrastran por el lodo; her- » manos y se despedazan; hijos de Dios, y blasfeman mientras » se hunden en el sepulcro.

» Arrancadme á esta region de miseria; caigan rotas las » cadenas y vuele el alma.

» Alma mia, ¿no sabes que sobre esa atmósfera tempestuo- » sa hay una region donde vive la paz y no anochece la luz » y es inacabable la vida?

» Allí, alma mia, podrás en medio de un silencio divino, » sumergirte en las profundidades esplendorosas de la eter- » nidad; allí vivir vida eterna en el seno de Dios...

» Esa region, alma mia, es el Cielo; ese Cielo, alma mia, » *es tu patria.*»

Cuando conveniencias de los tiempos y agravacion de enfermedades le aconsejaron retirarse á Dax, al amoroso abrigo de su familia, desde allí escribió á D. Carlos (1) su *carta de despedida hasta la eternidad*, envuelta con sábios y cristianos consejos, que si los atiende, le serán justa gloria si la Providencia le reserva altos destinos, y sinó, satisfaccion en su conciencia por sus afanes en merecerlos. Aparisi el absolutista, escribia á su Rey de esta manera:

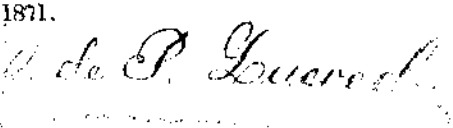
«V. M. sabe, que un Rey representa la autoridad; pero »no la ciencia: que la ciencia sin la autoridad no go»bierna al mundo, porque le falta el sello divino; pero que »la autoridad sin la ciencia no lo gobierna tampoco, porque »le falta la luz. Es menester definir bien la soberanía, y cual »es el oficio de Rey..... *el Rey no lo puede todo: el Rey nada gra»ve debe hacer sin gran consejo*..... Ponga el Rey su gloria don»de debe ponerla, en ser el primer Caballero, el hombre más »honrado, el más recto y el que sabe buscar para aconse»jarse de ellos, á los hombres más rectos, más honrados y »más caballeros. Con esto sólo es un gran Rey. Pero no pon»ga su gloria en ser más sábio que todos, porque, aun dan»do de gracia que se hubiera criado en el pueblo que habia »de regir y llegado á edad madura estudiando hombres y »cosas, aún habria, no algunos, sino quizá muchos, que »supiesen más que él. Que el ser bueno y generosísimo y »estar dispuesto más que nadie al sacrificio, está en mano »del Rey; pero el ser muy sábio no está en su mano. Y »cuenta que no llamo sábio al que ha estudiado mucho, »porque se necesita, además de esto, tener algo de aquella »luz interior de que habla Bossuet, luz que Dios ha negado »á casi todos los Reyes, como la niega á casi todos los hom»bres.

»Felipe II, que ha sido uno de los más sábios que hubo »en su siglo, y señor de sí mismo además, puede y debe »ser, *teniendo en cuenta diferencias de tiempo*, el eterno modelo »de un Príncipe cristiano.....

»El Catolicismo es inmortal en el mundo: no precisa»mente en esta ó en la otra nacion, y es inmortal porque »tiene promesa divina de vida perdurable: *todo lo demás es »frágil y caduco*. Muchos Reyes y descendientes de Reyes po»drían contárselo á V. M., y mejor que nadie, Jacobo II de »Inglaterra.....

---

(1) 2 de Octubre de 1871.



»Hoy no se trata simplemente de tener una corona; que »eso debe valer poco para V. M.: no se trata simplemente »de la suerte de nuestros hijos por ejemplo, aunque eso »debe valer algo más para nosotros; *se trata de que España »sea ó no sea, se trata de la libertad y acaso de la existencia de la »Iglesia Católica en España.*»

No nos es posible en la actualidad transcribir por completo esta carta; porque en ella se tratan negocios íntimos de la causa real, cuya publicacion seria inconveniente; pero oigamos su despedida, su ternísima y dolorosa despedida:

«Como es obligacion sagrada en mí hacer lo posible para »que no falte á mis hijos un pedazo de pan, al menos; en el »momento en que se calmen ciertos rumores, me voy á Ma»drid con mi familia, y desde ahora me despido de V. M.; y »*como tengo la extraña aprension, ó no extraña, de que he de vivir »muy poco*..... ME DESPIDO HASTA LA ETERNIDAD.

»No serán muchos los que hayan querido á V. M. más »que yo: confieso, pues nos encontramos en solemnes instan»tes de tristísima despedida, confieso, y me duelo, y pido »perdon á V. M., por haberme en ocasiones dejado llevar de »un enojo más ó ménos justificado ó disculpable;..... pero »bien conocia V. M. que en aquellos acentos..... aparecia..... »el padre que pedia á Dios, en cambio quizás del sacrificio »de sus propios hijos, que fuera aquel otro hijo de su corazon »modelo de hombres y dechado de Reyes.»

Tal fué el amigo que lloro: á poco de conocernos nació el mútuo entrañable cariño que nunca ha desfallecido. Hermanos por eleccion, siempre preferimos el bien del otro al propio: estudios, trabajos, intereses y goces y penas y esperanzas; todo ha sido comun hasta el dia en que su muerte nos separó por breve tiempo. Faltóme la mitad de mí mismo, que á donde yo no llegaba, con su auxilio me atrevia, y con sus jigantes concepciones completaba lo manco ó imperfecto de mi inteligencia.

Llamáronle soñador algunos, y algunos visionario: en su último folleto contestó á los primeros presentando un plan acabado de gobierno, basado en los principios en que él creia ver la salud de la Patria: la revolucion que ha trastornado seculares instituciones, y la próxima que amenaza derrumbar hasta sus cimientos el edificio social, dicen elocuen-

temente si el visionario era el que exclamaba: «las nubes se » han condensado, la tierra se ha obscurecido, ya se acerca » haciendo estremecer á la naturaleza el gran rumor de la » tempestad.....» ó si lo eran los que soñaban placenteros en blandas brisas, en bonancibles mares, en cielos azules, soles esplendentes y viajes felicísimos.

¡Ah! que no era él, el soñador y el visionario; ó si soñó, soñó verdades aterradoras; y si tuvo visiones, fueron proféticas visiones.

Estudiadlas, meditadlas, practicadlas: solo en ellas hay medicina para los males presentes y salud para lo futuro.

«Luz, mucha luz, verdad y siempre verdad..... luz y » siempre luz..... no desespereis de que al fin la vean hasta » los ciegos de nacimiento..... la gran política es *allanar* sin » humillacion de nadie, *el camino de la reconciliacion á todos los » de buena voluntad..... acercaos, uníos, concertaos todos los que oís » Misa. Hacedlo por Dios, vosotros los que creeis en Dios...* sin lo » cual hemos de ver nosotros ó verán nuestros hijos, que no » hay salud para España..... Yo no creo que Dios se olvide de » nuestros padres, y nos condene á nosotros y á nuestros hi- » jos á vivir en tierra de Moab. Si tan tremendo castigo vi- » niera sobre nosotros, levantaríamos mirando al Cielo nues- » tras tiendas en la tierra maldita y sobre cada una de ellas » pondríamos una Cruz.

» A la sombra de la Cruz, nacimos: á la sombra de la » Cruz moriremos.»

Hé ahí la política de Aparisi; hé ahí nuestra política; hé ahí la política que deben proclamar todos los que sientan latir su corazon á los nombres de Dios, Patria, Rey, Justicia y Libertad.

Si en los designios de la Providencia está decretado que nada quede inquebrantable, y que hasta los cedros más robustos se dobleguen humildes ante la violencia del huracan, dobléguense en buen hora; siempre quedará enhiesta la Cruz de Jesucristo. Acordémonos de que ella es salvacion de la amadísima patria y promesa infalible de otra patria, la patria Celestial. Acordémonos que á la sombra de la Cruz nacimos, y que no puede faltarnos una Cruz, á cuyos piés muramos glorificando la fé de nuestros padres: «nuestros » hijos, desde los siglos futuros, nos juzgarán, y Dios, des- » de el Cielo, nos está mirando.

FIN.

PENSAMIENTOS.

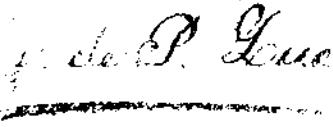
Tomo C. de P. Lucero

DOS PALABRAS.

La Religion Católica, única verdadera, como única que posee títulos auténticos para apellidarse verdad revelada por Dios, en la totalidad de sus dogmas sacrosantos, y en el conjunto sintético de las doctrinas morales, inmediata ó mediatamente deducidas de sus dogmas, une y estrecha con amorosa lazada el órden de naturaleza y el órden sobrenatural.

De aquí procede que el Catolicismo, no solo contenga la única verdadera ciencia de Dios, sino tambien la única verdadera ciencia del hombre. Por eso, así como toda Teodicea que se aparta de la Teología católica, va muy luego á perderse en el abismo de alguna de las sectas que infestaron á la filosofía gentílica, así tambien toda ciencia moral que se aparta de la filosofía católica, pára muy luego en ser negacion teórica y práctica de todas las leyes naturales del órden humano.

Hé aquí cómo y por qué el Catolicismo contiene eminentemente la sana ciencia social. Por lo mismo que la Iglesia católica es la maestra, enseñada por Dios, para mostrar al hombre los caminos de la eternidad, ella sola sabe perfec-



tamente las condiciones normales con que el hombre ha de vivir en el tiempo. Por eso ella sola posee las normas de la humana sociedad, hecha cabalmente por Dios para cumplir en el tiempo su propio fin último, que no es otro sino allanar el camino del que es fin absolutamente último del hombre.

Esta, que es la filosofía moral de cuantos nos gloriamos del nombre de católicos, era tambien la de Aparisi. Los escritos de nuestro malogrado amigo, coleccionados aquí bajo el título comun de PENSAMIENTOS, expresan esa doctrina en forma abstracta, así como sus discursos parlamentarios y forenses y sus opúsculos políticos, la expresan en forma concreta.

Los PENSAMIENTOS de Aparisi son como la sustancia de todos los principios que rigieron la mente, el corazon y la vida entera de aquel varon insigne. Grandiosas en su fondo, sencillas en su forma, esas cláusulas, caidas, digámoslo así, de la pluma de Aparisi, son á veces compendio de largas meditaciones sobre los puntos más árduos que pueden ejercitar la especulacion del pensador más laborioso, y otras veces son desahogos del alma súbitamente herida por un recuerdo, por un suceso actual, ó por un presentimiento.

Con esas cláusulas á la vista, casi puede trazarse la historia de toda la vida intelectual y moral de Aparisi. Son como un apéndice de su biografía.

Ahí está su espíritu habitualmente elevado por la fé y por la caridad á las regiones del ideal en donde contempló siempre aquel espectáculo de paz y de concordia que en vano su corazon amante ansiaba realizar, lo mismo en la esfera de sus relaciones particulares que en el movimiento social de su patria.

Ahí están, juntas en uno, aquella perspicacia que en las realidades de la vida, tanto como en el órden especulativo, sabía encontrar con una sola mirada lo que pudiera llamarse el nudo de las cuestiones, y aquella clásica naturalidad con que sabía enunciar sencillamente las más profundas ver-

dades y proponer soluciones á los más árduos conflictos.

Ahí está la inagotable potencia de aquella fantasía, que contenida siempre por un juicio recto, guiada por un gusto exquisito, y fecundada por aquella sensibilidad nativa, que era como el principio vital de todas sus facultades intelectuales y morales, bañaba con aquel tinte de poesía, tierna unas veces, otras majestuosa, espontánea siempre, todos sus escritos y hasta sus conversaciones familiares.

Ahí está, en fin, aquella locucion castiza que era en él, no tanto un resultado de la clásica educacion literaria que se habia dado á sí mismo, como una de las formas con que expresaba su respeto instintivo á las tradiciones pátrias, y su protesta contra todas las usurpaciones del espíritu revolucionario.

En otra edad ménos radicalmente opuesta á la índole de Aparisi que la edad contemporánea; colocado en circunstancias personales ménos azarosas que las que han hecho de la vida de nuestro amigo una especie de antítesis perpétua con todas sus aptitudes y con todas sus aficiones, esas cláusulas, al parecer incoherentes, publicadas aquí bajo el nombre comun de PENSAMIENTOS, habrian sido ordenadas en forma de libro. Hay efectivamente en ellas material bastante para un tratado sobre filosofía social católica, que habria figurado dignamente al lado de las inmortales producciones análogas de Donoso Cortés y de Balmes.

Nos consta que de hecho, en sus últimos dias, proyectaba Aparisi dedicarse á una tarea de esta especie, en la cual es muy probable que habria formado un ramillete armónico con esas flores desprendidas de su espíritu y de su corazon.

Pero Dios no lo ha querido, y nosotros las ofrecemos al público español tales como Aparisi mismo se las fué mostrando en varias épocas de su vida, derramándolas con desdeñosa profusion en el efímero bazar de revistas y periódicos diarios.

Fué nuestro primer propósito agruparlas con cierto órden que diera visos de unidad al conjunto; pero muy luego

J. de P. Lucena

desistimos temiendo que, sin lograr de la material union de tan diversas partes un todo homogéneo, les quitáramos el especial atractivo que les presta su misma variedad, y nos hemos limitado, por tanto, á clasificarlas genéricamente del modo que verá el lector.

Tuvimos tambien en cuenta que, por otra parte, la armonía intrínseca de estas producciones de Aparisi nos excusaba aquella especie de tarea arquitectónica. Todas ellas son ecos de una misma voz, fulgores de una misma llama. Los PENSAMIENTOS, propiamente hablando, filosóficos, lo mismo que los que pudiéramos clasificar con el nombre de políticos ó de literarios, son en Aparisi expresion vária de un ideal que á todos los anima; pues para nuestro amigo, filosofía, política, literatura, todos los movimientos, en fin, de su vida privada y pública, no eran sino irradiaciones de la fé católica en cuyo seno fecundísimo habia nutrido su inteligencia, fiel amante de la verdad, y su corazon, siempre apasionado por el bien.

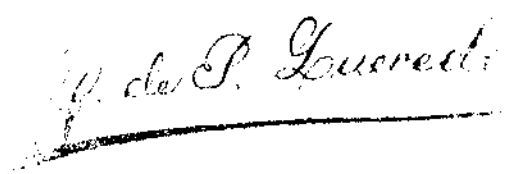
Foco central de esa órbita en donde giraba toda la actividad intelectual y moral de Aparisi, era la caridad, el amor á Dios, el amor á su patria, el amor á los hombres. De todos los atributos divinos, veréisle que principalmente se goza en contemplar la Suma Bondad y la amorosa Providencia. Entre todas las obras de Nuestro Señor Jesucristo, hallaréisle adorando siempre en primer lugar la misericordiosa predileccion del Hombre-Dios hácia los pequeños, los humildes y los desvalidos. En sus juicios acerca de los hombres en general, rara vez encontrareis una palabra de amargura. En sus PENSAMIENTOS políticos, como en todos sus escritos y discursos de la misma especie, y aun podemos añadir, en todos los actos de su vida pública, no hallareis casi otra idea sino la de aquella «Union Española», de la cual fué primer apóstol, brillante apologista, y quizás tambien el más ilustre mártir.

¡Ah! que ese fué su último pensamiento. De eso hablaba cinco minutos antes de comparecer ante su Dios.—«El ódio

nos ha vuelto locos» —me parece que fué, literalmente, la última frase que dijo antes de pronunciar aquel «tengo congoja», que fueron sus postreras palabras en este mundo.

«Tengo congoja.» Eso hallareis tambien en todos los PENSAMIENTOS de Aparisi: dolor por el bien pasado; congoja por el mal presente, angustia por el venidero. ¿Cuándo no ha llorado quien ama?

Jacinto Tejado.



PENSAMIENTOS FILOSÓFICO-MORALES.

I.

El hombre.

El hombre es, como dice Pascal, una caña deleznable; pero es una caña que piensa.

—

Esta materia organizada que veo yo cuando me miro, es mi cuerpo; pero lo que piensa en mí, y que ahora á su voluntad mueve mi mano para escribir estas líneas, yo no sabré cómo llamarlo, no podré perfectamente comprenderlo; pero siento y sé que no puede ser materia. Porque, organícese como quiera, mi razon repugna dar ideas á la materia, desespera mi imaginacion si se obstina en hacer brotar de ella un solo pensamiento... y un pensamiento, que estando el Yo material aquí, encerrado en este aposento mezquino, recorre en un instante de tiempo las regiones del orbe, y como codicioso de espaciarse en la inmensidad, se remonta hasta los cielos. Este Yo moral, pues, es distinto del material; no es materia; es contrario á la materia: quiero llamarlo espíritu.

—

Cierto; no necesito de pruebas para creerme espíritu, y por consiguiente inmortal; porque un instinto poderoso me lo dice, y un altísimo interés me lo persuade. Quede para

J. de P. Laverde

quien quiera el honor de igualarse al bruto, y el consuelo de anonadarse al morir: yo me siento incomparablemente mayor que las criaturas no inteligentes; señor por mi pensamiento de todo lo criado...

—

Esto que piensa en mí y que ahora habla, que apetece vivir sin fin y repugna invenciblemente *el no ser*, no puede, no debe morir como morirá mi cuerpo, efímera porcion de materia miserable... Lo que yo siento, ha sentido el género humano, y este universal sentimiento arguye un Dios que lo ha hecho brotar en todos los espíritus. Dios sólo podria aniquilar el mio, y Dios no puede, porque, engañándome, se faltaría á sí mismo.

—

El hombre no muere entero; y teniendo espíritu y por consiguiente siendo inmortal, es cosa clara que no ha de reconocer por su patria natural y perpétua este mundo, todo materia... pero el hombre está revestido de ella, porque ha de pasar por él.

—

El mundo es un lugar de tránsito, echado por Dios entre la nada y la eternidad.

—

Esta vida fugitiva es preparacion para otra perdurable; ¿qué es la vida, sino el noviciado del cielo? Me lo prueba el que ayer nací, y hoy me siento morir... Lo que he vivido hasta hoy no es más que un instante de tiempo, y lo he pasado en un país en que todo está mezclado ó está en perpétua lucha, el placer y el dolor, la virtud y el vicio; señal clarísima de que es lugar de tránsito y de rudo aprendizaje.

—

Pienso, luego existo: existo, luego hay Dios. Toda cosa criada no puede tener en sí la razon y el principio de su sér, y supone por consiguiente la existencia de otro sér, bueno porque la crió, y grande porque pudo criarla. Sér contingente, sé que hay uno necesario, que, siendo por sí,

es principio de toda cosa que no sea él: sér inteligente, no puedo tener otra causa que una inteligencia suprema.

—

Sé que hay Dios porque se manifiesta á mis ojos por el mundo que crió, y á mi alma por una voz secreta y divina que siento en ella.

—

¿Quién no cree en Dios al contemplar la tierra rica de maravillas, ceñida por un mar lleno de grandezas, y teniendo por bóveda todas las magnificencias del cielo? ¿Quién, siendo bueno, le negó jamas, ó quién le ha desconocido en presencia de la muerte?

—

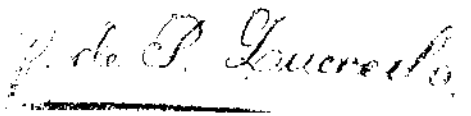
Si no hay Dios, el mundo es eterno; y la eternidad y la materia se excluyen. ¿Cómo la materia se hubiera creado á sí misma? ¡Cuán irracional sería atribuir á un ciego acaso lo que se niega á una inteligencia divina!... Yo no soy tan insensato que me proponga ahogar mi razon con el solo objeto de envilecerme, de privarme de todo consuelo, de despojarme de toda grandeza. Porque si hay Dios, tengo padre, soy de alta raza; tengo bienhechor que me mira desde el cielo y cuida de mí en la tierra; tengo protector que amenaza con pena terrible al que ose dañarme en mi persona, en mi honra, en mi propiedad. Soy, pues, libre y grande bajo la mirada de mi Dios; y si no fuese dichoso en el mundo... despues del mundo hay una eternidad.

—

Si el hombre hubiera sido criado inmediatamente para el cielo, sería espíritu; mas como lo fué primero para el mundo y despues para el cielo, por eso es materia y espíritu.

—

Así como dentro de mi cuerpo existe cosa que llamo yo espíritu, y parece tener reminiscencias divinas, y siente aspiraciones infinitas, así más allá de este mundo material que se ofrece á mis ojos, sobre esos astros que iluminan esta tierra,—astros que al fin se extinguirán, tierra que acabará,—



debe existir otro reino en que nada será materia; reino infinito, inmortal; reino de las almas.

—

Antes que Pascal lo dijese con elocuencia sobrehumana, ya sabía el hombre en qué consistia su nobleza y su grandeza. El hombre es más noble que el mundo porque, el mundo no piensa y él piensa; y es más grande, porque ha de vivir después de acabado el mundo. Como el cielo se levanta sobre la tierra, así es mayor que el cuerpo que siente, el espíritu que piensa. Quitad del mundo al hombre, ¿quién sabe en él de Dios? Esas flores se entreabren y esos astros resplandecen, mas ignoran para quién dan su luz ó exhalan su perfume. Son los mudos é insensibles adornos de un templo magnífico; pero ¿qué es del templo, si falta el sacerdote?

—

Si después de este, hay otro mundo, deberé vivir en el presente como peregrino, y prepararme á morar en el futuro como natural de él, é ilustre ciudadano. Si debo á Dios mi existencia, deberé vivir conforme á las leyes de mi Criador, que son las verdaderas condiciones de mi sér. Toda cosa criada las tiene; los astros que nunca faltan á ellas, los brutos que las siguen, y el hombre, en fin, que puede obedecerlas ó nó, segun mejor le cumpla.

—

Las leyes dadas por Dios al hombre tienden á hacerle más semejante á la Divinidad, porque el Autor desea que le asemeje su criatura, pues de esta suerte ve en ella *algo* que es *Él*, y se puede amar en la misma.

—

El hombre puede faltar á esas leyes porque tiene libertad, y tiene libertad porque tiene razon. La razon, miéntras peregrina el hombre por el mundo, no se concibe sino libre; la razon nació soberana.

—

Este poder faltar el hombre á la ley divina, si prueba

de una parte su imperfeccion, de otra da testimonio de su excelencia. Es infinitamente más grande que las demás cosas criadas, porque si falta á lo que debe, falta sabiéndolo y queriéndolo; mas las otras criaturas, si obedecen siempre las reglas ó instintos de su naturaleza, obedecen al fin unas reglas que ignoran.

—

Fuera de esta imperfeccion de su esencia debió el hombre salir perfecto de manos de Dios, porque Dios no puede ménos de hacer, como bueno, el bien; en una palabra, de proceder como quien es, como Dios.

—

Al momento, pues, en que fué criado, habia órden en el hombre como en todo el universo. Del órden resulta la armonía y buen concierto en el mundo material, y la paz y la felicidad en el mundo moral. El órden consiste en ocupar cada cosa el lugar que le es propio y obrar conforme á su naturaleza.

—

En el hombre, pues, espíritu y materia, con razon y sentimiento, pegado á la tierra y mirando al cielo, debia ocupar el lugar preeminente, el lugar de rey, su parte más noble, la razon; y debia tener el hombre la voluntad constante y el libre y desembarazado poder de obrar el bien, esto es, de seguir las leyes de Dios para conservarse semejante á Dios. Porque el no tener esa voluntad y ese poder, argüiría que otra cosa en el hombre, ménos noble y grande, sería más poderosa y fuerte que lo que en él habia más grande y más noble; y siendo así, en el hombre existiría desórden, y el desórden es el mal, y Dios habria hecho al mal.

—

El mal existe, pero no viene de Dios, que es bueno, sino que ha nacido á causa del hombre. No hay mas que reparar en este, gloria y asco del universo, como dice Pascal, y en la grandeza de sus pensamientos y en lo indecible de sus miserias, y sobre todo, en la absurda monstruosidad de sus contradicciones, para comprender que en la naturaleza de criatura tan noble, hubo un gran trastorno que turbó su ar-

F. de P. Quered.

monía, y la desordenó y la corrompió. Así, al penetrar en una ciudad, si veo á la autoridad que la gobierna, tímida y vacilante ante el populacho insolente, y que éste á bramidos le dicta como ley su capricho, digo que en aquella ciudad hay desórden y mal; y lo propio afirmo del hombre, cuando considero su razon (autoridad) cegada, turbada, arrastrada por sus pasiones (populacho). Y aún más; aunque la razon, reluchando, llegara á ser obedecida, por esa necesidad en que estaba de luchar, deduciría que habia desórden y mal en el hombre; porque aquel es gran rey, que manda con imperio sosegado y libre; pero estar siempre con las armas en la mano, arguye que no se mira su poder como incontrastable, sino que se le tiene por vencible y débil; y en fin, que no se afirma su trono sobre sólidos y firmes fundamentos.

—

El hombre en cierto modo creó el mal, porque abusó de su libertad; pero aun faltando y perdiéndose, dió muestra de su grandeza; porque se perdió por una grande ambicion, por ser Dios; así como ahora se obstina en perderse por otra ambicion grande, por ser rey.

—

La razon del hombre, abusando de su libertad, se degradó á sí propia; y por sí misma bajó del trono, y abdicó el imperio. Dios castigó al hombre apartándole de sí... Antes conversaba con él en el Paraíso, y le arrojó del Paraíso. El hombre salió del Paraíso huyendo de Dios á abrazarse con la tierra. Dejó de mirarse en el espíritu divino de su Hacedor el espíritu rebelde de la criatura, y los sentidos que se enseñorearon dél, pegáronse, aunque avergonzados, á la materia del mundo maldecida.

—

Ved en qué hubo de consistir la corrupcion primera; rebelándose y apartado de Dios, perdió el hombre la vista de espíritu, la intuicion clara que antes tenía de su Criador y de su bondad y belleza infinitas; pero quedó despierto y más avivado el instinto de la carne, esto es, la concupiscencia de las cosas criadas. El ímpetu del corazon, que antes se dilataba por la parte del cielo, cambiado su curso, se aba-

lanzó desapoderadamente y se pegó con violencia á las cosas de la tierra; se interpuso entre la razon y Dios, mezclada con el humo de las pasiones, la sombra de bellezas fugitivas ó de mentidas grandezas; y aunque no se borró, se oscureció en el hombre la idea de su Hacedor divino... Quedó, pues, el hombre como rey degradado que conserva todavía en su frente la señal de la corona; é hijo de Dios, pero enemigo de Dios, como no amase ya á su Criador, se amó á sí mismo, y se hizo centro de todo.

Por el amor de Dios, dice San Agustin, llega el hombre al desprecio de sí mismo; por el amor de sí mismo llega el hombre al desprecio de Dios.

P. de P. Laureda.

II.

El talento.

La verdad es *lo que es*. Conocer una cosa es saber una verdad. Dios conoce todas las cosas, porque las hizo.

—

La alta ciencia es conocer á Dios en sus relaciones con el hombre; conocer las relaciones entre el espíritu del hombre y su cuerpo.

—

Conocer las obligaciones y derechos del hombre en sí y con relacion á los demás, ya particulares, ya investidos de autoridad, es la ciencia moral y social.

—

Conocer las cosas materiales que forman este magnífico palacio que llamamos mundo, y las relaciones entre ellas para hacer de las mismas útil aplicacion, es la ciencia natural.

—

Quien conoce muchas verdades *sabidas*, es un sábio; quien sobre ellas descubre una verdad importante, es un génio, es un nuevo Colon que ensancha el mundo.

—

El ingenio encuentra una manera divina de decir la ver-

dad, y como si entreviese el cielo, se empeña en hermosear y engrandecer los objetos que conoce, y de estos y de los que fantasea, crea un mundo mejor, desdeñando el presente.

—

Los hombres, cuya mente descubre de más léjos, y vuela más alto, son los ricos de Dios, los más heredados por él, sus primogénitos... en cuanto se aplican á estudiar la verdad, y á difundirla entre los hombres. Pero si abusan para descarriar su entendimiento y pervertir su corazon, son los más miserables entre los hombres, y horriblemente ingratos, pues que recibieron su talento de Dios, y usan de su talento contra Dios.

—

Los rayos que despiden las frentes de los grandes hombres, forman reunidos la aureola de la humanidad.

—

Como un pueblo sin juventud semejaría á un año sin primavera, así una nacion sin hombres de talento á un cielo sin estrellas.

—

Gran excelencia es el talento; pero quien ve más y sabe más, está atenido á mayores obligaciones, y sobre todo sufre más; cuanto más claro veais la verdad, más os da en rostro el error; cuanto más vivo tengais el sentimiento de lo bello y de lo grande que escasea, más ha de repugnaros la ruindad y la miseria que abunda... Fuera de que las imaginaciones vehementes son las que forman las grandes tempestades en las regiones del alma.

—

Un hombre de gran ingenio suele entregarse entero á grandes ilusiones; y miéntras se mece, juguete de ellas, en un mundo ideal, en éste prosáico y positivo le engaña un niño y le burla una mujer.

—

Como hombre que vive en hermosísimo país, donde cultiva fértil heredad, y ha edificado casa muy á su gusto, y tie-

J. de P. Lucena

ne en torno de sí todos los objetos de su amor, si se ve desterrado, solo y para siempre á tierra despoblada y estéril, bajo un cielo triste y nebuloso, ó se entrega furioso á la desesperacion, ó agoniza consumido de tristeza; así el hombre, que viviendo de ilusiones, ve morir una á una estas bellas hijas de su fantasía, y al fin se encuentra solo en un mundo desierto con un corazon destrozado.

—

Y al fin ¿qué sabe el hombre que más sabe? Casi nada..... acaso que es más miserable que los demás hombres. La única verdadera ciencia es poner en órden los movimientos turbados del corazon; gozar con moderacion del bien, sufrir con resignacion el mal, y viviendo de buena fé, cuidar del dia de hoy, dejando para Dios el de mañana. Pero esta ciencia no se adquiere inventando máquinas y componiendo poemas.

—

Así como los ricos del mundo se afanan por ensanchar sus heredades, y los Reyes por añadir algunas leguas de tierra á sus reinos, así los príncipes de la inteligencia luchan por extender su fama, esto es, para adquirir más admiradores, ó como si dijéramos, más vasallos; porque el reino suyo es el reino de los espíritus.

—

Dice Pascal que estar bien en la estima de los hombres es gran colocacion; mas creo yo que obstinarse en obtenerla es tambien gran miseria. Porque quien esto hace, pretende; y se humilla, como pretendiente, al ruego, y se expone á la repulsa, y se afana con la competencia, y sufre con la injusticia, y en fin, hace depender la paz y el contentamiento de su espíritu de la opinion ajena; de la opinion de los eruditos que es envidiosa, de los pedantes que es tonta, de la muchedumbre que es ciega.

Desconocidos casi murieron Camoens y Cervantes. Y la Fedra de Pradon fué aplaudida miéntras la de Racine silbada.

—

Hombre codicioso de gloria paréceme; un viejo muy res-

petable que se desvive, perdido de amor, por los favores inciertos de una muchacha liviana. Vedle: sale á la escena del mundo, y aunque procura disimularlo, pálido y ansioso, dice al público: «Aunque yo creo que sé más que tú, te ruego que gustes de mi obra y me aplaudas.» ¡Válgame Dios! Antes que ese hombre de talento, quisiera ser un pobre leñador, sin otro afan que ganar mi jornal de cinco reales para alimentar á mi familia.

—

Quien se precia de su talento, es aun más vano que una mujer que se pavonea con su hermosura. El talento es más alto don, pero al fin es don prestado.

—

Teófilo que ha impreso, yo no sé si una oda ó un folleto, el dia en que se anuncia al público, se echa á la calle, la frente más alta, el paso más firme, el corazon más satisfecho. Se dirige á los sitios concurridos, mira de reojo por observar si le miran, y «ahora dirán (piensa entre sí), por ahí pasa un hombre de talento.» Ignoro si han reparado siquiera en él, pero sé que el que pasa, á pesar de su talento, no es más que un nécio.

—

Confieso que pueda disculparse el afan por la gloria; pues este afan ha producido grandes hombres y estimulado á nobles acciones; y da muestra de tener en mucho á los hombres quien anhela colocarse altamente en su estimacion, y vivir despues de muerto, en su memoria. Y sin embargo, todo esto me parece una brillante vanidad.

—

Oí á Teófilo, hombre de mérito, las siguientes palabras: —«Pena me da que D. Simplicio me admire: acaso sea yo dos dedos mas alto que él, pero ¡si soy tan pequeño! ¡Además es tan buen hombre, que quizá creerá que obro bien, porque sé alguna cosa... ¡oh! quisiera esconder mi ciencia como un defecto, y mi talento como una vergüenza!... ¿Qué es el talento, si su luz no os muestra la verdad? ¿Qué es la ciencia, sinó os enseña amar la virtud?

—

Escribir un hombre sus ideas, arrojarlas impresas á los cuatro vientos del cielo, ver que ansiosos los hombres las

de P. Lucero

leen, pensar que influirán en ellos, y en los hijos de sus hijos... y que después de muerto, siglos después de muerto, vivirá su nombre en la boca de las gentes á pesar del torrente de los siglos, eso es ser rey, y más que rey, semidios... Pero decidme, os ruego, ¿quién dará noticias á Chateaubriand, á ese muerto inmortal, quién le dará noticias ahora de las ediciones de sus obras? ¿Quién de las alabanzas que le prodigan las gentes? El se fué al sepulcro con ese pensamiento; mas en el momento de espirar, el pensamiento se desvaneció, y se llevó toda su gloria.

—

Fantasée, si gusta de ello, el hombre, que vivirá eternamente merced á sus obras... ¿Eternamente he dicho? ¡Ah! que el mundo ha de acabar, y al fin la Iliada no tendrá lectores... ¿Qué vale la gloria de unos cuantos siglos para una alma que es inmortal?

—

Llevad, pues, vuestro talento como un don prestado: estudiad por encontrar verdades, ¡rico patrimonio! escribid por disipar errores, ¡gloriosas conquistas! Por lo demás, si no podeis desprenderos del amor á la gloria, no la busqueis al ménos; si toca á la puerta de vuestra casa, recibidla con sencillez, como á un huésped noble, pero importuno. No hagais depender vuestra felicidad de la opinion variable de la muchedumbre; conservaos libre y verdaderamente grande; hecha una obra, consultadla con amigos que amen la verdad, y si llegais á persuadiros que hicísteis algo bueno, que os sea bastante recompensa el gozo solitario y sublime que llena el alma de quien acertó á poner en cosa suya algun rayo de aquella luz que viene del cielo... Dios se gozó al ver sus obras que eran buenas; tambien será lícito gozarse al hombre, sino olvida que de todo es deudor á su Dios.

—

No se leen ya en el mundo obras voluminosas; el espíritu humano, cansado de sí mismo, y arrebatado á la vez por diferentes objetos, lleva impreso el carácter de un siglo en que todo se precipita con increible rapidez, sin que sea dado fijar su atencion, ni un solo momento, en ninguna cuestion, por importante que sea. Empero hay cuestiones que no pueden explicarse ni comprenderse tan apresuradamente, y sin embargo son las mas interesantes al hombre. Esta pre-

cipitacion, en la que nada se detiene, nada se medita, bastaría por sí sola á debilitar, y con el tiempo á destruir de todo punto la razon humana.

—

Desgracia grande es y miseria sin igual que un siglo se haga admirador de sí mismo y se sobreponga á cuantos le precedieron: el orgullo de los pueblos tiene entónces un carácter de locura extraordinariamente espantosa; porque la locura de las masas, siempre cercana al furor, presagia un vasto desórden y enormes calamidades.

—

No se oye hablar mas que del progreso de las luces, desde que se ignora á qué atenerse en todo linaje de conocimientos. En breve, se nos dice, lo sabremos todo. Pero en medio de tantos descubrimientos, los mas útiles y que mejor marcarían un verdadero progreso del género humano hácia la perfeccion y la felicidad, serían sin duda los descubrimientos morales. Mas ¿qué virtud se ha inventado después de Jesucristo?

—

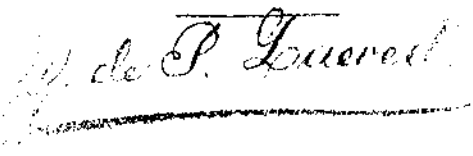
¿Por qué se nos habla sin cesar del progreso de las luces, y jamás del progreso de felicidad? Porque es muy fácil persuadir á un necio que tiene juicio, y tanto más fácil cuanto más necio es; empero nunca se persuade á un desgraciado que es feliz.

—

El hombre recibe la verdad como los campos reciben el rocío: del cielo.

—

Cuanto mas se extiende y generaliza el error, tanto es más vago, deleznable, incomprensible, puesto que no es otra cosa que la destruccion ó la negacion de lo verdadero. Al contrario, cuanto más se generaliza la verdad, tanto es más exacta, más clara, más evidente, porque generalizarla es extender lo verdadero y separarlo de toda mezcla de error, viniendo á ser entónces más visible, pues que nada se ve realmente sino lo que es.



III.

La riqueza.

En el mundo, si no se ama, se respeta ó se teme al poder. El oro es un poder, porque representa los elementos para atraer ó dominar á los hombres, haciéndoles bien ó corrompiéndolos. El rico tiene en su gabeta su subsistencia y la subsistencia de muchos: natural es que los hombres vayan en torno de él, para vivir de él.

—

Es tanta la ruindad de los hombres, que pasarán por junto á un hombre virtuoso sin mirarle siquiera; pero siempre se inclinarán delante de un rico. El oro, por brillante sin duda, atrae sus miradas, y como es la divinidad del mundo materializado, pide y obtiene incienso y adoracion. Nunca están desiertos sus altares.

—

Ese hombre va en coche tirado por cuatro caballos blancos como la nieve ó negros como la noche ¿Es un biznieto del rey Wamba?..... Fué un asentista, y ahora es un caballero. Si viene hácia mí, me aparto; me atropellaria si no: yo no podria luchar con él, con sus tres lacayos y con sus cuatro caballos.

—

¡Paso á la aristocracia del dinero! Es muy más insolente que la antigua, y no está protegida, como ésta, por la sombra de los héroes. La aristocracia antigua se engrandeció derramando su sangre; la moderna chupando la de los demás. Brotó aquella en Lepanto y en Pavía; ésta salió tiznada de la Bolsa.

Si quitais á ese hombre su dinero, vereis cómo se trasforma hasta su figura. Ya no es tan gallardo ni tan ingenioso; roto el talisman, aparece lo que fué siempre: un intrigante de mala ley, ó un fatuo de no buenas costumbres. Las cortesías con que antes le acatábais, las blandas sonrisas con que le oíais, no se dirigian al hombre, sino al dinero del hombre.

—

No hay en el mundo sino una cosa más despreciable que el rico despreciable; y es el adulador de su riqueza.

—

Un rico vicioso, como va en coche, y no á pié como el vulgo de los hombres, recorre en breve tiempo la larga carrera de su vida; usa y abusa en diez años de los placeres que podian llenar una vida de cincuenta; y visto todo, y agotado, y viejo en medio de su juventud, encuentra para entretenerse... el fastidio.

—

El pobre labrador que trabaja seis dias para descansar y solazarse en el sétimo, es más feliz que ese hombre; porque siempre sabe bien el pan que se baña con el sudor de la frente.

—

¡Pobre avaro, que mira con ánsia y palpa con alegría febril el oro con larga angustia amontonado! Un ligero rumor le dispierta trémulo y acongojado en su lecho. No tema: las rejas y candados que protegen su casa no consentirán paso al ladron nocturno..... ¡á no ser que el sirviente sea infiel! Pero cierre y atranque la puerta de su cuarto para defenderse de la infidelidad posible del sirviente.....

—

¡Pobre avaro! Hay un gran ladron que entrará, cuando ménos lo piense, en su casa, al través de las puertas barreadas; á quien no ablandará con súplicas, ni ahuyentará con gritos, ni podrá perseguir ante los tribunales de justicia. Al ménos ¡si no fuese tan angosto el ataud! ¡si pudiese meter en él todo su dinero, y todas sus casas, y todas sus heredades, y llevárselo todo á la eternidad!.... ¡Pero qué remedio, si nada cabe! ¡si se ha de dejar todo en el mundo!

J. de P. Lucero

¡Pobre avaro! ¡Y cuán pobre aparecerá ante un Dios inexorable! Porque sus riquezas las dejó en el mundo, y descuidó proveerse de libranzas contra el tesoro de la eternidad. Esas libranzas las dan los pobres á los ricos para que puedan entrar en el cielo.

—

¡Cosa verdaderamente divina! Unos tienen en el mundo casas, heredades, dinero: otros la *palabra* de Dios. Pueden darla como en prenda ó hipoteca: y deben encontrar quien les preste sobre ella; porque se paga en el cielo, y es esta casa segura y acaudalada.

—

Hasta ahora solo Dios á la otra parte del sepulcro pedia cuenta á los ricos de los bienes que administraron; parécenme que quieren adelantarse á pedirlas en el mundo los socialistas.

—

Yo quiero ser rico, muy rico, inmensamente rico. Nunca hay bastante dinero, porque nunca hay bastante felicidad. Poco necesito para vivir, y áun para gozar, ¿qué haré de mis cuantiosas rentas? Conozco á muchos que no pueden trabajar, ¡son tan viejos algunos, y otros están tan enfermos! Además tierras hay incultas en España; las cultivaré, las plantaré, y podré dar jornales al pobre trabajador, contribuir á desterrar la ociosidad, aumentar la riqueza pública, ser la Providencia de los indigentes; y esto ¿no vale más que dormir en lecho de plumas ó volar en brillante carroza? Esas vides que yo planté y que ahora hermosean la tierra, me pagan muy bien..... ¡cuánto gozo en ver esos árboles, que por mí crecen lozanos, y me dan grata sombra y riquísimo fruto! ¡Y las bendiciones de esas sencillas gentes que acaso viven por mí! ¡y el pensamiento de que Dios sabe de quién es el pan que comen sus hijos desgraciados! ¡y la paz de mi conciencia en el mundo, y la esperanza de mi riqueza en el cielo!.... Vamos, me dan lástima esos ricos, porque no saben ser felices..... ¡Tenedles compasion!

IV.

Tristezas.

Ese hombre abriga un espíritu impetuoso, ardiente, arrebatado: su ímpetu generoso pudo remontarse hasta Dios, y el miserable lo gastó en recorrer la tierra buscando en ella lo infinito. Dios se apartó de él: mústio camina y vacilante; siente su grandeza, y es débil; arde por hacer el bien, y Dios no le sostiene, y desfallece y gime; su propia flaqueza le arrastra, y obra mal, y el mal le repugna, y llora. Las alegrías de la tierra le entristecen, porque agitan y pasan: las esperanzas de la eternidad no le consuelan, porque no está en comunicacion con el cielo. Espantosa lucha hay en ese hombre: su corazon brota sangre. Es águila que ha destrozado sus alas, y se agita en angustioso recinto, y aletea ahogándose; necesitaba para espaciarse y respirar el agua purísima, las soledades sin límites del cielo!

—

A vista á veces de agraciadas bellezas, ó al oir el sonido de música deliciosa, hay algun hombre de semblante austero y meditabundo: es la estátua de la tristeza echada en medio del estruendoso bullicio. Al són de estúpidas risotadas se oye exclamar arrebatadamente á aquel hombre: yo volvería á un desierto, yo me hundiría en la oscura celda de un trapense. Y dicen todos: Ese hombre está loco; busca diversiones, y anhela soledad. ¡Ah, no! Ese hombre, de alma tal vez ardentísima, entreve, como á la luz de un relámpago, todas las delicias del mundo; siente la horrible tentacion de anegarse en ellas; pero espántase á tal idea, y cual si á sus piés cayera un rayo, retrocede, y puesto de golpe en el

contrario extremo, dice: ¡yo me sepultaría en la celda oscura de un trapense!

—

¡Inmensidad de ruido, ó inmensidad de silencio! ¡Las criaturas, ó Dios! Pero no: solo Dios puede bastar al alma: el río se lleva al mar, el alma á Dios. ¡El alma tiene sed de lo infinito!

—

Hay instantes en la vida del hombre amargos, terribles, extraordinarios. Soledad de alma en que se anega ésta en tristezas tan profundas, y cobra tan mortal disgusto á toda cosa, que si no creyese el hombre en Dios, ó mejor, si no le temiese..... se mataría. Como si quisiera huir de sí mismo, pugna por aturdirse, por entontecerse; anhelaría hacerse bruto, hacerse planta. En vano, que no puede arrojar de sí esa horrible inapetencia de alma, que llamamos fastidio. Pero pensar es su esencia, obrar su vida, y tal estado ha de ser pasajero, el alma ha de salir de él; está constreñida, siéntese forzada. ¿Qué hará, pues? Ó arrojarse en el frenesí de la desesperacion, ó en brazos de la misericordia divina..... Haz, hombre, un esfuerzo de gigante; destroza, hijo de Dios, esos hierros que contra la tierra te oprimen, y atrévete, por fin, á alzar los ojos á tu Criador, á tu Padre.

—

Lélio sufre una rara enfermedad: ictericia de espíritu. La causa de esta dolencia fué el fastidio. Algunas veces, ya viejo, me recibia en su casa, y una le oí, entre otras cosas, las siguientes: «Si pudiese yo dudar de la existencia de Dios, ó de su bondad, engendraría en mí esta duda la consideracion de los hombres. No aborrezco, al contrario, amo, no sé por qué, al individuo; pero desprecio, aún mas que ódio, á la raza.» Un impío diría que desacreditaba á Dios. Yo no veo sino grandes crímenes ó grandes necedades: horror, miseria. No hablo de los hombres en apariencia, que se deleitan en el mal de sus semejantes; de los hijos á quienes desespera la vida de sus padres; de los que se nutren con la sangre de la viuda y las lágrimas del huérfano; de los que escarnecen la desgracia y la esplotan: esos son hom-

bres demonios: yo los aparto á un lado, y contemplo la sociedad, rara y desordenada reunion de bribones, y sobre todo de tontos. Los tontos pueblan el mundo, y son explotados por los bribones. A la mayor parte de los tontos, para ser bribones, no les falta vocacion, sino talento. Entre los tontos, por lo demás, hay diversas categorías; unas devoran á otras. La sociedad pertenece en algunos momentos á los más fuertes: generalmente á los más hábiles; pero el principio de todos es egoismo, y su fin, vanidad. El hombre es un sér por excelencia egoista y vano.

Yo he pertenecido y formado en el ejército innumerable de los tontos; he logrado por mis servicios una decente graduaçion: habia nacido para jefe.

Cuando me acercaba á un hombre y le llamaba mi amigo, y parecia que se comunicaban nuestras almas y no habia secreto entre ellas, sino que las dos eran una solamente, yo estaba seguro, ¡oh! muy seguro de que sería vencedora del tiempo, y pasaría por encima de los intereses inmaculada y perpétua nuestra amistad..... y sin embargo, lo que pasaba eran no muchos dias; y encontraba á mi fiel amigo, y me miraba y apenas me conocia.

Hay en esta gran sociedad en que vivimos infinitas sociedades pequeñas, á las que damos el nombre de «amistad.» Se acercan dos ó más, se estrechan la mano, se llaman amigos: esto es una sociedad; como tal debe tener fondo. Yo ¡necio! acostumbré á poner quintales de cariño; algunos de mis amigos adarmes; otros nada, y estos eran los que protestaban más altamente de su afecto hácia mí: daban en palabras lo que faltaba en obras. A lo mejor la sociedad se disolvía; yo quedaba triste, mi amigo satisfecho, y lo uno y lo otro era natural; yo perdia mucho y él nada, porque yo queria y él no!... Si me hubiera quejado, se burlára de mí, ó acaso no me comprendiera. Yo habia entendido formar una sociedad perpétua, segun mi afecto; él temporal, conforme á su interés.

A un hombre que tiene talento, y, lo que es más raro, carácter, y, lo que es más raro todavía, conciencia, á un hombre que ama ardorosamente á su patria y á la humanidad, sólo le falta hacerse intrigante, dando á estos esperanzas, á aquellos temor, y á todos lisonja y perfume, para llegar á ocupar un puesto decente en la república. Esta ver-

J. de P. Lucrecia

dad que yo ignoraba, me la han enseñado los hombres; la reputo «axioma.»

—

La mujer que más me favorece, es la que me rechaza. El *no* me deja tranquilo, y me haria temblar el *sí*. Una mujer de sociedad ama sólo con la cabeza: el corazon ya está ocupado en distribuir la sangre por las venas. A veces, sin embargo, un hombre subido en coche magnífico puede enamorarla de veras, y es natural; tal hombre es mejor que el comun de los hombres, porque va más alto que ellos.

—

Dios hizo sagrada la pobreza, y le mostró el cielo. Sabia bien que habia de pasarlo mal en la tierra.

—

Soy poseedor de un secreto que, á saberlo las personas timoratas, y á querer yo venderlo, de seguro me haria poderoso. Mas por un capricho, de los que ahora no abundan, quiero comunicarlo gratis á todo el mundo... Ir al cielo no es cosa muy llana; mas ir sin chamuscarse antes en el Purgatorio, es más que difícil. Para librarse de él muchos, menudean los ayunos, y algunos no dan paz á la disciplina; yo puedo evitarles tanta molestia; tengo el secreto, y lo revelo. Que hagan bien, mucho bien; eso les abrirá las puertas del cielo... Por cada cariño, estén seguros de ello, obtendrán un desengaño; por cada favor un golpe... Esto, sufrido con paciencia, conservará para ellos cerradas las puertas del Purgatorio.

—

Hastiado, pues, de toda cosa, en nada creo, nada espero, aunque amo todavía.

He dicho mal: creo en Dios y en la virtud de mi madre: creo en el interés, ídolo de los hombres, y en la fuerza su rey ó su tirano. Y espero..... en cuanto á la esperanza la he colocado, allá..... muy léjos.... encima de un sepulcro.

—

Así hablaba ó pensaba Lélio; pero ya lo dije, sufria una rara enfermedad: ictericia de espíritu.

—

Ved la mañana con la luz de su aurora, con el esplendor de su sol, fresca y exhuberante la tierra, las flores entreabriéndose, las brisas sonando, el mundo sonriendo. Mirad al sol en medio del cielo: derrama torrentes de luz, y todo magníficamente centellea: pero la tierra está abrasada, las flores mústias, calladas las brisas. Considerad esa especie de lucha entre la luz y las sombras: aquella va cediendo, estas adelantando, invadiendo, ennegreciéndolo todo, hasta que al fin parece descansar naturaleza en un silencio funeral... Imágen es esta de nuestra vida, escrita en el cielo.

—

En el cielo hay estrellas que revelan un mundo mejor, miéntras las sombras de la noche envuelven el que habitamos como un triste sudario.

Cosa que dura poco, vale poco..... ¿Qué vale, pues, la vida?

—

Imagínome á veces en medio de un jardin, al que la luz, la flor, las frutas, el trino del ave pintada y el murmullo de las aguas fugitivas, prestan hermosura y encanto. Estoy en medio de él y me siento dichoso..... pero observo que va formándose en torno de mí un gran círculo: no importa: aún admiro cercanas las flores... mas á poco el círculo se va ensanchando, y con dificultad las diviso, y casi no percibo el sonido del agua, y el canto del pájaro lo oigo apenas..... Y se ha ensanchado más, y sólo columbro un poco de verdor, léjos, allá muy léjos, en el confin del horizonte. ¡Que no desaparezca del todo! ¡Qué angustia, ha desaparecido!.... y héme aquí en medio de un vasto, estéril y solitario arenal, donde no hay un objeto en que pueda reposar mis ojos. ¡Ah! ¡miserable de mí! ¿por qué no los levanto al cielo?

No hay país, por horrible que sea, que no tenga sobre sí un cielo resplandeciente.

—

¡Ah! desde que desprendiéndonos de los brazos de nuestras madres ponemos el pié en el camino de la vida, ¡cuántos dolores esperan al corazon, cuántas lágrimas á los ojos! Vénse aquí y allá algunas flores, pocas son; marchítanse en breve. Mústia y penosamente andamos nosotros por sus ásperos senderos, encorvados bajo el peso del dolor, ensan-

grentado el pié entre las espinas. ¿Donde está el lugar del reposo? Desde que comenzamos á andar, ya lo vemos al fin del camino..... ¡vemos un sepulcro!

—

Ese fantasma que llaman los hombres felicidad, ¿sabreis decirnos dónde lo hallaremos? Porque á veces soñamos divisarlo, y corrimos tras él, y nos pareció tenerlo entre los brazos, y ¡era una sombra, y voló! y en el espíritu quedó cansancio, y en el corazon remordimiento, y una lúgubre y solemne voz sonó en nuestros oidos: «milicia es la vida del hombre sobre la tierra; nacido de mujer, está rebenchido de miserias.»

—

¡Cuán breve es el placer, cuán incompleto, y sobre todo, lo que es mayor miseria, cuán desasosegado! En medio del clamor de los festines siempre oimos un ¡ay! de tristeza; y cuando nos arrojamos delirando en brazos de la alegría, ya está de acecho para saltearnos la pesadumbre. Así nos cuenta el divino Milton que espiaba el ángel del mal los púdicos abrazos de nuestros padres en el Paraíso.

—

Considerad en una fresca noche de verano á la hermosa Parthenope de los antiguos. Besada por las ondas suaves del mar, reposa Nápoles entre flores, al son de céfiros perfumados, y mira hechizada aquel cielo tan puro, tan gracioso, tan bellamente estrellado. Pero no léjos de la encantada ciudad se eleva una montaña, y de ella se ve subir, ondeando con espantosa amenaza, una columna de humo. Hé ahí una imágen fiel de los placeres del mundo.

—

¡Corazon del hombre! si apeteces la felicidad, si la que gozas en el mundo no te llena, ¿dónde está la que podrá satisfacerte? ¡Felicidad del mundo! si eres una ficcion, ¿dónde se encuentra la realidad? ¿Dónde brilla la imágen divina, de la cual llevas en tí solamente un pálido reflejo?

Al pensar así, levanta el cristiano sus ojos y mira al cielo.

V.

Vanidad de vanidades.

Viven los hombres tan olvidados de su orígen, como de su fin. Pasan la vida sin pensar siquiera lo que es la vida.

—

Hay hombres que se desviven por ensanchar sus ya largas heredades, ó en recontar en el rincon más oscuro de su casa su dinero, bien ó mal adquirido, sin apercibirse de que una tosecilla tenaz les anuncia la muerte, no lejana. Hay quien revienta de felicidad al repasar sus viejos pergaminos.

Todos se afanan por lo presente, y levantan, sobre una base que falsea, una felicidad tan vana como fugitiva.

Todos, desde el grande de España hasta el cocinero de una casa particular, fundan en algo su orgullo y su dicha; uno en su habilidad para hacer guisos: otro deleitado en la contemplacion acerca de si su sangre será de color distinto de la sangre de los demás.

Pocos, ó casi ninguno, piensan en su magnífica genealogía: pocos, ó casi ninguno, siente su verdadera grandeza. Esta consiste en pensar; en obrar bien; en ser hombre, en una palabra, hijo de rey, pues que es hijo de Dios.

—

Ruego á todos me digan: ¿qué vale más, el alma ó el cuerpo? No pueden vacilar al contestarme, porque lo que habla en ellos, lo que piensa y siente, eso es el alma; eso es el hombre. Y el cuerpo no es más que un poco de materia organizada, que se deteriora, se arruina, se deshace y se corrompe;

M. de P. Guerra.

polvo, en fin, que aunque sea el de un héroe, nadie puede distinguir del polvo de un miserable.

Ruego á todos me digan, si despues de la excelencia de la virtud, hay algo igual á la del pensamiento. Me dirán que no, porque el pensamiento es el hombre, y no hay quien no prefiriese ser el mendigo más infeliz á ser un rey idiota, objeto, á pesar de su corona, de lástima sinó de burla á las gentes.

Cierto que Dios no ha dado á todos igual luz de entendimiento; pero á todos los ha hecho capaces de grandeza. Porque un hombre por su corazon puede elevarse sobre el de más sublime inteligencia; y un ignorante, sacrificándose por el bien de sus hermanos, vale más que Newton descubriendo las leyes del universo.

Pensar más en ser más hombre, conocer mayor número de verdades, es ser más señor del mundo moral; y manifestarlas al mundo, sino se hace por vanidad, es virtud. Mas practicar la virtud vale más que enseñarla, porque aquello cuesta más que esto.

Los claros entendimientos, y sobre todo los buenos corazones, son la aristocracia de Dios.

—

Entre todos los séres ridículos, descuella por su ridiculez un hombre que se pavonea con su hermosura. No digo que se avergüence de ella, que al fin es don de Dios; pero llévela con sencillez, sin acordarse de que la tiene. Deje esta vanidad á las mujeres.

A nadie pese ser feo, hijo desheredado de la naturaleza. Podrá ser menos amado, y esta es su única desventaja, aunque yo entiendo que no es mala fortuna; pero si llega á ser amado, lo será más y mejor.

La moda es la diosa antojadiza de un mundo fútil. Sus sacerdotes son la flor y espuma de la sociedad; es decir, los tontos por gracia y por naturaleza. Uno de ellos se levanta en París, siente la invasion del númen, medita profundamente, y merced á alguna iluminacion interior, llega á imaginar que, recortado de cierto modo el faldon del frac, el frac ha de sentarle mejor. Pensado, y hecho. Trázase el figurin, recorre el mundo, el mundo se alborota; multitud de hombres se afanan por ensayar en sí la gloriosa reforma; tendrian vergüenza los hombres de mostrarse al mundo sin el faldon de su frac recortado.

Yo no digo que un hombre, ni en sus modales ni en su traje, aparezca estravagante; huya de atraer sobre sí las miradas de los demás, y de la vanidad de no tener vanidad. Pero pensar diez minutos en su traje por parecer mejor, un hombre que es de la misma raza de Milton, de Descartes, Hernan Cortés y Vicente Paul ¡vive Dios! que es gran vergüenza y singular desvarío.

Los hombres fútiles hacen más vanas á las mujeres. Y de su union nace una cosa que parece hombre... y que desacredita á Dios.

—

Tal hombre que nunca ha comprendido, ó acaso no ha leido jamás aquellas magníficas palabras del Evangelio: «y les dió potestad de ser hechos hijos de Dios,» está hinchadísimo con el pensamiento de que su quinto abuelo fué... cualquier cosa: regidor perpétuo de cierta ciudad. Si á esto se añade que lleva un título, capaz es, desde la cumbre de su necedad, de descubrir apenas, allá abajo, á la mayor parte de los hombres; y le cuesta dificultad creer que él y ellos fueron criados del mismo barro.

—

No desprecio á la nobleza, líbreme Dios de ello; y me holgára mucho de que á uno de mis abuelos le hubiesen llamado Guzman el Bueno ó Colon el Grande; pero una ilustre ascendencia, léjos de ser título para menospreciar á los demás, solo es herencia de gloria, que impone, al que la recibe, tremendas obligaciones.

¿Seré yo mejor ó más digno porque mi vigésimo abuelo conquistase el título de conde? Y doy que no lo alcanzase por el camino de la adulacion ó de la intriga, sino guerreando bravamente con los moros ó los flamencos: por ventura, el que tuviese aquel señor buenos puños, ¿me hace á mí mejor ciudadano ú hombre mas honrado?

—

Bien echadas cuentas, todos los hombres son solidarios de las glorias pasadas. Hombres eran los que las adquirieron, de nuestra sangre, de una sola familia. Si alguien me lo disputa, trazaré mi árbol genealógico, colocando el tronco sobre el arca de Noé, y si no os dais por satisfechos, en medio del Paraíso.

V. de P. Quereda

Un grande nombre no ensalza, empequeñece al sucesor indigno que lo lleva. ¡Qué ridículo me parece ese pigmeo encorvado bajo el peso de una herencia de gloria!... Una mujer fea, cuando me acuerdo de su madre hermosísima, me parece más fea.

Un noble degenerado debiera avergonzarse de decirnos: mis padres fueron grandes. Porque á seguida pensamos nosotros: y tú ¿qué eres?... Visto á la luz de su gloria, nos parece más pequeño.

—

Ahora, nacer noble al mundo, es entrar en él con buen pié, con presuncion favorable; como hombre á quien presenta en casa particular un ilustre personaje.

—

Yo saludo á un noble acordándome de sus abuelos; estos sirvieron á mis padres, y yo he recibido de mis padres, juntamente con la vida, una deuda de gratitud.

Como nacido el noble en casa donde debe respirarse el aire de la gloria, pudiendo y debiendo recibir educacion excelente, tenemos derecho á esperar de él un hombre digno y celoso ciudadano. Si no lo es, la ejecutoria de su nobleza es el título de su ignominia.

—

Un hombre pretende en casamiento á mi hija. Le pregunto: ¿qué sois?—Marqués.—¿En qué os ocupais?—En comerme la herencia de mis padres.—Amo mucho á mi hija; no puedo hacerla marquesa. Ni los halagos del lujo, ni el palco en el teatro, ni la carretela tirada por yeguas extranjeras, pueden llenar vuestro corazon: necesitareis del frenesí del juego, ó del encanto de las queridas. Sin ser dichoso, hareis á mi hija infeliz ó perversa. Mi hija no será la esposa de un ilustre holgazan.

¿Qué importa que vuestros padres os legáran grandes riquezas si os dejaron la ociosidad? El sol cuando despunta en el horizonte, llama á todos los hombres al trabajo: y el trabajo es el pan del pobre, la felicidad del rico, y casi siempre su virtud.

—

Hija de la razon, y sancionada por el Evangelio, se ha hecho paso al través de no pocas dificultades, hasta dominar al mundo esta opinion: el hombre vale por sus obras.

Si un noble, en arrebato de desdeñoso desprecio, dijera á un hombre oscuro, pero de claro talento: «yo soy noble»: podria éste contestarle «y yo lo soy con mejor título; yo soy Duque y Grande de España: Dios me dió el diploma, y lo he mostrado á los hombres, por un pensamiento sublime que jamás pudiera nacer de vuestra estéril cabeza.»

Esto podria yo decirle, si no fuera esto vanidad.

VI.

El amor y la mujer.

Pues que el amor es la dulce inclinacion que sentimos á todo lo que física ó moralmente es noble, hermoso y grande, y pues que esa inclinacion nace y vive con nosotros, sin duda la recibimos de Dios cuando nos formó con sus manos y nos animó con su soplo divino: porque en Dios, como en su fuente, reside la esencia de todo lo que es noble, hermoso y grande en el mundo.

Por amor crió Dios á los ángeles y á los hombres: el amor es el alma del universo. El amor es la union; pero union dulce y sosegada; es el órden acompañado de la felicidad.

Amamos á un objeto, porque nos produce bien y contentamiento. Y por esto deseamos mirarlo, acercarnos á él, identificarnos con él. Amarse es ser dos en uno, ya en pensamiento, ya en voluntad del bien comun, ya en union de alma y de cuerpo, de todo el sér.

En cierto sentido puedo decir que amo la flor, la estrella, el murmullo de las auras, la poesía, la música, la virtud, y la verdad; es decir, encuentra solaz mi espíritu en la contemplacion de los objetos de la naturaleza, y, digámoslo así, de los hijos inmortales del corazon y del entendimiento humano. Pero el grande amor es el que debo tener á los séres capaces de esos hijos, y el máximo y el perfecto es el que debo tener á Aquel por quien todo es, en quien todo es, el poder, la sabiduría, el amor.

—

La mujer es espíritu como yo, y está revestida de un

cuerpo lleno de gracias. Es el complemento de mi sér, y por eso la amo con amor al cual ningun otro asemeja.

—

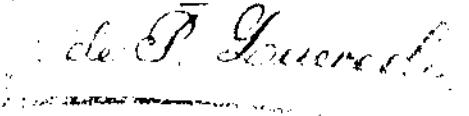
Debajo del cielo sólo hay una cosa dulcísima que llena, al ménos un instante, todas las medidas del deseo humano; y es el amor de una mujer casta y buena. Que un rey baje de su trono y renuncie al cetro de sus padres, se comprende; que un autor entregue á las llamas una obra inmortal y huelle sobre la gloria, duro es, pero se comprende tambien; pero que un hombre arranque de su alma el amor de una mujer digna de él, ¡eso es imposible! ¡Sería necesario arrancarse el alma!

—

Hay una cosa que se llama amor, y no es más que apetito. Nace en el hombre de las impurezas de su sangre, y no pasa de la epidérmis de la mujer codiciada. La pasion satisfecha, el amor ha espirado; instinto animal en que se muestra el barro corrompido de nuestro sér.

—

Hay un amor que llamaremos de fantasía; por él un hombre puede ser á la vez tonto y sublime. Su imaginacion exaltada busca ángeles en la tierra: fantasea encontrar uno, lo engalana, lo atavía, lo embellece, y cuando imagina amar á una mujer, adora á la hija de su fantasía y de su corazon. De los lábios de su ídolo brota un perfume que purifica la atmósfera en que respira; de sus ojos una luz suave que graciosamente la ilumina. La mujer amada sonrie, mira y hasta anda de distinto modo que las demás mujeres; toda ella es un hechizo; ya se ve, no es mujer aunque lo parezca; es un ángel vestido de mujer.—Este amor prueba el alto orígen del hombre; como tiene reminiscencias divinas de una naturaleza más perfecta y de una patria mejor, se afana, en esta en que vive, por divinizar alguna cosa y hacerla digna de su alma .. El daño está en que el tiempo no se conjura con su fantasía para mantenerle seducido, sino que poco á poco va quitándole la venda de los ojos, y al mismo tiempo robando gracias del rostro de la mujer amada, y al fin el soñador dispierta y ve claro; y ¿qué ve?... Una pobre mujer llena de vanidad, cuando no de miseria.



Hay otro amor que llamaremos «amor de alma.»—A veces os acercais á una mujer con quien apenas simpatizais, y apenas la encontrais agradable. Os vais, sin embargo, acostumbrando á su vista y á su trato; se va revelando á vuestros ojos toda su alma: ¡es tan buena y tan leal! Su modestia os atrae, su dulzura os cautiva, su ingenuidad os encanta. El alma va aficionándose, uniéndose, pegándose á su alma. La encontrais bella en la belleza de su alma. La amais.

El amor de fantasía suele prender en un instante: el lugar estaba preparado para recibir el ídolo; acaso el ídolo estaba ya allí; pero le faltaba forma y nombre. El amor de alma cuesta más; no es la imaginacion volando, sino la razon paso á paso la que lo engendra en el alma. Ambos son puros; el primero más impetuoso; el segundo más tenaz. Este, como más racional, es más digno del hombre. Vale más, porque dura más. Está á prueba del tiempo, porque el tiempo nada tiene que ver con el alma: parece superior á la muerte, porque el alma triunfa de la muerte.

El tiempo roba su hermosura á una mujer y marchita sus gracias; pero no aja su pureza, ni destruye su bondad. El alma solo es accesible al tiempo por la parte del cuerpo.

Amar y no ser amado, es cosa dura; se siente dolor como lo sentiríais al ver desaparecer la felicidad que teníais á la vista.

Ver morir una mujer amante y amada, es cosa durísima: la muerte os arranca de entre los brazos la felicidad. Pero estos dolores no tienen comparacion con otro dolor que es el grande, el horrible, el primogénito: cuando llegais á comprender que el objeto amado es indigno de vuestro cariño. Pasa entónces en el alma noble, caritativa y entusiasta una cosa horrible, sin nombre; nace de la lucha encarnizada del amor, del dolor y de la vergüenza, que estallan á un mismo tiempo. No hay remedio: es necesario arrancar del corazon con sangre una imágen que lo mancilla. Sentís..... lo que un padre forzado á matar con sus propias manos á su hijo único.

Y aun ¡si pudiérais rehabilitarla á costa de inmensos sa-

crificios! Daríais por ello la sangre de vuestras venas, último esfuerzo de un amor sublime.

—

Una mujer siempre puede rehabilitarse, borrando grandes faltas con heróicas penitencias; sólo en un caso no es posible, sin la asistencia del cielo, ¡cuando tiene mal corazon!

La dureza de corazon y la frialdad y la ingratitud, que son sus compañeras, son una lepra horrible, de la cual hay que apartar los ojos y hasta la memoria con horror y con desprecio..... Pero amábais á aquella mujer, y ¿quién os librará de la vergüenza de haberla amado?

—

Hay tres soberanías en el mundo: la de la hermosura, la del oro, la del talento. Tambien se puede ser rey por el menosprecio de estas vanidades.

—

La mujer hermosa es adorno de la sociedad, como la flor lo es del valle, y la estrella del cielo. Los hombres se inclinan delante de ella; la fuerza la contempla, y la austeridad la sonrie.

Es, digámoslo así, la hermosura una virtud física, así como la virtud es una hermosura moral. Vale más la virtud que la hermosura, cuanto vale más el alma que el cuerpo.

La mujer hermosa es reina; pero flor delicada de un dia, hechicera ilusion de una noche, no te ufanes con ese adorno prestado, ¡oh! reina frágil que tienes una sombra por corona! porque si naturaleza te dió hermosura, el tiempo en breve te la quita, y cosa que dura poco, vale poco.

Veo á una jóven lindísima, ¡miradla! es un hechizo de los ojos. Mi imaginacion se adelanta al tiempo, y encorva su talle, y arruga su semblante, ¡he marchitado su corazon! Esa mujer que pasa por entre nosotros sin que nadie repare en ella, tardo el pié, marchito el rostro, los ojos hundidos, esa fué una fresca, lozana, hermosísima mujer, de cuya planta brotaban flores, y amantes de sus miradas. Rehagamos con la imaginacion esa hermosura deshecha. Enderezo á esa mujer, estiendo su piel arrugada, la pinto. ¡Oh, mise-

J. de P. Lucrecl

ria de la hermosura, que vive un dia, que brilla y desparece en un instante!

—

Reina de la hermosura, la que pasa reclinada en brillante carroza, como en su concha tirada por cisnes. Vénus la de Cíteres, ¿por qué te envaneces con una hermosura, que al fin es don prestado y perecedero? Yo te obligo con mi imaginacion á descender de ese coche en que relumbras; voy quitándote uno á uno todos esos adornos con que te atavias: ya has perdido la mitad de tus encantos; confiesa, sin embargo, que te quedan bastantes para seducir el corazon y los ojos. ¿Mas, por qué inclinas ruborizada los tuyos? ¡Por qué te estoy hito á hito mirando! ¡Ah! quisiera verte el alma! ¿Qué hay en esa cabeza? Hay..... algunos pensamientos..... pensamientos de cintas y de encajes. ¿Qué hay en ese corazon? Sed de ser vista, de ser amada; egoismo y envidia..... ¡pasa adelante! ¡oh! reina de la hermosura..... nada vales.

—

Mujer que reune la virtud y la bondad á la belleza, es una criatura casi divina. Pero la belleza sin la virtud es una desgracia; y sin la bondad un frívolo adorno.

—

La mujer, si lleva su hermosura como un don que ha recibido con modestia, es encantadora; si la lleva como una desgracia, es un ángel del cielo. Que una jóven se esmere en adornarse, se comprende bien: es una vanidad; pero, en fin, la primavera se corona de flores. Pero el verano debe brindarnos frutos sazonados, y agrada la austeridad del invierno.

A todas las mujeres les pido virtud; pero á las que tienen más de veinte años, les pido, además de virtud, juicio.

No comprendo mujer altiva y presumida: la triste se engalana; sus adornos dicen á todos con mudas voces: admiradme ó amadme. Pide, pues, algo la pobre mujer, ¿y si no le dan, ni amor ni admiracion? ¡Qué desairado papel representa entónces la mujer altiva!

Tal como es, preséntese cada uno. Así no caerá nunca en ridículo. El que aparenta ser lo que no es ó pretende lo que no puede, eso es ridículo.

—

La sencillez es el más bello de los adornos, como el candor la más hechicera de las virtudes.

Mujer que se desfigura con adornos, miente al mundo. Nadie generalmente gusta de ella, y es gran lástima que se martirice por parecer mal á todos.

—

Mujer que une la gracia al juicio y lo pone todo al amparo de la virtud, ¡qué mujer tan deliciosa! Reune lo mejor de la mujer, del hombre y del ángel.

—

Mujer coqueta, dulce... como el pecado: pero, como éste deja remordimiento, deja aquella en el corazon de quien la amó la amargura de haberla amado; amargura mezclada de vergüenza.

Amor es el suyo breve é infausto, pero ardiente y borrascoso. La amais más porque siempre se os está escapando. El orgullo y el corazon luchan desesperadamente para alcanzar á la mujer que siempre os huye, tentando y sonriendo.

La coqueta prostituye sus miradas, sus sonrisas: solicita, halaga, desespera y mata.

Valle de flores con aguas frescas y yerbas viciosas es la mujer coqueta; la austera es montaña con plantas saludables. En aquel se embelesa el sentido, se arruina el cuerpo, se gasta el alma; en esta se recobra la salud y el espíritu se avigora.

—

La mujer es en todo extremada; mejor ó peor que los hombres. Amante tiernísima; pero amiga insegura.

La mujer sólo es grande cuando ama; grande como la pasion que la inspira. Se sacrifica por su amado, que acaso la menosprecia, y ronríe al hijo recien nacido que le cuesta la vida.

Fuerte y débil desafía al puñal, y es vencida por una flor. Triunfa del dolor, y es subyugada por el placer. El secreto de todas sus flaquezas se reasume en esta palabra: vanidad.

A un hombre fátuo, vicioso, petulante, sólo le falta ser buen mozo para verse adorado por una mujer vana.

M. de P. Lucas

Para una mujer vana son palabras sin sentido la abnegacion y el sacrificio. Si yo le hablo de uno y otro, no me entenderá; me entenderia perfectamente si yo la hablase de un baile, y sobre todo, de que ella habia lucido en el baile.

Un hecho ó una frase sublime son el eco de un alma grande. No lo comprenden las almas vulgares. Las almas vulgares se entienden perfectamente: hablan la misma lengua.

Si yo me sacrificára por una, sería tonto á sus ojos. Yo sería tonto y ella sábia, porque ella me sacrificaria por una cinta; ella fuerte y yo débil, siendo la causa de mi flaqueza mi amor, y la de su fuerza su egoismo.

Esa niña se viste y prende á maravilla. Ya sé que ha perdido tres horas contemplándose al espejo; y echando cuentas entre mí, conozco que no debo casarme con ella, porque el mueble, aunque bonito, es muy caro...

Esa mujer hace gala de sus blanquísimas manos que la aguja no tocó ni el sol ha ennegrecido; de vez en cuando las desnuda del guante para mostrarlas; se empeña esa mujer en decirnos que no trabaja.

—

Mujer que viste con sencillez, mujer de buen gusto. No hay mujer fea, si tiene bondad de alma. El alma envia al rostro un destello divino.

¿Por qué Elmira, mujer muy bella, no puede conservar á su lado á su marido? Porque solo es bonita; y francamente, no hay flor que á la hora de mirarla no cause verla.

La bondad de corazon es virtud que hace bien sonriendo y consolando. Y es tanta su excelencia, y lleva tantas ventajas á la hermosura, que un hombre de corazon, casado á disgusto con mujer fea, á la vuelta de poco tiempo se acostumbra á ella y la encuentra agradable, y al fin la ama, cautivado por su bondad.

—

Si yo fuera mujer, y alguno me amase por hermosa, debería entristecerme. Porque ese amor estribaba en cualidades que podia perder de la noche á la mañana, y porque amaban en mí la materia, que nada vale, comparada al espíritu, que no tiene precio. Desdeñad, pues, á los que sólo os aman por hermosas, ¡oh, divinidades de barro!

La mujer buena es el regocijo de la casa; la mujer laboriosa es la fortuna de su familia; la mujer que, siendo buena y laboriosa, tiene alteza en sus ideas, prudencia en sus actos, delicadeza en sus sentimientos, es la bendicion de Dios, el encanto de su marido, la Providencia de sus hijos.

Los que son hombres, cuando se les pregunta por la mujer, objeto de su amor legítimo, no dicen que es hermosa, sino que es prudente, hacendosa, buena; y si la pierden, recuerdan con lágrimas, no su belleza, sino su virtud.

—

No hay cosa que refresque tanto la sangre como el trabajo. Siempre encuentra blanda la almohada quien puede decir al acostarse: «He empleado bien mi dia.» Pero algunas de nuestras nobles mujeres tienen por de buen tono la ociosidad; se envilecerian con trabajos mecánicos; son más grandes sin duda que la más grande de las reinas, Isabel la Católica, que tuvo el mal gusto de no desdeñar la rueca. Así merecerán para su sepulcro este honroso epitafio: «Aquí yace un ente inútil.»

—

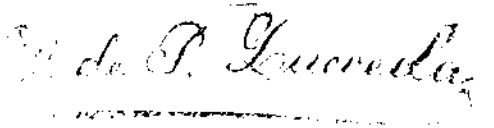
A una mujer llena de gracias, sincera y leal, recta en sus juicios, noble en sus inclinaciones, pura en sus pensamientos, ¿qué le falta para ser un ángel en la tierra? Debe sentirse bastante grande para ser humilde, bastante bella con su virtud para no ser vana.

—

Esa mujer tiene hijos; apenas los ve por el dia, y consagra la noche á bulliciosas diversiones. Eso consiste en que esa mujer los ha parido, pero no es su madre.

El lugar de una madre es junto á sus hijos; ella es el ángel de su guarda, y ellos la corona de su virtud.

¿Quién es esa mujer que á altas horas de la noche golpea su puerta como una extraña? Es mujer que viene de las máscaras, donde ha gozado y se ha agitado y ha saltado la noche entera en brazos de almibarados galanes. Ahora vuelve á su casa, donde duermen sus niños, ángeles de inocencia. Entra, la fantasía poblada de imágenes turbadoras, y si al pasar por junto á los hijos de sus entrañas los mira, es capaz de mirarlos sin remordimiento.



¡Pobre Elisa, que no puede criar á su pobre hija! Ella, verdad es que parece robusta y está sonrosada; pero ¿qué quereis? no puede criarla. Lloraría tal vez por la noche y la desvelaría, y la bella y noble Elisa tendría á la mañana el rostro marchito. Bastante hizo con parirla; ahora ya ha buscado su marido á una mujer mercenaria, y le ha comprado una leche impura acaso y viciosa...

Sé madre y no ofendas á Dios, ¡oh, mujer sin entrañas! Dá tu sangre á quien diste la vida; pero tu sangre, no enardecida con los vapores del festin ó con los delirios del baile, sino purificada por la virtud y avigorada por el trabajo.

La mujer, ya dulce de sí, se hace dulcísima para el hijo de sus entrañas. Le mece, le canta, y miéntras le da la sangre de su corazon, amorosamente le besa. Con sus miradas, con sus sonrisas, con sus besos, hace filtrar la ternura y la bondad en aquel tierno corazoncito. Así fecundan á una tierra vírgen los rayos del sol y las brisas del cielo.

La madre, más que enseña, inspira; su ejemplo, leccion viva, no queda en la cabeza del niño, sino se imprime en su alma.

Ahí teneis ¡oh, madres! la cabeza y el corazon de vuestros hijos. Dios los pone en vuestras manos, están dispuestos á recibirlo todo, el bien ó el mal; son tablas perfectamente aparejadas para recibir la pintura; pintad, pues, en ellas el amor de Dios y la caridad hácia el prógimo.

—

He visto en la cabeza de una mujer casada un aderezo de diamantes; en su brazo un brazalete de oro: he leido en esas joyas la disension de la familia, y acaso el principio de su ruina.

Conviene á una madre descuidar algo su persona, por cuidar mucho de la de sus hijos; á una cristiana, renunciar estériles adornos para socorrer necesidades verdaderas.

—

Una mujer soltera realza su hermosura para atraer el amor de un hombre; una casada para conservar el de su marido. ¿Pero á qué fin esmeradamente se adorna esa viuda, jóven y linda, que quiere conservar, juntamente con la virtud, el nombre de su esposo y la viudez de su corazon?

Mujer que se niega al amor de los hombres, no busque, engalanándose, su aplauso y sus miradas. Ocúlteles, si puede, su hermosura para que Dios solamente la vea.

—

Mujer con hijos y que hace profesion de virtuosa y austera, y se agita en bailes y rie en máscaras, rodeada de incienso y de lisonjas... podrá ser Minerva; pero yo no reconozco á Minerva en traje de histrionisa.

Si agrada, enciende deseos; si fascina, pasiones; esto halaga la vanidad... diga, pues, que tiene vanidad; la virtud se espantaría de dar ocasiones al mal y al dolor.

Joya que se expone en el mercado, es para venta. Lo no vendible, siendo precioso, se guarda en lugar secreto.

Resistirá esa mujer el embate de las pasiones; tiene, pues, fuerza para guardar su honra, pero no la tiene para dejar de atraer las miradas de los hombres. Mucho me temo que no sea la virtud, sino su orgullo quien la guarde; mucho me temo que la insensibilidad de su corazon forme el escudo de su virtud.

Atrae y rechaza, provoca al amor y no ama. Esa mujer, débil á pesar de su aparente fortaleza, se escuda con el orgullo y se nutre de vanidad. Esa mujer sacrificaria por un baile ó un lazo una amistad fiel y sincera. Comprenderá siempre mal los sentimientos elevados, y siempre los tasará en muy poco.

—

¿Qué se proponen esas mujeres, reinas y esclavas de la moda, que acaso con ruina de sus familias, y siempre en mengua de sus deberes, ostentan un lujo que escandaliza á la virtud, é insulta al infortunio? ¿Qué se proponen? Sin duda colocarse altamente en la opinion de todos. Pero hé aquí que las mujeres prudentes menosprecian su fausto, sólo las tontas lo envidian. Los hombres cuerdos censuran su conducta; sólo los necios la aplauden. ¡Digna gloria de esas reinas de un dia, la envidia de las mujeres tontas y la alabanza de los hombres necios!

J. de D. Peza.

VII.

A mis hijos.

Yo no quiero para mis hijos grandes riquezas que convidan á la ociosidad y blandamente llevan á la perdicion; bástales una mediania honesta que no excuse el trabajo.

Yo no quiero para mi hijo un talento sublime que le dé un goce por muchas penas, y por cada admirador diez envidiosos: bástale un juicio claro y un buen sentido que le enseñe á gozar pacíficamente de la vida en dichosa oscuridad.

Yo no quiero, en fin, para mis hijos la vanidad brillante de la hermosura, sino el modesto atractivo de la gracia: pues prefiero la violeta á la rosa. Y esto deseo para mis hijos, porque, amándoles, apetezco para ellos probabilidades de dicha.

Deseo, sin embargo, que tengan un corazon bondadoso y sensible: y eso que con tal corazon se recibe del cielo una rica herencia de dolores.

El que lo tiene da, cuando niño, su pedazo de pan al pobre, y gime si se castiga á alguno de sus hermanos. Después se acostúmbra á mirarlos en todos. Si ve á un vicioso, dice: «Este pobre no es más que desgraciado: tuvo mala educacion:» si á un criminal: «¡infeliz! acaso una pasion no sofocada al nacer, le ensoñoreó y le cegó; compadecedle.....» Habla con humildad á todos, porque en todos, siquiera sean algunos despreciables, respeta la dignidad humana. Si alguien le considera superior, procura rebajarse un poco por caminar á su igual. Sufre por los demás; se avergüenza de su vergüenza; el espectáculo más triste á sus ojos, es un hombre desgraciado; y aunque él lo sea, no le empece la ajena felicidad. Sólo se irrita contra los hipócritas, sólo truena

contra los opresores; le vereis siempre al lado de los caidos, y si es cortesano, lo es sólo de un augusto personaje, del infortunio. Sufre si ha de reprender á alguno, y no le ofende porque ama. Si comprende que ofendió, no sosiega un punto hasta que pague su deuda, pidiendo perdon: lo pide mejor cuanto es más pobre ó más humilde el ofendido. Se avergonzaría como de una gran falta, si ostentase lujo delante del menesteroso; le pareceria casi delito negar á alguno lo que puede concederle, y fácilmente se resignaría á la pobreza, con tal que otros vistiesen de su desnudez. Si ama, desea sobre todo el bien del objeto amado: borraría sus defectos con la sangre de sus venas; y en su caso, el resentimiento de ser burlado, desaparecería ante el sentimiento de que la mujer amada no era digna de su cariño. Si no puede corresponder, siente ser amado, lo reputa una desgracia; y si ofendió á una mujer, amada ó no, todo lo hará á trueque de borrar la ofensa; prefiere que pueda decir: «Yo le humillé:» á que se duela pensando: «Yo he sido humillado.»

Esto es tener buen corazon; esto es nacer mártir al mundo.

—

No creer ni en la consecuencia de los hombres ni en el amor de las mujeres, es por ventura lo más cuerdo; pero como el no creer á alguno es ofenderle, crea, sin embargo, con la esperanza... de ser engañado. Al fin vale más ser engañado que engañador.

Aunque es casi cierto que por cada cariño recibirá en recompensa un desengaño y por cada favor una herida, ame sin embargo, y favorezca; no se cure el vicio de interesarse por el bien de los demás, aunque casi todos le hagan expiar sus generosas imprudencias.

Abrigue ilusiones y viva; aunque el tiempo se las irá matando una á una, despiadadamente, sin hacer á ninguna gracia. Mas procure que cada persona sólo pueda apesadumbrarle una sola vez, cuando se muestre indigna de su cariño. Perdónela, que al fin es barro quien le ultraja; pero cuide de poner bien alto su corazon, para que pasen por debajo de él sin rozarle siquiera sus injurias.

Si quiere que nadie le humille, conózcase á sí mismo, júzguese con severidad, confiese sus miserias. Porque ¿quién le humillará si él se humilla? ¿Quién me hará inclinar mi frente si la tengo pegada á tierra?

J. M. de P. Lavera L.

Pero más que conocer y confesar uno sus miserias, valdría corregirlas.

Sin darse el aire de desdeñarlos, procure no deber favores. Favor que se acepta, es para el ingrato un hilo de araña; mas para el alma agradecida una cadena. ¡Vale tanto la libertad!

No se apoye en las amistades humanas, caña quebradiza. Miéntras sea jóven, y ande con la frente erguida y el pié firme (esto es, miéntras sea dichoso) la caña le servirá; pero cuando los años le encorven y la planta vacile (esto es, cuando sea desgraciado) ya se ve, cómo ha de apoyarse en ella! ella se dobla y se quiebra, dejándole su mano ensangrentada.

No digo que sea imposible encontrar un amigo siempre consecuente, ó una mujer siempre fiel; lo que digo es que para no ser el más desgraciado de los hombres, necesita un hombre de corazon hacer ningun caso de las cosas de la tierra, y mucho de las de Dios; y mirar el mundo como un purgatorio, después del cual está el cielo.

VIII.

Varios.

Burlarse de la virtud es mucho más criminal que perseguirla; la persecucion la da esplendor, la zumba, la mata.

—

Todas las virtudes se eslabonan y compadecen; no así todos los vicios. Esto prueba que hemos sido formados para la virtud.

—

La verdad no se forma de todos los girones de verdad que penden de todos los errores. Es como la túnica de Nuestro Señor, inconsútil.

—

Oh, vosotros que os quejais de la ingratitud, ¿habeis tenido el placer de hacer bien?

—

No querer los medios de lo que se quiere, es una inconsecuencia muy comun.

—

Concediendo tan grande estima al valor, mostramos, mal nuestro grado, el aprecio que hacemos de la vida.

Habrá en toda sociedad más dolores domésticos á medida que haya más placeres públicos. En otro tiempo habia ménos placeres y más felicidad.

—

La representaciones teatrales han suministrado al suicidio, y tal vez al asesinato, más escusas y ejemplos de lo que se piensa.

—

Cuando la ficcion no es más hermosa que el mundo, no tiene derecho á existir, porque el objeto del arte es lo bello.

—

El mismo espíritu de revolucion ha dirigido á los novadores en la literatura, el Estado y la Religion. Los filósofos han querido sustituir sus libros á la Biblia, como los Jacobinos su autoridad á la del rey.

—

Si el pensamiento tiene valor por sí mismo, la forma bajo que aparece, le realza y distingue. Así el diamante más puro no desdeña la mano del lapidario y el socorro de ornamentos extraños, para dar á la riqueza de sus reflejos la viveza que les faltaba.

—

Los judíos son una medalla depositada en los archivos del mundo, para consagrar las verdades que niegan.

—

Entre un héroe y un hombre que pasa oscuro en la vida, no ha habido frecuentemente sino la ocasion.

—

La educacion es un seguro para la vida, y un pasaporte para la eternidad.

—

Hay hombres que se juegan la eternidad sobre una duda.

—

El camino de las gentes piadosas está entre la esperanza y el temor.

—

Los placeres pueden distraer y hacer olvidar por un instante la idea de la desgracia, pero es para hacerla volver en seguida más sensible y amarga.

—

No hay pasion más seductora, más terrible que la del amor. Precédele la esperanza, le acompaña el deleite, pero síguenle los celos y el ódio, y la locura que le guia, llévale casi siempre á una region árida y desierta donde moran solamente los tristes pesares, el remordimiento cruel y el eterno y pálido fastidio.

—

El deleite nos conduce al precipicio por un camino de flores. Sus presentes semejan á esos vapores bituminosos que se inflaman por la noche sobre los estanques; el viajero, engañado por su brillo, piensa ya en un asilo siguiéndolos, y cae en el fango de los pantanos.

—

La dicha es un fruto sabroso que puede cogerse en todas las estaciones de la vida, pero rara vez llega á perfecta madurez. La mayor parte de los hombres no conocen sino su flor, que es el placer.

—

Echase en cara á algunos hombres ó á ciertos pueblos como una inconsecuencia ó hipocresía, el mostrar estremado apego á las prácticas exteriores de religion, mientras se entregan á desórdenes que ella condena: nada más injusto. La infraccion á los preceptos divinos es una debilidad del corazon, arrastrado por violentas pasiones; pero la desobediencia en las cosas indiferentes en sí, es un desprecio de la

de P. Lucrecia

autoridad que las manda, y el hábito de despreciar la autoridad puede ser más culpable que trasgresiones pasageras que al ménos tienen excusa en la fuerza de nuestras inclinaciones.

—

La duda es un mar agitado cuyo único puerto es la Religion.

—

¡Cosa notable! Sólo desde la aparicion del Cristianismo, el ridículo se ha cebado en la virtud. La perfeccion de esta, que sólo en aquel podia hallarse, era digna de la perfeccion del ódio, y las burlas contra el hombre de bien debieron comenzar con los oprobios del justo.

—

Atraido por la novedad, pero esclavo del hábito, pasa el hombre su vida en desear la mudanza y suspirar por el reposo.

—

Comenzad con reflexion, seguid con actividad, y perseverad: así tendreis ménos que lamentaros de la fortuna, á quien no cesais de acusar.

—

Dejarse gobernar por una mujer, arguye en un hombre flaqueza de corazon, y debilidad de entendimiento el dejarse gobernar por un hombre. Los hombres de juicio toman consejo de todo el mundo, y no son gobernados por nadie; los nécios no se aconsejan temiendo dar á entender que se les gobierna.

—

La estimacion de los otros debe ser el resultado, más bien que el objeto, de nuestra conducta.

—

El hipócrita se toma frecuentemente más trabajo para hacerse hombre de bien que esfuerzos necesitaría para serlo.

—

La tontería y la vanidad son dos hermanas que casi siempre andan juntas.

—

El primer paso en el bien es conocer que se obra mal.

—

La vida humana es una escena de teatro en que el actor, después de haber hecho su papel, se quita la máscara y va á perderse en la multitud.

—

No veo en este mundo sino un vasto mar y un grande rio; el mar de nuestros dolores, cuya ribera no se descubre; el rio de nuestros deseos, cuyo fondo no se ve. El hombre está colocado en una frágil barquilla azotada de los vientos, y que hace agua por todas partes.

—

Dios esconde un mérito debajo de cada pena, para que la suframos con valor y resignacion.

—

El triunfo de la Religion es consolar al hombre en la desgracia, y mezclar una dulzura celestial á las amarguras de la vida.

—

Este mundo es el campo en que se siembra para la otra vida; lo que hoy sembrais, lo cogereis mañana.

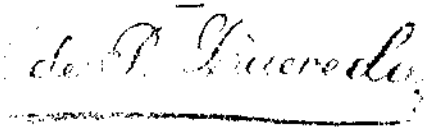
—

Pensad de dónde venís, dónde estais, á dónde ireis. Hoy es el tiempo, mañana la eternidad.

—

La virtud es fuerza; esa fuerza revela la grandeza del hombre.

—



El hombre más grande, es el señor de sí mismo.

—

Cuando Corneille pintaba á Augusto perdonando á Cinna, y mostrándose tan señor de sí mismo como lo era del universo, Condé lloraba.

—

Suponed que á un hombre le tiranice la envidia; es un reptil.

Suponed que un deseo ardiente de venganza lo saque fuera de sí; es una fiera.

Suponed que la lujuria, estallando, se apodere de él; es una bestia.

Pero triunfa de la lujuria, y salva la huérfana desvalida y hermosa; pero triunfa de la venganza, y perdona á su mortal enemigo: y eso que triunfa en él, eso que perdona en él, eso no es más que el alma que huella sobre pasiones, y libre, y digna del cielo, mira á Dios.

En estas luchas y en estos vencimientos se divisa la eternidad; porque si puede vencerse á sí mismo es porque hay algo en él, que es criado para sobreponerse á las tentaciones de este mundo, aspirando á otro mejor.

—

Nada hay grande sin abnegacion, sin sacrificio, sin victoria; ó, lo que es lo mismo, nada hay grande sin que aparezca el alma despues de luchar, victoriosa y libre, hollando sobre vanidades y torpezas de la tierra, levantándose al cielo.

Sólo hay un caso en que el hombre, no apareciendo señor, sino señoreado, es grande; cuando aparece señoreado, arrebatado, trasportado por una virtud sublime.

Suponed que el amor de su patria, el amor de la casa de su Dios y del hogar de sus hijos le lleva, para salvarlos, al sacrificio. Está fuera de sí; pero está hermoso, porque la virtud va centelleando sobre su frente.

—

He pensado en cuál podia ser el espectáculo más grande á los ojos de Dios y de los hombres, y es este.

Imaginad á un hombre que, inocente, esté cubierto del oprobio del mundo, hecho la mofa y el ódio de las gentes: imaginadle sobre un patíbulo, en manos del verdugo. La muchedumbre que le rodea, le mofa, y él despues de echar sobre el mundo una mirada de compasion, levanta los ojos y mira al cielo. Ese hombre es más grande que el mundo.

—

Nada hay más ruinoso para un hombre que el libertinaje, y para un Estado que la irreligion.

—

Pues que los hombres son la mayor parte falsos, inconstantes ó débiles, la buena fé necesita de caucion. La mejor es la religion, viene la educacion en seguida, y luégo el hábito de hacer bien.

—

La espada de la ley es muchas veces demasiado corta para alcanzar al crímen, pero nada puede escapar á la religion, que es juntamente el arma más segura y la de más alcance.

—

Sin la esperanza de la inmortalidad, la virtud con los sacrificios que impone, y las penas que la acompañan, sería la mayor de las vanidades.

—

Destruir la idea de la inmortalidad del alma, es añadir la muerte á la muerte.

—

Si es imposible negar que el hombre espera hasta el sepulcro, si es cierto que los bienes de la tierra, léjos de colmar nuestro deseo no hacen sino ahondar el alma, y aumentar su vacío, forzoso es concluir que hay algo más allá del tiempo.

—

Si uno solo de los crímenes que no son expiados en este mundo quedara sin castigo, el más vil de los hombres

que hubiera sentido el remordimiento, sería más justo que un Dios espectador indiferente del vicio y de la virtud.

—

Escudriñad en las antigüedades más remotas, recorred las antiguas cronologías, subid á la fundacion de las sociedades, penetrad en lo interior de los bosques entre las hordas salvajes; la inmortalidad del alma ha sido siempre, y es todavía, el fundamento de la religion de los hombres. Sin embargo, segun lo que de contínuo se ofrece á nuestra vista, el género humano debiera inclinarse al materialismo más completo. ¿De dónde, pues, ha venido un pensamiento tan contradicho por una experiencia cotidiana? Sentados sobre los sepulcros de las generaciones antiguas, en presencia del árbol que cae, de la flor que se marchita, en medio de las escenas de la muerte, ¿cómo hemos entrevisto una vida inmortal? Porque Dios ha impreso este sentimiento en nuestras almas, como nos ha dado la inteligencia y la humanidad; porque nace en nosotros, no tanto por razon como por instinto, y es tan difícil arrancarlo como privarnos de la razon y del pensamiento.

—

El desgraciado salvaje bendice á Dios sobre los hielos del Polo, y saca de su pobre miseria esperanzas de otra vida, miéntras el hombre civilizado reniega de su Criador bajo de un cielo clemente, y en medio de todos los dones de la Providencia.

—

Sutilizad la materia cuanto querais, revestidla de todas las formas imaginables, elevadla al más alto grado á que sea capaz de llegar; nunca resultarán sino figuras y movimientos, y con todas esas combinaciones jamás producireis una idea. Juzgad por ahí de la naturaleza de nuestra alma.

—

La falsa filosofía inspira al hombre el ódio á la vida y el furor de quitársela cuando no es feliz: la Religion inspira el desprecio de la vida feliz ó desgraciada, y el valor de soportarla tal cual es.

—

La filosofía quiere hermosear la vida, y la Religion la llena.

—

La independencia es la esclavitud del deber.

—

La libertad desenvuelve todas las facultades del hombre, liberta su energia, consagra su dignidad, le inspira el amor de la gloria y le impele á las grandes acciones. La igualdad, al contrario, siempre envidiosa, semejante al cruel tirano que acortaba á los que la casualidad habia hecho mayores que él, toma su tipo de la pequeñez, y destruye con su nivel de hierro cuanto la naturaleza habia destinado á ser grande y sublime.

—

El *yo* es aborrecible; pero embaraza mucho el *nosotros*. De buena gana ni usaríamos del nosotros ni del yo; y viviríamos en apartada soledad, á donde no llegase ni el rumor de las miserias increibles que estamos viendo.

—

No se nos esconde lo poco que valemos, lo nada que valemos; pero hoy todo es campo de batalla, y todos somos soldados, y oimos todos esta voz: «Habla sin ódio y sin temor; dí lo que sepas.»

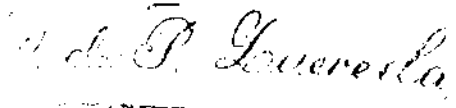
—

Cárlos, el gran emperador, decia estas grandes palabras: «Yo soy Cárlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leiva:»—Nosotros decimos: «Soldados somos humildes de la compañía de Nuestro Señor Jesucristo.»

—

«Habla sin ódio y sin temor; dí lo que sepas.» Si hay ódio en el corazon, ó bastardo interés, Dios nos lo demande: bien sabe *Él* que no lo hay. Pecadores somos; pero amamos; y con el auxilio de Dios, no temeremos al dar testimonio de la verdad.

—



Veritas liberabit. La verdad es el sol del mundo moral. El sol no consiente tinieblas.

—

La causa de la mentira tiene por auxiliares á las pasiones; la causa de la verdad á las desgracias.

—

Jesucristo era la verdad y fué crucificado; pero resucitó de entre los muertos.

—

Si por dar testimonio de la verdad alguien me ódia, yo no debo alegrarme, porque ofender á la verdad en quien da testimonio de ella, ó prueba perversion de voluntad ó ceguedad de entendimiento; y la caridad me manda que no me alegre, sino que me duela, de que sea perverso ó ciego un hombre, que al fin es hijo de Dios y es mi hermano.

—

Seria perfeccion dolerse por la desdicha del prójimo, y regocijarse padeciendo por la verdad.

—

Si el adversario me alaba, más que en aprieto me pone en cuidado. ¿Qué habré hecho, Dios mio? ¿Si me deslicé, por ventura? y miro y remiro lo escrito, porque si caí en error, he de enmendarme, y por mi propia mano borrrarlo; pero si es que aplaudió ó aprobó lo que es realmente verdadero ó bueno, ciertoque no tengo obligacion de entristecerme, sino en todo caso de alegrarme, no por la alabanza que suena, y pasa, y vale un ardite, sino porque aquel mi adversario, en algun punto conviene conmigo, y ama la verdad, ó al menos la confiesa.

—

El adulador da la espalda á Dios, y pisotea la verdad, para inclinarse y lisonjear las pasiones de un príncipe ó las pasiones de un pueblo: servil que engendra tiranos ó locos. ¿Quién es más miserable, el que adula á un príncipe, ó el que adula á una muchedumbre?

—

No siempre se puede decir en todo tiempo, ni sobre todo caso toda la verdad; pero no es lícito mentir en ningun tiempo, en ningun caso, y sobre ninguna cosa.

—

Acabaron las máscaras y estamos ya en Cuaresma. Me equivoqué; las máscaras siguen. El disfraz más comun es el de hombre. Por todas partes tropezamos con niños disfrazados de hombres. Son una calamidad esos niños. Si los niños aprendiesen á ser humildes y no dejasen los estudios, podrian llegar á ser hombres; así envejecerán y morirán niños; peste de la república.

—

Hay en esta sociedad ausencia de Dios; por eso reñimos todos y andamos todos á ciegas.

Faltan santos y sobran farsantes.

—

Hé aquí tres ángeles bellos que sirven al mismo Señor: fé, esperanza y caridad. Pero la caridad es el más hermoso de todos.

—

La fé y la esperanza viven en el tiempo: para la caridad, así como para la verdad, no hay tiempo.

—

La verdad y la caridad son hijas inmortales de Dios.

—

La verdad es luz; la caridad es amor.

—

Con verdad y caridad se venció y se derrocó al mundo pagano, con todo su poderío, con toda su ciencia, con todos sus resplandores, con todos sus verdugos. ¿No podremos con las mismas armas defender al mundo cristiano?

—

«La verdad os hará libres:» esto es, la doctrina de Jesucristo, que es verdad, entrada en el alma, hace santamente su oficio, que es sujetar á las pasiones, y poner sobre ellas á la razon, iluminada con un rayo divino.

—

Tiene enemigos la verdad; y por ello Tertuliano la figuraba hermosamente como á una celeste desterrada, que andaba por el mundo, fuera de su país natal, encontrando por dó quiera tropiezos y contrariedades. Para consolarse y fortalecerse miraba al cielo, y sólo pedia á los hombres que la oyesen, ántes de condenarla.

—

Las pasiones no gustan de oir la voz de la verdad. Cuando Pablo hablaba al gobernador Félix, de la justicia, de la continencia y del juicio venidero, Félix espantado, respondió: «Ahora véte; mas en teniendo oportunidad, te *llamaré*.»

—

Los que medran con la mentira son contrarios de la verdad, y sin embargo reconocen que es hermosa.

—

Si la caridad lleva por la mano á la verdad, la hará pasear triunfante por todas partes; porque fuera de los perversos, que son pocos, como son raros en la naturaleza los mónstruos, los hombres, á la larga, no pueden resistir á la luz y al amor, que solicitan al propio tiempo al entendimiento y al corazon.

—

¿Qué diríais de un hombre que hablase lenguas de hombres y de ángeles, que viese al través de los siglos, que tuviera tanta fé que traspasára los montes, que repartiese entre los pobres toda su hacienda? ¿A ese hombre le llamaríais ángel? Pues si ese hombre no tuviese caridad, nada le valdria y nada sería (1).

(1) San Pablo.

La caridad «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1).» Es decir: buenamente sobrelleva las flaquezas del prójimo; fácilmente cree el bien que se le dice del prójimo: jamás desespera de la enmienda del prójimo, y padece y trabaja cuanto le es posible para contribuir á la salvacion del prójimo... ¿Quién puede cerrar las puertas de su casa y las del corazon á la verdad y á la caridad, cuando llaman juntas, y solicitan y ruegan?

—

Porque nos falta verdad, andamos entre sombras; porque nos falta caridad, reñimos crudas batallas, los que somos hermanos. ¡Oh luz del cielo! ¿Cuándo te veremos en la plenitud de tu esplendor? ¡Oh dulce calor de un sol divino! ¿Cuándo darás vida fecunda á nuestros helados corazones?

—

Padre de la mentira es Satanás. Mintió desde el primer dia del mundo: mintió á nuestros padres, prometiendo hacerlos Dioses: nos miente á nosotros, prometiendo hacernos reyes.

—

Los perversos son pocos: los enfermos son muchos: débiles lo somos todos.

—

Todo hombre es sutilísimo é ingeniosísimo abogado para buscar disculpa á su culpa; y aún más, para encontrar manera de revestir al mal con los colores del bien, y casi persuadirse de que la mentira es verdad.

—

Sin saberlo, sin advertirlo, el hombre llega á veces, fascinándose, á creer que está defendiendo grandes cosas, cuando no defiende en realidad sino..... á sus propios intereses ó da satisfaccion á sus pasiones. Tiene tan funesta habilidad el

(1) San Pablo.

de P. Lucero

hombre que en toda cuestion suele poner su persona ó empeñar su amor propio, y en seguida lo olvida; y defiende, por ejemplo, furiosamente á la libertad, siendo un tirano; y cabe en lo posible que imagine servir á Dios, hablando como un santo y aborreciendo como un demonio.

—

Lo repito: partid siempre del principio de que los perversos son pocos; los enfermos muchos; y los frágiles, todos. Y no olvideis que aunque el mundo presuma de sábio, la ignorancia es asombrosa; y aunque se dé por despreocupado, las preocupaciones son imponderables.....

—

Este es el tiempo de los partidos y de los negocios; y apénas hay hombre que no sea esclavo del negocio ó del partido. De aquí nace, que no siendo libres, no dicen la verdad, y disputamos todos, y nos confundimos, y nos embrollamos, y no nos entendemos.

Algunos hay que se entienden; pero creed que son muchos los confundidos y los embrollados.

—

Verdad, y siempre verdad, para ganar entendimientos; caridad, y siempre caridad, para conquistar corazones.

PENSAMIENTOS FILOSÓFICO-RELIGIOSOS.

I.

La Religion considerada como base del órden social.

Nunca jamás se fundó Estado alguno sin que la Religion le sirviera de base: tal es la experiencia de todos los siglos.

No conocemos distintamente el orígen de la mayor parte de los imperios; pero donde quiera que la historia nos muestra hombres reunidos en cuerpo de nacion, allí vemos establecido un culto público, la autoridad de los magistrados descansando en el juramento religioso, y puestas las leyes bajo la garantía de un Sér Supremo. Práctica es esta universal, invariable, y que nunca sufrió una sola excepcion. Recorred todos los establecimientos humanos, desde esas grandes instituciones, que son épocas del mundo, hasta la más pequeña organizacion social, y no hallareis en parte alguna sociedad duradera entre los hombres que no se haya apoyado sobre un fundamento divino: «más fácil os sería, dice Plutarco, fundar una ciudad en el aire, que un Gobierno sin Religion.»

Hay otro hecho no ménos averiguado por la historia, y que no es sino la consecuencia del primero, á saber, que el enflaquecimiento ó la corrupcion de los principios religiosos ha sido en todo tiempo la señal infalible del decaimiento de una nacion que, después de haber conocido al verdadero Dios, ha abandonado su culto y perdido su fé. Echad una

mirada por esos países, en otro tiempo tan florecientes, donde estaban las famosas ciudades de Efeso y de Antioquía; donde reinaron á par del Cristianismo las artes, las ciencias y las letras; donde los Basilios y Gregorios hacian brillar tanta elocuencia, tanto genio y virtud. Ved en los confines del Asia y de la Europa, esa Constantinopla tan culta y sábia algun dia, fundada por el primer emperador cristiano, mirada como una nueva Roma, como una nueva Atenas: volved la vista hácia esa Africa, patria de los Atanasios, donde floreció la escuela de Alejandría; hácia esa Cartago, donde los Cipríanos y Agustinos difundieron tantas luces. Contemplad hoy esos pueblos, y comparad con su presente estado su esplendor antiguo; vedlos envueltos en las más espesas tinieblas, encorvados bajo el yugo del despotismo, envilecidos, degradados por groseros errores; en suma, caidos en la barbarie.

¿Cuál es la causa de efectos tan generales y constantes? ¿Por qué la Religion ha presidido por dó quier al establecimiento de las sociedades humanas? ¿De dónde viene esa fuerza que se le atribuye para consolidar los Gobiernos? ¿De dónde nace que en toda la duracion de los siglos, entre tantas naciones diferentes y de opuestas costumbres, no hay un solo ejemplo que pueda citarse de un estado subsistente por sí mismo, y sin la ayuda de los principios religiosos?

La sabiduría moderna, demasiado material y orgullosa para descubrir los verdaderos resortes del mundo moral, no ha visto en el enlace de la Religion con el órden político sino una invencion arbitraria y tiránica de los hombres, esto es, un efecto sin causa. No ha comprendido que lo que es arbitrario varía segun los tiempos y lugares y circunstancias y personas; y que en todas cosas es forzoso subir á un principio universal, para explicar un hecho universal. Entre esa prodigiosa diversidad de costumbres y caractéres que reina en el mundo, en medio de esa pugna perpétua de opiniones, intereses y encontradas pasiones, ¿qué es lo que puede reunir á la universalidad de los hombres acerca de ciertos puntos, sino un principio comun, inherente á su naturaleza, un principio que todos los entendimientos alcancen igualmente, y haga la misma impresion en todos los corazones?

—

El hombre no es como la materia inerte y pasiva, que en

manos del artífice obedece ciegamente á todas las formas que quiere darle; es un sér razonable y libre. Como libre, no hay leyes que no pueda infringir, ni instituciones que no pueda derribar cuando contrarían sus pasiones; sin embargo, como razonable, puede y debe estar sometido á leyes. Pero es propio de un sér racional, no respetar sino lo que merece su respeto, y no obedecer voluntariamente sino á un poder eminentemente superior, á un poder cuyos títulos y derechos sean indisputables.

Solo Dios es ese poder unánimemente reverenciado en todo lugar, porque es el Hacedor Supremo de los hombres; á la voz de Dios toda humana criatura debe obedecer, como quiera que él es la soberana razon, la luz universal, la regla inmutable de toda verdad y justicia. La naturaleza da voces á todos los hombres, diciéndoles que dependen de su autor, y deben sin contradiccion obedecerle. Y este sentimiento le es al hombre tan natural, que toda violacion de la ley de Dios introduce en su alma la perturbacion y el desórden. Las pasiones oscurecen alguna vez la luz que nos da á conocer la voluntad divina; pero reconocida esta voluntad omnipotente y sábia, no hay en la naturaleza inteligencia alguna que pueda negar la sumision.

Lo contrario acontece en las voluntades humanas, donde la razon no descubre ni autoridad para mandar, ni regla para fijar sus juicios. La voluntad humana es de suyo esencialmente caprichosa, inconstante y sujeta á engaño. Por tanto, las leyes de los hombres que no estan fundadas en las leyes divinas, no son más respetables que el corrompido orígen de donde proceden. «Toda ley, dice Ciceron, que no se ajusta á esa ley más antigua que nace con nosotros, y está impresa en todas las almas, no merece más el nombre de ley, que los acuerdos de una asamblea de ladrones y foragidos (1).»

Todos los hombres son por su naturaleza iguales; el más fuerte puede, sí, oprimir al más débil; pero nadie tiene derecho para decir á su semejante: *Soy tu señor; obedéceme.* Todo poder humano que no se funda en la autoridad divina, no es, pues, sino una fuerza pasajera, á que puede cederse por necesidad, por prudencia, por interés, ó aun por capricho, mas nunca por deber de conciencia; porque atar las conciencias, sólo es para Aquel que las juzga.

---

(1) De legibus: lib. 1.º

Pero la Religion, poniendo á Dios á la cabeza de la sociedad, establece en ella al punto el órden y subordinacion; da al hombre la razon del poder que le gobierna, y sometiéndole á este poder, concilia la obligacion que le impone con el sentimiento que tiene de su dignidad y original independencia.

—

Segun los principios religiosos, el hombre nunca depende sino de su autor, áun cuando obedece á otros hombres; porque estos no ejercen sobre él una autoridad creada por los hombres, sino la misma autoridad de Dios de que están revestidos. Hé ahí el motivo que hace su sumision razonable y conforme á la dignidad de su sér: hé ahí el principio que le hace mirar como sagrado é inviolable, un órden en que sólo hallára violencia y servidumbre, si fuera obra puramente humana.

Asi, miéntras la filosofía que procura romper todo pacto con el cielo, no ve en los jefes de las naciones sino iguales, á quien se puede hacer bajar del trono, de la misma manera como subieron, y que las más veces no tienen para mantenerse en él sino la posesion y la fuerza; la Religion sube hasta el cielo para descubrir allí el orígen sagrado, la extension y límites de su poder.

Dios, dice ella, es el autor así del mundo moral como del material; Él es quien ha dado leyes á la naturaleza inteligente, bien así como á la corporal; Él es quien dirige los destinos de los pueblos, como el movimiento de los astros; de Él dimana toda vida, inteligencia y poder; Él es quien comunica la autoridad á los padres sobre su familia, á los magistrados sobre las ciudades, á los gobiernos sobre los pueblos confiados á su cuidado.

—

No, la Providencia no ha abandonado á las investigaciones, á la inventiva de los hombres los primeros lazos de la sociabilidad, sino que los ha hecho derivar de la naturaleza de las cosas que ha establecido. Sólo el órden en que quiere que la especie humana se perpetúe, se desenvuelva, se perfeccione y se instruya, ha puesto á los unos en un estado de superioridad, y á los otros en el de una inevitable dependencia. Las relaciones entre padres é hijos no son arbitrarias: si el padre tiene deberes que cumplir, tambien tiene derechos que ejercer. En todos los pueblos la autoridad paterna

tiene algo de sagrado, y la piedad filial algo de inviolable. El padre, en calidad de autor, de la familia, tiene autoridad sobre ella: el hijo debe honrar, no sólo á su padre, sino á su abuelo y bisabuelo; y despues de veinte generaciones, el que ha sido su tronco, tendria derecho á su respeto y amor si todavía viviese.

Fácil cosa es imaginar cómo pasaron las cosas en el orígen del género humano, y lo que ha preparado las vías al régimen social. Decia en una de sus conferencias el Obispo de Hermópolis:

«Obra inmediata de la mano omnipotente, los primeros hombres dieron vida á los primeros hijos: estos fueron padres tambien, y así se formó una série de generaciones salidas unas de otras: cada padre de familia tenía autoridad sobre sus propios hijos, pero el primer padre dominaba sobre todos los otros y sus familias: esta supremacía paterna era una especie de dignidad real. Puede en cierto modo decirse que esta nació con el género humano, y que el primer padre fué el primer Rey.»

«¿Pero qué sucedió en aquellos primitivos tiempos en que todas las tradiciones, de acuerdo en esto con los libros santos, suponen la larga duracion de la vida humana? Al paso que se multiplicaban las familias, aflojábanse los lazos de la subordinacion respecto de la primera cabeza; aunque nacidas del mismo tronco, las diversas ramas hacíanse más extrañas unas á otras; alteróse la primera inocencia de costumbres; el orgullo y la codicia y la envidia comenzaron á sembrar el desórden y la discordia, y se echó de ver la necesidad de una autoridad comun, pero más fuerte. Entónces, en todos los puntos de la tierra habitada, hubo entre los padres de familia algunos que por razon de su edad, su experiencia, su fuerza, ó ese talento de mandar que da la naturaleza, fijaron en sí la atencion y estima de sus semejantes, y tomaron sobre ellos ascendiente, y fueron obedecidos. El hábito consagró su poder, y comenzó la sociedad civil. Los Estados nacientes, hallando su modelo en la familia, fueron ántes pequeños reinos que repúblicas, segun atestiguan las más antiguas tradiciones.»

No diremos, sin embargo, que la monarquía es una institucion divina, no; ninguna forma de gobierno ha sido expresamente revelada. El Evangelio á ninguna de ellas consagra como necesaria: hace derivar de Dios el poder, y no la manera exterior cómo se ejerce. Esta ha podido variar segun las necesidades, las circunstancias y el carácter de los

J. de P. Lucrecia

pueblos: presentar monarquías, ó bien repúblicas más ó ménos templadas; colocar el poder supremo en manos de uno solo, ó de muchos, de un Rey, de un Senado, ó de ambos juntamente: pero donde quiera, el orígen y la naturaleza del poder han sido los mismos; y si puede decirse que las formas de autoridad vienen de los hombres, es forzoso reconocer, que lo esencial viene de Dios; doctrina que, no solamente se aplica al poder real en las monarquías, sino á todo poder supremo, bajo todas las formas legítimas de gobierno.

Así, Dios es quien sanciona la autoridad de los reyes legítimos; Él quien instituye los magistrados y los príncipes, ministros y representantes de la Providencia; Él quien les somete los pueblos; Él quien graba, como si dijéramos, en su frente la señal de la majestad, y contra Él mismo se levanta el que les resiste. «Toda alma está sujeta á las potestades superiores, escribia el grande Apóstol á los romanos, porque no hay potestad que no sea de Dios, y cuantas hay en la tierra por Él han sido ordenadas; así el que resiste á la potestad resiste á la órden de Dios... No en vano el príncipe está armado de la espada, pues es el ministro de Dios para ejecutar su venganza sobre el que obra mal; por tanto, es menester que le obedezcais, no solo por temor al castigo, sino tambien por obligacion de conciencia.» (1)

Por donde es claro, que si la autoridad viene de Dios, tiene por lo mismo á los ojos del pueblo un carácter augusto, que le da más ascendiente sobre los espíritus, asegura mejor el respeto y obediencia, y precave más las disensiones y alzamientos, que por lo comun preparan el camino á la esclavitud por la anarquía.

—

Si la autoridad viene de Dios, mirad cómo se ennoblece la obediencia: parándose en el hombre, que tal vez es por sí indigno de mi respeto, mi obediencia fuera tan vil como penosa; sería la del embrutecido esclavo que tiembla delante de su señor, y hé ahí la de cuantos no ven en el poder sino una cosa puramente humana. La Religion levanta á mayor altura mis ojos: más arriba del hombre muéstrame al Rey de

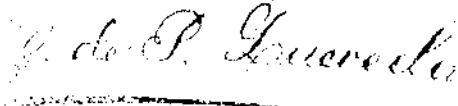
(1) Ad. R., c. 13.

Reyes, al que dirige los destinos de los príncipes y los pueblos; á El se refiere mi sumision, ante su majestad me humillo; así mi obediencia al mismo tiempo que más suave, es más elevada tambien, y como que participa de la grandeza de Aquel á quien mi espíritu reverencia. Norabuena que los modernos políticos no vean sino al hombre en el que manda; y juzgando que provenga de la tierra su autoridad, sea su obediencia tan rastrera como su doctrina, que por lo que toca al cristiano su política es bajada del cielo: buscará siempre en Dios, legislador supremo, la razon primera de los derechos y deberes; y entónces, léjos de sentirse humillado, podrá al contrario gloriarse de su obediencia.

Paréceme que lo dicho basta, para que entienda todo espíritu sensato, que levantar sin Dios el edificio social, es edificarle sobre la nada, la destruccion y la muerte, y que la Religion es el verdadero, el único fundamento del órden público, y la seguridad de los gobiernos: porque todo lo que no estriba sino en la fuerza, la violencia ó el interés particular, es de corta duracion. El más fuerte, dice Juan Jacobo, nunca lo es bastante para ser siempre el dueño, si no trasforma su fuerza en derecho, y la obediencia en deber. Por lo que hace al interés, si se le consultára, ¿á cuántos no armaría en todos los Estados para mudar su gobierno? La experiencia es en esta parte sobrado notoria para que haya necesidad de recordarla.

Todas las instituciones imaginables que tienen por objeto reunir á los hombres, y juntarlos entre sí por deberes recíprocos, deben descansar en una idea religiosa, so pena de no ser sino pasajeras. Esta máxima es verdadera en todo, y hasta en los simples convenios entre particulares; porque ¿dónde estaría su fuerza y garantía, si anteriormente á la ley humana, no hubiese una ley divina y natural en que aquella se funda, y que obliga á cada uno á cumplir su promesa?

No, no se constituye una nacion, como se escribe un libro; y sólo á la moderna filosofía estaba reservada la locura de imaginar que, sin más que la ciencia, se podia ser legislador. ¿Qué es la más bella legislacion del mundo, si no va acompañada de la fuerza moral, que doblega las voluntades bien así como el viento la mies? un átomo que no posee sino las formas exteriores de la vida. El hombre por sus propias



fuerzas podrá ser cuando más un *Vocauson*; mas para ser *Prometeo*, es preciso subir al cielo; nadie puede representar al legislador soberano, sino poniéndose en relacion con él. ¡Desacordados! ¿por dicha volvemos hácia la tierra un espejo cuando queremos refleje la imágen del sol?

—

A todo el mundo se dirigen estas reflexiones, al escéptico, así como al creyente; anunciamos una verdad de hecho y experiencia, no una vana teoría. Ora estas ideas exciten la risa, ora el respeto, no importa; no por eso dejarán de ser la única base de instituciones duraderas.

Rousseau, el hombre del mundo que quizás se ha engañado más, ha tropezado no obstante con esta observacion, sin haber querido deducir sus consecuencias. Después de haber querido fundar la sociedad sobre un supuesto contrato, que nadie ha visto; después de haber hecho dimanar todo poder de la voluntad popular, termina diciendo: «que una ciega muchedumbre, que las más veces no sabe lo que quiere, porque rara vez sabe lo que le conviene, no puede por sí llevar á cabo empresa tan grande y difícil como es un sistema de legislacion, y que es necesario un legislador particular;» pero añade: «No pudiendo el legislador emplear la fuerza ni el raciocinio, es menester que recurra á una autoridad de otro órden que pueda encadenar sin violencia, y llevar tras de sí sin fuerza. Hé ahí lo que obligó á los padres de las naciones á recurrir á la *intervencion del cielo*, y atribuir á los dioses el honor de su propia sabiduría, para que los pueblos, sujetos á las leyes del Estado, así como á las de naturaleza, y reconociendo el mismo poder en la formacion del hombre y de la ciudad, obedecieran libremente, y llevasen con docilidad el yugo de la felicidad pública (1).»

Fácil era á Rousseau inferir que, siendo necesario este órden, está por lo mismo fundado en la naturaleza del hombre y en la institucion divina, en vez de hablarnos de un grande y poderoso genio que dirige las fundaciones duraderas, como si esta poesía explicase alguna cosa.

Siempre que el hombre se pone en comunicacion con el Criador, y forma una institucion cualquiera en nombre de

(1) Contrato soc, lib. II.

la Divinidad, sean cuales fueren por lo demás su flaqueza individual, la humildad de su nacimiento, y su falta de todo humano recurso, hácese en algun modo participante de la omnipotencia de Aquel de quien es ó se ha hecho órgano, y produce obras cuya fuerza asombra la imaginacion. Esta observacion es igualmente verdadera, ora tenga una mision divina, ora lo persuada falsamente á los pueblos, porque «en nombre de Dios toda rodilla se dobla, así en la tierra como en el cielo.»

Por el contrario, el poder humano, cuando se ha aislado, no ha tenido fuerza sino para destruir. El olvido solo de Dios es un anatema irrevocable sobre todas las obras, que las debilita y las priva de vigor y lozanía.

—

Considerad lo que han producido los mayores esfuerzos de nuestros modernos legisladores. ¡Qué de Constituciones elevadas por ellos á gran costa, promulgadas con estrépito, y con la pompa más terrible de la fuerza y del poder! ¡Qué admiracion, qué entusiasmo excitaron entre ellos las obras del genio! ¡Cuántos elogios se les prodigaron sucesivamente! Y sin embargo, las fugitivas sombras que los sueños engendran, pasan con ménos rapidez que esos frágiles edificios, que nuestros titulados sábios han alzado acá y allá sobre los escombros de las instituciones antiguas. Lo que decimos de lo pasado, un porvenir cercano lo justificará tambien.

—

Hasta en las cosas más menudas se hallará la prueba de estas grandes verdades. No es necesario subir á Licurgo, á Numa, á Moysés, cuyas legislaciones fueron de todo punto religiosas; una fiesta popular basta al observador. Cada año, en nombre de su patron, se reune el pueblo en rededor de un templo rústico, llega animado de una alegría inocente; la Religion santifica el júbilo, y el júbilo hermosea á la Religion; olvida sus penas, piensa al retirarse en el placer que tendrá al año siguiente en el mismo dia. Colocad á par de este cuadro el de esos señores de la Francia, á quien una revolucion inaudita revistió de todos los poderes; como sus antecesores, léjos de constituir una nacion sobre la soberanía popular, ni áun pudieron establecer una simple fiesta; derramaban el oro, llamaban á todas las artes en su auxilio,

A. P. Lacuria.

y el ciudadano se estaba quieto en su casa, ó no acudia al llamamiento sino para reirse de los que tal disponian. ¡Cuántas leyes sólo para la observancia de las fiestas decadarias! ¡Qué de inquisidores tenian por dó quiera á sus órdenes! Sin embargo, ni una sola vez consiguieron juntar en sus templos políticos un pueblo respetuoso y unánime, miéntras que el más humilde ministro de Dios vivo, ejerciendo sus más nobles funciones para la verdadera dicha de los pueblos, se hace de ellos obedecer más de mil años después de muerto. Contemplad el despecho de la impotencia: escuchad estas palabras memorables de uno de esos representantes del pueblo, hablando al cuerpo legislativo en una sesion del mes de Enero de 1796. «¡Pues qué, exclamaba, algunos hombres extraños á nuestras costumbres, á nuestros usos, habrán logrado instituir ridículas fiestas por sucesos desconocidos, en honor de hombres cuya existencia es un problema! ¡Qué, algunos fanáticos habrán podido obtener fondos inmensos para repetir cada año, con una triste monotonía, ceremonias insignificantes y frecuentemente absurdas; y los hombres que han derribado la Bastilla y el trono, los hombres que han vencido á Europa, no lograrán conservar por medio de festividades nacionales la memoria de los grandes acontecimientos que han inmortalizado nuestra revolucion!»

Sábios del siglo, soberbios legisladores, meditad esta gran confesion, la cual os enseña lo que sois, y lo que podeis sin Religion. Sin ella, ni el entendimiento tiene regla, ni el corazon freno, ni temor el vicio, ni la virtud esperanza, ni la desgracia consuelo, ni apoyo la autoridad, ni la felicidad garantía. Sólo ella puede dar vida al pueblo bárbaro que la busca, y volverla á dar al pueblo civilizado que la perdió; y de las divinas lecciones de la Religion cristiana debe señaladamente decirse, que son espíritu y vida. *Verba quæ locutus sum vobis spiritus, et vita sunt.*

II.

Influjo del Cristianismo en la sociedad.

Contemplemos el mundo pagano, y al compararlo con el mundo que ha creado el Cristianismo, adoremos á la religion de la virtud, de la inteligencia y de la libertad.

No recordemos las abominaciones de los cultos gentílicos, cultos absurdos, en los cuales todo era Dios, escepto Dios(1): no recordemos los daños que producian á la sociedad, y que debian reparar las mismas leyes humanas (2), si bien por otra parte le eran necesarios tales cultos, dado que no puede existir sociedad sin idea, aun cuando sea adulterada y confusa, de un Sér Supremo, y sin esperanza y temor de una vida futura.

¡Pero qué costumbres tan feroces las costumbres de la antigüedad! Estremécese el corazon al acordarse de aquel derecho espantoso de gentes, en virtud del cual, tras llevar un pueblo á otro pueblo el hierro y la tea incendiaria, le despojaba de sus bienes y le condenaba á servidumbre, y á veces á muerte: del horrible derecho de esclavitud, que hacia á los señores crueles y lujuriosos, por cuanto les daba esclavos viles y esclavas bellas, á quienes mirando como á bestias, podiase encadenar por la noche en subterráneos, atormentar por diversion, matar por capricho: de aquellos millares de infelices que hasta en el reinado de aquel Tito á quien llamaron *delicias* del género humano, se dego-

(1) Bossuet.
(2) Filangieri.

llaban en el Circo para alegrar moribundos á un pueblo furioso; y en fin, de aquellos niños recien nacidos, á quienes abandonaban, entregándolos á la muerte sus mismas madres, que tal vez iban á mostrarse desnudas en los templos de Vénus, para honrar á la *casta* divinidad. Por lo demás, hasta el gran Catón, preferido por Plutarco al más justo de los griegos, dejaba perecer á sus esclavos enfermos, y el estóico Bruto era un logrero escandaloso.

—

Al Cristianismo, cuyos principios tienen infinitamente más fuerza (1) que el honor en las monarquías, el amor de la patria en las repúblicas y el terror en los Gobiernos despóticos, es deudora la naturaleza humana de un nuevo derecho político en el Gobierno, y de un nuevo derecho de gentes, que jamás podrá debidamente agradecer. Como que su espíritu es la caridad, desde su principio anatematizó los espectáculos sangrientos, y comenzó por suavizar la esclavitud, para al fin abolirla enteramente: como que es hijo del cielo y purísimo como él, condenó hasta un pensamiento de injuria; y en fin, por cuanto vino al mundo á enjugar lágrimas y á proteger á los débiles, puso y pone en brazos de las madres, segun la gracia, aquellos infelices niños abandonados por sus madres segun la naturaleza.

Recorramos brevísimamente la inefable historia de esta religion divina.

—

Un pueblo el más extraordinario de todos los pueblos, donde las costumbres, las leyes, la poesía, la música, la danza, todo, en fin, lleva un carácter religioso, nos guarda con fidelidad incomparable sus libros sagrados, en los cuales se mira impreso el sello de la Divinidad (2). Allí resplandecen las nociones más sublimes acerca de la unidad de Dios, de la creacion del mundo, del pecado original, que los afamados filósofos de Grecia vislumbraban apénas. Allí una moral sublime y purísima, expuesta con divina sencillez ó

(3) Montesquieu.
(4) Eulero.

con grandeza de poesía, que sobrepuja á toda imaginacion; allí prodigios estupendos, hechos á favor de millones de hombres, de todo punto indudables; y allí, por fin, profecías cumplidas, y profecías claras y terminantes que en la plenitud de los tiempos han de recibir su cumplimiento. Estas profecías hablan de un Redentor ó Mesías, que Sócrates y Platon creian necesario para la reparacion del universo.

Tal es la gran columna de la antigua ley: llegan los tiempos, álzase la columna de la ley nueva, y sobre estas bases eternas está asentada la Iglesia de Jesucristo.

Leed el Evangelio, cuya sencillez y majestad hablan al corazon de J. J. Rousseau, y asombran á Napoleon en Santa Elena. Cuatro evangelistas en diversos tiempos y lugares, y jamás contradiciéndose (1), escriben con un candor y buena fé que hechiza, y sellan, como todos los apóstoles, con sangre suya el testimonio de su palabra. Impasibles como la verdad (2), narran sin asombro las más altas maravillas, sin indignacion las calumnias de sus enemigos, sin apología sus propias faltas, y sin disfraz las aparentes humillaciones de su maestro, en una historia que anuncia con autoridad, y fielmente, el carácter de Dios en sus relaciones con el hombre (3).

El héroe de esta historia celestial es el Mesías prometido, varon sobre todo encarecimiento grande y amable, humilde y lleno de majestad. Ama á los hombres con entrañas más que de madre amorosa (4), y habla, divina pero sencillamente, de los secretos de la Divinidad, como de cosas que él posee, así como hablan de cetros y coronas los hijos de Reyes (5). Su moral es altísima, toda del cielo; moral que da el precepto y enjuga las lágrimas; sencilla, pues es la expresion viva y luminosa de las virtudes puras y sublimes de su alma; santa, como dictada por la misma justicia; dulce y consoladora, pues fija nuestras miradas sobre la otra vida; universal, pues conviene á todos los pueblos y climas, y uniforme, por fin, dado que, entrelazándose sus partes, se prestan mútua fuerza (6).

---

(1) Jeunigs.
(2) Duvoisin.
(3) Lord Erskine.
(4) Leon.
(5) Massillon.
(6) D'Aguesseau.

Esta moral del cielo sanciona Jesucristo dando vista á los ciegos y vida á los muertos.

Jesucristo, pues, se mostró Dios delante de su pueblo: éste no creyó sus milagros, y Dios hizo de él un milagro viviente. Pueblo derramado en todos los pueblos, pueblo distinto de todos los pueblos, el mismo ahora que há diez y ocho siglos, diez y ocho siglos há vaga disperso y atónito por el mundo, sin ley, sin príncipe, sin sacerdote, llevando en la mano ese gran libro en que lee y no ve su condenacion escrita, y no pudiendo borrar de su frente reprobada la sangre de Jesucristo.....

En el momento en que, bajo el cetro de Tiberio (1), espiraban la libertad y la moral sobre la tierra, Jesus daba la ley perfecta de libertad (2), afianzada en el amor de Dios, en que consiste esencialmente la religion (3), y en el gran precepto del amor del prógimo; amor puro, que estriba en hacer de la felicidad de nuestros hermanos nuestra propia felicidad (4).

—

Despues de habernos dado esta ley, dejó Jesucristo su cruz en la tierra, y este fué el monumento de la civilizacion moderna (5).

A la sazon el mundo gentílico deleitábase en la cumbre de las artes, del lujo y de la gloria. La mitología era brillante; la disolucion, consagrada con el ejemplo de los dioses, dulcísima, y asombroso el orgullo de las ciencias humanas.

Entónces, de entre la hez de una nacion pequeña, envilecida y esclava, salen doce pescadores ignorantes, con el báculo en la una mano y la Cruz en la otra, los cuales van á conquistar el universo; y para hacer más presto su conquista, se separan y se esparcen por todas sus regiones (6).

¿Y cómo lo conquistaron? Diciendo á Neron que hay un Dios en el cielo, á los filósofos ilustres que son necios, á los sacerdotes que son impostores, á Roma que renuncie al altar de la victoria, y al universo, en fin, que, aborreciendo sus

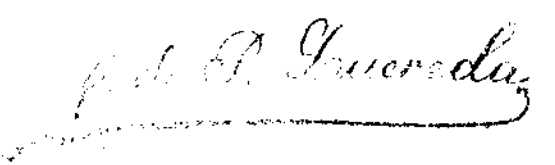
(1) Chateaubriand.
(2) Santiago: cap. 2, v. 25.
(3) Fenelon.
(4) Leibnitz.
(5) Chateaubriand.
(6) Bullet.

ceremonias pomposas y brillantes, y arrojando de sí la avaricia, el orgullo, la lujuria y demás pasiones halagüeñas ó enloquecedoras, abrace, vestido de penitente cilicio, la humildad, la castidad, la abstinencia. Y diciéndoles que el Dios que han de adorar es aquel judío á quien, como vil esclavo, mandó crucificar un ciudadano romano; que en la Cruz y sólo en la Cruz está la grandeza y la gloria; en la Cruz, nombre de escándalo para Roma y para el mundo, de la cual decia Ciceron: «Léjos de los ciudadanos romanos la Cruz: jamás vean sus ojos tal imágen, jamás perciban sus oidos tal palabra, jamás tenga su alma tal pensamiento.»

En vano los príncipes, los sacerdotes, los filósofos y aquel pueblo que se consolaba de no ser Rey, ejerciendo el oficio de histrion y de verdugo, se encarnizan de corazon contra el Cristianismo, único que podia darles la paz y la sabiduría, la libertad y la gloria. En vano, por espacio de trescientos años, cánsanse los verdugos de afilar las hachas y de encender las hogueras. ¿Qué importan las hachas y las hogueras? La sangre de los mártires, segun la hermosa expresion de Tertuliano, era la semilla de los cristianos, y de entre las llamas devoradoras se escapaba un grito que hacia estremecer los dioses del Capitolio, grito que ha atravesado los siglos majestuoso, enérgico, sublime..... ¿Sabeis cuál era este grito? El que debemos arrojar todos, cuando se persiga á nuestra religion..... «Somos cristianos.»

En fin, como si todavía no hubiese derramado sangre el paganismo, hizo un esfuerzo infernalmente vigoroso; vertióla á torrentes, y extendiendo desesperadamente sus brazos, pensó ahogar entre ellos á la Esposa de Jesucristo.....

Dios inclinó entónces su frente..... y la hija de Dios salió de los calabozos de Diocleciano, y subió al trono de Constantino.



III.

Meditaciones.

INTRODUCCION.

¿No es verdad que somos muy desgraciados? Vivimos en dias tan horrorosos, que no parece sino que se haya cansado de sufrirnos la paciencia de Dios. Todos ven muy lejana á la esperanza, y algunos ¡ay! sólo la vemos sentada sobre la piedra del sepulcro. Azorados caminamos por la carrera de la vida, esperando ansiosamente, y por tanto existiendo en cierto modo en el tiempo futuro. La grandeza de las cosas, la terribilidad de los sucesos nos pasma, y volvemos inquietos á todas partes los ojos, porque sentimos vacilar bajo nuestros piés la tierra al rumor de una revolucion que pone pálidos á los reyes, y trae alrededor de sus tronos inquietas y espantadas á las naciones.

¿Qué hay? Preguntamos hoy: el mundo va á trasformarse. ¿Qué hay? Preguntaremos mañana: el mundo está trasformándose... Esperando, vivimos atónitos, y esperando no vivimos, porque nos decimos como por instinto: démonos prisa á consumir este tiempo; pasemos corriendo este camino, con los ojos cerrados, cuasi sin pensar; porque el tiempo es tempestuoso, el camino horrible; volemos, pues, á buscar otro país de serenidad, y otros dias de paz en que podamos saborear largamente los instantes de la vida.

Mas apénas pensamos que en tanto, y á paso acelerado, vamos acercándonos al sepulcro, que muchos tocamos ya con descuidado pié su borde resbaladizo, y que tal vez al preguntar mañana: ¿qué hay? una voz que nos hará caer en él, nos responderá: Para tí la eternidad.

Pues bien; que este pensamiento íntimo y profundo nos haga vivir y pensar, y nos eleve á regiones donde no nos

ensordezca el gran rumor del mundo, que pasa, despedazándose, hácia la eternidad. Que nuestra alma, allí, contemple las maravillas de la naturaleza, y en ímpetu de amor infinito vaya remontándose hasta Dios: que nuestra alma, allí, se replegue en sí misma; y al tentar sus propias llagas, exhale dolorosamente inefables gemidos: que nuestra alma desde allí arroje una mirada poderosa al género humano, y le revele su vergüenza y su gloria, y truene reclamando de los hombres la libertad, la libertad que ha recibido de la mano de Dios.

Meditacion primera.

Si en medio del esplendor sereno del dia ó de las sombras pacíficas de la noche alzamos los ojos al cielo, donde está la patria del cristiano, y los fijamos después en la tierra, lugar de su peregrinacion, sentiremos en el alma que la tierra y el cielo nos revelan con un lenguaje mudo, mas de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, próvido, misericordioso, de un Dios, padre de los hombres.

Esas estrellas que lucen sobre nuestras frentes; esas flores que admiramos á nuestros piés;

Esos arroyos que alegran con sus murmullos á la tierra, ese rocío que la refresca; esa lluvia que enriquece sus entrañas;

Ese mar azul, espejo magnífico del cielo, que así como un esposo abraza á su esposa, ciñe á la tierra coronada de flores con brazos resplandecientes; ese sol, que imágen de Dios, alumbra y vivifica; esa dulce y sagrada luna que baña con rayos tímidos al mundo adormido y tenebroso, como una lámpara que brilla en un templo solitario, como una esperanza que sonríe consolando en medio de una profunda afliccion... todo, todo nos revela con un lenguaje mudo, mas de celeste energía, la existencia de un Dios bueno, próvido, misericordioso, de un Dios padre de los hombres.

El universo es su templo; el corazon del hombre su altar.

¿Pero quién es este Dios, cuya existencia, las flores cuando se entreabren anuncian, proclama el mar cuando ruge, y dice á millares de mundos el sol cuando los ilumina? Abrid, y leed el Evangelio, y hallaréislo escrito en caractéres de amor...

Un hombre, hombre á los ojos de los hombres, pero Dios á los ojos de Dios, nace en un pesebre para ennoblecer á la

pobreza, vive entre miserias para santificar á la desgracia, permite reclinar sobre su seno la frente de un amigo para hacer sagrada la amistad, y enclavado en una Cruz y delante de un mundo para quien era virtud la venganza, perdona al espirar, y pide al Padre que perdone á sus verdugos.

Este Hombre-Dios llamábase en el mundo Jesucristo.

Cuando apareció en él, la tierra adoraba á unos dioses peores que los hombres: Tiberio forzaba al mundo á que le hartase de su servidumbre; la fatalidad era la providencia de los gentiles; la esclavitud su derecho comun; tenian ellos por recreo el derramamiento de sangre, por entretenimiento la prostitucion, por crímen á la desgracia, por ignominia á la pobreza.

Entónces se oyó en el mundo una voz del cielo que decia á los hombres: «Vosotros así habeis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos... (Mateo, c. 6.°, v. 9.°)

Y con esto hizo del género humano una familia.

Y decia: «Un mandamiento nuevo os doy: que os ameis los unos á los otros, así como yo os he amado.» (San Juan, capítulo 13, v. 34.)

Y dió la ley de caridad, que, sola, podria hacer de la tierra un cielo.

Y decia: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos; el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre los justos y pecadores.» (San Mateo, c. 5.°, versículos 44 y 45.)

Esto sólo un Dios pudo decirlo, y sólo es dado á los ángeles alabarlo.

Y decia: «Bienaventurados los que lloran...» (San Mateo, capítulo 5.°, v. 6.°)

Y desde entónces los hombres virtuosos no pueden ser ya desgraciados: Jesucristo santificó sus lágrimas.

Y decia: «Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan provisiones, y con todo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ellas?... Considerad cómo crecen los lirios del campo; pues no trabajan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomon en todo el esplendor de su gloria vistióse como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy florece y mañana será arrojado al fuego, Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fé?» (San Mateo, c. 6.°, vv. 26, 28, 29 y 30.)

Y con estas palabras, deliciosamente divinas, al paso que condenó la ambicion que agita al hombre y fuérzale á que él agite á la sociedad, nos reveló la inefable Providencia de Dios que cuida de nosotros, como una madre amorosa de sus hijos pequeñitos.

Y decia: «Entónces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: venid, vosotros, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde la creacion del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber: era extranjero y me hospedásteis: desnudo, y me vestísteis: enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y vinísteis á consolarme.» Entónces le responderán los justos y dirán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos, ó cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel y fuimos á consolarte?» Y respondiendo el Rey les dirá: «En verdad os digo, que en cuanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis.»

Así lo dice Jesucristo... ¡Dios mio!!!

Bossuet, el ilustre Bossuet, ese gran orador, gran poeta, gran filósofo, el cual, segun hablaba de las cosas divinas, no parece sino que habia asistido á los consejos del Eterno, y segun el divino lenguaje que usaba, que habia escuchado la voz de los ángeles, encarecia una vez, con voz verdaderamente de ángel, la bondad y las grandezas de Dios. Y despues de haberla encarecido, cual ingenio humano jamás lo ha hecho, prorumpió en este rasgo, en sus lábios, á la verdad, altamente sublime: «Perdonad, Señor; son hombres los que hablan.»

Nosotros, pues, solo diremos: que si existe algun hombre que al leer y meditar palabras tan dulces, tan inefables, tan divinamente divinas de Jesucristo, no siente que, enternecido su corazon, se mueve por amor y admiracion á adorar al Dios de la naturaleza en el Dios del Evangelio; si ese hombre existe, repetimos, es un hombre... verdaderamente desgraciado.

Meditacion segunda.

Era una noche de verano; el mar estaba en calma, el cielo sin nubes, y al suave esplendor de la luna, parecia que, dormida la naturaleza, respiraba en medio del silencio universal

A. de P. Lucrecia.

una sublime melancolía. Hay melancolía sublime, así como tristeza apacible y llena de encantos. Entrambas sentía yo, pues estaba por una parte ausente de Valencia, mi hermosa y amada patria, y contemplaba por otra, desplegado á mis ojos en solitaria inmovilidad, ese gran mar que abraza á la tierra, bajo ese cielo que cobija millares de mundos.

Y así como al pensar en los objetos que ama el corazon se siente una especie de vaga y dulce tristeza, la cual desahogándole hace brotar de él á los ojos lágrimas suaves, así al contemplar lo grande, lo terrible, y lo que en la tierra es imágen de lo infinito, toma el pensamiento del hombre algo de sombrío, majestuoso é infinito en cierto modo, pero siempre acompañado de singular melancolía. Lo cual nace de que el alma, sintiendo entónces su noble naturaleza, su excelso fin, y al propio tiempo su miseria, suspira por escapar de ella, y como que se esfuerza en vano por volar y conocer en cuanto le es posible, lo que no tiene límites, lo que no reconoce fin; esto es, á Dios, en el seno de Dios.

Y vagando de idea en idea, unas veces pensaba yo cuán dulce es esto que llamamos amor de la patria, y volviendo involuntariamente los ojos hácia donde estaba la mia, la que llevo siempre en lo más íntimo de mis entrañas: Adios, Valencia, decia, á quien Dios ha concedido como testimonio de su predileccion un suelo bellísimo, bajo un cielo más bello todavía: adios, Valencia, donde nací, donde jugué de niño, donde conocí á los amigos que lo serán siempre mios hasta que muera: adios, mi hermosa Valencia, que guardas lo que debo amar sobre todas las cosas del mundo ¡el sepulcro de mi padre!

Y naciendo de esta idea otra idea más elevada, y alzando los ojos al cielo. Pero ¿qué digo? no es esta nuestra patria, exclamaba yo, no es esta nuestra patria verdadera; ángeles desterrados somos nosotros, por eso andamos siempre tristes; porque hay un instinto que á todas partes nos persigue; hay una voz que hasta en medio de los festines se alza melancólica, y esa voz y ese instinto nos dicen: «Para vivir en regiones más puras y suaves habias nacido, cristiano, ¡cristiano, no es el mundo tu patria!»

Y entregado como de repente á hechiceras ilusiones: «¡Si aquí, si en este mar dormido y á la luz de la luna que baña sus azules aguas de trémulo esplendor, navegase yo suavemente en ligero y pintado esquife! ¡Si, embelesados mis ojos en ese astro melancólico, viese descender misteriosamente hácia mí entre el silencio brillante de su luz á una graciosa,

púdica, ruborosa aparicion con el semblante de mujer, con la mirada de ángel. ¡Si, inclinándoseme tiernamente esta vision celestial, me sonriera con la sonrisa que tendrán los serafines cuando miran á Dios! ¡Si, sonriéndome ella, llegase á mi oido suspirando, como una flauta querellosa, una voz dulcísima que cantase las dolencias del alma y los gozos del cielo que son su medicina, hechizando á la tierra, y al mar, al silencio y á la noche!!!»

Y al delirar así, mi corazon se embriagaba, y su gozo tenía algo de inefable; pues la escena que yo imaginaba era la más hermosa que pueda hechizarnos en la tierra, la mujer que yo soñaba la más bella del mundo, y el lugar de donde á mí descendia aquella mujer... el cielo.

Vuelto después á más altas meditaciones, y deleitando mis ojos en las olas que blandamente se deshacian en la arena con blanca espuma y suavísimos murmullos:—¡Cuán sereno, decia yo, cuán sereno está el mar, y cuán tranquilo y cuán hermoso de mirar! Ahora un niño le hendiria con su débil brazo, y jugaría y se adormeceria sobre sus aguas azuladas; mas cuando se irrita y se encrespa bramando, y avanza hácia la tierra desarrollándose furiosamente en olas espumosas y altísimas, es aquí en ella la imágen más tremenda de la cólera viviente de Dios... Y yo le miraba, y yo sentia con una especie de estremecimiento sublime, porque ahondaba el pensamiento hasta sus más remotas soledades, y pasmábame al considerar con cuán largos brazos ciñe el mar á la tierra y forma los lindes jamás hollados del mundo.

Y al ver la inmensidad á mis piés, y al admirar la inmensidad sobre mi cabeza, habia en mi alma una como sombra de lo infinito, y esta sombra de lo infinito, me revelaba á Dios. Y como Dios estaba en mi corazon, le veia en todas partes: Dios en el cielo, Dios en el mar, Dios en la tierra... todo lleno de Dios. Y antes, pensaba yo, que hubiese tierra y mar, y cielo, ya en la noche sin nombre, en la nada solitaria del cáos estaba Dios llevando en su seno la eternidad.

Y permaneciendo en la eternidad, crió al tiempo. Y al comenzar los siglos su carrera majestuosa, y al brotar del cáos la tierra como un hermoso relámpago de entre la negrura de una nube, el mar la abrazó soñando, el cielo desplegóse magnífico, el sol derramó torrentes de esplendor, y en medio de tanta juventud, de tanta luz, de tanta gloria, puesto en pié en medio de la tierra, y con la frente elevada al cielo, adoró á su Dios el hombre, más grande que el cielo y

M. de P. Guevara

que la tierra por cuanto puede comprender á quien los hizo.

Entónces sentí yo en mi corazon toda la majestad de la especie humana; entónces, como si la mano de Dios tocase mi alma, mi alma se engrandeció, se divinizó en cierta manera, y con un gozo que me hacía deliciosamente palpitar, y extendiendo mis brazos, como si hiciera un esfuerzo para abalanzarme al cielo, y con puro ardiente arrebatado entusiasmo:—«¡Cuán hermosos son tus cielos, Señor, exclamé, los cielos que tú para mostrárnoslos has fabricado!... ¡Cuán hermoso este universo, que á semejanza de santuario magnífico, has alzado en medio del cáos resplandeciente!

Todo lo bello es hijo de tu bondad, todo lo terrible de tu cólera;

En todas partes veo tu mano, por todas partes oigo tu voz;

En la flor del valle, en los cedros del Líbano;

En el murmullo del céfiro, en los estampidos del trueno;

En la alegría bulliciosa y magnífica del dia, en la callada y melancólica majestad de la noche;

Y aquí en mi corazon.

Dios piadoso, porque eres grande; Dios paciente, porque eres eterno; Dios vengador, porque eres... Dios. Principio de tí mismo, fin de todo.»

¡Oh! ¡Entónces estaba yo en el cielo! Más grande desde allí que los reyes de la tierra, si hubiesen todos pasado por delante de mí en el lleno de su gloria y majestad, hubiérame desdeñado de mirarlos, porque todo es pequeño, todo miserable, nada hay magnífico, nada digno de nosotros, fuera del cielo.

El solo pensamiento de él, íntimo y profundo, deleitando nuestra alma, la purifica y la ensalza, y divinamente la engrandece, dilatándola por las partes de la eternidad.

¡Oh! ¡Entónces estaba yo en el cielo! En pié, los ojos sin pestañear en la luna, el espíritu en Dios, llegué á imaginar vivamente que veía la más grandiosa imágen que pueda concebir el humano entendimiento. El velo azul del cielo dividíase en dos á mis ojos; uno corríase al Oriente, otro al Occidente, y magníficamente desplegados, dejaban patente á mis ojos toda la gloria de Dios... ¡Yo veía la gloria de Dios! Mi alma se embriagaba en una especie de armonía deliciosa que hacía morir de deleite, y en un gracioso y suave esplendor, formado, como si dijéramos, de la flor de la luz más pura. Y como si fuese llevada en alas de ángeles, volaba, y volaba por entre los ejércitos de astros que siguen rutilantes sus armoniosas carreras; y volando más allá, hun-

díase, por así decirlo, en los esplendentes y armoniosos abismos de la eternidad. Yo entónces creí concebir lo que era gloria. El alma, que siendo espíritu limitado, es de suyo imperfecto y de suyo infeliz; cuando desprendida del cuerpo sube á esa region afortunada, y ve en ella al que *siendo por sí* es orígen de su sér, anégase entónces en un mar de armonías y de luz, y abandónase de una manera inefable, y se confunde y se identifica con Dios, y hácese en cierto modo Dios, y en cierto modo partícipe de su infinidad en el sér, en el conocer, en el amar... Y esto es la gloria.

¡La gloria! ¡La eternidad!!! Alma mia, ¿qué sentistes en aquel momento sublime? Un nuevo sér, una vida nueva, libertad sin tasa, felicidad sin nombre. Si aquello era un sueño, era un sueño de ángel; debió durar eternamente, mas fué relámpago que brilla y se extingue. Sombrío como tempestad cruzó un pensamiento por mi alma, y clavé una mirada profunda en la tierra, y ví reunidos todos los desvaríos, todos los crímenes, toda la degradacion de la raza humana. ¡Hijos de Dios, haceis bien en revolcaros por el lodo, y ansiar la eternidad en la miseria! ¡Ciudadanos del cielo, bien haceis en degollaros por dos palmos de tierra! ¡Palpad con manos trémulas de vergonzosa alegría, palpad vuestro oro, hermanos, miéntras que vuestros hermanos mueren de hambre! ¡Reyes de la creacion, adulad, postraos, lamed las huellas de ese imbécil tirano, para que tiemblen delante de él, que ha de morir, las imágenes de Dios!!! ¡Dios mio! ¿Y estos son vuestros hijos? ¿A sus ojos, para que lo viesen, desplegásteis vuestro cielo? ¿Dijísteis á su alma para que lo supiera: «la vida es un instante, pasadla corriendo, que os guardo la eternidad; el mundo es miseria; no le mireis siquiera, que yo os haré reinar en imperio que jamás perece, sobre tronos siempre resplandecientes.» ¡Dios mio! ¿Y esos son vuestros hijos, los criados á vuestra imágen y semejanza? Tal pensamiento me oprimió como una horrible pesadilla, quise rehuirle, y al reconcentrarme en mí mismo ¡ay! arrojé un grito de dolor. La luz del cielo fué para mi conciencia lo que un hacha que arrojárais encendida en el fondo de un abismo. Instantáneamente ví toda mi miseria, toda mi corrupcion, y espantado de mí mismo, y avergonzado de mirar al cielo, caí de rodillas, y me cubrí la cara con las manos... Y no podrá consolarme la persuasion de no haber corrompido jamás á la inocencia, de no haber vendido jamás á mis amigos, de no haber adulado jamás á ningun tirano.

Meditacion tercera.

Es de noche, y noche pura y apacible. Volved los ojos en torno, ¡qué hechicera tranquilidad! Mirad al cielo: ¡cuán bellamente estrellado! En medio de las estrellas, como hermosa soberana rodeada de ostentosa servidumbre, resplandece la luna con rayos apacibles y serenos; envuelta en su tibia claridad el mundo se duerme. ¿No sentís que poco á poco va restableciéndose la paz en vuestra alma? Sí, lo sentís: ¿y sabeis por qué? Porque toda la naturaleza respira la grandeza de Dios, porque Dios habla á vuestro corazon en medio de ese magnífico silencio, y delante de Dios se humillan y enmudecen las pasiones. ¿No sentís tambien en vuestra alma una santa tristeza? Sí, la sentís: ¿y sabeis por qué? Porque hay en ella un sentimiento de lo infinito, que hace desfallecer al sentido, y dilatarse el alma por la parte del cielo: el aire de la tierra la ahoga, no es bastante puro para que pueda respirarlo.

El alma mira al cielo, como un desterrado vuelve tristemente los ojos á su patria, donde ha dejado una esposa bella y unos hijos queridos.

Hay paz en vuestro corazon, hay una santa tristeza; pues bien: ahora se abrirá y recibirá las palabras de su Dios.

En una noche á esta semejante, en que brillaban la misma luna, las mismas estrellas que ahora vemos, sentado estaba en medio de sus discípulos, Aquel que para unir el cielo con la tierra, unió en sí propio la divinidad y la humanidad. Miraba Jesucristo con amor á sus discípulos, y cuando á ellos miraba, nos miraba tambien á nosotros; llamábales hijos, y cuando les daba este nombre, á nosotros tambien nos lo daba. Sus lábios se abrian para pronunciar palabras del cielo; respiraban una ternura inefable y una inefable tristeza; se despedia entónces el Padre de los hijos, y delante de sus ojos alzábase ya la Cruz.

«Sabiendo Jesús... que de Dios habia salido y á Dios iba,

Se levanta de la cena y se quita sus vestiduras, y tomando una tohalla, se la ciñó.

Y despues que les hubo lavado (á sus discípulos) los piés, y hubo tomado su ropa, volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: ¿sabeis lo que he hecho con vosotros?

Vosotros me llamais maestro y Señor: y bien decís; porque lo soy.

Pues si yo el Señor y el Maestro os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros.

Porque ejemplo os he dado para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais...

Un mandamiento nuevo os doy; que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado...

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros...»

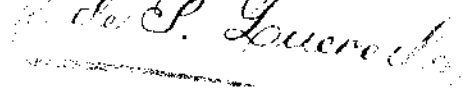
Un Dios que habla así, un Dios que obra así... ¡Oh! humillemos la frente y adoremos. A tal espectáculo, á tales palabras, que arrebatarán eternamente de amor y de admiracion á los cielos, no cabiendo en el alma la admiracion y el amor, caigamos de rodillas y adoremos.

Amáos unos á otros: ved la tierra convertida en un paraíso. *Como yo os he amado*, yo que siendo Dios nací, padecí, moriré por vosotros...

¡Mirad cuán pesado es el yugo de Dios! ¿Sabeis lo que nos manda? Nos manda... ser felices. ¿Hay cosa más dulce, por ventura, que el amar, que el acercarse á nuestros semejantes y llamarles hermanos, alegrarnos con sus alegrías y entristecernos con sus dolores; tener para ellos el corazon siempre abierto, y sobre ellos los ojos, como una madre tiernísima que ve en el niño que duerme la imágen del esposo á quien adora? ¿Hay cosa ni más dulce, ni más grande que admirar y amar en los hombres al que es Dios y padre de todos?

Pero notad que antes del precepto del amor, nos da el ejemplo de la humildad. *Sabiendo que de Dios habia salido, y á Dios iba*, en aquellos momentos en que visitaba á los hombres, reflejando en su frente los resplandores de la eternidad, postróse en tierra el que era Dios, y lavó los pies á los hijos del polvo. *¿Sabeis lo que he hecho con vosotros?* ¡Oh palabras que con llamarlas sublimes, las envilecemos! Señor, no lo sabemos.

La humildad es madre del amor. ¿Teneis orgullo? Pues erguireis una frente insensata por aparecer más altos que vuestros hermanos; les robareis para vestiros con su desnudez; ahogareis su voz, para que sola la vuestra resuene; encadenareis sus brazos para que sólo se levante vuestro brazo. ¿Sois humildes? Os sentís hermanos de vuestros hermanos, no ansiais ser más que ellos, no teneis necesidad de robarles, ni de envilecerlos, ni de oprimirlos..... podeis, pues, amarlos. Y los amais; al anonadarse el hombre delante de su Hacedor, al participar, asumiéndose en él, de su grandeza,



en él encuentra á los hijos de Dios, y en ellos reconoce y ama á sus hermanos.

Jesucristo, para trasformar al mundo, estableció dos leyes: la humildad, ley del espíritu; la caridad, ley del corazon.

¡Ah! ¡Si arrancándonos por un instante al tumulto del mundo, meditásemos profundamente estas verdades! Arrojáramos, estremeciéndonos, un grito: «estamos dormidos, dispertemos.» ¿Somos hijos de Dios? ¿Sómos cristianos? ¿Lo somos, y al lado de muchos que se rodean de perfumes y deleites, respiran apénas, falleciendo de miseria, esos infelices? —Son hombres despreciables.—¿Qué decís? ¿Qué no merecen nos tomemos el trabajo de socorrerles? ¡ Y qué! ¿Merecíamos nosotros que descendiese un Dios del cielo, y fuese enclavado para salvarnos en una Cruz? ¡Son despreciables! ¿No murió por ellos Jesucristo?

¿Nos persuadiremos alguna vez que los bienes que poseemos no son nuestros? La brevedad de la vida nos lo prueba; nacemos, caminamos á morir, huyen entre amarguras algunos instantes, y morimos. No; no podemos encerrar nuestros bienes en el ataud y llevarlos á la eternidad: de todos ellos nos queda..... una mortaja. Nos los prestaron un momento, no para gozar, sino para hacer bien: administradores somos, no dueños.

Teneis talento, ¿y de quién lo habeis recibido? Gozais salud, ¿y á quién la debeis? Poseeis pingües heredades, ¿y de quién son esa lluvia que las refresca, ese sol que las fecunda? Todo lo recibimos del cielo; y cuando el cielo nos presenta á nuestros hermanos para que seamos con ellos la Providencia, les negamos un miserable socorro, y eso que nos lo piden en nombre de Aquel que nos da el talento y la salud, la lluvia y la luz del sol!

Algunos, para encubrir su crueldad, hablan de prevision..... ¡infelices! Dudan de la Providencia. Calumnian á Dios para excusarse de hacer bien á los hombres. Si un virtuoso y desgraciado padre de familia se acercára á implorar vuestra compasion, ¿tendria alguno de vosotros el sacrílego valor de responder: «hermano mio, hijo como yo de Dios, bien sé que este Dios me ha dado bienes; que no reconoce por discípulo suyo sino al que tiene caridad; pero yo me temo que lo que ahora te dé, haga acaso falta dentro de un año á mi familia? Es verdad que ha dicho Jesucristo que si una madre olvidára á sus hijos, él no los olvidaría, que nos lleva grabados en la palma de la mano, que dó quiera nos ve, nos oye, acudirá á nuestras necesidades; que nos

cuidemos sólo de hacer bien, de atesorar para el cielo, que él ha de darnos el ciento por uno..... todo eso es verdad; pero yo, hermano mio..... no puedo socorreros.»

Pero..... vos, hombre indigno, no sois cristiano; Jesucristo os presenta ese infeliz, porque de los hombres se vale la Providencia, y decís á Jesucristo: «¡No, no queremos, no sea que si damos de comer hoy á este hombre por vos, vos mañana nos dejeis morir de hambre á nosotros.» Blasfemia con que osa escarnecer la nada á aquel gran Dios que viste á los lirios del campo más bellamente que pueden adornarse los rayos de la tierra.

Y no digais que huís de fomentar la holgazanería: no insulteis por Dios á la desgracia, ya que os negais á socorrerla. ¡Hipócritas! ¡Mirad á esos ancianos cuyos brazos desfallecidos no pueden sobrellevar el peso del trabajo! ¡Mirad á ese padre de familia que trabaja sin cesar, y se ve, con todo, rodeado de hijos que piden pan, y no tiene más auxilio que levantar los ojos al cielo! ¡Ah! Esa mirada es una acusacion que sube hasta Dios contra vosotros! ¡Esa mirada os perseguirá en el dia del juicio!

Pero, ¡qué vergüenza! ¿es posible que se haya de amenazar á los hombres para obligarles á hacer bien, como si existiera cosa que ensanchase más dulcemente el corazon, ni con más sublime delicia elevára el espíritu? Esclavos de la ley de la carne, parece que sólo apreciamos los deleites groseros; ¡oh! sepamos ya que Jesucristo vino á establecer la ley del espíritu; sepamos que hay gustos del alma más puros, más sublimes, más grandes, y sobre todo más duraderos.....

Entramos en un café, vamos á deleitar por un momento el paladar, pero aquel instante pasa; aquel gusto muere. Deteneos, mirad; en una calle solitaria hay una mujer casi desnuda; unos niños la rodean; son sus hijos; le piden pan, lloran. ¿Habeis pensado vosotros alguna vez lo que son las lágrimas de un niño que pide pan, al caer sobre el corazon de su madre? Acerquémonos á esa mujer; ya sentimos un secreto placer en el alma: no es extraño; caminamos á hacer bien por la senda que guia al cielo. Aquella pobre mujer extiende hácia nosotros sus manos estenuadas, nos llama hermanos; nos recuerda así á nuestro Padre, al que está en los cielos, al que nos está mirando. Os inclinais, dejais en la mano suplicante unas monedas que os sobran....., ¡Con qué gusto las palpa la pobre mujer! Vuélvese á sus hijos, puede abrazarlos sin llorar: «vamos, hijos mios.» Y

cuando la rodean comiendo, ellos y ella recuerdan dulcemente á aquel hombre desconocido que les envió la Providencia, y el buen Dios que los está mirando, sabe muy bien de quién es el pan que comen sus hijos.

¿Existe cosa, por ventura, que ensanche más dulcemente el corazon, ni con más sublime delicia eleve el espíritu, que el hacer bien á los infelices, que ser los bienhechores de los hombres y los benditos de Dios? Oid las palabras de Jesucristo, y al oirlas pensad que es Dios el que habla y..... callad, callad entónces, porque los mismos ángeles no sabrian alabarlas:

«Entónces dirá el Rey..... Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo;

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedásteis;

Desnudo, y me cubrísteis; enfermo, y me visitásteis, estaba en la cárcel, y me vinísteis á ver.»

Entónces le responderán los justos, y dirán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, ó sediento, y te dimos de beber?

¿Y cuándo te vimos huésped, y te hospedamos, ó desnudo, y te vestimos?

¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver?

Y respondiendo el Rey les dirá: «En verdad os digo, que cuando lo hicísteis á uno de mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis.»

IV.

A los desgraciados que no creen.

A nombre de la filosofía y del progreso se trata de proscribir á Cristo; pero, filósofos, una vez que acabeis con Dios y dejeis deshabitado el cielo; una vez que arrojeis de su altar á Jesucristo y priveis de templo y de creencia religiosa al mundo, ¿qué será el progreso y qué la filosofía? Todo lo visible y lo invisible serán organizaciones caprichosas de la materia, y con este Dios nuevo estarán ya de sobra en el mundo los altos pensamientos y los sentimientos generosos; el desinterés, la abnegacion, el sacrificio serán palabras vanas; la santa memoria de nuestros padres, una necia preocupacion; el respeto caballeroso á la mujer, una puerilidad ridícula; toda nuestra ciencia, reducida á gozar más; haremos un Dios de nuestra sensualidad y un ídolo de nuestro estómago, y tendremos el consuelo y la gloria de morir como bestias. Si no tenemos Dios ni eternidad; si el hombre entero ha de convertirse en polvo, no es necesario que levante los ojos al cielo; lo natural es que se arrastre por la tierra hasta llegar al sepulcro. Sin Dios no hay ciencia, porque no hay verdad; sin Dios no hay libertad, porque no hay derecho; sin Dios no hay poesía, porque no hay inspiracion... La materia sólo puede mover é inflamar nuestra parte material; nuestra parte moral, nuestro espíritu se inspira sólo á vista del cielo y con el pensamiento en la eternidad. Sin Dios no hay ciencia, no hay libertad, no hay poesía, nada generoso, nada sublime... materia sólo; goces de baja ley, corrupcion y miseria.

—

La religion tiene poderosos enemigos, pero cuenta con

de P. Lucrel

poderosos auxiliares. ¿Sabeis quiénes son? os diré sus nombres. Se llaman la desgracia y la muerte. Yo bien sé que si el hombre, en vez de cincuenta años, viviera cincuenta siglos; si en vez de las enfermedades que de contínuo le trabajan y de las penas que á toda hora le saltean y le hunden en tristezas indecibles, gozára siempre de lozana y vigorosa juventud, rodeado de felicidades y de placeres; yo bien sé que pronto olvidaría á Dios, porque es de suyo tan soberbio que esquiva reconocer superior; y está tan bien con hacer su gusto que repugna y odia todo precepto ó todo lazo que se lo estorba. Pero como el hombre vive sólo cincuenta años, es decir, breves dias sobre la tierra, y miéntras anda por ella, aquí tropieza y allá cae, y casi siempre se lastima, no es tán fácil que se olvide de Dios, abandonado á la soberbia de su espíritu ó á la sensualidad de su corazon. Dios, por lo demás, cuida de hacérsele presente, pues cuando de El está más olvidado el hombre, le descarga un rudo golpe; y el hombre, como es natural, se revuelve dolorido, y por poco que piense, ha de pensar que el golpe le viene de arriba; y en fin, aun cuando así no sea, lo cierto es que al hallarse más descuidado, ó acaso más divertido en sueños de amor ó de ambicion, llama á las puertas de su casa, enviado por Dios, un huésped espantoso, huésped inevitable que le toma por la mano, y quiera ó no, le hace dejar su casa y sus heredades, y su riqueza, y su querida, y le obliga á entrar con él, desnudo y temblando, en la oscura y misteriosa region del sepulcro.

—

Considerad á ese hombre vigoroso y alegre; es un jóven de floreciente salud, de fuerza pujante. Como siente sus venas rebenchidas de sangre y no le cabe el corazon dentro del pecho, lleva alta la frente, y el pié firme en actitud de ir hácia adelante, á la plenitud de la vida, á la cumbre de la felicidad; se rie de las dificultades, atropella los obstáculos, no comprende lo imposible; se siente fuerte, se basta á sí propio, se apoya por tanto en sí mismo...; hay momentos en que ni concibe la muerte, porque rebosa en él la vida; cuando más, la mira allá, muy léjos, y por consiguiente muy léjos á la eternidad, muy léjos á Dios... Pero hé aquí que un airecillo que acertó á darle en mal hora, un vaso de agua que no le sentó bien, dan con el jigante en el lecho... A no ser por un poco de fiebre que le aqueja, revolveria el

mundo... Pero, ¿qué quereis? le va consumiendo ese calor un tanto escesivo, y va robándole las fuerzas, y al fin la sangre circula difícilmente por sus venas, y el corazon apénas late, y los ojos apenas ven, y él se siente desfallecer y morir... y se revuelve á todas partes, y busca apoyo, porque cae, y no se basta á sí mismo; busca apoyo, porque la muerte que miraba tan léjos ha dado un paso, y se le ha puesto delante, y tiene detrás de ella á la eternidad y á Dios

—

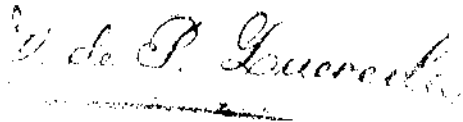
Me rio, cuando veo á un hombre que se afana y desvive sin tregua ni reposo en planes magníficos para el tiempo futuro; que no parece sino que ha de vivir, ya que no eternamente, algunos siglos sobre la tierra. Tentado estoy por acercarme y decirle: amigo, teneis cuarenta años, ¿han pasado como una sombra fugitiva, no es verdad? no vivireis otros tantos; pero si los vivís, pasarán lo mismo.

—

¡Cómo se ha deslizado, volado el tiempo; ayer niños, deseando ser jóvenes; jóvenes á poco, deseando ser hombres, y es el caso que somos ya viejos! Y los amigos y compañeros con quienes conversamos al principiar el viaje, ¿en dónde están, qué es de ellos? Ahora este, ahora aquel, han ido desapareciendo, y nos han dejado solos, ¡espantosa soledad! y esa generacion que crece va empujándonos para ocupar nuestro puesto, hácia las tinieblas del sepulcro ¡oscuridad horrible!... Afirmo y juro que hay para desesperar, si al despedirnos del mundo, no podemos volver los ojos al cielo, y creer que en él nos esperan nuestros amigos, nuestros hermanos, las personas amadas de nuestro corazon, y que en él y con ellos viviremos felices en la presencia de Dios.

—

Un incrédulo que al morir no se espanta ó no se desespera, creedme, es un estúpido á fuerza de loca ó de brutal ignorancia. Me causa un sentimiento indefinible, mezcla de horror, de lástima y desprecio. Débil y miserable caña que el viento va á romper; si pensara un instante solo, ¿no se horrorizaría al considerar que su espíritu, que si bien degradado, algo conservará de su inmortal naturaleza, debe convertirse



en polvo, llegar al no sér, despedirse de cuanto amó en el mundo y aun de sí mismo, y despedirse para siempre? Pues si el que piensa en esto no se muere de dolor ó de horror, ¿qué es sino un loco? Supongo que dude; ¿y no retiembla al verse inclinado sobre un abismo inmenso, pronto á caer en él, incierto de lo que ha de sobrevenirle cuando llegue á su fondo, si tinieblas ó luz, muerte ó vida, la nada ó Dios?

—

Es gran cosa, digan lo que quieran; es gran cosa llegar á la muerte creyendo y amando á Dios, que nos llama sus hijos y tiene para nosotros un cielo.

—

Habreis observado que en la vida humana por cada placer hay muchas penas; por cada festin á que os hayan convidado, de seguro habreis asistido á muchos espectáculos de dolor y de angustia. Habreis visto, y más de una vez, á un hombre afrentado por la calumnia, á otro calumniado por la malicia, ó reducido á la miseria por la suerte; el corazon de una madre deshecho en lágrimas por la muerte de un hijo único, ó el de un amante entregado á inexplicable desesperacion porque no verá más á la mujer á quien amaba y en quien vivía. Decidme, si lo recordais, ¿de qué hablásteis á esos infelices en aquellos instantes supremos de dolor y de angustia? Sus crueles heridas, ¿con qué bálsamo tratásteis, si nó de curarlas, de aliviarlas al ménos? Si es que vuestra palabra les fué consuelo, bien sé yo las que pronunciásteis: «que Dios pone á prueba la virtud para que florezca mereciendo mejor premio; que á nadie desampara Dios, que cuida hasta del pajarito que trina por los aires; que si quita un hijo á su madre y una amada á su amante, no es una eterna separacion, sino una ausencia breve, y ¡quizá sea gran misericordia! ¿Quién sabe los peligros de que lo ha preservado, los dolores que le ha ahorrado la misericordia de Dios? Dios sabe lo que hace... y al fin, cuestion de tiempo... diez ó veinte años, es decir, unos pocos dias, y volveremos á ver y nunca nos separaremos del hijo de nuestras entrañas ó de la amada de nuestro corazon...»

—

Es gran cosa, digan lo que quieran; es gran cosa, cuando nos sentimos abismados en el dolor, levantar los ojos y encontrarnos con un Dios Crucificado.

—

La generacion gárrula y necia podrá reirse de lo que digo; pero, amigos mios, contened por un instante, y sobre mi palabra, vuestra risa; si habeis estudiado algo, estudiad más y haceos sábios; si ahora sois jóvenes, esperad un poco, que no tardareis en haceros viejos; si hoy os sentís felices, dejad pasar algunos años, y se os morirá vuestra madre, ó vuestro hijo, ó la amada de vuestra alma, y entónces, sábios ó desgraciados, ó viejos, reid cuanto querais, reid hasta el cansancio, reid hasta el fastidio: sabed, sin embargo, ¡oh, grandes hombres! que no reian como vosotros Bossuet, Newton y Galileo, Pascal, Descartes y Leibnitz, Cervantes, Luis Vives y Calderon...

V. de P. Lucrecia

V.

La Patria y el Cielo.

Imitacion biblica.

Mirad, ¡ya lo diviso! mirad ese cielo tan puro, tan gracioso, tan ámplia y bellamente desplegado...

Ese cielo es el cielo de mi patria: manto hermosísimo de azul, que embellece una luz florida.

¡Patria mia! eres muy bella: Dios sonrió al formar tu suelo... vistiólo de flores, y mandó á los céfiros más suaves que lo perfumasen.

Fresca y gentil, te reclinas en ese jardin deleitoso, como vírgen graciosa y pura, que fija por vez primera en su amante una tímida mirada.

Eres grande, patria mia; esas torres que tocan las nubes, lo proclaman. Tus brazos son, que levantas orando á los cielos.

Envuelta en los grandes sonidos de las campanas, desciende á conmover los corazones la voz de la religion..... música sublime en la region de los aires.

¡Patria mia! ¡Patria mia! yo te amo, cual se ama á esposa gentil; donde vaya te llevo en mi corazon, y al pensar en tí me saltan las lágrimas.

En tí, por vez primera, ví esa luz que nos envia el cielo para que miremos su hermosura; en tí comencé á murmurar tiernas oraciones que me enseñaba mi madre; en tí habló mi alma á otras almas un lenguaje misterioso y divino: en tí besé por última vez la mano de mi padre, y la casta frente de mi hermana.

En tí, oh patria mia, tengo lo que hay más puro, en la vida y más sagrado en la muerte: la cuna de mi niñez y el sepulcro de mi padre.

Por eso léjos de tí me sentía triste; pero habia en aquella tristeza encanto secreto: era como recuerdo vago y confuso de alegrías y dolores que pasaron.

Me sentia triste, y me decia: ¿cuándo volveré á ver aquellos campos tan hermosos, aquella luz tan suave, y recorreré las calles conocidas, y encontraré á mis amigos, y los estrecharé sobre el corazon?

Ya estoy en tí, patria mia, ya estoy en tí: hijo humilde, quisiera tener mucha gloria para añadir á tu corona una flor; pero tengo al ménos una alma sensible, y te doy el amor de ella. Ya estoy en tí, patria mia; ya estoy en tí, y respiro tu aire, y miro tu cielo, y soy feliz.....

—

¡Feliz! ¿Qué palabra se escapó de mis lábios? ¿Hemos conocido por ventura nosotros lo que es felicidad?

Fantasma que al abrazarla se disipa, flor que se marchita al tocarla, sombra que huye al perseguirla. ¿Qué sabemos nosotros lo que es felicidad?

Venid, amigos mios, y rodeadme todos, contémonos los secretos del corazon. ¿Os sentís felices por ventura?

Léjos de nuestra patria, suspiramos por tornar á su seno, y al tornar á ella suspiramos tambien, porque nos aqueja en el fondo del alma un instinto viajador... ¿Tendremos por dicha otra patria?

¡Hombre! tu patria es el lugar donde naciste; cristiano, mira el cielo; esa es tu patria.

¿Qué es el mundo, sino lugar de tránsito, que echó Dios entre la nada y la eternidad?

¿Qué somos nosotros, sino pobres desterrados que andamos gimiendo por entre sombras, en busca de esa patria de luz y de armonía?

No me digais que esto es hermoso; todo lo sombrea la muerte.

Ese arroyo bulle, sonrie esa flor; pero dad un paso, y el arroyo se ha secado, y la flor marchitóse.

Mirad atrás..... ¡ruinas! mirad adelante..... ¡todo está cayendo!

La muerte es la reina del mundo; nuestro espíritu no puede vivir en esta region de la muerte.

¡Aire! ¡aire! que se ahoga el alma: dadle paz, que está cansada de gemir y de reluchar.

Reyes son los hombres, y se arrastran por el lodo; her-

M. de P. Lucrecia

manos, y se despedazan; hijos de Dios, y blasfeman, mientras se hunden en el sepulcro.

Arrancadnos á esta region de miseria: caigan rotas las cadenas, y vuele el alma.

Alma mia, ¿no sabes que sobre esa atmósfera tempestuosa hay una region, donde vive la paz, y no anochece la luz, y es inacabable la vida?

Allí, alma mia, podrás, en medio de un silencio divino, sumergirte en las profundidades esplendorosas de la eternidad; allí vivir vida eterna de amor en el seno de Dios...

Esa region, alma mia, es el cielo; ese cielo, alma mia, es tu patria.

VI.

Las oraciones del cristiano.

Todo el mundo católico dice á una voz:

Creo en un solo Dios, Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles.

Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre antes de los siglos, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero.

Creo que por nuestra salud descendió del cielo, y se encarnó por virtud del Espíritu Santo en las entrañas de la Vírgen y se hizo hombre, y fué crucificado por nosotros, y fué sepultado, y resucitó al tercero dia, y subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre.

Creo que vendrá segunda vez lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo y con ellos es adorado y glorificado.

Creo en una sola Iglesia santa, católica apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdon de los pecados.

Espero la resurreccion de los muertos.

Y despues de ella una vida eterna.....

Creemos, pues, todos en un solo Dios, en un Salvador, en una Iglesia; sabemos todos que hijos de perdicion por el pecado, somos por la gracia lavados con aguas milagrosas y hechos hijos de Dios; esperamos todos resucitar de entre los muertos y vivir por una eternidad.

¡Qué espectáculo tan magnífico que hubiera asombrado á Sócrates y Platon!.... pero ¡qué digo á esto solo! que debe eternamente asombrar á todos los hombres sobre la tierra,

V. de P. Lacroix

y á todos los ángeles en lo más alto de los cielos; ver las eternas disputas y los errores monstruosos y las indecibles torpezas del mundo pagano, y brotando, digámoslo así, de sus entrañas un mundo nuevo, alzarse refulgente con la doble aureola de la verdad y de la virtud; y una Iglesia santa, que atraviesa las edades coronadas de gloria, ó de espinas, pero conservando intacto siempre el depósito de la verdad, y gritando á todos los siglos: ¡Creo en un solo Dios, en un Salvador, en una Iglesia, en un bautismo, y espero la resurreccion de la carne y la vida que no tendrá fin!!!

Esto cree el mundo católico, y todos los dias se postra ante su Dios, y así como sólo tiene una fé pronuncia una misma oracion..... Es grata á Dios: la enseñó Dios mismo.

Padre nuestro,—todos, pues, somos hermanos.

Padre nuestro que estás en los cielos:—nuestro Padre reina sobre todas las cosas..... de ilustre linaje somos.

Santificado sea tu nombre:—deseamos ante todo, como es justo y debido, la gloria de nuestro Padre y nuestro Rey:—es tambien nuestra gloria.

Venga á nos tu reino:—tu Evangelio, tu verdad, tu luz; esté con ella esclarecido nuestro espíritu.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo:—sólo la tuya, pues, que eres Rey universal, justo y bueno para nosotros; tú solo sabes lo que nos conviene; así lo creemos y somos felices.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy:—mañana te pediremos el de mañana: que no nos agita la ambicion; todos los dias es bueno que necesitemos de tí: así todos los dias hablaremos contigo.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores:—frágiles y miserables, necesitamos de tí perdon, y nos hacemos como un derecho para obtenerlo, del hecho de haber perdonado nosotros á los que nos han ofendido. Nos presentamos ante tí como buenos hermanos; así, aunque te hayamos ofendido, debes ser padre misericordioso para nosotros.

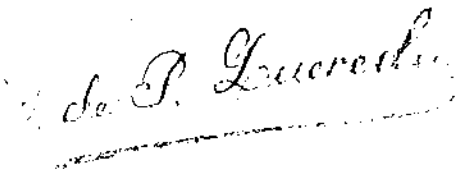
Y no nos dejes caer en la tentacion; mas líbranos del mal. —Pero todo lo debemos á tí; sin tí, ¿qué somos? Sostennos durante este tiempo de prueba; no abusemos de nuestra libertad, y te perdamos y nos perdamos.

¿Qué dirían Sócrates y Platon de esta oracion sencilla y sublime, que sube cada dia á los cielos desde todos los ángulos de la tierra, y hace de Dios un Padre y del género humano una familia?

Lo mismo creen y oran del mismo modo todos los cristianos, miéntras andan por este lugar de peregrinacion donde se padece y se llora. La misma fé fortifica sus espíritus; la misma oracion alienta sus corazones, y ¡cosa verdaderamente divina! para embalsamar la amargura de nuestras almas, ó evitar que desesperen, no atreviéndose por sentirse indignas á mirar cara á cara á aquel Dios que murió por salvarles, la Religion nos ofrece una dulce y celeste medianera, una Vírgen sin mancha: madre nuestra y madre de su Dios.

A la cual saludamos, diciendo: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; esperanza nuestra, Dios te salve: á ti clamamos los hijos desterrados de Eva, á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas..... vuelve á nosotros esos tus ojos llenos de dulzura..... muéstranos á Jesus.....»

El que no crea que Jesus es nuestro Dios, es verdaderamente..... un hombre desgraciado.



VII.

Los Trenos de Jeremías. (a)

La Iglesia está de luto; recuerda y solemniza aquellos grandes dias, en que todo un Dios permitió que le clavasen en una Cruz para salvar al mundo, é inclinando su cabeza coronada de espinas, lo salvó. Cubiertos se ven de gasa fúnebre los altares, los sacerdotes están enlutados, el santuario lleno de misteriosas tinieblas. Al hollar el cristiano sus losas sagradas, siente estremecerse el pié, y su ánimo sobrecogerse de santa y majestuosa tristeza, porque aquellas tinieblas, aquel luto, aquella gasa fúnebre que en señal de desconsuelo cubre el tabernáculo del Señor, le dicen con voces mudas, pero elocuentes, *que ha muerto Jesucristo.*

Los brazos abiertos, como para abrazar al mundo, y hecho la mofa del mundo, Jesucristo espiró... Los ángeles lloraban.

La Iglesia, á la luz de la fé, contempla en estos dias á Jesucristo cargado con una cruz, á Jesucristo espirando, á Je-

(a) Hace quince años *(magnum œvi humani spatium)*, que se escribió el artículo que hoy reproducimos en *El Pensamiento*. La tristeza y el desfallecimiento del espíritu del autor se reflejaron en su obra. Eran los tiempos en que la escribió, turbados y oscuros; triste el presente, espantable el porvenir. No es mucho más risueño el tiempo actual; porque si bien el cielo parece mas despejado, se ven sin embargo nubes que amenazan tempestad. Y lo hemos dicho, y lo repetimos: siguiendo cual hoy las cosas, la tempestad vendrá y estallará, y nos traerá dias de indecible confusion y quebranto. Hé aquí, pues, el artículo que se imprimió en los dias de Semana Santa de 1843. (*Nota del autor al reproducir este artículo en* El Pensamiento de Valencia, en 1858.)

sucristo descendiendo al sepulcro; y ved por qué solloza y vístese de luto, como viuda inconsolable.

En medio del santo silencio y de las sombras misteriosas del santuario, resuenan, haciendo llorar al alma, unos cánticos de tristeza inefable. En todos los ángulos de la tierra el pueblo, arrodillado, escucha religiosamente aquellos melancólicos acentos, acentos que há veinticinco siglos, cubierta de ceniza la cabeza, exhalaba Jeremías á vista de las ruinas de Jerusalem.

Nabucodonosor, aquel gran rey que soñó hacerse Dios, y tan luégo le tocó la mano de Dios, descendió á ser ménos que esclavo, habia entrado á fuerza de armas á Jerusalem, y asolado sus edificios, y abrasado su templo, y llevado á la flor del pueblo judío en duro cautiverio á la altiva Babilonia.

Cuarenta y cinco años hacia que el gran profeta derramaba lágrimas, y las interponia entre Dios y el pueblo de Israel, por ver si moviéndole á penitencia, podia apartar de sobre él la cólera divina. Mas al contemplar que sus abominaciones la habian hecho por fin estallar, que era grande como el mar el quebranto de Jerusalem, tan grande como la insolente alegría de la triunfante hija de *Edom*, sentóse el Profeta á llorar, y suspiró entre las ruinas de su pueblo sus inefables lamentaciones. Pero cuando lloraba la desventura, dispersion y cautiverio presente, veia tambien con la luz del cielo, y lloraba al propio tiempo la desventura por excelencia que un dia, y en castigo de su atroz deicidio, caería sobre Jerusalem; la dispersion sin ejemplo por la que, arrojados sus hijos en medio de enemigas naciones, seríanles testimonios vivientes de la viviente cólera de Dios; y el cautiverio, por fin, en que habia de tenerlos el espíritu de las tinieblas, hasta que adorando en Jesucristo al Dios de Abraham, les reuniese éste por su piedad infinita al pié del monte Nevo; y allí á vista de la misma nube que vió Moisés, y se manifestó á Salomon en la dedicacion del templo, le descubriera, brillando de majestad y misericordia, el arca de la alianza.

Por esto y por ser tales cánticos la expresion más viva del más profundo dolor, úsalos nuestra madre Iglesia en los dias de más triste y sombría solemnidad.

Abrid el libro santo, y leed:

«Y aconteció, que despues que Israel fué reducido á cautiverio, y Jerusalem quedó desierta, se sentó el profeta Jeremías llorando, y endechó sobre Jerusalem con esta lamen-

tacion, y suspirando con amargura de ánimo, y dando alaridos, dijo (1):

—¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.

—Los caminos de Sion están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades: todas sus puertas destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus doncellas desaliñadas, y ella oprimida de amargura.

—¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sion? arrojó del cielo á la tierra ínclita Israel, y no se acordó de la peana de sus piés en el dia de su furor.

—Y de la hija de Sion se fué toda su hermosura: sus príncipes han sido como carneros, que no hallan pastos; y se fueron sin fuerza delante del que los iba siguiendo.

—Los hijos de Sion, ínclitos, y vestidos de oro muy fino, ¿cómo han sido reputados por vasijas de barro, obra de manos de alfarero?

—Los que comian deleitosamente murieron en las calles: los que se criaban en la púrpura, abrazaron el estiércol.

—Todo su pueblo gimiendo y buscando pan: dieron todo lo que tenían más precioso por comida para refocilar su alma.

—Llamé á mis amigos, y ellos me engañaron: mis sacerdotes y mis ancianos fueron acabados en la ciudad....

—Mira, Señor, y considera á quién has vendimiado así.... ¿Con que es asesinado en el santuario del Señor el sacerdote y el profeta?

—Quedaron á fuera tendidos en tierra el mozo y el viejo; mis doncellas y mis jóvenes cayeron á espada: los mataste en el dia de tu furor: los heriste y no tuviste lástima.

—Llamaste de los contornos como á un dia solemne á los que me aterrasen, y no hubo en el dia del furor del Señor quien escapase, ni fuese dejado: los que crié y alimenté, mi enemigo los acabó.

—¿A quién te compararé? ¿ó á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿á quién te igualaré, y te consolaré, oh

(1) Versículos entresacados de los cuatro primeros capítulos de los Trenos de Jeremías.

vírgen hija de Sion? porque grande es como el mar tu quebranto: ¿quién te remediará?

—Tus profetas vieron para tí cosas falsas y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte á penitencia....

—¡Oh vosotros, todos los que pasais por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!...

—Palmearon por tí con las manos todos los que pasaban por el camino: silbaron y menearon su cabeza sobre la hija de Jerusalem, diciendo: ¿Es esta la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?

—Gózate y alégrate, hija de Edom, que moras en tierra de Hus: á tí tambien llegará el cáliz, embriagada serás y desnudada.

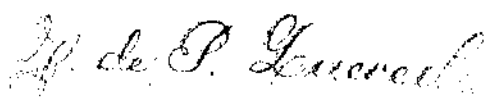
—Abrieron sobre tí su boca todos tus enemigos: silbaron y crugieron los dientes y dijeron: Nos la tragaremos: ea, este es el dia que esperábamos, lo hemos hallado lo hemos visto.

—Levántate; alaba de noche en el principio de las vigilias: derrama como agua tu corazon ante la presencia del Señor: alza á él tus manos por la vida de tus chiquitos que desfallecieron de hambre...»

¡Qué poesía! aun cuando sólo humanamente la consideremos, ¡cuán bella y augusta poesía! Asistimos á la ruina, contemplamos la desolacion de Jerusalem. ¡Qué imágenes, qué expresion, qué colorido! y sobre todo ¡qué tono tan lúgubre y desconsolado! Jamás encontró la musa cristiana una voz más dolorosa, fuera sea la de Job; pero Job personificaba á la humanidad en el más subido grado de sufrimiento, y por eso arrancaba de sus entrañas aquel grito de «¿por qué fué concedida luz al miserable y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?»

El ilustre Bossuet decia, que Jeremías habia igualado las lamentaciones con los dolores; y críticos distinguidos han reputado sus trenos como el más bello modelo de poesía elegíaca que nos haya quedado de los tiempos antiguos sin encontrar rival en los modernos. Nosotros que así lo creemos, pensábamos en prueba de ello revelar alguna de sus admirables bellezas; mas al abrir el libro de la vida y al releer las lamentaciones, sentimos agolparse las lágrimas á los ojos, y caerse el libro santo de las manos... No es extraño, pensábamos en nuestra patria; al través del polvo de Jerusalem, veíamos el cadáver de España.

¿Cómo pudiéramos conservar bastante serenidad en la



cabeza, y sosiego en el corazon, para hacer notar las bellezas literarias de los versículos trascritos, cuando las grandes verdades que encierran y las terribles desventuras que pintan, pueden casi exactamente aplicarse á nuestra patria infortunada? ¿Qué hemos visto nosotros, infelices? Estábamos en la cuna y aún casi retumbaba en nuestros oidos el estampido del cañon francés; la leche que mamábamos era amarga. Apenas habíamos llegado á la edad de la infancia, y en vez de entregarnos á la inocente alegría de sus juegos, rodeábamos á nuestros padres tempranamente envejecidos, y escuchábamos de su boca la historia de las desgracias pasadas en medio de las presentes desventuras.

Nuestros padres nos decian: hijos mios, el cielo os conceda gozar de dias más apacibles y serenos ¡votos sagrados, mas no oidos por el cielo!

¿Quién de nosotros al poner el pié en la carrera de la vida no retrocede con espanto? ¿Quién de nosotros no ha llevado luto por su padre ó su hermano, ó su más tierno amigo, muertos en guerra fratricida? ¿Quién de nosotros no ha lanzado un grito de terror cuando arrancaba la peste más cruel de nuestros mismos brazos, y de un solo golpe, á la madre que formaba las delicias del corazon; á la esposa, encanto de la vida; al hijo, esperanza de la vejez? No hemos visto sino calamidades; sangre en los campos, sangre en las ciudades, pestes, miserias, revoluciones sucediendo á revoluciones, guerras civiles brotando de otras guerras civiles, y á España por todas partes despedazada y hecha un cadáver, cuyos restos miserables dispútanse perros hambrientos y devoradores.

Y no es esto aún lo más doloroso; lo que aflige desesperadamente el ánimo es levantar los ojos al cielo para leer en él una esperanza siquiera, y no ver en el horizonte sino señales de próximas y más desoladoras tormentas.

Tus profetas, decia Jeremías hablando á Jerusalem, vieron para tí cosas falsas y necias. Tambien nosotros hemos tenido profetas semejantes; mas aquellos no insultaban al ménos las lágrimas de Jerusalem, diciéndola que era dichosa.

¡España! ¡Desgraciada patria mia! ¿Cuál de tus buenos y leales hijos no derrama inextinguibles lágrimas al contemplarte, y cuál de ellos no exclama con grande alarido á semejanza del profeta de los dolores:

¿Cómo está sentada solitaria la gran nacion que llenaba á los pueblos con sus ejércitos, el mar con sus navíos, el universo con el ruido de sus glorias?

¿La que arrolló, lanza en mano, á los guerreros de Ismael; envió sus hijos á Grecia, y Grecia cayó á sus piés; tronó en Lepanto, y estremecióse la Media Luna sobre las mezquitas de Constantinopla; voló á Pavía y recogió la espada de un gran Rey; atravesó las soledades del Occéano y plantó en un mundo nuevo un estandarte divino?

Los pueblos temblaban al sonido de su voz; los reyes se alzaban en sus tronos para acatarla.

Y ella, querida del cielo, resplandecia en medio del mundo que silenciosamente se le inclinaba, con un manto de oro sobre sus hombros, la corona de veinte naciones en su frente, el cetro de dos mundos en su mano.

Ha caido, ha caido del cielo la estrella, que entre todas más bellamente lucía; ha quedado como viuda la reina de las naciones; ¡mirad la señora de las provincias, cómo ha sido hecha tributaria!

Como á una prostituta la han tratado; sobre ella misma rasgaron su manto de púrpura, dejaron en su frente para escarnio una sombra de corona, y en su mano pusieron una caña infame.

Al estampido del cañon se agitó: era muy lúgubre aquel estampido; volvió los ojos y vió descender á un Rey del trono para entrar en el sepulcro.

Al rededor de aquel sepulcro agolpáronse sus hijos; ninguno lloró; miráronse muchos con furor, y debajo de sus mantos crugian temerosamente las armas.

La hija de la desventura dió un largo gemido.

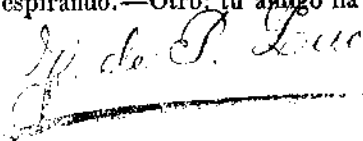
¿Quiénes son esos que tan furiosamente se combaten? ¿Quiénes son esos cuyos ojos centellean de alegría al despedazarse unos á otros, y beber bárbaramente su sangre?

La hija de la desventura á unos y á otros les llamaba sus hijos. Lo que huye de la espada, devóralo el fuego; lo que escapa del fuego, la hambre lo consume. El ángel de la venganza va á acabar con los primogénitos del pueblo maldecido.

Señor, tu ira estalla sobre nosotros: Señor, tu ira se ha redoblado.

Ese cielo está encapotado y sombrío: del Norte, del Norte viene una plaga devoradora. Los pueblos saltan de terror: estremecidos, le han dado un nombre espantable, ese es su nombre, esa es la cólera de Dios que pasa entre vosotros para visitar las entrañas de mi patria.

Ensanchad esas lúgubres ciudades, moradas de los muertos.—Hasta mañana, amigo mio.—Un mensajero llega: tu amigo está espirando.—Otro: tu amigo ha espirado.



¿Por qué tan mústias y tan solitarias las calles? ¿Por qué has descendido á los subterráneos, como si allí no te viese la ira de Dios? Asoma la desmelenada cabeza, y verás; aplica codiciosamente el oido, y oirás; los que van por las calles, atónitos van, espantados, precipitadamente, como si la muerte les siguiera; negros ataudes cruzan lenta y melancólicamente por ellas, y en hoyo profundo caen mezcladas la juventud y la vejez, el que fué rico, el que ya no es indigente.

Ahora sí que sois todos iguales. ¡No han podido los grandes alcanzar las vanidades de las pompas fúnebres! ¡No han podido disfrutar ni de un sepulcro de piedra! ¡Tenía prisa la muerte.

La recien desposada huye del lecho de su esposo; la madre deja caer en tierra al pequeñuelo que colgaba de su pecho. Pero tus sacerdotes ¡buen Dios! van á pagar el ódio y el desprecio rodeando amorosamente el lecho de los moribundos.

Apiñáos, sacerdotes de Dios, los que le haceis descender del cielo con vuestra palabra; apiñáos al derredor del altar, á la sombra del mismo Dios..... esos tigres golpean con hachas sacrílegas las puertas del santuario, las han despedazado, precipítanse de tropel. El infierno se alegra. Apiñáos al rededor del altar, sacerdotes del Altísimo.

¡Maldicion sobre tí, hija de maldicion! ¡Las losas del santuario están bañadas de sangre!

¡La sangre de tus hijos, Señor, ha salpicado tu altar! Señor, tú has visto la sangre de tus hijos.

Por todas partes estalla el estruendo de armas; por todas alumbra ruinas la luz de los incendios; por todas álzanse bramando los pueblos.

¡Dejad que esos hombres luchen y se despedacen! ¡Dejad que arrastren á sus mismos caudillos! ¡Dejad que invadan embriagados el alcázar de sus reyes!

Pero ¡madres, no espereis abrazar á vuestros hijos! Vestíos de luto, ¡oh, vírgenes! no escucchareis palabras de amor de la boca de vuestros amantes. El sepulcro no restituye su presa.

¡Bienaventuradas las estériles, al ménos no morirán por el crímen de haber engendrado un hijo! ¡Bienaventurados los que no tienen padre; esos niños los tenian y ya no existen! ¡Bienaventurados sobre todos los que no han visto la luz en estos dias de maldicion!

Todo el pueblo está gimiendo y pidiendo pan; todo el pueblo siente el filo de la espada sobre su cabeza. Pero el

Señor, al enviar su ira sobre los pequeños, no se ha olvidado de las frentes elevadas.

Los Próceres han trocado su manto de púrpura por los andrajos de mendigo.

Ese príncipe vive en innoble cautiverio; habiéralo abrumado las sienes una corona de oro; pero lleva con dignidad la corona de la desgracia.

¿Y eres tú tambien hermano de un rey? ¡Ah! pareces «como carnero que no halla pasto, y vas sin fuerza delante de los que te van siguiendo.»

A esa reina, á esa reina la han coronado con corona de tribulacion; sus amigos la vendieron; los que decian, ven y adornaremos de flores, ¡oh, ángel! tus caminos, la repelen y gritan con frio desden: mujer, vété... y ella se va llorando; los alaridos de sus hijas rompen el alma.

¿A quién ¡oh, patria! te compararé? ¿A quién te diré semejante? abatida estás, exánime te postras, hecha un cadáver.

Las naciones te han herido ignominiosamente con el pié, han reido con escarnio y se han hablado entre sí; ¿y esta es la nacion que ceñia con sus brazos la tierra, y pudo con su solo nombre estremecernos?...

Alegráos ahora que es llegado vuestro dia, y alégrate sobre todos, tú que te has vestido con nuestra desnudez, tú que te engrandeces con las desventuras del mundo; alégrate, que tambien á tí llegará el cáliz y serás embriagada, y se espantarán las naciones al ver que ningun navío sale de tus puertos, y se sentirán vengadas al contemplar las convulsiones de tu agonía.

¿Pero qué tienes tú, qué tienes tú, patria mia, que exhalas ahora ese grande gemido, y te levantas azorada de tu lecho de muerte? ¿Por qué revuelves á todas partes el semblante pálido y asombrado? ¿Acaso sientes bajo tus piés estremecerse la tierra con el rumor de amenazantes revoluciones? ¿Has oido acaso la voz de tus enemigos que decia: «*Nos la tragaremos*; *ea, este es el dia que esperábamos, lo hemos hallado, lo hemos visto*?

Cae de rodillas, hija de la desventura; cae de rodillas, y cubre de ceniza tu frente, y clama de lo hondo de tus entrañas al Dios de las piedades:

«Acuérdate, Señor, de lo que nos ha acaecido: repara, y mira nuestro oprobio (1).

(1) Versículos entresacados del cap. v de los Trenos.

J. de P. Larrea

Nuestra heredad ha pasado á forasteros: nuestras casas á extraños.

Huérfanos hemos quedado sin padre, nuestras madres como viudas.

Los ancianos faltaron de las puertas: los jóvenes de la danza de los tañedores.

Faltó el gozo de nuestro corazon: convirtióse en luto nuestra danza.

Cayó la corona de nuestra cabeza, ¡ay de nosotros! porque pecamos.

Por esto nuestro corazon ha quedado melancólico; por esto se han entenebrecido nuestros ojos.

A causa del Monte de Sion, que fué destruido, raposas anduvieron en él.

Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu sólio por generacion y generacion.

¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿Nos desampararás por largura de dias?

Vuélvenos, Señor, á tí, y nos volveremos; renueva nuestros dias como al principio.»

VIII.

El dia de año nuevo.

Un pensamiento grave y sublime domina toda la vida del cristiano, ¡la eternidad! Por ella trabaja, ella es la que tiene delante en todas sus acciones. ¡La eternidad! Con esto se explica todo, todo se comprende; el sobre-humano sacrificio del monge que espone su vida sobre el monte San Bernardo en busca de los hombres, como la caridad de la hija de Paul junto al lecho del moribundo, la paciencia y resignacion del pobre, como la humildad del rico; los mártires de los primeros siglos, como las austeridades del trapense de nuestros dias. Con este pensamiento la vida presente no nos parece ya una amarga y pesada burla, sino el tránsito á una vida mejor, especie de árido desierto donde plantamos nuestra tienda.

Pero entre todas las épocas de la existencia en que este pensamiento de nuestro último destino viene á saltearnos, y apoderarse de nuestro espíritu, ninguna hay más solemne que la del paso de una division de tiempo á otra, de un año al que le sucede. Semejante al viajero que desde la cima de una colina mira tras sí el camino ya recorrido, y luégo al que aún le queda que andar; el hombre echa tambien una mirada á lo pasado, y luégo á lo porvenir. El año que dentro de algunos instantes no será ya sino un recuerdo, se le parece con el séquito de sus alegrías y dolores, sus temores y esperanzas, sus faltas y virtudes. En tan corto período, ¡cuántos sentimientos lastimados! ¡qué de esperanzas fallidas! ¡cuántos dias sin sol mústios y descoloridos! Las fugitivas horas han arrastrado como el agua de un torrente todos esos sueños dorados que acariciaban el corazon, y la

J. de P. Leon

felicidad ha caido hoja á hoja como la flor marchita de la frente del convidado.

Pero en vano ha desaparecido todo; la Religion haciendo oir su voz llena de porvenir, se levanta mucho más alto que estas lamentaciones de lo pasado, y recordando al hombre su celestial destino, derrama en su alma el bálsamo consolador. Miéntras que en el mundo todo se limita á votos estériles que la boca pronuncia, y el corazon desmiente en secreto, presenta ella á nuestras adoraciones y homenajes un Dios hecho hombre para salvarnos.

«Después que se hubieron cumplido los ocho dias para que el Niño fuera circuncidado, se le impuso el nombre de Jesús, nombre que le habia dado el Angel, antes que fuera concebido en las entrañas de su madre.» (San Lucas.)

El nombre de Jesus significa Salvador. ¡Católicos! venid, pues, á postraros ante la cuna del Niño Dios, á fin de comenzar el año bajo la dulce influencia de la esperanza. Hace una semana que la tierra se conmovió á su nacimiento; hoy recibe su nombre y proclama su mision. En el año que acaba de finar el dolor ha pesado sobre vuestras cabezas; pues bien, corred á oir esta palabra de Jesucristo, vengo á salvaros, y os retirareis consolados. Cuando el agua santa es vertida sobre vuestra frente, recibís el bautismo de salud, el Sacramento de la primera esperanza: la Religion os recuerda estas ideas consoladoras, y comienza cada año de nuestra vida por la esperanza.

¿Y cuál es esa promesa de salud, esa *buena nueva* que la Iglesia os trasmite? Se dirige á cada uno de vosotros, al mundo, á toda la sociedad. Para vosotros es la luz que brillará delante de vuestros pasos, el apoyo que os sostendrá en las penas de la vida, el consuelo que enjugará vuestras lágrimas, el perdon en el arrepentimiento, la grandeza del hombre, la inmortalidad de su alma, el triunfo del justo. Para la sociedad, es un órden social nuevo, una nueva civilizacion, un mundo nuevo en vez del antiguo mundo que se va como un viejo consumido de disolucion; es el triunfo de la libertad en las leyes, la consagracion de lo bello en las artes, en suma, la humanidad entera regenerada así en el indivíduo como en la generalidad.

Hace diez y ocho siglos que esta palabra: «vengo á salvaros,» pronunciada en un rinconcito del mundo, mudó la faz de la tierra, y cada año se renueva esta promesa de salud, para que en la triste peregrinacion de esta vida no desfallezca nuestro corazon. Tal es el objeto de todas las cere-

monias de la Iglesia, y de todas las fiestas del catolicismo. Mostrándonos hoy al hijo del hombre sometiéndose á la circuncision como el último de los hebreos, la Religion nos da una grande é imponente leccion de humildad, al mismo tiempo que con sus promesas de inmortalidad levanta la grandeza de nuestro sér. Así es el hombre: pequeño y grande juntamente, toca al cielo y á la tierra, está cargado con el peso de los anatemas de un Dios, y cubierto con la sangre de Jesucristo, rebelde y justificado, maldicion y gloria. ¡Católicos! regocijémonos, pues, con la Iglesia, y saludemos con alegría ese nombre de Jesus, ante el cual, como dice el Apóstol, *se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra, y en los infiernos*. La festividad del nombre de Jesús, es la fiesta de Dios, del hombre y de la sociedad. Hoy se cierra un año que nos separa del que precede, ¿cuánto tiempo? Nadie lo sabe. Por entre todos esos años que tan rápidamente se deslizan, el hombre avanza, inquieto siempre y penando, rompiendo hoy lo que ayer adoraba, sin encontrar nunca nada que pueda satisfacerle, y llenar esa copa de felicidad que acerca á sus lábios. Pero más allá de esta gran miseria que se llama vida, al cabo de esta árida carrera, está el cielo, y en él encontraremos la calma, el reposo y bienandanza sin fin.

IX.

Dia de difuntos.

Tambien la muerte tiene su dia: ¡dia grande, y terrible, en que la Religion pone á nuestra alma en relaciones con los muertos de todos los siglos, le muestra reducidas á polvo sus grandezas, la asombra con la proximidad de la tumba, y el misterioso aspecto de la inacabable eternidad! No sabemos qué sentimientos llenarían el espíritu de nuestros abuelos, al hollar en dia tan solemne las losas del santuario; si eran más felices que nosotros, tal vez llorando sobre el sepulcro de sus padres sentirían horror al sepulcro: no así los que se ven forzados á mirarlo como lugar de reposo; no así los que se nutren de amargura y de lágrimas; no así nosotros, los que andamos sobre espinas entre los dolores del mundo, y la cólera del cielo... ¡La desgracia nos ha reconciliado con la muerte!

—

¡Vivir! ¡sueña á veces la insensata juventud, que vivir es andar por caminos de flores bajo un cielo resplandeciente, y andar entre hermanos sonriéndose y amando! ¡Ah! si eso es vivir, no hemos vivido. La leche de nuestras madres era amarga; nuestros padres, para adormecer nuestra niñez, no supieron contarnos sino cosas muy tristes; ansiábamos por ser hombres, que volase el tiempo, y el tiempo ha dado solo un paso, y somos hombres. ¿Qué habeis visto que pueda aficionaros á la vida? Hemos visto tendida sobre nosotros la mano de Dios, pero de Dios indignado; hemos visto que

los hombres, para aplacarle y ser felices, se han perseguido sin tregua y combatido con furia...

—

No hay morada alguna en que no haya entrado la muerte; no hay hombre de cuyos brazos no haya arrebatado alguna persona á quien amaba. Venid, pues, los enlutados; venid á orar por vuestros padres que murieron ayer, para que nuestros hijos oren por vosotros mañana.

—

Hay una hora en el dia melancólica y solemne; háse hundido el sol en el mar como en vasto sepulcro; van desplegándose mústiamente por el cielo las sombras; la luz se debilita, se apaga, muere; parece que está el mundo agonizando. El hombre se sumerge entónces en la tristeza de inefables contemplaciones; puede orar; su nada le acerca á Dios. El sacerdote nos ha abierto las puertas del santuario: ¿qué indican esos túmulos cubiertos de paño negro, y esas antorchas que los rodean, y hacen con su pálida luz balancear las sombras sobre los mármoles helados? ¡Santo silencio hay aquí, tinieblas misteriosas, todo está lleno de la incomprensible Divinidad! ¡Ah! cuando en un rincon de alguna desierta capilla, envuelto en la oscuridad se arrodilla el cristiano, en medio de un horror sublime siente no conocida paz y dulzura secreta: respira entónces el aire de region más silenciosa. Al ménos en estos grandes instantes no viene á turbarnos el tumulto del mundo: ni se clava en nuestros ojos su insolente mirada. Aquí sólo vemos á Dios y á la muerte; ¡á la muerte, que va empujándonos hácia el sepulcro; á Dios, que nos abre la eternidad!

—

Han pasado breves años y casi se ha reemplazado la faz de la tierra. El tiempo vuela y en pos de sí nos arrebata; volvemos de cuando en cuando los ojos, y ahora este, ahora aquel, van desapareciendo nuestros compañeros de viaje: el camino de la humanidad está orlado de sepulcros. ¡Ay! parece ayer, cuando saltábamos, niños juguetones, sobre las rodillas de nuestros abuelos, y jugábamos con sus cabellos blancos; ayer parece, cuando dejábamos al amanecer

A. P. Luc...

el lecho, é íbamos al de nuestro padre á besar su mano, á recibir su bendicion.... Ayer fué, y hoy el lugar dó se sentaban en nuestras casas, está vacío.... ¡Hermanos! bien podré dar este nombre á cuantos os habeis reunido á orar y á gemir bajo las bóvedas de este templo: llamais padre á Dios; yo tambien le llamo mi padre; somos, pues, sus hijos, somos hermanos. ¿Y por quién venís á llorar, hermanos mios?—Mi alma encontró un lenguaje divino para hablar á otra alma, y la habló amando, y me amó. Yo soñé que este amor sería eterno sobre la tierra, y que la tierra sería para mí un paraíso; y ella me ha dejado lágrimas, y háse llevado su amor al sepulcro. —Yo tenia una madre, amparaba con su sombra mi inocencia, y embelesaba mi vida con las caricias inefables que sólo sabe una madre; y ¡yo he perdido á la mia!—Un hijo solo.—¿Eras tú su madre?—Solo tenia á mi hijo.—¡Pobre madre!

—

¡Es terrible! eso de pensar; «á aquellas personas á quienes amábamos, no hemos de verlas jamás en la tierra»; ¡oh! eso es terrible, eso espanta, eso desesperaría, si en el fondo de la tumba no pusiera la Religion una esperanza. Madre cariñosa nos consuela. Ahora, en este instante podemos hablar á nuestros padres por medio de Dios; y cuando le decimos: tened piedad de sus almas, nuestros padres lo saben, y saben que los amamos. ¡Dulces y misteriosas relaciones entre los vivos y los muertos! ¡culto admirable el de los sepulcros! Y respetando los sepulcros, y sobre ellos derramando lágrimas de amor, auméntase el nuestro hácia la patria, y disminuye el terror á la eternidad. Porque en ella se hallan ya las personas que amábamos: porque ¿qué otra cosa es la patria sino el lugar donde reposan las cenizas de nuestros padres?

—

¡Dia de difuntos! Puesto el pié sobre la tumba y próxima á hundirse en ella, alza hoy la humanidad sus manos al cielo, orando por los muertos de todos los países, de todos los siglos. Ellos poblaron la tierra, rieron, y tambien como nosotros, lloraron. ¿Qué se han hecho sus reyes que resplandeciendo se alzaban en medio del silencio de las naciones? Aquellos hombres de hierro, que las hacian temblar al sonido de su espada ¿dónde están? ¿dónde los príncipes de

la inteligencia, que leian en la flor y en los astros, y con boca de oro hablaban del cielo, y explicaban las leyes de la tierra? Y las que en amor deleitaban y encendian, ángeles con vestidura de mujer, ¿en dónde las veremos?... Gozaron, embellecieron, ó ensangrentaron en su dia á la tierra; ese dia pasó, y por la angosta puerta del sepulcro bajaron todos y entraron en esa vasta, oscura y silenciosa region. Pero al entrar en ella despojó la muerte de sus joyas á la dama, de su espada al guerrero, y derribó de las frentes reales las coronas. Porque entónces acaba toda farsa; entónces al ménos una vez son iguales todos los hombres: no se asombran entónces los reyes al verse mezclados con los mendigos.

—

¡Dia de difuntos! Estas casas que nosotros habitamos, otros las edificaron; otros andaban ayer por nuestras calles, se reunian en nuestras plazas, y llenos de vida, reian olvidados de la muerte.... ¡Ah! cuando á veces en brillantes salones, al són de embelesante música, pasan danzando, como aladas sombras á nuestros ojos, gallardos caballeros y hermosísimas mujeres, parécenos aquella armoniosa danza, danza de muertos. Las flores, una ahora, otra después, van cayendo marchitas; los rostros se paran pálidos; un fantasma horrible, un esqueleto, que se adorna de pedrería y andrajos, preside á la bulliciosa diversion. Ellos no le ven, ellos no le sienten, y está á su lado cuando rien, y en medio de sus armoniosas vueltas les toca, y les empuja, y ¡no piensan, hácia donde les empuja, los miserables! Pasa un dia, y otro dia, pero breves ambos, y vése un hombre subir una escalera silenciosamente, y tocar con mano tímida á una puerta.—¿Vive todavía?—Ve lágrimas en los ojos del que la abrió.... con mudos y desmayados pasos va acercándose á otra puerta.... aplica el oido, y percibe apénas un ruido estraño que eriza los cabellos; alarga poco á poco la cabeza, y ¡ay! la muerte está sentada á la cabecera de una cama.

—

Cuando pensamos vivamente que hemos de morir, nos ponemos á veces tristes; nos asombramos. En verdad que somos imbéciles: debíamos entónces gozarnos y reir, porque después de la redencion, la muerte es el don más precioso que ha hecho Dios á los hombres. ¡Una vida eterna!

Antes del pecado podria ser en la tierra un paraíso; pero después de él, no fuera sino un infierno. ¡Vivir eternamente entre ingratos, pérfidos y opresores!

—

¿Qué viérais sin la muerte en el mundo? Esclavos que lamieran los piés de sus tiranos; tiranos que se mofáran de ellos y de Dios.

—

¡Mirad cómo nos reimos de vuestras insolentes locuras!... No, no es posible oprimirnos; somos libres. Cuando soñeis en vuestra impotente cólera aniquilarnos, haciéndoos estremecer, gritaremos: Mirad, mirad, que os sigue; os va á los alcances, os toca ya.... y.... ¿no veis lo que lleva en la mano esa fantasma? ¡Las llaves de la eternidad!

—

(1) ¡Oh, y qué grande es la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo!

Ayer celebraba cantando la fiesta de Todos los Santos; hoy recuerda llorando á todos los muertos.

La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra Iglesia para la cual no existe ya el tiempo.

—

¡Dia de Todos Santos! Fiesta á los triunfadores que ganaron, en este mundo que pasa, la corona inmortal que han de ceñirse en otro que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo; de toda edad, y sexo y condicion, de toda tribu y de toda lengua, á quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo: los que en medio de los deleites del mundo, permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en

(1) Aquí comienzan los últimos pensamientos que tres dias antes de morir publicó D. Antonio Aparisi y Guijarro.

lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando á Dios y amando en Dios á los hombres.

—

¡Tambien la muerte tiene su dia! Y en ese dia, ¿por quién pedimos á Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos; pero á la vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros, hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero tambien por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

—

Divina es una religion que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

—

¡Divina es una religion que hace elevar al cielo por una alma sola, todas las oraciones de la tierra!

—

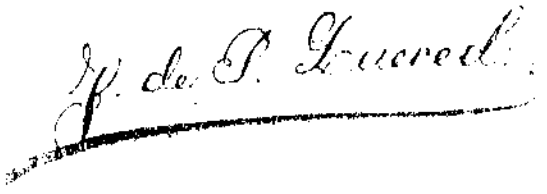
Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus dias sobre la tierra; postrados sólo en tu presencia, te damos gracias.

Levantáos los que sufrís y llorais: mirad á lo alto y alegráos; porque todos hemos de morir.

—

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles...

—



El sólo pensamiento de la muerte nos ampara á nosotros, los débiles, contra vosotros, los opresores.

—

Sumergíos en un mar de deleites, ó palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, ¡que habeis de de morir, y vendrá un dia, y no se tardará, en que os agarreis, inútilmente, con manos desesperadas, de la riqueza que se escapa.

—

Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquél y á vosotros, diré: Sabed, desdichados, qué habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.

—

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tirania. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es la libertad.

—

Nos asustó el impío exaltado como cedro del Líbano: pasamos, volvimos la cabeza, y ni el lugar vimos ya en que el cedro arraigaba.

—

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

—

Señores que oprimís á los pueblos y os mofais de Dios, os doy una alegre nueva; dentro de poco sereis ciudadanos de esa república.

—

Récia cosa debe de ser para los grandes criminales, que

el mundo laurea, caer de repente, y desnudos y temblando entre las manos de Dios vivo.

—

Cuando pasó el otoño, y es fria la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir, sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el áura regalada de la primavera viene á mecerle amorosamente, toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huésped que anima aquel barro, no entró en el sepulcro, volóse al cielo.

—

Morir, para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

M. de P. Laureles

X.

El sacerdote.

Dios escoge un corazon, y le habla: «A imágen mia he criado á los hombres, les he dado un instante que se llama vida para que se hagan dignos de mí; les reservo una eternidad, para que se sienten como reyes á mi lado. Viajeros son; tú les acompañarás hasta la puerta del sepulcro, mostrándoles el cielo.»

—

Este hombre oye la voz divina, y por el amor de Dios se consagra á la salud de los hombres. Renuncia á todos los deleites del mundo, y se reserva sólo el de hacer bien: se desprende de todos los lazos que ligan á la tierra para hallarse más pronto á volar al cielo. La religion imprime en su frente un sello sagrado, y los hombres le llaman *Sacerdote*.

—

¿Qué es un Sacerdote? los ángeles envidian su dignidad; es ángel que adora á Dios conquistándole almas; ángel que lleva su cruz, y nos ayuda tambien á llevar las nuestras. Médico celestial, él sólo sabe un secreto divino..... el de curar los remordimientos; embajador del Rey eterno, sostiene á los hombres en las batallas de la tierra, mostrándoles en país más afortunado la palma de la victoria; víctima propiciatoria, en fin, se interpone entre la cólera del cielo y los pecados del mundo.

—

Condenado está su corazon á perpétua viudez; puro como un niño, ha de llevar siempre la corona de la castidad y la túnica sin mancha. Dios le ha prohibido que ame á una mujer, porque es el escogido de Jesucristo, y Jesucristo fué vírgen; para que sea ejemplo y lección viviente á los hombres olvidados de los goces del espíritu; porque ha de ser el fiel depositario de los secretos de nuestra alma; porque no debe estar pegado á la tierra por lazo ninguno, y ha de consagrar todo su sér y todos los instantes de su vida al amor de Dios, y á la salvacion de los hombres.

—

El Sacerdote es todo caridad: se alimenta de oracion para fortalecer y alumbrar su espíritu con estas conversaciones divinas, y lleno de Dios, cual avaro busca un tesoro, espía nuestros dolores para consolarlos. No le encontrareis en el salon de nuestros festines; pero visitad la cabaña del mendigo, y acercáos á la cama del moribundo. Pompas, alegrías, felicidades del mundo, murieron para él: háse reservado sólo como un privilegio el espectáculo de las miserias y de las lágrimas; mas enjugando estas y aliviando aquellas, encuentra su gozo el cristiano, y el Sacerdote su corona.

—

¿Le escarneceis? os compadece y se gloría: ¿le perseguís? se goza, y ruega por vosotros. ¿Le asesinais? os perdona, y vuela al cielo para alcanzar de Dios la gracia de sus verdugos.

—

Dos jóvenes se acercan tímidamente al altar; van á declarar ante Dios que se aman; á pedir á Dios que purifique y haga eterno su amor por medio de un vínculo sagrado. ¿Pero quién bendice ese lazo y santifica ese amor? El Sacerdote..... Una madre ha sentido dolores que ama; pasó un instante, y oye una voz de alegría que le dice: tienes un hijo. El Sacerdote derrama sobre su frente un agua regeneradora, y añade: ese hijo tuyo es hijo de Dios..... ¡Oh qué horror! mústio silencio nos rodea, tinieblas espantables; agitados en el lecho del dolor, vemos huir desvaneciéndose á nuestra vista, los honores, las riquezas, las glorias del mundo: todo nos abandona; sólo un espectro horrible, la

muerte, va acercándose paso á paso á nuestro lecho..... ¿quién nos consolará? He vuelto la cabeza..... ¿es un hombre ó es un ángel el que me habla tan dulcemente del cielo y de las misericordias de Dios? ¡Oh! Dios te bendiga, ¡Sacerdote!

—

El Sacerdote bendice nuestras alegrías y nuestros dolores, se ve al lado de la cuna, y aun nos estrecha la mano cuando entramos en el sepulcro. ¡Cuán grande es! Por entre muchedumbre de pueblo, donde descuellan hermosas damas, más hermosas aun con brillantes atavíos, y potentados que tienen lechos de pluma donde reposar y músicas deliciosas para adormecerse, y príncipes tal vez esplendor y gloria de las naciones; por entre esa pompa y ese brillo, atraviesa, los ojos en tierra, y vestido toscamente un hombre humilde. ¿Es un miserable, ó por ventura un reo? Esperad: ha aparecido en un lugar elevado, en una cátedra santa: un rayo divino brilla en su frente..... habla, y Dios con él. Mirad cómo se remonta á las alturas del cielo, y hace desde allí resplandecer las verdades eternas; ya desciende de ellas derramando consuelos como fresco rocío en las almas agotadas por el soplo de la desgracia; ya se arroja tronando contra los vicios, y abre para espantarlos las puertas de la eternidad. A vista de la eternidad ¿qué son las grandezas de la tierra? Vanidad, humo, nada. ¡La muerte os hará conocer en breve que *son nada!*

—

Este hombre extraordinario, que hace sonar toda la verdad hasta en los oidos asombrados de los reyes, ¿irá por ventura á mendigar su favor? Ha renunciado al mundo, ¿qué puede esperar de ellos? Pero no: una cosa espera, una exige, arrepentimiento y lágrimas. Es tributo que le deben los grandes y los mendigos. En vano se rebela al escucharle el orgullo. Reyes que se sientan resplandeciendo en tronos de oro, sobre cuyas coronas osa apenas fijarse con temblor nuestra mirada; guerreros que golpean con sus espadas á las atónitas naciones, han al fin de bajar del Trono y envainar la espada; han al fin de caer arrodillados á los piés del humilde Sacerdote. Cuando éste estiende la mano sobre la majestad y la fuerza del mundo; cuando rompe, bendiciendo, las cadenas que esclavizan á las almas, ¿no es más que un

hombre entónces? ¿no es más que un ángel? ¿no es un semidios?

—

¡Cuán grande es! Pero aun es más grande. Bajo las bóvedas del santuario se ha reunido todo un pueblo: el Sacerdote se acerca al altar, todo el pueblo calla; el Sacerdote se inclina sobre el altar, todo el pueblo cae de rodillas..... él sólo está en pié, los ángeles le rodean. ¡Oh, qué asombro! una palabra suya puede abrir los cielos..... ya ha pronunciado esa palabra; los cielos obedeciendo, dejan pasar la gloria del Altísimo. Golpead vuestro pecho, hijos del polvo, golpead vuestro pecho..... ¡Dios está entre vosotros! mirad cómo levanta sus manos el Sacerdote..... ¡levanta con sus manos á todo un Dios!!!

. . . . . .

M. de P. Guevara

XI.

¡Infeliz Suñer!

I.

He leido dos veces su manifiesto... Si pudiese borrar de él unas líneas horribles, despues de leido abrazaria tres veces á su autor. Si no mienten las señas, y no mienten, ha escrito ese manifiesto de muy buena fé, con resignacion tranquila y profunda y dulce tristeza.

¡Oh y quién me diera borrar esas líneas para ser amigo de ese hombre!

La última parte del manifiesto puede leerse y releerse: atrae, enseña y espanta.

Comienza así: «Ahora que, pasados ya seis dias del drama de Junquera, me siento tan tranquilo como las aguas del Loire, en cuyas frondosas orillas medité sobre el pasado y el porvenir, etc., etc.» Esto es casi bello... «Digo que los desastrosos resultados obtenidos, deben obligarnos á confesar que desde la revolucion de Setiembre hemos seguido, por lo general, por mal camino.» ¡Y hoy lo conoce! Esto es cándido.

«Nuestra inquietud... las amenazas constantes de ciertos clubs y de ciertos periódicos... y el incesante llamamiento á las armas, han sido parte á producir en las gentes acomodadas un gran miedo natural ó afectado á la revolucion republicana federal.»

Borrad, si os parece, «el afectado» y dejad «el natural;» y si no lo llevais á enojo, recordad la negacion de Dios y los insultos á María Santísima.

«Actualmente se agitan en Francia unos cuantos buenos republicanos, pero locos, que quisieran repetir en ella lo

que nosotros, más locos todavía, hemos hecho en España.»

Suñer dice que es loco, y Suñer es médico... autoridad competente.

«Renuncio á las armas, y sobre todo, á ser jefe de masas armadas... los hechos recientes me han probado que la guerra es un miserable recurso, y que alguna parte de mis correligionarios no ha depuesto todavía los instintos feroces del hombre primitivo...»

Prescindiendo de que el hombre feroz no es el hombre primitivo, sino el hombre pervertido; no es Adan sino Cain; Suñer da muestras en estas líneas de humilde y de veraz. Confiesa que no sirve para el caso, y confiesa tambien que algunos de sus correligionarios son feroces; pero ¡oh Suñer infeliz! ¿Y esperas que depongan su ferocidad diciéndoles que no hay Dios?

«No quiero vivir entre dos fuegos. Si me hubiesen cogido los monárquicos, tal vez me hubiesen fusilado; los republicanos, los mios, por poco me fusilan...» Yo creo, ¡oh, Suñer! y me complazco en creer, que Dios salvó tu vida para que meditando en las orillas del Loire, cuyas aguas van al mar, comiences á pensar en la eternidad, y mirando después al cielo, vaya dispertando en tu alma la idea dormida de aquel buen Dios que adoró tu niñez.

«No sé que ningun monárquico de los que me conocen me haya creido capaz de venderme; lo que sé de positivo es que algunos de los mios, que han podido leer en mi corazon, creyeron que los habia vendido. El precio de mi traicion y de mi venta es este... Estoy á cien leguas de mi patria y de mis padres, y á ciento cincuenta de mi mujer y de mis hijas. Estoy en un país estraño, falto de relaciones, sin otros amigos que los de la emigracion. He llegado aquí roto, súcio, pobre y triste. Hé aquí el precio de mi traicion.»

En estos momentos, al leer tales líneas, si yo pudiese llorar... lloraría. Ese infeliz nos dice que tiene madre y que tiene hijas; y sin embargo, ese infeliz ha escrito tambien en su manifiesto estas horribles palabras: «Seré como antes ó más que antes, si ser pudiera, que no puede ser, en política republicano federal; en economía socialista; en filosofía, *fatalista*, y en religion, *ateo*...»

¡Fatalista y ateo! y tiene madre, y tiene hijas...! ¡Y el desventurado ha de creer que, muerta su madre, no la verá ya más!... ¡y muertas sus hijas, no las verá ya más!... ¡Bendita sea una vez, y bendita sea mil veces esa religion santa que me ha de reunir en el cielo con las hijas amadi-

simas de mi corazon que ahora estoy mirando, y con aquella tiernísima y santa madre á quien tanto amé sobre la tierra!

II.

¡En filosofía, *fatalista*; en religion, *ateo*!

Un hombre muy estimable se volvió loco. Preguntábanse sus amigos: ¿cuál habrá sido la causa de tan misteriosa y terrible enfermedad? ¿La pérdida tal vez de bienes de fortuno? Nó, que era rico. ¿La vergüenza de algun vicio sobre quien cayó el desprecio del mundo? No, que era honrado. ¿Alguno de aquellos desencantos espantosos de la vida, ó alguna de aquellas heridas crueísimas que se hacen en el corazon y no se curan jamás? No, que era amado por su amada... Lo que hubo fué que se apoderó de aquel menguado una insensata vanidad. Codiciaba sobresalir, brillar, y que los hombres desde abajo le mirasen, y que se hablase de él en el mundo... Decía: porque el mundo hablase de mí, haria cualquiera atrocidad; si tanto pudiese, estrujaria el mundo entre mis manos, y lo acabaria. Estaba loco: si acababa con el mundo, el mundo no podria hablar de él...

¿Qué pasará en el corazon y en la mente del desdichado, que tiene madre y tiene hijas, y que se propone fundar en una vieja monarquía nada ménos que una república y república federal, libérrima y bien ordenada, cuando hiergue la frente y dice, oyéndolo su madre y sus hijas para que lo sepa España y el mundo: «Yo soy en filosofía fatalista y en religion ateo.» ¿Qué pasará en la mente y en el corazon de ese hombre? ¿qué especie de hombre es ese?... ¡Ah! perdóneme si le llamo hombre, que no he pensado injuriarle.

Yo bien sé que un ateo tiene derecho á que no se le llame hombre, sino *un sér* que anda sobre dos piés, con lo cual se distingue de otros séres más perfectos que él, y más afortunados, porque andan sobre cuatro.

Un ateo, con el uso de eso que se llama razon... es el animal más degradado y más desdichado que existe sobre la tierra.

¿Concebís otro más desdichado y más degradado?

Recuerdo que un diputado en las Córtes españolas decia, que la vista del cielo era muy triste, y que sólo era hermosa la vista de la tierra.

Natural que así pareciera á sus ojos, porque ¿qué dice á

los del ateo ese sol que alumbra mundos, y reina sólo y resplandece en el cielo desierto, pálida imágen de Dios? ó ¿qué le dicen esos millones de estrellas que en ordenado y maravilloso concierto pregonan á la tierra sus grandezas y sus glorias? Para el ateo todo eso está mudo, nada le dice y vale nada; vale mucho más un bosque de castaños ó un valle abundoso de yerbas... Con perdon de mis lectores, si un asno hablase, opinaría lo mismo, y yo le diría: tienes razon ¡oh cuadrúpedo liberal! que para eso andas á cuatro piés, mirando solo á la tierra. El valle herboso, para tí; pero no para nosotros que llevamos alta la frente, y mirando arriba, sabemos que la tierra sólo es bella si está alumbrada por los rayos del cielo; y sabemos que la vida humana sería un regalo horrible sin la luz de la fé y sin las flores de la esperanza.

Un ateo es... una porcion de materia organizada, no se sabe cómo, que á la vuelta de breve tiempo, sin saber cómo, se desorganiza, y sirve .. para... para abonar un campo de patatas. Perdonad la vulgaridad de la frase; pero esto es un ateo.

Nació de una mujer, á quien llama madre, porcion de materia organizada como él: nacieron en su casa unas criaturas á quien llama hijos: materia organizada. Cuando se desorganiza, acabó para siempre la madre, acabaron para siempre los hijos... ¡Para siempre, qué horror! ¡Para siempre!... ¿Sería posible nacer al mundo para conocer el horror de la nada y ser nada?

III.

Entre Suñer que se proclama ateo y los que niegan á Jesucristo Dios, hacedme el obsequio de fijar las diferencias, al ménos en lo que se refiere á la felicidad y al buen órden de un país que profesa la religion católica.

Yo que la profeso, creo en Jesucristo Dios, y en su Iglesia á quien instituye perpétua Maestra de la verdad; pero si tuviese la desgracia de dejar de creer en ese Dios que conozco y amo, claro está que no habia de buscar otro Dios para mi uso; y tengo por muy cierto que no lo habia de buscar ningun español que hoy sea católico. De fijo nos quedábamos sin Dios.

Algun simple puede decir: creo, en vista de esa fábrica admirable que llamamos mundo, que debe haber un Dios, pero no le conozco; y yo supongo que la opinion de ese

simple se hiciera general, y que se encontrasen los españoles con un Dios no conocido. Tengo por ciertísimo que harian muy poco caso de ese Dios nuevo, de quien no tenian ningunas noticias, y que se habia estado siempre en las alturas del cielo, sin cuidarse de las criaturas que arrastran por la tierra: yo tengo por ciertísimo que pronto dirían que ese tal Dios lo pasará lo mejor posible allá arriba, que ellos se arreglarian lo ménos mal posible por aquí abajo. Ateismo práctico.

Señor Suñer, y señores republicanos que pretendeis descatolizar á España, ¿cómo pudo entrar en vuestra cabeza la idea insensata, el absurdo inconcebible de establecer sobre la tierra la justicia anulando al *Juez* Supremo, y de moralizar á los hombres destruyendo la religion?

¿Sabeis si, desde que el mundo es mundo, ha habido ningun fundador de monarquía ni fundador de república que no haya tomado á la religion por base para levantar sobre ella el edificio social? ¿Qué dirían de vosotros ¡oh pigmeos! no ya los grandes hombres de la cristiandad, sino aquellos grandes paganos que se llamaban Confucio y Solon, Licurgo y Numa? ¿Qué diria de vosotros el mismo Mahoma? Y Cromwell y Napoleon y Washington, ¿qué dirían?

Plutarco escribia: «Fundar una sociedad sin religion es fabricar una ciudad en el aire.» Ciceron escribia: «En una república bien ordenada no puede consentirse que se hable contra la religion.....» Horacio, el epicúreo, escribia: «¿De qué sirven las leyes sin las costumbres?..... ¡Oh romanos! pagareis, aunque no culpables, las culpas de vuestros padres, miéntras no reedifiqueis los templos de los dioses.»

Cito sólo á los paganos para eterna vergüenza de esos raquíticos regeneradores que han sido cristianos.

IV.

Para que se vea cuán espantable es en el tiempo presente la perversion del sentido moral de algunos españoles, sépase que aún después de haber Suñer proclamado el ateismo, no faltan quiénes le llamen liberal en el sentido de defensor del derecho y amador de la dignidad de los hombres; y á los que piensan y sienten como el que escribe estas líneas, les motejan de reaccionarios y de oscurantistas, desconocedores del derecho, no amigos de la dignidad humana.

Perversion más profunda del sentido moral no cabe en lo posible imaginarla.

Suñer es fatalista en filosofía: él, que no cree en Dios, cree en la fatalidad: la fatalidad es la negacion de la libertad del hombre.

Nosotros creemos en la Providencia de Dios, que hizo al hombre libre, á su imágen y semejanza.

Sin embargo, Suñer es amigo de la libertad que él niega; y yo que la proclamo, soy enemigo. Suñer eleva al hombre, yo soy quien lo rebaja.

¡Cosa evidente! Súñer, proclamándose ateo, declara á los hombres brutos..... Si hace este regalo á sus amigos, no me opongo; si lo quiere hacer á los mios, no lo permito. Pero su intencion es hacernos á todos brutos, pues que dijimos que el hombre de Suñer era una miserable porcion de materia miserable que arrastra algunos dias sobre la tierra, y acaba entero en el sepulcro.

El hombre, segun los cristianos, es una criatura nobilísima é inmortal, hecha á semejanza de Dios, poco inferior á los ángeles. Mostradme al hombre más miserable y abyecto del mundo; pues con ser tan abyecto y tan miserable, vale tanto, que todo un Dios derramó por él su sangre. Un vaso de agua dado á ese miserable, obliga á Dios, y ese miserable puede disponer hasta de la palabra de Dios para empeñarla, y el rico y el poderoso del mundo no entrarán en el cielo si no han tenido á ese miserable por hermano.

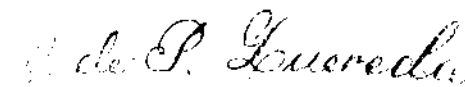
El hombre, hijo de Dios, pasa por el mundo para ir á Dios; que el mundo no es más que un lugar de tránsito echado entre la nada y la eternidad.

Sin embargo, ¿qué quereis? Suñer que me hace bruto, me engrandece; y yo, que le hago casi ángel, le rebajo.

Él es liberal, nosotros no.

Y eso, bien echadas las cuentas, es verdad, si se entiende bien lo que es el liberalismo; porque liberalismo, mil veces lo hemos dicho, no es forma, sino secta: el liberalismo puede existir en una monarquía pura, en un Gobierno representativo, bajo un régimen republicano..... ¿No habeis comprendido todavía lo que es el liberalismo que la Iglesia condena?

Pues os diré, por centésima vez: que el objeto principal y esencial del liberalismo es *secularizar* el Estado, esto es, decir á la Iglesia: ¡atrás! porque no quiero que me enseñes la verdad; decir á Jesucristo: ¡atrás! porque no quiero un Dios, cuya justicia me turba en mis placeres.



El liberalismo hipócrita se llama Cavour; el liberalismo franco y en su último grado se llama Súñer.

Y dice al mundo, bastante corrompido para oirlo: «yo en filosofía soy fatalista, yo en religion soy ateo.»

V.

Si en alguna de las frases que corriendo sobre el papel trazó la pluma, hay ofensa para un desgraciado, lo siento con toda mi alma, mas no puedo borrarla; porque en medio de su desgracia levanta aún la frente con audacia satánica, enemigo del derecho, enemigo de la paz, enemigo de la libertad de los hombres, por ser enemigo de Dios.

Y levanta la frente y dice: «Yo soy fatalista en filosofía, yo soy ateo en religion.»

¡Oh, si callára, yo le llamaría sólo desgraciado! Mas puesto que habla, digo de él, que sin saberlo es un gran criminal.

Si uno de nuestros hijos se hiciera, por la predicacion ó por el ejemplo de ese hombre ¡qué horror! ateo; si una de nuestras hijas se hiciera ¡qué asco! incrédula, ¿no habria consumado ese hombre un gran crimen matando su alma, y amargando para siempre el corazon de sus padres? ¿Qué ganaría la familia, y qué la sociedad con un jóven ateo y con una niña incrédula? ¿Qué hombre elevado y noble podria acercarse á aquella mujer que no ama á la Vírgen y no cree en Jesucristo?..... ¿Quién podria fiar de un jóven que no teme á Dios?

Perdone Dios á Súñer, que no sabe lo que dice. Él fantasea que es ateo, y quizá sin saberlo permanece su corazon todavía cristiano..... Sea lo que quiera, es nuestro hermano y debemos orar por él al Dios que puede consolarle si está triste, y fortalecerle si está débil.

Un hijo abandonó la casa de su padre después de haberle pedido la parte de hacienda que le tocaba, y fuése á lejanas tierras; y malrotó su haber viviendo disolutamente.

Encontróse un dia *roto, súcio, pobre* y *triste,* y pensó en la casa de su padre y dijo: «Me levantaré é iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí.....»

»Y levantándose se fué para su padre. Y como aun estuviese léjos le vió su padre, y se movió á misericordia; y cor-

riendo á él, le echó los brazos al cuello y le besó

»Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y d
»lante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.»

»Mas el padre dijo á sus criados: «traed aquí prontamen
»la ropa más preciosa, y vestidle, y ponedle anillo en s
»mano y calzado en sus piés.»

»Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos
»celebremos un banquete.»

»Porque este mi hijo era muerto y ha revivido: se hab
»perdido y ha sido hallado.»

J. de P. Lucero.

XII.

Varios.

La corrupcion del género humano por la soberbia de su padre, que siendo hombre quiso hacerse como Dios; la rehabilitacion del género humano por la humildad de su Criador, que siendo Dios quiso hacerse hombre, son los dos grandes y terribles dogmas que explican los misterios de nuestro corazon, y revelan la historia providencial del mundo.

La culpa primera, haciendo al alma esclava de los sentidos, de cuya esclavitud es imágen la esclavitud del hombre por el hombre en las naciones antiguas, degradó, por decirlo así, de su nobleza á la especie humana, é imprimió en su frente la marca de la más vergonzosa servidumbre.

Cuatro mil años hicieron sentir y esperar al mundo la necesidad y venida de un libertador.

Desde el árbol del Paraíso comenzó el hombre su carrera de esclavitud, desde el árbol de la Cruz su carrera de libertad. Pero há diez y ocho siglos que anda, y anda sin haber logrado todavía subir al grado de perfeccion á que llegará sin duda, apoyada en Dios la humana naturaleza... Estos esfuerzos prueban al género humano que era necesaria nada ménos que la sangre de un Dios para salvarle.

—

Al paso que los dogmas del Cristianismo explicaban á Dios y al hombre, su moral en armonía con ellos proclamaba entre los sangrientos deleites del mundo romano y los furores absurdos del mundo bárbaro, una ley sacrosanta de amor y de libertad, comunicando á la tierra en medio de

su moribunda vejez una eterna juventud. Todo estaba en el mundo por hacer; desconocíanse las relaciones naturales entre los pueblos y los pueblos, entre el súbdito y el soberano, entre el padre y los hijos: el Cristianismo las reveló, y á fin de santificarlas, puso á Dios al frente de la sociedad. Era el dogma de los antiguos el fatalismo, el de los cristianos la Providencia; el fatalismo en religion debe producir en el mundo moral el egoismo, en el político la fuerza, en todas partes la esclavitud; la Providencia en religion debe producir en el mundo moral la caridad, en el político el derecho, la libertad por consecuencia en todas partes.

—

Sancionado estaba entre los antiguos el adulterio legal; miraba el esposo como esclava á la mujer, y como hacienda á los hijos. El Cristianismo, elevando á Sacramento el matrimonio, hízolo perpétuo, imágen santamente hermosa de la union de Cristo con la Iglesia. Desde entónces debió mirar el esposo en su esposa una dulce compañera, á quien sin embargo la Religion cubria con un velo la frente en señal de noble obediencia; y esposo y esposa contemplar, en sus hijos segun la naturaleza, á los hijos de Dios segun la gracia.

—

Consecuencia legítima del politeismo, la esclavitud, era oprobioso á par que necesario elemento de las antiguas sociedades, y encrudelecia en ellas la soberbia de un hombre en medio del silencio de una encadenada muchedumbre. Pero cuando el mundo vió á Jesucristo elevado en el Calvario, debió conocer que algo valian aquellos por quienes todo un Dios derramaba su sangre, y servian para algo más que para arrastrar una cadena. Jesucristo dijo á los hombres: sois hijos de Dios: los hombres sintieron que eran libres.

—

El amor de la patria segun los antiguos, era un sentimiento profundo de egoismo nacional; los griegos llamaban bárbaro al resto del mundo; y los romanos habian de esclavizarlo para sentirse felices. ¡Era natural que estuvieran los hombres en perpétua y atrocísima pugna cuando sus dioses tambien lo estaban, cuando se aborrecian de corazon la Vé-

nus del Capitolio y la Juno de Cartago! Pero nosotros, hijos de un padre en la tierra, no tenemos sino un solo Dios; este Dios permite que los hombres llamen virtud política al amor de la patria, pero jamás le ha dado el título augusto de virtud cristiana; porque hermanos somos todos los hombres segun la carne, hermanos segun el espíritu. Conocemos un solo lugar de peregrinacion, ¡el mundo! á una sola patria nos dirigimos, ¡al cielo!

—

El estoicismo (lo confesó un impío) no produjo sino un Epicteto, y la filosofía cristiana forma millares de Epictetos, que no saben que lo son, y cuya virtud llega hasta el estremo de ignorarse á sí misma.

—

Si la religion no es el genio, al ménos le ayuda poderosamente. El que desconoce esta verdad, se priva voluntariamente de la mejor parte de sus fuerzas; parécese al águila, que para subir al sol, dejára antes en la tierra el vigor y la pujanza de sus alas.

—

La piedad es una sabiduría sublime que sobrepuja á todas las demás, una especie de genio que da alas al talento. Es para el corazon lo que la poesía para la imaginacion, lo que una bella metafísica para el entendimiento: ejercita toda nuestra sensibilidad. La piedad nos aficiona á lo que hay de más poderoso, que es Dios, y á lo que hay de más débil, como los niños, los ancianos, los pobres, los enfermos, los desgraciados y afligidos. Sin ella, la ancianidad choca á la vista, las enfermedades inspiran aversion, la imbecilidad disgusta. Con ella no se ve en la vejez sino la edad avanzada, en las dolencias el padecer, en la imbecilidad la desventura, y bajo todas esas miserias al Dios que nos manda aliviarlas.

—

La primera mano que grabó en un hospital esta tierna inscripcion: Cristo *in pauperibus*, presentó en dos palabras la teoría de la caridad.

La religion no es una teología, ni una teosofía, es más que todo eso una disciplina, una ley, un yugo, una obligacion indisoluble que el hombre se impone. La religion es la poesía del corazon; tiene encantos útiles á nuestras costumbres, nos da la felicidad y la virtud, debemos amarla como á una especie de patria y de nodriza; ella ha criado á sus pechos nuestras virtudes, ella nos ha mostrado el cielo y enseñado á andar por la senda de nuestros deberes. La religion es para unos su ciencia y su literatura; para otros sus delicias y su deber.

—

La religion cristiana no exige, en cuanto al culto, sino algunas prácticas tan fáciles de cumplir como los deberes de la sociedad que voluntariamente nos imponemos. Por lo tocante á la moral, todo lo que os pide es, que seais buen padre, buen hijo, buen esposo, humano y caritativo. Así sus preceptos no son sino los sentimientos de un corazon justo, las inclinaciones de un alma generosa y los mandamientos de la virtud.

—

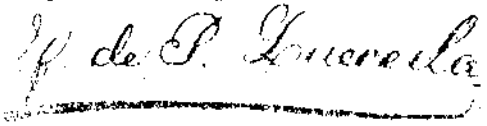
En las penas señaladamente es donde se descubre la flaqueza de una filosofía que no está hecha para los desgraciados. ¡Oh! vosotros los que, extraviados por funestas doctrinas, caminais por la tierra del destierro y el valle de los suspiros, sin Dios, sin fé y sin esperanza. ¿Pretenderíais consolar al hombre á quien la fortuna abruma con sus rigores? ¡Cuán helado es vuestro lenguaje! ¡Cuán tristes vuestros sistemas! Decís al desgraciado que ha nacido para sufrir, y su desgracia está en experimentarlo.

—

El alma religiosa atraviesa dulcemente la vida entre la esperanza y la resignacion: la primera esparce flores, perfumes y encantos en el viaje: la segunda fortalece contra las asperezas del camino; y preserva de las caidas desesperadas.

—

Cuanto más el hombre se aparta de Dios, más se acerca á la idolatría de sí mismo, es decir, á la adoracion de sus pasiones. En las hijas de su corrupcion busca sus dioses; en lo



que es de su naturaleza turbulento, la paz del alma; y con ser esta alma inmortal, imagina encontrar su complemento y fin en lo que esencialmente es tan miserable, que apénas ha nacido, ya muere. La justicia de Dios abandona entónces el hombre al orgullo que ciega su entendimiento y á la sensualidad que envilece su alma, para que así haga prueba de los ídolos que se ha fabricado.

—

Estos dioses crueles no dejan coger al hombre otro fruto de su vergüenza, que un amargo fastidio ó una sombría desesperacion. A veces le deleitan, pero con placer inquieto y bastardo que nada tiene de la dulce serenidad y de la blanda paz que la práctica de la virtud engendra en el alma cristiana. Sin embargo, las pasiones, miéntras existen, llenan la del réprobo, siquiera sea de agitacion y tumulto; pero al morir dejan en ella un vacío espantoso, y el hombre se reconoce y se horroriza, porque en el fondo de este vacío se encuentra sólo con toda su corrupcion y miseria.

—

Hállase entónces en la crísis más terrible: brilla acaso por última vez la misericordia de Dios. Si al sentir la nada de sus ídolos y al saborear el amargo fruto de sus vicios, alza el pecador los ojos á Aquel que puede derramar en su alma bálsamo, luz y alegría, este Padre amoroso, que hizo del arrepentimiento un segundo bautismo, acoge al hijo pródigo y le sienta en el banquete de reconciliacion. Pero, si en vez de alzar los ojos á Dios, se abraza, por así decirlo, con el cadáver de sus pasiones, desesperándose por darles vida, entónces Dios, castigando como juez severo, abandona al réprobo á esa noche del alma, imágen de la del infierno. Anda por entre las tinieblas imbécil desatentadamente el desdichado, y al fin, ó acaba con su vida rehuyendo tan asquerosa miseria, ó fantasea insensato olvidarla entregándose entero á las más ridículas estravagancias del vicio, ó á los delirios más atroces del crímen.

Vosotros direis: ese hombre está loco..... lo está, sí..... como un condenado.

—

En tanto que el réprobo se agita por ahogar los gritos de la virtud, esto es, los remordimientos de la conciencia, pe-

lea noblemente el cristiano para negarse á los deleites del vicio, para encontrar sólo su bien en el bien de sus hermanos, y su consuelo y su fortaleza en Dios, padre de todos. La lid casi siempre es ruda; la virtud costosa; la palma debida á tanto esfuerzo crece en el cielo.... Cuanto más se vence, se hace más fácil el vencer, que todo es acostumbrarse á la victoria. Al fin, hecho el espíritu rey y señor de la carne, tiene apénas necesidad de luchar; basta con que mande, para que las pasiones, acostumbradas al yugo, murmuren apénas. Semeja al hombre que sube por árdua y escarpada cuesta; que ahora flaquea, desmaya y se recobra; ahora vacila, cae y se pone en pié; pero cuando, vencedor de todo obstáculo, ha llegado á la cumbre, se encuentra ya en llano y fácil camino, y ve á sus piés fértiles y hermosísimas praderas y estenderse sobre su cabeza un cielo purísimo y azulado.

—

El cristiano se apoya en el altar de Jesucristo para no caer en el cieno de las pasiones; fuerte, porque estriba en una base eterna; grande, porque unida su alma (en cuanto es posible, estando encadenada) á un sér infinito, se goza, se espacia, se diviniza en él, si se permite esta expresion. Que goce, que sufra, que luche el cristiano, su alegría en Dios, sus amarguras por Dios, sus esfuerzos hácia Dios van apartándole de la tierra, elevándole al cielo. Cuando espira se encuentra en el cielo. Porque su alma, nutrida con la luz de la virtud, hízose capaz de los esplendores de la eternidad, y como tenia relaciones íntimas con su Criador, al romper sus cadenas, refugióse, huésped amado, en el seno de su amigo, de su padre, de su Dios.

—

Se encontró el verdadero alquimista, y este no es otro que el verdadero cristiano. Todo lo convierte en oro, porque ofreciéndolo á Dios, todo lo santifica. Rico ya, descansa al fin; esto es, se duerme en la tierra y despierta en el cielo.

—

De este modo, el hombre, apartándose de Dios, llega á ser hombre-demonio; acercándose á Dios, hombre-ángel.

J. de P. Lucrecia

PENSAMIENTOS FILOSÓFICO-POLÍTICOS.

I.

Sobre el estado actual de la sociedad, revolucion que la amenaza y medios de conjurarla.

I.

El Cristianismo, para hacer pura y libre á una sociedad corrompida y esclava, predicó la humildad al orgullo, la mortificacion á la sensualidad, el infierno á los que tiranizaban, el cielo á los que padecian; y después de combatir con los sofistas y los verdugos, vencedor de aquellos, y escapado de las manos de estos, subió al trono del mundo, vestido con el manto de los Césares. Pero como el mundo romano se habia embriagado con la sangre de los mártires, debia ser castigado por el hierro de los bárbaros, y debia de las ruinas de aquel mundo brotar una nueva sociedad.

Fué entónces el mundo romano un cáos indefinible; revueltos todos los elementos sociales, y en lucha tempestuosa y contínua. En medio de tanta confusion, sólo una cosa prevalecia, la espada; sólo una se respetaba, la Cruz. El mundo, pues, podia salvarse, porque si la espada era la fuerza, la Cruz era la justicia.

—

En aquel conjunto desordenado y revuelto de romanos y bárbaros, hablando diversas lenguas y reluchando entre sí, hubo de prevalecer en gran manera la fuerza: algunos hombres, vestidos de hierro y con espada en mano, contenian más que gobernaban cada uno de ellos una porcion de país, y el más fuerte ó más afortunado, ó, por mejor decir, el es-

J. de P. Lucrecio

cogido de Dios, se llamaba Rey, y llevaba una corona sobre la cabeza. La Religion, para fortificar el poder, ennoblecer la obediencia y salvar al mundo, ungió la frente de los Reyes, é hizo santa su autoridad.

La aristocracia militar constituyó en la Edad Media el órden material de las sociedades; abusando de su fuerza, cometió desmanes y desafueros; pero la Iglesia los anatematizó, y para librar á los pueblos de la opresion, predicó de contínuo la igualdad de los hombres ante la muerte y ante Dios.

El Papa fué el augusto censor de los poderosos y el gran tribuno de los pueblos en nombre de aquel Dios que murió por todos los hombres, grandes y pequeños. Bien puede decirse que el anatema de San Pedro fué en ciertas épocas la libertad del mundo.

Las Cruzadas debilitaron el poder de la aristocracia, llevándola á combatir en una guerra sublime; y en tanto que detenian en Asia la absurda tiranía del islamismo, que amenazaba á Europa, daban lugar en Europa á que respirase la libertad. El comercio, por otra parte, avigoraba los bríos del pueblo aumentando su riqueza, porque el oro es un poder como la espada.

El Rey combatió á la aristocracia aliado con el pueblo; al fin, con poderes tácitos de este, pero abusando, se hizo absoluto. El pueblo reclama ahora; pero abusando, quiere hacerse Rey.

—

La lucha que ha existido siempre en el mundo, pero que de algun tiempo á esta parte se ha declarado más abierta y mortalmente, es la lucha entre la razon y la autoridad. La autoridad en el órden divino es la fé; en el humano es la razon de los siglos pasados. La nuestra debe humillarse ante la fé, cegada á sus inmensos resplandores; y debe inclinarse respetuosa, pero no servilmente, ante la razon de nuestros padres.

Lutero proclamó la razon individual, ó por mejor decir, á su propia razon por soberana; y él, fraile apóstata, llamó ante sí á la Iglesia, y la juzgó y la condenó desde el regazo de la apóstata Catalina.

—

Consecuencia natural de este principio es la proclamacion de la soberanía del pueblo, ó sea del mayor número, en

el órden social y político. Porque si el pueblo decide en materias de fé, ¿con cuánto más derecho en las que no son tan elevadas? Mas el primer principio allanaba los caminos á la indiferencia religiosa, el segundo á la anarquía, y entrambos se encargó de aplicar á la sociedad un gran filósofo que tenia un millon de brazos; hablamos de la revolucion francesa, espantosa invasion del infierno en el mundo. Esa revolucion llamó en su ayuda á todas las pasiones, y arrojó á Dios de su altar, y degolló á su Rey en un patíbulo, y por fin, despedazó á Francia, culpable de las burlas sacrílegas de Voltaire y de las escandalosas torpezas de la Pompadour. Harta y cansada ya de desangrar á la Francia, se encarnó en un hombre, y fué, espada en mano, á visitar las córtes de los Reyes, los cuales ó sus ministros habian sido cómplices en la gran conjuracion contra Jesucristo.

—

Ahora, al fijar los ojos en Francia, (a) corazon de Europa, no se sabe si está disolviéndose ó reorganizándose aquella sociedad; pero es lo cierto que la paz que allí existe es sólo apariencia de paz, tregua de guerra, y que los ánimos están afanosos, las cabezas delirantes, y los brazos dispuestos á la pelea. No hay que adormecerse en el pérfido regazo de una vana seguridad; no hay que decir: «Gocemos y durmamos, que por ahora el cielo está sereno.» No, no lo está, que se columbran en el horizonte nubes amenazadoras, y el viento de Dios puede en un instante encapotarlo todo, y abriendo las cataratas del cielo, dar paso á un nuevo diluvio.

Ayer temblaba Europa ante un terrible fantasma, ante Prouhdon. Pues bien; Prouhdon está en pié, con el hacha en la mano, acechando el momento para caer sobre el edificio social, que tiembla sobre sus mismos cimientos. Allí está, á la puerta está esa gran revolucion, la última acaso que presenciarán los siglos; y nosotros, cristianos oscuros y humildes, creyendo que los que rigen la tierra han faltado más de una vez á su mision sublime, y que por eso apareció Lutero y existió Robespierre, nos tememos mucho que entregue Dios ahora á Prouhdon esta sociedad viciada y corrompida.

(a) Publicábase esto en 1858. *(N. de los editores.)*

Porque no hay remedio, ó ha de volver la sociedad á los caminos de Dios, ó ha de ser lanzada en los del infierno. Por eso ha de ser nuestra bandera y nuestro grito: «Religion contra revolucion.»

II.

Si no me asustaran, me harian reir esos modernos utopistas, vanos trabajadores de otra torre de Babel, que mofándose de la grandeza de nuestros padres, y sufriendo apénas con soberbio desden nuestra creencia religiosa, fantasean reconstituir sobre bases nuevas, no sé qué especie de refulgente sociedad: y nunca se cansan de hablarnos de los destinos de la humanidad, de la religion, del porvenir, etcétera, etc. Yo, francamente, con dificultad les entiendo; me marean con sus grandes y sonoras frases; pero me parece que debajo del pomposo follaje se esconde la podredumbre y la nada.

Observo que muchos de ellos en sus obras encarecen la escelencia de la virtud y recomiendan su práctica. Perfectamente; ¿pero en nombre de quién me hablan? ¿En nombre de Jesucristo nuestro Dios? Cierto que no.... Pues siendo así, ¿con qué título pueden obligarme á ser virtuoso? ¿Son ellos dioses por ventura? Son hombres muy flacos. ¿Pueden ellos brindarme con una eternidad ó amenazarme con ella?... Pues si no tienen Dios ni eternidad, podrán destruir, pero no edificar. Si no hay Dios, estoy por Bentam, por la utilidad; estoy por Hobes, por la fuerza. Sépalo el mundo: la fuerza es el derecho; la utilidad es la moral.

. . .

Hay quien no se cansa de enaltecer el Evangelio, en términos de parecer á primera vista fervoroso cristiano. Pero observadlo bien; sin duda ha leido sólo en el libro divino las amenazas que Dios fulmina contra los ricos, pero no la humildad que predica á los orgullosos, y la obediencia que impone á todos. Ese hombre hace del signo venerando de salud una arma de partido y destruccion: quiere forzar al mismo Dios á ser cómplice de su absurdo socialismo. ¿Pero qué digo Dios? Bien se comprende que Jesucristo para él no es más que un hombre, el Sócrates de los judíos: temería encontrarse con Jesucristo Dios, y sobre todo con su eternidad.

Quien no tiene á Jesucristo por Dios, no tiene Dios: no nos hableis de otro; no le conocemos.

No comprendería jamás un Dios que no se hubiese comunicado con los hombres y que se estuviera recreando allá, en las alturas de su cielo, descuidado completamente de las cosas de la tierra. Rey holgazan, bien mereceria ser destronado en la opinion de los hombres, que debiéndole meramente la existencia, le debian sólo una desgracia. Y en fin, lo cierto es que si no creemos en Jesucristo que se nos presenta con el sublime acompañamiento de las profecías y de los milagros; que si no amamos á Jesucristo, que deja el cielo para venir á ser enclavado por amor nuestro en una Cruz; que si por la esperanza ó por el temor de una eternidad de gloria que nos ofrece ó de penas con que nos amenaza, no luchamos y reluch... ... con nosotros mismos para negarnos á las dulzuras del vicio y abrazar las asperezas de la virtud; lo cierto es que no habiamos de hacerlo porque se nos dijese que reinaba allá en el cielo un Dios desconocido, de quien tuviésemos pocas noticias, y esas no muy buenas.

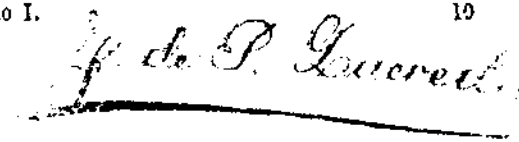
—

Por lo demás, ya sabe el mundo que el deismo es el camino del ateismo.... como los sistemas parlamentarios lo son de la república. Mas era cosa recia decir á los hombres postrados á los piés del altar, ó agrupados en derredor de los Tronos: «No hay Dios; no debe haber reyes.» Se les alarmaba ménos, y se preparaba hábilmente el camino, alejando á los hombres, de Dios, para que poco á poco fuesen olvidándole; debilitando el poder de los reyes, para que poco á poco le mirasen con desprecio.

Porque un cetro despreciado es un cetro roto: un Dios olvidado ha dejado de ser Dios para los hombres.

—

¡Oh, que es gran crimen ó ceguedad pasmosa la de los mal llamados filósofos! Aun cuando creyesen que el Evangelio era una utopia, ¿no han pensado que sin él, y sin la esperanza y terror de una eternidad, no se puede consolar al desgraciado, defender al débil, y en fin, gobernar en paz el mundo? ¿No han pensado que, utopia por utopia, valdria más la de Jesucristo que la de Fourrier?... Porque el mundo nunca creerá que Fourrier sea Dios; pero cree que Jesu-



cristo es Dios, y Dios todo caridad. Aquella utopia además siempre sería más digna de los hombres que ésta, porque no nos humillamos al inclinarnos delante de Dios, pero sí al inclinarnos delante de un hombre; aquella, por fin, sería estable y firme, porque vendría del cielo, donde no puede remontarse el orgullo humano, y esta variable y movediza, porque estribaria en la palabra de un simple mortal, que no podría mostrarnos su título de infalible, y muchos con igual ó mayor talento se levantarían á contradecir sus doctrinas y á regalarnos nuevos Evangelios.... Dioses de barro y aun de cieno, que ofrecerian á nuestra alma inmortal la podredumbre del sepulcro.

Si nos decís que hay incrédulos que obran bien, no negaremos el hecho; pero les argüiremos de inconsecuencia.

Acaso obren bien sin darse cuenta de ello, en virtud del principio religioso que grabáran en su alma las prácticas de la niñez ó los santos ejemplos de una madre piadosa, ó por impulso del alma, segun una expresion sublime, naturalmente cristiana. Jesucristo estará desterrado de su espíritu, pero no completamente de su corazon.

En fin, nosotros preguntaremos á los hombres de buena fé: Si Jesucristo no es Dios, ¿creereis en otro Dios que adoran los Turcos ó los Patagones? ¿Creereis en el Dios-naturaleza, al cual hollaríamos al pisar la yerba del campo, ó nos tragaríamos al sorber un vaso de agua, Dios-materia, vergonzosa locura de los incrédulos, los más fanáticos de los hombres? Cierto es que no: el mundo cree en Jesucristo, y no creerá en otro Dios que descubrais, merced á un análisis químico. Nosotros creemos en Jesucristo, y si Jesucristo no es Dios, no le hay para nosotros.

—

Y sin Dios, ¿qué somos nosotros? Somos una materia organizada, que nacimos no sabemos por qué, que vamos sin saber á dónde, y que nos hallamos en este que llaman mundo, sintiendo pasiones que nos es grato satisfacer, é importuno y penoso contrariar. Nosotros, que andando hasta ahora por el camino de la vida, bajo la mirada de Dios misericordioso y justiciero, procurábamos ser justos y caritativos, de hoy en adelante sólo trabajaremos por ser dichosos; nosotros, que por la bondad de Dios y por su eternidad nos sacrificábamos por nuestros hermanos, ahora desearemos y procuraremos que todos se sacrifiquen por

nosotros. Resueltos estamos, en fin, con vuestro permiso ó sin él, á hacer siempre lo que más nos convenga, es decir, lo que nos dé más placer, siquiera cueste lágrimas á los que ántes llamábamos nuestros hermanos. Y no, no trateis de persuadirnos que obramos mal, porque no hay mal, ni bien, ni virtud, ni vicio, si no existe Dios; y no, no trateis de persuadirnos que nos pueda ser conveniente jamás el sacrificarnos por los demás hombres, porque, francamente, no hemos de dejarnos convencer miéntras, abjurando vuestras doctrinas, no acateis como dogma la eternidad del premio ó del castigo.

Verdad es que cierto filósofo francés, y de insigne nombre en su tierra, nos habla con mucha serenidad de la trasmigracion de las almas, y se empeña en crear con este peregrino descubrimiento una especie de eternidad sobre la tierra. Así puede decirnos: Sed buenos ahora, que á la vuelta de no sabemos cuánto tiempo, tornareis á vivir en el mundo, y os holgareis de encontrarlo mejor entónces, merced á las virtudes que practiqueis ahora.... Pero la invencion no es de hoy; la cosa es ya vieja: desde Pitágoras acá nos ha llegado al través de la mofa de las edades; y está el negro daño ¡oh, filósofo ilustre! en que no puedo acordarme si en el pasado siglo fué el cardenal Alberoni ó el cocinero de monseñor.

—

Concluyamos. Si nosotros, con abnegacion sublime, nos sacrificáramos por los demás, seríamos víctimas infelices de una estúpida preocupacion; y si, constreñidos al ménos por la vergüenza, nos decis que no es preocupacion el sentimiento del bien que nos incita al sacrificio, nos será lícito concluir que este sentimiento del bien prueba por sí solo la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Debemos ser cristianos.

III.

Lo que nos pasma y nos aturde es, que los hombres que intentan quitarnos á nuestro Dios, y con él nuestra natural nobleza; la eternidad, y con ella nuestro consuelo y nuestra dicha, se llamen así propios filántropos y liberales, é imaginen persuadir al hombre que andando por esos caminos llegará á ser dichoso, libre y soberano.

¡Ellos liberales, siendo asi que se deshonran y nos des-

honran, igualándose en condicion á los brutos! ¡Ellos se llaman liberales, y el mundo lo escucha y lo tolera!

¿Y qué dicha y qué soberanía nos ofrecen? Podremos comer más, gozar más, oprimir más: esto, si somos más fuertes y nuestra naturaleza lo sufre: ¡mentida felicidad, y soberanía de pocos dias al fin, que se arrastra por el cieno con que se mancha! Y pasados estos dias, viejos ya, débiles y enfermos, nos encorvaremos hácia el sepulcro, para gozarnos con la asquerosa perspectiva de los cortesanos que allí nos esperan.....

Porque al fin ¿qué es el hombre sin Dios? Imagidad al más venturoso, al más grande, al más respetado..... si os parece, á Alejandro, al señor del mundo. Pues bien; él lo recorrió como un rayo, dejándolo espantado, y el mundo calló en su presencia. La humanidad gimió esclava en todos los hombres para mostrarse grande en apariencia en un hombre solo. Pero no os deslumbre ese manto de oro con que el héroe se reviste: debajo de él vacila un cuerpo miserable, sujeto á pasiones turbadoras, á tristes dolencias y á necesidades vergonzosas. No os deslumbre ese trono magnífico, en que él, sentado en medio de sus capitanes, que son reyes, inclina su frente, y es obedecido por ellos y por el mundo con respeto y con temor. ¡Pompas al fin y grandezas que se disiparán como el sueño falaz de una noche! Observad sinó: mientras el rey de reyes suspira porque no hay otro mundo que conquistar, se le acerca un fantasma que sus guardas no pudieron detener, y le toca la frente con una mano muy fria. El héroe palidece, y baja del trono, y se hunde en el sepulcro; pero antes se quitó la corona. El mundo miró y vió un trono vacío: ¿qué es del héroe, del triunfador, del semi-dios?.... Acercaos, mirad..... ¡un cadáver! volved á mirar..... ¡podredumbre! mirad otra vez..... nada!

Ese puñado de polvo inmundo que no tiene nombre en ninguna lengua, fué Alejandro; el más feliz, el más grande, el rey de los hombres.

—

Un cristiano oscuro ha leido: «Henós fué hijo de Seth, que lo fué de Adan, que lo fué de Dios.» Este cristiano, con los ojos del espíritu, ha visto á la humanidad en la persona de Jesucristo sentado á la diestra del Eterno.—¿Con que soy (dice con un gozo que sería orgullo si el cielo no lo santificara), con que soy hijo de Dios, hermano de Jesucristo, in-

mortal heredero de su gloria?—Al decir ó al pensar esto, se siente grande, pero se conserva humilde, porque, astro brillante, sabe que le viene toda su luz del sol de gracia. Sus piés tocan en la tierra, porque al fin es barro; pero su cabeza se esconde en los cielos, porque es hijo del soplo de Dios el huésped celestial que anima ese barro..... Suponed á tal hombre, enfermo, pobre, despreciado; suponedle hecho mofa y asco del mundo; pero ¿qué importa? el tiempo es un instante; la eternidad es..... la eternidad. El mundo no es la patria del cristiano; y Jesucristo, que pasó por él, nació en un pesebre, y llevaba al morir una corona de espinas.

Por ello, glorioso en su pobreza y sereno en la adversidad ese cristiano, entre los andrajos de mendigo puede levantar una frente de rey, y lanzar miradas de vencedor, á pesar de las cadenas que le acusen de delincuente. ¡Ahí teneis un hombre libre! Ni porque le amenace el hacha del verdugo ó el puñal del asesino, ni porque brille á sus ojos un poco de ese metal que llaman oro, irá á besar los piés de un déspota, ó adular la ira caprichosa de un populacho. Perseguidle, ¡oh, tiranos! que así le llenais de gloria; empujadle al sepulcro, que así le acercais á la eternidad. El se revolverá hácia vosotros, os mirará, os señalará el cielo, donde hay un Dios vengador. ¿Qué haceis? Acabad con su vida, hollad su cadáver, hacedle trizas; pero vuestro corto brazo no puede alcanzar al hijo de Dios; y él se os escapa; él, dejándoos entre las manos su vestido miserable, y en la frente una gota de sangre inextinguible para que os conozca Dios en el dia de su juicio.

IV.

Hay en nosotros una consejera divina, á quien llamamos conciencia. Dios grabó su ley en el corazon del hombre, pues era digno, necesario, que Dios que lo crió, pusiese luz en su alma para que anduviese por sus caminos, ya que hasta al bruto concedió instinto seguro para obrar conforme á su naturaleza. La ley natural se oscureció, merced al pecado, y por eso vino Jesucristo á escribirla perfeccionada en un libro santo que selló con su sangre, para que es-

J. de P. Lucreda

tuvieran presentes siempre á nuestros ojos su mandamiento y su sacrificio, su voluntad y su amor.

—

Sea ó no útil, dé ó no placer, el hombre debe obrar conforme á la voluntad de Dios, que es justicia y caridad; por eso nosotros los cristianos decimos: Dios, derecho natural, ley revelada; los que no lo son, suprimen á Dios, y dicen: hombre, utilidad.... la utilidad es la moral del ateismo.

—

Pareciera escándalo en los antiguos tiempos difundir como principio de moralidad en el hombre su utilidad y conveniencia, bien que en el terreno práctico, en toda época y país lo han seguido no pocos. Mas fuera de los Epicúreos, jamás hasta ahora se proclamó como doctrina, ¡triste gloria que cupo al inglés Bentham, avergonzándose la conciencia de las gentes honradas! Lo justo, segun él, es lo útil; lo útil, lo que da placer ó contentamiento; lo nocivo, lo que da malestar ó dolor. Esta doctrima roba todo su mérito á la virtud y la despoja de su celeste aureola; si no hay Dios, sin embargo, la doctrina es muy cierta; porque si no hay Dios, tampoco hay virtud.

—

El hombre en este supuesto sería el juez único de la moralidad de sus acciones; tendría para ello, es verdad, un guia infalible: tal cosa me gusta, tal me repugna: huyo pues de ésta, abrazo aquella. Me enamora la mujer de mi prógimo; ¿y por qué he de negarme al placer de amar, y á la satisfaccion de ser amado? Mi vecino es rico y yo no lo soy, ó por fortuna ó por vicios, no importa; el hecho es que él tiene más que yo, y yo me hallo siempre dispuesto á partir mis bienes con hombres semejantes.... El dia en que tal doctrina éntre en las cabañas de los pobres, temblarán las casas de los ricos.

—

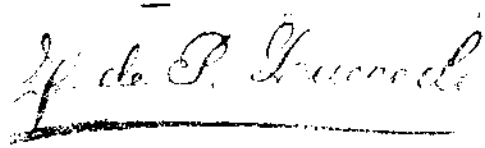
Este principio, presentado al desnudo, espanta á los honrados y da asco á los generosos; se le viste pues, se le ador-

na, se le presenta ménos repugnante á los ojos del mundo. La conveniencia, dicen algunos, es principio de moralidad, pero es la conveniencia bien entendida, es el bien particular que no ofende al general, y aun en solemnes ocasiones se sacrifica por este.... Pero entónces ¿qué es de vuestro sistema? ¿qué se ha hecho el guia infalible, el placer, principio seguro, segun vosotros, de toda moralidad? Ya no podrá adoptarse como tal, puesto que hay muchas cosas que lo proporcionan, y deberán rechazarse, ó porque dañan á otros, ó porque á la postre causan ó pueden causar dolor. Fué, pues, locura alborotar al mundo, suponiendo haberse encontrado un nuevo sistema, pues con repetir lo que se ha predicado infinitas veces, esto es, que el hombre debe siempre practicar la virtud y huir del vicio, todo estaba dicho. Por tanto, si adoptais esta opinion, desertais de vuestro campo, y os pasais á nuestras banderas; y cierto os admitiremos gustosos como soldados de la buena doctrina, con tal que jureis fidelidad á Dios que nos ha dado una ley, y tiene una eternidad de premio para los que fieles la siguen, y de castigo para los que prevaricadores la traspasan. Pero si no teneis por Dios á nuestro Dios, entónces cuanto podais decirnos no es más que palabras.

—

¿Por qué he de sacrificar yo en ningun caso mi bien por el bien de otros? ¿quién me asegura que el sacrificio que me ha de costar esfuerzo y dolor, no se me impone por el capricho del fuerte, ó el abuso del rico? Y aun cuando así no sea, ¿por qué he de sufrir yo, para que otros no sufran ó acaso gocen? ¿Sacrificios me pedís? Pagadme el sacrificio... pero no teneis con qué, pues renunciásteis al tesoro de la eternidad.... No os parece buena moneda sino la que corre en el mundo; soy de vuestra opinion, soy del mismo gusto. Haré, pues, el mio miéntras pueda, y si tú ¡oh! ¡sociedad! me castigas, no ha de ser sino con el derecho del más fuerte. Pero juro yo que el dia en que lleguemos á ser los más fuertes los ahora débiles y miserables, ya arreglaremos las cosas de otro modo; y pues nos habeis desheredado de la eternidad y reducido á la vida que dura tan poco, no hemos de consentir que nadie goce tanto como nosotros; y antes de entrar en el sepulcro y ser nada, queremos esplotar la vida y serlo todo.

—



Decir que la virtud es siempre útil, y el pecado nocivo, es en boca del hombre descreido un sofisma estupendo, ó una insolente ironía; pero es verdad en boca del cristiano. Conforme á la ley de Dios, y tomando en cuenta la eternidad, el pecado es siempre perjudicial, y la virtud provechosa..... La virtud es gran merecimiento, en cuanto arguye sacrificio; cierto, que este sacrificio será recompensado con premio infinito en la vida futura, pero cuesta en la presente; y el esfuerzo que hago yo para vencer mis malas inclinaciones y obrar conforme á las miras divinas, ese esfuerzo es la virtud, que vale más cuanto más cuesta, y que si nada costase, valdria bien poco. En fin, como puede creer útil un hombre valiente derramar su sangre en el campo de batalla, ó por el premio que espera á sus proezas, ó por la fama que inmortalizará su memoria, así puede el cristiano considerar siempre útil la virtud, teniendo fijos los ojos en el cielo donde le está guardada la corona.

—

Nos asalta ahora una idea que naturalmente se enlaza á las apuntadas sobre la caida y corrupcion del hombre. El placer y el dolor podrían ser signos casi seguros de la moralidad ó inmoralidad de una accion ó hecho, si el hombre se conservára puro, si no hubiera pecado. La razon, luz del alma, señora de los sentidos, auxiliada por su celeste consejera la conciencia, conservára vivo en el hombre el gusto de las cosas del cielo, y naturalmente repugnaría las torpes de la tierra. Así vemos á vírgen de limpio y casto pensamiento, en comunicacion con Dios por la inocencia de su alma, que le causa repugnancia y hasta mortal pesadumbre la accion ó palabra deshonesta que inundaría de bastardo placer á una mujer impura. De donde nace que el hombre, cuanto más por su virtud, esto es, por su esfuerzo para domar los malos siniestros del alma, ó los torpes apetitos de la carne, se acerque á la perfeccion, es decir, á Dios, tanto más podrá tener por regla de moralidad el placer ó el dolor que una accion ó hecho, ó la proposicion sólo, ó el mero pensamiento de ellos produzca en su espíritu. Por el contrario, cuanto más se aparte de Dios y se pegue pervirtiéndose á las cosas de la tierra, encontrará ménos gusto en la contemplacion sublime de la verdad, y en la práctica austera de la virtud, y andando por entre sombras de muerte, codiciará por fin hasta el refinamiento del vicio, ó la estra-

vagancia del crímen, para proporcionar deleite ó vida al corazon estragado.

V.

Como en enfermo, al parecer de no mucha gravedad, descubre á veces médico esperimentado algun síntoma que anuncia próxima muerte, así el hombre pensador, cuya mirada perspicaz penetra hasta en las entrañas de las cosas, puede descubrir en gran parte de la sociedad europea dos síntomas precursores casi infalibles de la gran revolucion que amenaza destruirla. Es el uno el desapoderado apego á los bienes materiales; es el otro el libertinaje de espíritu que se mofa de lo más sério, y se atreve á lo más sagrado. Ambos revelan en la sociedad la ausencia de Dios, y como Dios es la vida y la luz, la proximidad por consiguiente de la muerte y de las tinieblas.

—

Es indudable que el Dios que adoran muchísimos es el becerro de oro; casi no oís hablar más que de intereses materiales, y no son muchos los que se acuerden sinceramente de los morales. Enriquecerse y gozar parece ser el credo del siglo XIX; por ello huele á corrupcion. Hay palabras que están en moda, como máquinas y bolsa; las hay que suenan y son comprendidas por pocos, como abnegacion y sacrificio. Se fabrican hoy muchos teatros, se hacen muchos caminos de hierro, pero acaso no sería posible levantar un nuevo Escorial: no puede pensarse ni obrarse tan altamente. Ha perdido el pleito la poesía, el culto de los sentimientos elevados; ahora abunda la prosa, pero ruin y menguada prosa.

—

Por otra parte, muchísimos desprecian la sabiduría de los siglos pasados, y no diríais sino que algunos se avergüenzan de sus glorias; los jóvenes se mofan de la ancianidad, y espanta oir á muchachos imberbes hablar campanudamente de derechos, antes de saber lo que son deberes. La autoridad moral, esto es indudable, va debilitándose en buena parte de Europa; va quedando sólo la fuerza para la defensa de la

J. de P. Lucrecia

sociedad; pero la fuerza al fin cederá ó se quebrará, y roto el dique, ha de derramarse el rio con grande estrago por los campos, cuanto más represado más furioso.

—

Penetrad en un pueblo donde la palabra de Dios reine en los corazones de los hombres, donde el respeto á la majestad de las glorias pasadas y la veneracion á los cabellos blancos de nuestros padres sean una especie de religion. Aún quedan de estos en nuestra España; montañas altísimas parece que estorban la entrada al cólera moral que se ceba en las entrañas de las grandes ciudades. Pues bien: no se necesita fuerza física para conservar el órden en estos pueblos, lo cual dimana de que sobreabunda en ellos la fuerza moral... Hay un hombre á quien se llama párroco, y á quien se venera como al hombre de Dios, á la providencia de los indigentes, al consuelo de los afligidos; hay un hombre á quien se llama alcalde, el cual se respeta como á representante del rey, como á la misma justicia, que lleva por cetro una vara, y no necesita levantarla para que todos se inclinen. ¿Y quién pensaría siquiera en desafiar su autoridad? El pueblo escandalizado daría un grito y lo confundiría, porque los hombres respetables por su honradez, por sus canas, rodean al párroco y al alcalde, y los jóvenes, cuando ven de léjos á esos hombres, están acostumbrados á ponerse en pié, y á escuchar en silencio cuando hablan.

—

En una nacion que semejára á un tal pueblo sería imposible la revuelta y el desórden; pero en una nacion en que con olvido de Dios se menosprecia al sacerdote y se mofa al magistrado, la revolucion siempre está preparada; está cargada la mina y sólo falta quien aplique la mecha.

—

Ahora, es preciso reconocerlo: los socialistas son lógicos; si el pueblo es soberano, que mande el pueblo; si los hombres tienen que esperar poco del cielo, que gocen cuanto puedan sobre la tierra. Afuera, pues, todo gobierno, que es

tiranía; afuera la propiedad, que es un robo. Proudhon lo ha dicho, y el Satanás de Charénton tiene razon.

—

Los ricos y algunos intrigantes, para serlo, apoyados en el ejército, son los que gobiernan, administran y gozan, esplotadores de la sociedad, y á la vez sus tiranos. Y qué, ¿no ha de llegar nunca su dia á los miserables y hambrientos que sudan ó agonizan en Europa? Ellos son los más; ellos, cuando se conozcan y coaliguen, serán los más fuertes; á ellos pertenece, pues, el imperio del mundo. Oid sus murmullos y quejas; oid á la revolucion que ruje á lo léjos y por intervalos, pero que al fin, rompiendo y sacudiéndose, convertirá al pueblo antiguo en ruinas.

—

Así debe ser; y si Dios no se apiada de nosotros, así será; no hay razon para que la muchedumbre soberana sufra sed y hambre, miéntras algunos privilegiados sienten el hastío del goce y el embarazo de la riqueza. El que en coche magnífico hace retemblar hoy la choza de miserables labriegos, prepárese á partir sus bienes, ó por mejor decir, á abandonarlos á estos nuevos soberanos. No está bien que un hombre, declarado rey, vista de andrajos; siga á la igualdad de derechos la igualdad de condiciones. ¿Y qué podríais decir, ¡oh grandes! ¡oh poderosos de la tierra! á esa turba de reyezuelos desnudos, que se agolpan á la puerta de vuestras casas y miran desde afuera con ojo codicioso la pompa de vuestros festines? ¿Les diríais: llegásteis, amigos, tarde al festin del mundo; están ya ocupados los puestos; resignáos, pues, á vuestra suerte y tened paciencia?—¿Y por qué han de tenerla? ¿por temor á Dios? los habeis librado de ese temor. ¿por la esperanza de la eternidad? los habeis despojado de esa esperanza. Alzáos, pues, buenos señores, que bastante gozásteis, y desocupad vuestros asientos; alzáos, porque sois los ménos, y dejad que se sienten ellos, que son los más..... ¡La fuerza, ya debeis saberlo, es el derecho del mundo!

—

J. de P. Lucrecia

VI.

La Religion es fuerza, pero divina; tiende á religar, esto es, á encadenar los malos siniestros del hombre para dar libertad, y hacer señora su razon. Ahora, donde falta la fuerza de Dios que llamamos Religion, es preciso que sobreabunde la fuerza del hombre, que llamamos tiranía.

—

Hombre que no quiere servir á la razon, se hace esclavo de las pasiones; sociedad que no ama y teme á Dios, es oprimida ó despedazada por los tiranos. Semeja esta sociedad al hijo pródigo, y como él quiere dejar la casa de Dios, su padre: y pide para esto su legítima, es decir, su albedrío libérrimo. Dios le castiga permitiéndole que le deje, consintiéndole ir donde quiera; y cierto que nada hay más admirable que la ley providencial, por la que las mismas pasiones del hombre se hacen los vengadores de la justicia divina. Y aún, ¡dichosa la sociedad que se aparta de Dios, si encuentra á un déspota, que oprimiéndola con mano de hierro, impide que se despedace las entrañas.

—

Un hombre solo no oprime á una nacion; ha de valerse de una parte de ella para encadenarla á toda. ¿Y sabeis de qué hombres se vale el hombre predestinado? Da una ojeada en derredor, y ve algunos esclavos de la ambicion: «á vosotros yo os daré mando y honores,» ve á otros siervos de la avaricia ó sujetos á pobreza criminal: «á vosotros os daré oro;» ve á muchos (¡grey innumerable!) de alma rastrera hecha para adular y servir, y «venid, les dice, rodeadme, y ayudadme, y participareis de mi esplendor y de mi gloria.» De modo que los hombres de que se vale ese hombre, no son más que otros tantos vicios que utiliza, otros tantos crímenes que compra. A favor de estos vicios y con la ayuda de estos crímenes oprime el tirano á todo un pueblo; y le es dado oprimir porque es pueblo apocado, pueblo sin fé, pueblo que no tiene ni aun el valor de la desesperacion, á quien no le queda sino el silencio del miedo. Los crímenes, pues, de algunos echan sobre un pueblo las cadenas, y la bajeza

de este pueblo se amarra á sí propio. Y aun ¡dichoso el pueblo corrompido, si encuentra un déspota que lo encadena!

Apartad, sinó, de sobre su cabeza la espada, quitad las cadenas, dejadle libre... ¡Que república, gran Dios, qué ciudadanos! Una sociedad atea ó descreida, sería una desordenada, revuelta, horrible reunion de séres, en apariencia hombres: todas las pasiones sueltas, todos los vicios al desnudo; ninguna autoridad, perpétua revolucion, escándalo perenne, el oro por Dios, la fuerza por derecho, la corrupcion por felicidad. Nada grande, porque nada viene de Dios, ni va á Dios; todo miserable, porque nace todo del egoismo y va al egoismo... En fin, tal sociedad, en los momentos que pareciesen de paz, sería el cáos; el infierno en los dias de guerra.

Por el contrario, ¿qué sería una sociedad de verdaderos cristianos? La vuelta al paraiso, el cielo en la tierra: reunion concertada, pacífica, armoniosa, de hombres de bien que buscan y encuentran su felicidad en la felicidad de sus hermanos, bajo las miradas de Dios satisfecho. La autoridad suave, porque no estaría combatida, la obediencia noble, porque no sería forzada... ¿Y qué decimos autoridad? Sería la del saber, luz para los demás hombres; la de los cabellos blancos, objeto de veneracion para todos.

En un extremo está la sociedad cristiana, en otro la atea; segun que un pais se acerque á uno ú á otro, será más libre ó más esclavo, más dichoso ó más infeliz.

El mundo no debe olvidarse de que la libertad es cristiana; y pues la cosa nos pertenece, debemos revindicar el nombre, no consentir jamás que la gente descreida lo usurpe. La libertad es como el sol; alumbra y vivifica desde el cielo. La libertad apareció en el Calvario al pié de la Cruz de Jesucristo, y desde allí se abalanzó para dar vida, gloria y alientos nobilísimos al mundo. No nos habló Jesucristo de formas de gobierno; pero nos dijo, que amáramos á Dios, y nos amásemos mútuamente; y para que tal hiciéramos nos mostró el cielo, cuyas puertas nos abria su sangre derramada por nosotros. Cuando el Hombre-Dios nos dijo: «sed buenos,» nos dijo; «sed libres.» Por eso tenemos hasta obligacion de ser libres los cristianos. ¿No nos crió Dios á su semejanza? ¿No vino al mundo, vistió nuestra carne y fué nuestro hermano? ¿No derramó por nosotros su sangre?

Pues Dios no pudo querer que fuéramos siervos de nuestras pasiones. Dios no pudo querer que besáramos, como siervos, el pié de un déspota, ó adulásemos como siervos las iras de un populacho. Dios no quiere, que siendo hijos suyos, hijos del gran Rey, nos deshonremos y le deshonremos.

En un pueblo, en su mayor parte al ménos, verdadera, eficaz, ardientemente cristiano, es imposible la tiranía: la sola actitud pasiva, pero firme y noble de este pueblo, haría retroceder al tirano, y morir de vergüenza á todos los egoistas que formasen su córte.

—

La Religion es la libertad, es la felicidad, es la perfeccion del hombre. Esos que nos hablan con gran pompa de los destinos futuros de la sociedad, y pretenden ó dan á entender que la Religion de Jesucristo puede ser obstáculo para que suba no sabemos á qué alturas que fantasean, ó son locos, ó tienen á sus oyentes por estúpidos.

Despojad sus libros de la vana palabrería que aturde, y de las frases rimbombantes que deslumbran, y encontrareis... ¿qué habeis de encontrar? el vacío y la nada.

Porque la humanidad por medio del Cristianismo puede subir hasta Dios, y no creemos que se pueda subir más alto. Dios es nuestro Padre, ha dicho Jesucristo á los hombres, y no creemos que puedan estos ambicionar más alta y espléndida nobleza.

Tambien les ha dicho Jesucristo: «sed perfectos como el Padre celestial es perfecto,» y ciertamente que no puede darse ley de progreso más grande, más indefinido.

¿A qué adelanto ó mejora se opone la Religion cristiana? ¿Qué ciencia ofusca, qué arte mata, qué hace, en fin, para estorbar la perfeccion del hombre y la grandeza de la sociedad? Si hay un hombre de talento y de buena fé en el mundo, que se atreva á dudar sobre esto, es sin duda porque no ha llegado todavía á su noticia, que han existido Dante, el Tasso y Cervantes, Rafael, Miguel Angel y Murillo, Santo Tomás y Suarez, Bossuet y Chateaubriand. Estos príncipes de la inteligencia, esos faros esplendentes de los siglos, fueron... humildes cristianos.

—

Que estudien, que discurran, que adelanten los hombres, muy en hora buena; eso place á Dios. Cuando más profundamente conozcan las maravillas de la naturaleza, con más entusiasmo bendecirán á su autor, comprendiendo mejor su grandeza, y sintiendo más vivamente su bondad.

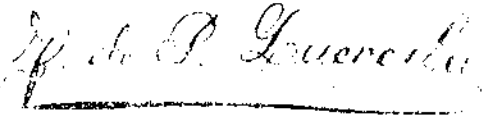
Que merced á portentosos descubrimientos logre la ciencia que el hombre dé vuelta al mundo en veinte horas, ó vuele por las regiones del aire, perfectamente: sospechamos que Dios no temerá que el hombre suba sobre las estrellas para destronarle, y creemos que cuanto más ingenio tenga el hombre, aparece más grande Dios que se lo ha dado; y cuanto más se acerquen los pueblos, más deben hermanarse conforme las miras divinas.

Francamente, hemos atinado con el secreto de esa guerra abierta ó solapada que se hace á Dios. Bien comocen los soñadores de la perfectibilidad humana, que siendo buen cristiano se puede ser gran filósofo, gran poeta, gran astrólogo, gran químico, pero no se puede ser altivo, avaro y lujurioso; es preciso resignarse á ser humilde, casto y caritativo. Y aun si Dios no tuviera eternidad, ó si su eternidad fuera solo de gloria, la paz se concluiría buenamente entre Jesucristo y los filósofos; fácilmente se transigiría; ellos quizá renunciarían gustosos á su parte de cielo, y se desquitarían gozando cuanto pudiesen en la tierra. Pero la eternidad, ¡oh! la eternidad de las penas hace imposible todo arreglo, toda paz, y por ello combaten sin tregua ni descanso contra Dios, los que impacientes por gozar se entregan á sus pasiones, y esclavos de ellas suelen ser los tiranos de sus semejantes.

Como en dias de turbacion, sueltas en un pueblo las pasiones, suelen hombres desalmados causar en provecho propio grandes daños á la república, y con el deseo vehementísimo de la impunidad se agitan dia y noche por aumentar los parciales de la revolucion, y porque ésta, perpetuándose, tenga siempre sin fuerza á la ley, y con temor al magistrado; así los impíos gritan contra Dios, como si por hacer cómplice al mundo de sus locuras, pudieran destronarle en su cielo; ó por ser muchos los culpables, evitar su castigo.

—

Una palabra á los filósofos. Se han hecho, es indudable, descubrimientos famosos; el vapor ha obrado maravillas, la electricidad milagros; pero no sabemos que hasta ahora se



haya encontrado medicina para curar remordimientos; y sobre todo, estamos segurísimos de que no la habeis hallado para libraros de la muerte. No la habeis hallado, no la hallareis; el árbol de la vida crecia sólo en el paraiso, y no echará raices jamás en la tierra corrompida. Y pues habeis de morir, francamente, teneis perdido el pleito, porque la vida dura muy poco, y creemos, salvo vuestro parecer, que os convendria mucho.... ser cristianos.

—

Si no hay Dios, tenemos derecho á gozar tanto como el que más en el mundo; no queremos depender de nadie; nos proclamamos independientes, nos hacemos centro de todo; pontífices y reyes. En este supuesto, es gran verdad la soberanía del pueblo en el sentido en que la entienden y pregonan los demócratas; porque si alguno nos manda, ¿con qué derecho? No puede nacer sino de nuestra voluntad, á no ser que quiera acudir á la fuerza. Los primeros hombres, diremos, se reunieron libremente, formaron sociedad, la disolverán cuando bien les parezca. Hoy eligen reyes y mañana romperán sus cetros; por ahora declaran inviolable la propiedad, y en adelante decretarán una division más equitativa de ella. Y cuanto haga el pueblo será justo, porque siendo soberano debe reputarse infalible.

Así se sustituye á la voluntad de Dios, que es siempre justicia, la voluntad del hombre, que es muchas veces pasion ó capricho. Y por eso se dice voluntad, y no razon en sentido de justicia, y se dice bien, porque si no hay Dios, no hay tampoco justicia.

Segun estos principios, convendria no olvidar, que la voluntad del mayor número no debe obligar al menor. Diez, porque son diez, no deben obligar á seis, porque solo son seis: esto fuera abuso de fuerza, tiranía. Por tanto, si la mayoría de las provincias quiere rey, deberá sufrirlo; si Sevilla aristocracia, deberá tenerla; si Valencia república, deberá gozarla; y si Barcelona ninguna clase de gobierno, que viva sin gobierno Barcelona. Lo que decimos de las provincias se aplica á los individuos; cada cual viva y obre á su antojo, y así lucirán sobre la tierra los dias felices que sueña Proudhon.

—

Al comparar las palabras con la conducta de nuestros insignes revolucionarios, estamos tentados á creer que no tienen gran fé en la soberanía del pueblo, en ese dogma peregrino, de no sabemos qué nueva religion; porque se enronquecen gritando: «cúmplase la voluntad nacional,» y sin embargo, ansían reforzar el ejército y restablecer la policía; y además dan en la flor de creer, ó al ménos de decir, que la Constitucion que formen las Córtes obligará al pueblo, que no podrá levantarse contra ella. ¡Como si las Córtes fuesen nombradas por todos los ciudadanos españoles; siendo así, que, fuera de un escaso número de ellos, los demás por no tener renta no tienen voto, á pesar de ser hombres! ¡Como si los que ahora, por medio de sus apoderados levantan un ídolo, no pudieran derribarlo cuando gustáran, siendo así que es el producto de su voluntad y la obra de sus manos!

—

El gran liberal, el liberal por escelencia, es Proudhon. Este ha dicho: «viva la anarquía.» Vió con miradas de águila la última consecuencia del principio sentado, y la arrojó en medio del mundo con asombro de los que, diciéndose liberales, no son más que traficantes de libertad y revolucionarios en su provecho. Sin embargo, debemos hacer justicia á algunos, que son buenos discípulos, aunque tímidos y vergonzantes, del Satanás de Charenton. Estos proclaman todo género de libertades; libertad absoluta de imprenta, libertad de enseñanza, libertad de asociacion, libertad de cultos; lo cual equivale á este principio: «hablen y obren los hombres como quieran,» contrapuesto al antiguo: «hablen y obren los hombres como deben.» Este último supone «autoridad,» el primero «anarquía;» pero los proclamadores de las libertades, ó por egoismo ó por cobardía, no se atreven aún á ponerse al lado de Proudhon, que al fin les arrastraría triunfante y gritando: «¡viva la anarquía!»

—

Hay muchos que, ó por miedo, ó por ignorancia, ó por capricho, no miran con buenos ojos, y están muy léjos de suspirar por el gobierno de la anarquía; y nosotros confesamos con humildad que pertenecemos á esa clase. Mas aún; creemos que los verdaderos revolucionarios, ó son locos de

J. de P. Donoso Cortés

cabeza, ó locos de corazon, es decir, esclavos de un egoismo inmenso, ó de un orgullo satánico. Lutero proclamó á la razon por soberana, mas á condicion de ser él su oráculo; los demagogos proclaman la soberanía del pueblo, mas á condicion de ser ellos los reyes.

Esos hombres miraron á la sociedad y contemplaron en su cúspide á la Iglesia y los tronos, y se sintieron pequeños. ¡Si pudieran llamar al pueblo y proclamarle rey y hacerle invadir vencedor el templo y el alcázar, encumbrados ellos sobre sus hombros, aparecerían grandes á los ojos del mundo! Esta tentacion seduce á algunos, la codicia ciega á más; hay sobre todo no pocos que experimentan un júbilo insolente al atreverse á acometer lo que han respetado los siglos. Se creen más grandes que sus padres, porque destruyen la obra de sus padres. ¡Como si destruir fuera edificar! ¡Como si un pastor miserable no pudiese quemar él solo aquel famoso templo, que los brazos, el oro y el genio de Grecia levantaron para admiracion de las edades!

Proudhon piensa: «todo el mundo me oirá asombrado cuando grito: la propiedad es un robo, el mejor gobierno es la anarquía, yo no conozco ningun Dios; y me contemplará con mudo asombro, á mí, espantando á los grandes de la tierra, á mí, encumbrándome hasta el cielo para luchar con Dios de poder á poder.....» y este pensamiento de soberbia satánica arroja el corazon de Proudhon en una especie de gozo frenético, delirante..... como lo sentiría el que padece de rabia, si pudiese morder de una vez á todo el género humano. Pues bien; siguiendo la sociedad por los caminos en que el vértigo revolucionario la ha lanzado, Proudhon verá llegado su dia y cumplido su gozo; en la ausencia de Dios, Proudhon se apoderará de la tierra; es el sucesor reconocido.

VII.

Dijimos que, en la ausencia de Dios, Proudhon se apoderará de la tierra..... Le preparan los caminos á este imperio, de una parte la deificacion del orgullo que sacude el yugo de toda autoridad, y de otra la perversion del cora-

zon, que se aficiona violentamente á los goces de la materia.

—

Satanás dijo á nuestros primeros padres:—«Sereis como dioses;»—el filosofismo dice á los hombres:—Sereis como reyes.»—Por subir á ser Dios, desciende el hombre á ser bestia; por aspirar á ser rey, llegará á ser esclavo.

—

La soberanía del pueblo, tal como la entienden sus ilustres regeneradores, es la sustitucion de la fuerza al derecho, de la nada á Dios.

—

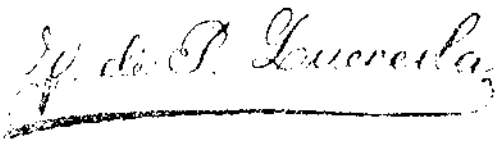
Dicen que el pueblo es soberano: séalo en buen hora; pero al pueblo que se levanta, se le bombardea en Barcelona, y se le ametralla en París.

Cuando el pueblo no era soberano, pagaba pocas contribuciones, viajaba sin pasaporte, y dormía sin cerrar las puertas de su casa; la Religion las guardaba. Ahora al pobre pueblo se le chupa la sangre y se le va dejando desnudo, bien que se le pone en cambio sobre la cabeza..... una corona de espinas. Así se desnudó, y se escarneció, y se crucificó á Jesucristo..... y sin embargo, sus verdugos pasaban por delante de él, movian la cabeza y gritaban:—«¡Dios te salve, Rey de los judíos!»

—

El pueblo no ha sido, ni es, ni será nunca soberano. La sociedad no es hecho libre, sino forzoso; Dios su autor, la dió elementos necesarios para vivir y perfeccionarse conforme á sus miras divinas. El primero acaso fué la autoridad; ésta sólo puede ejercerse en nombre de Aquel que, desde lo alto de los cielos, conserva al mundo con una mirada. Por eso la ley no es la voluntad del Rey ni de nadie, sino la prescripcion de la razon, esto es, del derecho natural, esto es, de la ley divina, enderezada al bien comun de los hombres.

—



Una familia es una pequeña sociedad: el hombre es en ella autoridad; la mujer consejo; los hijos obediencia.

De la sociedad pequeña, su imágen ó tipo, nació, como se ha dicho, la grande; así como el gérmen, apénas perceptible, contiene ya en sí al árbol pomposo que, merced á la lluvia, al sol y al aire, dará sombra á la tierra y rico fruto á los hombres.

—

Rey, cónsules, patricios, siempre ha habido en toda sociedad algunos hombres que dominaron al pueblo, siempre pocos mandando á muchos. Han mandado ó debido mandar en nombre de la ley; la fuerza hace la ley eficaz y poderosa.

—

La fuerza acude en favor del derecho; porque si muchos en un pueblo se gobiernan por la razon, otros se dejan arrastrar por las pasiones, y éstas no entienden la voz de la ley, sino el rigor de la espada. De aquí nace, que cuanto más domina la razon en un país, ménos necesidad hay de fuerza pública, de ejército; cuanto ménos, más necesidad de fuerza, de sable. El sable es el Cetro con que se gobierna á un pueblo corrompido.

—

¡Donosa teoría la de la soberanía del pueblo! Será este en tal caso una confusa reunion de pequeños soberanos; y siendo así, renunciamos á la parte que nos quepa, porque no gustamos de coronas ridículas.

—

Chateaubriand dice, no recordamos en qué parte, que en teoría es indisputable, pero irrealizable en práctica, la soberanía del pueblo: no echó de ver ese genio eminente que lo que es irrealizable en práctica es falso en teoría. La multitud ha nacido para obedecer; á la imaginacion repugna un soberano con un millon de cabezas: tal soberano sería un mónstruo.

—

No creemos nosotros que Dios vincula en hombre ni familia alguna la soberanía de una nacion; no hemos dicho

jamás que los reyes tengan su título escrito en el cielo. En cierto sentido puede decirse que lo tienen algunos hombres; Dios da á estos gran corazon, á aquellos entendimiento sublime, y cuando los envia al mundo les dice: «Dirigid á vuestros hermanos.» Su título lo llevan escrito en la frente y sobre el corazon; esta es la aristocracia de Dios; esta es la que en nombre de Dios tiene derecho á influir en la gobernacion del mundo.

—

A ciertos delirantes de buena fé, nos atrevemos á decir que intentan en vano pugnar con la naturaleza; la naturaleza, más fuerte que ellos, los confundirá, contestando con hechos á sus vanas declamaciones. Por ella han sido siempre y serán desiguales los hombres; unos fuertes y valientes, otros débiles y tímidos; estos sábios, aquellos necios; quiénes con amor al trabajo que enriquece; quiénes flojos y perezosos, como predestinados á vergonzosa pobreza. Si el débil ó cobarde, si el perezoso ó el necio quieren elevarse á la altura del fuerte, del animoso, del trabajador, del sábio, alabaremos su deseo, mas les diremos: Eres débil, hazte fuerte; eres necio, hazte sábio; y sobre todo, eres vicioso, hazte virtuoso. Así, con derecho igual, podreis influir en el gobierno de la sociedad humana..... Los hombres únicamente son iguales ante la muerte y ante Dios; conténtense con esta igualdad.

—

Nos señalaron la casa de un republicano; estuvimos en ella y la admiramos magníficamente alhajada, y á su dueño envuelto en bata riquísima. Sin duda el deslumbramiento de tanto lujo nos impidió reconocer á Cincinato. Hemos visitado en pobre boardilla á un gran demócrata; en sus lábios sonaban sólo palabras de bendicion para los pueblos, de maldicion para los reyes. Le encontramos lleno de pasiones, de ambicion y de orgullo, y echamos de ver que era un servil de la muchedumbre, y llegado el caso, pudiera muy bien convertirse en uno de sus tiranos.—Un verdadero demócrata teme á Dios y ama á los hombres; sufre resignado su pobreza, ó socorre con su oro á los menesterosos; sintiendo su dignidad, es humilde y esclavo de la ley; y está siempre dispuesto á defender la verdad ó al desvalido contra

todo error triunfante, ó contra toda insolente tiranía. Este es un verdadero demócrata..... pero, ¡gran Dios! ¿no acabamos de retratar á un cristiano verdadero?

—

Si mañana se esparciese en una nacion esta lúgubre voz: —el rey ha muerto, los príncipes han muerto, cuantos podian en virtud de la ley aspirar al trono, han muerto,—¿qué sucedería? ¿quién ceñiría la corona? El más audaz que se arrojase á cojerla, ó el más digno, en cuya frente la pusieran los príncipes, esto es, algunas personas de las más influyentes en el país..... La casualidad jugaría papel, y acaso importante, en esta eleccion; pero hemos dicho mal la casualidad, debimos decir la Providencia, que prepara los sucesos, que suscita grandes varones, y que á un pueblo premia con un príncipe, que es su padre, ó le castiga con un tirano, que es su verdugo.

—

Si mañana estalla una revolucion en una ciudad, en una provincia, en un reino, aunque el descontento sea fundado, aunque el espíritu de revuelta esté en el aire que se respire, ved lo que acontece. La mayor parte de los ciudadanos no la toman en el movimiento, ó porque están por el gobierno que se combate, ó porque temen las demasías del nuevo, ó porque viven indiferentes á lo que pasa en esfera superior á la suya. Algunos de los que representan la fuerza, la audacia de la sociedad, animados si se quiere, de patriótico deseo, se arrojan al combate; les siguen cuantos pretenden ocupar los puestos de que se va á lanzar á los servidores del gobierno aborrecido; brama en torno de ellos, ó por amor á los despojos, ó á la venganza, ó al escándalo, toda la gente viciosa, vagamunda, perdida. Una ciudad en revolucion es toda clamor y desórden; diríais que el pueblo está en turbulenta posesion de la soberanía... ¡Error gravísimo! Los que la tienen realmente son uno, cinco ó diez hombres, los más audaces del pueblo ó los más influyentes. Estos son los reyezuelos de la ciudad.

—

Dios es el Rey de las cosas invisibles y tambien de las visibles. De él viene toda autoridad; por él mandan los reyes, y ordenan lo que es justo los legisladores. Cuando Dios está en una sociedad, reina en la sociedad el órden, esto es, la paz y la libertad hermanadas; cuando Dios se retira de una sociedad, hay en tal sociedad anarquía, esto es, cáos é infierno..... Satanás se apodera de lo que Dios abandona...

J. de P. Larrea.

II.

Pensamientos sobre la revolucion.

La justicia después de una revolucion es el arco íris después de una tempestad.

—

Torpes yerros cometidos por personas hábiles: estravagancias dichas por hombres de talento: crímenes perpetrados por gente honrada..... hé aquí las revoluciones.

—

Una revolucion tiene sus leyes como un cometa tiene su órbita. La primera de todas es, que los que creen dirigirla no son más que sus instrumentos, los unos destinados á comenzarla, los otros á continuarla ó darla fin. El obrero cambia á medida que otro la adelanta: Bonaparte estaba sometido á esta ley como los otros, y aún más que los otros.

—

Cuando una revolucion comienza, ó cuando está próxima á tocar su fin, los obstáculos que se oponen á su regreso ó á su vuelta al órden, son otros tantos medios que aceleran su curso hácia atrás.

—

Todos son buenos para demoler, pocos para edificar. Si se entregase á una tropa de muchachos el palacio de las Tulle-

rías para que lo destruyesen, los más pequeños romperían los cristales, los que no lo fuesen tanto, quebrantarían las puertas ó prenderían fuego á las mismas, y el edificio bien pronto desaparecería á pesar de toda su solidez. Mas si se les dijese que alzasen una cabaña, no sabrían por dónde dar principio á la obra; puesto que para edificar es necesario un plan, un órden de pensamientos y de trabajos, no siendo menester nada de esto para destruir. Hé aquí el cuadro de las revoluciones y la causa del gran número de talentos revolucionarios que se hallan hasta en las últimas clases, y que con facilidad los necios admiran.

—

Los más pequeños espíritus no ven en las mejores instituciones sino sus defectos, y en las peores no más que sus ventajas. La primera de estas calidades produce las revoluciones, la segunda las prolonga.

Una revolucion que hiciese generales de ejército sin servicios, ministros sin experiencia, millonarios sin trabajo, y escritores sin estudios, debería tener numerosos partidarios, y dejar un vivo sentimiento en los que viniesen demasiado tarde.

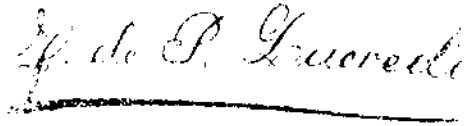
—

Las revoluciones comienzan por la guerra de las opiniones contra los principios, y se prolongan por los intereses. En la crisis revolucionaria las opiniones quedan absorbidas, y escepto algunas cabezas incorregibles que todavía las conservan, no quedan en el campo de batalla sino antiguos principios y nuevos intereses. La guerra, á pesar de todo, continúa entre la sociedad y el hombre. Los particulares no la pueden mirar con indiferencia, ni quedar indecisos los gobiernos.

—

Seréis dioses: esta espresion dicha á los primeros hombres hizo en el mundo la primera revolucion. *Seréis reyes:* esta expresion dicha á los pueblos ha hecho la última. ¡Siempre el orgullo! ¡Cuán verdadera y profunda es la doctrina que recomienda la humildad!

—



Todo desórden en un Estado es un principio de revolucion, así como toda enfermedad en el hombre es un paso hácia la muerte.

—

Las grandes conmociones políticas inspiran dos sentimientos opuestos; ó un profundo amor al reposo, ó una ambicion desenfrenada; hacen conspiradores ó anacoretas.

—

La libertad, la igualdad, la fraternidad y la muerte han tenido durante la revolucion una grande boga: la libertad ha cubierto á Europa de cárceles, la igualdad ha multiplicado los títulos y las condecoraciones, la fraternidad nos ha dividido, sólo ha triunfado la muerte.

—

La mezcla de buenos y malos en el gobierno de un Estado durante su revolucion contribuye maravillosamente á prolongar el desórden, pues que los buenos conducen con prudencia lo que los malos hacen con violencia, con estrépito y contra toda razon. Si los malos gobernasen solos, podrian destruir, mas nada sabrian edificar. La crísis sería violenta, pero corta.

—

Restableciendo el órden en provecho de todos y no prolongando el desórden en ventaja de algunos, es como se hacen desaparecer los vestigios de las revoluciones.

—

Si la revolucion produjo grandes promociones causó tambien grandes desgracias. La tribuna de la Asamblea fué muchas veces el escalon del cadalso.

—

La revolucion francesa traspasó y escedió, grandemente todos los temores y todas las esperanzas. Mezcla asombrosa de debilidad y de fuerza, de oprobio y de grandor, de delirio y de razon, de crímenes y aun de virtudes, la frente

hasta el cielo y los piés en el abismo, esta revolucion inmensa ha tocado los dos puntos estremos de la línea que es dado al hombre recorrer; y ella ofreció á la Europa en todos géneros tan grandes escándalos y tan altos modelos que es imposible jamás superar.

—

En el llamamiento que la revolucion hizo á las pasiones, el orgullo de Francia respondió antes que todas. En las revoluciones religiosas que sufrieron Inglaterra y Alemania, respondió la codicia.

—

La revolucion francesa, ó por mejor decir, la revolucion europea fué un llamamiento hecho á todas las pasiones por todos los errores: fué, para servirme de la energía de una espresion geométrica, el mal elevado á su más alta potencia.

—

No nos forjemos ilusion; donde quiera que se hallen dos hombres hay uno que domina. En lugar de una autoridad legal se levanta una autoridad personal, la de la astucia, de la violencia, de la habilidad en los negocios, ó de la firmeza en el carácter. Y adviértase, que no son los ricos los que oprimen al pueblo, sino los que quieren serlo.

—

Las revoluciones tienen causas próximas y materiales que dan en rostro á los ménos atentos. Estas causas, propiamente hablando, no son más que ocasiones. Las verdaderas causas, las causas profundas y eficaces son las morales, causas que desconocen los pequeños espíritus y los hombres corrompidos. Un choque, un huracan, se dice, ha derribado este edificio: cierto, mas mucho tiempo há que sus fundamentos habian perdido el aplomo. ¿Creeis que un *déficit* en la hacienda ha sido causa de la revolucion? Cavad más hondo y hallaréis un *déficit* en los principios mismos del órden social.

—

Yo me figuro la revolucion como un carro en el que entran viajeros que quieren dejar su patria para ver otros países sin saber á dónde van. Cuando encuentran en el camino un lugar que les parece agradable quieren bajar, mas

J. de P. Lucena

como el carro corre siempre, al saltar á tierra para detenerle caen bajo sus ruedas. La monarquía constitucional tentó á no pocos, estaban fatigados del viaje y ansiaban sentar el pié en tierra: el carro los estropeó, corria siempre y con celeridad, y llegó de un solo trecho hasta la república de noventa y tres. El sitio era allí horriblemente bello y encantaba á algunos, mas el carro aumentaba la rapidez de su movimiento, y los que intentaron saltar, miserablemente perecieron. Anduvo más sosegado al acercarse al Directorio, creyóse que seria posible descansar, mas preciso fué ir adelante y llegar hasta el Consulado. Nadie quiso hacer alto en este punto, todos vieron desde léjos un sitio mejor. Llegóse al fin al imperio; allí el camino pareció más igual, ménos áspero. El carro corrió sin embargo con más rapidez que nunca, y á pesar del deseo que tenian todos los viajeros de pararse fatigados de un largo viaje, ni fué posible detenerse ni bajar. Ultimamente el camino se hizo más escabroso, mayores fueron los riesgos, rompieron los caballos el freno, el carro fué lanzado al precipicio, y después de los sacudimientos más rudos y de los más graves peligros, nos encontramos en la monarquía constitucional.

—

En toda revolucion en que hay necesariamente dos partidos, se forma bien pronto un tercero á costa del uno y del otro, partido que se cree moderado, pórque hace á los dos algunas concesiones, fuerte porque los combate en ciertos puntos, sábio porque permanece neutral. Los dos partidos extremos saben claramente lo que quieren, mas el partido intermedio sabe lo que no quiere, pero no sabe lo que quiere. Imposible le es saberlo, puesto que la opinion que se cree formada de las otras, es necesariamente indecisa, aun cuando los que la profesan sean hombres decididos. Este partido tiene especialmente por contrario al pueblo, que nada entiende de sutilezas ni ideas compuestas. Cabalmente este partido, que se cree moderado porque está en medio de los extremos, es el que ménos puede serlo, sin que jamás le sea dado dejar las armas, pues que tiene que defenderse contra sus dos rivales, que le atacan cada uno por su lado.

—

Trás del horrible comentario que las pasiones bien presto hicieron de la *declaracion de los derechos del hombre*, no tardó el testo en desacreditarse y perder su fuerza moral. Después de profundos desengaños, de tristes y costosos escarmientos, conocióse que convenia hablar al hombre un poco ménos de sus derechos, y un poco más de sus deberes. Los *derechos del hombre*, caidos por lo tanto en desuso, quedaron abandonados á los demagogos de las provincias. Sólo de tarde en tarde y á la víspera de las grandes crisis revolucionarias, resuenan en la arena legislativa las fatídicas palabras *derechos del hombre*, señal de desolacion y de muerte; semejantes á estos cañonazos que se oyen á largos intervalos desde un bajel que se va á fondo.

—

La revolucion empezó por la declaracion de los derechos del hombre, y acabará por la de los derechos de Dios.

—

Cuando espíritus perversos y astutos persuaden al pueblo que es soberano, preséntanle, como la serpiente á Eva, el fruto prohibido: entónces sus ojos se abren, no para ver sus deberes y las dulzuras de la vida privada y de la medianía, sino la inferioridad de su estado; inferioridad necesaria, inevitable y que en el orgullo de sus nuevas luces, reputa el pueblo miseria y opresion. Entónces ha acabado para él toda felicidad, y desterrado del órden, como Adan del Paraíso terrestre, entra en una larga carrera de revoluciones y calamidades.

—

La dignidad de un gobierno es la fuerza moral, la primera de todas las fuerzas de la sociedad, que es un sér moral. Un gobierno ilegítimo suple con el esceso de la fuerza física la moral que le falta; y cuando sus esfuerzos violentos y siempre penosos se han agotado, no puede pasar sin dignidad. Pero la dignidad no es cosa alguna material; no es el fausto de la representacion, no es la enormidad de las deudas ó de los gastos, no es el lujo de los empleos públicos, sino razon en las leyes, justicia en los actos, sabiduría y fuerza en los consejos. Los gobiernos han menester tanto

como los particulares la estimacion de los hombres; y sólo á ese precio pueden alcanzarla.

—

Segun los principios de la antigua política, serviase á las órdenes de los reyes para gobernar á los pueblos; segun los principios de la nueva, se sirve á las órdenes del pueblo para gobernar á los reyes. Se perderá en Europa la justa medida de la obediencia, perdiendo la del poder.

—

Las antiguas repúblicas tenian su infancia, su edad viril, y su decrepitud, como el hombre, porque estaban fundadas en un principio perecedero, en una religion falsa; nuestras sociedades cristianas deben durar tanto como el mundo, y andar de perfeccion en perfeccion, pues que están fundadas en el principio de la eterna verdad.

—

Donde quiera el pueblo armado, donde quiera conspiraciones que estallan, conspiraciones que triunfan, ó que en sangre violentamente se ahogan: este es un estado violento en que no es posible permanecer. La máquina chirria, y es preciso darse priesa á poner aceite en las ruedas, esto es, Religion en los corazones.

—

Si no ha llegado el fin de las sociedades, la verdadera tendencia de Europa á los ojos de un observador atento, debe ser hoy á la unidad del gobierno espiritual, desde que se ha hecho patente la flaqueza de los gobiernos puramente temporales. Y el horror que á ese gobierno tienen todos los espíritus falsos y los corazones corrompidos, es la mayor prueba de su necesidad, y de su futuro establecimiento, porque todo lo que es necesario en la sociedad, tarde ó temprano se establece en ella.

—

En el banquete del trono constitucional, nada es más dulce que los bordes de la copa.... pero, ¡cuán amargo es su fondo!

—

Para obtener la realidad del poder, los reyes deben sufrir hoy más que nunca sus fatigas y tedios: es preciso saber llevar una corona de espinas, so pena de tener una caña por cetro.

—

En revolucion nunca se ataca á realidades, sino á fantasmas.... fantasmas de reyes, fantasmas de aristocracia, cuerpos de que no queda sino la sombra.... En política nunca se echa abajo sino lo que vacila.

—

Triste cosa es decirlo, no hay ya en España hoy dia sino indivíduos; y para la defensa de las instituciones é independencia de un pueblo, nada puede reemplazar las grandes influencias políticas y religiosas. Para restablecer el órden general, nada puede hacerse con indivíduos, por numerosos que sean; en política millares de unidades nunca valen sino *cero*.

—

La antigua España tenía esas grandes influencias, y hé ahí por qué habia hecho prodigios.

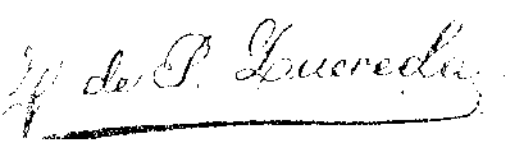
—

Hay hombres que se creen libres, porque han escrito en una hoja de papel la palabra libertad.

—

La libertad no es un cartel que se lee en una esquina: es un poder vivo que uno siente en sí, y al rededor de sí; es el genio protector del hogar doméstico, la garantía de los derechos sociales, y el primero de estos derechos.

—



Guardáos, pues, de los que os dicen: libertad, libertad, y la destruyen con sus obras.

—

Las revoluciones son engaño de muchos, para provecho de unos pocos.

—

En las revoluciones hay dos clases de gentes, los que las hacen y los que las esplotan.

—

Hay políticos un tanto sencillos que piensan hacer andar las Constituciones modernas, añadiéndoles artículos sobre artículos; pero no se las hace andar por lo que se les añade, sino mas bien por lo que se les quita, como á los globos aereostáticos.... y su destino es casi siempre parecido.

—

Con efecto, las revoluciones son como esos globos: algunos hombres se elevan en ellas con rapidez, pero no pueden dirigirlas, y para las ascensiones políticas todavía no se ha encontrado paracaidas.

—

En las revoluciones, como en medio de las tempestades, se arroja tambien lastre fuera del buque para que ande, y ese lastre es ordinariamente la religion, la moral, la justicia, las propiedades públicas y privadas, etc. El buque así alijado, camina con espantosa celeridad hácia su término...

—

El orgullo, padre de todas las revoluciones, es un vicio mucho más terrible aún en los pequeños que en los grandes, porque si induce á estos á *abusar*, impele á los otros á *destruir*.

—

Un pueblo nunca se deprava ó se corrige sino por el ejemplo de sus jefes. Es una columna de ejército que muda

de ruta, cuando la cabeza cambia de direccion, y nunca la sociedad perece sino por falta del poder encargado de conservarla.

En los dramas de las revoluciones, así como en los del teatro, hay muchas peripecias, pero un solo desenlace. Cuando el espectáculo se prolonga, los espectadores ansiosos de salir, toman frecuentemente los entreactos por el fin de la pieza, y aun los actores que mudan de uno á otro acto, al menos de traje y de papel, más ansiosos del fin que los espectadores, engáñanse en ello casi siempre. En la última catástrofe aparece el *Deus ex machina*: esto es conforme á las reglas del arte, y la grandeza del asunto exige su intervencion:

Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus.

J. de P. Lucrecio

III.

Politica cristiana.—Varios.

Todos los hombres son hermanos y tienen á su padre en el cielo. (El Padre nuestro.)

—

El que desprecia al hombre, desprecia á Dios, y no hace caso ninguno de la sangre de Jesucristo. (La Iglesia.)

—

El hombre, hijo de Dios, tiene obligaciones que cumplir para perfeccionarse y hacerse digno de tal padre: de donde nace que quien se oponga á que ejerza los derechos que le asisten para cumplir tales obligaciones, se opone al mismo Dios. (Id.)

—

Jesucristo nos dió esta ley de progreso indefinido: «sed perfectos como mi padre celestial es perfecto.» (El Evangelio.)

—

Si no amamos el reinado social de Jesucristo, caeremos en el reinado social del diablo. (La lógica.)

—

Miremos á todas partes: estamos rodeados de democracia: la democracia nos invade. Si la democracia se arrodilla ante la Cruz, como se arrodillaron los bárbaros, se salva el mundo. (La verdadera filosofía.)

—

Todos los progresos son legítimos, si se inclinan á recibir las bendiciones de Dios. (Id.)

—

Los progresos materiales contribuyen á la obra divina siempre que vaya delante de ellos el progreso moral. (Id.)

La razon del hombre ejercitándose en los términos de su jurisdiccion, es una gran cosa. (Id.)

La razon del hombre, ayudando en el órden social y moral á la propagacion y triunfo de la verdad divina, es una gran cosa. (Id.)

La razon del hombre, declarándose en el órden social y moral, independiente de la divina, no es más que un gran disolvente. (Id.)

In necesariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas. (S. Agustin.)

Quien se oponga á que el hombre hable, escriba y obre libremente en todo lo dudoso, se opone á su libertad y es enemigo del progreso. (La lógica.)

—

Toda autoridad viene de Dios. (La Biblia.)

Los Reyes no reciben su autoridad inmediata de Dios, sino mediatamente, por medio de la sociedad civil. (Los grandes jesuitas Suarez y Belarmino contra el protestante Jacobo I, y la protestante universidad de Oxford.)

No es el reino para el Rey, sino el Rey para el reino. (Santo Tomás.)

Un Rey sin consejo, no es Rey. (El venerable Palafox.)

—

Rey que no es humilde, no es Rey cristiano. (Id.)

—

Saber buscar para aconsejarse de ellos, á los hombres más rectos, más honrados y más caballeros, es la primera obligacion y la gloria principal de un Rey. (Los procuradores de Castilla en mil ocasiones.)

—

La ley es: «una disposicion de la razon, ordenada al bien comun, y promulgada por el que tiene el cuidado de la comunidad.» (Santo Tomás *contra* los liberales antiguos y modernos, que llamaban ley á la voluntad de un César ó de una mayoría.)

—

El rey cristiano debe rodearse de cuando en cuando de «los Obispos de Dios,» ó de los sábios, ó de los mayores, «para acordar con ellos las leyes que enseñan» á vivir bien y ordenadamente segund el placer de Dios é otrosi segund conviene á la buena vida de este mundo.» (El Fuero-Juzgo, Las leyes de Partida, los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia hasta el siglo pasado, y Navarra hasta el presente.)

—

No se puede imponer tributo nuevo ni recargar los antiguos sin consentimiento del pueblo. (Todos los reinos de España hasta ayer.)

—

Exigir del pueblo algun tributo sin necesidad, es robo manifiesto. (Todos ó casi todos los publicistas católicos, entre ellos el P. Marquez.)

—

No dar empleos á la virtud y á la ciencia, es despreciar la ciencia, desairar la virtud y defraudar á la patria. (Todos los que tienen conciencia.)

—

Dejar sin empleo al que lo ejerce dignamente para honrar ó beneficiar á otro aunque no sea indigno, es injusticia que fomenta la inmoralidad, y en ocasiones se puede comparar al latrocinio. (Id.)

—

Mál organizado está y no tiene buenos gobernantes el país en que falte trabajo al pobre. (Moralistas y políticos.)

—

Al hijo del pobre que esté dotado de disposicion muy aventajada, se le deben proporcionar medios, si bien modestísimos, bastantes para que pueda ascender por los caminos de la virtud y de la ciencia á las más altas dignidades, y tener parte ó influir en la gobernacion de la sociedad. (La España antigua.)

—

Amo la libertad, don de Dios, corona de los hombres, gloria de las naciones... Por eso siento aversion y asco al oir hablar de «liberalismo y parlamentarismo y juego de instituciones, y turnos de partidos, y elecciones y coaliciones.»

—

El liberalismo es principalmente el desprecio de Dios.
El cesarismo es principalmente el desprecio del hombre.

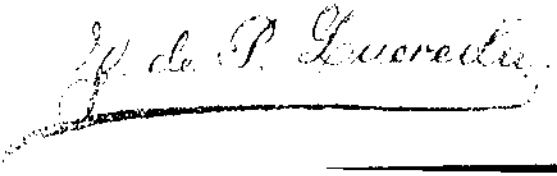
—

El parlamentarismo no es más que una farsa, que cuesta mucho, divierte poco, y corrompe muchísimo.

—

La caridad une á los hombres: el egoismo los separa.

—



La humildad es el conocimiento de la verdad respecto de nosotros mismos. Es la grandeza del hombre en Dios su padre.

—

Un rey no es más que un hombre que nace y muere como un mendigo,
Un rey es un hombre que tiene un sello divino.

—

Escoger es el gran oficio del rey: saber escoger su gloria. No se le pide más.

—

En la monarquía cristiana los que realmente gobiernan al pueblo son sus ciudadanos más virtuosos y sabios. Un rey estampa al frente de sus consejos el sello divino.
En las monarquías parlamentarias el rey es el editor responsable: quien gobierna es el número.
En aquella la razon: en estas la voluntad.

—

Desde que se proclamó la inviolabilidad de los reyes, todos los reyes han sido violados.
Desde que se proclamó la responsabilidad de los ministros, ningun ministro responde.

—

Escribí en otra parte: «Una mentira envilece á un hombre: una ley-mentira corrompe á un pueblo...»
La más soberana mentira que se conoce en el mundo, es el sistema parlamentario.

—

Cuando el sistema parlamentario se aplicó á España, el infierno se hubo de alegrar: porque es un medio maravilloso de dividir lo que está unido; de podrir lo que está sano;

de convertir un pueblo de jigantes en un pueblo de... jorobados.

—

Ese portentoso sistema supone necesariamente partidos en la nacion.

—

El partido que come se llama gobierno. Los demás se llaman *oposicion*.

—

El gobierno *hace* elecciones: y los partidos tienden á coaligarse para *deshacer* al gobierno.

—

Un gobierno triunfa soberanamente de cualquier partido por grande que este sea. La nacion siempre piensa como él.

—

Los partidos coaligados triunfan al fin de un gobierno por fuerte que parezca. Con partidos coaligados no hay gobierno posible.

—

Lo ménos malo que hay en ese sistema, son las coaliciones; y son lo ménos malo, porque la necesidad de ellas prueba la maldad del sistema, y á la postre acaba con él.

—

Si no se acaba pronto con el sistema parlamentario, el sistema parlamentario acabará con España.

—

En todo el curso de las modernas revoluciones se ha sujetado á los hombres de bien con el juramento, precisamente como se liga á los malvados con cadenas, para impedirles obrar.

—

J. M. P. Escalante

En otro tiempo los súbditos prestaban juramento al rey, y el rey á Dios; hoy dia pueblos y reyes se juran los unos á los otros: es un balance de cuenta en que á la postre nada se deben.

—

El juramento de respetar instituciones es legítimo; el de mantenerlas, indiscreto: porque las buenas se mantienen por sí sin el auxilio de los hombres, y las malas perecen á pesar de su apoyo.

—

Hoy que la familia no puede ya servir al Estado con el capital de su bien, como dice Montesquieu, y que la ruina de los particulares ha obligado á los gobiernos á asalariar largamente los empleos, es recia cosa no poder siempre distinguir en el ambicioso el deseo loable de servir á su país, del sórdido amor del dinero.

—

No es ódio lo que á los hombres ilustrados inspiran las revoluciones, sino un profundo desprecio.

—

Pasado ha para los reyes el tiempo de los placeres, y deben resignarse á no llevar ya sino una corona de espinas; una de rosas se deslizaría de su cabeza.

—

Para disolver la sociedad, bastan algunos indivíduos, cuando la autoridad les deja hacer; para restablecer en ella el poder, los indivíduos no bastan ya, por muchos, activos y determinados que sean... Así los que hacen sin cesar esta pregunta: «¿Por qué los buenos no se reunen, no obran, no conspiran como los malos?» esos no conocen al hombre ni á la sociedad. Los malos atacan á la sociedad, y siempre

hay union y fuerza en el ataque; los buenos la defienden, y la defensa ha menester siempre un jefe, que rara vez el hombre se da á sí mismo.

—

Dad en la guerra una posicion difícil de tomar á una tropa desordenada, pero impetuosa, y la posicion será tomada en un momento. Por el contrario, encargad su defensa á esa misma tropa indisciplinada y sin jefe, y nunca lo logrará. En el ataque, cada uno sabe lo que debe hacer, y todas las voluntades, y los esfuerzos todos se reunen hácia un mismo punto. Pero en la defensa, las voluntades y los esfuerzos se ven obligados á dividirse: y si quisiéramos emplear una locucion matemática, diríamos que en el ataque los esfuerzos son convergentes, y en la defensa divergentes; esta diferencia lo explica todo.

—

La más cándida inepcia que sea posible decir en política, y muy comun sin embargo, es decir: todo el mundo debiera reunirse, concertarse, etc., etc. ¡Todo el mundo!..... ¡No es pedir poco, en verdad! ¡Cómo si no fueran influencias preexistentes y generales las que reunen á los hombres! ¡Cómo si no fuese una fuerza superior manifestada por acontecimientos inesperados, por desgracias las más veces, lo que doblega todas las voluntades, cuando no tienen ya guias que las dirijan!

—

Los hombres que piden la igualdad política, engañan á los otros, ó á sí mismos.....

—

Para un ambicioso, la igualdad no es más que un alto á la mitad del camino.

—

En un gobierno que fuera todo de mano de hombre, sería siempre necesaria la mano del hombre para hacerle andar: la existencia de la sociedad y la dicha pública dependerían sobradamente de la voluntad y habilidad del hombre.

—

J. de P. Isturiz

Todo reino dividido en sí mismo será desolado, dice el gran libro de la moral pública; hay más de verdadera política y de política práctica en este pasaje del Evangelio, que en todo el espíritu de las leyes y el contrato social, con cuantos escritos políticos han visto la luz pública de sesenta años á esta parte.

—

La seguridad, la emulacion, el desarrollo pacífico de la industria, el no turbado goce de los frutos del trabajo, y sobre todo esto, la justicia y la moral pública; hé ahí los bienes que nos debe un gobierno, y que con nada pueden sustituirse.

—

He visto más bajeza, más tiranía y servidumbre en algunos dias de libertad que en muchos siglos de despotismo.

—

Dos gobiernos en el mismo Estado, el uno de hecho y el otro de derecho, constituirán el más alto grado posible de opresion política; porque los deberes, así como el poder, variarían incesantemente.

—

Una de las grandes ventajas de la herencia en el gobierno monárquico, es inspirar al príncipe tanto interés para con el Estado, como tienen los padres de familia respecto de sus patrimonios.

—

Es cosa hoy dia generalmente reconocida, que la monarquía es la forma de gobierno que más conviene á los grandes Estados.

—

Los constitucionales son papamoscas. Todos los pactos se han violado, y por más que hagan los Licurgos, se violarán siempre. Una carta no es más que un pliego de papel.

—

El pueblo es una bestia aparejada, sobre que monta el más osado ó el más fuerte.

Jamás nos hemos acercado á hombre alguno con ódio en el alma, y á los que nos sean enemigos mortales, si les viésemos caidos, les tenderíamos, compadeciendo su desgracia, nuestra mano. Pero si la desgracia exige respeto, es justo y noble combatir al crimen triunfante. ¡Derecho sagrado que sólo se atreviera á comprimir la más absurda tiranía! ¡Sagrada obligacion de los que tienen patria, de los que viva y ardientemente conservan en su corazon la fe sacrosanta de sus abuelos!

—

Quien lleve ásperamente esta noble libertad, es intolerante; quien con violencia ose impedirla, es un malvado.

—

Se mata al hombre de bien, mas su sangre es fecunda; sirve de ejemplo al mundo y de holocausto al cielo.

—

Se mata al hombre, pero no puede asesinarse á la verdad; eterna como el espíritu, triunfa al fin de las pasiones, que mueren como el cuerpo.

—

Quien bajo el imperio de las pasiones dice la verdad, es hombre verdaderamente libre.

—

El cristiano es libre. Benéfico viajero, arribado de país desconocido á nuestras playas; si ciegos le arrojamos de ellas, se embarca para la eternidad. Hijo de Dios, vuelve á su padre.

—

Piérdese ahora la voz de la verdad entre los bramidos de las pasiones; no importa, decidla. Tambien la semilla que arrojais á la tierra desaparece; pero desciende la frescura del rocío y el calor del sol, llega su tiempo, y veis admirados un árbol pomposo que os da grata sombra, bellas flores, ópimos frutos.

—

Se ha repetido hasta el fastidio: «respetad las opiniones...» Respetar á las personas, eso sí; pero en punto á opiniones, á las buenas adoptamos y defendemos, á las malas rechazamos y combatimos. Jamás respetaremos al error.

—

La verdad es intolerante, porque es una. En la eternidad sólo hay un Dios, en el cielo un sol, en un trono no caben dos reyes.

—

Há mucho tiempo se está representando en España una farsa: ¡y qué farsa! Reiríamos; mas al reir se nos aparece un espectro, que hace saltar de terror el corazon y eriza los cabellos... Está manchado de sangre... Conocemos esa sangre... ¡es la de nuestros hermanos!

—

En España á las cosas más horribles se las ha cubierto con nombres muy brillantes: mónstruos vestidos de púrpura, tanto más repugnantes cuanto más engalanados.

—

Media una profunda diferencia entre los tiempos antiguos y los nuestros: en aquellos se veian injusticias y desórdenes, es verdad; pero en estos la injusticia está sistematizada, y se ha organizado la anarquía.

—

En España no ha hecho el pueblo la revolucion: no se ha alzado éste como el de Francia, delirante, frenético, espantosamente grande. En medio del pueblo español que aún calla y sufre, hicieron la revolucion ¡cosa apénas creible! el mismo poder, y hombres que ni aun tenian fanatismo. Por ello esta revolucion, sin dejar de ser cruel, es bastarda y asquerosa; esta revolucion ha producido crímenes, pero no ha engendrado un hombre grande, ni un gran capitan, ni un gran político. Esta revolucion no pare; aborta.

—

Nosotros no tenemos ni libertad, ni justicia; tenemos justicia de partido, libertad de partido, esto es, desenfreno en algunos, esclavitud en casi todos.

—

Escribimos sin prévia censura, es verdad; pero, ¿quién asegura que este mismo escrito no esté sujeto en breve á la censura de un puñal?

—

Cuando vemos á algunos hombres que, gritando ¡viva la libertad! acusan á una muchedumbre inmensa de que la aborrece, no sabemos si reir ó si indignarnos. ¿Hay por ventura algun hombre de corazon que aspire á ser esclavo?

—

Abundan los serviles, nada más cierto. Quien tiembla ante el poder de un rey y le adula, es un servil; pero el que lisongea las pasiones de un populacho, merece el lugar de preferencia entre todos los serviles.

—

Hay en esta nacion infinitos charlatanes, pocos patricios.

—

J. de P. Larrea

Todas las cosas han bajado de precio; el de las conciencias se ha abaratado mucho: algunos venden por cuatro reales la parte que les toca de soberanía: apénas existe tan exaltado patriotismo que no se modere con un empleo; raras veces se resigna á perderlo.

—

El grave error de la época consiste en tomar por libres á los traficantes de libertad.

—

Conocemos á la verdadera libertad; hija del cielo, derrama la paz entre los hombres, modera el poder y ennoblece la obediencia. El que la lleva en el corazon, ni adula ni miente; se compadece de los infelices y socorre á los pobres: sirve á su patria y busca el premio en su conciencia; dice, en fin, la verdad á reyes y pueblos, y cuando obedece á la autoridad no se humilla ante el hombre sino ante Dios, y humillándose ante Dios, permanece grande... En cuanto á la singularísima libertad que se nos ha dado, no la conocemos; vémosla escrita en la ley, y sentimos la tiranía viviente en los que mandan. Esa libertad tampoco la conocieron nuestros abuelos; ni es cristiana ni española; nació en el cieno de París de la cópula infame del demonio con una prostituta.

—

Aquí todo es farsa, pero indigna y deplorable farsa. Hemos agotado nuestros tesoros, derramado nuestra sangre, perdido á nuestros hijos, ¿y para qué? para enviar charlatanes á las Córtes.

—

Hay una pregunta terrible, que temblará al oirla la misma Constitucion: ¿qué han hecho las Córtes?

Decidnos, ¿qué han hecho las Córtes?

¿Cuántas veces se han visto representados en los representantes de la nacion, el espíritu religioso de ésta, sus magnánimos sentimientos, su proverbial honradez?

—

El Gobierno representativo hasta aquí no ha sido más que la representacion de nuestras locuras y miserias.

El Gobierno representativo ha sido el cómplice del más duro despotismo.

—

Tiranía en nombre de la libertad, es la más horrible de las tiranías. Hiere y se mofa, persigue é impide la queja. Quejaos si no, y os dirán facciosos... ¿es posible? ¡clamais por libertad, y os ocusan de enemigos suyos!

—

La soberanía del pueblo, tal como la entienden nuestros ilustres regeneradores, es la sustitucion de la fuerza al derecho, del ateismo á Dios.

—

Cuando el pueblo no era soberano, pagaba pocas contribuciones, viajaba sin pasaporte, y dormia sin cerrar las puertas de su casa. La Religion las guardaba.

—

Ahora al pobre pueblo se le ha chupado la sangre y dejado desnudo... En cambio para engañarle se le ha puesto sobre la cabeza una corona... de espinas.

—

Dios nos envió un mensajero terrible, que vistió de luto nuestras casas, que nos arrebató de entre los brazos á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestros hijos; nosotros nos mofamos de Dios, rompimos con hacha sacrílega las puertas de su templo, bañamos con inocente sangre sus altares. Dios se apartó de nosotros... una revolucion ha sucedido á otra revolucion, la sangre se ha vertido á torrentes; nada queda en pié, todo está destruido. Y sin embargo, un rumor horrible se acerca, nueva tempestad, otra revolucion. ¿Qué quiere ese mónstruo? No tenemos sino miseria.

M. A. P. Lucero.

¿Quiere más sangre? ¿Más sangre todavía? ¡Dios mio! ¿No era ya tiempo de reposar á la sombra de la paz? ¿de olvidar nuestros estravíos, y perdonarnos nuestros errores? ¿de mirarnos como hermanos? ¿de agruparnos en torno del altar é implorar para la tierra las misericordias del cielo? ¿Qué es lo que quiere ese mónstruo? Hemos abandonado con una mirada el porvenir, y temblamos horrorizados. ¿Qué tenéis? Estais turbados todos, caen de vuestros ojos lágrimas de sangre. Sí, sí: es verdad, el dia se ennegrece, se espesan las tinieblas, estamos en un cáos... ¡Dios mio, libradnos del infierno!

—

¡Dios bueno! ¡haced que nuestros hijos no sean tan desgraciados, como nosotros lo somos!

—

Es de suyo tan hermosa la verdad, que con sólo presentarse tal cual es, se gana los corazones; y sólo encuentra que le resisten las pasiones malas y los intereses bastardos; y aun muchas veces, luchando con ellos, alcanza victoria.

—

A Satanás se le ha llamado desde el principio: el padre de la mentira. Llenos estaban de su espíritu aquellos grandes culpables, Maquiavelo y Voltaire. Maquiavelo escribió: «calumnia, que algo queda:» Voltaire decia á sus amigos: «mentid, mentid, mentid.»

El liberalismo ha levantado una estátua á Voltaire; debe otra á Maquiavelo.

—

El liberalismo es la gran herejía de los tiempos modernos; se dilata mintiendo, y reina corrompiendo.

—

El liberalismo es principalmente el desprecio de Dios; el cesarismo es principalmente el desprecio del hombre.

—

El liberalismo ama á Pombal, y acaricia á Robespierre. Lo mismo vive con un demagogo que con un déspota.

—

El liberalismo es Luzbel, ángel caido que aún conserva restos de su primitiva hermosura, y que al presentarse á los hombres cuida de taparse, para mejor engañarlos, la cicatriz de la frente. El comunismo es el mismo Luzbel; pero furioso, descubierta la cicatriz, surcada por el rayo de Dios.

—

En la bandera del liberalismo se lee: «el hombre es rey, Pontífice, Dios.» En la bandera del comunismo se lee: «incendio, asesinato, robo, violacion.»

—

Influyense mútuamente corazon y entendimiento. Mas la perversion del entendimiento es más desastrosa que la del corazon. Al fin el que anda estraviado por condescender con sus apetitos, si conoce la verdad, oye siempre una voz que condena su estravío, y ve siempre el faro luminoso que le indica el camino seguro.

—

Los que no son de Dios, aborrecen la verdad, que es de Dios. La combaten á muerte, porque ella los condena y con ella no pueden vivir, y la combaten echando sobre ella mentiras, esto es, tinieblas, para que los demás hombres no la vean, y la amen y la sigan.

—

Se ha dicho ingeniosamente que la exageracion es la mentira de las gentes honradas. Estas gentes honradas que exageran, son auxiliares, sin saberlo, de los hombres no honrados que mienten.

La exageracion no es tiniebla que mata la luz; pero es sombra que la empaña. Sabemos cuán fácil es caer en ella, pedimos que Dios nos perdone; hemos de corregirnos, por-

que nos asiste la persuasion íntima de que la exageracion presta muchas armas á los adversarios de la verdad.

—

Maquiavelo calumnia; Voltaire miente: un enjambre de simples repiten inconscientemente las calumnias y las mentiras; nosotros nos indignamos y nos defendemos, y sin saberlo, quizás exageramos. Hierve la disputa; el amor propio la encrudece; las cuestiones se embrollan; se oscurece la verdad; nos confundimos; no nos entendemos, y á veces de buena fé unos y otros estamos engañando: ¡Oh verdad, si aparecieras á los ojos del mundo tal como eres, con tu noble sencillez, con tu nativa belleza; tú te llevarías el corazon de casi todos los hombres!

Dios es verdad, y nos ha dicho: «La verdad os hará libres.» *Veritas liberabit.*

—

Lo escribiremos por centésima vez: el liberalismo ha envenenado nuestra sangre, y el parlamentarismo ha podrido nuestros huesos.

—

Lo escribiremos por centésima vez: el síntoma mortal de esta sociedad, que se disuelve, es: que hay muchos hombres de talento que todo lo ven al revés; y muchos hombres sensatos que no hacen más que simplezas; y sobre todo muchos hombres verídicos que nunca dicen la verdad.

—

En los tiempos *liberales* es cuando ha visto el mundo los grandes *serviles*.

—

Hay espíritus tontos, que por no parecer serviles, charlan como si fueran liberales; hay espíritus flacos, que por no parecer liberales, se arrastran como serviles.

—

Piense el hombre quién es su padre, y procure honrarle. Su padre es Dios; con Dios es todo; sin Dios es nada.

—

La humildad es la verdad: el hombre es grande en Dios.

—

La Religion dice al hombre: «eres polvo;» pero tambien le dice: «eres hijo de Dios.»—El hombre toca con sus piés á la tierra, pero al cielo con su cabeza.

—

Parécenos haberlo ya dicho: quien desprecia á los hombres, reo es contra la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Jesucristo murió por los hombres.

—

Regla que rara vez falsea: quien pisotea á los que están debajo, se arrodilla ante los que están arriba.

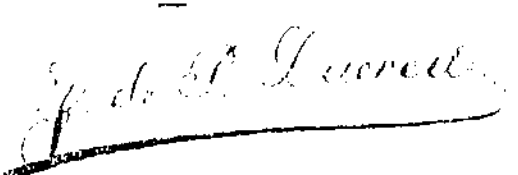
—

Esta sociedad se ha estragado con los manjares racionalistas; no recobrará sus fuerzas antiguas y su vigorosa salud, sino con el alimento católico.

—

Cuenta con no alterar el lema de nuestros abuelos: «Dios, Patria, Rey.»
Así lo escribian: «Dios, Patria, Rey.»

—



En el siglo pasado hubo hombres que creian mucho en el Rey, poco en Dios, casi nada en la Patria.

Estos realistas ayudaron á engendrar á Mirabeau y á Robespierre.

—

Porque amo la libertad, aborrezco al liberalismo.

—

El liberalismo nos ha podrido, y el parlamentarismo nos ha puesto en guerra.

Los perversos son pocos, muchos los alucinados; muchísimos los miserables; infinitos los tontos.

—

Dos personajes han hecho la revolucion que há más de ocho años va de pueblo en pueblo revolviendo, dividiendo, destrozando; y se llaman: cesarismo y liberalismo.

—

La mayor prueba de respeto al trono es decir la verdad á los reyes, cuando no se hace con la mira de granjearse una culpable popularidad con sus enemigos. Condicion es esta sin la cual no es posible ser buen ciudadano, ni hombre honrado, aun diciendo verdades útiles.

—

Hay dos estados para la sociedad y la legislacion; el estado legítimo y el legal: el primero es de Dios, el segundo del hombre. La perfeccion de la legislacion sería que todo lo que es legítimo fuera legal: y todo lo que es legal fuera legítimo.

—

Los antiguos hacian dioses de madera ó de piedra y se postraban ante la obra de sus manos. Algunos legisladores hacen leyes falsas, contrarias á la naturaleza, y póstranse ante los errores de su entendimiento.

—

Las leyes de constitucion ó fundamentales deben ser legítimas; las de administracion pueden ser solamente del estado legal.

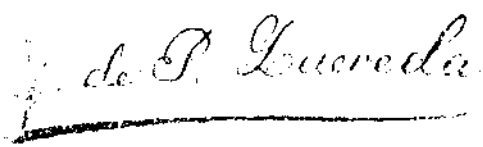
—

Grande y divina palabra: *In bono vinces malum.*

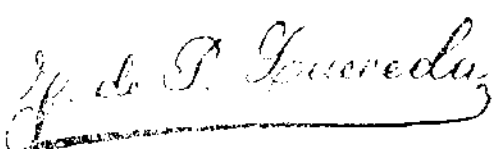
—

Vamos á la formacion de dos grandes unidades; de dos inmensos ejércitos. Los ángeles desde el cielo presenciarán atónitos la nunca vista batalla. Al frente de uno de ellos está el César, cuya voluntad es ley, que sueña sustraer al imperio de Dios el mundo bañado con sangre de Jesucristo. Al frente del otro ejército está el Papa. El Papa lleva en sus manos la Cruz del Calvario. Esa Cruz es el estandarte de la Cristiandad. Los reyes legítimos no son más que los capitanes del Papa, que le siguen, desplegadas sus banderas.

Nosotros, oscuros soldados, seguimos á esos capitanes porque ellos siguen á Jesucristo.



POESÍAS.



DOS PALABRAS.

«¡Desgraciado del que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, en vez de un apostolado social, un instrumento de elogios venales ó de impúdicas distracciones!»

Así ha dicho un autor esclarecido, considerando tiempos antiguos: ¿puede decirse otra cosa de la literatura moderna en general?

Novelas y dramas inmorales, poesías obscenas y desvergonzadas: mortífero veneno envuelto en sabrosa miel, que la juventud devora sin conocerlo, y que lleva la corrupcion hasta el corazon inocente de las vírgenes, criadas por Dios para ser vasos de virtudes: castas esposas, tiernas madres, ángeles sobre la tierra.

La literatura no es un vano pasatiempo: la novela y la poesía no tienen por único objeto esparcir el ánimo y distraerle algunos momentos de trabajos más sérios, sino que son formas que toma la buena doctrina para penetrar en el alma, singularmente de las personas que ni han hecho, ni pueden hacer profundos estudios sobre ciencias morales.

La novela y la poesía son la filosofía del vulgo: en ellas, y sólo en ellas la aprende.

J. M. G. Lacuesta

El poeta, que emite sus pensamientos en floridos versos, vistiéndolos con todas las galas del arte, es semejante al hombre que establece su cátedra en ameno y delicioso jardin que embelesa los sentidos, y atrae y predispone á escuchar sus lecciones.

Conmovido el ánimo de los oyentes por las gratas sensaciones que vienen del exterior, que son puro accidente, recibe las ideas y cree con facilidad, y el *maestro* puede levantar los espíritus á la contemplacion de lo bueno, de lo grande, de lo verdaderamente sublime, é infundirles el sentimiento de la verdad, de la justicia y hasta del heroismo; puede inculcar y gravar profundamente en los corazones los principios que ennoblecen al hombre, y restauran en él, en cierto modo, la originaria belleza de su alma.

Pero de la misma manera puede ese *profesor* apoderarse del espíritu de sus oyentes, con los halagos del arte, y despertar en ellos los apetitos sensuales, haciéndoles perder la nocion de lo bueno y de lo grande; é infundirles gustos perversos é indignas inclinaciones.

¡Desgraciado del que separa lo bello de lo bueno!

No hay duda que dispensa Dios gran merced al que hace nacer poeta; pero tambien ¡qué responsabilidad la del hombre á quien se le dió el lenguaje que llega al alma!

Acaso más que otro alguno necesita estudiar con profunda humildad y singular aplicacion la ley de Dios y su moral; pues no le crió el Señor para vivir desconocido é ignorado en el mundo, sino para que resplandezca á los ojos de todos la luz que su mano omnipotente encendió en su alma.

¡Ay del que corrompe escribiendo; porque corrompe á muchos, y mientras vive su obra, se perpetúa el mal de generacion en generacion.

Líbrenos Dios de la tentacion de coleccionar y dar á la estampa inmundas poesías; más gracias sean dadas á Dios porque ha permitido que fuésemos nosotros los encargados de sacar á luz las de un ingenio verdaderamente cristiano.

Todas sus obras están impregnadas en la más sana moral;

en todas brilla la fé pura y humilde; y las escritas á objetos religiosos respiran ese perfume de uncion y de amor divino que nunca sabe expresarse si no se siente, y que es de absoluta necesidad para que las poesías religiosas sean tales poesías.

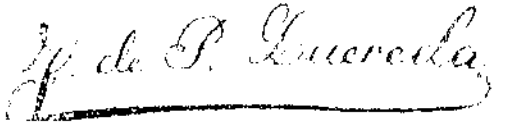
En todas las que nos ha sido posible conocer la fecha de su composicion, la hemos estampado al pié; y por ellas podrán ver los lectores, que la belleza del alma de Aparisi no fué el producto de repetidas lecciones, de largos desengaños, de azares y tribulaciones, de la experiencia, en fin; sino una belleza nativa que ya resplandecia en su infancia, puesto que adolescente era aún cuando escribia esas odas y cánticos sagrados, que no hemos creido indignos de figurar en una coleccion escogida.

En las mismas poesías eróticas, se encuentra con frecuencia máximas de severa moral, y se admira siempre al par que la viveza del sentimiento, y á veces del arrebato de la pasion, lenguaje escogido, exquisita delicadeza, decoro en las imágenes y rectitud en los pensamientos.

Despues del amor de Dios, distinguen las obras todas de Aparisi el amor á la patria y la admiracion por lo grande, lo bello, lo heróico.

Jamás prostituyó su pluma, como jamás manchó su lengua, con lisonjas ni adulaciones; y si alguna vez las circunstancias le obligaron á nombrar en sus composiciones personas contemporáneas, se ve la cuidadosa parquedad con que de ellas habla, y que, más bien que otra cosa, aprovecha la ocasion para darles buenos consejos, para presentarles altos ejemplos que imitar, y para señalarles el bien que tienen posibilidad de hacer.

Varios poetas valencianos fueron invitados á escribir una corona fúnebre dedicada á doña Virginia Dotres, hija única de un opulento banquero, muerta á la edad de quince ó diez y seis años. Mucho se resistió Aparisi á contribuir á esa obra que, mas bien que tributo póstumo dedicado á la jóven que todos conocíamos y apreciábamos por sus virtudes, podria



parecer una adulacion al hombre rico; más habiéndole comprometido, casi por fuerza, á escribir, lo hizo señalándole al padre de Virginia el único consuelo posible á su quebranto: derramar, huyendo de la ostentacion, sus beneficios sobre los pobres; sobre los hijos pequeñuelos de Dios, en frases tan tiernas y sentidas como estas:

¡Son los hijos de Dios..... Sean tus hijos!
Llámales hijos tuyos, y gozando
Inefable placer, serás dichoso:
El Dios de amor os estará mirando,
Y en el cielo, á tus ojos hoy sombrío,
Hará que aurora de ventura asome,
Pues ve el dolor que te destroza impío,
Y ve que es tuyo el pan que su hijo come.

Si en los asuntos religiosos cantados por Aparisi resplandece la inspiracion divina; si en los amorosos se ve el corazon del jóven lleno de pasion, como sólo pueden sentirla los corazones superiores; si en los elegíacos hay tanta tristeza y tan suave dulzura, en los heróicos arrebata al lector la grandeza de sus pensamientos, la verdad de los afectos, la viveza de las imágenes, la energía del lenguaje, y la frase concisa, que recuerdan á cada paso las sencillas magnificencias de la Biblia, y las más sublimes poesías de Herrera.

Por ventura desdeñó Aparisi las galas del metro y de la rima, y miró como cosa de poco valer, triunfar de las dificultades que procuran vencer los perfilados rimadores; mas no descuidó nunca la pureza del lenguaje, ni belleza alguna de las que pueden enaltecer y perpetuar la musa española... hoy un tanto esclava de la musa francesa.

Seguramente no hay ramo de literatura mas propenso á viciarse, y traspasar las reglas del buen gusto y á adulterar la lengua, que la poesía; porque si bien lo consideramos, son muchas las épocas de decadencia y estravíos por que ha pasado la musa española; más por fortuna vemos tambien escalonados en diversas épocas hombres ilustres, poetas emi-

nentes que parecen enviados por un genio protector de nuestra patria, para restablecer el gusto y la lengua, como faros colocados á distancias convenientes, para evitar que el viajero ó navegante pierdan el verdadero camino.

Consideramos á Aparisi como otro de ellos: en Aparisi vemos, en la época actual, el restaurador del buen gusto y de la lengua: un monumento levantado para recordar los buenos tiempos de la literatura, y trasmitir á la posteridad las magníficas galas del Parnaso español.

Juan Antonio Ameller.

POESÍAS ERÓTICAS.

LA DESPEDIDA (a).

Y ¡ay de mí! esta ribera encantadora,
Y esta florida selva, y verde prado,
Dejarás, ¡oh zagal desventurado!
Dejarás ¡infeliz! á tu pastora,
A tu dueño adorado.

¿Qué á mí con la ciudad? ¿Con su orgullosa
Rica pompa y soberbia á maravilla?
A mí, sólo mi dulce pastorcilla,
Bella como de Abril la fresca rosa,
Cual paloma sencilla.

A mí, nacido en choza no me agrada
La riqueza... ¡pastor soy desgraciado!...
Pero yo sólo quiero mi cayado,
Mi chocita, y pacer en la olvidada
Soledad mi ganado.

(a) Esta poesía es indudablemente una de las primeras que escribió el autor, niño todavía, cuando empezaba á formarse su gusto en la lectura de Garcilaso.
Otras del mismo género pastoril tenemos á la vista, aunque positivamente no todas las que compuso; pero tratándose de una coleccion escogida, y considerando que, como decia el mismo Aparisi, «las flautas y caramillos pasaron de moda», hanos parecido que bastaba una como muestra.

J. de P. Zaorola.

Esto le pido al cielo con fé pura,
Esto á la madre del amor le pido,
Que sea yo pastor cual siempre he sido,
Que torne á tu ribera, á mi ventura,
¡Guadalaviar florido!

¿Cuándo os veré, riberas deleitosas
Del Túria? ¿y cuándo sonará mi canto,
Que en dias más felices fué el encanto
De tiernas pastorcillas amorosas,
Y á Délia agradó tanto?

¡Hechizo de mi amor! ¡Délia inocente!
Eterno adios te dice quien te adora;
Ya no vendrás conmigo, encantadora,
Al bosque umbroso, á la apacible fuente,
Ya no vendrás, pastora.

Délia, mi dulce Délia, ¡noche y dia
Llorando estoy, llorando me consuelo!
¿Y he de morir en apartado suelo?
¡Muriera yo, más en la patria mia!
Pídeselo tú al cielo.

Adios, ¡oh pastorcilla! á quien he dado
Todo mi corazon... ¡mi bien querido!
Adios... adios, Guadalaviar florido...
Quien va á morir saluda desdichado
El lugar dó ha nacido.

MIRADLA.... DESDE LEJOS.

Cuando admiro tu gracia sobrehumana
Mí corazon el júbilo estremece
Y me manda cantar: mas al momento
A mis turbados ojos aparece
La imágen bella de tu dulce hermana,
Y veda que con cítara sonora
Ensalce otra beldad, miéntras el cielo
Nublado mira y desgraciada llora.
Mas pues lo quieres, canto: ¿Viste ¡ho musa!
A dos estrellas á la par lucientes,
Y lindas á la par dos frescas rosas?
¿A dos hermanas cándidas, graciosas,
Ciñendo iguales de laurel sus frentes?
Sus virtudes pregona
La fama, y su beldad con trompa de oro:
¿A cual de ellas concede la corona?
Una en régio decoro,
Con rubia cabellera,
Y ojos hermosos del color del cielo,
Yo no sé si del cielo ha descendido,
Angel con traje de mujer vestido.
Otra, al sol de la ardiente Andalucía,
Parece que natura
Todas sus gracias derramára en ella;
Y compendio de amor y donosura
La ve mi patria y la saluda bella.
¡Y es tan bella! Mas ¡ah! ¿Por qué en esquivo
Ceño y mohin gracioso,
Por qué muda reprendes mi osadía?
¿Puedo acaso mentir? Yo, hermana mia,
Yo cuando miro al sol, le llamo hermoso.
Cuántas veces ¡oh Dios! resplandeciendo
Bellísima entre bellas,
Como luna entre tímidas estrellas,
Ese talle admiré, que en claro dia
Las gracias sonriendo

Formaron, el pie leve,
Que si pisara flor no la ajaria.
Mas siempre huí de contemplar tus ojos,
Que mata su mirada,
Llevando corazones por despojos.
¡Ay infeliz del que te vió, y amada
Cual fiel esclavo á su gentil señora
Te rinde el alma en amoroso anhelo!
Llorará su ilusion, si ya no llora....
Quiere escalar en su locura el cielo.
Tú amaste... ¡no amarás! Amaste un dia;
Y era noble, gallardo,
Era digno de tí quien ante el ara,
De tu labio florido,
Oyó feliz el juramento santo:
Mas en noche de espanto,
¡Aún lo recuerda el pecho estremecido!
Lo arrancó de tus brazos muerte avara.
Tú diste, desgraciada, un gran gemido:
Tú con él sepultaste tus amores:
Y ahora aun en tu hermosa primavera
Armando el pecho de virtud austera,
Niegas la frente á las nupciales flores.
Sólo en grato consuelo
Fijas los ojos en tus tiernos hijos,
Los alzas solo por mirar al cielo.
Tus hijos sólo y Dios... ¡Noble señora,
Víctima y vencedora de la suerte,
Si sois de Edeta flor encantadora
Sois tambien ante Dios la mujer fuerte!
Yo os admiro: ¡admiradla!... desde lejos
El mas osado su desgracia tema
Que si del sol halagan los reflejos
Si lo mirais de frente, el sol os quema.

AMOR PURO.

A esa luna apacible
Que sonríe en el cielo,
Le pido nuevas de mi amiga fiel.
Pues que ahora ilumina
El vergel de mi patria,
¿Qué es de la flor más pura del vergel?
Junto á su móvil cuna
Descendió ángel del cielo
Y al mirarla tan bella sonrió.
De entónces con sus alas
Doradas la cobija
Y esparce en ella celestial fulgor.
Por eso á los sentidos
No infunde torpe fuego
Ni el talle esbelto ni el menudo pié.
Mas enamora al alma
El esplendor divino
Que el ojo absorto en su semblante vé.
En nacarada concha
Se esconde rica perla;
Mas ¿qué es la concha de la perla á par?
Así en tu cuerpo hermoso
Alma celeste mora
Y el cuerpo es bello, pero el alma es más.
¡Oh si me diera el cielo
Llamarte dulce hermana!
¡Si al lábio maldiciente sin temor,
Siempre á tu lado, amando
Con fraternal ternura,
Tambien gozará tu inefable amor!
¡Oh! entónces del vil sueño
En que yace sumido
Con torpe mengua el triste corazon,
Yo me alzára, y luchando
A la luz de tus ojos
Por tí llegára al bien, y por tí á Dios.

M. de P. Guerra.

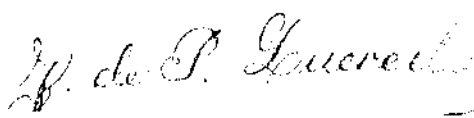
QUEJAS.

Si ví con torvos ojos
Que en clamoroso circo
Todo un pueblo admirándote aplaudió,
Si ví con rudo enojo
Que un hombre en leve danza
Con manos temerarias te estrechó,
Es porque el ángel mio
Sobre celestes nubes
Debe sólo vivir, sólo brillar;
Es porque de celosa
Rabia ardiéndome el pecho
Sentí mi corazon, ¡ay! desgarrar.
¡Te amo, te amo! En balde
Con desdeñosa risa
El culto mofas de mi fiel amor.
¿Qué importa si es mi gloria?
¿Quieres privarme de ella?
Primero has de arrancarme el corazon.
A tí te dió belleza,
A mí la negó el cielo,
Tú eres astro, yo polvo; pero yo
Siento el genio en mi alma,
Y si humillé la frente,
Al alzarla en las nubes se escondió.
Por estendidos siglos
Tu celestial belleza
Puede al son de mis cánticos vivir.
Nadie toque mi rosa,
Nadie mire mi estrella,
Luzcan estrella y rosa para mí.
Caiga seca la mano
Del que en nécio delirio
Ose ajar esa dulce y bella flor.
Ciegue el ojo que mire
El semblante del ángel...
Conténtese con ver su resplandor.

Yo triste, en medio el alma
De purísimo culto
Un ara á sus encantos consagré.
Si mi ángel está airado
No importa; de rodillas
Feliz en mi desgracia moriré.

¡PERDON!

Perdon, si mi imprudente
Palabra en triste dia
Te hirió, mujer celeste, el corazon.
Si un ¡ay! tus bellos labios,
Si tus divinos ojos
Vertieron una lágrima, perdon.
Soñé que acaso un hombre
Halagó tu mirada
¡Oh cuánto padecí! perdonamé.
Tu angélica pureza
Un sueño no mancilla,
Y fué sueño, fué sombra, nada fué.
Yo en mi nublado cielo
Ví una fulgente estrella,
Yo en el mundo desierto hallé una flor.
No la tocó mi mano,
¡Oh! nunca; mas el alma
Codició una mirada de su amor.
Con solo un pensamiento
A tu casta belleza
Jamás, luz de mi vida, profané,
En un coro de ángeles
Tan pura y más hermosa,



Te ví soñando, y pues te ví te amé.
¡Oh si en egrégia cuna
Yo nacido, en tí, vírgen,
Hubiera amado mi supremo bien!
En vez de rosas blancas
Con la corona de oro
Ciñendo, ¡oh! reina, tu brillante sien
¡Oh si tú en pobre choza
Nacida, no tan bella,
Hubieras sonreido ¡ay! á mi amor:
Y en lazo venturoso
Por los campos vagando
Yo contemplara el cielo, tú la flor!
Bajo sauce armonioso
Al son de fresca brisa
Dulce te oyera reir, dulce cantar.
O de callada luna
Al esplendor suave
En las orillas del dormido mar.

MI ESPERANZA.

Angel, entre los ángeles hermoso,
El más bello quizás es la esperanza.
Cuando crió este mundo el Dios bondoso
Vió su obra y sintiose complacido:
De su sonrisa el ángel fué nacido.
El ala verde recamada de oro,
Y por mayor decoro
Y gracia más gentil, brilla en su frente
Luz suave de eternos resplandores;
Siempre el labio sonrie dulcemente,
Siempre tiene en su mano frescas flores.
Cuando desvelos maternales mecen

Al lindo pequeñuelo
El ángel allí está.... junto á su cuna.
Cuando los claros dias se entristecen,
Y al son de tempestad, con golpe rudo,
Azota el hombre la enemiga suerte,
El ángel allí está. Cuando la muerte,
Que al romper cetro y báculo se engríe,
Abre al mortal su triste sepultura,
Aun desde el fondo el ángel le sonríe.
¿Quién no espera en el mundo? ¿quién no espera,
Si esperas tú tambien, mi bella hermana,
Y eso que para tí, dulce hechicera,
El dia sólo tiene su mañana,
El año sólo tiene primavera?
¿Qué seré yo, infeliz, á quien fortuna
Persiguió fiera y lastimó inhumana,
Desque triste gemia en pobre cuna?
Animoso, abatido,
En pié ó por tierra, mas airado y fiero,
Contra el hado en mi mal encrudecido,
Quiero esperar... y te diré qué espero.
Espero que algun dia, más piadosa,
Depuesta la esquivez del rostro bello,
Pienses alguna vez en la ternura
Inmensa con que adoro,
Más aun tu bondad que tu hermosura.
Tiene mi ángel los cabellos de oro,
Ojos azules tiene el ángel mio,
Su frente lirio blanco sin mancilla,
Sus labios fresca rosa con rocío;
Mas con ser de este cielo clara estrella,
Al verla tan suave, amable y pura,
Hasta olvido que es bella.
¡Oh cuánto la amo yo! ¡con qué ternura!
Una madre en el halda cariñosa
Aduerme al tierno hijuelo;
En él la luz del mundo y la del cielo
Toda el alma en sus ojos mira ufana...
Pues yo, yo te amo más, mi dulce hermana.
Al fin tú lo sabrás, y enternecida,
Me consagres tal vez un pensamiento,
Y así aplacado mi tenaz tormento,
Ménos triste será mi triste vida.
Ya lo sabes, mi ángel hechicero;

J. de P. Quevedo.

Angel mio, ya sabes lo que espero.
Después ¡quiéralo Dios! llegará un dia,
En que tu alma apiadada
De la eterna tristeza de la mia,
Pensarás y dirás: «Este mi hermano,
Como nadie en el mundo fiel me adora,
¡Y es mi hermano infeliz!» ¡Oh, sí, mi vida!
Al despuntar de la rosada aurora,
Al caer de la tarde adormecida,
En el silencio de la noche obscura,
Entre las sombras que el soñar figura...
¡Siempre tú en mi memoria;
Siempre en mi corazon! Dios me es testigo...
¿Qué le pido yo á Dios? ¿qué bien, qué gloria?
Vivir á par de tí, morir contigo.
Te amo, mi bien querida...
Vuelve hácia mí esos ojos que dan vida.
Y alzándolos tú al cielo
Tan puros como el cielo, más hermosos,
Con la gracia gentil que hechiza al suelo
A mí los vuelve dulces y amorosos.
A tanta dicha absorto, enagenado,
Con vigor desusado
En el pecho, y erguida la alta frente,
Otro hombre, otro ser, en nuevo mundo
Más grande, más hermoso, más fulgente,
Caeré á los piés de mi ángel hechicero...
Angel mío, ya sabes lo que espero.
¡Supremo bien, celestes alegrías!
¡Yo á los piés de mi amor; su blanca mano
Dulcemente olvidada entre las mias,
Y sus divinos ojos en mis ojos,
Y en su alma amorosa mi alma entera!
¡Y que digan que el mundo tiene abrojos!
Para nosotros sólo primavera
Y luz, y flor, y paraíso y cielo....
Hermana, amiga, esposa.... mi paloma,
Que tras delirio horrible, en mi consuelo
Con blancas alas revolando asoma;
Amiga, esposa, hermana,
Cuya casta beldad ni un pensamiento
Indigno de los ángeles profana.
¡Oh amiga, hermana mia! ¡Oh dulce esposa!
De cítara gloriosa

Al gran sonido cantaré, y el número
Destellará en mi frente luz divina.
Te diré de estos valles fresca rosa,
Te diré de este cielo blanca estrella,
Que es tan grande mi amor, cual tú hondosa,
Que es tan puro mi amor como tú bella;
Y mi cántico ardiente,
A través de la edad devoradora,
A la posteridad vencedor llega,
Y la pasmada gente
Los versos, que á tus pies escribo ahora,
Lee voraz y admira
Y ama y bendice á la bondad celeste,
Cuya sola mirada los inspira
Y envidia en tí la flor de la hermosura,
De gracia ingénua y de candor divino
A la presente edad la edad futura...
Ya lo sabes, mi ángel hechicero;
Angel mio, ya sabes lo que espero.

A.....

Esa gitana hechicera,
A quien el cielo maldiga,
Sábete, mi hermosa amiga,
Que villana te engañó:
Predijo que el casto pecho
En nuevo amor ardería;
Y la gitana mentia,
Lo sé yo, lo juro yo.
Más ¿qué digo? ¡triste! acaso
Noble, bello, deslumbrante,
A tus piés feliz amante
Logré el suspirado sí.

J. de la P. Zaragoza.

Acaso la blanca mano
Cedas á su ardiente anhelo...
¡Que no lo consienta el cielo!
Angel mio, ¿será así?
Como á ese sol que me alumbra
Sin ofensa yo te adoro,
Hermosa de trenzas de oro,
De mirar hechizador.
Pero nunca hasta tu cielo
Se alzó mi altiva mirada,
Nunca mi mano fué osada
A tocar tan bella flor.
Más la flor, mi tierna amiga,
Sólo si es pura es hermosa,
Y se deshoja la rosa
Que mano rústica ajó.
Claro y bello si está puro,
Ese cristal resplandece;
Si le empaña aliento impuro,
El cristal se oscureció.
Allá en tus dias floridos
Te ví en pompa y alegría,
Y hechizaste mis sentidos,
Pero más que amé, admiré.
En tus dias de amargura
Al pié del ara sagrada
Te ví pálida, angustiada...
¡Porque así te ví, te amé!
Desde entónces, ángel mio,
¡Ay! mi espíritu anhelante
En el mundo tu semblante
Sólo ve y oye tu voz.
Y junto á tí, y adorando
Dice en ansiosa agonía,
«Ya que no puedes ser mia,
Sé solamente de Dios.»

UN SUEÑO.

Soñé, y al dulce dueño
Unico y bello amor del alma mia
Voy á contar mi peregrino ensueño.
Ayer al mústio oscurecer del dia
En profunda tristeza
Anegóse mi espíritu, y gimiendo
Desmayó el corazon: ¡ay! recordaba
Mis esperanzas que en su flor se ajaron,
Mis ilusiones que al nacer murieron,
La pena atroz que al corazon dejaron.....
Tiniebla hallé la luz, y hallé la vida
Amarga, aborrecida,
Y en largo espacio con tristeza suma
Doblé mi frente sobre el débil pecho
A la gran pesadumbre que me abruma.
No sé al fin si piadoso ó despiadado,
Adormeció mis ojos grato sueño
Mas lo que vi soñando, aquí, á tu lado
Voy á contarte, mi adorable dueño.
Soñé que en claro dia,
Resplandeciente el sol, ameno el prado,
En vergel rico de pintadas flores
Estaba la mujer que dulce y bella
Me tiene presa el alma en sus amores.
Soñé que en torno de ella
Por admirar sus ojos vencedores
Entusiasmada juventud hervia...
Mil la cercaban, y dó el pié ponia
Con jazmines y rosas alfombraban,
Y ella dulce mirándoles reia,
Y ellos ébrios mirándola temblaban.
Y ví que á jóven de gentil figura
Tendió la blanca mano en tierno anhelo,

Y él palpitando estrecha su cintura,
Y ella sonríe, y... ¡lo consiente el cielo!
Entónces como víbora
Que pisa planta rústica;
O cual leon que rápida
Hiere flecha mortífera:
Afuera, dije, y con mirada fiera
Y grito ronco y hervorosa ira
En medio de ellos me arrojé, y ¡afuera!
¡Una vez y otras mil: que nadie llegue
Su vestido á tocar; la amo; si mira
Ojo mortal á mi deidad... que ciegue!...
Dije, y cual de potente
Mago á la voz, despareció á mis ojos
Súbito la vision, y en bosque umbrío
Que apénas alumbraba
De moribunda luna el rayo frio,
Me pareció vagar; y andaba, andaba
Aquí y allá, más sin saber á dónde,
Por soledad tan lóbrega, tan mústia
Que á los ojos da horror, al alma angustia.
Pero al fin yo la ví: como trás nubes
Soñoliento camina
El astro de la noche, á lento paso
Y dando al aire su cabello de oro,
Se acercaba hácia mí dulce y divina,
Pero llorando, la mujer que adoro.
Sobre el pecho inclinada
Mústia la hermosa frente, ántes serena,
Como de arado rústico tocada
Se inclina desmayando la azucena.
Yo me postré á sus piés: «¿ángel, qué tienes?
Estás triste, y ¿por qué? Yo soy tu amigo:
¿No me conoces ya? Yo soy tu hermano,
Soy más, porque te amo; y ¡cuán dichoso
Porque te miro aquí!... ¿Ves el desierto?
Míralo; ¡es tan ameno, tan hermoso,
Porque tú estás en él!... Y así decia;
Y el cielo relumbraba,
Y el desierto á mis ojos florecia;
Pero ella, ¡la cruel! ella callaba.
«Me mata ese silencio; hermana mia,
No me prendó tu celestial belleza,
Me prendó tu bondad: benigno el cielo

Su más graciosa luz que lo colora
Dió á tus divinos ojos, y dulzura
Tal les dió, que vencida,
De quien llegó á mirarte, el alma adora:
Pues mírame una vez y dáme vida.»
¡No me mira la ingrata! «Escucha: el cielo
En tu dulce garganta
Puso la voz de las canoras aves
Puso el murmullo de las auras suaves...
Pues bien, esos floridos
Lábios abre por fin, y una palabra
Dime sólo y hechiza mis sentidos.
¡Dime sólo «te amo!...» Y yo temblaba
¡Ay! al hablar así, y ella movia
Lánguida su cabeza, mas callaba.
Callaba. Al fin piadosa
Con tierna mansedumbre
Sus ojos melancólicos y bellos
En mí fijó, y en su divina lumbre
Yo embebecido, enamorado, ciego,
¿Qué hice, buen Dios? A sus hermosos lábios
Osé tocar, y al punto,
Desgarrándose el cielo en ronco trueno,
Yo no sé quién ni cómo palpitante
De entre mis brazos me arrancó mi amante.
Oí el largo gemido
Que lanzó la infeliz: despavorido,
Con veloz planta y congojado pecho,
Corro dó quier y llamo y busco... En tanto
Ruje el mar, tiembla el suelo, brama el viento;
Y al ver que tierra y cielo me hacen guerra
Caigo rendido á tan mortal quebranto,
Maldiciendo del cielo y de la tierra.
Despierto al fin, ó al ménos
Yo lo imagino así; mas congojado
El pecho en mortal ánsia: aliento apénas,
Como trás huracan que lo ha irritado
Aún hierve el hondo mar en sus arenas.
Con inquieta mirada
A todas partes me revuelvo, y pudo
Cobrar alguna paz el alma mia;
Sereno estaba el cielo, el valle mudo,
La ola mansa en la playa se adormia;
Sólo de cuando en cuando el dulce trino

M. de P. Quevedo.

Del ruiseñor sonaba
En medio del silencio, y lo encantaba.
Yo en medio del silencio, y con los ojos
Puestos en el azul del claro cielo
Que la mano de Dios sembró de estrellas
Nacer sentia y adormir al alma
No sé que grata bienhechora calma
Que jamás conocí... Mas ¡oh! ¡prodigio!
¿Qué ví entónces, qué ví? Musa celeste,
Cuenta lo que yo ví. Sobre la luna
Vision cual de mujer: con blanca veste
Ciñe el cuerpo gentil: las sienes bellas
No están de frescas rosas coronadas,
No, que lo están de estrellas.
La ví, la conocí, mi alma le hablaba:
«Por fin volaste de la tierra impura
Al seno de tu Dios, mujer divina,
A tu patria inmortal, ángel volviste.
Desque nací á este triste
Valle, yo te busqué; te presentia
Mi pobre corazon, mas no te hallaba,
Angel de mis ensueños, y moria.
Si es que al cielo ofendí, no puede el cielo
Ni condenarme á mí, ni á tí culparte:
Tú nunca mancillaste el casto velo,
Y yo no pude verte sin amarte.
Te amé: de amigo, hermano y madre tierna
Junto todo ese amor, aún no es el mio,
Te amé cual con amor inmenso y pío,
El ángel ama en la region eterna.»
Trémulo así decia,
Y hácia ella estendia
Mis manos, y mis ojos siempre enjutos
Se llenaron de lágrimas, y un grito
Lancé al ver que la imágen hechicera
Iba desvaneciéndose, y perdióse
En el azul de la estrellada esfera.
Este es el raro, peregrino ensueño,
Que anoche me agitó: y hoy he venido
Fiel á contar á mi adorable dueño.

EL ANGEL DE MIS SUEÑOS.

¿Quieres versos mi bien? Las frescas flores
No en las tinieblas de la noche fria,
Sólo á la luz del sol crecen lozanas;
A la luz de tus ojos vencedores
Puede sólo cantar la musa mia.
¡Ah mírame una vez! y el arpa de oro
Volverá á resonar, y ansióso el labio
Temblando te dirá, que yo te adoro.
Nunca amé sino á tí: si en mi florida
Juventud cuando el sol era tan bello,
Tan grato el sueño, tan gentil la vida,
En los halagos del amor soñaba
Créeme sólo amaba
Al fantasma ideal de la hermosura;
Que fogosa la rica fantasía
De cuanto bello existe en la natura
Formó un sér celestial, que en sueño de oro
Postrado en tierra delirante adoro.
Mas ¡ay! al adorarlo te adoraba;
Cierto que tu beldad no conocia,
Mas este corazon te presentia,
Y esta mente febril te adivinaba.
Por eso aunque á graciosas
Mujeres ví y hablé, fué sin ventura,
Así lo quiso la fortuna insana
Y no pude encontrar al ángel mio
En tierna amiga ó en querida hermana,
¡Que me perdone Dios! Quedó vacío
Mi triste corazon, y yo moria,
Que al ángel de mis sueños no veía.
Y ese ángel eras tú. Pálido, triste,
Para el placer y la esperanza muerto.
Contemplé el mundo, y lo encontré desierto;
Dije, «¡Si fuera dado
De aqueste cieno inmundo

J. de P. Lacreda

Desprenderme y volar, y en las alturas
¡Ah! dilatar mi corazon ardiente,
Que no cabe en mi pecho ni en el mundo,
Por el seno de Dios!» Y así soñando
En ilusion divina
Trás la dicha fugaz alcé mi vuelo;
Mas débil y mezquina
No pudo el alma remontarse al cielo.
¿Y sabes tú por qué? porque el aliento
Me faltó, y yo moria,
Que al ángel de mis sueños no veía.
Y ese ángel eras tú. Mi alma agitada
Maldijo en su agonía
La noche en que arrojado con gemido
Fuí al mundo. ¡Noche horrible!
Las flores para mí fueron abrojos,
Oscura niebla el esplendor florido,
Llanto miraron donde quier mis ojos,
De hiel nutrióse el corazon herido.
¡Ah! maldecido sea, maldecido
El dia en que nací! Y así decia
¿Tú no sabes por qué? Porque infelice
Al ángel de mis sueños no veía.
Pero al fin yo la ví: yo ví esta tierra
Arida y triste convertirse en cielo:
Yo te ví, y aquí estás, que en grato anhelo
En medio el corazon guardo tu imágen;
¡Oh! ¡imágen que soñé graciosa y bella!
El color puro de la fresca rosa,
El tierno brillo de la blanca estrella,
Lucían en tu faz, mujer ó diosa,
Desde aquel punto con tenaz deseo
Por las plazas y calles
Con planta rapidísima vagaba;
Y volaba al soberbio coliseo,
Y corría de Edeta á los jardines;
Feliz mil veces si á mirar de léjos
Llegaba el leve pié, el esbelto talle
O de tus dulces ojos los reflejos.
Trémulo entónces, y en mi dicha ansioso,
En tí me embelesaba, en ti vivia.
¿No sabes tú por qué? Porque dichoso
Al ángel de mis sueños ya veía.
Desde entónces viví, no alegre, triste,

Mas viví: el alma de mi alma fuiste,
Llenó tu dulce nombre mi memoria,
Llenó mi corazon tu bella imágen,
Te vi en la dicha, te admiré en la gloria...
Después para tí el cielo, ántes sereno,
Se nubló pavoroso, y suerte impía
A tan bella y celeste criatura
El cáliz del dolor presentó lleno.
Tú, mujer, apuraste su amargura;
Mas tu hermano, tu amigo,
Tu amante, sí, tu amante
Contigo se indignó, gimió contigo;
Te amó con doble ardor; mas á tu pura
Beldad no mancilló su pensamiento:
Quien jamás ha mentido te lo jura.
Su ambicion era sólo una mirada
Y esa mirada conseguir no pudo,
Que Dios tiene su alma aprisionada
Bajo humilde esterior mísero y rudo.
Por eso tú, bellísima, en mi triste,
Ni aun pusiste los ojos;
Angel de mis ensueños, no me viste.
Después, ó la desgracia ó la fortuna
Me trajo aquí á tu hogar, aquí á tu lado,
Porque escuchára de tu voz divina
El eco regalado
Que en medio el alma deleitoso suena.
No es así dulce el ruiseñor que trina,
O entre dorada arena
Murmullando la fuente cristalina.
En tu labio florido
El habla de las musas se embellece,
De él brota vencedor célico canto.
Aquí á tus piés, absorto, embebecido,
En todo, hermosa mia,
En las mudas paredes hallo encanto,
Porque alientas tú aquí; porque está el cielo
Donde tú estás .. mas ¡ah! soy desgraciado;
A su amador humilde
El ángel de mis sueños no ha mirado.
Mas él, él está aquí... ¡cielo! y le miro;
Y el aire que respira yo respiro;
Y á mis sentidos de placer encienden
Sus bellos ojos que al mirar fascinan,

Sus dulces labios que al reir me prenden.
¡Oh! Todo hermosa y hechicera! Al verte
Veo mi ángel, mi ilusion querida,
¡Inclínate hácia mí; que me das vida!....
¡No huyas de mí, me dejarás la muerte!
Sé mi genio, mi bien; y grande el alma
Por tí en osado vuelo
Abarcará la redondez del mundo
Y medirá la inmensidad del cielo.
Te amo, te amo; pero tú... ¡insensato!
¿Qué pronuncio? ¿qué sueño? Delirante
Pongo á sus piés el corazon amante
Y con cruel sonrisa
El ángel de mis sueños ¡ay! lo pisa.

EL ANGEL MIO.

¡Angel, cuánto has tardado! Te esperaba
Há mucho tiempo. Al alma en su agonía
No brindaron las flores su hermosura,
Ni paz el sueño, ni esplendor el dia.
He vivido, muriendo, en noche oscura,
Y contino decia:
«¿Dónde está la que en plácida dulzura
Y en secreto consuelo,
Embalsamaba mi dolor impío?»
Mas ya ha vuelto ¡Oh, placer! ¡Gracias al Cielo!
Pero mucho ha tardado el ángel mio.
¡Ay! hubo un tiempo en que los torvos ojos

Al Cielo alcé indignado,
Y con rabia infinita
Y con lábio blasfemo
A la hora en que nací, dije «maldita.»
Entónces fué: con mi enemiga suerte
De reluchar cansado
Fiero y á gritos invoqué la muerte;
Mas ¡ah! serena en esplendor dorado,
Como tras noche oscura blanca aurora.
Mi celeste vision pasó riendo,
Pasó, la ví; tras ella
Corrí anhelante por besar al menos
Donde estampaba su divina huella.
La ví, la amé, rendíla mi albedrío;
Mas al instante desplegó las alas
Y remontóse al Cielo el ángel mio.
Quedó el mundo en tinieblas y desierto
Y fué mi vida agonizar amargo,
Encontré su camino áspero y largo,
Sin una brisa á la cansada frente,
Sin un consuelo al corazon doliente.
¡El oro!... ¿Mas el oro da alegría?
¡La gloria...! ¿Y qué me importa á mí la gloria?
¿Y qué me importa ante el imbécil mundo,
Todo entero morir en sólo un dia,
O por siglos vivir en su memoria?
Humo, fantasmas, nada: ¡vida, vida,
Quiero yo, y aire y luz, y amor yo quiero!
Vuelva y sonria mi ilusion perdida,
Vuelva y brille á mis ojos mi lucero...
Y ha vuelto, y ya sonrie, y ya me alumbra
Y ya se aplaca mi dolor impío...
Pero mucho ha tardado el ángel mio.
No sé si es tiempo aún... Si tu mirada
De entre ceniza helada
Hará brotar la llama creadora:
No sé si nueva vida
Podrás dar al que herido
Está en el corazon, ¡ay! de amargura
Há muchos años y de hiel nutrido.
Sólo sé que dó quiera
Ansioso vuelvo los cansados ojos,
Donde otros clara luz, flor hechicera,
Yo sólo alcanzo á ver nieblas y abrojos.

J. de D. Guerra.

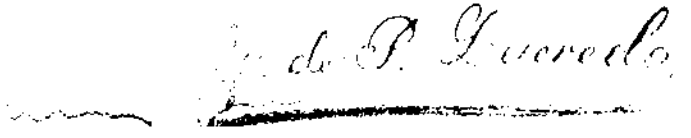
Volverá la graciosa primavera,
Y mi antigua alegría
No volverá; renacerán las flores
Al rojo despuntar del bello dia,
Y quizá yo infeliz entre dolores
Aún viviré en mi noche de agonía.
Ya ves, soy desgraciado;
No me huyas, por piedad, mi ángel amado.
Y ¿qué será? Sin duda
Dios me arroja de sí, Dios me condena.
¡Ay! ¿qué hice yo para crudeza tanta?
La vida con su peso ya me abruma,
La eternidad con su terror me espanta.
¡Miserable de mí! Yo extraviado
Por selva oscura en solitaria noche
Vagueo entre sus pávidas tinieblas,
Y si de horror y de impaciencia lleno
Precipito mi pié, fiero me arredra
Allá á lo lejos retumbando el trueno,
La tierra adversa, el Cielo encapotado...
Mas no, que entre sus sombras ví una estrella:
Una no más, pero ¡tan dulce y bella!...
¡Ah! no me dejes, no, mi ángel amado.
¡Por piedad! ya no soy quien otros dias,
Tras locas alegrías
Corrió afanoso con pasion insana;
Ya no soy, no, quien codiciaba ciego
Tiernas caricias de beldad liviana.
Estinguióse en mi pecho el torpe fuego,
Quedó en él gran vacío,
Y en su fondo el dolor... ¡Oh! si pluguiera
A mi amiga, á mi hermana, al ángel mio,
Una ara le erigiera
En medio el corazon, y yo le juro
Que al rendir culto á su beldad preciada
Sería pura siempre la mirada,
Pura la voz, y el pensamiento puro.
Mas ¿qué digo? Quizá busco insensato
Por ahogar el dolor que me consume
Desventura mayor, mayor tormento...
Y, ¿qué importa? Angel mio, ven, derrama
En este corazon, que por tí alienta,
De tu virtud el celestial perfume
Y de tu casto amor la noble llama.

Tal vez ¡quiéralo Dios! con santo anhelo
Recobre el corazon purificado
Valor, la alma virtud, la mente vuelo.
Tal vez deba á mi ángel adorado
Dar un nombre á mi patria, una alma al Cielo.

Á D. TOMÁS VILLARROYA,

autor de una hermosísima cancion en lengua valenciana á la Sra. Doña Antonia de Montenegro.

Tu cancion fué una flor, mi dulce amigo:
Dijo á mi corazon tu poesía
Cuán hermosa es el habla de mi madre:
La que hechizó mi oido
Allá en la infancia mia,
Cuando la sien sobre el materno seno
Reclinando, quedábame dormido.
Mas ¡ah! tambien es dulce á maravilla
El arpa de Castilla:
Tu mano delicada
La haria suspirar plácidos sones
Que amarian sensibles corazones.
No lo haré yo, no, no; me fué negada
La lengua del amor, con que apacible
El tierno Garcilaso en valle ameno
Cantaba el lamentar de dos pastores,



Y á Flerida contaba, más sabrosa,
Más que la fruta del cercado ajeno:
¡Oh! si el Cielo me diese acento blando
Cual murmullo de céfiro entre rosas!
Yo cantaría entónces, y cantando
Los sueños pintaría de la infancia;
Mi vida asemejada al arroyuelo
Que va ignorado en el secreto valle
Mas se desliza por florido suelo:
De vírgen pura el ruboroso velo;
Y el primer sueño de inocente esposa;
Y el amor inefable, excelso, pio
De una madre que al dulce pequeñuelo
Besa y dice besándole: ¡hijo mio!
Y tambien cantaría
A esa mujer que á embelesar el mundo
Ha robado del Cielo la armonía;
Y ya semeja á ruiseñor que sabe
Hechizar el silencio de la noche
De blanca luna al esplendor suave;
Ya semeja á magnífico torrente
Que de empinada cumbre
Cae al valle espumoso y resonando;
Mas ora en tono enérgico, ora en blando,
Hermosa vencedora,
Siempre al alma arrebata y enamora;
Ella cual sol en el desierto Cielo
Campea sin rival; pero la estrella
Del amor es hermosa; y de la luna
La dulce palidez tambien es bella.
Por eso á par de tí, mujer divina,
Alza su tierna frente
Que ciñe de laurel, la vírgen pura
De cuya voz al corazon es dado
Sentir mas no espresar ¡ay! la dulzura,
Oid: en fresca noche de verano
En valle hermoso bajo hermoso cielo,
Yo sobre fresco césped reposaba
Y veia lucir á las estrellas
En suave esplendor, y á blanca luna
Silenciosa reir en medio de ellas.
Mi alma en dulce paz se recreaba;
Cuando llevóme el suspirar del viento
De flauta querellosa

Melodioso gemido
Que á todo el valle embelesó dormido,
Dije entonce estasiado: «la querella
De flauta ¡oh cuánto es dulce! y digo ahora:
Aun es más dulce el canto de esa bella...»
Mas tú, dulce poeta, á quien el cielo
Dió hechicero laud, y lengua de oro,
A esas hermosas canta en noble anhelo;
Cántalas; yo te cedo la armoniosa
Lira, que amor corona sonriendo
De verde lauro y blanco lirio... y rosa.
Cántalas, que á decir yo sus loores
No nací, no; las flores son hermosas...
Voy á tocarlas yo... se ajan las flores.
Pero alzaré mi voz, musas celestes:
Vosotras que las frentes virginales
Ceñís encantadoras de azucenas;
Vosotras que de míseros mortales
Al son del arpa embelesais las penas,
Dadme una lira; dádmela... Mas ¡cielos!
Esta pálida frente
Este cansado pecho
Y el corazon que sin vigor suspira,
Me muestran un sepulcro y no una lira.
¡Ah, Dios! ¿y qué se han hecho
Los bellos dias de mi Abril ferviente
Que arrojo y noble orgullo dió á mi frente
Y esperanza magnífica á mi pecho?
¡Qué se han hecho, gran Dios! Si á arder volviere
La noble llama, que abrasóme un dia
Aquí en mi corazon, sublime canto
Alzára yo; mas no codiciaría
La voz de cisne y cítara de flores.
No: de entusiasmo omnipotente lleno
Yo os pediría ¡oh musas! voz de trueno
Y arpa de escelso y vencedor sonido,
Que por siglos y pueblos estendido
Diera á la eternidad grandes varones,
É ilustrara en su tumba á las naciones.
Esa es mi lira: dádmela, yo luego
Sobre carro de fuego
Triunfando volaría: águila altiva
Que alzó del Andes hasta el sol su vuelo.
Alzó y despareció: rayo luciente

M. de P. Saavedra.

Que al brillar en la nube, humea el suelo.
Dádmela y volaré. Y á faz del cielo
Y en un campo de luz saciada el alma,
Libre mi corazon, á Dios que es santo,
A Dios que alas da al rayo, voz al trueno,
Luz esplendente al sol, diré en mi canto.

Abril 1842.

POESÍAS FILOSÓFICAS.

A.....

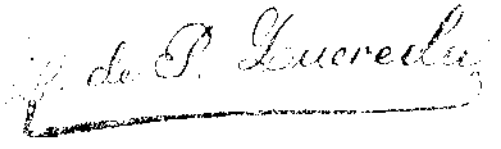
Persuadiéndola que sólo en la soledad de un cláustro podria hallar la felicidad de la vida y la paz del alma.

¡Hermana! al contemplar tu rostro hermoso
En lágrimas bañado noche y dia
Digo: El nombre de madre es delicioso;
Y á mi pecho estrechando yo á la mia,
De purísimo amor en el esceso
El corazon me tiembla de alegría.
Si es dulce su mirada ¡oh cuánto el beso!
Sólo, hermana, tu imágen enlutada
Viene á turbar mi plácido embeleso;
Pues yo te miro pálida, asombrada,
Vaguear tristemente silenciosa
Al ver mústia y vacía tu morada.
Ni á serenar tu lloro es poderosa
Tu hermana, ni sus niñas tiernecitas
Que te cercan con risa bulliciosa;
O estendiendo sus blancas manecitas
A su madre, pregúntanla su pena;
Tú las ves, y llorando tú palpitas.
¿A dónde está quien de caricias llena
Tiernísima halagándote, besaba
Esa frente ora mústia, antes serena?
¡O muerte, muerte de espantosa aljaba!

J. de P. Lucrecio

¿Veis cipreses erguidos tristemente?
Pues á su sombra duerme quien la amaba.
Vuela, hermana, en la faz y alma doliente;
Vuela, fúnebres flores codiciando
Esparcir en su tumba, y lloro ardiente.
Y los ojos con lágrimas brillando
Alza á los cielos, y en piadosa instancia
Ruega para tu madre alivio blando.
Que ella guardó los sueños de tu infancia,
Y te halagaba en plácido desvelo
Con besos para tí de alma fragancia.
Mucho te amaba, hermana: ella en su anhelo,
En tí viendo á su esposo, enderezaba
Tu jóven planta en el amor del Cielo.
Eras modesto lirio que se alzaba
Riendo en fresco valle y escondido,
Y de los cielos el amor robaba.
¿Dónde tu apoyo tierno y bien querido?
¿Cómo ya no te halaga cual un dia?
¿Angel consolador, dónde eres ido?
¿Y al lirio que en secreto florecía
Quién hoy le cuidará, hoy que resuena
La grande voz de tempestad sombría?
Ese talle, ese andar, esa serena
Mirada y faz dó lucen confundidas,
Graciosamente rosa y azucena,
Orígen son de lágrimas crecidas.
En tropel ciego juventud liviana
Te devora á miradas encendidas,
Y enloquecerte anhelan... ¡Ay si ufana
De su voz fementida á la blandura
Buscas dolor sin fin trás dicha vana!
¿Dó tu madre tiernísima, y no cura
La delicada flor, sí encantadora,
Que sólo intacta guarda su hermosura?
¡Ay, infeliz, si el mundo te enamora
Con su brillante juventud!... Un velo
Cubrirá la verdad que esplende ahora.
Tú soñarás vagar por almo suelo
Rico en aves y en plantas aromosas
De aire apacible, de gracioso cielo:
Dó auras amantes de purpúreas rosas
Suspiran, esparciendo los olores,
Refrescando las sombras misteriosas.

Allí ligeras danzas, allí amores
Livianos bebe juventud, ¡ay! ciega,
Coronando la sien de breves flores.
Huye, hermana infeliz; el tiempo llega:
Muere la voz de las pintadas aves,
Céfiros, danzas; la encantada vega
Es ya desierto horrible... ¿y tú no sabes
Que en el alma una pena que no muere
Sigue horrorosa á los deleites suaves?
Venturosa la vírgen que prefiere
Sacrificar al Cielo su belleza,
Y en santa soledad sus gozos quiere.
¡Ah! ¿no me dices qué inmortal tristeza
Vive en tí, y una voz desconocida
Te encarece de Dios bondad y alteza?
Pues es voz del Señor que te convida
Y ofrécete amorosa nupcial velo,
Y su amor mas precioso que la vida.
Obedece, tu amor será del Cielo;
Amor que todo es paz; yo doy que llores,
Pero lágrimas hay que dan consuelo.
Tú ensalzarás del dia en los albores,
Tan casta y pura como luz temprana,
Al Dios que santifica los dolores.
A quien presta á los cielos nieve y grana,
Y viste al valle de oloroso acanto,
Y de rosas corona á la mañana.
Y al desplegar su silencioso manto
La sosegada noche en tu inocencia
Alzarás manos puras á Dios santo.
No temerás del mundo la demencia,
No aleve rebelion de los sentidos;
Pues que te escuda celestial clemencia.
Tus ojos gratamente adormecidos
Serán ¡oh vírgen! y en vision hermosa
Al alma hechizarán sueños floridos.
¡Hermana! ¿y aún vacilas? tierna rosa,
Ciérrate en tu capullo; con anhelo
Huye ¡oh paloma! la tormenta odiosa:
Vuela, y busca la paz cerca del Cielo.



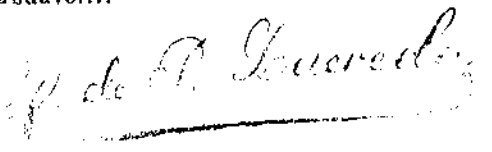
A D. JUAN ANTONIO PEREZ,

en recuerdo de su malograda esposa, doña Josefa Morera, la cual murió al año de casada al dar la vida á su primer hijo.

ELEGIA.

Quieres, amigo, que con faz llorosa
Visite y cubra de apacibles flores
La losa del sepulcro,
A dó tu amada, y tierna, y dulce esposa
Llevó y guarda consigo tus amores.
Aquel ángel hermoso
A par de quien tu vida
Fué un sueño delicioso,
A quien tu lábio de contínuo nombra,
Con lágrimas de amor rindiendo el alma
Eterno culto á su adorable sombra.
¿Mas por qué anhelas irritar la llaga?
Me dices que te halaga
Su memoria apacible; tú me dices
Que en recordar su imágen hay consuelo,
Y consuelo en llorar los infelices.
Pues llora tú, ¡infeliz! llora á la estrella
Que embellecia al valenciano cielo:
Yo la ví, y aunque amaba, la ví bella,
Y una vez en su honor sonó la lira
Que por mi Délia suspiró y suspira.
A maravilla hermosa
Hechizaba sensibles corazones,
En su faz lirio blanco, ardiente rosa,
En sus lábios de rosa dulces sones,
Y almo rubor velaba
Sus gracias inocentes,

Y ojos negros dó amor centelleaba.
Y ved que falleció purpúrea rosa
En su esplendor temprano,
Y suavemente se inclinó hácia el suelo
Del mismo peso de su fruta hermosa
Ternezuelo manzano.
¡Oh noche desastrosa! ¡oh negro dia!
Un año apenas que el amor triunfaba,
Y roncos alaridos de agonía
Ya una campana horrísona lanzaba.
Yo al templo enderezaba
Mis pasos desmayados,
Y entré en él.... De las hachas funerales
Al trémulo esplendor allí dormía
Su sueño una mujer, y aparecía
La huella de dolores maternales
En sus ojos sin luz, y frente fria.
¿Y es esa la mujer que te dió el cielo?
¿A embalsamar suave tus dolores,
A embellecer angélica tus dias?
¿Es esa la mujer á quien ceñías
En lecho que velaban los amores?
¡Lecho ya solitario; dó himeneo
Esparció sollozando breves flores!
¡Ayer ví amor en tí, y hoy muerte veo!
Tu corazon amaba su inocencia
¡Oh mi amigo infeliz! y su ternura
Modesta, y su candor, y virtud pura,
Brillaba en la florida adolescencia
Cuando en visiones de oro
Te la ofreció el amor, rico tesoro
Para tí de celestes alegrías;
¿No recuerdas qué dias?
¡Dias hermosos de tu Abril florido!
Mas bramó el huracan ¡ay! y las flores
Y los dulces amores ¿dó se han ido?
Tú la mirabas con süave anhelo
Y te miraba en delicioso encanto,
Y era vuestro placer, placer del Cielo.
Y confundia amor en llama ardiente
Vuestros dos corazones,
Y olvidar os hacia dulcemente
Las horas con graciosas ilusiones
Y embriaguez süave....



Quien no amó, no lo sabe.
¡Ah, triste amigo! cuando á par de aquella
Que en mi alma tiernísimo yo adoro,
La faz nevada y los cabellos de oro
Contemplo, y su alma candorosa y bella
Me embelesa el placer.... mas, ¡triste amigo!
Pienso en tí al punto, y me estremezco, y lloro.
Y recuerdo el gran dia esclarecido,
Y aquella noche hermosa
En que de alegre música al sonido
Y al esplendor de lámpara olorosa,
El gozo y la algazara rebullian
En tu mansion... Tus padres, tus amigos,
Allí... ¡todos reian!...
Y ¡tristes! no veian
Tras ricas galas, mortuorio paño
Y enlutado ataúd.... Luz deleitosa
Las antorchas nupciales derramaban,
Y dos almas de amores abrasaban.
Tú solo ¡oh cuán feliz! viste á la esposa,
Tu esposa solo á tí... Y ¡ay! ¿quién dijera
Que un sepulcro se abria ya, que infando
De tus brazos el ángel arrancando
Devorára su hermosa primavera?
Llegó una noche horrible... hubo silencio
En tu estancia, profundo: luz dudosa
Luchaba con las sombras... y tú en huella
Trémula y pecho palpitante, al lecho
¡Ay! lentamente te acercabas... y ella
¿Lo recuerdas, amigo? te miraba
Amando en la agonía,
Y en tus brazos dejaba
La prenda del amor, por quien moria.
Y dió un suspiro, y con amante anhelo,
Llevándose tu imágen al sepulcro,
Perdió la hermosa luz del claro cielo.
Tú despertaste ¡ay triste! y la asombrada
Vista revuelves pálido,
Y estaba ya vacía tu morada.....
¡Y para siempre! ¡ah! llora,
Que bien debes llorar... El Dios del Cielo
Que ama de padre el inefable nombre,
Dulcificó las lágrimas del hombre,
Y en el mismo dolor cifró el consuelo.

De entónces, caro amigo, ya no vives
Para gozos suaves: de contino
A la adorable esposa
El corazon sus lágrimas tributa;
Si oyes himno nupcial, en él percibes
Voz de muerte: festines de alegría,
Una sombra á tus ojos los enluta,
¡Ay, ay! que tu mansion está vacía!
¡Ay, ay! que blanca mano
No brillará sobre el marfil luciente
De armónico piano,
Ni volverás la frente conmovido
Al son dulce de voz, que aún hechicera
Suena en tu corazon, más no en tu oido.
¡Terrible soledad! tú por la estancia
Desierta y muda atónito vagueas
En horrible silencio sumergido,
O dejando caer la frente mústia
Entre las manos trémulas,
Lanzas un ¡ay! de abrumadora angustia.
¡Terrible soledad!... ¡si apareciera!
Por un instante la mujer hermosa
¡Que amó tu corazon!... ¡sólo un instante!
Si tú con brazos ávidos amante
La estrecháras clamando: ¡*esposa*, *esposa*!—
Huye, ciega ilusion y amarga... ¡huye!
No hay en muerte esperanza, y el sepulcro,
Presa que devoró, no restituye...
¡Terrible soledad!—¿Más quién su risa
Hechicera y sus ayes de alegría
Viene ahora á mezclar á tu agonía?
Él es, él es: tu hermoso pequeñuelo:
Héle ahí; en su mirada,
En su semblante y voz vive tu amada.
¡Ah! tendiendo sus blancas manecitas,
Con risas de inocencia encantadoras,
Abraza las rodillas de su padre;
Mírale; te pregunta ¿por qué lloras?...
Díme, inocente niño: ¿tienes madre?
¡Ah, pobre niño! que en la tierna infancia
No halagó á tu semblante el encendido
Beso de madre, ni arrulló á tu oido
La materna cancion, y al eco blando
Te adormiste, la frente

M. de P. Gaceda

Sobre el seno amoroso reclinando!
Amale, amigo, y con amor ardiente;
Muéstrale que en el alma
Para él abrigas maternal ternura.
Si alguna vez pregunta el inocente
¿Quién fué su madre? ¿dónde está? y suspira,
Tú llorarás tambien; mas dulcemente
Amigo, llorarás; que no abandona
A su esposo y su hijo, esposa y madre,
Que hoy bella ciñe espléndida corona.
No; que el cielo eterniza los amores,
No; que el cielo sus ángeles envia
Al triste mundo á consolar dolores.
¿Qué no viste jamás en dulces sueños,
De flor ceñida y luminosa veste
Descender hácia tí vision celeste?
¿Qué en medio de tus sueños no sentiste
O ya dulzura triste,
O bálsamo que engendra amable calma?
Pues te aparece, y te consuela, y vive,
Contigo el ángel que adoró tu alma;
Y espera aquel instante
A la virtud hermoso, y al hermoso
Lecho de muerte seguirá... y su velo
Tu alma rompiendo, en lazo misterioso
Amando unidos, volareis al cielo.

AL SEÑOR D. GASPAR DOTRES

en la muerte de su hija.

Raquel plorans filios suos, et non vult consolari, quia non sunt. (JEREMIAS.)

—

Venid, benditos de mi padre... porque tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber... estaba desnudo y me cubristeis: enfermo y me visitásteis.....

Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer: ó sediento y te dimos de beber?...

En verdad os digo, que en cuanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis.

(EVANGELIO DE S. MATEO.)

ELEGIA.

La he visto: á la que ayer gentil reia
Coronada la sien de frescas flores,
Hoy bajo santa bóveda enlutada
La he visto inmoble, helada,
De mil antorchas lúgubres al triste
Vacilante esplendor. ¡Ay! una estrella
Despareció del valenciano cielo:
Miradla: muerta está, y aún está bella;
Cual rosa purpurina
Que agosta ardiente sol, y mústia al suelo
Y sin color y lánguida se inclina;
Ella perdió su púrpura olorosa,
Mas aún decimos al mirarla: «es rosa.»
La he visto, y he temblado

Mudo pensando en el supremo instante
En que dió el alma á Dios con gran gemido;
Y en aquel delirante
Grito desesperado,
Que de sus padres arrojó el amante
Corazon desgarrado.
Yo tambien sé de lágrimas... tenia
Una hija, mi amor, bella á mis ojos
Como es bella la luz del claro cielo.
¡Ay! y la muerte avara
En desastroso dia
De en medio el corazon me la robára!
Llevóse la mitad del alma mia.
Yo tambien sé de lágrimas... Ahora,
Infeliz á infelices,
Quiero ofrecer en su dolor consuelo,
Quiero enjugar su lastimero lloro;
Mas ¡ay! á quien perdiera ese tesoro,
¿Quién podrá consolar, sino es el cielo?
El mundo no... Decid, ¿qué vale el oro?
¿Hará callar por suerte
Hará callar la funeral campana,
En cuya voz asómbranos la muerte?
Doy, que en régio decoro
Sobre pluma mullida
Brilles en coche volador... contigo
Irá la pena al corazon asida.
Doy, que, rey del festin, solo aromosa
Aura aspires, tu oido
Embelesando música armoniosa;
¿Y qué al fin? Embriaga
Un momento, no más, placer mentido;
¡Pero curar del corazon la llaga
Eso no, eso jamás! Triste y hastiado
Volverás á tu hogar con el silencio
Que en él dejó la muerte, aún asombrado.
¡Asombrado, vacío! ¿Dó está aquella
Que niña se adormia en móvil cuna
De materna cancion al eco blando,
Mientras que silencioso, lentamente
Te acercabas, dejando
Tímido beso en su nevada frente?
¿Dónde la que después ya vagueaba
Con planta incierta por tu hogar, y á veces

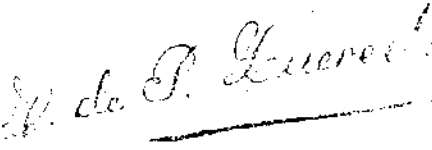
A tus rodillas trémula se asía,
Y tu nombre festiva pronunciaba,
Y hechicera mirándote reia?
¿Dó la que en gracias y en virtud creciendo
De la encantada vida
Al despuntar la dulce primavera,
Brillaba como brilla ruborosa
Al abrir su capullo fresca rosa?
Y tú feliz al verla,
En bello cuerpo espíritu aun más bello
Como en rico joyel fúlgida perla,
Bendecías á Dios, mientra en secreto
Júbilo de su madre palpitaba
El amoroso corazon... ¡Ah! ¿En dónde
Está la tierna, la gentil Virginia,
Que á la voz de sus padres no responde?
Vivió... lo que una flor; pasó cual sombra:
Y del oro y poder en vano, en vano
Al dolor inhumano
Alivio espera el ánima afligida.
Sólo el buen Dios lo da; sólo el que hiere
Sabe el secreto de curar la herida.
¿Qué es el instante que llamamos vida?
Relámpago fugaz que luce y muere.
Por áspero camino
Encorvados, gimiendo
Con pié cansado andamos, y los ojos
Por una flor que ven, ven mil abrojos.
¡Feliz tu hija adorada!
Antes, ¡ay! de sentirse fatigada
Del polvo vil y del calor ardiente,
Junto al murmullo de apacible fuente
Adormecióse en sombra regalada.
Antes ¡ay! de sentir su rudo estrago,
Sólo al rumor de tempestad vecina,
Tu inocente paloma
Tendió las blancas alas, y con vuelo
Rápido, hendiendo la region de muerte,
Fué á reposar en la region del cielo.
Dó jamás anochece
El sereno esplendor de lumbre pura,
Donde florece eterna primavera,
Allí, en coro de vírgenes hermosas
Cubierta de nevada vestidura,

J. de P. Zurreda

La sien ceñida de eternales rosas
Virginia resplandece.
Angel que huellas la celeste altura,
¿Qué á tus ojos parece
Mirado desde el cielo este sombrío
Lugar de muerte, valle de amargura,
Oscuro punto echado en el vacío?
¿Y qué nuestra ambicion que sueña ufana
Hallar en torpe lodo un bien eterno,
Si ayer nacimos á morir mañana?
Alza ¡oh! padre, los ojos: ¿por qué lloras
Si es Virginia feliz? Mas ya te escucho
Que con trémulo labio y voz doliente
Respondes: «Es verdad, y yo rendido
Al divino querer, doblo la frente,
Y besaré la mano que me ha herido.
Pero soy hombre al fin... Ayer vivia
Y era el encanto, la esperanza mia,
Y ha muerto, ¡mi hija ha muerto!
Y ni mis ojos luz, ni gozo el alma
En el mundo han de hallar triste y desierto.
No quieras consolarme... ¡mi hija ha muerto!»
¿Con que ni gozo el alma, ni tus ojos
Han de hallar ya la luz? ¡Oh! ¿Tú no sabes
La secreta dulzura,
Con que Dios embalsama los dolores
De la que hiere, triste criatura?
¿Quieres saberlo? Escucha: Al ojo humano
Huyendo, sólo el cielo por testigo,
De quieta noche en el silencio mudo,
Vé al hogar de la viuda miserable,
A la choza del pálido mendigo.
Mira ese tierno niño; ¡está desnudo!
¡Ah! mira el gran quebranto
De esa mujer que de su hambrienta boca
Se arranca el pan, y se lo da con llanto!
Los apagados ojos en tí fijos
A tí sus manos descarnadas tienden;
¡Son los hijos de Dios... Sean tus hijos!
Llámales hijos tuyos; y gozando
Inefable placer, serás dichoso:
El Dios de amor os estará mirando,
Y en el cielo á tus ojos hoy sombrío
Hará que aurora de ventura asome,

Pues ve el dolor que te destroza impío,
Y ve que es tuyo el pan que su hijo come.
Y más hará; te enviará piadoso
Divino mensajero, ángel hermoso,
A tu dulce Virginia... Ojos mortales
No la verán, la sentirá tu alma
Exenta ya de su afanosa pena,
Y una tan pura y deliciosa calma
Que la mente liviana no adivina,
La que se goza en la region serena
Al cielo ya vecina.
¡Oh, feliz tú, feliz! Siempre á tu lado
Estará en sueño, en vela
Hija y ángel amado;
Y cuando llegue tu postrero dia,
Con sonrisa celeste
Se inclinará á tu lecho de agonía;
Y cuando rompas los mortales velos
Ella, que ya lo sabe,
Te enseñará el camino de los cielos.

Año 1851.



MÁSCARAS Y CENIZA.

I.

¡Oh! ¡cuán dulce es vivir! ¡la vida es bella!
Hermoso el sol que señorea al cielo,
La tierra hermosa con brillantes flores,
Y dulces los dolores
Del amor, y de cándida doncella
El mirar virginal... ¡La vida es bella!
Riamos, pues, y de espumoso vino
La copa alcemos en festivo acento,
Vuele el perfume á enriquecer el viento,
Suene á hechizarnos el cantar divino.
Y con trémulo pié, y alma estasiada,
Acerquémonos, ¡ay! á esas hermosas,
Que brillan, como brillan en vergeles
Cubiertas de rocío frescas rosas.
¡Ellas nos miran; pero no crueles!
Acerquémonos, ¡ay! á esas hermosas,
Y con blando reir y hablar suave,
Dulcemente á su oido murmuremos
Las tiernas espresiones que amor sabe.
Que hoy son máscaras alegres,
Hoy bulliciosos amores,
Hoy el ceñirse de flores,
Hoy el dulce enloquecer;
Y riendo y suspirando
Estar ledos contemplando
Vuestra pureza de ángel
Vuestras gracias de mujer.
¡Poetas! Decidnos versos,
Mas versos dulces, sentidos,
Que embelesen los oidos
Alegrando el corazon.

Pintad, fogosos artistas,
Mas pintad tiernos amantes,
Que al mirarlos palpitantes
Digamos «felices son.»
Suspirad, vírgenes bellas,
Mas tan suaves canciones,
Que los tiernos corazones
Desmayen al escuchar;
Y diremos encendidos:
«Cuán dulce es amar, hermosas,»
Y tímidas, ruborosas
Nos direis: «dulce es amar.»
Amemos, pues, y la que en dulce anhelo
Hoy adorando tu beldad nos vea,
Sea la esposa que nos guarde el cielo,
Y bella madre de hijos bellos sea.

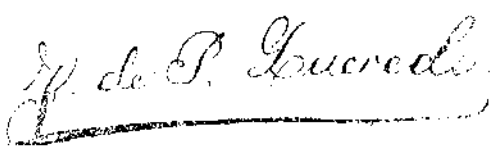
II.

¿Quién es ese que al son de blanda lira,
Con delicioso fuego,
Los dulces ayes del amor suspira?
Él canta, él rie, él enloquece... ¡oh, ciego!
¡Oh ciego! En breve, en breve
Vendrá... ya nos asombra
Ese dia sublime
Que el lábio sólo estremecido nombra,
Que al alma en santa majestad oprime.
¡Grande, terrible, solitario dia!
En que una voz fatídica y doliente
¡Ay del mundo cristiano
Triste ceniza esparcirá en la frente!
¡Grande, terrible, solitario dia!
¿Qué nos dice ese canto que retumba
En el templo? Esa lúgubre campana
¿Qué nos dice en sus gritos de agonía?
Una generacion baja á la tumba;
Otra generacion crece hoy lozana,
Pero á la tumba bajará mañana.
¡Más cielos! ¿qué he visto? ¡cielos!
¿No la veis? ¿qué no la veis?

J. de P. Lucrecia

Una mano descarnada
Que escribe en esa pared...
¡Y es la mano de la muerte!
¡Cielos! temblad, y leed.
Terrible es ver á los hombres,
Precipitarse en tropel,
Trás mentidas ilusiones,
Y fantástico placer;
Y del sepulcro olvidados
¡Oh! tremenda cosa es ver
Cual se acercan al sepulcro,
Tócanle, van á caer,
Y al lanzar quizás un grito
De alegría, húndense en él.
Y en tanto el grande, de glorias
Arde en hidrópica sed,
Y azota á los tristes hombres,
Tirano, y siervo tambien;
Y en espantadiza noche
Visita en callado pié,
Y palpa con manos frias
Su plata, avaro cruel,
Que oye en la calle desierta
Al mendigo perecer;
Y en tanto hidalgo orgulloso
Con su ignorancia tal vez,
Cubre con oro su nada
Su ruindad con su altivez;
Y en tanto indigno poeta
Que orna en pámpanos su sien,
Profana el arpa del cielo,
Cantando á impura mujer.
¡Insensatos! que no saben
Lo que es la vida: no ven
Que hay de la cuna al sepulcro
Breve senda, triste, é infiel.
Un relámpago es la vida:
Ya sollozando naceis,
Mirais un instante al mundo,
Alborotáisle tal vez;
Mas siempre oyendo los golpes
Tristes, lúgubres, con que
Abre la azada en la tierra
El palacio que tendreis.

¡Insensatos! miéntras dura
Este confuso entremés,
Uno representa al pobre,
Otro representa al Rey,
Este alza erguida la frente,
Aquel le lame los piés;
Mas iguales los espera
Y recibe tumba cruel,
Y al devorar un cadáver
No pregunta de quién es.
Que á la entrada del sepulcro
Deja el noble su altivez,
Y sus adornos la dama
Y el guerrero su laurel;
Y trémulos y desnudos,
Ven á quien es Dios y Juez,
Que pide espantable cuenta,
Y pesa en balanza fiel,
Las miserias del mendigo,
La pompa y goces del Rey.



POESÍAS RELIGIOSAS.

CÁNTICOS DE MOISÉS (1).

Cantemos al Señor: engrandecido
Gloriosamente ha sido:
Su diestra en el mar fiero
Precipitó caballo y caballero.
Mi gloria es el Señor, mi fortaleza;
Tú eres mi Dios: alabaré tu nombre,
Dios de mi Padre, cantaré tu alteza.
Cual adalid valiente
Se alzó: su nombre santo
El solo en poderío...
De Faraon los orgullosos carros
Y el ejército impío,
Y bravos y escogidos campeones,
A la mar vengadora
Arrojó con su diestra vencedora.

(1) Tunc cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino, et dixerunt: Cantemus Domino: gloriosee enim magnificatus est, equum et ascensorem dejecit in mare.

Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris meis et exaltabo eum.

Dominus quasi vir pugnator, omnipotens nomen ejus.

Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mari Rubro.

Abyssi aperuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.

Cual piedra á los abismos descendieron,
Los mares los cubrieron...
¡Jehová! ¡Jehová! terrible muestra.
Tu incontrastable diestra
Ostentó de poder; tu diestra fuerte
Al enemigo destrozó; tu gloria
Les derribó y pasmó... hablaste, y luégo
Lanzóse tu ira, y consumió sus huestes
Cual seca arista el devorante fuego.
De tu furor al soplo dividióse
El mar, y la ola rauda, arrebatada,
Paró y quedó cuajada;
Rugiendo el enemigo en furia impía:
«Les seguiré, y alcanzaré: despojos
»Suyos, y sangre suya al alma mia
»Hartarán, y la espada
»Desnudaré, que ardiente
»Destrozará, Israel, tu esclava frente.»
Tronó el Señor; lanzado el mar furioso
Sobre ellos fué, y hundiéronse al abismo
Cual plomo ponderoso.
¿Quién á tí semejante
En gloria y fortaleza?
¿Quién como tú, Señor? ¿Quién, decid, tanto
De maravillas hacedor glorioso,
Grande y terrible, vengador y santo?
Estendiste tu mano
La tierra los tragó... Tú el gran caudillo
De tu pueblo, Señor. Tú Dios clemente

Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine dextera tua, Domine, percussit inimicum.

Et in multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos: misisti iram tuam. quæ devoravit eos sicut stipulam.

Et in spiritu furoris tui congregata sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mari.

Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea, evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.

Flavit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.

¿Quis similis tui in fortibus, Domine? ¿Quis similis tui magnificus in sanctitati, terribilis atque laudabilis, faciens mirabilia?

Extendisti manum tuam, et devoravit eos terra.

Dux fuisti, in misericordia tua populo quem redemisti et

Libertado le has: por tu esforzado
Diestra adoró tu celestial morada
De Abraham el descendiente.
  Alzáronse y lo vieron las naciones,
Y de furor bramaron,
Se agitó pavorosa Palestina,
Los príncipes de Edon se conturbaron,
Y los fuertes varones
De Moab y Canaan yertos quedaron.
  Caiga, Señor, ¡furioso
Caiga profundo espanto
Por tu grandeza en esa gente impía!
Queden inmobles como piedra fria,
Queden inmobles ¡oh gran Dios! en tanto
Pasa tu grey amada,
Por tí del yugo egipcio libertada.
  Y á tu monte sagrado
Has de llevarla tú; firme morada,
Dó se estremaron tu poder y ciencia;
Santuario adorado
Señor Dios de Israel, que tú has alzado.
  Reinas sobre los siglos,
Y más allá, ¡Jehová!... Los fuertes carros
Del Egipcio y sus haces voladoras
Lanzáronse á la mar hirviendo en saña:
Mas alzaste las olas vengadoras
Y cubriólos el mar... Israel, en tanto
Pasó enjuto la mar, y alzó su canto.

---

portasti eum in fortitudine tua ad habitaculum sanctum tuum.

Ascenderunt populi, et irati sunt: dolores obtinuerunt habitatores Philistiihiim.

Tunc conturbati sunt principes Edom, robustos Moab obtinuit tremor: obriguerunt omnes habitatores Chanaan.

Irruat super eos formido et pavor, in magnitudine brachii tui: fiant immoviles quasi lapis, donec pertranseat populus tuus Domine, donec pertranseat populur tuus iste, quem possedisti.

Introduces eos, et plantabis in monte hereditatis tuæ, firmissimo habitaculo tuo quód operatus es, Domine: sanctuarium suum, Domine, quód firmaverunt manus tuæ.

Dominus regnabit in æternum et ultrá.

Ingressus et enim eques Pharao cum curribus et equitibus ejus in mare: et reduxit super eos Dominus aquas maris: filii autem Israél ambulaverunt per siccum in medio ejus.

EN LA MUERTE

DE SAUL Y DE JONATÁS.

(Canto fúnebre de David (1).

Acuérdate ¡Sion! de tus queridos;
Murieron en tus montes malhadados;
Los más hermosos eran y floridos:
¿Cómo cayeron ¡ay! tus esforzados?
No le digais en Get, ni en la orgullosa
Plaza del Ascalon; ¡que en su deseo
No, no se alegre, y dance victoriosa
La hija del impuro Filisteo!
¡Montes de Gelboé! fresco rocío,
Blanda lluvia, jamás vuestras alturas
Bañen, ni campos haya, de dó el pio
Agricultor presente ofrendas puras.
Que ahí fué destrozado con espanto
El escudo de fuertes tan temido,
Saul... cayó Saul, cual si con santo,
Con óleo santo ¡oh Dios! no fuese ungido.

---

(1) Planxit autem David planctum hujusmodi super Saúl, et super Jonathan filium ejus.

(Et præcepit ut docerent filios Juda arcum, sicut scriptum est in Libro justorum.) Et ait: Considera Israel pro his, qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati.

Inclyti, Israel, super montes tuos interfecti sunt: ¿quomodo ceciderunt fortes?

Nolite anuntiare in Geth, neque annuntietis in compitis Ascalonis: ne forte lætentur filiæ Philisthiim, ne exultent filiæ incircumcisorum.

Montes Gelboe nec ros. nec pluvia veniant super vos, neque sint agri primitiarum: quia ibi abjectus est clypeus fortium, clypeus Saül, quasi non esset unctus oleo.

J. de P. Lucrodiz

¡Ay! ni una vez de Jonatás ardiente
Retrocedió la flecha no bañada
En sangre odiosa de adalid valiente;
En vano de Saul brilló la espada.
Saul y Jonatás, bellos en vida,
Ni aun la muerte os separa, campeones
Mas veloces que el águila atrevida,
Y fuertes y valientes que leones.
Llorad sobre Saul en tierno lloro
¡Doncellas de Israel! Saul un dia,
En vuestras fiestas de joyeles de oro
Y de grana riquísima os ceñia.
¿Y cómo en la batalla han perecido
Los hijos de Israel? ¿Cómo en la altura
Cayó mi hermano Jonatás herido?
¡Ah! por tí es mi dolor y mi amargura;
Por tí llorando estoy; ¡oh muy hermoso,
Hermoso Jonatás! y lloro en vano.
El amor de doncellas delicioso
No es dulce como tú, mi dulce hermano.
Como á su único hijuelo tiernamente
Ama su madre ¡Jonatás! te amaba...
¿Quién destrozó la espada prepotente,
Y el adalid en quién Sion fiaba?

A sanguine interfectorum, ab adipe fortium, sagitta Jonathæ numquam rediit retrorsum, et gladius Saül non est reversus inanis.

Saül et Jonathas amabiles, et decori in vita sua, in morte quoque non sunt divisi: aquilis velociores, conibus fortiores.

Filiæ Israel super Saül flete, qui vestiebat vos coccino in deliciis, qui præbebat ornamenta aurea cultui vestro.

¿Quomodo ceciderunt fortes in prælio? ¿Jonathas in excelsis tui occisus est?

Doleo super te, frater mi Jonatha, decore nimis, et amabilis super amorem mulierum. Sicut mater unicum amat filium suum, ita ego te diligebam.

¿Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica?

TRADUCCION DEL CAPITULO SEGUNDO

DEL

CANTAR DE LOS CANTARES. (1)

Idilio primero.

Esposa.

Flor del campo, azucena delicada
Yo del valle.

Esposo.

Entre espinas lirio hermoso,
Y entre las hijas de Sion, mi amada.

Esposa.

Cual manzano bellísimo, oloroso,
Vence á las plantas de la selva umbría,
Así á los hijos de Israel, mi esposo.
Su sombra suspiré de noche y dia,
A su sombra por fin heme sentado;
Dulce es su fruto á la garganta mia.
A donde mana el vino regalado,

---

(1) Ego flos campi, et lilium convallium.
Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.
Sicut malus inter ligna silvarum, sic dilectus meus inter filios. Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi: et fructus ejus dulcis gutturi meo.
Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem.
Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo.

Me introdujo mi esposo; y sus favores
Su amor en ordenanza ha presentado.
¡Por Dios! cercadme de cordiales flores,
De olorosas manzanas... Dulcemente
Siento desfallecer mi alma de amores.
Y que sostenga mi turbada frente,
De mi esposo la izquierda con blandura,
Y su derecha me ciña estrechamente.

Esposo.

Por los ciervos del campo y la espesura
Que acosais con sacta venturosa,
Mi amor ¡de Sion hijas! os conjura,
No desperteis á mi dormida hermosa,
Y hasta que ella recuerde de su grado,
Guardeis el dulce sueño de mi esposa.

Idilio segundo.

Esposa.

¿Oís? ¡qué dulce voz!... voz de mi amado;
Vedle á rápido ciervo semejante,
Vedle, saltando el monte y el collado.
Vedle tras la pared en este instante
Escondido... ¡oh placer! por celosía,
Ved cual me acecha con mirada amante.

Esposo.

Levántate, mi hermosa, brilló el dia;
La lluvia y el invierno huyó aterido,

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, no suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit.

Vox dilecto mei, ecce isto venit saliens in montibus, transiliens colles.

Similis est dilectus meus capreæ, hinnuloque cervorum. En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos.

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

Ven corriendo, paloma, amiga mia.
Mira dó quier el prado ya florido,
Del podador el canto por do quiera,
Y de amorosa tórtola el gemido.
Brota sus brevas la pomposa higuera,
Su olor esparce viña floreciente,
Alzate, amiga, y ven, ven hechicera.
Escondida te estás ¡oh mi inocente
Paloma! de la peña en agujero;
Pues suene ya tu voz muy tiernamente;
Vuelve hácia mí ese rostro placentero,
Porque es dulce tu voz, y tu semblante
Bello y encantador por quien yo muero.

Esposa.

Cazadnos la raposa devorante
Aunque pequeña ¡guay! de flor ornado
Nuestro viñedo está... Mi dulce amante,
Para mí solo, y yo para mi amado,
Que entre azucenas pace su ganado.
Vuélvete, esposo mio, cuando escura
Sombra refresque, y suene el cefirillo:
Vuélvete, asemejado al cervatillo
Volador del Beter en el altura.

Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit.
Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra.
Ficus protulit grossos suos: vineæ florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.
Columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceriæ, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.
Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas: nam vinea nostra floruit.
Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.
Donec aspiret dies, et inclinentur umbræ. Revertere: similis esto, dilecte mi, capreæ, hinnuloque cervorum super montes Bether.

A. de P. Larrea

A LA VIRGEN DEL CARMEN.

SONETO.

Brota azucenas el gentil Carmelo,
Vírgen hermosa, en tu adorable dia:
Y de angélicas arpas la armonía
Resuena en los alcázares del Cielo.
¿Cuándo será, que deje el triste suelo
Un infeliz que en tu piedad confia?
Madre del santo amor... el alma mia
Suspira dia y noche sin consuelo.
¡Ay! de mis ojos el ardiente lloro,
Del corazon cuitado la amargura,
A tí te ofrezco yo, dulce abogada:
En este valle de dolor te imploro;
Señora, si eres madre de dulzura
Convierte á mí tu celestial mirada.

Julio de 1833.

AL NACIMIENTO DE JESUS.

Ven, tierna esposa, tú que conjurabas
De Sion á las vírgenes hermosas
Te sostuvieran con purpúreas rosas
Porque herida de amor te desmayabas.
¿De tu amado no escuchas
La voz, la dulce voz? ¿No suspirabas
Haberle como hermano
Que mamára los pechos maternales,
Y del amor en el ardiente exceso
¡Ay Dios! en sus megillas celestiales
Del amor imprimir el dulce beso?
Pues ven, sagrada esposa, que ya el dia
Suspirando brilló: mira á tu amado
Pendiente de los pechos de María.
Vírgen entre las vírgenes hermosa,
Madre de tu hacedor y madre mia,
¿Quién es el tierno infante
Que estrechas á tu seno?
¿Vírgen santa, quién es? Pues el semblante
De gracias jamás vistas muestra lleno,
Y mortal no parece.
¿Es por ventura un Dios? ¡Cual desfallece
El alma al contemplar! ¿Cómo? ¿el que un dia
Aterró á los mortales
Su majestad velando en nube ardiente,
En humildes pañales
Ora vela su gloria omnipotente?
¿Y entre las pajas nace el Dios eterno,
Que huella vencedor las altas nubes,
Que al levantar la diestra vengadora
Tiembla el cielo, y la tierra y el Averno
Y se humillan temblando los Querubes?
¡Cuanto es fuerte el amor! ¿Mas por ventura
Pudo jamás el misterioso arcano
Decir labio profano

J. de P. Larrea.

Si ya no siente la sagrada llama?
Con fuego de tu altar, con sacro fuego,
Dios de verdad, el corazon inflama:
Inflama y cantaré. Mas ¿qué divina
Virtud yo siento, que arrebata el alma
Y á la region celeste la avecina?
Calla, Cielo... y tú, tierra
Escúchame: yo canto
Vuestra felice union... Yo admiro abiertas
Del santo Olimpo las vedadas puertas.
Desde el excelso trono que enriquecen
Otras piedras mas claras que el diamante,
El Padre eterno hácia Belen se inclina:
Del niño Dios á la mansion divina
El querubin amante
Y el abrasado serafin descienden,
Y postrados al Dios, que humano adoran
Las angélicas voces dan al viento,
Y el celestial acento
Acompañando con las arpas de oro,
Dicen de su bondad la hermosa historia,
Y el vencimiento de la sierpe impia,
Y en júbilo trocado el comun lloro...
Y en cánticos de gloria
Y en plácida armonía
Hinchen de amor la estancia de María.
Alégrate, Sion: asaz sonaron
En tí lamentaciones:
Asaz ¡ay! escucharon
Del Jordan las riberas
A tus hijos sus lúgubres canciones:
Alégrate, Sion: el manto bello
Cíñete de esplendor y de victoria:
Tus hijas venturosas
A los rubios cabellos enlazando
De Gericó las rosas,
Cubran del Dios nacido, con fé pura,
La cuna de jazmines y azahares,
Y en vez ¡ay! de cantares de amargura
Suenen sólo de amor dulces cantares.
¡Cantos de bendicion!... Mas yo ¿qué escucho?
Del levante al poniente
Del norte al mediodia una voz suena
Que clama: *Libertad á las naciones:*

El Limbo se levanta
Y dice *libertad*... brama el Averno...
Y en tanto que en las célicas regiones
Elevan los perfumes de alabanza,
Con armonioso estruendo,
Los incensarios á compás cayendo:
Las sacras potestades
Llenando á Lucifer de horror y espanto
Entonan sin cesar el *Santo, Santo.*
Santo, Santo, ¡Señor de tierra y Cielo!
A tí gloria, á tí honor en las alturas
Y paz al hombre en el felice suelo.
Tú sólo el santo, el triunfador divino...
Tú el Hacedor y el Redentor del mundo...
A tí gloria, á tí honor... ¡Ay! la serpiente,
Fuego despide y destructor silbido,
Y en vano pugna por alzar su frente
En vano, sí: que un dia
El ternezuelo Infante
Que estrechando á sus pechos virginales
El beso del amor le da María;
Sobre el sagrado Gólgota su imperio
Derrocará con diestra victoriosa:
A Sion librará del cautiverio
Con su sangre preciosa,
Y extendiendo los santos pabellones
Congregará en su Iglesia á las naciones.

Diciembre de 1832.

J. de P. Lucrecia

Á LA MUERTE DE JESÚS.

ODA

Excelso Dios, ordenador divino,
A cuya voz potente
Retiemblan las columnas eternales,
El ángel puro, el querubin ardiente:
Mi pecho inflama, y cantaré tu gloria;
Y escúchenme aturdidos los mortales.
Mas no te canto yo, cuando irritado
Lanzaste en el mar fiero
Del egipcio el caballo y caballero:
Ni cuando allá en el Sina
Vestido de esplendor y de grandeza
Diste al legislador la ley divina:
Y de tu rayo el pavoroso trueno
Israel escuchó de espanto lleno.
Mas ¡ay! que sobre el Golgota sagrado
Pendiente del suplicio
El Dios terrible, el Dios de la venganza,
Por mí se ofrece al fiero sacrificio:
Y con su sangre derramada sella
Del Eterno y del hombre la alianza.
¡Piedad, piedad al irritado Padre,
Tú clamas de contino,
Sangre preciosa de mi bien divino!
Desde la santa cumbre
Del Calvario en el ara dolorida
Rompes la vergonzosa servidumbre;
Con que falaz el infernal tirano
Cerró el excelso Olimpo al triste humano.
Pero mi dulce Dios, Dios de mis padres,
¿Quién tu sangre preciosa
Fué osado á derramar? ¿Qué brazo impío
Coronó con espina dolorosa

Tu augusta frente, dó el poder se anida?
¿Quién, decidme, ultrajó al Salvador mio?
Hijos de Adam, mirad sus piés hinchados;
Mirad descolorido
El cuerpo santo y de sudor teñido;
Ved cuajado el cabello
Con la sangre; y de polvo, y de salivas,
Y amarillez cubierto el rostro bello;
Y apagados los ojos soberanos,
Donde el Padre se mira, ved, humanos.
¿Y por quién tanto afan? ¿La criatura
Al Hijo idolatrado
Hace dejar del Padre el blando seno?
Quien límites prescribe al mar airado,
¿Por mi salud y por mi bien se mira
De sangre, y polvo, y de amargura lleno?
Y quien es la delicia de los justos,
¿En el ara sangrienta
De un malvado la imágen representa?
¿Y cómo el pueblo aleve
Ultraja ciego al Dios de las bondades
A quien tan altos beneficios debe?
¿A quien fué su salud y su esperanza?....
¡Ay! el dia vendrá de la venganza.
Tiempo vendrá, que envuelta en triste luto,
Llores, Sion impia,
Tu execrable maldad... ¿No ves, cuitada,
Cuál se adelanta el pavoroso dia?
¡Ay, tiembla! sobre tí brilla ominosa
Del romano feroz la ardiente espada.
El hijo del triunfante Capitolio
Temblando de coraje
Lavará con tu sangre el hecho ultraje.
En vano ¡triste! en vano
Llamarás á tu Dios... Ya no es Dios tuyo...
Defiéndete, si puedes, del romano,
Y llora, llora en tan horrenda suerte
De tu insepulta juventud la muerte.
Mas ¡ay de mí! ¿Qué veo? El Hijo amado
Los ojos alza tierno
A la morada celestial... suspira...
Y piedad demandando al Padre Eterno
De Adan para la triste descendencia,
Inclina la cabeza ¡oh Dios! y espira.

M. de P. Lucretia

Súbito tiembla estremecido el mundo...
Rompe el Templo su velo...
De sanguino color se viste el cielo...
Por sí, el sepulcro frio
Restituye su presa... Llora, llora
La muerte de tu Dios, ¡oh cielo! ¡oh tierra!
Ha muerto el Dios de amor... mas ¡ay! la vida
Me da su sangre por mi bien vertida.
Ya están rotas del hombre las cadenas:
Ya la oprimida frente
El mortal alzará. ¿Con que fué en vano
Que á nuestros padres la feroz serpiente
Envolviera en ruina lamentable,
Fatal herencia del linaje humano?
En vano, sí; y en vano el rey vencido
Armará sus legiones
En contra los humanos corazones.
¿Dó está la tirania
Y el poder de Satán? Huella su frente
La planta vencedora de María:
Y al tremolar de Cristo el estandarte
Caen las aras de Citéra y Marte.
Y en tanto el coro celestial ensalza
Al Padre omnipotente,
La mansion aterrando del espanto.
Las vírgenes moviendo blandamente
Las blancas palmas con amable acento
Saludan al Señor tres veces Santo.
«Cantemos al gran Dios: Gloria á tu nombre:
»Tu Cristo ha redimido
»Al mortal del tributo aborrecido.
»Júbilo, salvacion, tristes mortales;
»Que cerrando las puertas del abismo
»Abre Cristo las puertas celestiales.»
Así dicen: y el Padre del consuelo
Afirma el canto, y se estremece el Cielo.

Abril de 1832.

LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

¿Y cuándo, hija del cielo,
Has de entonar el canto de victoria?
¿Las túnicas de gloria
Cuándo te ceñirás? Ya no suspira
Rama desconsolada;
Ya no gime el Cedron: ya complacido
El Padre Eterno de la faz airada
El ceño descogió, y el universo
Ya trueca en gozo el fúnebre gemido.
¡Y cómo enajenadas
Resuenan las mansiones eternales
Himnos de paz y honor! ¡Y cuál suspiran
Sonidos celestiales
Las arpas de Sion! ¡Y cual vagando
Cabe Salem la sombra del profeta
Con bellos cantos enamora al cielo,
Y el Líbano orgulloso se levanta
Y se cubre de rosas el Carmelo!
Brilló el excelso dia
Del triunfo del Señor. Mancebo alado
Cubierto con nevada vestidura
Sobre el sepulcro de Jesús sentado,
Nuncio feliz de siglos de ventura
Canta el triunfo del Dios crucificado.
Que á la gloria del hombre semejante
No es la gloria de Dios: aquella luce
Cual súbito relámpago... Un instante
Nacer, brillar, perderse en los sepulcros.
¿Qué les resta á los fuertes campeones
Que hollaron con desden el universo,
Que ataron á su carro las naciones?
Dió un paso el tiempo, disipó su gloria,
Y un sepulcro es su fin... el pasajero
Huella ignorante la olvidada tumba
De aquel que hizo gemir al mundo entero.

J. de P. Olavide.

¡Y cómo se levanta
Sobre la gloria del mortal soberbio
La tuya, Dios de paz! Dulce amor mio,
Por mi bien espiraste, que en el cielo
Con la sagrada punta de la lanza
En tu sangre teñida
Padre de amor, el Dios de la venganza
De los hijos de Adan grabó la vida.
Murió Jesús... mas serenad el lloro,
Hijas graciosas de Sion... la adelfa
Desenlazad de los cabellos de oro.
El Dios de Abran, el Dios de los profetas
Cumplió el grande destino
Que ántes del tiempo decretó el Eterno,
Y vencedor divino
Quebrantó del Averno
El muro diamantino,
Y libertó á los padres que lloraban
En duro cautiverio
Y su dulce venida suspiraban:
Y de la cruda muerte destrozando
El férreo cetro y ominoso trono,
De vida y luz y majestad cercado
Del sepulcro glorioso se levanta
El Dios crucificado.
¡Quién inflamára el corazon mezquino
Con el fuego sagrado
Que encienden los ardientes serafines
De un Dios en el altar! Arrebatado
De la divina inspiracion, al cielo
Volára yo... La bóveda estrellada,
¡Cuál resuena los cánticos celestes!
¡Cuál retiembla la cítara dorada
Sus cuerdas al herir los coros santos!
¡Y cómo al escuchar los dulces cantos
Naturaleza entera,
Se mueve de placer! y destrozadas
Las losas sepulcrales
Vaga dó quier cadáver animado,
Y de dó nace el sol á dó se esconde
Resuena un grito universal... *¡Oh muerte!*
¿Dónde está tu aguijon? ¡Muéstranos dónde?
¿Y tú callas, Judá? de los sepulcros
La muerte se levanta

Y del Señor confiesa la victoria;
¿Y tú callas, Judá, viendo su gloria?
¡Tiembla, infeliz! El Dios de las piedades
Ya no es Dios de Israel... los pabellones
Tiende ya sobre el monte de la vida,
Y á su templo convoca á las naciones.
Mas ¡ay! en contra tuya ¡pueblo impío!
Armó Jehová la diestra omnipotente
Con rayo vengador... Querube ardiente
Con espada de fuego
Dó quier te acosará... te ha desechado
El Dios de la venganza
Como adúltera vil... Ha traspasado
El Dios de la clemencia
A extrañas gentes de Jacob la herencia.
Abrid, abrid del santuario eterno
Las puertas sacrosantas
Sacerdotes del Dios glorificado:
Y en la cumbre del Gólgota sagrado
Tremolando de Cristo los pendones,
Decid á las naciones
«Venid, y adorareis al Dios clemente
»De cuya gloria el universo es lleno:
»Decid en su loor dulces cantares
»Y de malicia el corazon ajeno
»Ofreced por ofrenda en sus altares.»

Abril 1833.

J. de P. Lucrecia

Á LA ASCENSION DEL SEÑOR.

ODA.

Tú, que bañada en lastimero lloro
Y descoñida, y el color robado,
Y destrenzados los cabellos de oro,
En más amargos dias
Sentada sobre el Gólgota sagrado
La muerte de Jesus tierna plañias;
¡Oh, vírgen de Sion! Calma tu pena;
Y la sien que ciñó la adelfa amarga
Embellece con rosa y azucena.
Y serenos los ojos virginales,
Y en placer inundado el tierno pecho
Ensalza el triunfo de tu Dios: el canto,
De júbilo llenando á los mortales,
Cubra al Averno de terror y espanto.
Que despues de humillada
De la feroz serpiente
La turbadora frente
Al dulce y blando seno
Del Padre idolatrado
El hijo torna de esplendores lleno,
De alados paraninfos rodeado,
De paraninfos de inmortal belleza
Que cantan en su honor himnos de gloria,
Y su poder anuncian y grandeza,
Y de sus hechos la divina historia.
¿Eres tú, santo Dios, el que pendia
De la sangrienta Cruz, pálido, yerto,
De moribunda amarillez cubierto?
¿Y ahora revestido
De túnica gloriosa y esplendente
Sobre el Querub ardiente
Vuelas al luminoso firmamento?
¡Qué veo! por dó quiera,

Se esparce nueva lumbre
Que de grato esplendor hinche la esfera.
Y llena el vago viento
Suavísimo concierto de armonía,
Y al melodioso acento
La tierra un ¡ay! lanzando de alegría
Te saluda... El Calvario
Que tu muerte lloró, la excelsa frente
Alza, y admira la feliz mudanza
Y aclama á su Señor omnipotente.
¡Cuán grande eres, mi Dios! ¿Quién semejante
A tí en poder? Tu carro son las nubes:
Y en ménos de un instante
Al alcázar brillante
Esclarecido subes.
¿Y nos dejas, Señor? Gran Dios ¿nos dejas
Sumidos en quebranto?
¿Quién indulgente escuchará mis quejas?
¿Quién compasivo acallará mi llanto?
Mortales, no lloreis: á sus hijitos
Por quienes fué enclavado en el madero,
No deja, no, el cordero:
Entre nosotros nace cada dia
Cuando los hijos de Levi el temprano,
El rico sacrificio alzan al cielo
Con que ruegan al Númen soberano,
Mire propicio el libertado suelo.
Mortales, no lloreis: al triste humano,
Cuyas cadenas quebrantó triunfante,
No abandona Jesus, vuela al Olimpo
Para abrirnos del Padre, ya aplacado
La celestial morada.
¿No escuchais? ¿No escuchais? «Abrid, vocea
El Escuadron alado:
»Príncipes de la gloria,
»Abrid, abrid las puertas eternales,
»Del suntuoso alcázar estrellado;
»Las puertas que á los míseros mortales
»La culpa les cerrara;
»Las que no pudo abrir el gran caudillo,
»Padre y legislador del pueblo hebreo,
»Que habló á Dios cara á cara.
»Ni aquel que fué el terror del Filisteo:
»Ni tú que tremolaste la bandera

M. de P. Lucrecia

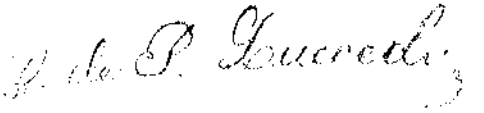
»Del engendrado Dios: nuncio divino
»Del sol de gracia que á la culpa fiera
»Lanzó al abismo en denso remolino.
»Nadie las pudo abrir: más ora abridlas,
»Abridlas ora, Príncipes celestes,
»Que viene vuestro Rey.» Así clamando
Se abren de par en par las áureas puertas,
Sobre los duros quicios rechinando.
Y entonces de los célicos asientos
Alzanse los felices moradores,
Y dicen en dulcísimos acentos
Del Cordero sin mancha los loores;
Y resuenan las trompas y clarines,
Y al radiante esplendor de su belleza
Deslumbrados los puros serafines,
Encubren con sus alas la cabeza.
Y rompe el santo coro
En himnos á Jesús; y de sus liras
Hacen blandas sonar las cuerdas de oro,
Y tiembla el cielo al armonioso canto
Que proclama á su Dios omnipotente,
Triunfador de la muerte y del infierno;
Y tiembla el cielo; y el Cordero en tanto
Rodeado de luz resplandeciente
A la diestra se sienta del Eterno.

Mayo 1832.

Á LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

ODA.

¿Quién es el hombre, que piadoso el Cielo
Le mira con amor? Brilla adorable
De paz al mundo anunciadora bella
Sobre Belen la suspirada estrella:
Y en el silencio de la noche umbría
De todo un Dios el fúnebre gemido
Resuena en el Calvario todavía.
¡Sangre preciosa de mi Dios! No en vano
Fuiste vertida... tu inocente Esposa
El alma siente de tu amor llagada:
Mas gime, cual la hermosa
Y tierna Sulamitis acosada
De los que guardan á Salen: tu Esposa
Gime desconsolada:
Desfallecida tu favor implora,
Desfallecida en tu piedad confia;
Mira á tu Iglesia que afligida llora,
Y el prometido Espíritu la envia.
No engaña un Dios: lo prometió... ya brilla
El dia del amor... ábrese el Cielo...
Alégrate Sion, salve Carmelo.
El Espíritu Santo que la inmensa
Creacion cobijára con sus alas
Y llenó los espacios de su gloria,
De la ignorancia á la mansion desciende;
Y con llama amorosa
El corazon enciende de la Esposa,
Enciende el corazon... y en el instante
Del fuego vencedor fortalecida
La Esposa á las naciones se abalanza;
Les anuncia á su Dios, y el pecho ofrece
De amor armado á la robusta lanza.
Tu amor, Dios de Israel, ¡oh cuánto es fuerte!



No le corrompe con su brillo el oro
Ni le aterra la espada de la muerte.
¿Y por qué no se inflama
Mi pecho con tu amor? Dios de clemencia,
Envia al corazon tu ardiente llama.
Señor, dáme te vea:
Me arrebata tu amor... dulce es la muerte
Al infelice que su bien desea.
Dame, Señor, te vea;
Oyeme, Padre mio, que por verte
El alma desfallece... enamorado
Me duele el corazon, y noche y dia
A tí clama, mi bien y mi alegría.
¿Quién ¡ay!... y quién me diera
Cual se concede al Querubin ardiente
Tu gloria celebrar? Del sacro muro
Se descubre pendiente
El arpa de David: ¡fuéseme dado
Descolgarla, y tu nombre, Dios del Cielo,
El orbe escucharia arrebatado!
¿Mas qué veo? ya escucha el universo
Tu nombre... Del Espíritu sagrado
Henchidos tus Apóstoles tremolan
De Cristo el estandarte, y á su vista
Las nieblas huyen; resplandece el dia,
Y el mundo despertando de su sueño
Su corazon, sus lágrimas ofrece
Al Dios de amor en el sagrado leño.
¿Y quién en el excelso Capitolio
De luz hinchendo y de esplendor la esfera
Triunfante eleva su adorable sólio?
¿Ciudad de Marte, de tus vanos Dioses
Quién derribó el altar? ¿Tus vencedores
Empuñaron acaso fuerte lanza
Para ofrecer con espantoso estrago
Al universo la feroz venganza,
Y holocausto á la sombra de Cartago?
No, Madre del orgullo, no es debida
A ejércitos terrenos la victoria:
Una Cruz, una Cruz ha derribado
Tus templos, y una Cruz en sus ruinas
El eterno dosel ha levantado.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!

Los siglos insensatos le adoraron:
Corrieron las naciones
Homenaje á rendir; y el Dios del Cielo
Tronó indignado, cuando ingrato el hombre
Adoró por su Dios á las pasiones.
Pero triunfó el amor: llegó el instante:
Habló Jehová: del Gólgota en la cumbre
Alzó su Cruz el Salvador eterno:
Se estremeció el Averno,
Del Evangelio la celeste lumbre
Admiró el universo y la victoria:
Y en las etéreas bóvedas sonaron
Con no usada armonía
Cánticos nuevos de alabanza y gloria.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
Y á esta divina aclamacion responde
En himno universal el mundo entero:
Tú tambien le entonaste, patria mia;
Santiago fué quien te anunció primero
Al Dios benigno en quien Sion confia.
Apóstol Santo, á tu glorioso nombre
Eterna bendicion... Salud España,
Santiago es tu Patron... ¡Y cuánto, cuánto
Te esforzará en tu mísero quebranto!
Ya en las costas del Africa resuena
El grito vengador; despliega al viento
Sus banderas el árabe inhumano:
El alto firmamento
Se estremece á la horrenda gritería,
Tiembla la tierra bajo el peso inmenso;
El polvo roba su esplendor al dia.
¡Ay, que la hueste impía
Atraviesa la mar!... ¡Ay, ay que gime
Vencido el Guadalete!... Llora, ¡oh patria!
Que la feroz cadena
Sobre tu cuello inexorable suena.
Pero no llores, no; que ya en los aires
Cubierto de diamante
Se ve al Apóstol, y en su diestra airada
Brillar ardiendo la fulmínea espada.
Con el casco brillante
Cubre ya tu dorada cabellera,
Y ardiendo en viva saña

Corre al combate, vencerás España:
Santiago *te conduce á la pelea;*
¡Santiago! *el grito de tus huestes sea;*
¡Santiago! *aclame la feliz victoria;*
Santiago *dé la libertad, la gloria.*

Mayo de 1833.

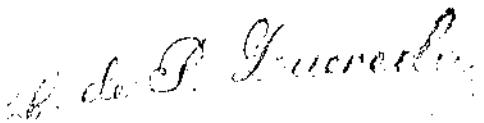
AL SANTISIMO CUERPO DE NUESTRO SEÑOR

EN LA HOSTIA CONSAGRADA.

ODA.

De gloria un dia, y majestad ceñido,
Y luz resplandeciente
Se ostentó Jehová; y el rayo ardiente
Lanzando entónces su terrible diestra,
Hizo temblar á la escogida gente.
Mas no, débil mortal: hoy no se muestra
Aterrando al humano
Como del Sina en la gloriosa cumbre:
¡Ah! no: que el Dios del Sina
En la hostia divina
Solo es Dios de piedad y mansedumbre.
¿Y el hacedor del cielo
Viene á habitar con el mortal mezquino?
¡Oh grandeza de amor! ¿Huésped divino,
Tú desciendes al suelo?
¿El Criador á la infeliz criatura

Se da en manjar de vida,
Que oculta blanco velo?
Cuánto se encumbra de la tierra impura
El Olimpo esplendente,
Tanto y más se levanta este misterio
Sobre la humana mente.
Jamás hizo tal muestra
El Señor de su inmenso poderío.
Levanta ¡oh Dios! la omnipotente diestra:
Al verla, conmovido el universo
Gemirá arrodillado.
Di, *quiero*: y al instante
Mil cielos se alzarán, dó resplandezca
De astros sin cuento el escuadron brillante.
Aún te es dado hacer más..... te quedan llenas
De tu poder las arcas eternales,
Mas ¡oh! que este poder jamás medido
Iguala el don que hiciste á los mortales.
¿Que no? Cuando le plugo
Ostentar su grandeza,
El Hacedor divino
Dijo: sea; el sagrado mandamiento
El caos escuchó, y en el momento
Fué el cielo diamantino.
Mas ¡ay! Cuando á la prole lastimosa
Quiso dejar su cuerpo sacrosanto
En herencia preciosa;
Nació sobre unas pajas reclinado,
Quien se reclina en el paterno seno,
Y reina en el alcázar estrellado.
Y de amargura lleno
Fue ultraje de los hombres el Dios fuerte,
A cuyo soberano acatamiento
Se postra el Serafin, y de contino
En cántico divino
Ensalza al Hacedor del firmamento.
¡Noche de bendicion! el alma mia
Se baña en gozo al contemplarte atenta:
Y el númen que me alienta
Me eleva á las Olímpicas regiones.
Mas qué veo! ¡qué veo! ¿El hombre ¡ay triste!
Para el cielo nacido
Contra el cielo, del crímen fementido
Osa tender los negros pabellones?



¿Escuchais cuál convoca á las naciones?
Y clama: «¿Tras un bien no conocido
»Correis ansiosas? Despertad: sed libres:
»¿Quereis acaso un Dios? Vuestras pasiones.»
Así tambien, cual tempestad horrenda
Que el cielo cubre de pavor y espanto,
Se alzó Calvino, y el misterio santo
Quiso negar... Lo oyó naturaleza
Y gimió... Retemblaron
Las puertas celestiales,
Y anatema los ángeles clamaron.
Mas el Señor, que de su tierna Esposa
En la defensa vela
Miró indignado al turbador impío;
Miró: y en el momento
Sus celosos Pastores
Unidos viste, bienhadada Trento,
Rayos lanzando contra el hijo espurio,
Que á la Iglesia causó llanto y dolores,
De la heregía fomentando el fuego.
¡Oh, si otra vez yo os viera congregados!..
Hacedlo ¡Cielos! que escuchais mi ruego.
Ven, ven, tiempo feliz... ¡Himnos en tanto,
Himnos sin fin al Dios omnipotente!
Y tú, gentil Valencia, patria mia,
Ensalza, ensalza la gloriosa frente;
¿No vés cual luce el suspirado dia?
Tus vírgenes hermosas
Los dorados cabellos
De lirios ciñan y jazmin y rosas.
Venturosa Valencia,
Complácete en tu Dios sacramentado:
Hoy es su dia: llega á los altares...
Su infinita clemencia
Encarece en dulcísimos cantares.
¡Cuán grande es el Señor en quien confio!
¿A quién temeré yo si me defiendes?
¿Quién iguala tu inmenso poderío?
Del Olimpo desciendes:
Te ofreces en manjar al triste humano:
¡Oh cómo al sacrificio soberano
Están absortas las divinas huestes,
Y con aquella envidia santa y pura
Que cabe en los espíritus celestes,

Envidian á los hombres tal ventura!
Al ya dichoso suelo
No llameis, no, morada de amargura:
Con tan precioso don, es otro cielo.
Mi Dios, Dios de mis padres, mi alegria.
¡Ay! ¿Qué te ofreceré, dulce amor mio?
Siempre estaré clamando noche y dia
Cuán grande es el Señor en quien confio!

Junio de 1832.

Á LA TOMA DE JERUSALEN.

Inmensa muchedumbre á tí se avanza,
¡Oh Sion infeliz! tiembla la tierra
Con profundo rumor; y al sol radiente
Negro polvo oscurece: de venganza
Ya truena el grito, y de sañuda guerra;
Ya arde en furor el adalid triunfante;
Ya ceñido de espanto
En su indómita ira,
Con tu sangre ¡Oh Sion! y con tu llanto
El fiero corazon saciar suspira.
¡Oh Sion! á vengar el hecho ultraje
Arrójase el romano enerudecido,
Avido ¡ay infeliz! de tus despojos:
Guíale palpitando de coraje
Tito, y como torrente embravecido,
Lánzase sobre tí... Brilla en sus ojos
Furor armipotente;

Y en su diestra indignada
Cual relámpago súbito y ardiente
Voltea centelleando invicta espada.
En vano ¡ay Dios! cien veces con brillante
Casco la frente pálida ciñendo,
Osarás los romanos ensañados
Contrastar, y á pelea fulminante
Tus campeones llamarás gimiendo...
¡Húndense ya tus muros levantados!
La hambre te acosa... en tanto
A tus dolientes voces
Sordos tus hijos, y á tu amargo llanto,
En sangre fraternal báñanse atroces.
¿Y dónde, dónde va trémula huyendo
Sion?... Huyes en vano, huyes en vano
Cárdena con la muerte ya vecina;
Que el iracundo acero vuela ardiendo
Y delcitase en niño, y en anciano,
Y en mancebo, y en vírgen, y en ruina:
Que asoladora llama
Con sonido horroroso,
Avida en áureos techos se derrama
Que caen con estrépito espantoso.
¡Qué horror, cielos, qué horror! y ¡cuál aterra
De moribundos el clamor agudo!
¡Cuál de furiosa llama el estallido!
¡Cuál de venganza el grito, y muerte, y guerra,
Que lanza el vencedor con pecho crudo!
¡Vedle de hierro y de furor ceñido!
Arrójase bramando
Con espantoso anhelo,
Y á tus hijos ¡Sion! despedazando
Desparce sus entrañas por el suelo.
Lloras en vano ¡pueblo aborrecido!
¡Pueblo de maldicion! llegó tu dia,
Y su infinita cólera el Potente
A encender va... Con hórrido estampido
Da la señal. ¡Jerusalen impia!
¡Huye, huye... retumba hórridamente
Por la esfera asombrada
El carro del Eterno;
Alzase Dios tronando; á su mirada
Titubean la tierra y el infierno.
Súbito de furor arrebatados

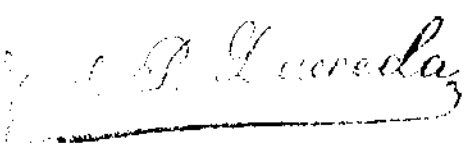
Los hijos del soberbio Capitolio,
Lánzanse con estruendo y alarido,
A devorar tus hijos adorados,
A destrozar ¡Jerusalen! tu sólio...
Y tú que contra Dios, contra el ungido
Del Señor... ¡Oh indecible
Maldad! ¡Oh ensangrentada
Cumbre del santo Gólgota! ¡Oh terrible
Dios, ante quien el universo es nada!
¡Y cuál te agitas trémula, espantada,
Oh ciudad infeliz! ¡cuán horrorosa
De tu sangre cubierta con un lago!
¡Oh Sion cual ninguno desdichada,
Un dia sobre todos venturosa!
Ayer fué tu grandeza, ora tu estrago.
¡Ay! ¡y cuál te contemplo,
Pueblo desventurado!
Gloria, riquezas, hijos y hasta el templo,
¡Oh dolor! ¡Oh dolor! cayó abrasado.
Ese templo, ese templo donde hermosa
Con palmas y nevada vestidura
Cantabas ¡Oh Sion! en voz divina
Al sonido del arpa melodiosa
Himnos de amor, de paz y de dulzura.
Cantabas á tu Dios, al que en el Sina
Resplandeció triunfante,
Despues que en el mar fiero
Con diestra vengadora, fulgurante,
Precipitó caballo y caballero.
¡Hija de la amargura! y ¿dónde, dónde
Está ese Dios que en portentosas lides
Engrandeció de su Israel la gloria?
¿Por qué á tu voz doliente no responde
Y suscita inspirados adalides
Que vuelen, luchen y te den victoria?
¿Cuál aquellos que alzaron
Un dia tus pendones,
Las fúlgidas espadas desnudaron
Y pávidas huyeron las naciones?
No lo esperes ¡Sion! no; tu sangrienta
En Gólgota inmolaste... ¡Reprobado
Pueblo de maldicion! El Dios amante
De Jacob, no es tu Dios; ora á sedienta
Espada en su furor te ha condenado,

J. de P. Olavarría

Y á hambre acerba, y á fuego devorante.
¡Murió, murió tu imperio!
Y con horror profundo,
Impía tierra de oprobio y vituperio,
Y eterna execracion te nombra el mundo.
¡Sion! se ha marchitado del hermoso
Carmelo la azucena delicada,
Vése marchita de Engaddí la rosa:
Cayó, cayó del Líbano glorioso
La cumbre hasta los cielos exaltada
Con sus pomposos cedros orgullosa:
¿Dó la antigua hermosura
De este sagrado suelo,
Que ahora embriagado de amargura
Humea con la cólera del cielo?
¡Ay! ¿y por qué esas bárbaras naciones
Dan gritos de placer? ¿Por qué cercado
De luz el Capitolio alza la frente,
Y resuenan magníficas canciones
Que entona el Oriente arrebatado,
Y repite gozoso el Occidente?
Cantan ¡Sion! y en tanto
Pálida, ensangrentada,
Viertes toda temblando estéril llanto
Sobre negros cadáveres sentada.
Y en tanto los Romanos arrogantes
Estendiendo feroces los nudosos
Brazos, y hollando con soberbia planta
De tus hijos los miembros palpitantes,
Con grande gozo y vivas clamorosos
Contemplad, dicen, á Sion ¡oh santa
«Jerusalen gloriosa!
»Ora tu rico sólio
»Alzarás radiante y victoriosa,
»En polvo vil hundido el Capitolio.
»¡Y qué mal la orgullosa conocía
»Nuestro furor! ¡qué mal nuestras espadas
»Y la gloria inmortal de nuestro imperio!
»¡Horrible estrago en tan alegre dia
»Hemos hecho en Sion! Sus agraciadas
»Doncellas á perpétuo cautiverio;
»Y sus sábios ancianos,
»Y sus niños hermosos,
»Y sus guerreros fuertes y lozanos,

»Son pasto dulce á buitres sanguinosos.»
¡Romanos! en el triunfo embeodados
No os ufaneis.... ¡Romanos! la victoria
No la ha arrancado valerosa diestra;
El Dios de los ejércitos armados
Que ha hecho ostentacion de inmensa gloria
Y de inmensa venganza horrible muestra.
¿Quién será, Dios eterno,
Tu igual en fortaleza?
¡Señor! ¡Señor! la tierra y el infierno
Y los cielos pregonan tu grandeza.
Tú eres ¡gran Dios! el vengador, el Santo....
Tú de trueno y relámpago ceñido
Reinas sobre el olimpo relumbrante;
Hablas y huye la mar, y con espanto
Retiembla la ancha tierra, y con gemido
Estremécese el caos vacilante....
¡Gran Dios! tú eres terrible....
¡Señor! hoy ha brillado
Tu gran dia. ¡Señor! hoy tu indecible,
Tu vengadora cólera ha estallado.
¡Oh Sion! aborrece á fementida
Adúltera al esposo ennoblecido,
Pero el Señor á ti más te aborrece....
Tú eres del Señor la *aborrecida*:
Y El, grande, omnipotente, está encendido
En furor contra tí, que ardiente crece:
Con ira vencedora
Te mueve cruda guerra;
Por siglos cien su diestra vengadora
Huirás temblando en la espantada tierra.

1835.



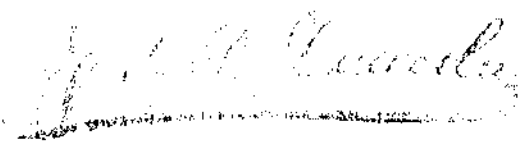
Á LAS RUINAS DE JERUSALEN.

ELEGIA.

¿Por qué tan tristes, cómo tan desiertas,
Las calles de Sion?.... ¡Oh templo santo!
¿Quién ajó tu belleza y tu decoro?
¿Quién destrozó tus sacrosantas puertas?
¿Quién en mústio silencio el dulce canto,
Y en oscuro metal convirtió el oro?
¿A dónde tu tesoro
Sion?.... Sombra liviana
Tu pompa soberana....
Ajado el cedro, cuya frente hermosa
Se alzaba con orgullo y audaz brío
Cubriendo el suelo de verdor sombrío;
Pálida está de Jericó la rosa
Y marchitas las flores del Cármelo,
Delicia de David; amor del cielo.
¡Sion, triste Sion!.... mira angustiadas
A tus hijas llorando..... á tus ancianos
Del inmenso dolor desfallecidos;
Contempla en las regiones apartadas
Tus hijos estendiendo á tí sus manos,
Del cielo y de la tierra aborrecidos.
¡Son vanos tus gemidos,
Jerusalen! Un dia
En la ribera umbría
Del Eúfrates con hierros lastimados
Tus infelices hijos ¡ay! colgaban
De los sáuces las arpas, y lloraban.,..
Mas ¡ah! tal desventura que aún te asombra
Imágen fugaz es, y débil sombra.
¿Y eres tú, hija de Dios, quien tras victorias
Cantaba el himno célico, y el manto
Rico ceñia y el laurel radiante,
Como cuando en el dia de sus glorias
Dedicó Salomon el templo santo,
Con las perlas y el oro centellante?

Salve ¡oh, reina triunfante!...
Mas ¡ay! que ora enlutada
Cual viuda desolada,
¡Jerusalen, Jerusalen! te miro.
¡Jerusalen! ¿Dó es ida tu hermosura?
Ceñida estás con manto de amargura,
El corazon cercado de suspiro;
Y humillada la frente vencedora,
Hoy esclama infeliz, ayer señora.
¡Llorad, cedros del Líbano!... en quebranto
Cayó Israel... Rasgad el sacro velo,
Vírgenes de Sion, en pena dura;
¡Oh tierra! ¡Oh cielo! ¡acompañad mi llanto!
A tí, Jerusalen, ya no hay consuelo....
¿Qué esperas tú, Jerusalen impura,
Sino eterna amargura?
Tras tí en guerra indignada
Peste, y fuego, y espada,
Furiosos van... el Dios de la clemencia
Ya no es Dios de Israel... tú has enojado
Su brazo vengador que ha traspasado
A extrañas gentes de Jacob la herencia,
Y de ira primogénita la llama,
¡Oh pueblo aborrecido! en tí derrama.
En la hora terrible, misteriosa,
Cuando la tierra y cielo enlutecidos
Gimen, y el hombre yace en sueño blando,
Suena en Gólgota voz, voz dolorosa
Que clama entre espantosos alaridos,
¡Jerusalen! ¡Jerusalen! llorando.
Repite suspirando
Su tristísimo canto
El Cedron turbulento;
Vése vagar por la tiniebla fria
Mil sombras. sollozando amargamente,
Que en eco funeral y voz doliente
Claman; «¡Jerusalen! ¡ay de tí impía!
»Tu Dios, ¡tiembla! ese Dios por tí ultrajado
»Como adúltera vil te ha repudiado.»

1835.



POESÍAS HERÓICAS.

Á LA AMNISTÍA.

ODA.

¿Por qué sonaron en la noche umbria
Cánticos de dolor? Y al escucharlos,
¿Por qué infelice Iberia, Patria mia,
El brillante ropaje desceñido,
Desordenados los cabellos de oro,
Con ciprés enlutaste la alma frente,
Diste á la pena el corazon doliente,
¡Ay! y los ojos al amargo lloro?
¿Por qué?... Del hondo Averno
Alzára con pavor de la natura
El vuelo infausto la implacable muerte;
Y cual hediondo buitre y carnicero
Agitando las alas destructoras,
Feroz se lanza en las calladas horas
Al régio alcázar del monarca Ibero.
Penetra los salones estendidos...
Se acerca silenciosa
Al lecho del dolor, donde gemia
El alto rey del español imperio:
Detente, muerte impía...
Detente, ¡ay Dios!... La España lastimosa
En breves dias con estéril llanto
Regó mas de una vez la régia tumba,
Y dos siglos el cáliz del quebranto
Está apurando de consuelo ajena:
Detente: ¡ay Dios! no intentes despiadada

Doblar su luto y acrecer su pena.
Mas no me escucha, y con feroz sonrisa
Desnuda ostenta la segur insana:
La segur ominosa que convierte
En vano polvo la arrogancia humana:
La insaciable segur que no perdona
Cayado ni corona.
Tembló España y gimió; y el dulce sueño
De los justos turbaron
Visiones que anunciaban desventuras;
Las vírgenes llorosas enlazaron
Con mústia adelfa la abatida frente:
Y los vates de Iberia tristemente
De los sauces colgaron
Rotas las cuerdas, el laud doliente.
¡FERNANDO! ¡ay adorado
¡FERNANDO! dulce padre, rey benigno.
¿Nos dejas?... ¡triste yo! ¿No poderosas
A redimirte de la muerte dura
Serán las huestes, que blandiendo un dia
La formidable lanza,
A la Francia perjura
Llevaron el terror y la venganza,
Y de fortuna y bizarría llenas,
En flores convirtieron tus cadenas?
¿No lo serán las puras oraciones
Que la nacion Hispana
Al cielo envia en lastimero luto?
¿No lo serán las santas oblaciones
Que fiel te ofrece en celestial tributo
El hijo de Leví?... Ay, que FERNANDO
Los moribundos ojos lentamente
Apénas abre... ¡Ah, cielo! En vano quiere
A su esposa estrechar con débil mano...
Llora, CRISTINA, que FERNANDO muere.
CRISTINA, ¡ay infeliz! CRISTINA, llora,
Que bien puedes llorar. Los ojos puros
Como el albor de la naciente aurora,
Como el sueño feliz de la inocencia,
Levanta al santo cielo,
Implora su clemencia,
Pídele, ¡oh reina! con rogar ferviente,
Vida á FERNANDO, á tu dolor consuelo,
Y eterna paz á la española gente.

Cristina lo pidió: no en vano fueron
Sus preces inocentes;
No en vano los suspiros que rompieron
Del Olimpo los muros trasparentes.
Tomó el Eterno en su terrible mano
La inflexible balanza,
Que decide la suerte de los Reinos;
Mirada de furor ardiendo lanza
A la Iberia infeliz, y determina
Quitarle el bien, porque la ciega gente
Mil veces le insultó... ¡mas ay! entónces
Las plegarias escucha de Cristina,
De su inocencia celestial se agrada,
Y su inocencia á la piedad le inclina.
Triunfó piedad; y á su infeliz victoria
Huye la muerte que amagó ensañada;
Alza Fernando la abatida frente;
Himnos resuenan de alabanza y gloria,
Himnos sin fin á la piedad divina:
Y al escuchar el cántico de gracias
El dulce llanto serenó Cristina.
España venturosa,
Salud mil veces: el amargo luto
Convierte en gala, y el ciprés en rosa.
España venturosa,
Salud mil veces: pero yo ¿qué veo?
¿Es sueño? ¿Es ilusion? Reina adorada,
Madre de amor, Cristina bienhechora,
¿Dónde vas, rebosando
Gracia y bondad la blanca faz y hermosa
Cual del florido Abril fresca mañana?
Yo escucho de tu voz el eco blando:
¡Oh qué voz más amable y sobrehumana!
Angel de paz, ¿qué dices? ¿qué pronuncia
Tu labio celestial, que á tus acentos
Huye bramando la discordia impía?
«Si la piedad del cielo,
»Fernando, dices, en sereno dia
»Te vuelve á mí, y á la nacion Hispana,
»Levanta á la piedad nuevos altares.
»Mira, esposo, que algunos de tus hijos
»Enajenados de tus dulces lares,
»En la orilla del Támesis umbrío,
»Y del nevado Sena

J. de P. Quereda

»Lamentan el pasado desvarío:
»Perdónalos, Fernando,
»Perdónalos, esposo, al ruego mio;
»Y aqueste dia en la veraz historia
»Dia será de bendicion y gloria.»
¡Angel de paz! ¿qué dices? ¿qué pronuncia
Tu labio celestial? Sin duda el cielo
Habló á tu corazon. ¡Oh patria mia!
Levántate... con rica vestidura
Tu belleza y tus gracias atavía...
¡Felice patria! á recibir te apresta
A tus hijos, ¡oh patria! á los que viste
En tu seno nacer... yo, yo los veo,
Si no adula mi ardiente fantasía
Sueño fugaz de engañador deseo.
Por las movibles, fugitivas olas,
Deslízanse los rápidos bajeles
Del apacible céfiro impelidos:
Sus manos á las playas españolas
Estienden ya los hijos indultados,
El corazon en júbilo indecible,
En lágrimas los ojos anegados.
¡Ay cuál suspiran en la dulce arena
Ardientes estampar el dulce beso
¡Del patrio amor! su corazon ¡cuál arde
Por saludar los plácidos hogares
En que vieron la luz del claro dia
La vez primera! Allí la casta esposa
Les aguarda, con flores singulares
Adornando tal vez el blando lecho,
Que desierto lloró: y allí el anciano
Débil padre á la tumba ya cercano.
Llegad, hijos de Iberia, á nuestros brazos:
El ósculo de paz estreche ahora
Los fraternales lazos.
Mas ¡oh sorpresa! entre delicia tanta
Mirad, hijos de Iberia, cuál gozosa
La patria á recibiros se adelanta.
Ella os estrecha en el materno seno,
Y en el regazo amable
Con amor os reclina;
Ella os conduce al escabel del Trono,
Y os presenta á Fernando y á Cristina.
¿La veis? ¡Cuánto es piadosa!

¡Cuánto es bella y divina!
Cuánto... ¡Si no es mortal!... ¡Es una Diosa!
Besad la régia mano,
Eche el olvido el suspirado velo
A lo que fué: y en lazos fraternales
Unidos, reine en el Hispano suelo
La paz, el don mayor que á los mortales
Concediera en su amor benigno el cielo.
Reine la blanda paz con cetro blando,
Y eterno viva en el hispano pecho
La piedad y el renombre de FERNANDO.
Y eterno vivirá: pudo la suerte
Mil y mil tronos en el ciego olvido
Hundir tal vez, y con estrago y muerte
La ambicion de los hombres ha abatido.
Soberbio monumento
Ensalza el poderoso dó imagina
Eternizar su fugitiva gloria:
Mas victorioso el tiempo lo arruina,
Y queda oscurecida su memoria.
Oye, FERNANDO: el monumento hermoso
Que se elevó á tu nombre esclarecido
No es de marmol y bronce que perecen:
Del español constante y generoso
En el alma tu nombre está esculpido,
Y el alma es inmortal; y tus acciones
Inmortales serán, y el grande dia,
Dia de bendicion, en que al olvido
Diste el llorado error: FERNANDO augusto,
Llegue á tu régio oido
Mi débil voz; egrégio Soberano,
En tí se complacia el pueblo Ibero,
Era tu trono el corazon hispano:
Mas despues que á tus hijos infelices
Volviste á su ventura y á sus lares,
Tu nombre se sublima á gloria tanta,
Que excede las hazañas de los Reyes,
Cual de la tierra el cielo se levanta.
Se alzó Alejandro; y de terror ceñido
Al desnudar la prepotente espada
Huyeron asombradas las naciones:
La tierra avasallada
Gimió y calló: y acaso,
Decid, ¿y acaso su mentida gloria

M. de P. Gonzalez

Puede igualarse del Monarca Ibero
A la bella y magnífica victoria?
Llamad, si lo quereis, héroe al guerrero
Que ciña triunfador la adusta frente
Con sangrienta corona,
Que yo llamaré Padre á quien perdona.
¿Admiras, ¡oh, mortal! el alto trono
Del hijo de la Grecia, laureado,
Que enriquecen zafiros y diamantes?
Está ese trono, al parecer tan bello,
Sobre hedíondos cadáveres alzado.
El régio manto, que engañoso cubre
Sus delitos, y ostenta su pujanza,
Mírale tinto en la inocente sangre,
Que clama, clama sin cesar venganza
Al Número vengador..... ¡Cuánto más dulce
Es el nombre de Padre! El afianza
En el amor su estable poderío,
No en la opresion que el ánimo embrutece.
Fernando, Rey augusto, Padre mio,
De los sábios y Reyes
Tú el modelo serás, tú promulgando
Al Imperio Español benignas leyes.
¡Magnánimo Fernando!
Padre te llama la española gente.....
¡Cuántos y cuántos siglos de ventura
Este nombre adorado la asegura!
Serás feliz, España: te lo juro.....
Que á mi espíritu ardiente
Abrense ya del misterioso templo
Que encierra lo futuro
De par en par las puertas eternales.
Los terribles arcanos
A mis turbados ojos aparecen:
No me escucheis, profanos:
¡Ah, y cuál siento la sagrada llama!
El Dios, de la piedad mi pecho inflama.
Desde el instante en que á sus hijos tristes
Indultára un Monarca esclarecido,
Depuso el cetro, airado
Por dos siglos, el y cielo, complacido
Miró á la Iberia; y en el libro eterno
Guardado por Arcángeles divinos,
Dó del mortal en el lugar del lloro

Escritos aparecen los destinos;
Grabó con letras de oro
Su gloria y su poder: será que un dia
Céfiro blando en las amigas olas
Tremole las banderas españolas,
Robando al sol las velas estendidas
El oprimido mar: y el vasto imperio
Dó muere el dia en que su negro trono
La discordia ensalzó, será que rinda
La cerviz rebelada
Al esgrimir el español guerrero
Ardiendo en ira la brillante espada.
Entónces, ¡ay! al nombre de la Iberia
Callará silencioso el mundo entero:
Y ceñida la sien de olivo y rosa,
Del cielo entónces con sonrisa amable
La paz descenderá blanda y graciosa.
En acordes cantares
Ensalzarán sus bienes soberanos
Orillas del humilde Manzanares,
Del bello Turia, del florido Bétis,
Los vates de la Iberia, y de contino
Soñarán en su lira peregrina
Los nombres de Fernando y de Cristina.
Cristina, sí, que las escelsas artes
En el Trono asentó..... ¡Reina adorada!
¡Ay Dios! si á quien tan solo
Florecer viera diez y siete Abriles
Prestára inflamacion el sacro Apolo,
Desde dó nace la rosada aurora
Hasta dó el carro esplendoroso inclina
El sol de eterna majestad cercado:
Yo estendiera tu nombre idolatrado,
¡Oh, de España inmortal Restauradora!
¡Iris de paz! ¡Angelical Cristina!
Mas aunque sea de cantar tus gracias
Y tus virtudes mi laud indino,
A tí yo le consagro: tú me inspira;
Y antes que olvide tu favor divino,
Hijos de Apolo, destrozad mi lira.

Enero de 1833.

J. de P. Larrea.

A SAN FERNANDO.

¡Y cuántos esforzados campeones
La espada vengadora levantaron
A quebrantar, oh Patria, tu cadena!
¡Cuántos el Tajo, el Bétis admiraron
Con la sangre agarena
Vencedores teñir su ardiente arena!
Mas cual el Sol de majestad ceñido
En el Olimpo victorioso brilla
Las débiles estrellas eclipsando:
Así tú entre los héroes de Castilla
Resplandeces, FERNANDO.
Llegó, llegó el instante
Alzaste el grito, respondió la España,
Y el duro peto, y el arnés brillante
Y la terrible saña
Preparó: tú á la frente
Te ves de los invictos escuadrones
Y haces temblar á la africana gente.
Sombras de aquellos que en amargo dia
Vió espirar enturbiado el Guadalete:
Romped las losas de la tumba fria,
Sombras infortunadas,
Y en ira santa el corazon ardiendo
Con lúgubre quejido
Acosad á las huestes aterradas.
Ya corre á la venganza
FERNANDO y á las haces enemigas
Cual pavoroso rayo se abalanza.
Ata á su carro la falaz fortuna
Y de Cristo á la insignia triunfadora
Se ve humillarse la africana luna.
Cae Jaen; Granada se estremece:
Y tú que levantabas
Esa frente orgullosa, tú, Sevilla,
Al héroe de Castilla
Admiras vencedor. En noche triste

Vagando en la ribera solitaria
Del adormido Bétis, al confuso
Murmullo de sus ondas,
Es fama que la sombra de tus Reyes
En silencio gemia
Y el desastre comun te predecia.
Mas ¡ay! en vano fué: se ve á FERNANDO
En tus torres alzadas
Tremolar las banderas españolas:
En vano ¡ay Dios! sollozan enlutadas
Las hijas de Ismael y ardiendo en ira
El Arabe feroz tiembla y suspira.
Venció FERNANDO: ¿mas su gloria acaso
A vencer se ciñó? ¿Yo envileciera
La sacra inspiracion, cantando hazañas
Que Dios no coronó? Si le apellidan
Héroe grande admiradas las Españas,
Hijo le dice del Señor la Esposa,
Y levanta á su nombre mil altares,
Y consagra en su honor dulces cantares.
¡Hijo de bendicion! desde tu infancia
La Religion con su apacible manto
Te cubrió sonriendo;
Benigno el cielo santo
Te inspiró al corazon, y tú sintiendo
La llama celestial, y arrebatado
De su amor, en su amor te consumias
Y el alma sin mancilla le ofrecias.
¡Cuántas veces del Dios crucificado
Ante el ara sangrienta
El cetro y la corona deponias!
¡Oh Reyes de la tierra!
Escuchad y aprended... por eso el cielo
En él cifró sus dulces complacencias
Y á su frente ciñó divinas rosas
Que jamás se marchitan... Llegó el dia...
FERNANDO convertia
Al Dios de amor los ojos inocentes,
Y allá en su fantasia
La amable imágen de la dulce patria
Como ligera sombra discurria.
Durmió FERNANDO en el Señor del cielo:
Alma preciosa, de tu Dios amada,
A la excelsa morada

Vuela ya, que las puertas eternales
Se abren de par en par; y te saludan
De Miguel las escuadras celestiales.
¡Guerrero del Señor!.. Del Santuario
Dó está el Padre velado con su gloria
Tú la guarda serás... Tú relumbrante...
Con la espada brillante
Armada ya tu vencedora diestra
Levántala para defensa nuestra;
Jamás olvides á tu fiel España;
No permitas jamás que los impíos
De la virtud ajenos.
La virtud amancillen de los buenos.
Y escucha en tanto resonar alegre
En tu loor el himno de victoria:
Mas ¡ay! permite que al cantar tu gloria,
Recuerde España, y funerarias flores
Piadosa esperanza en el sepulcro frio
De aquel FERNANDO que esgrimió su espada,
Y estremecida sucumbió Granada.

30 Mayo de 1833.

NAPOLEON EMPERADOR.

Tú eres, gran Dios, el sólo en poderío:
Tú por la voz del trueno
En su ódio estremeces al impío;
Y cuando el mundo vil huella tus leyes
Dejas dormir al rayo,
Y enloqueces la ira de los reyes.

Hablaste ¡oh Dios! y relumbró una espada,
Huyeron las naciones;
¿Y qué fué el orbe ante Alejandro?... nada.
Hablaste; y con furor se arroja Atila
Sobre la Europa, y siente
Su mision, y devora, y aniquila.

¿Quién, sino tú, del hijo de la guerra
Armó el brazo robusto,
De cuyo golpe aun tiembla la tierra?
De ese varon tremendo, soberano,
Que ayer triunfó en Europa,
Y hoy duerme en los desiertos de Oceáno.

Grande fué: de fortuna lisongera,
Voló en las alas de oro
Resplandeciendo en su triunfal carrera;
Como ese sol que en centellante vuelo
Cruza majestuoso
La soledad espléndida del cielo.

Vedle en los Alpes, cuya altiva frente
Yertos robles coronan,
Creciendo al son de tempestad rugiente.
El héroe admira allí en vision divina
De Anibal la alta huella,
Y ser mayor que Anibal imagina.

Y ve á sus piés magnífica y hermosa
Estenderse la Italia.
Luz suave ilumina, y olorosa
El aura halaga en amoroso vuelo
Aquel jardin florido...
¡Tierra que adora el mundo y ama el cielo!

¡Tierra santa, riquísima de glorias!
¡En tí grandes sepulcros,
Grandes nombres en tí, grandes memorias!
¡Ciudad augusta por tu acero y leyes
Del mundo hecha señora!
¡Oh Roma, cuyos hijos eran reyes!

¿No ves, y vos naciones, al que brilla
En esa alzada cumbre?
¡Rayo es de Dios, terrible á maravilla!
Y va á cubriros de pavor profundo,
Que su cetro es su espada,
Y su espada será cetro del mundo.

En vano á combatirle os alzais fieras;
En vano cien mil lanzas
Brillan al tremolar de mil banderas.
Él llega, y... ¿dónde están? ¡ah! quien consigue
Huir, huye asombrado,
Que el terror de su nombre le persigue.

Ya no hay lid, ya no hay gloria, y su alma anhela.
Oyó que otras regiones
Ricas son en laureles, y allá vuela
Su escelso genio á desplegar ardiente
En los vendidos yermos,
Que alumbra el cielo del dorado Oriente.

¡Vedle grande en sublimes soledades!
Ante él los monumentos
Que la mano elevó de cien edades:
Ménfis tambien fué allí; la que se ornaba
Con los mantos de reyes,
Y hoy pregunta el viajero: ¿dónde estaba?

Pero truena el cañon, se encienden lides,
¿Y quién se erguirá osado

El brazo y genio á contrastar de Alcides?
Osalo atroz, mas de terror cubierto
Huye de sus miradas,
Entre humo y sangre el hijo del desierto.

Y el héroe en su victoria se recrea,
Y aclama á las pirámides
Testigos de su gloria, y centellea.
¡Napoleon! la obra agigantada
De reyes y de siglos,
Magnífico testigo es de su nada.

¿Más qué miro? ¿no veis la blanca vela,
Que por fáciles olas
Arrebatan los céfiros, y vuela?
¿Veis ese manto de oro y pedrería
Que ciñe Francia, un grito
Arrojando soberbia en su alegría?

Es su héroe, su invicto en la batalla;
Por quien ella á la Europa
Dirige la gran voz, y Europa calla.
No va á dormir cabe el triunfante Sena
Dulces sueños de gloria;
Va á aparecer en Austerlitz y Jena.

Súbito se ennegrece el horizonte,
Da el trueno su estampido,
Luce el rayo; está ya abrasado el monte.
Así Napoleon; poder del cielo
Hay en él; su mirada
Lleva á Francia á la lid, y asombra al suelo;

Que en silencio se postra... y Francia hirviente
De gozo, un cetro de oro
Le da, y sus hierros ¡mísera! no siente.
El los cubre con flores de victoria,
Y alza sobre el sepulcro
De libertad el ara de su gloria.

Y á embellecerla triunfador desciende
Del trono, y con el fuego
Que abrasa al suyo, el corazon enciende

De Francia: ¿no la veis? como un guerrero
Al son de la trompeta
Se alza, cubierta de lumbroso acero.

Y... ¡pérfido! ¿ruina y muerte á España
Das en horrible pago?
¿No te estremece despertar su saña?
¿Nunca asombró á tu sueño en noche impía
De San Quintin la imágen,
Ni la sangrienta sombra de Pavía?

Bien: amancilla el esplendor sereno
Con que vuela á los siglos
A dar tu nombre un siglo de tí lleno:
Bien, ¿y qué lograrás? que tu arrogancia
Se estrelle en corazones
De Sagunto, en hogueras de Numancia.

¡Oh, gran Dios, que tu ira la consuma!
Asaz heriste á Europa.
Con el peso de Europa á Francia abruma:
Y da terrible muestra de tí mismo,
Tú que elevas los reyes
Al cielo, y los arrojas al abismo.

¡Naciones! un instante, y el Dios fuerte
Destrozará su azote.
¡Gózate apriesa, espada de la muerte,
Gózate apriesa, que aun te da tributo
Europa de su sangre,
Vistiendo en la agonía horrible luto!

Y tú, Napoleon, avanza, avanza,
Antes que la hora suene,
A destrozar al golpe de tu lanza
El corazon feroz de ese gigante
Que en tremendo alarido,
Ya el pié en Europa estampa amenazante.

¡Oh, Dresde! ¡nunca el héroe brilló tanto!
Allí se le humillaban
Blancos cabellos sobre régio manto,
Y ansiando en su furor la hora oportuna

Postróse de rodillas
La soberbia adorando á la fortuna.

Y al verse el héroe en el sublime sólio,
Y en torno suyo reyes;
Al mirar á sus piés el Capitolio,
El Danubio y el Rhin, y el gran murmullo
Oir de cien naciones:
«Omnipotente soy,» dijo en su orgullo.

Dios lo oyó, le miró, retembló el cielo...
Y hoy, cuando negra noche
Envuelve en su gran sombra al mústio suelo,
En el desierto mar luna serena
Baña con rayo frio
Un humilde sepulcro en Santa Elena.

Valencia 28 de Febrero de 1839.

F. de P. Lucrecia

NAPOLEON EN SANTA ELENA.

¿Dó está el héroe, decidme, que encendia
Contra naciones ciento áspera guerra,
Y en potente furor prevalecia
Y con sus triunfos enlutó la tierra?
¡Ay de quien irritaba sus venganzas!
La frente sacudia,
Alzábanse impacientes cien mil lanzas,
Y se arrojaban por el aire vago,
Mensajeras de estrago,
Y de espléndida gloria
Aguilas, cuya esclava es la victoria.
De laurel que gotea sangre y llanto
Orna su frente el vencedor, da leyes;
Y escúchanlas en silencioso espanto
Só el rico sólio pálidos los reyes.
¿Qué es del héroe, decidme? A isla desierta
La soñolienta luna,
Ilumina con rayos moribundos,
Y al dudoso esplendor se alza en su orilla
Negro peñon, que ronco el mar combate...
Ved allí al héroe, fuerte á maravilla,
¡Reyes, temblad á Dios que alza y abate!
Ved allí al héroe abandonado y triste:
Triste, empero sus ojos centellean,
Y en él augusta majestad espanta;
Rey sin trono aliméntase de orgullo,
Y vive de memorias y deseos,
Y en alta idea con soberbia planta
Huella de cien victorias los trofeos.
Miradle ahora al silencioso rayo
De blanca luz; miradle: aquella frente
Dó hierve el pensamiento engrandecido
Pálida está; miradle; aquel gran pecho
Capaz de un mundo, y más, lanza un gemido.
Contempla tristemente al Occeáno

Que inmenso, desplegándose y sonoro
Baña las playas de su dulce Europa;
Ora allí duermen bajo techos de oro
Reyes, Napoleon, reyes que fueron
Esclavos coronados
De quien su esclavo es hoy; mas aún se aterran
A tu nombre, y en sueños azorados
Ven tu imágen terrible, ven tu diestra
Escelsa en poderío
Que tocaba sus tronos, y se hundian...
Y despiertan temblando en sudor frio.
Tiemblan: en tanto que en amor se enciende
Del patrio suelo, y palpitando estiende
Sus manos, sus miradas
Hácia la Francia, bella, encantadora,
El héroe grande que su sombra adora.
«Francia, mi amada Francia,
¡Ay, para siempre! adios: tú en la memoria,
Tú aquí en mi corazon, tú de mi infancia
Dulce amor, compañera de mi gloria
Adios, amada Francia.»
Diciendo así, la frente
Deja caer entre las manos trémulas
Y se agolpa á sus ojos lloro ardiente.
A veces con su célica dulzura
La ilusion le embriaga,
Y ya imagina que soberbio vaga
Por el áula imperial, y con ternura
Besa al hermoso hijuelo,
Un dia su esperanza, hoy su amargura:
Ya en noche deliciosa,
Rey del mundo se aduerme en blando sueño,
En los floridos brazos de su esposa;
Ya en derredor de sí ve escuadras fieras
Y oye estrépito de armas y caballos,
Al viento desplegadas mil banderas;
Y al frente de invencibles campeones
Gloria eterna de Francia,
Rey que jamás tembló, Soult rayo en guerra,
Massena á quien amaba la fortuna,
Por entre las atónitas naciones
Va relumbrando á encadenar la tierra.
¡Ilusion! ¡ilusion! vuelve los ojos...
Sombras, rugir del viento, mar profundo,

BIBLIOTECA

Esa es tu córte, vencedor del mundo.
Para tí ya no viene la esperanza;
El sepulcro te aguarda, no el imperio:
Y ama Albion deleitar á su venganza,
¡Infeliz! en tu eterno cautiverio.
¡Cuál te abrasas en furia espantadora
Al nombre de Albion! ¡Cómo se encienden
Odios que tu alma acérrima atesora!
«¡Oh furor! ¿de esa vil, yo, yo, el esclavo?
¿Quién á mi Francia ansiada
Me diese á mí volar? Yo perdí el cetro,
Pero tengo mi nombre, y esta espada.
A gritos espantára á las naciones,
A gritos convocára á mis legiones,
Todos contra Albion que vil me infama,
Y ébrio de gozo palpitar la viera,
Y al ímpetu caer de hierro y llama.»
Así el héroe fluctúa
De iras en tempestad; llamas, aceros,
Combates sólo ve, y en el delirio
Grita á sus ferocísimos guerreros.
Guerreros de la Francia honor y escudo,
Mirad á vuestro Rey; él os guiaba,
Desolacion de pueblos, á arduas lides:
Gloriosos adalides,
Este fué vuestro Rey.... ¡cuánto os amaba!
¿Quién en paz más grandioso,
Quién se alzó más tremendo en la pelea?
De su genio sublime, portentoso
Testigos las pirámides de Egipto,
Y de Austerlitz el sol testigo sea.
Como del Etna hirviente, rojeando,
Se alza la llama en noche tenebrosa,
Y á cien pueblos ondea amenazando;
Tal en medio de Europa sus pendones
Agitando y la espada esplendorosa
Voz de combate y destruccion lanzaba;
Frio temblor ceñia á las naciones....
Sólo el leon de España no temblaba.
Más que César veloz, fiero que Atila,
Su voz es trueno que espantando suena,
Su diestra, rayo que hórrido aniquila.
¿Qué valieron su rápida carrera
Cien rios espumosos

A contrastar, y altísimas murallas?
Hundíanse á sus piés rotos imperios,
Y su nombre triunfaba en las batallas.
Y lleno de su nombre con espanto
Su triste siglo mostrará al siguiente
Valor y hazañas, pero sangre y llanto.
Y le dirá su gloria soberana,
Y le dirá..., que en solitaria arena,
Ejemplo grande á la ambicion humana,
Vióse al *glorioso* en Austerlitz y en Jena.
Tal dominaba en la montaña umbría
Alta encina y ñudosa
Riquísima en vigor y lozanía:
En vano en derrocarla victoriosa
Se abinca el hacha; rómpese á pedazos:
Mas sombra borrascosa ahuyenta al dia,
Reina la tempestad, turbion furioso
Sobre ella rando lánzase, lo embiste
Bramando, estremeciéndola, sus ramas
Pomposas despedaza; ella crugiendo
Doblégase y resiste; pero en vano,
Que cae al fin con resonante estruendo.
Así cayó el varon á quien fortuna
Del universo al encumbrado trono
Llevó radiante desde humilde cuna.
¿Pero quién de poder en larga muestra
El soberbio jigante arrojó al suelo,
Y al cieno inmundo su imperial corona?
No fué, Europa, no, fué tu flaca diestra:
Fué el Dios que de la nada colgó al cielo,
Y á los pasmados reyes alecciona.
El que no necesita de sus bríos
Para, cogiendo al mundo por sus cabos,
Sacudirle, y lanzar á los impíos.
Dios envió á ese rayo de la guerra
Que te purgase en su furor violento;
Dios destroza su mísero instrumento
Cuando le aclamas tú, Rey de la tierra.

AL SOL.

ODA.

¡Quién las alas del águila me diera,
Y en vuelo soberano
Volar del Andes á la excelsa cumbre,
Y ver allí sobre mi frente al cielo,
Y á mis piés estenderse el Occáno!
¡Ah! desprendido de la tierra impura,
Lejos de mí el puñal del asesino,
Y de lisonja vil el vil incienso,
Mi espíritu á los cielos volaria:
La inmensidad, la inmensidad ansía
El corazon, ¿por qué? porque es inmenso.
Y allá elevado, con audaz mirada
Magnánimo siguiera
Al sol radiante en su triunfal carrera,
Cual águila imperial que en rico vuelo
Soberbia remontándose hasta el cielo,
Mira inmóvil con párpado valiente
La pompa de su luz resplandeciente.
Salud, astro glorioso, tú que inflamas
Los orbes á millares,
Y en ellos vida sin cesar derramas,
De luz hermosa derramando mares.
Hermosa, ahora ensalces en oriente
La escelsa frente de oro,
O ya la inclines con triunfal decoro
En los sonoros mares de occidente.
Entonces yace el mundo
Envuelto en la gran sombra,
Y en silencio profundo.—
—Y reposaba así, cuando el Potente
Vivificó la nada,
Que yacia natura desmayada

Sin luz y sin color: mas su divina
Frente ensalza el Señor, y el sol se lanza
Del oriente, y sus obras ilumina.
Y aparece á sus bellos esplendores
La tierra sonriendo,
En sus montes de cedro y verde pino
Vestida, y en sus valles de almas flores:
Y la ciñe el gran mar resplandeciendo,
Y sobre tierra y mar majestuoso
El cielo se despliega,
Bello con vírgen luz y azul hermoso.
¡Ah! desde entónces su inmortal carrera
Sigue el sol centellante,
Cual rápido jigante.
Ya blanda luz nos da, y calor suave,
Y aparece la dulce primavera,
Y florecen la rosa y los amores:
En ellos la natura se embriaga,
Suspira la paloma,
A su amada el leon rugiendo halaga.
La tierra entónces, cual reciente esposa
Se reviste una túnica de flores
Al blando son del aura deliciosa.
Mas ya el sol nos envia
Su rayo moribundo, y, triste el cielo,
Yace la tierra despojada y muda.
Sólo se escucha en sus tremendas sañas
Enloquecerse negros huracanes,
Y bramar las montañas.
Próvido así, nos das las estaciones
¡Oh hermoso sol!... y en juventud eterno
Ves rápidas pasar á las naciones,
Y ves cual de trompetas al sonido
Alzanse los imperios, y triunfando
Al mundo huellan con furor de infierno,
Y véngale al caer en estampido;
¡Tú siempre hermoso en juventud eterno!
Tú viste á Adam, que la grandiosa frente
A contemplarte alzaba;
Tú viste cual la tierra se embriagaba;
Tú viste, como dando altos bramidos
A ella lanzóse el mar.... y te asombraste....
Y con luz triste y pálida
El gran desierto de aguas alumbraste.

Dinos, ¿cómo en Egipto á sus tiranos,
Atestiguando su orgullosa nada,
La esclavitud alzaba monumentos?
¿Quién abrió con gran mano los cimientos
De esa ciudad, á quien llamó señora
Temblando el Orbe, y ni esqueleto es ora?
Y ¡ay! ¿qué se hicieron los heróicos dias,
En que grande mi patria y majestuosa
Ceñia de victoria el rico manto?
¿Dó está la vencedora de Lepanto?
¿Iluminaste ¡oh sol! mas osadía,
Virtud mas generosa,
Que la de aquellos que, en endebles naos,
Recorriendo el gran mar ronco y profundo,
Preguntaban al cielo,
Dónde habia otro mundo?
Y hoy desgarrada y trémula palpita
La que en sublime majestad se alzaba;
Y hoy la augusta señora es vil esclava...
¡Alumbra, oh sol, alumbra al bello dia,
Que á mi patria infeliz torne su gloria;
Florezcan cual un tiempo florecieron,
Bellos como tus rayos
Sus laureles de espléndida victoria!
¿Y cómo lo serán?... ¿Por qué lo fueron?
Porque mi patria en Dios su alta esperanza
Fió; porque invocaba el nombre santo
Cuantas veces su diestra alzó la lanza.
Por eso egrégia en hechos y en varones
La vió el mundo marchar majestuosa,
Y al frente relumbrar de las naciones;
Mas hoy ¡ingrata! en fementido anhelo
Al polvo vergonzoso
La frente humilla que elevaba al cielo.
Alzala, patria mia; patria mia
Alzala, contemplando al sol hermoso,
Que ese es el sol de Méjico y Pavía:
Tal vez su vista encenderá en tu pecho
La fecunda memoria
De tus altas hazañas: tal vez ella
Te vuelva á Dios que te ensalzó triunfante,
Y hoy por tus vicios mísera te estrella.
Mira al sol, ama á Dios, y entona el canto:
Pues ¿quién hay, que al mirarte no se asombre

¡Oh sol! y no se humille de Dios santo
A engrandecer, y á bendecir el nombre?
Tú su imágen á tierra y cielo ofreces;
Tú que en el campo inmenso y cristalino
Reinas solo, y eterno resplandeces;
Tú que fecundas, alumbrando mundos;
Tú que das á noctivagas estrellas
Sus luces melancólicas y bellas,
Y variados colores
En valle sonoroso á tiernas flores.
A tí ¡oh sol! hizo Dios su mensajero;
Desque por vez primera al negro espacio
Vestiste de fulgor y de belleza,
A las generaciones
Y á los siglos que huyen, su grandeza
Vas diciendo inmortal... Alzad, naciones,
Alzad la frente al sol; en él escrito
Vive el nombre de Dios... ¡Sea bendito!

1838.

Á LA VICTORIA DE LAS NAVAS.

ODA.

Cantemos al Señor: ¡bendito seas,
Gran Dios de los ejércitos triunfante!
¿Cómo te ensalzaré? ¿Quién semejante
Será á tí, vencedor en las peleas?
Canta, España: su diestra omnipotente
Fulminó en tu favor en trance fiero;
De los hijos de Agar devoró ardiente

Carro, y lanza, y caballo y caballero...
¡Embista negro espanto
A quien odie, Señor, tu nombre santo!
Alzóse armada el Africa furiosa;
Se alzó, y nervuda diestra sacudiendo,
En espantable cólera rugiendo
Hizo brillar su espada pavorosa;
Y agitando los bárbaros pendones,
Gritó con alarido:
«¿Y sufrireis, magnánimas naciones
»Que los cristianos, míseros esclavos,
»Destrocen sus cadenas, ciñan bravos
»Laureles de victoria...
»¡Oh dolor! y de Alá huellen la gloria?
»¡Campos de Guadalete!... ¡Vencedores
»Coronados de lauros indecibles!
»¡Oh hijos ingloriosos! ¡oh terribles
»Tristes sombras de padres vengadores!
»Oid su voz; su voz suena indignada:
»Con sangre hemos regado nuestro imperio,
»Volad á sostenerle; á cautiverio
»Las doncellas, los niños á la espada:
»Y en perdurable ejemplo
»Asolad, asolad de Cristo el templo.»
Dijo: y desde su trono fulminante
Lo oyó, y tronó el Señor en ira ardiendo;
Y súbito retiembla con estruendo
Espantoso el olimpo vacilante;
Enciéndense las copas de venganzas,
Brillan rayos furentes,
Tienden sus alas, y de fuego lanzas,
Angeles mil y mil, vibran ardientes:
Habla, Señor... turbada
Naturaleza tornará á su nada.
Y entretanto los mares se escondian,
Gimiendo bajo el peso de las naves;
Con fresco son los céfiros süaves
Sus blancas velas cóncavas henchian,
Que sombreaban las inquietas olas:
Temblaron de placer los africanos,
Al divisar riberas españolas;
Irguieron su alta frente los insanos,
Y el acero apretaron
Y de furor sus ojos relumbraron.

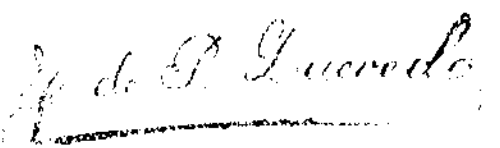
A las playas con roncos alaridos,
Lánzanse, y á su vez Andalucía
Carro, alfanje, furor prepara impía...
Desparecen los llanos extendidos,
Y los montes, cubiertos de guerreros,
Que donde quier los encendidos ojos
Convierten, en su gloria y poder fieros;
Y gozan ya en idea los despojos,
Y dicen: «Haga nuestra
»Ora su Dios de salvadora diestra.»
Señor, ¿y contra tí? la impía gente
¿Contra tí, excelso Dios?... Mas yo ¿qué veo?
No burla, no, de engañador deseo
Sueño fugaz, mi corazon, mi mente...
¿Quiénes son esos fuertes campeones
Que conduce el Señor á la pelea?
Brilla la roja Cruz en sus pendones,
En sus diestras la espada centellea;
Dios es quien fortalece
Su brazo en lid, y su ánimo enardece.
¡Héroes, un tiempo de la patria mia
Sosten y honor, y ahora celestiales
Milicias con laureles inmortales
Resplandecientes en eterno dia!
Ora embrazais escudo más hermoso,
Ora blandís acero más brillante...
¡Padres! ¡Oh padres! desde el sólio hermoso
Que enriquece el zafiro y el diamante,
Con amor, no con saña,
Volved los ojos á la triste España;
A vuestra fiel España. En noble anhelo
Sonará en tanto mi exaltada lira;
Dirá cual palpitando en santa ira,
A hueste infiel abominable al cielo,
«Venid, clamásteis; merecido pago
»Os darémos, inícuos agresores:
»Sangre con sangre, estrago con estrago;
»Vosotros en caballos voladores
»Fiais, y en fuego y lanza;
»Nosotros en el Dios de la venganza.»
Y cual voraz, embravecida llama
Céhase, restallando en alta sierra:
O como el viento, de confusa tierra
En las hondas cavernas pugna y brama,

J. de P. Larrea

Sordamente el profundo retumbando,
Precipítanse en férvida pelea;
Y mézclase rugiendo bando y bando,
Y el aturdido suelo en sangre humea,
Y gime y se estremece
Y con el polvo el cielo se ennegrece.
Y los aceros crúzanse veloces,
La lanza va á encontrarse con la lanza,
Roncas iras encienden la matanza,
Y tiembla el aire en horrorosas voces...
¡Ved cuál huyen, cuál huyen!... ha triunfado
El Señor, el terrible, el poderoso
Sobre altísimos cedros exaltado,
Sobre el excelso monte y orgulloso...
¡Oh! Dad, dadme la lira:
La lira celestial; que Dios me inspira!
¡Ved cuál huyen, cuál huyen los impíos!
Pálidos ¡oh! y ansiosos y temblando...
Mirad, cuál los acosa centelleando
El español indómito... ¿Los brios
A dónde del valor? ¿A dó, los carros
Aligeros? ¿A dó los espumantes
Caballos? ¿Dó los fuertes, los bizarros
Bárbaros, que volaban arrogantes,
Desnuda la cuchilla,
A devorar los campos de Castilla?
¡Mirad á los insignes campeones
Que sacudieron con furor la tierra!...
¿Y esos son ¡ay! los que en sangrienta guerra
Yermaron atrozmente á las naciones?
La tierra en vuestra muerte ha revivido,
Las naciones palpitan de alegría,
¿Quién abatió ese cedro enaltecido
Que la frente en los cielos escondia?
Ví su pompa: ¡qué fiera!
Pasé, volví á mirar, y ya no era.
Alzate, España, y triunfa, que el glorioso
Clamor hinche la tierra, al cielo llena...
Españoles, ¿oís, oís cual truena
Una voz en Oriente luminoso?
Voz en Oriente, voz en Occidente,
Voz que enciende mi patria á la venganza:
¡Mirad, cuál por los aires refulgente
Vuela, agitando abrasadora lanza,

Y en voz que al impio aterra,
Clama Arcángel terrible: «muerte y guerra»!
Y al grito vencedor alza medrosa
Su yerta frente el Africa turbada;
Y escuálida y llorosa, la mirada
Clavando ávidamente en la espaciosa
Desierta mar, ¿y dónde mis queridos?
¿Y mis hijos... dó están? clama temblando...
Tus hijos... ¡oh, tus hijos! ya ceñidos
De gloria están, y de esplendor triunfando;
Tus hijos... muerte cruda
A la España ora dan con asta aguda.
Aguarda, irán, irán. Tú, de victoria
Ciñe el manto y laurel... ¡España! ¡España!
Hierva esta vez en vividora saña,
¡Hierva tu corazon! No sed de gloria;
Ira del cielo te arrebate; ardiente
No desciñas el casco; está encendido
Tu acero, y de venganzas impaciente;
Vuela, y pasa la mar, y con rugido
Y hierro despiadado
Despedaza su pecho amancillado.
Y un fuego vengador á esas naciones
Devore hasta en sus últimos alientos:
Y sobre sus cadáveres sangrientos
Tremolando tus rojos pabellones,
Alza, España, la diestra asoladora,
Y sacude la espada fulminante:
Suene tu voz cual trueno, de la aurora
Retumbando hasta el hondo mar de Atlante.
Dí, España: «la victoria
»El cielo me la dió, suya es la gloria.»

Abril de 1835.



Á D. JAIME I, REY DE ARAGON,

CONQUISTADOR DE MALLORCA Y DE VALENCIA,

con motivo de la fiesta secular celebrada en esta ciudad en el año 1838.

Ese sol, que brillante soberano
Por el sonante mar la frente asoma,
Y alumbra al cielo en su triunfal carrera,
¡Qué vió seis siglos há! Vió de Mahoma
La bandera cayendo, y la gran mano
De Jaime tremolando otra bandera.
¡Rey invencible de invencibles huestes,
Rico en laureles é inmortal decoro,
Un ángel en las bóvedas celestes
Grabó tu bella historia en letras de oro!
Eras niño, y la espada heróica un dia
Ya resonaba en tu siniestro lado;
Ya en tus miembros floridos
Crugía áspera malla;
Majestad en tu faz resplandecia;
Y palpitando al són de las trompetas
Codiciabas volar á la batalla;
Como jóven leon que ya desea
La lid, y se abalanza por sombría
Alta selva, y rugiendo centellea,
Pues desusada siente
Gran fuerza hervir en la tremenda garra
Y en el pecho feroz cólera ardiente.
Cien muros vacilaron
Y otros ciento, al sonido de su espada:
La mar miró espantada
Sombrear las velas de Aragon sus olas.....
Llegó, tronó, y el balear, caido,
Vió ondear las banderas españolas;
Mas no el héroe dormido
A su sombra se vió: no, que le inflama

Del Cid la incorruptible alta memoria,
Y oye su voz que desde el Túria clama,
Y de allí al Túria vé senda de gloria.
Y vuela, y no cual tempestad sombría
Que en rayo abrasador estrago envia,
Tronando en su carrera asoladora;
Vuela, cual sol que al florecer la aurora
Brillante vencedor de niebla inmunda
Con rayo hermoso al colorar fecunda:
Le vieron, y encendiéronse, y con mano
Robusta alzaron poderosa lanza
Fieros hijos de Alá..... Mas ¡oh! fué en vano.
De hierro armados y furor sañudo,
¿Qué en contra de su grande y fuerte escudo,
Con furor arrojándose, pudieron?
Alzó la espada, y relumbró, y cayeron.
¡Salud, Rey de Aragon! Tú la rodilla
Doblas, grande, y de triple diadema
Tu augusta sien ornada, á Dios se humilla.
¡Salud, Rey de Aragon! Fué en tí exaltado
Sobre cedros del Líbano el Dios fuerte.
Su voz sonó: tu diestra ha derrocado
El vil altar que sombreó la muerte.
Caiste, sí, caiste, media luna;
Tú, que hicieras soñar en cielo impuro,
Y mi frente humillar á la fortuna:
Sólo á Dios temo, y por su nombre juro.
Tu Dios, Jaime, es mi Dios; él las edades
Crió en su eternidad, y al ver su anhelo
Del cáos en las negras soledades,
Se alzó brillando, y desplegóse el cielo:
Este es mi Dios; su nombre soberano
Cantando ensalzaré. ¡Que llegue el dia!
Venid, diré, y herid: yo soy cristiano.
Dios grande, Dios potente en paz, en guerra,
Tú me das libertad, si usurpadora
La vil iniquidad, huella la tierra:
Cargad sobre mi frente el férreo yugo;
¿Pensais la humille yo? La alzo triunfante,
Asombrando á mi pálido verdugo;
Porque sé que tú al fin darás el pago;
Que no hay para tí aceros, no hay murallas,
Dios terrible, si truenas con estrago;
Mas terrible..... si callas.

M. de P. Lucrecia.

Alzate, España, y dí: Yo al sarraceno
Por tí lancé de la imperial Granada;
Yo del Africa al seno
Precipitéme con triunfante espada;
Recorrí los desiertos de Oceáno,
Ví mas allá otro mundo,
Y el cetro de dos mundos fué en mi mano;
Lepanto me conoce; y cuando, ardiente,
Rayo que resplandece y que devora,
Napoleon dió leyes
A trémulas naciones,
Su pié sobre los mantos de los Reyes,
Tú me esforzaste, ¡oh, Dios! Me alcé lidiando
Y con alto decoro,
Guardé en mi frente la diadema de oro.
Y el Dios que envia el láuro en las batallas,
De héroes á las cenizas inmortales
Da gloriosos sepulcros,
Y en carro volador, que luz derrama,
Les arrebata á sus hermosos cielos,
Y el orbe, en tanto, bendiciendo aclama.
Dilo, tú, á las naciones, patria mia;
Tu corazon ya salta al estampido
Del cañon: las campanas clamorosas
De sí lanzan al aire el gran sonido,
¿Oís la victoriosa vocería?
¿No veis la muchedumbre inmensa, que ora
Se atropella con planta voladora?...
Apartad, apartad, ¡soy el poeta!
La gloria á mí guardada,
De, en generoso anhelo,
Cantar su nombre, y á la faz del cielo...
¡Dejad que mire esa invencible espada!
¡Espada que asombraba á los infieles,
Espada que segó ricos laureles,
Bandera á no domados campeones...
Esta dió libertad á dos naciones!
¡Ea! alfombrad de flores
Su carrera triunfal; alzad altares;
Hierva todo en sonoras alabanzas,
Y á la guerrera luz de fuertes lanzas,
Y al gracioso ondear del blanco lino,
Formad, hijas del Túria, leves danzas,
Himnos cantando al vencedor divino.

¡Cantad, y no ceseis! que á mí hasta el cielo
Me arrebata fervor que el cielo envia,
Y á ilusiones dulcísimas me entrega.
¿Qué no lo veis? el velo cristalino
A mis ojos magníficos se pliega,
Y miro al pié del santuario eterno,
Entre radiantes círculos de soles,
Los héroes españoles...
Y á tí tambien... á tí, gran rey... ¡Ah! ¡Padre!
¡Ah! ¡Padre! ¿qué no ves la patria mia
A quien tú amabas, cual las madres aman,
Desveladas, besando al dulce hijuelo?
¿No ves cual ella levantando al cielo
Lánguidos ojos, con hermoso manto
Se engalana entre lúgubres sepulcros,
Y, orna su frente pálida de flores,
Y aunque en trémula voz, suspira el canto?
Esconde tu Valencia, sus dolores
Dentro en el corazon... y ahoga el llanto
Por mostrar hoy placer en su agonía...
¡Ay! ¡no abandones á la patria mia!

Á SAN VICENTE FERRER,

en la fiesta del cuarto siglo de su canonizacion: año 1855.

ODA.

Mirad tras largos siglos cuál despunta
El sol hermoso que mi patria espera,
¡Ya resplandece el suspirado dia!
Palpita de alegría
La hija noble del Cid, y se engalana
Cual vírgen que á los brazos del esposo

J. de P. Larreda

Va inocente y ufana.
De rosa y de laurel y luz ceñida,
Su mirada de amor clava en el cielo;
Ese sol que lo inflama refulgente,
Vuela á decir al estendido mundo
El claro nombre de su gran *Vicente*.
Por eso en la region del vago viento
El címbalo sonoro
Lanza su grande voz; hierve en las plazas
Clamorosas el pueblo; álzanse altares;
Y al festivo ondear de blanco lino,
En prez insigne del *Varon* divino
Resuenan por dó quier ledos cantares.
Cantemos: lo que el mundo llama gloria,
Relámpago veloz relumbra y ciega,
O rayo abrasador truena y devora.
Brilló, tronó, despareció... ¿dó es ido
Su esplendor ó poder? Fué y ha pasado:
Pero bella en su trono inmaculado,
Hija del cielo la virtud divina,
Aunque reina ultrajada de la tierra,
Eterna la fecunda y la ilumina.
¡Oh gran *Vicente*! ¡Oh patria! ¡Oh venturosa
Entre todos los pueblos que el sol mira
Y con sus largos brazos el mar cierra!
Tú, halagada del cielo y la fortuna,
Tú, del mundo encantado paraíso,
Tú, del *Fraile* inmortal egrégia cuna!
Mas ¡ay! ¿Por qué improviso
Me tiembla el corazon, la lira estalla,
Y se agolpa á mis ojos lloro ardiente?
¿Es de turbada mente
Triste ilusion? ¡Ah, no, que Dios me inspira.
Callad los que reinais sobre la lira;
No digais que ese sol luce hoy más puro;
Que más suave el céfiro suspira;
Que en medio de vergel de gayas flores
Con su gracia gentil se alza riendo
Valencia, entre apacibles resplandores...
La luz se va estinguiendo,
Y llegan ya la noche y sus horrores,
Y en arenal que alumbra moribundo
Rayo opaco de luna macilenta,
Mi infeliz patria, en dolorosa angustia,

A mis pasmados ojos se presenta.
Aun en la sien ostenta
Su corona de flores, mas ¡ya mústia!
Aun el manto que el oro ha recamado
Ciñe... pero, ¡miradlo! está rasgado,
Y tinto en fango vil...¡Oh patria mia!
¡Ay! ¿Por qué en temblorosa
Agonía te agitas cual esposa,
Que esposo inesperado, en su alegría
Adúltera sorprende; y desolada
Lanzas grande alarido, cual si atroces
Vinieran sobre tí peste y espada?
Vienen... tiembla... El bramido,
¿No escuchas ya de tempestad vecina,
Que al mundo anuncia funeral estrago?
De Jaime de Aragon cruza indignada
La adusta sombra por el aire vago:
Grita que se ha encendido
La cólera de Dios... A inmensa altura
Me eleva el númen, y á mis pies la tierra
Miro, y rasgado el velo
Contempla el porvenir un ojo humano.
¡Guay de tí, guay de tí, del Océano
Reina altiva y cruel, Tiro avarienta,
En quien hasta el honor es mercancía!
¡Guay de tí, guay de tí, Babel impía,
Que ser la hija de tu Dios te afrenta,
Y sueñas en ser Dios, de un hombre esclava!
¡Ay de tí, España, que el Señor te amaba,
Y ora estas sumergida
En letargo profundo,
Gloria del mundo ayer, risa hoy del mundo!
¡Ay, Europa, de tí!... Desde su trono
Fulgurante en la cúspide del cielo,
Dios inclinó su frente
Y retembló la inmensidad... Al punto
Un ángel, que fué hombre, los espacios
Cruza como relámpago, y de gloria
Los deja y de luz llenos:
Él habla, y siete truenos
Hablan con él: «Temed á Dios potente,
Temed y honrad á Dios.» ¡Qué dice el mundo!
¡Ay!... ¿Qué ha dicho? El infierno se ha alegrado,
Satan ha concitado á sus gigantes,

J. de P. Zaureda

La noche por la tierra se derrama;
¡Horror y confusion! A hierro y llama
Se alzan luchando gentes contra gentes,
Cual dos mares furentes
Que se arrojasen á chocar, sus olas
Rompiéndose, y revueltas, y bramando,
Aquí el fuego devora, centellando;
La espada hiere allá... ¡Cielos! ¿Qué veo?
¿Quién es, quién, ese mónstruo
Gigantesco y feroz, inmundo y feo?
Desnudo va; en su frente una corona;
Sangre y lujuria su mirada empañan;
Hacha que blande, su furor pregona,
Hambre y peste sus pasos acompañan.
Va á hacer trizas los tronos de la tierra,
Va á asolar los altares del Eterno,
Y en perpétua discordia y cruda guerra
Va á dar al mundo el cáos y el infierno.
A la tierra inclinados desde el cielo
Los ángeles de Dios la miran tristes,
Y sobre ella asolada
Y sangrienta y convulsa en su agonía,
Resuena de Satán la carcajada...
Dios santo, que este mundo tan hermoso
Con agua, planta, y flor enriqueciste,
Y con fulgente sol iluminaste;
Tú que al hombre á tu imágen bueno hiciste;
Tú que rey de la tierra le llamaste;
Tú que por darle el cielo, á tu hijo diste,
¡Salva al mundo y al hombre á quien criaste!
¡Angeles, que al sonar de liras de oro
Cantais su nombre santo
En dia eterno, en incesable coro,
Por nosotros rogad! Los que en el mundo,
De sus pompas humildes triunfadores,
Amásteis y sufrísteis, y en el cielo
Ya de luz que no muere estais ceñidos,
Volved los ojos al oscuro suelo,
¡Somos vuestros hermanos! Y tú, *Padre,*
De tu dulce Valencia ya olvidado,
¿Nos has desamparado?
¿Pues no naciste aquí? ¿pues no vivias
Entre nosotros, y en virtud y en gracia
Ante los hombres y ante Dios crecias?

El aire que respiro, respirabas;
La tierra que yo piso, tú pisabas;
Esta es Valencia ¿ves? hoy sus dolores (1)
Por festejarte la infeliz esconde,
Y orna su frente pálida de flores...
Y te llama, y su *Hijo* no responde:
Le llama en su agonía,
Y él se está allá en el cielo... ¡ay! ¡el ingrato!...
Mas ¿qué dije? ¡gran Dios! ¡Perdon! perdona;
Pero ven; salva á España, salva al mundo.
Tú pasaste por él, y lo alumbraste;
Diste á los pueblos paz, á un rey corona;
En nombre del Señor al mundo hablaste,
Y el oprimido levantó su frente,
E hincaron su rodilla los tiranos,
Y todos ante un Dios justo y clemente,
Se sintieron felices, siendo hermanos.
Ven, pues, y no te tardes, que el siniestro
Dia de horror y luto se avecina;
Mira que ante tu Dios, ante el Dios nuestro,
Por siempre reprobada
España no ha de ser... Y ¿dó su rayo
Lanzaría de Dios la diestra airada
En esta hermosa tierra, que amó el cielo,
Tierra de Recaredo y de Pelayo,
Toda en sangre de mártires bañada!
¡Ah! no será: tras tempestad sombría
El iris lucirá de la alianza,
Que Dios, si es justo juez, es padre bueno.
¿No vísteis estallando
Ronca tormenta en desgarrado trueno?
Rudo granizo arroja y rayo ardiente
Y mares de agua; y brama.. El suelo tiembla,
Y estremécese pálida la gente.
Mas sobre el nubarron, que envuelve horrible
Con su medrosa oscuridad el suelo,
Un cielo hay claro, y bello, y apacible,
Y un espléndido sol en ese cielo.
Y Dios da la señal, y en prestas alas

(1) Sufria Valencia á la sazon, además de las discordias de la revolucion, la asoladora epidemia del cólera morbo.

J. de la P. Zaragoza

Los céfiros sonando
Lanzan la oscura nube... y centellea
Reapareciendo el sol, y trina el ave,
Y se anima la tierra y se hermosea
A su dulce calor y luz suave.
Así será; *tras tempestad sombría*
El iris lucirá de la alianza;
Va la tierna piedad tras la ira impía,
Y al dolor acompaña la esperanza.
A la justicia de su Dios atento
Mi fatídico númen
Miró del mundo el funeral estrago:
Olvidé que era Padre; ¡es nuestro Padre
El que es rey de los siglos!... Mas ¿me engaña
Sueño feliz de burlador deseo?
Venid presto, corred, cercadme todos;
Decidme, si es que veis lo que yo veo.
Veo un ángel hermoso
En la radiante esfera
Con grandes alas de oro aparecido;
Y es triste, pero tierna su mirada,
Y está sobre Valencia suspendido,
Y leo en torno de su noble frente
Que ciñen rayos de esplendor sereno:
Temed y honrad á Dios que es grande y bueno.
¡Ah padre! ¡oh gloria nuestra! ¡oh gran *Vicente!*
¡Cuánto has tardado, padre! Al fin te vemos...
Aún nos amas... Tus hijos
Te aman tambien... Enjuga, pues, su llanto,
Y á sus males prolijos
Pon ya fin; ¡nuestro héroe! ¡nuestro *Santo!*
Habla... tu voz nos mande;
Habla ¿qué quieres, di?... ¿Lo habeis oido?
Temed y honrad á Dios que es bueno y grande.

ESPAÑA EN ÁFRICA [1].

ODA.

Aún somos lo que fuimos.

¿Oís?... Truena el cañon, hiende los aires
Con ecos vencedores
El sonoroso címbalo, y despierta
Trémula la ciudad... ¡Oh gozo! ¡Oh gloria!
Ciñe tu sien de flores,
Madrid: ¡hemos triunfado! ¡hermoso dia!
Un nuevo sol por el Oriente asoma;
El pié soberbio del corcel de Yago
Pisotea la luna de Mahoma.
—Como se tiende rápida en la esfera

(1) Esta oda se juzgó merecedora de mencion honorífica entre las presentadas al certámen extraordinario abierto para conmemorar los triunfos de las armas españolas en la guerra de Africa, por la Real Academia Española; y al imprimirla esta, su autor puso al frente de ella las siguientes líneas:

Á MI SEÑORA MADRE
DOÑA MARÍA FRANCISCA GUIJARRO,
VIUDA DE APARISI.

Madre mia de mi corazon: pues que envié al certámen abierto por la Real Academia Española estos versos que no han sido premiados, pareceria orgullo, y acaso lo sería, el no aceptar la *mencion* con que los honra, y la impresion con que los favorece.

Acepto, pues, uno y otro, agradeciendo su buena voluntad.

Confieso sin embargo, que pensando, desde que puse manos á la obra, en dedicarla á V., hubiéramos holgado mucho de que estos versos mios fuesen de los más gallardos y sublimes que se hayan escrito en lengua castellana. Son sin duda desaliñados y humildes, obra en fin de un mero aficionado á las Musas, que, de quince años á esta parte, sólo en cuatro ó

La luz de lampo fúlgido, así en alas
Eléctricas volando
La nueva placentera,
Del Norte al Sur, de Oriente al Occidente,
A España toda en júbilo embriague.
Toda sea un clamor; y alta y potente,
Con hervoroso anhelo
Su grande voz del corazon lanzada,
Deje á Europa asombrada,
Y alegre á nuestros padres en el cielo.

¿Quién mintió que rendido
A fiebre vergonzosa,
Sobre rotos blasones deslustrados
Dormiría el leon eterno sueño?
¿Quién tal mintió?—Ya siente
La injuria atroz, y con terrible ceño
Álzase, y mira en torno, y su melena
Áspera sacudiendo embravecido,
Fiero envía á la playa sarracena
De Lepanto y las Navas el rugido.

Albion le contemplaba
Con soberbio desden, y se decía:
«¡Ruge... mas no osará! Mi frente adusta
La hará retroceder; yo, la señora,
Reina del mar, lo quiero: su homenaje

---

cinco ocasiones, y quizá vanamente, las ha invocado. Pero tales como fueren, al fin son mis hijos, y V. no ha de encontrarlos feos, mirándolos como miran las madres, con el corazon.

Por lo demás, me regocijo pensando en que cuantos ahora los lean, y si algunos los leyeren en adelante, ántes que todo han de ver el nombre de V.; ántes que todo han de oir á su autor, que su Madre es buenísima, amantísima, virtuosísima.

Después de esto, piensen de mí y de mis versos lo que quieran. Yo podré no ser buen poeta; pero V. sabe, Madre mia, que soy buen hijo.

Bendígame V. todos los dias; que la bendicion de una madre es mensajera de bien.

A Dios que guarde á V. por muchos años, Madre mia. Así se lo ruega su obediente y apasionado hijo,

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Me rinde el mundo... ¡no osará!... Perdido
Hasta el recuerdo de sus altos hechos,
Del brutal marroquí villano ultraje
Sufran—¡bien pueden!—los hispanos pechos.»

Así dijo el tirano de los mares,
Ese que rie cuando el mundo llora.
Mas... ¿ceder de la fuerza á la arrogancia?
¡Jamás!... Ni en Zaragoza lo aprendimos,
Ni tampoco en Numancia.
De España altiva en las hidalgas venas
Precipítase ardiendo generosa
La sangre de Vivar: de siete siglos
Rompe estallando la dormida saña.
¿A la divina Cruz la torpe luna?...
¿Africa insulta á España?
¡Oh! no será:—y del templo,
Donde duermen sus padres, descolgando
La probada armadura,
La frente al cielo levantó, radiando
De fé y de amor, tan majestosa y bella,
Como en el claro dia
En que subió á las torres de Granada,
Dando alto fin á su inmortal jornada.

En el hercúleo Estrecho
Ostentan fuertes naves
De Albion los rayos; llegan
Tambien, sonando sus cortantes proras,
Las que, enhiestas y ufanas,
Bandera tricolor al aire entregan;
Por el lumbroso Oriente
Avanzan levantando albas espumas,
Níveos cisnes, latinas carabelas;
Miéntras del Norte en la region sombría,
Allá, á lo léjos, entre pardas brumas,
Asoman ya las moscovitas velas.
¡Gózate, noble España! Europa envia
Grandes testigos para el grande duelo!
¡Lo serán, patria mia, de tu hazaña!
¡Lanza el grito de guerra!
Todos los pabellones de la tierra
Den paso franco al pabellon de España.
Infausta Libia, donde fué Cartago;

Fragosos montes, playas borrascosas,
Dó en funeral estrago
El lusitano reino
Destrozado murió: ¡tierra en odiosas
Tinieblas sepultada!... Los que en dia,
Que á los hombres y á Dios infando sea,
Allá en los campos de Jerez cayeron,
Antes hijos heróicos engendraron,
Que, tras siglos de lucha gigantea,
A Agar á su desierto,
Lidiando en nombre del Señor, lanzaron.
Hoy le buscan en él; hoy el ultraje
Vengarán que sus timbres amancilla:
Dura razon de aleves desafueros
A la africana tierra
Van á pedir leones de Castilla...
Va con ellos la sombra de Cisneros.

Pero ¿es que Dios maldice
Nuestra altísima empresa?... ¡Oh! ¡qué agonía!...
Entre montes no hollados de pié humano,
Y ese piélago insano
Que eterno azota la desnuda playa,
Contemplad un puñado de valientes.
¡Ay, que innúmeras gentes
Rugiendo, á fuego y hierro los acosan
Sin tregua; con furor! ¡Ay, que en sus filas
Deslízase invisible
El hijo aciago del impuro Gánges,
De oscura muerte mensajero horrible!
¡Ay, que sobre ellos entre negras sombras
En torrentes de lluvia se hunde el cielo
A truenos desgarrándose; y bramando,
De huracanes furentes sacudido
Espumoso á sus piés el mar se arroja!
¡Piedad, Dios bueno! que en mortal congoja
Desde la opuesta orilla
La madre Patria sus amantes brazos
Pálida tiende, y palpitante mira!
¡Mas ni siquiera vellos
Permite, ¡oh Dios! la aborrecida niebla!...
¡Angeles, que los veis, rogad por ellos!

Son españoles, no temais: no puede

Por siempre abandonarlos impiadoso
De sus padres el Dios. En la enriscada
Agria cumbre del áspero Apenino,
Creciendo al són de récias tempestades,
Se alza más vigoroso el prócer pino.
Verá la edad presente lo que vieron
Las pasadas edades.
¡Gracias, Dios de Pelayo! si conjura
Contra la gente hispana
Sus iras, sus horrores la natura,
¡Gracias! ¡que digna sea
La empresa sobrehumana
Del aliento español! ¡que el mundo ahora,
Cual siempre, en pasmo silencioso admire
Entre el estrago universal su frente
Serena, y su constancia vencedora!

A veces tenebroso
Nubarron, descojiendo el negro manto,
La luz del dia pávido destierra.
Muje la tempestad; el sol en tanto
Cruza el cielo, no visto de la tierra.
Ya la entreabierta nube lo consiente,
Y fulgurando envia
De viva lumbre vencedor torrente.
Torna la nube á encapotar al dia;
Mas, súbito sonando,
La rompe y la disipa airado viento;
Y el sol, en todo su esplendor triunfando,
Reina en el solitario firmamento.

La peste, el hambre, el huracan, la horrenda
Furia del moro, al Español á un tiempo
Combaten; y él, impávido. Tres lunas
Por cumbres árduas y fangosos valles
En bárbara pelea,
Entre sombras y truenos,
Resiste, avanza, y ruje y centellea.
Pero amansados ya, suaves, serenos
Tienden los vientos apacibles alas,
Y se aduerme la mar, y el cielo rie:
Campo igual nos ofrece
Dios por fin. ¡Oh! mirad; que ya aparece,
Brillando al sol sus blancos alminares,

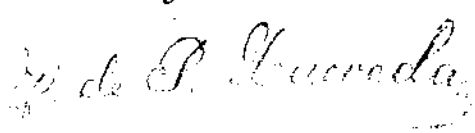
La *sagrada* ciudad. ¿Veis? La llanura
En gran tropel golpean altaneros
Prestos corceles, que en audaz carrera
Van precediendo al céfiro ligeros;
Coronan el altura,
Cual densas nubes á montaña umbrosa,
Huestes innumerables: allí espera
Agar con frente erguida y alma fiera.
Y de allí en el hispano clava rojos
De cólera los ojos,
Como tigre que sueña, entre sus garras,
Presa ansiada estrechar.—¡Santiago!... á ellos!!
Al fin son los vencidos de Alpujarras.
No temais. Tú, Lucena,
El pecho heróico palpitando en ira,
Lleva á España á la lid y á la victoria.
Te está aguardando en Tetuan la GLORIA;
¡Tu Reina, desde el Trono, en pié... te mira!

¡A Tetüan!... Retumba
El cañon, y se asorda el horizonte
Al estampido pavoroso; treme
La tierra; es cada monte
Volcan horrendo que revienta en llamas.
Al són de la espantosa gritería,
Entre revueltas nubes
De polvo y humo, en el arena impía
¡Cuántos valientes, ¡ay! cuántos cayeron,
La dulce patria recordando! Su alma
Recibe, Dios piadoso... ¡llorad, madres!...
—No cejeis, españoles: vuestros padres
Asombraron al mundo, y lo vencieron.
Esa Albion arrogante
Desde Calpe os contempla, y esa Francia
Desde Argel... ¡Españoles, adelante!—
Y no cejan, y van. Estrecha, Almina
A los bárbaros; Rios, ni un instante
De tregua les consiente; impetüoso
Conde de Reus, al empinado cerro
Trepa; tras tí los catalanes... ¡Vitor!
Ya subieron... ¡Herid! *¡Despierta hierro!* (1)

(1) Los Almogávares, al entrar en combate, golpeaban el suelo con la espada, diciendo: *Desperta, ferro.*

¿Vísteis desde los Andes
En fragorosas alas
Lanzarse al vendaval, que en su camino
Cuanto halla, vencedor, plantas y piedras
Arrebata en confuso torbellino?
Tal los nuestros: á su ímpetu iracundo
Cuanto resiste destrozado cae:
¡Tú que lo viste, ¡oh, sol! cuéntalo al mundo!—
Huyen, huyen temblando
Al revolver de nuestra espada ardiente;
Huyen..... Y ¿qué se ha hecho
La ceñuda altivez de la hosca frente,
Y la arrogancia del ardido pecho?
¿Por qué, decid, en el feral estrago
No os amparó el *Profeta*
Contra las iras del divino Yago?
Cubre á la media luna letal sombra;
Banderas del Islam son rica alfombra,
Que deja á nuestros piés, roto y vencido
El poder marroquí..... ¡Desde su tumba,
El Rey Don Sebastian nos ha aplaudido!

¡Oh!..... ¡Viva España! Las ferradas puertas
De la orgullosa Tetüan, el miedo,
Al valor español tiene ya abiertas.
Héroes, amor y prez y alto decoro
De España agradecida,
Entrad en Tetüan, perla del moro,
Con laurel vividor la sien ceñida.
Entrad, y á su alcazaba
Gigantesca subid; y descollando
En medio de vosotros radiante
Alce el egrégio Capitan pendones,
Y grite «¡España!» y lo repita el mundo
El soberbio tronar de cien cañones.
Ya despliegan los céfiros triunfante
La enseña de Castilla.....
Ya ondea..... ¡Viva España!—Mas..... ¿qué veo?
¿Es vision divina? ¿es mentirosa,
Dulce ilusion de burlador deseo?
De azul y de oro en nube esplendorosa,
Cercada de los héroes españoles,
¡Oh Reina, oh santa de la patria mia!
¡La PRIMERA ISABEL se alza gloriosa!



¿Qué! ¿no la veis! Ahora la celeste,
Tierna mirada envía
A la española hueste;
Ahora ¿no la veis! con almo gozo
Sonriendo la hechicera,
Se inclina á saludar nuestra bandera.
¡Somos tus hijos, Isabel, tus hijos!
¿Estás contenta de nosotros?..... Cierto
Que, tras males prolijos
La fé entibiada, rencoroso el ódio,
En luchas fratricidas desangrada,
Con extraña doctrina enflaquecida
Tu España, sí, la reina de dos mundos,
Se vió desheredada
De su gloria y poder; y oscura y triste
Fué irrision de la Europa que alumbraste,
Y escándalo del orbe á quien venciste:
¡Más hoy, alégrate! del polvo innoble,
Al grito victorioso
De «Dios y Patria» unidos nos alzamos.
Por Dios y por la Patria combatimos!.....
Tu laurel de Granada crece hermoso:
Aún somos, Reina, aún somos lo que fuimos.

¿Qué quieres? ¿Qué nos mandas? ¡Ah! en el dia
En que lloró la España su bien muerto,
Tu espirante mirada se volvia
Á esa tierra infeliz, mústio desierto,
Que famosas ciudades habitaron;
Region de torpes sombras,
¡De luz un tiempo!..... En ese mar que suena
Bronco y potente en la salvaje arena,
Aún sueño oir la voz de Tertuliano;
Aún, coronada de esplendor divino,
En fosca noche por las yermas playas
Vaga y gime la sombra de Agustino.
¿Qué quieres, Isabel?.....—«Manda la Reina
Que recobre y ostente
La antigua majestad su áurea corona,
Que el sol de Cristo la tiniebla ahuyente,
Que muera Tánger, y renazca Hipona.»

Canta, genio de España, y tierra y cielo
Mudos oigan tu voz.—«¡Bendito sea

El Señor, que ha esforzado
Mi pecho fiel en la inmortal pelea!
¡Sobre cedros del Líbano exaltado,
Tres veces Santo Dios, tres veces fuerte!
¡Dios de mis padres, tuya es la victoria!
Tú miras desde el cielo, el mundo humea,
Mueves la frente, y nace el sol. ¡La gloria
Tú la das, tú la vida, tú la muerte,
Tú solo, Dios!!! Al ímpio sarraceno
Por tí lancé de la imperial Granada;
De Libia ardiente al seno
Precipitéme con triunfante espada;
Crucé la inmensidad del Oceäno:
Ví más allá otro mundo,
Y el cetro de dos mundos fué en mi mano,
Pávido San Quintin aún me recuerda;
Lepanto me conoce; el Garellano
Besó humilde mis piés; y si implacable
Rayo que resplandece y que devora,
El gigante de Córcega da leyes
Á espantadas naciones,
Su pié sobre los mantos de los Reyes;
Yo, yo tambien en implacable guerra
Lucho y relucho, y por mi diestra herido
Derrúmbase el Coloso,
Y respira la tierra.
¡Gloria á Dios!—Más, ¡oh dicha! los clamores
Ya escucho alborozados
De trompeta marcial; los atambores
Roncos redoblan; suena
El bronce triunfador; calles y plazas
Hirviendo el pueblo y rebosando llena.
¡Es que tornan los hijos vencedores
Á su Patria feliz! Lumbre más pura
Baña los aires, y preciadas galas
Revístese Madrid; el blanco lino
Agitan manos trémulas al viento,
Puebla las áuras jubiloso acento,
Ornan laurel y rosas el camino.
¡Á Atocha! ¡Á Atocha!—¿No la veis? Delante,
Con el aplauso popular, felice,
Con su tierna piedad augusta y bella,
Va, en su sien de Pelayo la corona,
Generosa mujer, noble matrona.

M. de P. Quereda

Precipítase el pueblo tras su huella.
¿Qué haceis?... ¡Bien, Españoles! Vuestros padres
Tambien en esas bóvedas colgaron
De la vencida Europa las banderas.
¡Oh! ¿Qué decís?... «Dios grande, tú que imperas
Sobre pueblos y Reyes,
Míranos hoy benigno desde el cielo,
Tras largos años de miseria y duelo,
¡Nos has dado, Señor, un sol glorioso,
Que otro siglo comienza!
¡Gracias, buen Dios! su rayo venturoso
Borre de nueve lustros la vergüenza.»
¡Bien, españoles, bien! Ora las manos
Estrechad... y por siempre... y sed hermanos.
Y, oid, ¡oh, pueblos de la tierra! España
De la afrentosa noche en que yacia,
Se alzó por fin magnánima, esplendente.
¡Oid! Ya vuelve á ser—¡doblad la frente!—
La España de Lepanto y de Pavía!

LA BATALLA DE BAILÉN.[1]

POEMA.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria...
HERRERA.

Palmas de Salamina y de Platea...
QUINTANA.

Rencor de muerte que en sus venas cunda...
GALLEGO.

Númen de Sinaí santo y austero
Que en noche solitaria,
De moribunda luna al vacilante
Misterioso lucir, aún apareces
En la cumbre del Líbano jigante,

---

(1) Este poema obtuvo el accesit en el certámen abierto por

Del Dios de los ejércitos diciendo
Las grandes iras sobre el polvo humano
Rebelde á su poder; ¡Númen tremendo!
Canta la escelsa hazaña
Con que al indigno ultraje de un tirano
Apoyada en su Dios respondió España.
Ella ante Europa atónita su frente
Con divina aureola
Radiante levantó, reverdeciendo
De San Quintin la palma refulgente
Y el laurel inmortal de Cerinola.
Lo vió la tierra y alegróse, en tanto
Que pálida y bañada en mústio llanto,
Sus hijos insepultos
La Galia contempló, y en ansias fieras

---

la Real Academia española en 2 de Marzo de 1850; y al ser impreso por esta, su autor escribió la siguiente dedicatoria.

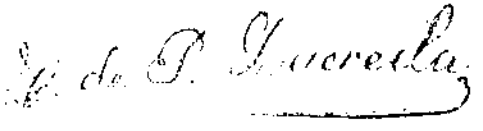
Á D. FRANCISCO BELDA Y PERALES,

TENIENTE DEL ANTIGUO REGIMIENTO VOLUNTARIOS DE VALENCIA.

A usted que dirigió mis pasos en la niñez con afecto verdaderamente paternal; á usted que puso en mi mano libros donde aprendí lo inefable de nuestra fé, lo dulce y santo del amor de la patria; á usted que combatió por la patria y por la fé contra las huestes francesas en los muros de Zaragoza la ciudad inmortal, dedico por cariño, por gratitud, por deber, este poema, en que me propuse poner frente á frente la grandeza de Napoleon y la grandeza de España, y sobre todo la de Dios que tiene en su mano el corazon de los reyes y la suerte de los pueblos.

Usted sabe, amigo mio, que en mis primeros años tuve aficion á la poesía, pero que ya muchos estaba completamente alejado del comercio de las musas, cuando tomé la pluma para escribir á la batalla de Bailén. Yo que no soy ni pretendo ser poeta, reíme en un principio de mis esfuerzos, que creí impotentes; pero al fin y despues de tanto tiempo de esterilidad, concibió mi musa y dió á luz esos versos entre la prosa ruin de los negocios forenses.

Mas que por espontánea voluntad por la tenaz instancia de un verdadero amigo mio, me decidí por fin á enviarlos al certámen abierto por la Real Academia española, y cierto no debe pesarme, porque hallando gracia en sus ojos lograron el segundo premio, merced que no esperaba y á la que estoy reconocido. Ahora los publico por el placer de dedicarlos á usted, mas no tales como salieron de mis manos, pues que he



Sobre sus rotos míseros pendones
Gloriosas tremolar nuestras banderas.

Fué un hombre: con su dedo
Dios le tocó la frente, dó la llama
Brotó del genio vencedor, y en muestra
Larga de su poder, le dió tal brio
Cual no alcanzó jamás humana diestra.
En cuanto alumbran los tendidos cielos
No se alzó hombre mayor; fué de alta raza;
César y Carlomagno sus abuelos;
Y aún su nombre es más grande que esos nombres,
Pues Córcega miróle en pobre cuna,
Y el mundo le tembló rey de los hombres.
Caminando á su lado la victoria,

---

hecho en ellos algunas variantes, bien que muy raras y leves, complaciéndome en confesar que algunas son debidas á una persona á quien sin conocer profeso ahora tan cordial afecto por las bondades que ha usado conmigo, como ántes admiracion por ser poeta que á ninguno de los presentes cede en fecundidad, y vence á presentes y á pasados en sal y gracia cómica.

Envío, pues, á usted este hijo de mi entendimiento, y le suplico que le reciba con benevolencia. Directamente lo envío á usted, pero como le verán sin duda muchas gentes, quiero sepan que no es gusto de su padre que dispute ni contienda con nadie, y que recibiría pesadumbre si algun amigo suyo le comparase con otros, y mas si le diese sobre ellos alguna preferencia, en lo cual probablemente se aconsejaría ántes del afecto que de la justicia. Yo conozco muy bien á este mi hijo, y no se me esconde que sus maneras son algo toscas y todo él un tanto desaliñado y rudo; y si no le tengo por indigno de usted, es porque, á no cegarme el amor de padre, creo haber notado en su frente un rayo de noble altivez, y al poner la mano sobre su corazon sentí que daba grandes latidos. Pero sea como fuere, gallardo ó no, con esperanzas ó sin ellas de larga vida, lo envio á usted, encargándole que afectuosamente salude á usted de mi parte, y que á cuantas personas viere y hablare, diga y asegure, que después de aquella madre virtuosa y tiernísima á quien amo con toda el alma, á nadie en el mundo ha querido y respetado mas que á usted su afectísimo

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Valencia 1.º *de Julio de* 1851.

Y en pos de sí arrastrando á la fortuna,
Trueno y rayo á la vez, estrago y gloria,
Su planta dó pisó, grabó altanera.
¿Qué valieron su rápida carrera,
Cien rios espumosos
A contener y altísimas murallas?
Ejércitos ardidos, numerosos,
¿Qué en contra de él lanzándose pudieron?
Alzó la espada, relumbró, cayeron.
Vencida quedó Europa y asombrada,
Y él, porque más se asombre,
Porque la edad futura lo leyera,
Fué y con la punta de su heróica espada
Escribió en las Pirámides su nombre.
Y rico con las glorias del Oriente,
Cegando á Francia con su lumbre ardiente,
Con diestra que fulmina, si se enoja,
Un monte de trofeos, arrogante,
Sobre el altar de libertad arroja.
Siéntase en aquel trono aquel jigante;
Mira en torno de sí; ve miedo ó llanto;
A la tierra ya muda dicta leyes,
Que oyen ¡oh mengua! en silencioso espanto
Só el áureo sólio pálidos los reyes.

Entónces pensó y dijo: «Allá en su cielo
Reine Dios; yo en el mundo.
¿Qué falta á mi renombre, á mi grandeza?
Estenderé la mano al Occidente,
Y pues la fuerza indómita me abona,
Mia, sí, debe ser, y será mia
De Cárlos y Felipe la corona.
Así lo quiero; es justo; soy el fuerte.
Con insoluble lazo
Yo ataré sus destinos á mi suerte;
Yo necesito de Castilla el brazo,
Y por mayor decoro
Que América me dé su manto de oro.
Entónces sí que con pavor profundo
Dirá Europa que Dios reina en su cielo,
Mas yo ¡Napoleon! reino en el mundo.»

Así en su corazon dijo el insano,
El que holló con sus piés hombres y leyes,

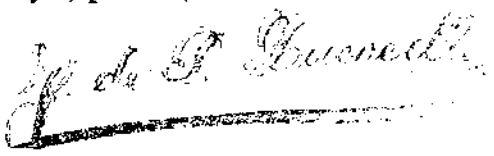
El que á la fuerza la llamó su drecho:
Pero ¡sépalo el mundo! aquel *divino*
Varon, el semidios, á España vino...
Mas no cual caballero
Descubierto el semblante, alto el acero.
¿Sintió miedo tal vez? ¿En noche impía
Aparecióle y espantó su sueño
La ensangrentada sombra de Pavía?...
Llegáronse á nosotros con serena
Faz y blanda sonrisa
Sus fieros hijos, los del turbio Sena.
Llegaron, y la puerta les abrimos;
Uniéronse á sus manos nuestras manos;
Hogar, y lecho y pan, y amor les dimos;
Los llamamos hermanos.
¡Hermanos! ¡Ah, traidores!
Que en nosotros de súbito cayendo
Se proclaman de España los señores.
Lo vió el cielo, tronó, preparó el rayo;
Sacudióse indignada
España toda, y su terrible grito
Llevó á Francia y al mundo el *Dos de Mayo*.
¿Qué imaginó? ¿Qué á su encumbrado genio
O á su furor sañudo
Nuestra altivez doblara la rodilla?
Vió al mar de nuestras naves ir desnudo,
Sin espada á los Grandes de Castilla,
Sin hueste al reino, sin monarca al trono;
Trono por su perfidia ¡oh Dios! vacío;
Y él en su orgullo impío
Por eso dijo: «estenderé la mano
y todo el Occidente será mio:»
Pero no vió el tirano
A la sombra de viejas catedrales
A un pueblo que aborrece las cadenas.
Quedaba este gran pueblo, y se alzó el pueblo;
Alzosé á defender su tierra amada,
Palmo á palmo de garras agarenas
Con sangre rescatada.
Al través de las glorias que fascinan,
Detrás de reyes que adorar se inclinan,
No vió á este pueblo que la frente adusta
Jamás dobló sino á la voz del cielo;
Nunca al rigor de la fortuna injusta.

¿Qué importa que sorpresos ó vendidos
En nuestros muros tricolor bandera
Asombre, ondeando á la merced del viento?
¿Qué importa que del bárbaro sangriento,
Reina desheredada de dos mundos,
Dobles la frente á la cuchilla fiera?
Glorias mentidas del cobarde lazo,
Frutos malditos de la inícua hazaña,
Todo es ya vuestro; pero queda á España,
Ardiente el corazon, y entero el brazo.

Bien lo supo Dupont. Desvanecido,
En desdeñosa ira,
Fiero avanzaba en el eden florido
Que el árabe recuerda ¡ay! y suspira.
Y en su orgullo decia aquel soberbio:
«Iré, veré, dispersaré esas huestes
Que el ócio de la paz ha afeminado;
Leve arista ante viento desatado,
Huirán al tremolar de mis pendones;
De par en par abiertas,
De nombradas ciudades
Pálido el miedo me tendrá las puertas:
Desde el Pireue á la opulenta Gades
Rápida cruce, sin lidiar triunfante,
El águila imperial, y allí su vuelo
Remonte soberano
Por ver rendida á España desde el cielo
Y á Albion temblar en miedo el Oceäno.»

Como en Norte sombrío
Asoma tempestad, y muge y crece,
Y tiéndese en el cielo que ennegrece,
Y al fin rompiendo en hórrida carrera,
Los campos tala con granizo rudo,
Y asorda á grandes truenos la ancha esfera;
Así avanzaba el bárbaro sañudo.
No de su rabia la cabaña humilde,
Ni el sacro templo libertarse pudo,
Ni á Córdoba la bella
Guardó la airada sombra de Gonzalo
De su saña rapaz y torpe huella.

Dejad, dejad, pastores,



La grey amada, y el fecundo arado,
¡Oh rústicos! dejad; y de la umbrosa
Selva y del campo ledo
El suave hechizo y la quietud dichosa.
Cese el tierno cantar de los amores;
Corred todos, volad; ya los clamores
De la trompa marcial el aire hinchendo
Os llaman á árdua lid; ya la bandera
De Castilla se alzó resplandeciendo.
¡Por vuestros dulces lares,
Por vuestras santas leyes,
Por el trono inmortal de vuestros reyes,
Lidiad por vuestro Dios! Mas ¿cómo ¡oh cielos!
La diestra solo usada
En blanda paz á fecundar la tierra
Podrá cruzar su espada con la espada
De esos feroces hijos de la guerra?.....
¿Y dónde va ese niño? Y encorvado,
¿Dó va ese anciano con el arma inútil
Cargado el débil hombro, el pié cansado?
¡A vencer ó morir!..... Pueblo sublime,
Cuya heróica arrogancia
Creció entre las ruinas de Sagunto,
Se agigantó en la hoguera de Numancia!
¿Qué es para tí la fuerza, qué es la suerte,
Si tienes contra ellas la victoria,
Y cuando no, la muerte?
En tí ¡oh gran pueblo! el español guerrero
En tí y en Dios fiando,
No huyó al francés, de quien Europa huia:
Le esperó con pié firme y pecho entero.
Europa le admiró. ¡Gloria á Castaños!
Plúgole al cielo dilatar sus años
Para que á tres generaciones cuente
Lo que fué á España timbre, á Galia espanto,
Lo que á este siglo envidiará el siguiente,
Lo que á todos los siglos yo les canto.

Era la noche, que al tremendo dia
De horror y sangre procedió serena;
Callado el viento, en deliciosa calma
La tierra se dormia;
En el puro, azulado y vago cielo
Dulcemente brillaban las estrellas,

Y la luna riendo en medio de ellas
Con silenciosa claridad bañaba
Los campos de Bailén. A lento paso,
Ambos brazos cruzados sobre el pecho,
En graves pensamientos embebido,
El caudillo magnánimo vagaba
Por el campo español. Alzó los ojos,
Miró, y del alba luna á los reflejos,
Del francés maldecido
Las blancas tiendas divisó á lo léjos.
Tembló con grande enojo; las voraces
Miradas clava en ellas, y suspira
Ardiendo por luchar contra sus haces.
Mas sosegada la hervorosa ira,
Piensa en la patria á su valor fiada,
Piensa en Europa, que á su patria mira,
Y en enorme pesadumbre al alma oprime,
Y del hondo del pecho ansioso gime;
Y un instante, así es fama, un sólo instante
Se sintió desmayar... Mas ¡oh prodigio!
A sus pasmados ojos
Entre las sombras se mostró radiante
Temerosa vision; noble guerrero
En el mirar y andar divino y fiero.
Manto á la goda usanza le cubria,
Diadema de oro su cabeza ornaba,
Luz del cielo en su faz resplandecia;
Mas tambien ira humana centellaba.

Tiende la vista, y el dormido campo
De una mirada rápida pasea.
«Los conozco; son ellos; españoles.
A sus padres conduje á la pelea
Hollando nieves, despreciando soles.
Pero ¡sois españoles
Y el francés ¡oh baldon! con planta odiosa
Mancha y oprime á la que fué mi patria
Que el cielo llamó santa, el mundo hermosa!
¿Y vive España? ¿Vive, y es Santiago
Su glorioso Patron? Atiende, mira
El gran testigo del mayor estrago
Que el cielo vió...; ¡las Navas!
¡Mira! allí combatimos
Como buenos por Dios y por la patria;

Y eran mil contra uno, y los vencimos.
Ea, pronto, al combate, á la victoria:
Lidiad mañana, y conservad mi herencia;
Venced mañana, y eclipsad mi gloria.»

Dice, y el aire puro
Fácil hendiendo la vision celeste,
Iba despareciendo al suelo oscuro;
Mas los fulmíneos ojos
Sin apartar de la española hueste.
Nadie le vió, mas todos retemblaron,
Cual de eléctrica llama,
Del almo huésped al latente influjo;
Todos maravillándose probaron
Desusado vigor que el pecho inflama.
Y absortos contemplaron
Al noble Capitan de cuya frente
Parecia brotar luz vencedora;
Cuyo brazo tendido hácia el Oriente
Parecia llamar la blanca aurora.

Y la aurora anunció, con nieve y grana
Pintado el cielo, á la gentil mañana;
Y las sombras huyendo al nuevo dia,
La tierra alborozada
Recobró sus colores, y reia
Al pavoroso redoblar del parche
Que acongoja á las madres... Ya esparciendo
Sus bellos rayos de oro,
Iba en serena pompa
Y en apacible majestad alzando
El sol su frente por el mar sonoro.
El atambor le saludó y la trompa,
Cuando con luz dorada
De Bailén la campiña dilatada
Magnífico inundó: resplandeciendo
Toda ella agitóse... ¡Oh, que era hermoso,
Era hermoso espectáculo y tremendo
Ver el campo francés! Sus cien banderas
Flotando al viento y á la luz brillantes;
En soberbias inmóviles hileras
Sus bizarros infantes;
Con pintado penacho en las cimeras
Agiles caballeros

En nobles escuadrones ondeantes:
Unos y otros gallardos; ¡todos fieros!

En medio de ellos, con audaz orgullo
Roja la enhiesta frente,
Con la gloria vecina el pecho ufano,
Descollaba Dupont. Tendió la mano,
Mostró á los suyos la española gente,
Sonrió con desden... ¡Nos despreciaba!
¡Cielos, nos despreciaba el insolente!
¿No sabia que mas que arnés bruñido
Vale el desnudo pecho de un valiente?
¿Que los soldados, cuyo seno ornaba
La cruz, debajo de ella
Latir sentian corazon de Cides?
Bisoños, sí; mas hijos
Eran de aquellos que en tremendas lides
Se abrieron ancha vía con la espada
De Covadonga á la imperial Granada:
Hijos de aquellos, que el mosquete al hombro,
Y la vieja bandera desplegada,
Los términos pasearon de la tierra
Llenándola de palmas y de asombro:
Hijos de aquellos que en endebles naos
Recorriendo el gran mar ronco y profundo,
Preguntaban al cielo
Dónde habia otro mundo:
Hijos de aquellos que en soberbio dia
Se alzaron vengadores en Lepanto,
¡No lo olvideis, franceses! y en Pavía...

De súbito, tronante
Con mortal estampido
Nuncia el cañon el temeroso instante.
Todos los corazones dentro el pecho
Saltan; todas las manos
El arma estrechan: huele la pelea
El caballo, y relincha, con sonante
Casco golpeando el campo; sus aceros
Desnudan á la vez los caballeros,
Y el aire con sus rayos centellea.
¡Gran Dios, terrible Dios!, los ojos fijos
Ten en tu España con piedad: ¡no sea
Que el soberbio que afrenta tus altares

J. de P. Larrea

Se alboroce en la muerte de tus hijos!
Tiende tu brazo, ¡Dios de las batallas!,
Huya á su resplandor con torpe miedo,
Cual débil ciervo ante la luz del rayo:
Acuérdate, Señor, de Recaredo,
Y da el triunfo á los hijos de Pelayo.

Como en revuelto estío,
Del Bóreas y Euro que furiosos zumban
En las rápidas alas cabalgando,
A encontrarse dos negras tempestades
Van y llegan y chocan y retumban;
Del seno oscuro el rayo desprendido
Pavoroso ilumina su alta guerra;
Y al tremendo estampido
Queda muda la tierra;
Así con igual furia embravecido
El francés bando con el nuestro cierra.
Estremécese el campo; lento sube
El humo á ennegrecer la luz del dia:
Solo al través de su ondeante nube
Percíbese en confusa
Móvil imágen las enormes masas
Acometer, ciar, ó en choque rudo
Rugir revueltas: al fragor horrendo
De arcabuz y del cañon mezclado
El recio golpear del hierro agudo,
La ronca voz del Capitan airado.
¡Era todo una nube de humo denso,
Que de sangre cubria un grande lago,
Y de ira y de dolor un grito inmenso!

¡Oh momentos de horror!... ¡Oh alegre instante!
Mirad: no retrocede
La sagrada bandera de Castilla:
Ha rugido el leon; luchar no puede
El águila con él; sus alas pliega
Y pávida se humilla.
¿Quién de Dupont la borrascosa saña
Podrá decir cuanto el terror del orbe
Se vió postrado ante el valor de España?
Retemblando de cólera
Con ojos de precito,
Sus fieros capitanes

En desperado grito
Llama...; va á hablarles...; la palabra espira
En su cárdeno lábio; mas ¡los mira!
Sí; ¡los mira Dupont! su rota hueste,
El pasmo de su gloria,
Y el furor de su ira,
En su mirada atónita comprende;
Todos los pechos la venganza agita,
Todos los rostros la vergüenza enciende,
Todos en fin, cual si de rabia insana
Fuesen tocados, con pujante esfuerzo
Cierran de nuevo con la gente hispana,
Con ímpetu y fragor tan espantosos
Cual estallaran si de Dios la mano
Arrancando los altos Pirineos,
Con violento enojo despedidos
Los echara en los Alpes giganteos.
¡Furor desesperado, pero vano!
Una vez, y otra vez, siempre vencidos,
Con mas vivos fulgores se ilumina
La grandeza de España en su ruina.

Así robusto escollo su honda planta
Arraiga en las entrañas de la tierra,
Y la ennegrida frente
A las nubes intrépido levanta:
En vano procelosos aquilones
Irritan la honda mar, que rebramando
Se alza en olas altísimas y embiste
Al coloso que inmóvil le resiste.
Llegan amenazando,
Sin tregua en su furor, las clamorosas
Olas, y en bravo estruendo
Trepan audaces hasta el alta cumbre...
Vencidas de su propia pesadumbre
Y con largos murmullos van cayendo.
¿Y qué alcanzan con su ímpetu sañoso?
Dejar su blanca espuma
Por diadema á la frente del Coloso.

Huyen, ¡quién lo pensara!... los varones
Hechos á derrocar tronos de reyes
Y á herir con fiera llaga á las naciones,
¿Huyen ahora? Pues ¿por qué insultaron

Flojos lebreles el valor dormido
Del leon, rey de selvas? Encendido
En cólera, se lanza
Arrebatadamente, y ensangrienta
La garra vengadora,
Y con altos rugidos los ahuyenta.
Huyen, y es vano afan, que donde quiera
Hay un pecho español, invicto muro;
Hay una espada, inevitable rayo.
No fuga, no salud... Ya, ya se estiende
Villana amarillez en sus semblantes;
Ya, ya se rinden á mortal desmayo
¿Han visto por el aire amenazantes
A las sangrientas víctimas de Mayo?
Cae de su mano trémula el acero;
Dóblanse sus rodillas vacilantes;
¡Sienten valor para implorar la vida!...
¡Oh! ¿no saben morir? Pues ¿no supieron
Bandidos saquear nuestros hogares,
Sacrílegos quemar nuestros altares,
Y en sus locos alardes
De insolencia feroz, nos escupieron?
¡Ah, tened compasion de esos cobardes
Que no saben morir!!! Rendid las armas;
Ea, rendidlas, y á la faz de Europa.
Palmas de Jena, de Austerlitz laureles
Poned á nuestros pies... ¡Oh, patria mia!
¡Qué sol tan bello iluminó tu dia!
¡Qué hora tan magnífica y serena
En la que tú pisaste, ¡oh patria mia!
¡Laureles de Austerlitz, palmas de Jena!
Mirad al grito vencedor huyendo
De Madrid mancillada, el rey mentido
Corona y manto real le van cayendo
¡Cayeron! y el tirano
No podrá alzarlos con su fuerte mano.
El tirano ¿no veis? se ha estremecido
Sobre el trono del mundo,
Cual del rayo de Dios Luzbel herido.
Tiemble, tiemble una vez. ¡España! ¡España!
Hierva en tu pecho inestinguible saña;
La cólera de Dios, no sed de gloria,
Implacable te arroje á lucha ardiente;
Alza tan alto tu pendon, que el mundo

Lo vea... ¡Y ya lo vió! Y ya su frente,
Vueltos en sí de su estupor profundo,
Osan los pueblos levantar. La lanza
Empuñad, no tembleis, todos á un tiempo,
Revolved contra él. ¡Guerra y venganza!

«Guerra» el Oriente, «guerra» el Occidente
El mundo «guerra» con furor proclama;
Arde el hierro, embravécese la llama,
Y todo es confusion, y horror, y duelo,
Como no vió jamás, ni verá el cielo.
Smolensko, Moscou... Aun triunfa el hombre.
Ved que á las nubes su cabeza toca;
Ved que sueña ser Dios... ¡Ah, Dios le mira!
Ved que alumbran su fuga y su ira loca
Las llamas del Kremblin... ¿Dó va ese Anteo?
Toca el suelo francés, y fulminante
Revuelve sobre Europa... Mas ¿qué veo?
¡Cielos! ¿Y quién ha herido á ese jigante?

¡Ah! miradle: doblada la rodilla
Sobre rotos pendones,
Aun á gritos espanta á las naciones.
En vano, que ya herido
Está en el corazon; ¡ay! ya vacila,
Va á caer, ¡ha caido!!!
La tierra al golpe atroz gime y oscila;
Y asombrado, aturdido,
El mundo ve con sanguinosa sombra
Al astro de la gloria oscurecido.
En sus tronos se alzaron
Los reyes, é inclinándose, aun con susto
Al varon pavoroso contemplaron.
Ese es, ese el varon fiero y augusto,
A cuyo altivo pecho
El imperio del mundo vino estrecho;
El que lo puso yermo en dura guerra;
Por quien gimiendo la azorada tierra
Vistió de luengo luto:
Él pisó vuestros mantos desdeñoso,
Él os forzó á lisonjas y á tributo;
Él es, miradle bien... ¿Cómo caiste,
Astro, que en la mañana de tu gloria
Desde el cielo de Francia al Universo

Deslumbraste con rayos de victoria?

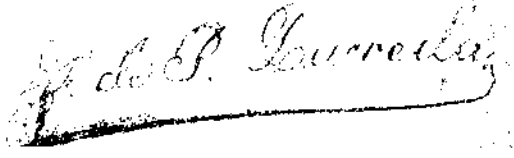
¿Quién del cielo al abismo te ha arrojado?
No fué, Europa, no fué tu flaca diestra;
Fué solo Dios, quien estendió su mano
Y el jigante cayó; porque en orgullo
Prevaleciendo, enalteciόse vano,
Y remontó hasta el cielo su insolencia;
Y Dios lo vió, y cansada su paciencia,
La grandeza prestada
Llamó á su seno y le dejó... en su nada.
Gigantesca vision de gloria triste
Por el mundo pasaste ensangrentada,
Pero vino la luz, y sombra huiste.
Rey sin cetro, caudillo sin espada,
Instrumento de Dios, que Dios ha roto,
Dinos: de tu grandeza peregrina
¿Qué resta ya, sino en tu adusta frente
La huella de la cólera divina?
Grande la gloria fué, grande el castigo;
Igualόse á la alteza la ruïna.
Dios te dió su poder y fué contigo;
Tú fuiste sobre pueblos, sobre reyes;
Tú el drecho de los hombres, tú las leyes
Calculaste de Dios; Dios en tí ha dado
Enseñanza viviente á las edades,
Pues que en peñon alzado
Del Oceáno en las vastas soledades
Allí, nuevo Luzbel, te ha encadenado.

¡Gloria á Dios; solo á Dios! ¡Bendito sea
El que ensalza y abate:
Su nombre, amparo al bueno, al ímpio espanto!
Él escogió por su adalid á España,
Él esforzó su brazo en la pelea,
Él quiso que á la faz de las naciones
El sol de San Quintin y de Lepanto
En Bailén alumbrara sus pendones...
¡Dios solo el grande, el vencedor, el santo!

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
BIOGRAFÍA, por D. Leon Galindo y de Vera. . .	1
Advertencia.	I
Apuntes biográficos.	9
PENSAMIENTOS.	1
Dos palabras, por D. Gavino Tejado.	3
Pensamientos Filosófico-Morales.—I.—El Hombre.	9
II.—El Talento.	16
III.—La Riqueza.	22
IV.—Tristezas	25
V.—Vanidad de vanidades	31
VI.—El Amor y la Mujer	36
VII.—A mis Hijos	46
VIII.—Varios	49
Pensamientos Filosófico-Religiosos.—I.—La Religion considerada como base del órden social.	63
II.—Influjo del Cristianismo en la sociedad . .	73
III.—Meditaciones.	78
IV.—A los desgraciados que no creen.	91
V.—La Patria y el Cielo	96
VI.—Las oraciones del Cristiano.	99
VII.—Los trenos de Jeremías.	102
VIII.—El dia de año nuevo.	111
IX.—Dia de Difuntos.	114
X.—El Sacerdote.	122
XI.—¡Infeliz Suñer!	126
XII.—Varios.	134
Pensamientos Filosófico-Políticos.—I.—Sobre el estado actual de la sociedad, revolucion que la amenaza y medios de conjurarla. .	141
II.—Pensamientos sobre la revolucion	168
III.—Política cristiana.—Varios.	178
POESÍAS.	199
Otras dos palabras, por D. Juan A. Almela.. . . .	201
Poesías Eróticas.—La Despedida..	207



Páginas.

Miradla..... desde lejos. 209
Amor puro. 211
Quejas. 212
¡Perdon! 213
Mi esperanza. 214
A..... 217
Un sueño. 219
El Angel de mis sueños. 223
El Angel mio. 226
A D. Tomás Villarroya, autor de una hermosísima cancion en lengua valenciana. 229
Poesías Filosóficas.—A..... persuadiéndola que solo en la soledad de un cláustro podria hallar la felicidad de la vida y la paz del alma. . . 233
A D. Juan Antonio Perez, en recuerdo de su malograda esposa.—Elegía. 236
Al Sr. D. Gaspar Dotres, en la muerte de su hija. —Elegía. 241
Máscaras y ceniza. 246
Poesías Religiosas.—Cántico de Moisés. 250
En la muerte de Saul y de Jonatás.—Canto fúnebre de David. 253
Traduccion del capítulo segundo del Cantar de los Cantares. 255
A la Vírgen del Cármen.—Soneto. 258
Al nacimiento de Jesús. 259
A la muerte de Jesús.—Oda. 262
La Resurreccion del Señor. 265
A la Ascension del Señor.—Oda. 268
A la venida del Espíritu-Santo.—Oda. 271
Al Santísimo Cuerpo de Nuestro Señor en la Hostia Consagrada.—Oda. 274
A la toma de Jerusalem. 277
A las ruinas de Jerusalem.—Elegía. 282
Poesías Heróicas.—A la Amnistía.—Oda. 285
A San Fernando. 292
Napoleon Emperador. 295
Napoleon en Santa Elena. 300
Al Sol.—Oda. 304
A la victoria de las Navas.—Oda. 307
A D. Jaime I, Rey de Aragon. 312
A San Vicente Ferrer.—Oda. 315
España en Africa.—Oda. 321
La Batalla de Bailen.—Poema. 330

FE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Lease.
		APUNTES BIOGRÁFICOS.	
VI	32	lectores no tan dignos.	lectores, no tan dignos
11	24	recurso.	recursos
12	24	formal.	formar
14	9	cautaría.	escribiría
16	17	prometiósele al fin..	prometióselo al fin
17	16	este, en su.	estos, en su
20	31	Tu clara fuente.. . .	Tú, clara fuente
26	26	se suceden.	se suceden
29	40	un dia y otro dia y se ha agotado.. . .	un dia, y á otro dia se ha agostado
32	31	ciento me indiguo. .	ciento me indino
42	40	me permitirán. . . .	me disimularán
58	29	mas hablillas.	mas, hablillas
65	33	si la realzaban. . . .	si la realzan
66	37	tahures de vicios. . .	zahoríes de vicios
77	39	que darla.	que darle
83	28	ha sido oido.	han sido oidos
89	14	de ellos.	de ella
97	22	á Francia.	de Francia
		PENSAMIENTOS Y POESIAS.	
12	5	porqué,.	, porqué
13	27	al mal.	el mal
14	31	apartado..	apartándose
18	34	gloria paréceme; . .	gloria, parécemo
31	18	pensar;.	pensar,
40	4	cisnes.	cisnes;
40	25	Pero.	Más
41	26	Amante.	Amante,
41	26	amiga.	amiga,
41	29	ronrie.	sonrie
43	28	ellos la corona. . . .	ellos son la corona
48	11	, como.	¡ como
49	3	la zumba, ...	la zumba
67	2	autor,.	autor
68	28	obediencia.	la obediencia
74	34	(3).	(1)
74	35	(4).	(2)

J. de P. Zaragoza.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
75	32	como.	pues es
85	27	¿A sus ojos.	Á sus ojos
85	28	vuestro cielo? ¿Dijísteis.	vuestro cielo. Dijísteis
99	28	á esto.	á estos
100	6	coronadas.	coronada
103	12	á Jerusalem.	en Jerusalem
115	7	vosotros.	nosotros
120	5	morir, ...	morir!
121	12	despertar.	dispertar
124	21	agotadas.	agostadas
130	7	pasará.	pasára
145	26	preparaba.	preparaba más
145	29	le.	les
149	26	escapa; él, ...	escapa,
156	17	entrañas.	entrañas!
170	25	escedió, ...	escedió
191	8	ocusan.	acusan
211	30	gozará.	gozára
217	32	logré.	logre
226	2	Todo.	Toda
250	2	Cánticos.	Cántico
281	23	al esposo.	el esposo
287	42	tus.	sus
290	41	él y cielo.	y el cielo,
294	18	esperanza.	esparza
301	39	Rey.	Ney
344	24	Calculaste.	Conculcaste